Dolores
Redondo
Todas
las noches, todas las
ciudades
DESTINO
Los Valles Tranquilos

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Los Valles Tranquilos

Exordio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

TODAS LAS NOCHES,
TODAS LAS CIUDADES

Dolores Redondo

Ediciones Destino

Para Eduardo, como todo lo que hago.
Para Enara. A los cinco años me enamoré por primera vez, y fue de una golondrina. Me ha vuelto a suceder.

Los amigos me dicen con la mejor voluntad: que conserve usted la cabeza muchos años. ¿Qué cabeza? ¿La mía, la del viejo Eloy, la del señor Cayo, la de Pacífico Pérez, la de Menchu Sotillo? ¿Qué cabeza es la que debo conservar?

MIGUEL DELIBES,
en el discurso del Premio Cervantes, 1993

Los Valles Tranquilos

Todas las noches, todas las ciudades puede leerse de forma independiente. A la vez, es una pieza decisiva en la arquitectura narrativa del universo literario «Los Valles Tranquilos», junto con *Esperando al diluvio* y *Las que no duermen NASH*.

Exordio

> Detenerse no es rendirse: es decidir qué impulso no va a gobernarnos hoy.
>
> BENEDICT NEWMAN, en *Los que paran*

Noche en Ciudad

La noche se arrastraba lenta hacia su guarida. Un chapitel de polución se elevaba sobre la urbe, niebla sucia que se teñía de plata en los extremos. «Una metáfora demasiado obvia —pensé— para una ciudad sin poesía.» Desde la habitación del hospital no alcanzaba a ver el río de plomo constante. No me importó.

La habitación olía a desinfectante y a tristeza estancada, el perfume oficial de los lugares donde la gente viene a esperar malas noticias. Recorrí la estancia con ojo experto, buscando detectores de humo. Nada. Regresé junto a la ventana. Apenas se abría cinco centímetros, seguramente para evitar que los desesperados saltaran. Encendí el cigarrillo que había rescatado de un arrugado paquete de Royal Crown, del revoltijo que habían hecho con mi ropa antes de embolsarla en plástico con el logo del hospital.

Al levantar la mano, leí mi nombre en la pulsera de mi muñeca. Colt Star. Aspiré una bocanada profunda. Me supo a sobaco de taxista. Se me atragantó en la garganta arrancándome una catarata de toses. Me incliné hacia delante. Mi nuca aulló donde la policía me había golpeado.

Por instinto, llevé la mano hasta la postilla reseca que cubría el costurón y la palpé con cuidado. Bajo las yemas de mis dedos, los

extremos punzantes del hilo de sutura. Doce puntos adornando mi cabeza. La piel alrededor, fría, apenas inflamada. Un dolor latente y tenaz, un ancla en mi mente, recordatorio persistente de la violencia sufrida. Notaba los pelillos asomando bajo la piel a pesar de que no hacía más de unas horas que me habían rasurado para aplicar los puntos. Siempre había tenido buena encarnadura y buen pelo.

Exhalé despacio, empujando el humo por la rendija. Se mezcló con la niebla del exterior. La ciudad, muda y distante, guardaba sus secretos tras el velo del alba.

La puerta se abrió de golpe.

Una enfermera entró. Aspiré otra honda calada que me puso en paz con el gremio del taxi y me incliné hacia la rendija para arrojar el humo fuera, consciente de que la postura ofrecía a la señora una visión indeseada de mis nalgas desnudas y peludas.

—Señor, ya sabe que aquí no se puede fumar —me riñó.

—Pues écheme, encanto.

—Le largaría de aquí con mucho gusto si estuviera en mi mano —dijo ella fingiendo enfado—. Debería estar en la cama.

—¿Y perderme el amanecer sobre la ciudad en la que todos los sueños se pueden lograr? —dije con ironía apenas velada.

—Sí... —contestó ella cansada.

Su mirada vagó hacia el horizonte, como cuando se recuerda la infancia. Soltó un suspiro que arrastró el peso de todo su turno. Después me quitó el cigarrillo de entre los dedos y le dio una calada antes de apagarlo aplastándolo contra el alféizar. Un gesto de costumbre, no de moral.

—Sea bueno, vuelva a la cama. Su médico pasará pronto. Con un poco de suerte para todos, quizá lo mande a casa.

Leí su nombre en el bolsillo de su uniforme.

—Si lo hace, Matilda, la echaré de menos.

Me miró a los ojos mientras me arropaba, tratando de adivinar si me burlaba. Nunca me burlo de una mujer, pero ella no me conocía. Tardó un poco, pero al fin contestó:

—Y yo a usted, señor Star.

Afuera, Ciudad seguía respirando su amanecer sucio.

1

Noche en Ciudad

Benedict Newman elevó la mirada por encima de su pantalla. Estudió la estancia. Las librerías de nogal y cristal ocupaban toda la pared a su derecha, alzándose hasta el techo. Se repetían idénticas a la izquierda hasta alcanzar la puerta de doble hoja de cristal que separaba su despacho del pasillo. Al fondo, el batiente escamoteado entre los paneles de madera que conducía a la biblioteca. Al frente, tras la pantalla, y apoyado en el suelo, un gigantesco espejo veneciano de profuso marco dorado le permitía verse de cuerpo entero, excepto donde la pantalla tapaba la visión. Durante el día reflejaba la luz de la ventana a su espalda, inundando la habitación de claridad, como un falso mirador.

Había pedido a Robert que echase las gruesas cortinas de terciopelo borgoña; a pesar de que fuera solo se percibirían, lejanos, los anaranjados halos de las farolas que rodeaban la propiedad. Estudió el efecto en el reflejo. El telón producía la fastuosa impresión de hallarse en un gran escenario. Tomando la pantalla con ambas manos, la giró despacio hasta obtener visible a su espalda una porción prudente de la elegante librería. Karim, su secretario, que se sentaba a un costado de la mesa, fuera del encuadre, hizo un gesto de disgusto. Newman lo ignoró. Últimamente, tenía la habilidad de sacarlo de quicio.

Releyó una vez más el mensaje.

«En espera, pronto el anfitrión le invitará a unirse a la reunión.»

Analizó el encuadre en la pantalla y asintió satisfecho, soltando el aire de los pulmones. Sacudió una mota invisible de la hombrera de

su traje y elevó la mano derecha para aspirar el perfume de su muñeca.

Traje de tres piezas, impecable factura para realzar sus hombros enjutos. Nunca se había caracterizado por su corpulencia, pero con los años y la pérdida de masa muscular, lo que en otro momento había sido esbeltez delataba ahora cierta fragilidad que todavía lograba disimular con un buen traje. Se preguntó cuánto más lo lograría mientras palpaba sus rodillas cada vez más delgadas.

Interrogó al espejo veneciano. Le devolvió la mirada azul y penetrante en el rostro ligeramente bronceado. Y el cabello abundante que Elisa seguía tiñendo cada quince días para ocultar sus canas. Consideró si sería el momento de dejar que fueran visibles, al menos en las sienes. Nada tan delator de la vejez como la exagerada intención de juventud. Lo pensaría.

Ajustó los puños de su camisa para que asomaran dos centímetros y tomó aire profundamente mientras escrutaba de nuevo su imagen en la pantalla. No estaba nervioso, aunque era consciente de que cada entrevista era un examen de acceso a Harvard. El noventa por ciento de su protocolo de cuidado no tenía que ver tanto con el entrevistador como con la reverencia a sus lectores.

El recuadro que había permanecido en negro parpadeó. Un varón afroamericano de unos sesenta años lo saludó sonriente desde la pantalla.

—Estimados lectores, estimados suscriptores, soy Linus Gerber, crítico literario. Los saludo de nuevo, en directo desde *The New York Times*, con el proyecto de entrevistas en línea que pusimos en marcha hace apenas tres meses por la pandemia de covid. Desde España, Benedict Newman, el número uno actual en la lista de libros más vendidos de nuestro periódico, vuelve a encabezar bestsellers con su última novela, *Todas las noches, todas las ciudades*. Nacido en Los Ángeles, Newman mantiene en secreto su fecha de nacimiento y su lugar de residencia en España. Conocido por su serie del detective Star, también publica novelas contemporáneas de gran calado literario. Agradecemos su amabilidad al atendernos, considerando la diferencia horaria entre Nueva York y España. Benedict Newman, bienvenido. Dinos, ¿cómo es ser número uno en

cada ocasión, con cada novela? Incluso en plena pandemia, tus libros siempre son los más elegidos por los lectores. ¿Se acostumbra uno?

Newman sonrió modesto mientras bajaba la mirada antes de alzarla nuevamente para contestar.

—En primer lugar, Linus, déjame saludar a todos los que nos están viendo y agradecerles que nos acompañen hoy. Y para contestar a tu pregunta, te diré que hay un error en ese enunciado. Lleva a pensar que siempre fue así. Es lo único negativo de la etiqueta best seller: que la gente piense que un libro sale y lo logra automáticamente. Colocar tu libro en el número uno y vender millones es como coronar el McKinley: es una proeza, es difícil. Y con el siguiente debes lograrlo otra vez.

—¿La soledad de la cima?

—Puede que sea una cima para quien la corona una vez, una cima con una vertiginosa caída. Pero lo que he descubierto después de casi cuarenta libros es que no hay cima, hay una escalada perpetua, un paso tras otro. A la promoción de un libro le sucede la escritura de otro; de nuevo la promoción, de nuevo la escritura. Y con cada uno, la duda de si lo lograrás otra vez, de si tendrás suerte y los vientos serán favorables en tu escalada por la cara norte.

Linus Gerber rio mientras empujaba la montura de sus gafas hasta ajustarlas en su lugar.

—No, no, no, pero ¿qué es esto? ¿Te estás quejando, Newman? —dijo adoptando una expresión escéptica y divertida—. Se dice que Galeon Books pagó treinta millones de libras como adelanto por tu anterior novela y que ha superado esa cifra con *Todas las noches, todas las ciudades*. Eso debe dar para bastante caviar y champán, que sin duda se mantendrán bien frescos en la cumbre.

Newman bajó la cabeza en aquel estudiado gesto de modestia con el que respondía siempre a las alusiones a su fortuna.

—No es un secreto que soy un escritor bien pagado. No voy a quejarme. Sé que es un privilegio. Y déjame recordarte, Linus, que, si bien la editorial firma el cheque, son los lectores los que me otorgan esa posición.

Linus tomó nota con la actitud del crítico que ya ha escuchado esa respuesta otras veces.

—Pero a lo que me refiero es al concepto de best seller en sí y a las connotaciones que a veces lo acompañan. Hay escritores que, como yo, se esfuerzan en conjugar una trama atrayente, un ritmo, un lenguaje accesible, sin sacrificar calidad literaria. Pero existe una literatura que funciona como un monstruo de Frankenstein: remendada con retazos de lo que alguna vez tuvo vida. La muerte lenta de la originalidad, la rendición al algoritmo de lo predecible. Lo llamo gentrificación literaria.

Linus Gerber acompañó sus palabras con severos asentimientos.

—Gentrificación literaria suena devastador —dijo pesaroso.

—El mayor peligro de nuestro tiempo es la pérdida del relato: la inmediatez de internet y las redes sociales nos despojan de la narrativa vital. La literatura no es inmune. Por eso nunca leo las críticas de mis novelas...

—Lo sé.

—Aunque leo las críticas a otros escritores y veo que cada vez más se penalizan la descripción, la adjetivación y la narración en favor del diálogo, seguiré defendiendo la narrativa como complemento del alma. Si no leemos narrativa, no sabremos narrar nuestra propia historia.

—Explícanos eso, Benedict.

—Todos tenemos un relato interno. No es necesario contárselo a nadie, pero es vital para nuestra salud mental saber narrar esa historia. ¿Recuerdas *La princesa prometida*?

Linus asintió.

—Me encantó esa película. Había un personaje que se presentaba a sí mismo.

—«Hola, me llamo Íñigo Montoya. Tú mataste a mi padre, prepárate a morir» —dijo Linus levantando su mano como si portara un florete.

—Exacto. Íñigo sabe presentarse: quién es, su propósito, ancestros, compromisos morales, a quién busca y qué quiere. Narrativa pura, ausente en nuestra era. La falta de narrativa interna nos roba el relato identitario e íntimo, esencial para saber quiénes

somos, qué queremos, qué nos pasa y por qué sufrimos. Si no puedes describirte sin identidades adhesivas, estás perdido. —Lo dijo con una convicción que trascendía lo académico. Por un instante, su mirada perdió el brillo mediático y se veló con la sombra de una melancolía antigua, un eco que hasta Linus Gerber pudo percibir a través de la pantalla.

—Así de importante es la literatura —sentenció Linus.

—Así de importante es el lenguaje humano. Por eso mi gran amor es la literatura.

Karim parodió un aplauso silencioso desde el costado derecho del escritorio mientras Linus contestaba desde la pantalla:

—Eres un escritor aclamado mundialmente, favorito para el Nobel y ganador del Princesa de Asturias. Tu última novela, *Todas las noches, todas las ciudades*, se ha colocado en el número uno nada más publicarse. ¿Sientes presión al escribir?

—Creo que sería tremendamente desagradecido que dijera algo así. Mis lectores jamás han sido para mí motivo de presión; todo lo contrario, son la red de seguridad de un trapecista que me permite lanzarme a hacer el más difícil todavía. Pero, como te he dicho antes, soy consciente de ser un privilegiado y debo estar a la altura de lo que ellos esperan de mí.

—Contigo, Newman, es difícil saber qué esperar. Cada novela sorprende. Esta lo hace desde el título: *Todas las noches, todas las ciudades*. Un acierto para una novela atemporal y desubicada, que no revela cuándo ni dónde se halla Ciudad, el escenario en el que se mueve tu detective, Colt Star. ¿Un secreto que nunca desvelarás?

Benedict Newman sonrió con indisimulado deleite.

—No es tanto un secreto como parte del disfrute literario. *Todas las noches, todas las ciudades* nos habla del hecho de que la ciudad donde vive el detective Star podría ser cualquiera: Nueva York, Roma, Los Ángeles, París o Barcelona, y de la atemporalidad del crimen, deliberadamente sórdido, deliberadamente urbano.

—Lo disfrutamos; sin embargo, muchos de tus lectores constituyen grupos de lectura en los que debaten sobre el misterio de esa ciudad. Existe un pódcast dedicado a resolver el misterio, e

incluso se rumorea que una conocida casa de juego en el Reino Unido acepta apuestas sobre la identidad de Ciudad.

—Esa es la clase de literatura que quiero hacer, Linus. Ahí reside la magia: en que una ciudad de ficción trascienda hasta la realidad, ocupe tiempo, recursos y estimule la imaginación, la percepción y las habilidades investigadoras de mis lectores. Créeme, dedico mucho tiempo y esfuerzo a crear ese entretenimiento para ellos.

—Es difícil situar la acción temporal y geográficamente, pero el detective Colt Star evoca el género *hard-boiled* de Chandler o Hammett actualizado a la perversidad contemporánea. Tras la ambientación naturalista y urbana, los contextos marginales y la corrupción política, presiento una delicada labor de encaje.

—Creé a Colt Star con esa mezcla de acción violenta donde se cruza la barrera entre el bien y el mal, pero añadiendo la sensibilidad psicológica de la que a menudo carecen los detectives de este género. Un lenguaje crudo, callejero, pero analítico.

Un movimiento junto a la puerta acristalada del despacho captó su atención. Desvió la mirada. Robert, el mayordomo, hablaba con dos desconocidos que lo observaban a través de los cristales. A pesar de las mascarillas que les tapaban parcialmente la cara, distinguió que uno era más joven, de cuerpo atlético, movimientos rápidos. Unos treinta, calculó. El otro, más mayor, con esa delgadez que delata edad y que asediaba al propio Newman. Policías, pensó de inmediato. Las chaquetas demasiado amplias, el modo desacompasado de moverse, como una pareja formada por una ardilla y un lobo, y que tan a menudo delatan a los policías, aunque vistan de paisano.

Karim ya había llegado a la puerta. Benedict observó cómo Robert, que hasta entonces había permanecido inmóvil en un segundo plano, daba dos pasos silenciosos, interponiéndose entre la puerta y la amenaza en el umbral. Karim entreabrió la hoja lo justo para colarse fuera. Las voces contenidas llegaron con un suave rumor incomprensible pero cargado de tensión antes de que Karim cerrase, suficiente para que, por primera vez en más de treinta años de entrevistas, Benedict Newman perdiera la atención y no escuchara la siguiente pregunta.

—Discúlpame, Linus, me temo que alguien ha dejado una puerta abierta y mi gato está haciendo de las suyas, ¿podrías repetirme la pregunta?

Linus no lo hizo.

—Bueno, no sabíamos que tenías un gato —dijo visiblemente complacido.

«Y no lo tengo», pensó Newman mientras dirigía la atención hacia los dos hombres a los que Karim parecía tratar de contener.

—¿Cómo se llama? —preguntó Linus.

El policía más joven había fijado su mirada en la de Newman a través del cristal. Elevó una mano frente a su rostro, parcialmente cubierto por una mascarilla negra, y dispuso la otra encima como si pidiera tiempo muerto. Su mirada retaba a desafiarle.

—¿Quién? —preguntó Benedict intentando mantener su atención en la pantalla.

—Tu gato, Newman, ¿cómo se llama?

—Oh, Ike, como el 34.º presidente —inventó sobre la marcha.

Linus asintió complacido.

—Es muy original. ¿Por qué decidiste ese nombre? ¿Eres fan de las acciones bélicas de Eisenhower o admiras más bien su gestión política?

El otro, el Lobo, abrió una cartera de cuero y apoyó contra el cristal de la puerta un carnet distintivo de la Policía Nacional. Asintió a algo que le decía Robert y levantó la mano separando los dedos para otorgarle cinco minutos.

Benedict Newman volvió a centrar su atención en la pantalla.

—La explicación es bastante más simple —dijo Newman intentando sonreír—. Mi Ike también es «un chico de campo».

—Eres una caja de sorpresas, Newman. Te repetiré la pregunta: ¿creías que era necesaria esta evolución en un tipo de personaje que todos conocemos de la novela hollywoodiense y que tan bien perpetuó el cine negro?

—Linus, la imagen del detective de cine negro, con su gabardina empapada de lluvia y su cinismo a flor de piel, es, admitámoslo, un cliché desgastado. La fórmula para la novela negra moderna no radica en emular esas figuras trasnochadas. No.

Newman hizo una pausa calculada, como quien deja respirar una idea importante. Con el rabillo del ojo captó el reflejo de los dos hombres todavía recortados contra el cristal de la biblioteca.

—La verdadera maestría consiste en encontrar el equilibrio. Compensar la naturaleza intrínsecamente criminal que subyace en esas novelas con un análisis mucho más sofisticado. El investigador ya no puede ser un mero autómata que une pistas. Debe poseer una profunda comprensión de la condición humana. Solo así podrá desentrañar la verdad que se esconde tras el velo del crimen.

—Fascinante, Newman. Buscas un detective que no solo resuelva el enigma, sino que se adentre en la disección del crimen, explorando su arco completo y la profunda comprensión de sus raíces humanas.

—Exactamente, Linus. Un detective que no solo limpie la podredumbre, sino que entienda por qué está ahí. Que no solo resuelva el caso, sino que comprenda al criminal. Esa es la evolución necesaria.

Sin poder evitarlo, sus ojos se dirigieron hacia la puerta.

El policía miraba fijamente a Newman a través del cristal. El gesto de pedir tiempo muerto se mantenía, pero ahora iba acompañado de una leve inclinación de cabeza, como si quisiera transmitir un mensaje silencioso.

—Señor Newman —la voz del Lobo le llegó incluso a través de la puerta, esta vez con un matiz de impaciencia contenida y amenaza velada—, ¿podríamos hablar ya?

Benedict sintió un desasosiego que brotaba de algún lugar de su pasado. La sonrisa en su rostro se mantuvo, inquebrantable, pero sus ojos, ligeramente entornados, delataban una mente que trabajaba a toda velocidad.

—Linus —dijo, su voz tranquila a pesar de la urgencia—, me temo que mi gato Ike ha hecho una travesura más allá de lo esperado. Parece que la policía ha venido a buscarlo. Tendremos que dejar la entrevista aquí.

Linus Gerber, con una expresión entre sorprendida y divertida, asintió.

—Comprendo, Newman. Cosas de gatos, supongo. Ha sido un placer, como siempre. Espero que Ike no cause demasiados problemas a la policía.

—Es un chico de campo, Linus. Está acostumbrado a la aventura —respondió Benedict con un último destello de su sonrisa.

Se quitó los auriculares. El mundo exterior, la audiencia de cien mil personas invisibles, se cortó. La burbuja de su despacho, antaño impoluta, se había roto. La realidad, en forma de dos policías, llamaba a su puerta.

Se levantó, se colocó con cuidado la ropa y caminó hacia la entrada con calma estudiada.

—Señor, lo lamento, estos hombres son de la policía, quieren hablar con usted —se disculpó Robert.

Los hombres habían avanzado entrando en el despacho, y aunque se habían detenido junto a la puerta, Newman percibió que traían adherido a la ropa el aroma de la noche, de prendas que se han llevado durante demasiadas horas y del aliento viciado contenido tras las mascarillas.

—Benedict, tienen... —comenzó Karim.

Pero Newman le cortó, airado:

—Y deduzco que debe ser extraordinariamente urgente para interrumpirme mientras trabajo —atajó sin que quedase muy claro si se dirigía a Robert, a Karim o a los policías—. A ver, ¿dónde está el fuego? —dijo visiblemente irritado.

—Quizá bajo sus pies —respondió el policía más joven.

—¿Qué se supone que significa eso?

El joven no contestó; fue el Lobo el que habló:

—¿Es usted Benedict Newman?

—Sí.

—¿Es usted el autor de la novela *Todas las noches, todas las ciudades*?

—Ya sabe que sí. ¿A qué viene esto?

—Inspector Barezzi y subinspector Ruano, de la Policía Nacional —dijo mientras mostraban sus acreditaciones—. Tiene que acompañarnos a comisaría.

Benedict Newman los miró de hito en hito.

—No voy a acompañarlos a ninguna parte. Vienen a mi casa en plena noche, interrumpen una importantísima conversación, ¿y pretenden que vaya con ustedes a comisaría sin darme ningún tipo de explicación?

—Las explicaciones se las daremos cuando lleguemos allí —dijo el policía más joven, que se había adentrado en la estancia, mientras inspeccionaba la superficie de la mesa ojeando un montón de folios impresos con apuntes en los márgenes—. ¿Es su última novela?

—Es la que acaba de publicarse —aclaró Karim—, es una versión de trabajo, de hace meses, y no puede tocarla a menos que tenga una orden de registro.

—No la necesito, ustedes nos han permitido entrar, esos papeles están a la vista, y pueden estar relacionados con la comisión de un delito, no solo puedo tocarlos, sino que me los voy a llevar a comisaría junto con su jefe.

—Benedict, voy a llamar a tu abogado —dijo Karim sacando su móvil.

—No voy a ir a ninguna parte —repitió el escritor dirigiéndose primero a su secretario y después a los policías—. Robert ha sido muy amable al dejarlos pasar, pero no es el propietario de la casa. Soy yo. Y yo no los he autorizado a entrar, así que, a menos que tengan una orden judicial, pueden ir saliendo de mi domicilio o llamaré a la Guardia Civil.

El joven iba a responder. El mayor levantó la mano con gesto apaciguador. Contuvo a su compañero.

—Señor Newman, tenemos una orden de comparecencia —dijo señalando un pliego azul cielo que Robert sostenía—. No está usted detenido, aunque puede acabar estándolo si se empeña. Está siendo investigado con relación a un crimen. Acompáñenos a la comisaría, le haremos unas preguntas y seguramente todo habrá terminado en unas horas.

—¿Crimen? ¿Qué crimen? —preguntó Karim extrañado.

—Todas esas cuestiones se las explicaremos al señor Newman en comisaría —contestó el Lobo mientras el otro ponía una mano en el brazo del escritor, quizá con demasiada firmeza. Comenzó a recitarle sus derechos.

—Pero esto es ridículo —protestó Newman zafándose—. Llevo meses sin salir de casa, todos llevamos meses sin salir de casa, ¿cómo iba a cometer un crimen?

El policía más joven volvió a tomarle por el brazo, esta vez con más fuerza. La voz rasposa del inspector Barezzi cortó el aire.

—Eso es precisamente lo que tiene que explicarnos. ¿Cómo es posible que en su novela recién publicada se describa un crimen que se cometió hace semanas?

2

Noche en Ciudad

Desde la sala contigua, a través del cristal espejado, el comisario Ferrer observó a Benedict Newman.

Bufó y dejó salir el aire con disgusto, sintiendo cómo rebotaba cálido contra la tela de su mascarilla. Se había dejado arrastrar por el entusiasmo del inspector Barezzi, pero traer a comisaría a aquellas horas a un escritor tan prestigioso como Benedict Newman era una mala idea. Si Barezzi se equivocaba y no sacaban nada en limpio de aquella entrevista, le iban a pedir responsabilidades desde arriba. El silencio pesado de la comisaría en horario nocturno, roto solo por el zumbido constante de las luces fluorescentes y los susurros de los policías presentes, parecía amplificar los nervios de Ferrer. Se volvió hacia el inspector Barezzi: inmóvil, con la mirada fija en su presa, como un depredador que espera el momento de atacar.

Al otro lado del espejo, el escritor permanecía sentado con la espalda recta, las manos sobre los muslos. No había dicho una palabra. Sus ojos recorrían la estancia, cada esquina desangelada, cada marca en la mesa metálica, cada rayón en la pared. Pasó un dedo por el borde de la mesa, observó el polvo acumulado en la yema y lo frotó con visible disgusto. Después estudió su propio reflejo en el espejo, consciente de que lo observaban. El abogado, a su lado, era el único que mostraba incomodidad. Se inclinaba constantemente hacia su cliente, susurrándole consejos, mientras el escritor los rechazaba con lentos y tranquilos movimientos de cabeza.

—¿Crees que un tipo que lleva tres meses confinado se pone un traje de tres piezas para estar en casa? —comentó el subinspector Ruano.

—No lo sé, mi mujer es lectora suya desde hace años y dice que siempre va impecable, es parte de su imagen. Y habéis dicho que estaba hablando en línea con un periodista... —contestó Ferrer.

—Un crítico de *The New York Times*. Entre el secretario y el mayordomo nos lo han repetido cien veces —explicó Ruano.

—Es uno de los periódicos más importantes de Estados Unidos —dijo el comisario con aprensión.

—Casi había terminado, jefe —intentó tranquilizarlo Barezzi.

—Tiene un mayordomo inglés, ¿os lo podéis creer? —dijo Ruano dirigiéndose a la decena de policías presentes en la sala. A pesar de la hora, nadie quería perderse el interrogatorio al escritor.

—Le dieron treinta millones de libras de adelanto por su anterior novela. ¿Sabes cuánto es eso en euros? Casi treinta y cinco millones. Puede tener lo que le salga de los huevos —contestó uno de ellos—. Leí que tiene una mansión en las Bahamas y hasta un avión privado.

—No sabía que los escritores pudieran ganar tanta pasta —comentó otro de los policías.

—Para la mayoría no es así. No habrá más de media docena en todo el mundo —contestó el primero.

El comisario, que los había escuchado mordiéndose el labio inferior, se volvió a mirar al inspector.

—Espero que sepas lo que haces, Barezzi —dijo en voz baja, para que solo él lo oyera—. Se nos va a caer el pelo si este hombre sale de aquí sin cargos.

—Sé lo que hago.

El comisario no contestó; miró a través del espejo.

—¿Quién es el abogado? No lo había visto nunca.

—Es que no es de penal —respondió Ruano—. Se nota que es caro, pero debe de ser el que le lleva los asuntos personales. Estoy seguro de que es la primera vez que está en una comisaría; parece que le va a dar un ataque en cualquier momento.

—Mejor a él que a Newman —susurró el comisario—. ¿No creéis que habría que advertirle que quizá debería esperar a otro abogado?

—Lo hemos hecho, y su abogado también, pero no quiere esperar, quiere declarar ya e irse a casa —explicó el subinspector.

Barezzi se frotó las manos.

—Que quiera declarar sin esperar al penalista nos da ventaja. Lo de que se vaya a ir a casa, ya lo veremos.

Barezzi tendió una carpeta hacia Ruano.

—Me sentaré frente a él y tú a mi lado. No digas nada, colócala sobre la mesa sin abrirla y me dejas empezar a mí. Vamos a entrar ya —dijo ajustándose un auricular en el oído derecho—. Solo lamento no poder obligarle a declarar sin mascarilla. Mataría por verle la cara.

—Barezzi —lo detuvo el comisario.

El inspector se volvió a mirarlo.

—No te pases —dijo, entre una advertencia y un ruego.

Al abrir la puerta, una corriente de aire frío y rancio se coló desde el pasillo, trayendo consigo el olor a café quemado y a sudor viejo que impregnaba la comisaría tras un largo día.

Barezzi se bajó la mascarilla un instante.

—Algo oculta, puedo sentirlo aquí. —Barezzi sonrió y se golpeó con el dedo índice el colmillo derecho.

Newman estudió a los policías que entraban en la sala y dirigió la mirada a las cámaras encendidas y al espejo de mala calidad tras el cual percibía las luces de la sala contigua. Sobre la mesa, un interfono que seguramente solo servía para intimidar.

—Tienes razón, me encantaría poder verle la cara —resonó la voz del comisario en el auricular de Barezzi, que asintió mientras ocupaba su puesto frente a Newman.

Ruano lo hizo frente al letrado. Miró al escritor y, con deliberada lentitud, puso sobre la mesa la carpeta fina de tapas marrones. Cuando estuvo seguro de que Newman la miraba, la arrastró hasta la mitad del tablero y la dejó allí.

Newman se giró hacia su abogado. Hasta con la mascarilla puesta notó cómo Owen Mitchell boqueaba como un pez fuera del agua. Llevaba sus asuntos desde hacía más de veinte años, pero era un abogado mercantilista. Eso fue lo primero de lo que le advirtió en cuanto llegó a comisaría.

—Benedict, necesitas a un abogado de penal. He llamado a mi hijo, que viene hacia aquí, pero todavía tardará un par de horas en llegar. ¿Por qué no me permites negociar que te interroguen mañana?

—De eso nada, quiero acabar con esto cuanto antes.

—Benedict, no puedo garantizarte la asistencia que necesitas.

—¿Qué dices? No necesito ninguna asistencia, no he hecho nada. Que estés aquí es solo un formalismo.

—Por descontado que estaré a tu lado, pero esto no es lo mío. El mejor consejo que puedo darte es la primera norma de penal: no digas nada.

Barezzi recitó una fórmula de fecha y hora y la advertencia de que grabarían la conversación. Las luces verdes de las cámaras se tornaron rojas y él se dirigió al escritor.

—¿Es usted Benedict Newman?

—Sí.

—Señor Newman, diga a qué se dedica.

—Soy escritor.

—¿Es usted el autor de la novela *Todas las noches, todas las ciudades*?

—Ya me lo ha preguntado antes...

—Conteste, por favor. Es para que conste.

—Sí, soy el autor de esa novela.

—¿Es el único autor o colaboró alguien en la escritura?

Newman se inclinó ligeramente hacia delante.

—He escrito cada palabra de todas mis novelas. ¿A dónde quiere llegar?

Barezzi ignoró la pregunta.

—¿Lo asesora alguien?

—Todo tipo de expertos, dependiendo del tema de la novela.

—¿Aportan parte del texto sus asesores?

—Por supuesto que no. Aportan información que luego yo introduzco como más me conviene para dar verosimilitud a la novela.

—Señor Newman, ¿sabe por qué está aquí?

—Lo que sé es lo que me dijeron en mi casa: que se había cometido un crimen idéntico a uno de los que se describen en mis novelas.

—¿Y bien?

Newman se aproximó al policía.

—Siento curiosidad.

—¿Le digo que hace unos tres meses se cometió un crimen como el que narra en la novela que acaba de publicar, y todo lo que siente es curiosidad?

Newman sonrió mientras dejaba salir el aire por la nariz.

—Lo primero que debe aclararme es a qué clase de crimen se refiere. El espectro criminal es muy amplio; en una novela de género policiaco, los crímenes que se describen van desde el chantaje o la corrupción policial hasta la agresión, el asesinato o la venganza —dijo con intención—. ¿Se refiere a esa clase de crimen?

Barezzi se giró levemente hacia la ventana que había a su espalda. Casi podía imaginar al comisario tras el espejo. Al preguntar de qué tipo de crimen se trataba sin dar por hecho que fuese un asesinato, Newman acababa de apuntarse un tanto.

—Nos referimos a un asesinato —intervino por primera vez Ruano.

—¿Cuándo ocurrió exactamente? —preguntó el abogado.

—Hace alrededor de quince semanas.

—Eso es antes del confinamiento...

Barezzi asintió.

—¿El asesinato de una mujer? —preguntó Newman.

—Una mujer joven, con un perfil similar al que describe en su novela.

Mitchell tocó el brazo de Newman en señal de advertencia. El escritor se apartó con un gesto seco.

—¿Y por eso me tienen aquí? Una mujer joven es el perfil de víctimas de homicidio más común en el mundo, cualquier criminalista lo sabe, y en la medida en que desciende su posición social, aumenta el riesgo.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque soy bueno en mi trabajo.

Barezzi tomó de nuevo la palabra.

—Pero no se trata solo del perfil de la víctima: coinciden la causa de la muerte, por estrangulación; la violencia sexual, el estado del cuerpo dificulta saber si hubo penetración, aunque creemos que es probable, casi seguro mientras la estrangulaba; y fue despojada de toda su ropa, exactamente como describe en su novela.

Los ojos azul intenso de Newman reflejaron inquietud, perdiendo un poco de seguridad. Parecía genuinamente preocupado. Cruzó un brazo sobre el pecho y elevó la mano derecha, apoyándola en el mentón, como si pensara bien lo que iba a decir.

—Por desgracia, es un *modus operandi* habitual en un tipo de agresor maníaco-sexual que está documentado desde el estrangulador de Boston hasta Samuel Little o Russell Johnson. No hay nada nuevo bajo el sol —dijo calmado, sentencioso y bastante satisfecho al comprobar por el gesto de Ruano que no sabía quiénes eran. El Lobo sí.

Barezzi se inclinó hacia delante y clavó la mirada en la de Newman.

—Utilizó cordel de tender —dijo muy despacio—. Cuando la encontraron, todavía colgaba de su cuello.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire viciado de la sala. El zumbido de los fluorescentes se intensificó, como si la propia luz contuviera el aliento.

El silencio que siguió se tensó, cargado con el peso de esa revelación. Por primera vez, el control de Benedict se resquebrajó. Un tic casi imperceptible le latió en el párpado. Mientras tanto, su mano derecha se contrajo en un puño rápido sin objeto, y, al instante, los dedos se estiraron con una lentitud casi dolorosa. Newman bajó la mirada, fijándola en sus dedos como en algo ajeno.

Agradeció llevar mascarilla cuando se dio cuenta de que estaba apretando los labios hasta hacerlos desaparecer.

—¡Dios mío! —susurró cerrando los ojos. Los mantuvo así un segundo, dos, tres—. ¿Y el bolso? —preguntó alarmado.

—¿Qué bolso? —repitió Barezzi extrañado.

Abrió los ojos y habló muy bajo:

—El bolso de la joven. El asesino en *Todas las noches, todas las ciudades* deja el bolso de las víctimas tirado en la calle. No es

casual; el bolso es un símbolo. Al dejarlo abandonado en la calle, está mandando un mensaje. La señal inequívoca de que algo terrible le ha ocurrido a esa chica, porque ninguna mujer en el mundo deja su bolso tirado en el suelo, sea un Birkin de Hermès o una imitación de plástico barato. El bolso de una mujer es su embajada.

Barezzi aspiró profundamente antes de reconocer el hecho.

—No hallamos ningún bolso.

—Pero alguien pudo llevárselo, ¿no? —argumentó Ruano perdiendo fuerza.

La actitud de Newman cambió. Puso las manos sobre la mesa, dejando que los índices y los pulgares se tocaran.

—Escúchenme, usted y la persona o personas que se encuentran al otro lado del espejo. —Hablaba como alguien que tiene la honrosa y responsable obligación de comunicar una triste noticia—. Lamento profundamente la pérdida de esta joven vida, pero suponer que tengo algo que ver porque describo en mi novela un tipo de víctima que coincide con la suya, y que por desgracia pertenece al grupo más común de víctimas, está traído por los pelos. Por más secretismo que tratemos de darle, lo cierto es que decenas de personas del equipo editorial leen mi novela antes de la publicación, se envía a cientos de periodistas que preparan sus artículos para la fecha de salida y, una vez en imprenta y distribución, miles de libreros, transportistas, por no mencionar los lectores que se la leen del tirón en menos de veinticuatro horas tras su publicación, tienen acceso a ella.

Ruano hizo ademán de interrumpirlo. Barezzi le puso dos dedos en el antebrazo sin mirarlo.

—Y respecto a la causa de la muerte, déjeme decirle que la sofocación manual, aunque se utilice cordel, es el método más común en este tipo de agresión. Pone de manifiesto fuerza, superioridad física; somete a la víctima y da visibilidad al agresor, que, ahogando la voz de la víctima, privándole del aire y enmudeciéndola para siempre, imprime una marca personal.

Al otro lado del espejo, el comisario Ferrer se movió hacia delante en su silla. Newman lo notó sin verlo.

—En mi novela, el bolso es la firma; el bolso es fundamental en todo el perfil. Por lo demás, es un placer prestarles mi colaboración en lo que necesiten, y de nada —concluyó sereno y pesaroso, como quien ha cumplido con una triste obligación.

Newman se puso en pie e hizo una seña a su abogado, que lo siguió con aire de no saber muy bien qué acababa de ocurrir. La silla, al arrastrarse, rompió con un chirrido agudo el silencio de la sala. Barezzi lo dejó hacer mientras asentía muy despacio, como si razonase las consideraciones del escritor.

Newman llegó hasta la puerta, pero antes de salir se volvió hacia él.

—No es mi intención enseñarles cómo deben hacer su trabajo, pero seguramente el forense podrá arrojar más luz sobre el caso ayudándoles a perfilar mejor a su sospechoso. Yo apuesto por un hombre, alguien joven, fuerte, entre treinta y cuarenta y cinco años, aunque me inclino por menos de cuarenta y más de treinta. Hagan un estudio de la víctima y se acercarán bastante al tipo de agresor. No voy a mencionar el ADN porque supongo que lo habrán buscado sin hallarlo; de otro modo, no habrían esperado tres meses y no estarían dando palos de ciego.

Barezzi se mordió el interior de la boca, algo flácida. Aunque la mascarilla ocultaba parte, su rostro se veía casi plano en las mejillas, como si hubiera perdido mucho peso en poco tiempo. Estiró la mano de largos dedos y la dejó reposar sobre la carpeta de tapas marrones mientras suspiraba.

—Tiene razón en algo: no hemos hallado ADN del agresor, pero se equivoca en que hayamos tardado tres meses. Sabemos que el asesinato se produjo hace tres meses por el estado del cadáver y porque es la fecha en la que se le perdió la pista a la víctima. Durante el confinamiento, su familia se aferró a la posibilidad de que hubiera quedado incomunicada en el lugar donde fuera que la hubiera sorprendido la orden gubernamental. Pero el hallazgo se ha producido hace cuarenta y ocho horas. Un barco de la Comandancia de Marina detectó un fardo flotando en el puerto. —Abrió la carpeta mientras indicaba a Newman que se acercase.

El escritor se inclinó y frunció el ceño. Al principio no pudo distinguir muy bien lo que estaba viendo. Se sentó de nuevo y su abogado lo imitó.

—¿Puedo? —dijo palpándose la pechera de la americana—. Las gafas; me temo que no veo muy bien sin ellas.

—Claro —autorizó Barezzi.

Extrajo una funda de cuero del bolsillo interior de su americana, sacó unas gafas de montura de acero, se las puso e inclinó la cabeza sobre la fotografía que Barezzi le acercó mientras decía:

—Al igual que usted, los de la Comandancia tampoco sabían qué podía ser cuando lo vieron flotando. Pero al acercarse, y en cuanto lo engancharon para subirlo a bordo, estuvieron seguros de que, fuera lo que fuese, estaba podrido.

Con uno de aquellos largos dedos, Barezzi apartó la primera fotografía. La siguiente correspondía al momento en que alguien había rasgado el plástico azul. Un cadáver humano, de mujer, en avanzado estado de descomposición. Blanco e hinchado, la piel se había desprendido como una bolsa de plástico llena de agua. Mitchell abrió la boca como si fuera a protestar, pero Newman no reaccionó. Ni una palabra. Ni un gesto. Se quedó inmóvil mirando la fotografía, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Ese silencio alarmó al abogado más que cualquier exclamación. Mitchell se puso en pie.

—¿De verdad creen que esto es necesario? —dijo dirigiéndose a la ventana tras Barezzi—. Me llevo a mi cliente a menos que quieran hacer una acusación en firme, que lo dudo.

Benedict Newman seguía inmóvil, mirando la foto. Barezzi se dirigió al abogado.

—No hemos terminado. Siéntese. —Cuando el abogado obedeció, continuó—: Lo de esas fotos no es todo, porque hace diez meses, a finales de julio de 2019, el servicio de limpieza de playas localizó un bulto idéntico en un arenal, y, aunque era temprano, no pudieron evitar que varios turistas hicieran fotos del fardo que terminaron circulando por las redes sociales. Por suerte, lo retiraron antes de que nadie pudiera ver el contenido.

Puso una foto ante él.

Una pulpa gris y un amasijo de huesos tintados de marrón por los humores corporales. Aquí y allá se adivinaban cabellos rojizos como cables de cobre enmarañado.

—Era una mujer que aún no ha sido identificada debido al estado del cadáver. El tiempo que había permanecido en el agua y la acción del sol en la lona aceleraron la putrefacción. Nadie reclamó el cuerpo, no había rastros ni denuncias que hicieran pensar que fuera de la zona, y finalmente se barajó la posibilidad de que pudiera haber sido arrojada en alta mar y arrastrada hasta la playa por la marea. Como comprenderán, el nuevo hallazgo nos hace replantearnos de dónde provenía.

—¿En agosto de 2019, dice?

El policía asintió.

—Y afirma que la acción del agua y el sol sobre el atado de lona aceleraron la descomposición del cuerpo. ¿Cuánto tiempo llevaba muerta? Tendrán una data de la muerte, aunque sea aproximada...

Barezzi lo miró tratando de entender su intención, pero Ruano se adelantó.

—La forense estableció que no más de cuatro días.

—Si hubiera empezado por ahí, nos podría haber ahorrado esta desagradable situación. En el mes de agosto pasado, el señor Newman sufrió un ataque, ingresó en un centro hospitalario y estuvo en observación todo el mes. Cuando le sobrevino, llevaba varias semanas en casa de su editora en Suiza. Por la mañana les haré llegar todos los informes médicos, pero ya les adelanto que han metido la pata.

Fue Ruano el primero en darse cuenta de que algo raro estaba sucediendo. Tocó el brazo de Barezzi para llamar su atención. Los tres hombres se callaron súbitamente y observaron a Newman. El escritor seguía inmóvil, inclinado sobre las fotografías sin emitir un solo sonido, como si fuera ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

Lo único que se oía era el tictac del reloj de pared que nadie había notado hasta ese momento y el roce áspero de la respiración del escritor contra su mascarilla.

—Benedict —llamó Mitchell.

Newman no contestó.

—Benedict, ¿estás bien?

Newman parecía petrificado. Los policías se pusieron en pie, pero fue Ruano el que dio la vuelta a la mesa y se agachó un poco para poder ver sus ojos. Estaban vidriosos; no parpadeaba. El policía pasó una mano, interponiéndola entre la fotografía y la mirada de Newman. No hubo reacción. Alarmado, Mitchell se acercó, situándose junto a su cliente, y suavemente le tocó el hombro.

—Benedict, ¿te encuentras bien?

Benedict Newman parpadeó e irguió la cabeza lentamente.

—¡Por Dios, Benedict, me has dado un susto de muerte!

Newman se quitó las gafas y las miró perplejo, dejándolas sobre la mesa. Después tomó aire, hinchando el pecho, ladeó la cabeza y entornó los ojos. Compuso una sonrisa torcida mientras se echaba hacia atrás en la silla.

—No sé qué demonios os enseñan en la academia, pipiolo, pero si crees que se me va a alterar el pelo por ver un cadáver, estás muy equivocado.

Ruano lo miró incrédulo.

—¿Me ha llamado pipiolo?

Newman le mantuvo la mirada, retador. Alzando ambas manos, se quitó la mascarilla, la arrojó hacia atrás como en un brindis ruso y, tocando con su índice la fotografía, dijo:

—No es la primera vez que veo esto. Reconozco los nudos, el envoltorio. Lo he visto antes.

—Se ha quitado la mascarilla —dijo Ruano dirigiéndose a los que observaban tras el espejo—. Hay que parar hasta que se la ponga.

Pero Barezzi lo ignoró y volvió a sentarse, se inclinó para llamar la atención de Newman.

—¿Los reconoce? ¿Los había visto antes de describirlos en su novela?

—Es un viejo caso que llevé hace tiempo. Nunca se resolvió.

—Señor Newman, ¿de qué caso habla? —preguntó Barezzi perplejo.

Esta vez fue Newman el que pareció confundido cuando contestó:

—¿Newman? ¿Por qué me llamas así? —contestó tuteándolo de pronto—. Me llamo Star.

Ruano lo miró y miró a su jefe.

—¿Que se llama cómo?

—Colt Star.

—¿Star, como Patricio Estrella? —se burló Ruano.

—Colt Star —repitió con calma el escritor palpándose los bolsillos de la chaqueta como si buscase algo—. Star como la pistola y Colt como el revólver, y soy detective desde antes de que te salieran pelos en las pelotas.

—Oh, Dios mío —exclamó el abogado llevándose las manos a la cabeza—. Solicito que se interrumpa inmediatamente el interrogatorio. El señor Newman no se encuentra bien.

—¿Es una broma? —preguntó Barezzi mirando al escritor a los ojos.

Newman alzó la barbilla, apuntando con ella al policía.

—Dímelo tú. Me hacéis venir hasta aquí, me preguntáis por este caso y ahora decís que no sabéis de qué hablo.

—Sé de qué habla, lo que no entiendo es por qué dice que no es Newman.

—¿El escritor?

—Sí, el escritor. Usted.

Newman sonrió.

—Es curioso, él me contó que alguna vez le había ocurrido.

—¿Que le había ocurrido qué?

—Que lo llamasen Colt Star —dijo encogiéndose de hombros como si le divirtiera—. No es porque lo confundan conmigo, pero si lo piensa, al fin y al cabo, él es famoso y a mí no me conoce nadie. Si saben mi nombre, es por sus novelas, pero para algunos de sus lectores Colt Star tiene el aspecto de Newman; es a él a quien visualizan cuando leen.

Ruano meneaba la cabeza con grandes gestos negativos mientras levantaba las manos incrédulo.

—Espere un momento, ¿está intentando hacerse pasar por el personaje de sus novelas?

Miró a Barezzi impacientado.

Mitchell se puso en pie de nuevo.

—Tenemos que suspender inmediatamente este interrogatorio.

Newman volvió a palparse la ropa.

—Escuchadme bien, porque no tengo tiempo que perder.

Mitchell lo interrumpió.

—Mi cliente no se encuentra bien. No lleva mascarilla, está confuso...

—Qué estupidez, me encuentro perfectamente.

Ruano apuntó con el dedo a Newman.

—Pues yo creo que te estás riendo de nosotros. Y como coja el covid por tu culpa, maldito cabrón, te vas a acordar.

Newman sonrió, alzó una mano. Lo miró retador con los ojos entornados y la boca entreabierta y, con dos dedos, le hizo gesto de que se acercara.

El Lobo observaba toda la escena que se desarrollaba a su alrededor como si asistiera a una obra de teatro, pero alzó una mano para detener a Ruano, que parecía responder a las provocaciones de Newman.

Impotente, el abogado llegó hasta la cristalera espejada buscando ayuda.

—Exijo que detengan el interrogatorio. Mi cliente está enfermo. Llamen a una ambulancia, hay que trasladarlo a un hospital de inmediato.

Su tono era desesperado.

Casi a la vez, el subinspector Ruano se desplazó arrastrando su silla en el avance, interponiéndose entre el espejo y el abogado.

—Su cliente se ríe de nosotros. Dígale que se ponga la mascarilla o lo esposaré y se la pondré yo mismo.

—Eh, pipiolo, ¿a quién le hablas así? —gritó Newman apuntando con el dedo a Ruano—. Puede que intimides a putas baratas y conductores borrachos y hasta que te saques un extra con las multas, pero corrige tus modales o te sacudo la badana.

Ruano se volvió hacia Newman.

No había entendido todo, pero sí la amenaza.

—¿Qué cojones significa eso de las multas? —dijo ofendido.

—Ruano —lo apaciguó Barezzi.

—Ya sabes lo que significa. —Newman se puso en pie—. El cuerpo de policía de Ciudad no se caracteriza precisamente por su

honradez, pero no estás hablando con un turista ni con un paleto de visita. Si tengo que sacudirte el polvo, lo haré.

—No me jodas. —Ruano miró a Barezzi—. ¿Esto es serio?

—Más serio que un infarto, pipiolo. Ya me tienes harto. —Newman fue hasta el espejo y se dirigió a quien pudiera estar escuchando—. Han acabado con mi paciencia. Llamen al comisario Harris. Somos viejos amigos; servimos juntos en el ejército. Díganle que estoy aquí y vendrá inmediatamente. No hablaré con nadie más.

Barezzi se llevó la mano al oído derecho mientras escuchaba el reporte que le llegaba por el audífono.

—No hay ningún comisario Harris en esta comisaría, a menos que esté jubilado...

Newman lo miró mosqueado.

—Tiene mi edad.

Miraron a Newman. A pesar de la hechura impecable de su traje, de su bronceado, de su buen corte de pelo y de que se mantenía bien erguido, era evidente que rondaba la edad de jubilación.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Barezzi cambiando al tuteo.

—Ya tienes todos mis datos. Soy más joven que tú y mayor que el pipiolo este.

El abogado lo miró angustiado.

—¿Llevas una identificación encima? —continuó Barezzi calmado.

—Por supuesto, el sargento de puerta la ha fotocopiado antes de entrar aquí.

—Muéstramela —pidió con amabilidad.

Newman sacó del bolsillo interior de donde antes había tomado las gafas un carnet de identidad que exhibió ante el rostro de Barezzi.

—¿Eres tú?

—¿Quién iba a ser?

—¿Puedes leer lo que pone?

—Claro.

—Espera —lo detuvo—. ¿No necesitas gafas?

—No uso gafas.

—Pues si eres tan amable, lee todos los datos, el anverso y el reverso.

Newman colocó la tarjeta ante sus ojos y comenzó a leer.

Durante un instante, sus labios se movieron en silencio, formando sílabas que no llegaron a convertirse en sonido. Sus pupilas se dilataron.

Un súbito espasmo sacudió su cuerpo.

Comenzó a caer hacia atrás, los ojos poniéndose en blanco.

Hubo un golpe seco y sordo cuando su cráneo impactó contra el borde de la silla. Su cuerpo inconsciente quedó desmadejado en el suelo mientras un charco de sangre se extendía rápidamente como una orla oscura alrededor de su cabeza.

—¿Van a llamar a una ambulancia de una puta vez? —clamó el abogado.

3

Nash Elizondo empujó la puerta de la cocina de las Mitxelena con la taza de café aún en la mano. A pesar de ser junio, Beth había encendido la cocina de leña, un poco para perfumar la estancia y un poco para templar las paredes de piedra del viejo caserío, pero sobre todo para acompañar en el húmedo amanecer a su madre y a su hermana. El coche fúnebre no estaba en su lugar habitual frente al portón, y Nash supuso que Susana y Eva habrían salido temprano para atender el trabajo de la funeraria que regentaban desde hacía cuatro generaciones. Dejó la taza sobre la mesa y dedicó una mirada a la cocina templada antes de cerrar la puerta.

Se colocó la mascarilla y salió al camino que se abría hacia el pueblo desde la misma entrada de la cocina. En menos de treinta segundos se quitó las gafas de sol y miró desolada los cristales empañados. Parpadeó, molesta ante la incidencia de aquella luz plateada e hiriente que ya arrancaba destellos de la pista mojada por la última lluvia en Elbete. Había que elegir, o gafas o mascarilla, y la normativa por COVID-19 no daba lugar a discusión. Las guardó resignada en el bolsillo de su chubasquero. Casi por ensalmo vio aparecer ante sus ojos un coche patrulla que se detuvo a su lado mientras descendía la ventanilla del conductor.

—Buenos días, doctora Elizondo, qué madrugadora.

—Buenos días, inspectora Salazar, lo mismo digo. Cuando he visto el coche patrulla, he pensado que ya había incumplido alguna norma. Iban a multarme por no ponerme bien las gafas, no llevar la mascarilla del color correcto o cualquier otra norma absurda.

Amaia rio tras su mascarilla.

—No voy a multarte, he venido a despedirme.

—¿Te vas? —preguntó Nash.

—Yo no, pero parece que tú sí. Te llamé temprano, aún dormías, pero las Mitxelena me dijeron que te ausentas unos días.

Nash sonrió mientras negaba, sintiendo cómo la incredulidad le arqueaba las cejas contra su voluntad.

—Son la hostia, todavía no lo he decidido. Se suponía que este paseo serviría para pensármelo.

—¿Quieres pasear en coche patrulla?

—Pues no lo sé. Siempre había pensado que, si alguna vez subía a uno, iría atrás y esposada.

—Eso podemos arreglarlo. Quítate la mascarilla y te detengo.

Dio la vuelta al coche por delante, abrió la puerta y se sentó junto a Amaia. Fijó la mirada al frente, como si con ella pudiera traspasar los muros del palacio Jarola.

—Ya te hablé de Benedict Newman. Unos días antes de que decretasen el confinamiento, un empleado suyo, su mayordomo...

Amaia se giró hacia ella, levantando una ceja.

—Como lo oyes, un mayordomo inglés. Se llama Robert. Vino a verme para contarme que Newman era mi padre y que quería conocerme. Me explicó que se había mantenido al margen por expreso deseo de mi madre y que, después de su fallecimiento, entendía que su promesa quedaba sin efecto. Fue muy considerado, el tipo —dijo con ironía—: me concedió ser yo la que tomase la decisión de hacerlo o no. Le dije que lo pensaría y prometió que se mantendría al margen hasta que llegase, si lo hacía, en ese momento.

Amaia asintió.

—Anoche recibí una llamada de Robert. Por lo visto, la policía acababa de presentarse en el domicilio de Newman y se lo llevaban a comisaría para interrogarlo sobre un crimen idéntico a los que aparecen en su última novela.

—¡Joder!

—Él no me ha pedido que vaya, y yo no tengo ninguna gana de ir. Y no sé por qué las Mitxelena te han dicho que me iría. Supongo que en otras circunstancias sería normal que acudiese, pero, si ya tenía pocas ganas de conocerle, hacerlo mientras está detenido en una comisaría termina de convertirlo en una pésima idea... —dijo.

—Bueno, déjame que le quite hierro al asunto. Probablemente quieran interrogarle como testigo; lo normal es trasladarlo a comisaría por diversas cuestiones legales. Pero si está detenido, tienen que presentar cargos, y por lo que me explicas, no hay cargos, solo preguntas.

—No, Robert no habló de detención...

—Seguramente un pirado está tratando de homenajear a su escritor favorito. Todavía no he leído su última novela, pero Newman es del *hard-boiled*, duro, pero no macabro. La mayoría de los crímenes que narra encajan con el noventa por ciento de las puestas en escena de los crímenes reales. Es bastante clásico, y no es una crítica. Cuando leo puestas en escena estrambóticas, siento que estoy leyendo ficción; no me las creo.

—No te imaginaba leyendo esas cosas.

—¿Y qué imaginas que leo?

—Yo qué sé, *El Necronomicón*, *El libro de los muertos*, *Platero y yo*...

Las dos rieron. Nash se secó las lágrimas incipientes con los bordes de la mascarilla. De pronto dijo:

—¿Sabes que no se pueden llevar gafas con la mascarilla? Se llenan de vaho de tu propio aliento y no ves nada. Respirar o ver, hay toda una filosofía en eso, ¿no crees?

Amaia asintió, calibrando la emoción tras las palabras, y recondujo la conversación.

—¿Sabes de qué cuerpo de policía se trata o en qué comisaría está? Puedo intentar enterarme de algo.

—No, no me lo ha dicho. Es probable que ya esté de vuelta en casa, aunque supongo que Robert me habría llamado. Quizá lo llame yo para preguntárselo. Gracias, Amaia, con lo que me dices terminas de convencerme. No creo que sea el momento, y no sé si alguna vez lo será...

—De acuerdo, miss Daisy, ¿le ha gustado el paseo? —preguntó Amaia indicándole la puerta.

Nash miró perpleja hacia el exterior.

—Pero si no nos hemos movido del sitio.

—Ni un solo paso para una mujer, pero un gran salto para la humanidad.

—Para haberte criado en Estados Unidos, tienes mucho de baztanesa.

Nash caminó hacia la carretera general. Apenas había tráfico. Superó la gasolinera y, antes de cruzar frente al camino de acceso al cementerio, apretó contra el puente de la nariz la mascarilla, que se le metía en los ojos impidiéndole ver si venían coches.

El camposanto reflejaba el abandono de los meses de confinamiento. Los topos se habían adueñado por completo de las parcelas entre las tumbas, dejando a la vista los montones de tierra que, entre la hierba alta, parecían bordados hechos con esencia de Baztán. Había una persona en el cementerio; vestía ropa de mahón y estaba de pie frente a la tumba de la familia Elizondo. Se volvió al oír el golpe metálico de la cancela y levantó una mano como saludo. Nash había visto la furgoneta del marmolista aparcada en el camino. Avanzó asegurando los pasos sobre la tierra blanda y aireada y se plantó ante la tumba de su familia.

—Ángel Otaño —se presentó el hombre, respetando la distancia y haciendo casi un gesto de disculpa por no tenderle la mano.

—Sí, vi tu número en el cementerio de Gaztelu; después me enteré de que eras el primo del alcalde. Iba a llamarte entonces, pero llegó la pandemia...

No contestó. El marmolista debía de tener poco más de sesenta años. Manos grandes, espalda aún recta a pesar de las décadas inclinado sobre la piedra. Observaba las lajas de caliza agrietadas que cubrían la tumba. Tocó una de las planchas con la punta de la bota, pero continuó en silencio.

Nash ya había aprendido a tratar con la gente del valle; sabía que aquellos silencios que a otros podrían resultarles incómodos eran habituales en los hombres del Baztán. Quizá para animarle, Nash comentó:

—Bueno, ya ves que está en muy mal estado, hay que cambiarlo todo, la losa que lo cubre, pero también la de la cabecera, y volver a inscribir los nombres. Mi madre falleció en marzo, unos días antes de

que nos confinasen; el enterrador ya me advirtió entonces que, debido al estado de la piedra, el nombre no se podía grabar.

—Hice un presupuesto para esta tumba hace años —dijo sorprendiendo a Nash.

—¿En serio?

—Para una señora de esta familia, igual hasta era su madre. Llegamos a encargar el mármol, pero después no volvió a ponerse en contacto. No llegamos a grabarlo. Lo aprovechamos para otro.

—¿No recordará cómo se llamaba?

—Fue hace muchos años, yo tendría entonces, no sé..., veinticinco o veintisiete. Aún estaba soltero; vine solo, pero trabajaba con mi padre, que es de quien aprendí el oficio.

Nash asintió creyendo que su explicación era una especie de disculpa, pero entonces él volvió a sorprenderla.

—Se llamaba Natalia. Pidió casi lo mismo, sustituir la losa y volver a grabar los nombres en un cabecero nuevo. Pero por lo que sea, luego no se hizo.

Nash no supo si se trataba de alguna clase de reproche, así que se disculpó:

—Era mi madre. Lo siento; creo que yo ni siquiera había nacido, pero puedo asegurarle que tengo intención de llevar a cabo la obra. No le haré perder el tiempo.

—No pasa nada, en ocasiones cuando alguien acaba de sufrir una pérdida está un poco aturullado; encargó el trabajo, después quizá ya no quiso volver por aquí, a algunos les pasa...

—En cuanto tenga listo el presupuesto, le pagaré por adelantado.

El hombre sacó un flexómetro y comenzó a medir las piedras. Hizo un par de preguntas sobre el tipo de mármol y se fue.

Nash no había visitado a su madre desde que decretaron el confinamiento. Había soñado que lo hacía, había imaginado que lo hacía, pero ahora, detenida ante las piedras desgajadas que cubrían la tumba de la doctora Elizondo, no supo cómo expresar lo que sentía. Aquella voz que durante años oyó en su cabeza, con toda su fuerza, su sarcasmo y su inteligente discurso, la que la acompañó cuando la enfermedad le robó la capacidad de hablar y la muerte se la llevó para siempre, permanecía ahora en un silencio rotundo.

Aquel silencio, cargado de la altivez pretenciosa y la intención que Nash tan bien conocía, era en sí mismo una respuesta. Lo había aprendido con los años; era el modo en que su madre le decía: «Toma tu decisión y afronta las consecuencias, cúbrete de gloria o de mierda, pero no te daré ni un solo argumento para que termines haciéndome responsable».

La doctora Elizondo, incluso desde el más allá, seguía ejerciendo su influencia, moldeando la voluntad de su hija, ahora con la imponente ausencia de su voz. El peso de su legado, de sus enseñanzas implícitas y explícitas, era un eco que resonaba en la mente de Nash recordándole que la autonomía era un camino solitario y que las decisiones, buenas o malas, eran exclusivamente de uno mismo.

Era la lección más valiosa que su madre le había inculcado: la responsabilidad personal inquebrantable, una armadura contra el victimismo y un catalizador para la acción. El silencio en la tumba no era vacío, sino un último y poderoso mensaje de independencia.

Volvió sobre sus pasos sin cruzarse con nadie, aunque avistó a un par de vecinos que desde detrás de sus mascarillas la saludaron alzando levemente las manos, como si el embozo de tela les hubiera borrado la voz.

Al llegar a la encrucijada que unía la pista principal con la de acceso a la casa de las Mitxelena, vio a la gata Amy que se atusaba el pelaje sentada en el banco de piedra junto a la entrada de la cocina.

—Psss, pss —bisbiseó deteniéndose.

La gata saltó desde el banco y avanzó hacia Nash con el trotecito propio de gata joven y flaca.

—¿Me acompañas? —le preguntó cuando estuvo a su altura. Y echó a andar, segura de que Amy caminaba a su lado—. *You'll never walk alone* —canturreó.

En los meses de confinamiento había perdido la sensación de ridículo que le suponía hablar con la gata. Era lo único que había perdido; si hacía recuento, se tenía que poner en la fila de los que habían salido ganando con aquel encierro forzoso. Un sueño placentero y renovado, apetito, una familia de piradas maravillosas,

una amiga policía, una momia sospechosa de andar sola por ahí y maldiciones para emparedar un círculo del infierno. Había aprendido a cocinar media docena de platos nuevos, había leído algunas novelas y todas las cartas de Benedict Newman: las que le había escrito a ella, una por año, cada 12 de febrero desde su nacimiento, y las que le había enviado a su madre desde el día en que rompieron su relación. Cartas unidireccionales, de las que era fácil deducir que ella jamás le respondió.

Caminó hasta que la carretera se volvió pista y levantó la mirada hacia la leve colina sobre la que se alzaba la casa de Andrea Dancur, al menos la que había sido su casa hasta que fue asesinada. Ella y resolver aquel caso fueron la razón primera por la que había recalado en Baztán. Nash pensó en todo lo que ahora la unía a aquel lugar. Dedicó un último vistazo a la gran casa. Los portillos estaban cerrados, Andrea estaba enterrada en el cementerio de Elbete, muy cerca de la madre de Nash. Al pensarlo sintió una profunda pena. Sacudió la cabeza como si descartase una idea y continuó caminando hasta que la pista se transformó en camino, y hasta que el camino se borró y no quedaron más que calvas de tierra entre la hierba, que conducían a las ruinas del caserío Elizondo.

El sol de finales de junio calentaba con fuerza y había conseguido evaporar cualquier vestigio de la humedad de primera hora de la mañana. Penetró en el solar por el lugar donde seguramente había estado la puerta principal y, como si en algún rincón de su memoria guardase un plano con la disposición de la casa, buscó el espacio que habría ocupado la mesa y se detuvo ante los restos de la chimenea. Amy se ovilló a sus pies y las dos permanecieron así, inmóviles en medio del solar despejado, al calor imposible de la antigua lumbre.

Nash se dirigió hacia uno de los extremos, donde aún se acumulaba media docena de piedras del muro exterior. Distinguió los restos de papel mojado y la tinta desvaída de las preguntas que la gente dejaba allí. Con un pudor infantil que la sorprendió, miró alrededor antes de deslizar entre las piedras un trocito de papel en el que había garabateado su duda. Trazando el mismo recorrido que

había hecho para entrar en la casa, regresó al camino seguida de Amy.

Al llegar al cruce entre el pueblo y el camino al molino, le pareció vislumbrar una presencia en la ventana de la casa de Garbiñe. Todavía recordaba su desencuentro de la última vez, cuando su curiosidad la había puesto en una situación delicada. Resuelta a no volver a ofenderla, bajó la mirada y solo volvió a levantarla al pasar frente a la casa de Salomé. Se fijó en que los maceteros de las ventanas, que meses atrás evidenciaban el abandono por el tiempo en que la mujer había estado en prisión, volvían a estar llenos de geranios florecidos. Algo se aflojó en su pecho, una tensión que no sabía que cargaba. Los geranios en flor eran de algún modo una respuesta que no había pedido. Sonrió bajo la mascarilla.

—¿De qué sirve hacer preguntas a los muertos si después no respondes a las llamadas?

Alarmada, se giró al escuchar la voz estridente y deliberadamente aniñada de la mujer del teléfono. Había sonado tan cerca que casi esperaba encontrarla tras ella. Sin embargo, la valla de metal, el estrecho jardín delantero y los tres escalones que elevaban la puerta sobre el nivel de la calle las separaban. La mujer, sin mascarilla, había entreabierto la puerta lo justo para asomar la cabeza.

—¿No quieres pasar, guapa? —Su voz guardaba todos los ecos de los terrones de infancia.

Nash se tomó un instante, giró completamente para que la mujer pudiera verla y le contestó:

—Claro, pero ella entrará conmigo, ¿le parece bien? —dijo señalando a Amy, que casi como si imitara su gesto se había detenido a su lado.

La mujer retrocedió como ante una ofensa y cerró dando un portazo. El golpe resonó en la calle vacía y espantó a un mirlo que picoteaba entre los geranios de Salomé.

Pasó ante su coche aparcado frente a la puerta abierta de la cocina de las Mitxelena. Un rectángulo de luz solar se derramaba lechoso sobre las baldosas. Amy se tumbó en el suelo templado en cuanto superaron el umbral. Saludó y ellas correspondieron. La casa

olía al café que Susana y Eva removían en sus tazas y a algo mineral y húmedo que no supo identificar.

Las mujeres apartaron la vista de sus tazas y Nash levantó dos dedos como saludo mientras se quitaba la mascarilla liberando al fin la piel del roce húmedo de la tela.

Se desató el chubasquero de la cintura y dejó el teléfono sobre la mesa. La pantalla mostraba dos llamadas perdidas del mismo número: prefijo de Madrid, Ministerio de Cultura. La tercera vez en dos días. «Herzog no pierde el tiempo», pensó con fastidio. Que los funcionarios del Patrimonio Histórico hubieran retomado su acoso, antes incluso de que se normalizara la actividad tras el confinamiento, decía mucho de la insistencia de aquel hombre. Apartó el pensamiento y se inclinó para inspeccionar el contenido oscuro de varios saquitos de tela y para oler el engrudo en tarros de cristal.

Beth sonrió y contestó antes de que preguntara.

—Estoy haciendo masa madre, de trigo, de centeno y de avena.

—¿Por qué son tan oscuras? —preguntó.

—Es harina integral. Los fermentos que necesito para que leve sin añadir levadura residen en las cáscaras de los cereales.

Nash sonrió.

—¿Sabíais que hay una teoría sobre que las posesiones demoníacas de Salem en Estados Unidos fueron realmente alucinaciones causadas por el cornezuelo de la harina de centeno?

—No te preocupes, la harina actual está libre de cornezuelo. —Sonrió la chica—. Pero no deja de ser llamativo metafóricamente que el demonio se manifestase a través de la harina y de un hongo que recuerda a un pequeño cuerno.

Nash miró a Beth, asombrada por su visión.

—¿Quieres café? —preguntó Eva mientras servía una taza y la pasaba por encima de los tarros.

Nash tomó un trago y frunció los labios ante el amargor. Agregó dos cucharadas de azúcar y removió despacio, consciente del peso de las seis pupilas clavadas en ella. Las Mitxelena esperaban inmóviles como figuras de un retablo.

—He decidido que no iré.

En silencio, Nash las vio levantar las tazas a la vez, el sorbo contenido, y supo leer en aquel gesto sincronizado todo lo que no le decían. Así que añadió:

—Si ha esperado treinta y tres años para decidir que quería conocerme...

—Eso no es así —interrumpió Eva—. En sus cartas te decía que siempre quiso conocerte.

—Y a pesar de la oposición de tu madre, intentó cuidar de ti —añadió Susana.

—Bueno, da igual. El caso es que han pasado treinta y tres años y no me parece normal ir a conocer a Benedict Newman a una celda.

—¿Lo han mandado a prisión? —preguntó Beth.

—No, claro que no. Es una manera de hablar. Robert dijo que lo habían trasladado a comisaría para interrogarle, eso es todo. Pero lo he pensado y creo que, de todos los momentos incómodos para conocer al padre que creía no tener, este se lleva la palma.

Las Mitxelena permanecieron en silencio, los ojos entornados, los labios en aquel gesto de juicio mudo tan propio de ellas.

El teléfono de Nash vibró sobre la mesa con el zumbido de una avispa moribunda. Su mandíbula se tensó al ver el nombre en la pantalla.

—Es Robert —dijo antes de contestar, aunque todas lo habían visto.

—Nash, lamento molestarla de nuevo —se disculpó él.

—No te preocupes, ¿qué pasa?

—Su padre está en el hospital.

—¿Qué ha pasado?

—No conozco todos los detalles, pero ayer, cuando le estaban tomando declaración en comisaría, comenzó a comportarse de un modo extraño.

—¿Extraño? ¿Qué quieres decir?

—Yo no estaba presente, así que me limito a repetir lo que me ha contado su abogado, que estaba con él. Por lo visto, en un momento de la entrevista se quedó en blanco, no reaccionaba y, cuando lo hizo, comenzó a conducirse de manera anómala e incoherente, completamente desorientado. Después se desmayó y, al hacerlo, se

golpeó en la cabeza y se abrió un corte bastante profundo. Lo trasladaron al hospital y, aunque recuperó la conciencia, lleva toda la noche en observación.

—¿Qué han dicho los médicos?

—No gran cosa, que de momento va a seguir en observación y que tienen que hacerle más pruebas, y es precisamente por eso por lo que la llamo. Benedict no está en condiciones de tomar decisiones sobre su salud; el médico insiste en hablar con un familiar, y, Nash, usted es su único familiar.

—Oh —contestó Nash mientras valoraba las consecuencias de lo que le pedía Robert. Como si hiciera lo mismo, este añadió:

—Soy consciente de lo complicado de lo que le estoy pidiendo y de que esto precipita mucho las cosas, pero no lo haría si hubiera otra opción.

—No lo entiendes, ya había decidido no ir.

—Ya...

—Y ahora me llamas para pedirme que tome decisiones sobre la salud de alguien que no conozco.

—No tiene por qué conocerlo.

—¿Qué?

—Nash, sé que esta es una situación muy difícil para usted. Entiendo que no quiera hacerlo. Pero escúcheme: no tiene por qué enfrentarse a él si no está preparada. Puede venir, hablar con el médico en una sala aparte cada mañana, firmar las autorizaciones y marcharse. Nadie la obligará a entrar en esa habitación. Me encargaré personalmente.

Nash volvió a mirar hacia el exterior por la puerta abierta de la cocina. La chapa del Mustang relucía bajo el sol de junio como un potro mimado.

—No sé cuánto tardaré en llegar... —dijo al final.

—No me moveré de aquí —contestó él antes de colgar.

4

> La fiebre no mata el deseo: lo desordena. Nombrarlo es empezar a gobernarlo.
>
> BENEDICT NEWMAN, en *Los que paran*

Llevaba un buen rato con los pies colgando de la camilla cuando un grupo de médicos entró en la sala. Entre ellos había dos mujeres, una más joven y otra de mi edad. Conocía al menos a uno. Lo recordaba de la noche anterior, de cuando llegué al hospital.

—Doctor Martínez, ¿verdad? —saludé tendiéndole la mano mientras a ellas les dedicaba una sonrisa galante.

Él me la estrechó.

—Buena memoria, a pesar del golpe. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Como si me hubiera bebido todo el whisky de Irlanda, pero sin bebérmelo, ya me entiendes —dije dirigiéndome de nuevo a las féminas. Me fijé en que una de ellas, la de mi edad, era particularmente guapa. Llevaba la bata abierta sobre una falda marrón que le llegaba a la rodilla y un jersey con escote discreto. Poseía unos ojos de cervatillo del color del whisky añejo. Leía el informe que le había pasado Martínez. Se lo devolvió y centró toda su atención en mí. Me sentí afortunado.

—Buenos días —dijo sonriendo mientras me ofrecía una mano firme y muy suave—. Soy la doctora Patricia Duval, la jefa de Neurología. El doctor Martínez nos ha hablado de ti y tenía muchas ganas de conocerte. Te presento a mi colega, la doctora Ana Argüelles, que me va a ayudar a evaluarte.

—Claro.

—¿Puedes ponerte en pie? —Su tono era cortante, profesional, pero al final de la frase arrastraba las vocales con un deje meloso, casi musical, que delataba un origen asturiano.

Salté de la camilla y me coloqué frente a la doctora sin disimular mi incomodidad por la bata hospitalaria.

—¿Cuándo dejarán que me ponga mi ropa? Cuesta parecer respetable vestido con un camisón de abuela —dije mirando a la doctora Duval.

Ella sonrió.

—No te preocupes, nosotros estamos acostumbrados, y es la norma del hospital. El doctor Martínez nos contó que llegaste inconsciente a urgencias. Nos preocupa mucho el desmayo que sufriste antes del golpe en la cabeza; queremos asegurarnos de que todo está bien ahí dentro, ¿de acuerdo? Algunas de las preguntas que te haré a continuación ya te las hizo el doctor anoche. Sé que puede resultar un poco pesado, pero se trata de comprobar si ha afectado a tu memoria.

Asentí.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Pues... no estoy muy seguro.

—Dinos tu nombre.

—Me llamo Colt Star.

—¿Y qué edad tienes?

—Treinta y ocho.

No se me escapó el intercambio de miradas.

—¿Dónde naciste, señor Star?

—En Los Ángeles, California.

—¿Sabes dónde estás?

—Claro, en un hospital.

—¿Y sabes por qué estás aquí?

—Seguro que la brecha que tengo en la cabeza tiene algo que ver.

—¿Puedes explicarnos cómo te la hiciste? —preguntó el doctor Martínez.

—¿Que me la hice? —me indigné—. ¿Esa es su versión? ¿Que yo me la hice? Me metieron en una galletera, me interrogaron duramente y un policía novato y nervioso me atizó con la porra porque no le gustaron mis respuestas a sus insinuaciones.

La doctora Duval alzó una mano, conteniendo al joven médico.

—Señor Star, ¿sabes quién es el presidente del Gobierno?

—Los políticos me interesan tan poco como yo a ellos, Patricia.

Me pareció una belleza. De no haber llevado puesto un camisón, se lo habría dicho.

—Pero ¿sabes quién es el presidente?

—Pues el conservador o el republicano de turno. Pregúntame otra cosa: a qué hora salgo, o algo así.

Parpadeó, pero, antes de que pudiera decirle que tenía una boca preciosa, la otra doctora decidió aguarnos la fiesta.

—Señor Star, necesito que me preste toda su atención. Voy a darle una lista de objetos; memorícelos. Casa, cuchara, zapato, ventana, manzana. Repítalos. —Era la única que seguía tratándome de usted.

—Casa, cuchara, zapato, ventana, manzana —contesté.

El doctor Martínez intervino de nuevo.

—Ahora deletrea la palabra *mundo* al revés.

—O, d, n, u, m.

—Muy bien. Ahora dime, ¿cuánto son veinte más veintisiete?

—Cuarenta y siete.

—Cuenta desde cien de cinco en cinco hacia atrás —pidió la doctora.

Lo hice. Iba por sesenta y cinco cuando me detuvo.

—Repite de nuevo las palabras que memorizaste antes.

—Casa, cuchara, zapato, ventana, manzana —dije.

La doctora aguafiestas, de la que ya empezaba a sospechar que no le caía demasiado bien, extrajo un folio de la carpeta que llevaba en las manos y me lo mostró.

—¿Puede decirme qué es esto?

—Una hoja de papel.

Me la tendió mientras me pedía:

—Dóblela por la mitad.

Lo hice.

—Ahora póngala en el suelo a su derecha.

Obedecí, teniendo primero la precaución de sujetar la parte trasera del camisón antes de inclinarme. Me enderecé.

—Ahora tómela de nuevo, rásguela en dos mitades y dele una a la doctora Duval.

Seguí sus instrucciones.

—Te he apuntado mi número —bromeé mientras se la tendía.

Ella rio, y esta vez su risa fue audible.

—¿Qué harías si te encontraras una cartera llena de dinero en la calle? —me preguntó. Me encantó el brillo en sus ojos.

—Pues me quedaría en el mismo lugar, apoyado en una esquina, esperando a que un tipo con un ataque de nervios volviera como loco a buscarla.

—¿Y si no apareciera nadie?

—Entonces me daría una vuelta por la zona haciendo preguntas discretas hasta que diera con el propietario.

—¿No la entregarías a la policía?

—¿A la policía? Ese sería el mejor modo de asegurarme de que su dueño jamás la recuperase, encanto.

Mi doctora favorita parpadeó perpleja, pero no dijo nada. Sin embargo, la vi tomar notas.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Martínez.

—Soy detective privado.

—¿Y dónde vives?

—En una urbanización de Los Cerros.

—No está mal para un detective.

No contesté, no era una pregunta. La otra doctora no me quitaba ojo, pero su mirada no estaba en mi cara, sino en mis manos, como si un forense estudiara las herramientas de un crimen.

—¿Qué le ocurre en la mano, señor Star? ¿Nota hormigueo? ¿Entumecimiento? —preguntó.

—No me pasa nada.

—¿Por qué la aprieta así?

Me miré la mano extrañado. Estaba semicerrada, los nudillos blancos. Ni siquiera me había dado cuenta. La abrí y cerré un par de veces, sintiendo un hormigueo ajeno.

—No la estoy apretando. —Me encogí de hombros, sin entender a qué se refería.

La doctora Encanto se acercó y tomó mi mano. Le sonreí contento.

—Aprieta mi mano lo más fuerte que puedas —me pidió. En ese momento ya estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que me hubiera pedido, pero tuve que negarme.

—No voy a hacer eso, cielo. No soy ningún Hércules, pero te romperé un par de dedos si lo hago.

—De acuerdo —aceptó ella—. Entonces ve apretando poco a poco y yo te diré cuándo parar.

Tomé su mano, la miré a los ojos y apenas había comenzado a apretar cuando me pidió:

—Está bien, para.

Aflojé un poco y, antes de soltarle la mano, la llevé hasta mis labios e hice el gesto de besarla. Ella la retiró sonriendo. Le había gustado. El mundo empezó a parecerme un lugar más habitable. El doctor Martínez volvió a la carga.

—¿Conoces a Benedict Newman?

Resoplé hastiado antes de contestar.

—Sí, últimamente somos como una extraña pareja. No dejan de preguntarme por él.

—¿Te molesta?

—¿Por qué iba a molestarme? —contesté evasivo. Me eché hacia atrás, sentándome de lado en la camilla—. Es un escritor; lo conozco desde hace años. Lo que no entiendo es qué tiene que ver él con esto. —Me froté los ojos. De pronto parecía haber más luz en la habitación. Me volví alarmado hacia la ventana, parpadeé incómodo.

—¿Estás cansado?

—Pues un poco, sí —admití llevándome la mano al costurón que me adornaba la nuca. Un halo brillante comenzó a dibujarse ante mi ojo derecho.

—¿Le duele la cabeza? —preguntó la doctora más joven.

—¿Le extraña? ¿Cuántas preguntas llevamos? —Me volví a frotar el ojo. Veía como a través de un prisma.

—Casi estamos terminando.

—¿Suele dolerte la cabeza habitualmente? —preguntó la doctora Duval mirando de reojo al doctor Martínez y susurrando—: Debería estar en el informe, es una de las primeras cosas que hay que preguntar.

La verdad es que una migraña de monumentales proporciones amenazó, palpitando sobre mi oreja derecha. Me llevé una mano fría y húmeda hasta allí. Sentí alivio.

—En ocasiones por las mañanas, pero solo cuando he cenado whisky —contesté deseando terminar con el interrogatorio. Me estaba mareando; sentí cómo la boca se me llenaba de más saliva de la que podía tragar. La doctora más joven susurró algo al oído de la doctora Duval. Ella le cedió su lugar frente a mí.

—Última pregunta, se lo prometo. Ya me ha dicho que estamos en un hospital, pero ¿en qué ciudad?

Apreté los ojos para escapar de la luz creciente. Me llevé las manos a los lados de la cabeza. Aquella doctora me caía como el culo. Su pregunta, tan simple, era un gancho directo a la mandíbula de mi realidad. Solo había una respuesta. Solo podía haber una.

—Estamos en Ciudad —contesté seco.

—Sí, pero ¿en qué ciudad?

—En Ciudad. ¿Qué ciudad va a ser?

—Está muy pálido —dijo Patricia a los médicos tomándome de la muñeca para sentir mi pulso. Sus manos estaban frías y las percibí con alivio en mi piel, que ardía—. Se va a desmayar.

—Señor Star, túmbate —me dijo Martínez mientras colocaba una mano tras mis hombros y me empujaba levemente para acompañar el movimiento.

La luz del techo me hirió las retinas como si un relámpago hubiera estallado ante mí. Casi a la vez, una náusea arrastró el contenido de mi estómago y vomité. Cerré los ojos con fuerza, como si eso pudiera contener el dolor y la humillación. Me limpié la boca con el dorso de la mano y, sin abrir los ojos, susurré una disculpa a mi doctora favorita.

—Encanto, espero que no tengas esto en cuenta cuando te pida una cita.

5

Cuando Nash entró en la ciudad, el asfalto sudaba el bochorno del mediodía. Los edificios guardaban sus secretos tras ventanas ciegas y los peatones caminaban por la parte en sombra de la calle. No era un lugar que prometiera finales felices. Dejó que el navegador la llevase hasta el hospital, y se detuvo frente a la fachada gris como un panteón. Había conducido de tirón; le dolían los hombros y tenía las manos agarrotadas sobre el volante.

Titubeó un segundo antes de acercarse lo suficiente como para que el detector de la puerta pudiera abrirla. Pocas cosas tienen un poder tan rápido e inmersivo como traspasar de nuevo la puerta de cualquier hospital. A Nash, de inmediato, le trajo reminiscencias de un pasado reciente, relegado a un lugar oscuro en su mente. En un segundo, las voces contenidas, el zumbido de los aparatos y, sobre todo, el olor la devolvieron a la noche en que, apenas tres meses atrás, había fallecido su madre.

Robert estaba de pie junto a la sala de espera de urgencias. Llevaba un traje azul marino con camisa blanca, gemelos dorados con un diseño circular y una corbata azul y gris. Los zapatos relucientes y la pose erguida le hacían destacar como un faro entre todos los pobladores de la sala, que vestían en su mayoría con ropa deportiva.

Nash se detuvo un instante antes de acercarse. Se alisó la falda del vestido con un gesto instintivo. Había pasado brevemente por su casa en San Sebastián y, por primera vez en tres meses, se había puesto algo que no fuera ropa de escalada o prestada por las Mitxelena. Había elegido un vestido azul y unos zapatos de tacón discreto. Se sentía rara.

Robert avanzó hacia ella, tendiéndole una mano que en el último segundo retiró, prudente. Ella lo observó perpleja mientras reparaba en que la mascarilla que cubría el rostro del mayordomo también iba a tono con su traje. Lo que la desconcertó no fue su cortesía, sino descubrir que le importaba la impresión que ella iba a causarle.

—Lo siento, la normativa covid aconseja no estrechar la mano. Discúlpeme —dijo como si realmente lo lamentase.

—No importa. ¿Hay alguna novedad?

—Ya he avisado al médico de que viajaba hacia aquí. En unos minutos saldrá a informarla.

—¿Han dicho algo sobre su estado?

—Solo que ha pasado bien la noche.

Nash echó un vistazo alrededor, incómoda. En parte por la opresiva sensación de estar de nuevo en urgencias, pero sobre todo porque, una vez intercambiados los primeros saludos, no sabía de qué más hablar con Robert. En un extremo de la sala localizó una máquina expendedora de café y le pareció un oasis perfecto. Haciendo un gesto hacia la máquina, comentó:

—He madrugado mucho; me vendría bien un café.

—Por supuesto —dijo invitándola con un gesto a caminar delante de él.

Antes de que tuviera tiempo siquiera de abrir su bolso, él ya había introducido las monedas y la observó, esperando que hiciera su elección. Nash musitó un «gracias», sintiéndose de nuevo incómoda por las atenciones y deseando que el médico saliera de una vez. Robert esperó a que tomase el primer sorbo de café para comenzar a hablar.

—La editora de Benedict llegará en unos minutos. Hace un rato me ha escrito para decirme que acaba de aterrizar. Se llama Margot Faber. Además del trabajo, la une una fuerte amistad al señor Newman y ha querido venir en cuanto se ha enterado de lo que está ocurriendo. —Robert hizo una pausa para comprobar que Nash iba reteniendo los nombres y continuó—: Quizá luego pueda conocer a Owen Mitchell; es el abogado de su padre y estaba con él en comisaría cuando tuvo el ataque. Ha estado aquí buena parte de la noche conmigo y con Karim, el secretario de Benedict. Hace unas

horas los convencí para que se retirasen. Ya hemos acordado que Karim me releve dentro de una hora. No queremos que Benedict esté solo en ningún momento.

Nash asintió. Esperaba que Robert continuara, pero él bajó la voz antes de añadir la última parte:

—Mitchell, además, tenía que ir a su despacho. Va a interponer una queja formal contra la policía por el trato recibido.

—¿Por qué? Creí que había sufrido un ataque...

—Según el abogado, lo hostigaron después de que comenzase a encontrarse mal y, a pesar de que él pidió repetidamente que se detuvieran, no lo hicieron. De hecho, ellos también están aquí. —El tono de Robert perdió su eficiencia formal por un instante, volviéndose más confidencial—. Hace rato que no veo al otro policía, pero este —dijo, y su mirada se endureció— lleva aquí toda la noche. —Señaló con el mentón a un hombre alto y delgado que los observaba fijamente desde el fondo de la sala. El pelo gris acero, abundante, le caía sobre la frente. Llevaba zapatos con cordones que presentaban una leve capa mate, pantalones vaqueros y un fino jersey de punto que colgaba de sus hombros como de una percha. Sus ojos encontraron los de Nash e inclinó la cabeza con un movimiento breve a modo de saludo—. Supongo que está esperando para hablar con el médico —explicó el mayordomo.

Nash confirmó con un gesto, sin saber muy bien qué decir.

—Me he tomado la libertad de pedir que preparen para usted una habitación en la casa principal.

—En primer lugar, deja de tratarme de usted; me resulta muy raro que alguien más joven que yo lo haga.

—No soy más joven que tú. —Sonrió él tras la mascarilla, y solo con aquel gesto ya le cayó mejor—. Pero te tutearé si lo prefieres.

—Lo prefiero. Y, en segundo lugar, supongo que al hablar de la casa principal te refieres a la casa de Benedict. No voy a quedarme en su casa. Como te dije por teléfono, no estoy segura de que este sea el momento de conocerle, pero entiendo que las circunstancias hacen necesaria mi presencia aquí. Te agradezco tu amabilidad. Hablaré con los médicos y autorizaré todo lo que sea necesario para

que reciba la mejor atención, pero he reservado una habitación en un hotel cercano al hospital. Me quedaré allí.

—Precisamente iba a decirte que, si te incomoda quedarte en la casa principal, hay un pabellón de invitados y una casa de guardeses. Karim, el secretario de Benedict, se ha quedado allí durante todo el confinamiento para poder seguir trabajando con él. En la casa principal nos quedamos Elisa, que lleva años ocupándose de tu padre, y yo, pero hay habitaciones de sobra. Te aseguro que de ningún modo tendrías que ver a Benedict si no lo deseas, aunque lo mandaran a casa. Y con toda la normativa covid respecto a distancias, uso de zonas comunes, ascensores y demás, estarás muchísimo más cómoda que en un hotel.

—Déjame que lo piense —dijo evasiva.

La puerta batiente del área restringida se abrió en ese momento. Una auxiliar se asomó y se dirigió a Robert.

—¿Familiares de Benedict Newman?

—La doctora Elizondo es su hija —respondió él.

—¿Es médico?

—Sí, soy psiquiatra y psicóloga.

—Está bien, acompáñeme.

El policía había aparecido a su lado como si se hubiera teletransportado.

—Disculpe —abordó a la auxiliar.

Ella le contestó exasperada:

—Ya le he dicho que tendrá que esperar. Los médicos van a hablar ahora con la familia y después lo harán con usted.

El policía clavó la mirada en Nash.

—¿Es usted su hija? —dijo tendiendo una mano de dedos pálidos y largos—. Inspector Barezzi. Si después tiene unos minutos, tendríamos que hablar.

Nash permaneció inmóvil, contemplando la mano tendida en el aire.

—Sin contacto, normativa covid —se disculpó.

Él sonrió bajo su mascarilla, recogió los largos dedos y metió ambas manos en los bolsillos de sus holgados vaqueros.

—La espero aquí.

Nash no contestó. Siguió a la auxiliar y, en su avance, empujó levemente el brazo de Robert para indicarle que entrase con ella.

Dos botes de gel hidroalcohólico y las brillantes portadas de tres novelas de Benedict Newman, lo suficientemente manoseadas para delatar que habían sido leídas, reinaban sobre la mesa de reuniones. Sentados alrededor había cuatro médicos, dos hombres y dos mujeres, además de otra que permanecía en pie y que fue la que habló.

—Soy la doctora Patricia Duval. Mi equipo está tratando a su padre desde que anoche ingresó por urgencias. ¿Es usted su hija?

Nash eludió la pregunta y contestó de otro modo:

—Antes de que empecemos, tengo que advertirles que Benedict y yo no hemos tenido relación nunca. No lo he visto en mi vida. Si estoy aquí es porque al parecer soy su único familiar, me han requerido para autorizar las pruebas y no sé lo que ha pasado.

La doctora Duval confirmó con un gesto.

—El médico de urgencias observó algunas conductas que le llamaron la atención y pidió su opinión al doctor Martínez, que ayer se encontraba de guardia —dijo cediéndole la palabra.

—Según relató la persona que lo acompañaba en el momento del ingreso, Benedict Newman fue requerido ayer a última hora por la policía para interrogarlo por un delito que podría estar relacionado con algo de lo que él escribe.

Robert asintió.

—Owen Mitchell es su abogado —aclaró.

—Al parecer, durante el interrogatorio le mostraron fotografías de varios crímenes y, mientras las contemplaba, por lo que ha descrito su abogado, sufrió un *shock* emocional que le produjo inmovilidad extrema.

—Este tipo de reacción —aclaró la doctora Duval— se da después de una experiencia traumática en la que la persona puede sentirse tan abrumada que experimenta una respuesta de lucha o huida, en este caso quedó paralizada en lo que se llama respuesta de congelación.

—Sé lo que es, soy psiquiatra.

—Oh, de acuerdo. Entonces le resultará más fácil entenderlo. Esta fue su primera reacción. Durante ese periodo de congelación no reaccionaba a los estímulos externos, cuando por fin lo hizo presentó un trastorno disociativo como mecanismo de defensa, negándose a atender por su nombre y afirmando que era otra persona.

—¿Que era otra persona?

—Uno de sus personajes, un detective de sus novelas. Sin duda, alguien con más recursos que un escritor para enfrentarse a un interrogatorio y a esas imágenes tan perturbadoras. La tercera reacción se produjo cuando le enfrentaron a los datos de su propio DNI. En ese momento cayó y se golpeó la cabeza, abriéndose una brecha en la nuca y quedando inconsciente. Y aquí está una de las cuestiones que nos inquietan. Su abogado, que lo acompañaba, no ha sido capaz de aclararnos si se desmayó antes de caer o como consecuencia del golpe, si convulsionó o no. Hemos solicitado las imágenes a la policía porque verlas puede ser muy aclaratorio sobre lo que realmente ocurrió.

—Robert me ha dicho que recuperó la consciencia al llegar al hospital.

Los médicos intercambiaron una mirada antes de responder.

—Sí, está consciente, pero su conducta sigue alterada.

—¿Qué quiere decir?

—Que recuperó la consciencia, pero no tiene la percepción de ser Benedict Newman, sino Colt Star, su personaje —explicó la doctora Duval.

—¿En serio? ¿Un delirio de identidad? ¿Quizá un síntoma de alzhéimer o de demencia senil? —sugirió Nash.

—Hay muchos aspectos que descartar antes de pensar en demencia o en alzhéimer. Debemos descartar el origen orgánico o incluso que esté relacionado con el golpe que sufrió.

—¿Cómo es el delirio? ¿Hasta qué punto es coherente?

—El delirio está extremadamente bien estructurado, lo que nos hace tener muchas dudas. Acabamos de hacerle el miniexamen de estado mental y la evaluación cognitiva Montreal, y sus respuestas han sido sorprendentes y desiguales. Es cierto que ha evitado responder algunas, pero ha usado subterfugios muy ingeniosos,

evasivas inteligentes, como lo haría alguien que simplemente no quiere contestar.

Martínez intervino.

—Yo estaba de guardia anoche y, después de que mis compañeros de urgencias le hicieran las primeras curas, me mandaron llamar. Cuando hoy ha vuelto a verme, me recordaba perfectamente, y los resultados de anoche fueron muy parecidos a los de hoy. Sabe que está en un hospital, aunque cree que terminó aquí porque un policía le atizó con una porra.

La doctora Duval continuó:

—Perfecto en atención y cálculo, sin problemas para memorizar y repetir una lista, sin problemas para nombrar objetos, repetir frases o seguir instrucciones, y sin ningún problema aparente en habilidades visuoespaciales. Se ha mostrado colaborador, inicialmente de buen humor, incluso se ha permitido coquetear conmigo. —Los otros médicos sonrieron.

Nash no lo hizo. La imagen de su padre —un hombre que no conocía— flirteando en medio de un delirio le tensó la mandíbula. Y, sin embargo, una parte de ella tomaba notas.

—Pero se identifica como Colt Star, un detective privado, y cree estar en la ciudad de sus novelas —añadió.

—Una ciudad que no existe —apuntó Robert.

—O que podría ser cualquier ciudad —sugirió Martínez.

—Dice que tiene treinta y ocho años, y lo más curioso es que se mueve y se comporta como si los tuviera —apuntó la otra doctora.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Nash.

—Sesenta y ocho —contestó el mayordomo antes de que lo hicieran los médicos.

La doctora Duval asintió y continuó hablando.

—En algunas fases tempranas de enfermedades degenerativas, en personas muy inteligentes, se ha visto este uso de recursos. Al tomar conciencia de lo que les ocurre, fingen. Y no olvidemos que es un gran escritor, sabe inventar y con gran verosimilitud. En ocasiones, las personas que padecen demencia senil o alzhéimer adoptan falsas identidades; suele ser pasajero.

—¿Creen que es eso lo que está ocurriendo? —preguntó Robert.

—Necesitamos hacerle más pruebas y algunas preguntas sobre su comportamiento habitual para poder comparar.

Nash titubeó antes de contestar.

—Como les he dicho, no he tenido relación con él. No sé cómo suele comportarse habitualmente. Seguro que Robert puede ayudarles más que yo; es una especie de asistente personal.

—Así es, pero hace poco más de un año y medio que trabajo para él —se disculpó—. Haré lo que pueda.

La doctora Duval consultó sus notas antes de dirigirse de nuevo a Nash.

—El acompañante de su padre en el ingreso nos refirió un ataque transitorio de hace unos diez meses. Su naturaleza está sin especificar, no hay informes, lo que nos lleva a pensar que fue un ataque isquémico sin consecuencias; sucede cuando la irrigación sanguínea al cerebro está bloqueada por poco tiempo. Si bien el daño a las células cerebrales no es permanente, lo coloca en mayor riesgo de sufrir un accidente cerebrovascular.

—Lo sé, mi madre sufrió un ictus, sin duda muchísimo más grave, pero estoy familiarizada con los efectos.

—¿Tiene en la historia clínica familiar antecedentes de accidentes cerebrovasculares?

Ella negó, consciente de lo poco que sabía de su propia familia.

—La persona que lo acompañaba en el momento del ingreso no ha podido precisarnos si en este tiempo se han observado secuelas, aunque fueran leves, de aquel episodio. ¿Pueden aportar algo a esto? No tenemos el informe; por lo visto, lo trataron en otro hospital.

Nash volvió la vista hacia Robert, que contestó:

—Yo tampoco lo sé exactamente. Sé que sufrió un desvanecimiento y estuvo ingresado. Su editora está llegando desde el aeropuerto y es la persona que mejor lo conoce. Ella estaba con él cuando ocurrió. Lo que sí puedo decirles es que no toma ninguna medicación y no ha vuelto a presentar ningún síntoma que yo haya podido observar en todo este tiempo.

—Durante el examen ha experimentado una fuerte migraña. Nos ha dicho que le suele doler la cabeza al despertar. ¿Es algo que haya

padecido siempre o es de los últimos tiempos? —preguntó Duval.

Robert abrió las manos a los lados en gesto de disculpa.

—Me consta que alguna vez le ha dolido la cabeza, pero no diría que es algo frecuente.

—¿Puede que las haya confundido con una resaca? Él ha insinuado que suele ocurrir después de haber bebido bastante por la noche —sugirió el doctor Martínez.

—Debe de haber un error. El señor Newman no bebe.

—Pues según él, bebe y fuma. Las enfermeras le han requisado un paquete de tabaco y un mechero. Nos ha dicho que fuma un paquete y medio al día.

—Jamás lo he visto fumar un solo cigarrillo.

Los médicos intercambiaron miradas extrañadas.

—Entonces tenemos que suponer que su personaje es el que lo hace. Yo ya lo había leído, pero vamos a tener que emplearnos a fondo con eso —dijo la doctora más joven señalando las brillantes portadas de los libros de Benedict Newman.

—Quizá sea la manifestación más palpable de la profunda inmersión que un escritor llega a lograr con su propia creación, una simbiosis que ahora resulta inquietante —dijo la doctora Duval, casi para sí—. También hemos observado un tic —continuó Duval— en ambas manos, sobre todo en la derecha. Aprieta el puño sin objeto, de modo inconsciente e involuntario, y después, como si se diera cuenta, hace un movimiento contrario, como aflojando y estirando los dedos. ¿Lo habían observado antes? Tiene un tic motor, breve, rápido, repetitivo, carente de objetivo.

De nuevo, Nash se volvió hacia Robert, que negó.

—Sí, lo he visto hacerlo, pero no creí que fuese un tic. Quiero decir que era algo como una manía, un gesto propio, un movimiento para desentumecer la mano. Pero no lo llamaría un tic, y desde luego no parece involuntario. Es como un gesto de autoconfianza o incluso de vanidad —dijo imitando un gesto como de mirarse las uñas, puliéndolas después contra la solapa de su chaqueta—. El señor Newman es muy cuidadoso con su aspecto.

—La frecuencia y la intensidad de los tics pueden variar a lo largo del tiempo y pueden ser más prominentes en situaciones de estrés o

ansiedad. Las migrañas, unidas al tic, también podrían llevar a pensar en una infección de origen orgánico —apuntó el médico que lo había atendido en urgencias.

La doctora Duval asintió, aprobando su observación.

—Voy a repetir todas las analíticas. Las que le hicieron cuando ingresó por urgencias no apuntan a nada demasiado llamativo. Está en su peso, el colesterol y la presión arterial son normales. Se hicieron radiografías para descartar fracturas craneales, pero necesitaré algunas autorizaciones. Quiero hacer una resonancia magnética, un TAC, un electroencefalograma, alguna prueba más...

—¿Tiene algún tipo de alergia? —preguntó el doctor Martínez.

—Es alérgico a los contrastes yodados —contestó Robert.

—¿Algo más? ¿Medicamentos, alimentos?

Robert negó.

—Necesitamos autorización también para un test de drogas.

La indignación fue evidente en el tono del mayordomo.

—El señor Newman no consume drogas.

—Las que buscamos no son únicamente las que se ingieren de modo consciente, sino las de exposición a tóxicos —explicó el médico.

Robert pareció apaciguarse.

—¿Podría verle? —dijo dirigiéndose a la jefa de Neurología.

—Ahora está descansando. Hemos tenido que administrarle un calmante para la migraña y, además, todavía no estamos seguros de cómo va a gestionar la aparición de personas que quizá no recuerde. Veremos cómo evoluciona en las próximas horas y lo iremos haciendo de modo paulatino.

La doctora se dirigió a Nash.

—La pandemia ha sido devastadora en la salud de las personas más allá de lo evidente. Con el levantamiento del confinamiento, han comenzado a llegar casos de alteraciones conductuales y de pérdida de realidad. El aislamiento, la falta de comunicación y el miedo han sido demoledores para algunas personas, sobre todo en los adolescentes y en los más mayores.

Nash pensó que ella misma los había experimentado, cuando pensaba en los días previos al decreto tenía la sensación de que

aquello había ocurrido meses antes. La muerte de su madre a veces se le antojaba algo que acababa de pasar, y a la vez algo que había sucedido hacía mucho tiempo. Recordó cómo el estrés por el hallazgo de los restos de Andrea Dancur, y la precipitación extraordinaria que vivió en los días que siguieron, la habían llevado a olvidar acontecimientos cotidianos como su propio cumpleaños. Se había pasado hasta mayo diciendo que tenía un año menos.

—Doctora, me gustaría saber si han tenido en cuenta la posibilidad de que lo valoren en Psiquiatría —dijo Nash.

Robert chascó la lengua.

—Lo hemos hecho. El psiquiatra lo ha visto esta misma mañana y su recomendación ha sido descartar el origen orgánico antes de plantear una valoración.

—No creo que el caso del señor Newman sea psiquiátrico, o al menos no que la pandemia haya afectado a sus rutinas en modo alguno —intervino el mayordomo—. Ha seguido saliendo a diario. Posee una finca de dos hectáreas por la que pasear. Nada a diario en su piscina climatizada. En su casa vivimos dos personas de servicio y, además, su secretario se instaló como invitado en la finca para poder seguir con su rutina de trabajo. Por la mañana escribe y por la tarde se ocupan de cuestiones que tienen que ver con la fundación que el señor Newman preside. Le puedo asegurar que su rutina apenas se ha visto alterada en comparación con cualquier otro periodo de escritura.

6

El policía la esperaba apoyado contra la pared frente a la puerta batiente de urgencias. Nash pensó al verle que su aspecto era contradictorio. Cabello acerado, casi como un pelaje, quizá demasiado largo para llevarlo corto; el fino jersey marcaba los hombros y las clavículas; los vaqueros le colgaban de las caderas huesudas. Los ojos tenían casi el mismo color que el cabello. Era más alto que ella, le calculó cuarenta y tantos, y pensó que la fragilidad que podía haber pregonado su delgadez quedaba desmentida por una pose alerta, desagradablemente seductora, como de lobo famélico.

Robert también lo había visto. Sin quitarle la vista de encima, dijo:

—Si me perdonas, voy a salir a buscar a Margot. El taxista no ha entendido las indicaciones y la ha dejado en la entrada principal del hospital, a tres edificios de distancia. Así podrás hablar con el inspector. Nos encontraremos de nuevo aquí si te parece bien.

Nash confirmó con un gesto. La última mirada de Robert no fue para ella, sino para el inspector, al que dedicó una inclinación de cabeza, un escaneo breve y glacial antes de girarse hacia la salida.

El inspector se acercó un poco de lado, como si fuera a rebasarla. Se detuvo a su altura y dijo:

—¿Cree que podemos hablar ahora?

—¿Me queda otro remedio?

—El café de la máquina es terrible, pero hay una cafetería en el edificio anejo. Hay que hacer cola y tomar el café de pie, en un vaso de cartón, pero aun así vale la pena.

—De acuerdo —respondió, comprendiendo al instante la táctica. La sacaba a un terreno neutral, casi público, donde la conversación

parecería informal, obligándola a bajar la guardia en medio del ir y venir de extraños.

Barezzi caminaba un paso por detrás de ella, y Nash fue consciente todo el tiempo de cómo la observaba, aunque en el trayecto hasta la cafetería no dijo una palabra. No era un silencio incómodo, sino el modo de calibrar, la calma que precede al momento en que dos depredadores deciden si van a luchar o a cazar juntos. Guardó cola hasta conseguir dos cafés que, como había prometido, tomaron de pie junto a un saliente de la pared. Ambos bajaron sus mascarillas lo justo para beber, un movimiento sincronizado y carente de confianza. Cuando él lo hizo, Nash pudo ver sus labios finos, sus dientes largos y blancos. Ambos sostuvieron la mirada por encima de los vasos de cartón.

—No consta en ningún lugar que Newman tuviera una hija —dijo tras colocarse de nuevo la mascarilla.

«Eso no es una pregunta, no contestes.» Nash oyó en la cabeza la voz de su madre. Sonrió. Casi cuatro meses de silencio total y escogía aquel momento para volver a hablarle.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó él mosqueado.

—No, discúlpeme. Me ha hecho recordar a alguien...

Barezzi la estudió, calibrando su respuesta, con una sonrisa pequeña, de lobo, que no llegaba a templarle los ojos. Nash lo observó mientras él sostenía el vaso de cartón. No era solo un policía; era una criatura de la ciudad, forjada en sus callejones sin salida. Un hombre que se alimentaba de los secretos de los demás, y cuya delgadez no era fragilidad, sino herramienta afilada por el uso.

—¿Le han explicado por qué estaba su padre en comisaría?

—Explíquemelo usted.

Él entornó los ojos como si de pronto hubiera cobrado interés. Nash sostuvo su mirada.

—Encontramos muerta a una mujer, una mujer joven. Tanto el modo en que se produjo la agresión como el homicidio y la forma que el asesino eligió para deshacerse del cuerpo coinciden exactamente con la descripción de una serie de asesinatos que Newman narra en su última novela.

—¿Y creen que alguien ha matado a esa mujer siguiendo el libro?

—Eso es.

La boca de Nash dibujó un gesto escéptico bajo la mascarilla, pero no dijo nada.

—Hace una semana que el libro salió a la venta —continuó él—. Y el crimen se produjo durante el confinamiento, al principio.

—Pero eso es... —Se quedó en silencio.

—Sí, es muy extraño —admitió Barezzi—. Por eso es tan importante para la policía hablar con él. Pero todavía más raro y sorprendente es que tenemos otro cadáver anterior. Este apareció hace casi un año. Nunca fue reclamado, no se corresponde con ninguna denuncia de desaparición y estaba en tan mal estado que no se pudo establecer su origen. Y por el modo en que llegó a la costa, se pensó que podía haber sido arrojado en alta mar. Pero ahora, al ser hallado el segundo, hemos establecido concordancias con el tipo de lona que se utilizó, las cuerdas y hasta el modo en que se ataron los nudos.

Nash comprendió la gravedad del asunto, aunque no lo dejó traslucir.

—Creemos —continuó él— que eso deja fuera a cualquiera del círculo editorial que hubiera podido tener acceso a la novela antes de la publicación.

A pesar de su pose pasiva, una parte de ella, la forense, aguzó el oído. Nudos, lona, un *modus operandi* metódico que se repetía tras siete meses de inactividad. El perfil que emergía no era el de un simple imitador de una novela, sino el de alguien con una disciplina escalofriante.

—Si apareció en prensa, puede ser que Newman lo leyera y se inspirase para escribir su novela...

—Sí, podría ser —dijo sin convicción—. Por eso era tan importante para nosotros hablar con su padre. Por esa razón lo trasladamos a comisaría y le preguntamos al respecto.

Nash lo contemplaba atenta, sin mover un músculo.

—Y lo que ocurrió es que Benedict Newman se dedicó a tirar balones fuera. Dijo que es un tipo común de agresión, un tipo común de víctima y de comportamiento criminal. Que muchas personas han tenido acceso a su novela antes de la publicación. Nos

dio una disertación y unas cuantas lecciones y consejos sobre lo que debíamos hacer para avanzar en nuestra investigación, hasta que le mostré unas fotografías. No eran agradables.

—Ya lo supongo.

—Y entonces fue cuando todo cambió. Le juro que hubo un momento en que pensé seriamente que ver las imágenes le había causado una conmoción traumática, pero entonces levantó la mirada y comenzó con su actuación.

—¿Me está diciendo que cree que actuaba?

—De entre todas las tonterías que he visto hacer a la gente en una sala de interrogatorios cuando la confrontas con los hechos, la más frecuente es fingirse enfermo (a menudo les dan lipotimias, mareos, náuseas y todo tipo de males), pero fingir locura no lo presenciaba desde la mili.

—¿La mili?

—El servicio militar. Antes era obligatorio.

—Sé lo que es.

—Me contaron historias de jóvenes que se fingían locos para librarse, y por lo visto la mayoría de las veces funcionaba. Era otro tiempo, y supongo que los militares no se molestaban en pedir una segunda opinión. Si había la más mínima posibilidad de que el chaval estuviera pirado, no iban a darle un cetme para que la liase parda.

—Así que cree que está fingiendo.

—Estoy seguro.

—¿Y los doce puntos de sutura que lleva en la nuca? ¿Cómo fingió eso? ¿Sabe que tiene un hematoma en la región occipital? Un centímetro más abajo y estaría muerto.

—Está claro que no fingió esa parte. Pero oculta algo. Cuando se inclinó a mirar esas fotos, vio más allá de lo que puede ver cualquiera. No sé qué le pasó o por qué, de entre todas las estupideces que podía haber hecho, decidió fingir.

Barezzi dio un sorbo corto al café. Chasqueó la lengua.

—¡Con lo bien que iba! Solo con que hubiera retrocedido asqueado y hubiera salido de la sala echando pestes contra la policía habría sido suficiente. Lo único que queríamos saber era de dónde había

sacado la idea. Es un buen escritor; se le podía haber ocurrido algo como lo que usted ha dicho, que lo vio en la prensa y le inspiró.

—Ya veo. Y en lugar de eso se le ocurre fingir un ataque de enajenación y romperse el cráneo contra una silla —replicó ella sarcástica.

—Usted no lo vio.

—No, no lo vi. Pero hace un momento un neurólogo me ha descrito a un paciente con dolor de cabeza, vómitos, debilidad en las extremidades y pérdidas cognitivas graves, síntomas todos compatibles con una lesión en la columna cervical, y todo eso sucedió en su comisaría. Eso por no mencionar que el paciente dice que fue agredido.

El inspector levantó una de aquellas manos de largos dedos en gesto de incredulidad.

—No le tocamos ni un pelo. Está todo grabado y su abogado es testigo. Se cayó hacia atrás sin que nadie lo tocase.

—Puede que sí, pero también dice que estaba siendo hostigado.

—¿Hostigado? No me joda.

—No le jodo —respondió ella inmutable—. Les advirtió de que Newman no se encontraba bien. Pidió que fuera trasladado a un hospital, y aun así ustedes decidieron continuar.

El policía la estudiaba, clavándole en los ojos el acero de su mirada.

—Su padre se sacó ese numerito de la manga para evitar responder a nuestras preguntas.

—¿Cree que uno de los maestros del misterio más importantes del mundo está implicado de algún modo en esas muertes?

Él sonrió y sus ojos brillaron. Apartó la mirada, dirigiéndola a lo lejos, como si pudiera atravesar los muros. Después suspiró sonoramente, dejando que el aire saliera muy despacio por su nariz.

—Dígamelo usted, doctora Elizondo.

Puede que la policía no supiera que Newman tenía una hija, pero Barezzi sabía quién era ella.

«No tienes que decirle una mierda», oyó a su madre en su mente.

—Dele este mensaje a su padre cuando lo vea —dijo el Lobo—. Dígale que seguimos interesados en hablar con él, que, lejos de

diluirlas, su numerito solo ha conseguido que aumenten nuestras sospechas. Que no puede quedarse eternamente aquí y que le estaremos esperando cuando salga del hospital.

Nash abandonó definitivamente su vaso sobre el pequeño saliente y se colocó bien la mascarilla antes de contestar.

—Perfecto. El abogado de Newman estará encantado de añadir esto a la denuncia por hostigamiento.

7

Robert arrastraba, cortés, una maleta con ruedas. A su lado caminaba una mujer que debía de ser la editora de Benedict Newman.

Margot Faber le cayó bien en cuanto la vio. Por alguna razón, se había imaginado que la editora de un escritor de la talla de Newman debía ser mayor, y la mujer que tenía ante ella aparentaba cuarenta y cinco como mucho. Se reconvino de inmediato; como mujer, se había enfrentado a menudo a que dudaran de que, a su edad, hubiera finalizado Psicología y Medicina, y además la especialidad de Psiquiatría, e incluso diera clases en la universidad. «En este mundo infantilizado puedes ser madre de dragones con diecisiete años, pero no doctora con treinta y tres.»

Nash la observó mientras Robert y la mujer llegaban a su altura. El cabello liso y castaño le caía sobre la frente en un flequillo abierto que se prolongaba hasta las clavículas. Llevaba un vestido corto sobre medias tupidas de color amarillo y unos zapatos de charol granates de doble pulsera. La escasa estatura se veía compensada con una mirada franca, llena de curiosidad y de sincero interés. Aun con la mascarilla puesta, la sonrisa le iluminaba el rostro, achinándole los ojos de miope. Y aunque llevaba lentillas, conservaba sobre el puente de la nariz las indelebles señales de los que han llevado gafas durante años.

Dejó que Robert hiciera las presentaciones y se retirara llevándose con él la maleta de la editora.

—Nash Elizondo, me hace muy feliz conocerte al fin —dijo cuando estuvieron a solas—. Si no estuviera prohibido, te abrazaría.

Nash supo que era verdad.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

Margot asintió sonriendo.

—Benedict me ha hablado mucho de ti. Me alegra muchísimo que estés aquí, y si él lo supiera, también se alegraría.

Nash apretó los labios, incómoda. Le resultaba difícil imaginar afectos provenientes de alguien a quien no había visto jamás, aceptar que se refería a ella.

—¿Has hablado con los médicos? —dijo tratando de desviar el tema de la conversación en otra dirección—. Tenían muchas preguntas que, evidentemente, yo no podía contestar, y Robert tampoco lleva tanto tiempo trabajando para él.

—Sí, he hablado con ellos y he podido ver a Benedict.

—¿Te han dejado verle? A Robert no se lo han permitido...

—Me han dejado después de hablar con la neuróloga que lleva su caso, la doctora Duval, y de contarle que no es la primera vez que esto le ocurre.

Nash se sorprendió.

—Al decir «esto», ¿te refieres a no saber quién es o a creer que es Colt Star?

—A ambos —se interrumpió—. Pero ¿qué te parece si salimos de aquí? Odio los hospitales, me da náuseas cómo huelen y me ahogo con la mascarilla. Además, me muero de hambre. ¿Qué tal si te lo cuento mientras comemos?

Dudó, recordando que tenía una cita aquella tarde. Consultó el reloj en su móvil. Aún era temprano, y el último café con el inspector Barezzi le había dejado un agujero en el estómago. Terminó aceptando.

Salir del hospital le produjo la misma sensación que aterrizar en un planeta extraño, con una atmósfera diferente, quizá más liviana. El bullicio de la zona hospitalaria y el tráfico ruidoso de la ciudad hasta llegar al restaurante le provocaron una especie de leve vahído vertiginoso que justificó por el tiempo transcurrido en Baztán, las jornadas sin salir de casa de las Mitxelena y el modo en que extrañaba aquel pequeño mundo que se había convertido en el suyo, en el que estaba a salvo. Sentada a su lado, Margot hablaba con la soltura de alguien que te conoce de toda la vida.

—Robert me ha dicho que había un policía esperando para hablar contigo. ¿Cómo ha ido?

Nash lo pensó.

—Desagradable. Pero no tanto por lo que ha dicho, sino por el tipo en sí. No sé, no quiero hablar de eso ahora. Es una de esas personas que te produce la sensación de que necesitas una ducha después de hablar con él. Es una especie de Harry el Sucio, escuálido, reposado y cruel. Muy salvaje.

—Guau, quiero conocerle —exclamó Margot riendo.

Nash sonrió, divertida ante su audacia.

—Y ya veo que las capacidades descriptivas son algo de familia —concluyó la editora.

«No te pareces a él», oyó la voz de su madre.

Nash no contestó.

—Robert también me ha dicho que te quedarás en un hotel.

—Sí.

—Entiendo que te pueda resultar violenta la idea de quedarte en la casa de Benedict cuando, como quien dice, no lo conoces.

—Es que no lo conozco.

—Cierto, pero Benedict no está, y todo apunta a que no va a estar en casa en los próximos días. Piénsatelo. Yo viajo mucho. Desde que han levantado el confinamiento he estado en tres hoteles y, en todos, la experiencia ha sido horrible. Las zonas comunes están cerradas, el ascensor hay que usarlo individualmente sin tocar los botones y los bufetes han sido sustituidos por una versión reducida. Todo con pinzas, todo con guantes, todo con mascarilla. Además, para poder mantener la distancia dentro de las zonas comunes, hay que esperar turno. No hay servicio de habitaciones, no se puede utilizar la piscina ni el gimnasio ni la sauna. Piénsatelo, la mansión de Benedict es enorme y, además, yo me quedaré allí.

Nash sonrió. Después de todo, no era tan mala idea. Además reconoció que le resultaba estresante todo aquel ritual de ponerse y quitarse la mascarilla, mantener la distancia, volver a frotarse las manos con aquel gel que estaba por todas partes y que ya había conseguido resecarle por completo la piel, leer con su móvil el código QR para poder ver la carta. Sin embargo, toda esa sensación

se diluyó cuando estuvieron sentadas frente a frente. Ambas se quitaron las mascarillas y Margot alzó su copa de vino, invitándola a un brindis.

—Cuéntamelo —pidió Nash en cuanto el camarero dispuso ante ellas la comida.

—Ocurrió hace unos meses. Benedict pasaba unos días en Suiza, en mi casa. Es una costumbre que tenemos desde hace años: cuando acaba una novela, o me vengo a pasar unos días a su casa o él viene a la mía. Me leo la novela de un tirón y trabajamos juntos en la edición.

Margot se sirvió un poco más de vino sin preguntar si Nash quería, y lo hizo despacio, como si calibrara por dónde seguir.

—Una mañana, cuando bajé a desayunar, lo encontré sentado a la mesa con la mirada vidriosa, como ausente. Estuvo así unos segundos. Cuando ya comenzaba a alarmarme porque no respondía, me miró, miró alrededor y comenzó a actuar como Colt Star. Al principio pensé que era una broma, le seguí el juego. Conozco a Colt tan bien como el propio Benedict. Pero entonces pasó algo más: comenzó a decir cosas extrañas, ideas inconexas, que no tenían ningún sentido para mí, y se desplomó. Llamé a una ambulancia y lo trasladaron a un hospital.

Dejó la copa, aunque no había bebido. Cruzó las manos sobre la mesa.

—Cuando recuperó la conciencia no hablaba, no se comunicaba de ningún modo, apenas parecía comprender las órdenes más básicas y actuaba como si estuviera aterrado, sin entender quién era ni dónde estaba. Fue terrible, Nash. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. A duras penas mantenía el control de los esfínteres.

Nash asintió, frustrando un suspiro. El gesto era insuficiente para contener la oleada de empatía que la recorrió. Conocía esa impotencia, el horror de ver a una mente brillante desmoronarse. Sus recuerdos no solo viajaron a los días vividos con su madre, sino al rostro de Margot en ese momento, imaginando su soledad y su miedo. La profesional que había en ella catalogaba los síntomas: afasia, desorientación, pérdida de control motor, pero la mujer solo veía un sufrimiento que le era demasiado familiar.

—Estuvo así cuarenta y ocho horas y, de pronto, una mañana al despertar, volvía a ser el de siempre, como si nada hubiera ocurrido. —Suspiró—. Me dio un susto de muerte y aún no puedo explicar bien lo que pasó. Los médicos lo tuvieron semanas en observación, hablaron de que quizá había sido un trombo en el cerebro que se había disuelto solo, pero, a pesar de que hicieron todo tipo de pruebas, no encontraron ninguna secuela y Benedict no recordaba nada.

—Sí —admitió de mala gana Nash—, el médico ha hablado de la posibilidad de un ataque isquémico. Una vez que se ha producido uno, las posibilidades de que se produzca otro se multiplican. ¿Te ha reconocido?

—Bueno, no soy una extraña para él, si es eso a lo que te refieres, aunque no me ha ubicado exactamente.

Nash la interrogó con la mirada.

—Colt Star cree que soy su secretaria. Pero en el fondo eso tampoco es tan raro.

Nash elevó las cejas sorprendida.

—¿Cómo es su discurso?

—Muy lógico y razonado, como en la otra ocasión en que creyó ser Star. Recuerdo que hasta le mostré los libros de Newman. Los ojeó y me contestó que eran sus casos, que Newman escribía sobre él.

—Lo argumenta... —dijo Nash reflexiva.

—Sí. La neuróloga me ha explicado que, en ocasiones, cuando son conscientes de que algo va mal, recurren a esa especie de trucos, disimulando o tratando de demostrar que se dan cuenta de sobra. Pero es tan peculiar... Siento que conozco a Colt Star casi tanto como a Benedict, y hablar con él tiene algo de magia, como estar en una película, o incluso en algo más enrevesado, como el parque de atracciones de la mente de un genio creativo.

Nash consultó el reloj en su móvil mientras calculaba cuánto le llevaría llegar a su próxima cita y contestó:

—No es tan raro. En la mayor parte de las enfermedades neurodegenerativas con deterioro cognitivo, en el alzhéimer, pero también en la demencia por cuerpos de Lewy o en la demencia vascular, pueden producirse confabulaciones y falsas identificaciones,

que a veces están relacionadas con su entorno y otras con su propia identidad. En estos casos es habitual que introduzcan en el delirio elementos significativos para ellos: familiares, parejas, personas de su pasado, y, en ese sentido, es perfectamente posible que piensen que son un personaje creado por ellos mismos que, como en este caso, estaba mucho tiempo en su foco de consciencia.

—¿Quieres decir que es posible que crea que es Colt Star porque se ha pasado mucho tiempo pensando y, de alguna manera, siendo Colt Star?

—Supongo que conoces a los actores Johnny Weissmüller o Béla Lugosi.

—Sí, claro.

—Lugosi fue uno de los primeros en interpretar al conde Drácula. Lo hizo en innumerables ocasiones y amó tanto al personaje, se metió tanto en su piel y durante tanto tiempo que llegó un momento en que se identificaba absolutamente con él. Las leyendas de Hollywood dicen que se vestía como el conde, incluso tenía un ataúd en su casa en el que pasaba horas descansando. Sus últimas palabras antes de morir fueron que era Drácula, el rey de los vampiros y, por lo tanto, inmortal.

—Joder.

Nash asintió.

—Weissmüller falleció internado en un psiquiátrico completamente loco y con un deterioro físico tan extraordinario que era irreconocible, pero aun así recorría los pasillos emulando el grito del rey de los monos que todos recordamos como la manera en que Tarzán convocaba a los animales.

Mientras Nash exponía su teoría, observó un cambio sutil en Margot. No la interrumpió, pero en el fondo de su mirada había una sombra de tristeza, un leve negar con la cabeza casi imperceptible, como si escuchara una explicación perfecta para un fenómeno equivocado. Era la mirada de la experta que conoce el original y sabe que ninguna copia, por bien razonada que esté, le hace justicia.

Margot cruzó los dedos de ambas manos sobre sus labios. Los retiró muy despacio y preguntó:

—¿Crees que es eso lo que le pasa a Benedict?

—Como dicen sus médicos, es pronto para saberlo, pero si ama muchísimo al personaje y se siente muy identificado con Colt Star, si lo vive como una especie de *alter ego*, podría ser...

—O no. En ese caso, no.

—¿No? —se sorprendió Nash.

—Ven a casa cuando termines lo que sea que tienes que hacer. Tengo mucho que explicarte sobre Benedict, sobre Colt Star y sobre ti. Aún tienes que contarme lo que te ha dicho Harry el Escuálido.

La conversación se deslizó hacia el momento de la partida de Nash. Justo cuando se preparaba para levantarse, Margot, en lugar de alzar la copa, la hizo girar despacio entre sus dedos. Su gesto, que un instante antes reflejaba la charla distendida, adquirió una quietud reflexiva, un matiz que Nash no había visto antes. No era solo conocimiento lo que veía en ellos, sino también una chispa de una honda fascinación, la misma que un editor siente ante un genio indescifrable al que ha dedicado años de su vida.

—Nash —dijo Margot, su voz apenas por encima de un susurro pero cargada de un peso inesperado—, lo que te he contado es... es lo que sé. Lo que he visto. Pero con Benedict siempre hay... hay más. Profundidades que ni yo misma he terminado de explorar y, créeme, como editora, me fascina intentarlo. —Hizo una pausa, la mirada fija en el vino que se movía en la copa, y luego se posó en Nash, con una nueva intensidad—. Entiendo tu curiosidad, y por eso debes venir a la mansión. Pero has de saber, Nash, que Benedict... es un espíritu frágil. Y yo siempre siempre siempre estaré de su lado.

Las palabras de Margot no contenían una advertencia explícita, pero sembraron en Nash una inquietud como niebla oscura. No se trataba solo de los hechos narrados, sino de la implicación, de la mezcla de secreto y vulnerabilidad que parecía rodear a Benedict Newman y que su editora quería proteger con celo.

Al levantarse, Nash sintió que la urgencia de la cita había quedado relegada a un segundo plano. Algo había cambiado en aquella comida. Ya no se trataba de cumplir con una obligación: ahora quería saber. Y la mansión de Benedict Newman, con todo lo que

Margot callaba y protegía, se había convertido en el único lugar donde encontrar respuestas.

8

Desde que salió de Elbete, una extraña certeza la había perseguido, una pieza discordante en el rompecabezas de su mente que pugnaba por tomar forma. Pero llevaba tanto tiempo sin conducir, y la sensación de manejar su Mustang por la carretera del Bidasoa, el ronroneo suave del motor, era tan grata que se abandonó a ese placer. El pálpito, sin embargo, no tomó forma definitiva hasta que llegó a su piso en Donostia.

Aparcó en el garaje de su edificio y, al abrir el maletero, vio el macuto con la poca ropa que se había llevado a Baztán cuando aceptó investigar el caso Dancur, sin saber que pocos días después el Gobierno decretaría el confinamiento por COVID-19. A su lado, el maletín de aluminio anodizado, donado por las Mitxelena, brillaba con una frialdad clínica. En él guardaba ordenados todos los documentos y cartas que había rescatado *in extremis* de la destrucción, tres meses atrás. Su propia madre se lo había encargado a su mejor amiga con el fin de que Nash nunca tuviera conocimiento de su existencia. Verlo allí, intacto, era un recordatorio constante de la red de silencios y verdades a medias que rodeaban a su madre.

Esperó a llegar a su piso para tener cobertura y hacer la llamada. Oyó la voz cálida de Beth al otro lado de la línea.

—Beth, cariño, mira en el cajón de la mesita de noche de mi habitación. Debe de haber una tarjeta de visita con un nombre en inglés, Scott Sherrington o algo así.

A través del teléfono pudo escuchar los pasos quedos de la chica subiendo la escalera.

—¿Segura? No veo nada.

Nash se mordió el labio inferior mientras pensaba.

—Pues si no está, no sé dónde puedo haberla puesto. Quizá la tenga entre los documentos...

—Bueno, si no la encuentras, puedes hacer una búsqueda en Google. Con ese apellido no creo que te resulte complicado hallar alguna referencia en redes sociales o en LinkedIn.

—Sí, haré eso. Gracias, cielo. Dale un beso a la *ama* y a Eva cuando lleguen. Ya os echo de menos a todas.

—Y nosotras a ti. Amy se ha ovillado sobre tu almohada desde que has salido de casa. Casi no ha comido.

Nash dejó escapar un suspiro.

—Intentaré regresar lo más pronto que pueda.

Colgó y, siguiendo el consejo de Beth, buscó en Google. La primera referencia era una agencia de detectives: Lizarso & Scott Sherrington.

Una voz masculina y amable respondió al teléfono.

—Hola, quisiera hablar con Noah Scott Sherrington. ¿Es posible?

—En este momento ha salido, pero puede dejar el número y le devolverá la llamada.

—No sé... —dudó—. Veo que es una agencia de detectives.

—Así es. Lizarso & Scott Sherrington es una agencia con cuarenta años de trayectoria. ¿Sabe dónde estamos?

—Tengo la dirección, ¿podría pasarme por las oficinas?

—¿Quiere una cita con Noa?

—Sí, si es posible.

—¿Qué le parece esta tarde? ¿O quizá prefiere mañana?

Nash consultó la hora en su reloj, calculando el tiempo de conducción que le quedaba por delante.

—Esta tarde me va bien, aunque estoy de viaje. —Dudó si se precipitaba, pero sentía que debía hacerse así; si no pudiera acudir, lo cancelaría con tiempo. Colgó tras dejar sus datos.

Llegar hasta la dirección que había memorizado en su navegador le costó más de lo que había calculado. El tráfico en el centro de la ciudad era caótico a aquella hora. Tras dar la tercera vuelta a la manzana y comprobar que aparcar aún le llevaría más tiempo que alcanzar el destino, se decidió por un aparcamiento de pago. Cuando el ascensor se detuvo en el tercer piso, lo hizo directamente a una

estancia pulcra y agradable. Se abría frente a un ventanal, con un único sofá de diseño de escasas dos plazas. Había un hombre joven tras el mostrador de recepción y Nash supuso que era el mismo que la había atendido por teléfono, lo cual se confirmó al dar su nombre.

—Noa la espera, puede pasar —dijo levantándose y acompañándola hasta una de las cuatro puertas que confluían en el vestíbulo.

La mujer que se sentaba tras la mesa del despacho se puso trabajosamente en pie al verla entrar. Comprendió su modo de moverse: estaba embarazada, calculó que en los últimos meses de gestación.

—¿Nash Elizondo? Hola, soy Noa Scott Sherrington, encantada de conocerla.

El desconcierto en el rostro de Nash fue tan evidente que la otra mujer sonrió con una magnífica naturalidad, casi previendo la confusión.

—Perdón, creo que ha habido un error. He pedido una cita con Noah, Noah Scott Sherrington —explicó Nash sintiendo un leve sonrojo.

—Yo soy Noa Scott Sherrington —confirmó ella con una risa suave que la hizo sujetarse el vientre.

—Pues creo que me he equivocado de persona, porque esperaba a un hombre de unos ochenta años.

La sonrisa de Noa se amplió, iluminando la tez pálida que contrastaba con el cabello oscuro y ondulado. Hubo algo que le recordó a Scott Sherrington, y supo que estaba en su sonrisa. No era solo amabilidad. Nash vio algo en sus ojos que no encajaba con un primer encuentro casual. Como si ya supiera quién era.

—¡Oh, tú querías hablar con mi padre! —Hubo algo en la manera en que lo dijo que hizo que Nash la mirara de otro modo.

—Perdóname, el error ha sido mío, por supuesto. Tu padre debe de estar jubilado, claro.

—Bueno, jubilado es mucho decir de mi padre. Creo que no conoce el significado de esa palabra. Pero digamos que ya no trabaja oficialmente. Cuéntame, quizá yo pueda ayudarte.

Nash movió la cabeza negando.

—Me temo que no se trata de ningún caso. Mi madre falleció hace unos meses y conocí a tu padre en el funeral, en Donosti. Me dio una tarjeta, pero la he perdido y, haciendo una búsqueda en Google, me ha salido la agencia. Pero no se trata de nada oficial, solo quería saludarle y compartir algunos recuerdos de mi madre.

«Compartir recuerdos. Qué diplomática te has vuelto cuando mientes», oyó la voz de su madre.

—Oh, pues lo siento, no va a poder ser. Mi padre se encuentra ingresado en el hospital.

—Espero que no sea nada grave.

—No, es casi rutina... No sé si lo sabes, mi padre está trasplantado de corazón. No es algo reciente, de hecho, ocurrió antes de que yo naciera...

—Sí, tu madre me lo dijo. Le llamé por teléfono en otra ocasión antes de la pandemia y entonces también lo habían ingresado.

—Al ser un paciente de riesgo le están controlando un poco más. Pero puedo pedirle que te llame cuando le den el alta. Seguramente será hoy o, como muy tarde, mañana.

—Te lo agradecería mucho —dijo Nash levantándose y tendiéndole la mano a la mujer, que todavía tardó unos segundos en conseguir salir de detrás de la mesa.

—El final del embarazo me resulta pesadísimo. He ganado peso y, además, acumulo muchísimos líquidos.

—¿Para cuándo lo esperas?

—Me quedan un par de semanas, pero por mí podría ser ya.

Noa la acompañó hasta la puerta y volvió a tenderle la mano antes de decirle:

—En cuanto hable con mi padre, le diré que quieres verle. —Su voz adquirió un tono más bajo, casi confidencial—. Estoy segura de que a él también le gustará.

Después de que Nash hubiera salido, Noa esperó unos segundos junto a la puerta, la entreabrió con sigilo y observó el pasillo hasta que el sonido del ascensor le confirmó que se había marchado. Entonces cerró la puerta con suavidad, regresó a su mesa, se echó gel hidroalcohólico en las manos, tomó el teléfono móvil y seleccionó un número de su agenda.

—*Aita?* —dijo en cuanto descolgaron—. La mujer de la que me hablaste al fin ha venido. Acaba de salir de mi despacho y quiere hablar contigo.

9

> Hay un momento en que el cazador comprende que también es presa, lo que hagas en ese instante te define.
>
> BENEDICT NEWMAN, en *Los que paran*

Noche en Ciudad

Existe un momento, un instante que podría ser igual a otro, pero que no lo es y lo cambia todo. Es el segundo en el que has tomado tu decisión. El mío se produjo al despertar en aquel hospital. Lo primero que sentí fue la densidad de aire; cada bocanada parecía impregnada del olor a desinfectante y a la indiferencia de un lugar donde los sueños van a morir; casi pesaba. Observé a mi alrededor, la habitación estaba vacía, pero no me dejé engañar: siempre hay ojos que vigilan, alguien que escucha. Al incorporarme, percibí la presencia tenue y punzante de la migraña en mi cabeza, como el estruendo de una tormenta que se aleja, pero ya no duele. Lo último que recordaba era la aguja entrando en la vena de mi brazo y la suave oleada con la que el calmante me había arrastrado a la inconsciencia.

Aparté las sábanas y saqué los pies de la cama, sintiendo, agradecido, el frescor que desde el suelo de mármol trepaba por mi piel. Me llevé la mano al costurón de la nuca que el pipiolo me había dejado como recuerdo y dediqué unos segundos a hacer un recuento de daños. Tenía la boca seca como el esparto; intenté humedecerme los labios agrietados, pero fue imposible. Habría dado el pulgar derecho (el izquierdo lo necesito para sujetar mi Colt

Detective Special) por un buen lingotazo de whisky. Estiré los brazos y la espalda me crujió en un par de lugares, como queja por el duro catre hospitalario. Después, y teniendo la precaución de apoyarme en la cama por si acaso, me puse en pie. Por comparación, estaba razonablemente bien; sin duda muchas veces he estado peor. La enfermera había dejado la ventana entreabierta. Hasta mí llegó la suave brisa húmeda, llamándome como los brazos abiertos de una amante.

Eché un vistazo por la ventana. La lluvia, cayendo como un llanto sordo sobre el pavimento de Ciudad, no era un aguacero violento, sino esa llovizna fina y persistente, casi niebla, un orballo helado que se pegaba a los huesos. Funcionó como un presagio de lo que me esperaba fuera. El panorama no resultaba muy alentador, pero dediqué otra mirada al duro catre y decidí que no iba a quedarme. No solo porque un hospital no fuera lugar para hombres como yo, sino porque el rostro del Lobo, Barezzi, se había grabado a fuego en mi memoria. Las fotografías. La trampa. Estaba claro que alguien quería incriminarme, y ese alguien, con toda certeza, me quería allí, neutralizado en un catre, con la cabeza llena de ruidos y las venas llenas de droga. Nunca me he caracterizado por plegarme a los deseos de otros. Ya estaba talludito para empezar hoy.

Aunque sabía de sobra que me los habían confiscado, palpé los bolsillos vacíos de mi americana buscando un cigarrillo. La nicotina me llamaba como un viejo amigo pendenciero al que no podía dejar de lado. Pero, a pesar del concienzudo registro, no encontré nada. Sentí que me moría por fumar y ese deseo se mezcló con la urgencia de salir de aquel lugar.

Me sacudió un leve mareo mientras trataba infructuosamente de permanecer en equilibrio para ponerme los pantalones. Terminé de hacerlo sentado como un viejo. La lluvia que seguía cayendo contra el cristal arreció, logrando colar algunas gotas por la estrecha rendija. Lo interpreté como un augurio que me advertía de algo, como un tambor lejano que marca el ritmo de una tragedia inminente. El pipiolo y el Lobo no eran los únicos que querían mi cabeza en el sentido más literal. Ahí fuera había alguien que ansiaba

verme caer, infinitamente más peligroso que la policía corrupta de Ciudad. Un fantasma del pasado que creía muerto y enterrado.

Accioné el interruptor. La cruda luz fluorescente de la cabecera de mi cama convirtió el cristal de la ventana en un espejo nublado que me devolvió una imagen bastante más respetable de la que pensaba. Me ajusté la corbata y me pasé los dedos por el pelo para tratar de acomodarlo antes de salir al pasillo.

No había nadie en el control de enfermería. Nadie se fijó en mí cuando atravesé las instalaciones de urgencias, las consultas vacías, aunque con todas las luces encendidas, que fenecían con el zumbido quedo de los aparatos de diagnóstico en pausa. Al llegar a la sala de espera, encontré a un par de parroquianos con pinta de drogadictos esperando mientras dormían o dormitando mientras esperaban. La puerta principal se abrió a mi paso con un siseo suave y rasgado, como el estertor de un moribundo. El aire fresco me golpeó como una bofetada que agudizó el deseo de fumar, hasta el punto de que pensé en la posibilidad de volver sobre mis pasos y pedirle a alguno de aquellos perdularios que me regalase un cigarrillo. Pero al volverme hacia el neón blanquecino de urgencias obtuve una vista general de Ciudad y pensé que ella estaba más enferma que yo, y casi tan necesitada. Decidí que la nicotina tendría que esperar mientras caminaba por la calle bajo la lluvia, que por una vez se mostró amistosa conmigo y comenzó a remitir.

Me subí el cuello de la americana y eché a andar.

Desde algún lugar me llegó el eco del tañer cobrizo de unas campanas y, aunque alcé la mirada buscando el origen, solo logré distinguir las siluetas umbrías de los edificios. Era la hora de los soñadores, pero yo sabía que solo hay descanso para los justos y que, ocultas en las sombras de Ciudad, permanecían al acecho dos clases de espíritus que no duermen: el del mal que había regresado y el del ansia que dominaba mi alma y que no tendría tregua hasta haberlo detenido. Al pasar cerca del parque, el aroma a tierra mojada y flores blancas se mezclaba con el olor mentolado y resinoso de los eucaliptos, y hasta creí adivinar entre ellos otros, salobres, de agua marina, que quizá habían cabalgado las mareas remontando el río hasta llegar al corazón de Ciudad. Aspiré,

profundo y melancólico, porque el mar tiene para mí ese efecto tirano de tenerme siempre preso de su aroma en el recuerdo. Como el perfume de una amante que crees haber olvidado, pero que siempre regresa para recordarte que tienes dueña.

Mis pasos sonoros en la noche se fueron disolviendo entre el rumor del tráfico según me acercaba al corazón de Ciudad. Las luces de neón parpadeaban lujuriosas y el sonido del tráfico era una sinfonía caótica y húmeda de neumáticos contra el asfalto mojado. A diferencia de otras ciudades portuarias, crecidas como un pulpo hacia el mar, el corazón de Ciudad era un núcleo duro. Una lógica antigua, defensiva, que hablaba de un tiempo en que la urbe era un bastión amurallado, una ciudadela pensada para resistir asedios que venían desde los valles.

Llegué a mi oficina y me di cuenta en ese instante, probablemente gracias al efecto de las drogas, de que no tenía la llave. Por fortuna, lo que siempre llevo conmigo son mis recursos. Registré mi cartera y encontré un montón de tarjetas rígidas que ni recordaba que tenía. Tardé menos de un minuto en abrir la puerta. La oscuridad me recibió, amistosa y cómplice.

Caminé sin necesidad de luz entre los muebles del espacio que tengo grabado en mi memoria y me senté tras mi escritorio. A tientas, abrí el cajón inferior y saqué una petaca plateada que reflejaba débilmente la escasa luz que se colaba entre los listones de la persiana. Un pequeño trago, suficiente para humedecer el gaznate. Del mismo cajón recuperé un paquete de cigarrillos. Solo cuando la primera bocanada llegó hasta el fondo de mis pulmones me di permiso para encender la lámpara que, sobre la mesa, iluminó, delatora, el polvo que se había acumulado en mi ausencia. Estudié el tablero de corcho vacío y el viejo fichero metálico en el que guardaba mis cuadernos de bitácora y un buen montón de aire de Ciudad.

Tenía que ponerme a trabajar. El pasado venía por mí, y para que eso no llegara a ocurrir, debía encontrar a un viejo enemigo y detenerlo cuanto antes. Aquel que dejaba a sus víctimas envueltas como regalos macabros, aquel que creía muerto y enterrado, y del

que esta vez debía dar buena cuenta sin que quedara lugar para la duda.

10

Noche en Ciudad

Margot, solícita, se empeñaba en rellenar la copa de vino pese a que habían terminado de cenar hacía rato. Nash la llevó, sin probar un sorbo, hasta el vasto ventanal y se sumió en la contemplación de la luz anaranjada que, como un eco de Elbete, le traía la añoranza de las Mitxelena y la gata Amy, la extraña familia con la que ahora contaba, como si siempre hubiera sido así. Los haces, tamizados por la espesura del bosquecillo, aquel que ya la había cautivado al llegar, se derramaban en cúmulos, pequeñas constelaciones de verdor que contrastaban con la oscuridad casi absoluta del exterior.

Lo primero que le había impresionado fueron las copas inmensas de árboles viejos, que sobresalían sobre un muro gris tapizado de liquen blanco y rojizo, como un soldado británico. El número de la calle, diminuto en comparación, casi le había resultado invisible junto al portón de acceso, oscuro y sin fisuras en su estructura que permitieran atisbar, ni por asomo, lo que guardaba en su interior. Detuvo el motor del Mustang y, antes de bajar del vehículo, comprobó en su teléfono móvil la ubicación que Margot le había enviado. Vio entonces, casi oculto entre las piedras del muro, un timbre provisto de cámara. Extendió una mano hacia la tecla, pero antes de que llegara a tocarla, la puerta comenzó a abrirse en absoluto silencio. Fue como si la propia finca, consciente de su llegada, hubiera decidido por ella que aquel era un umbral que estaba destinada a cruzar.

Al frente apareció una pista que serpenteaba entre los árboles, tan profusos que asemejaban una pequeña selva. Avanzó dejando a la

derecha una casita de dos plantas que parecía rescatada de un cuento clásico de los Grimm.

A lo lejos, entre la frondosidad, se adivinaban los tejados de pizarra y las galerías acristaladas de otras fincas, casonas de un estilo colonial que recordaban a las que construían los viejos indianos, testigos mudos de fortunas hechas al otro lado del mar. Llegó a una glorieta que, en torno a una fuente, presidía la entrada de la casa principal.

Aquel recorrido, propio del acceso a Manderley, estaba estudiado para que fuese menos impactante encontrar esperando al pie de la escalinata al mayordomo y a una mujer de unos sesenta y cinco años que, por su indumentaria, no podía ser otra que el ama de llaves. Robert la presentó como Elisa. Vestía de un negro impecable que, sin embargo, no lograba disimular su figura oronda, acentuada por su escasa estatura. El cabello, de un negro tan intenso que Nash supuso que era producto de un tinte, solo cobró sentido al ver sus ojos: oscuros y brillantes como dos barriles destinados a recoger agua de lluvia, profundos.

La mujer sonrió, y en esa mirada Nash percibió una serenidad que le gustó. No era la quietud de la sumisión, sino la de un río caudaloso que oculta sus corrientes. Aquella mujer había visto cosas y sabía cómo guardarlas.

No hubo manera de impedir que Robert cargase con su equipaje: una maleta, una pequeña bolsa de viaje y el voluminoso maletín de aluminio provisto de cerradura, donde guardaba su ordenador y los secretos que su madre le había ocultado durante toda su vida.

Robert abrió la puerta del dormitorio y la invitó a pasar. Al cruzar el umbral, Nash lo sintió a su espalda mucho más cerca de lo que la cortesía exigía, y por un instante, antes de que él hablara, el silencio tuvo una densidad extraña. Después Robert dijo:

—Celebro que hayas decidido quedarte aquí. Solo siento no poder enseñarte la finca. Me iré en cuanto estés instalada; relevaré a Karim en el hospital esta noche, pero ya está todo dispuesto para que estéis cómodas. En una media hora, Elisa os servirá la cena a Margot y a ti. Imagino que estarás cansada, ha sido un largo día.

Nash asintió y le dio las gracias, pero no dijo nada más. Sonreía, impresionada por la sensación de ser atendida de aquel modo distante, elegante, en que Robert hacía parecer un acierto de ella lo que había sido propuesto por él. Se quitó el vestido azul que había llevado todo el día, lo cambió por unos pantalones cómodos y una blusa y bajó la escalera, mientras pensaba si llegaría a entender la particular relación que podía darse con alguien que te asiste así.

Se volvió hacia el interior del salón para mirar a Margot y regresó súbitamente al presente.

—Cuando Robert me habló esta mañana de la casa principal, creí que se trataba de un eufemismo propio de sus modales.

La editora sonrió asintiendo.

—Sí, es una finca impresionante. De hecho, hay dos edificaciones más: la casa de guardeses que habrás visto nada más entrar y, en la parte de atrás, un pabellón de invitados. Creo que desde tu habitación se ve. Durante el confinamiento, Karim se instaló allí para minimizar los riesgos y poder seguir trabajando con Benedict. Mañana, de día, si quieres, podemos dar un paseo.

—¿Y Robert y Elisa viven aquí?

—Sí. Robert en el área principal, cerca del dormitorio de Benedict desde el ataque del año pasado, y Elisa en un apartamento que hay en otra ala de la casa.

Nash caminó hacia el interior a la vez que estudiaba la estancia. En una de las estanterías que ocupaba un lugar central había, casi expuestos, unos cuantos ejemplares de la última novela de Newman.

—Me esperaba más libros —dijo recorriendo con la mirada los escasos anaqueles en los que se exhibían pocas, pero exquisitas, piezas de cristal de Murano.

No era solo la ausencia de libros; era la extraña quietud, imposible en casa de un creativo. El silencio perfecto, el orden milimétrico de los objetos de cristal, la falta de cualquier rastro de vida cotidiana. Aquella no era una casa que invitara a quedarse, sino un espacio diseñado para ser admirado a una distancia respetuosa. Y ella había cruzado esa distancia.

—¡Oh, claro, no has visto la biblioteca! Benedict exhibe en el salón únicamente su último libro en su edición más reciente. Se me

olvidaba que Robert no ha podido enseñarte la casa —dijo poniéndose en pie—. Trae tu copa y sígueme —indicó tomando la suya en una mano y la botella de vino en la otra—. Lo primero que tienes que ver para entender esta casa es el templo de Benedict.

Nash la siguió hasta el *hall* y desde allí, por un pasillo, hasta una puerta batiente coronada por una ventana de ojo de buey. Margot la empujó con la cadera a la vez que alzaba la voz.

—Con tu permiso, Elisa.

Nash sostuvo la puerta oscilante y entró en la habitación tras la editora. Dudó de qué clase de lugar era aquel. La pieza era alargada y todas las paredes daban al exterior, culminando en un mirador semicircular coronado por una cúpula de cristal que miraba hacia el jardín iluminado. Vio que Elisa se levantaba de un banco que recorría el perímetro de los ventanales y venía hacia ellas a la vez que decía:

—Adelante.

Los muebles, todos bajos, se repartían en el centro del espacio y eran una sucesión de mostradores de madera oscura con encimeras de mármol blanco veteado en negro. Solo cuando avanzó lo suficiente se dio cuenta de que se encontraba en una cocina. Las líneas rectas y las superficies lisas se sucedían bajo una invisible tira de neón ámbar que las iluminaba desde el techo.

Margot dejó la botella de vino sobre una encimera y recorrió la habitación llevando en una mano su copa, a la vez que dejaba que las puntas de los dedos de la otra se deslizaran sobre el mármol lustrado. Cuando Nash fue tras ella, vio que había un fogón de gas de ocho fuegos, una plancha de acero, un horno de convección y otro de vapor, un baño maría y una colección de tablas de cortar por las que Beth habría matado.

Margot se detuvo ante los fogones.

—Llevo años intentando convencerlo de que pose cocinando. Sería portada de tres o cuatro publicaciones de las más relevantes y a sus lectores les encantaría, pero no hay manera. Dice que esto pertenece a su ritual privado.

—¿Su ritual? ¿Para qué? —preguntó Nash.

—Para descansar, para desconectar —intervino Elisa— y para inspirarse. Cuando está escribiendo, apenas sale de la propiedad. Hace ejercicio, da un paseo por el bosquecillo o nada en la piscina climatizada, pero prácticamente no hace otra cosa que escribir, y de vez en cuando para y cocina.

—Descansa cocinando, y no cualquier cosa. Platos superelaborados, propios de un restaurante estrella Michelin, ¿te lo puedes creer? —La editora sonrió.

Nash no contestó. Pensaba en su propia cocina. Excepto en la cama con un buen colchón, un sofá y un televisor, apenas había invertido dinero en amueblar su casa; sin embargo, la cocina se había llevado un buen pellizco de sus ahorros, para desazón de su madre.

«¿Por qué querría alguien invertir tanto dinero en una cocina cuando apenas cocina?», le había recriminado. Y de pronto, una idea absurda y helada le recorrió la espalda. Aquella inversión desmedida en su propia cocina, aquel impulso que nunca había entendido del todo... ¿Sería posible que fuera un eco? ¿Una herencia invisible de este hombre que cocinaba para inspirarse, para huir, para encontrarse?

—¿Qué suele cocinar? —preguntó a Elisa para escapar de sus recuerdos.

—Casi siempre pescado, sobre todo bacalao. Debe de conocer unas mil recetas. Siempre le digo que debería escribir un libro de cocina —explicó Elisa.

La editora alzó las cejas y su copa hacia Elisa.

—Esa es una magnífica idea. No entiendo cómo no se me ha ocurrido a mí —exclamó.

Nash contempló la estancia, tan despejada y limpia como un laboratorio, rodeada de ventanas por las que ahora se veían retazos de césped verde artificialmente iluminado. Se preguntó cómo sería de día, cómo sería cocinar allí, y casi al instante se reprendió: «¿Qué estaba haciendo?». No era su casa, ni siquiera tenía derecho a estar allí. Por mucho que Margot y Robert insistieran en que a Benedict le habría gustado, se sentía tan incómoda como un vampiro que ha entrado sin invitación. Suspiró abrumada, y como si eso fuera una

señal, Margot tomó la botella de vino a la vez que salía de la habitación, invitándola a seguirla.

Cuando alcanzaron el otro extremo del pasillo, la editora abrió una puerta y accionó la luz, pero en lugar de entrar retrocedió cediéndole el paso. Al traspasar el umbral, Nash supo por qué. Al igual que el camino de acceso a la casa o la ventana de ojo de buey de la cocina, todas las estancias de aquella mansión parecían concebidas con un propósito teatral y, en cierto modo, dramático.

La sala, una elipse perfecta, se elevaba en una bóveda coronada por un lucernario que cuadraba en su centro. Todas las paredes, a excepción de la que se abría al jardín en un amplio ventanal, estaban vestidas de libros del suelo al techo, como una piel de conocimiento.

Salvo por una escalera con ruedas, que se apoyaba a media altura en un carril de bronce que circundaba toda la sala, solo dos muebles ocupaban el centro exacto del espacio: un sillón Eames de cuero negro y una lámpara de lectura tan fina que resultaba casi invisible a su lado.

Esta vez fue Nash quien cedió al impulso. Acariciando con la punta de los dedos los lomos de los volúmenes, trazó la elipse completa hasta regresar al lugar donde había comenzado. Margot la esperaba, con una sonrisa en los labios, una mezcla de triunfo y comprensión.

—Impresionante, ¿verdad?

No era una forma extraña de conocer a alguien, pensó Nash. Era, en muchos sentidos, la más honesta. En su trabajo había aprendido que lo que una persona atesora, el modo en que dispone los objetos a su alrededor, lo que elige guardar y lo que elige esconder, revela más de quién es que todo lo que pudiera contar de viva voz. Recorrer aquella elipse era leer a Benedict Newman antes de haber compartido con él una sola mirada, un solo silencio, un solo día bajo el mismo techo. Antes, incluso, de saber si alguna vez llegaría a hacerlo.

—Es increíble... Pero me ha parecido que no hay ni un solo libro suyo.

—Cierto, aquí no —dijo la editora yendo hacia el vértice opuesto de la elipse. Entregó su copa a Nash para empujar una sección de la

estantería que cedió, poniendo de manifiesto que se trataba de una puerta escamoteada.

—Lo que me habría divertido aquí de pequeña —dijo Nash tendiéndole de nuevo la copa a la vez que entraban en el despacho de Benedict Newman.

Margot encendió las luces, apareció una habitación que volvió a asombrar a Nash. Era un espacio amplio, dominado por tonos oscuros: las paredes, de un color intermedio entre gris marengo y ceniza. La sobriedad de club inglés masculino de la estancia contrastaba con la cálida luz dorada, casi navideña, que se derramaba desde librerías de nogal exentas de cristal.

Los estantes albergaban decenas de ediciones de todas las novelas de Newman en cuarenta idiomas. Margot le mostró algunas: en ruso, francés, alemán, portugués y hebreo, las peculiares ediciones japonesas, tan pequeñas, y las coreanas, tan meticulosas. Cubrían todas las paredes a excepción de la gran cristalera y del espacio frente a ella, ocupado por un imponente espejo veneciano.

El escritorio, también de nogal y de líneas modernas, reposaba sobre una gran alfombra negra y de espaldas a la cristalera. Gruesos cortinajes de color borgoña colgaban a los lados desde lo alto de la vidriera.

Nash rodeó el escritorio con cierta liturgia y, manteniéndose a una distancia prudencial, estudió lo que había sobre la mesa: un secante de cuero que cubría casi toda la superficie, una pluma estilográfica, un bloc de notas negro, una pantalla de grandes dimensiones y un teclado perfectamente alineado en el centro del secante.

Espoleada por el interés de Nash, Margot encendió la lamparita de metal, que iluminó todos los objetos de la mesa.

—¿Qué piensas?

—Que es muy ordenado —contestó Nash.

—Sí, lo es, y muy disciplinado también. Creo que es imposible que un escritor alcance las cotas que ha alcanzado él si careciese de disciplina.

Del mismo modo que había hecho en la biblioteca, recorrió la estancia deteniéndose a mirar los pocos objetos que había entre los libros, pero esta vez sin tocar nada. La editora rellenó su copa y

retrocedió hasta un sofá de terciopelo granate y respaldo bajo. Se sentó para observarla desde allí.

—¿Y los premios? —preguntó Nash—. Leí que ha recibido muchos, pero no veo ninguno.

—La mayoría los tiene guardados, no le gusta exhibirlos ni verlos. A veces los sacamos para los posados en los periódicos y revistas. Tiene enmarcado el diploma del Princesa de Asturias —dijo señalando una de las estanterías—, el Gold Dagger y alguno más, pero la mayoría están recogidos. Es algo muy propio de su carácter. Dice que está bien que te los den y saber que los tienes, pero hay algo de onanismo y, de alguna manera, de estorbo en estar contemplándolos a la vez que trabajas.

—Curioso —juzgó Nash.

—Y raro también. La mayoría de los escritores que conozco están tan pagados de sí mismos que estoy segura de que, si tuvieran los premios que ha cosechado tu padre, dormirían con ellos.

Nash intentó cambiar de tema para disimular su desazón. Le ocurría cada vez que Margot se refería a Benedict Newman como su padre.

—Háblame de Colt Star y los aspectos en común con Benedict Newman. Durante la comida sugerí que en ocasiones un personaje podía ser un *alter ego*, pero para que ocurra debe haber, además de entrega al personaje, una gran admiración, o al menos la sensación de que el personaje te mejora.

Margot se echó hacia atrás, abriendo los brazos a ambos lados sobre el respaldo del sofá, a la vez que pensaba la respuesta.

—No, para nada.

—¿Cómo es Benedict?

—Benedict es un tipo encantador, y ya has visto su casa. Elegante, sofisticado, educado y muy amable, y como casi todos los escritores notables que conozco, reservado, incluso diría que tímido, algo excéntrico...

—No hace falta que lo jures. Para su primer contacto con una hija a la que no había visto en más de treinta años, envió a su mayordomo.

—Robert, mi señor Darcy —sentenció la editora.

Nash sonrió.

—Supongo que es la clase de cosas extravagantes que se hacen si eres millonario.

—No creas, conozco a otros escritores ricos y ninguno tiene un mayordomo.

—¿Y esta excentricidad es de los últimos tiempos? En ocasiones, esa clase de comportamientos chocantes son señal de que algo comienza a ir mal. Inicialmente, las salidas de tono se toman como una actitud original o extravagante, pero son síntomas.

—Elisa lleva toda la vida cuidando de él y de su casa, y tiene mayordomo desde que lo conozco. Antes tenía otro, Bastian. Era estirado, viejo y más feo que un dolor, pero tan impecable y eficiente como pueda ser un mayordomo inglés. ¿Sabías que se forman en una exclusiva academia para mayordomos en Reino Unido?

—Sí, lo había leído.

—Los tipos se comportan como si estuviesen en Buckingham Palace. A Newman le gusta, supongo. Bastian no me caía bien, creo que yo a él tampoco. Cuidaba a la perfección de la casa y de Newman, pero reconozco que me intimidaba un poco. Era tan exquisito y silencioso como un jaguar. Cuando él estaba presente, me hacía sentir torpe y ruidosa como un caballo percherón.

Nash asintió, sonriendo y entendiendo a qué se refería. A menudo se sentía así cuando acudía a actos destinados a recaudar fondos para la universidad y tenía que explicar a políticos y financieros la importancia de la psicología forense.

—Ya te he dicho que era muy viejo. —Se detuvo para tomar un trago y continuó—: Se jubiló y llegó Robert, mi señor Darcy, altivo, controlado, tan atractivo.

Nash ladeó la cabeza, encogiéndose levemente de hombros.

—¿Qué? ¿Que no está bueno? —se extrañó Margot.

—No sé, no es mi tipo —contestó mientras pensaba en Laurent Herzog y su masculinidad gozosa y manifiesta. Cerró brevemente los ojos y tomó aire para borrar la imagen mental—. Reconozco que está bien, pero es demasiado estirado para mí.

—Si Robert te parece estirado, tendrías que haber visto al otro.

Nash continuó su paseo y se detuvo frente a las estanterías. Observó que había algunas fotos, pocas, la mayoría de Newman con Margot. Le llamó la atención una en particular: Benedict Newman aparecía vestido como un detective de época y Margot llevaba un traje de chaqueta en el más puro estilo de los años cincuenta. Posaban en lo que parecía el decorado de una película de Humphrey Bogart. Él miraba al objetivo, sentado en una silla giratoria tras una mesa de despacho algo desvencijada. Sobre la superficie, un teléfono negro, un secante de piel. Había además un fichero de metal a su izquierda y un viejo ventilador de hélice. Ella llevaba el cabello muy bien arreglado bajo un pequeño sombrerito y permanecía de pie, con una mano apoyada levemente sobre el respaldo de la silla en la que se sentaba Newman y sosteniendo en la otra una carpeta de cartón. Todo lo que uno podía esperar del despacho de un detective privado.

—¡Me encanta esa foto! —exclamó Margot—. Cuando se cumplieron veinte años de las novelas de Colt Star, *Publishers Weekly* nos convenció para posar así para su portada.

—Como Colt Star —dijo Nash pensativa—. Volviendo a los casos de los que te hablé antes, aunque Béla Lugosi poco podía tener en común con el conde Drácula, sin duda se enamoró del personaje. Se identificaba con él; de algún modo se sentía liberado cuando interpretaba, incluso puede que le permitiese mostrar facetas de su personalidad que no asomaban cuando era el actor.

—Pues eso no tiene nada que ver con la relación entre Benedict y Colt. —La editora meneó la cabeza negando—. No te dejes confundir por esa foto. Benedict jamás lo reconocerá en público, porque Colt Star le ha hecho millonario, pero Benedict creó a Star para burlarse del *hard-boiled*. El Star de los inicios era machista, trasnochado, duro y rancio. ¡Joder, si hasta su nombre está compuesto por la marca de un revólver y de una pistola!

—Es verdad —asintió Nash.

—Cuando publicó la novela y obtuvo semejante éxito, no se lo podía creer, y tengo que confesar que fue una sorpresa en el mundo editorial, pero el público enseguida lo adoró. Entonces yo no era su editora, pero su historia es una leyenda del mundo editorial.

Benedict me contó que habían transcurrido pocas semanas desde la publicación cuando la editorial se reunió con él; los lectores querían más, los índices de ventas se habían disparado y las cesiones para traducciones internacionales llovían a diario. Pero lo que terminó de convencerle fue que las ventas de sus otras novelas, más literarias y que, a pesar de gozar de una excelente crítica, habían tenido ventas irregulares, comenzaron a moverse también.

—Bueno, supongo que es algo que le habrá pasado a más de un escritor, que de pronto triunfe un personaje que no se esperaba, pero asumo que el éxito profesional y económico debe ser suficiente estímulo como para animarte a escribir más.

—Aun así, no fue fácil convencerle. Mencionar la posibilidad de que siguiera escribiendo las aventuras de Colt Star era como hablar de míster Hyde con el doctor Jekyll: Benedict lo detestaba. Así que hizo lo único que un creador puede hacer con un monstruo al que no puede matar: intentó darle un alma. Esos cuadernos de bitácora en los que filosofa sobre sus casos, esa moral inquebrantable que le añadió después... No eran para los lectores, Nash. Eran para él. Eran el intento del doctor Jekyll de ponerle una correa a míster Hyde, de obligarle a tener una conciencia.

Margot hizo girar el tallo de la copa entre dos dedos. Nash esperó, consciente de que todavía había más.

—Por eso hay algunas diferencias entre la primera novela y las siguientes. Poco a poco lo fue dotando de moral propia y de unos principios inamovibles a los que Colt Star es fiel: es íntegro, no miente jamás, odia la corrupción policial sobre todas las cosas. En el ámbito personal tiene sus propias reglas y no es mala persona. Es peculiar, es difícil y está convencido de que respeta a las mujeres, pero de aquella manera.

—¿Y no se parece en nada a Benedict Newman?

—Colt es genial a su modo, a mí me encanta, pero es otro tipo de masculinidad, de lenguaje, de moral. Tiene treinta y ocho años, está soltero, le gustan las mujeres, todas. Se alimenta de café, huevos fritos, beicon y tostadas, tortitas de arándanos y pastel de manzana, y cuando cobra por un caso, se da un festín para celebrarlo con un bistec con patatas y maíz asado. Y no sabe freír un huevo. Todo lo

engulle en cafeterías de Ciudad, gasolineras abiertas hasta altas horas de la madrugada, *drugstores* y bares de carretera. Jamás cocina, no le interesa ni le impresiona el lujo ni el refinamiento.

—Está claro que en eso no se parecen —dijo Nash lanzando una mirada alrededor.

—Benedict tiene dos casas más, una en Beverly Hills y otra en Bahamas, preciosas las dos. Colt tiene casa porque tener un despacho para su trabajo es un trámite. Aterriza en su apartamento o en su oficina para descansar, pero su vida transcurre en las calles de Ciudad, y las conoce bien. Solo bebe whisky. Despierta con resaca cinco días de cada semana. Fuma muchísimo. Se ducha a diario y se viste como se espera de un detective, pero jamás se perfuma. Se insinúa a las mujeres y parece siempre dispuesto, aunque nunca con las clientas, y en veinte novelas solo se ha medio enamoriscado un par de veces, siempre de chicas malas, y nunca ha ido de putas.

—¿Y Newman? ¿Cómo es en el plano romántico? Por lo poco que he podido intuir de su relación con mi madre, parece que era bastante mujeriego.

La editora curvó los labios y juntó las cejas en un gesto de extrañeza.

—A ver, no es que sea un monje ni nada por el estilo. Tiene miles de fans y, por supuesto, las mujeres se le acercan con interés. Pero en estos años no ha habido ninguna relación que prosperara. Lo que trato de decirte es que no es su personaje. El gran amor de Benedict Newman es la literatura, y el gran amor de Colt Star también es su trabajo, pero lo lleva como una condena, como si estuviera destinado desde su nacimiento a ser un pacificador. Se mezcla con los bajos fondos, desciende al lodo, se mete en líos, parece que se romperá en pedazos, a veces se ensucia las manos, pero se las arregla para salir intacto. Es puro estoicismo, como escribió Marco Aurelio. Da igual cuánto tiempo arrastres una esmeralda por el fango, nunca perderá su color ni su brillo, porque es algo intrínseco.

Nash asintió, valorando el peso de lo que Margot contaba.

—Y en la primera novela era todavía peor —agregó la editora.

—Ya lo entiendo, pero creo que, aun así, escribir sobre un personaje que es totalmente diferente a ti puede ser una especie de vía de escape psicológica.

—Hace muchos años que conozco a Newman y ya te digo que no necesita nada de eso. Pero es cierto que Benedict encontró una fórmula que le permitió mostrar otra cara del personaje, y en la segunda novela, Star comienza a escribir una especie de cuaderno de bitácora que narra su viaje personal en cada caso que investiga. Como en un diario, aunque recoge más el pensamiento que las acciones, que, por otra parte, ya las va desgranando el lector según avanza. En esos cuadernos, Colt Star muestra la complejidad de la aparente simplicidad de su vida; se revela, solo en privado y únicamente en esos cuadernos, como un hombre sensible, con una moral impecable y que se conoce a sí mismo, poniendo de manifiesto la importancia de la narrativa interna, el ser capaz de contarse, de encontrar el inicio de tu propia historia.

—¿Y no crees que eso procede más de Benedict que de Colt Star?

—Por supuesto. Ha tenido que ir dotando al personaje de atribuciones que lo hicieran tolerable para él. Por otra parte, además de permitirle estar en paz con el detective Star, le da una atalaya para hablar sobre algo que Benedict defiende a ultranza en la literatura y en la lectura: la pérdida de la narrativa. Este fue el germen que lo llevó a crear su fundación y a su gran pasión: seguir promulgando esto entre las generaciones de escritores más jóvenes.

—La Fundación Newman —apuntó Nash.

—Las becas de la fundación son muy prestigiosas. Al principio, Benedict se ocupaba personalmente de la selección, pero el volumen de solicitudes aumentó tanto que pronto tuvieron que contratar a un editor externo para hacer el cribado general. Siempre según los criterios de Benedict, claro. Aun así, en la última fase él siempre revisa algún trabajo, alguna de las propuestas que más le llaman la atención, y a menudo pide reunirse con algunos de los autores. Le encanta descubrir nuevas voces. Muchos de los becados acaban publicando en las mejores editoriales. —Margot hizo una pausa—. Cuando Benedict está escribiendo, como este último año, es Karim quien se encarga de la selección junto con el editor externo. Hace

poco Benedict me habló de un chico brillante de la última convocatoria, que había escrito un ensayo sobre criminología victoriana. Supongo que el covid les habrá obligado a replantear algunos de los programas de la beca.

Nash asintió, procesando la información.

—Pero si lo odiaba, ¿por qué siguió escribiendo sobre el detective Star?

—Porque, además del gran éxito, poco a poco Benedict descubrió el placer de escribir sobre Star. Digamos que ha ido congraciándose con un personaje que inicialmente le resultaba odioso. Él nunca lo admitirá, pero es así, es lo más alejado que puedas imaginar de un *alter ego*.

11

Noche en Ciudad

—Perdón —las interrumpió una voz masculina.

Ambas se volvieron en dirección al hombre que se había detenido en el umbral. Tendría treinta años a lo sumo. Era tan alto como Nash, y el cabello corto, abundante y negro le caía sobre la frente de un modo estudiado.

—No quería molestar, pero he visto la luz desde la casa de invitados y he pensado que quizá por despiste me la había dejado encendida.

—Karim —saludó Margot poniéndose en pie mientras el secretario de Newman avanzaba hacia el interior de la estancia—. Nash, Karim es el secretario de Benedict. Karim, te presento a Nash Elizondo; es la hija de...

—Sé quién eres —cortó él mientras tomaba la mano que Nash le tendía. Le sonrió, mostrando una dentadura perfecta e ignorando a Margot—. Rojo —murmuró embobado señalando su pelo—. No sé por qué, lo había imaginado oscuro, como el de Newman. —Parecía genuinamente arrobado.

—Mi madre era pelirroja —contestó Nash divertida.

—Pues tu madre debió de ser una mujer preciosa. Sé que falleció hace poco, lo siento.

Nash se sintió incómoda mientras susurraba un «gracias» casi inaudible. Nunca sabía qué decir ni qué hacer cuando le daban el pésame. A veces se preguntaba cuánto tiempo duraría aquello, cuánto tiempo después se sigue dando el pésame a alguien que ha

perdido a un ser querido. «¿No había un tiempo límite, como para felicitar el Año Nuevo?»

Margot salió al rescate con una catarata de preguntas mientras consultaba su reloj.

—¿Vienes ahora del hospital? ¿Cómo está Benedict? ¿Han dicho algo más los médicos?

—No, hace rato que he llegado. Iba a acostarme y he visto la luz. Cuando Robert ha llegado para sustituirme, ha salido la jefa de enfermeras y nos ha dicho que Benedict aún estaba bajo los efectos del calmante que le habían puesto para la migraña; seguía dormido.

—Oh. —La editora pareció desinflarse—. Justo hablábamos de él. Trataba de dibujar para Nash un perfil de su padre. La he traído aquí porque creo que este lugar le representa bastante bien.

Él observó alrededor, casi como si viera el lugar por primera vez.

—Tú has trabajado a diario con él en los últimos meses —dijo Nash.

Karim asintió.

—Llevo seis años siendo su secretario, y hace cuatro que Benedict inauguró la fundación cultural que lleva su nombre, ha sido un gran éxito y nos está dando bastante trabajo, así que, cuando decretaron el confinamiento, decidimos que quedarme en la casa de invitados era lo más acertado.

—¿Has notado algún comportamiento fuera de lo habitual? A los médicos les interesa saber si ha tenido migrañas, si has reparado en que tuviera algún tic, un movimiento repetitivo.

—Sí, he hablado con ellos. El gesto que hace con la mano lo ha tenido siempre, nunca pensé que fuera un tic. Es verdad que se quedó un poco débil después del ataque del año pasado, pero se recuperó muy rápido. Hace bastante ejercicio, camina y nada a diario.

—Está estupendo —estuvo de acuerdo Margot.

—Hubo un par de cosas —propuso pensativo Karim—. En su momento no le di importancia y lo cierto es que tampoco puedo saber si es algo de los últimos tiempos o siempre ha sido así, porque lo observé al quedarme a vivir aquí durante el confinamiento.

Las dos esperaban expectantes, y Nash supo que era una táctica estudiada. Hubo algo en el silencio que siguió, en la manera en que Karim esperó a que lo miraran, que a Nash le recordó vagamente el modo en que ella misma, en las periciales, sabía retener un dato para soltarlo cuando más peso tuviera.

Karim tenía un atractivo mediterráneo muy marcado, con su piel bronceada y su sonrisa de anuncio. A pesar de que, según él, estaba a punto de acostarse, llevaba un traje italiano bastante ceñido, una camisa ajustada que dejaba traslucir su musculatura bajo la tela y, aunque no llevaba corbata, Nash habría jurado que acababa de perfumarse.

—Puede que Benedict sea sonámbulo —dijo al fin—. Desde la casa de invitados se ve el ventanal del despacho y más de una noche la luz estaba encendida a altas horas. Después, cuando le preguntaba si había trabajado de madrugada, siempre lo negaba.

—¿Sonámbulo? No lo sabía. Las personas que lo son suelen tener constancia —observó la editora.

—Pues me llegó a contar que en ocasiones encontraba texto escrito de su novela, texto que no recordaba haber escrito —añadió Karim.

—¿Les has dicho todo esto a los médicos? —preguntó Nash.

—No, la verdad es que es algo que he recordado ahora, al volver a ver la luz del despacho encendida cuando se suponía que no debería haber nadie aquí.

—Creo que es importante que lo comentes con su neuróloga.

Elisa entró en los dominios de Newman llevando en la mano un teléfono inalámbrico, y la preocupación reflejada en su rostro.

—Es Robert, desde el hospital. —Se detuvo ante ellos mientras tendía el teléfono y miraba, dudosa, a Nash y a Margot sin saber a cuál de las dos dárselo.

Fue Margot la que lo tomó.

—Margot, es Benedict —dijo Robert—. Ha desaparecido.

—¡Oh, Dios mío!

Nash se acercó al auricular para poder escuchar lo que decía Robert. La editora puso el altavoz.

—Falta su ropa y sus zapatos. Ya han avisado a la policía local y lo están buscando por las instalaciones y los alrededores. El calmante que le habían dado era muy fuerte y creen que puede estar desorientado.

—Pero ¿cómo es posible? —se indignó Margot—. ¿Una persona en su estado, ingresada en un centro hospitalario, y desaparece?

—Lo peor es que no saben precisar desde qué hora falta de la habitación. Una enfermera pasó a verle antes del cambio de turno y estaba dormido. Más tarde, otra que hacía la ronda creyó verlo, pero han comprobado que era un bulto de almohadas y mantas. Yo salgo ahora mismo hacia allí. Pienso que lo más probable es que intente llegar a casa —terminó Robert. Todos estuvieron de acuerdo.

Margot cerró los ojos un instante.

—Un bulto de almohadas... —susurró, casi con una mueca de admiración amarga—. No es solo una fuga, es una puesta en escena. Es la clase de truco que escribiría en una de sus novelas.

Cuando colgaron la llamada, Nash observó a Margot y a Karim, preocupada.

—¿Qué hacemos?

—Yo voy a salir a buscarle con el coche —dijo Karim—. Si viene caminando, tiene que subir toda la colina y solo hay un camino que serpentea entre las casas.

—Sí, es una buena idea —aprobó pensativa la editora mientras Karim salía corriendo hacia el garaje.

Nash observó a Margot. Había abandonado la copa de vino y, con las manos en las caderas, tenía la cabeza un poco inclinada y los ojos entornados. Su mirada recorrió el despacho como si buscara una respuesta en el aire, hasta que se detuvo en una de las fotografías de la estantería: la de ella y Benedict, posando como Colt Star y su secretaria. Una chispa de reconocimiento brilló en sus ojos. Se irguió de golpe.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Nash.

Margot no le contestó. Se volvió hacia el ama de llaves.

—Elisa, tú quédate aquí. Alguien tiene que permanecer en casa por si regresa. Si lo hace, llámame inmediatamente. Nash, tú ven conmigo. Se me ha ocurrido algo. Quizá me equivoque, pero...

Antes de salir del despacho, la editora tomó de la estantería la foto en la que aparecía junto a Newman, la observó un instante y volvió a dejarla en su lugar.

—Vamos en tu coche —dijo arrastrando a Nash fuera del despacho.

Margot no volvió a decir nada hasta que hubieron traspasado el portón de la finca.

—Es solo una corazonada. Antes te dije que no era tan raro que en su delirio Benedict me tomase por su secretaria. Nos pareció divertido que en esta foto su editora tomara el rol femenino de secretaria, tan habitual en las novelas de detectives, y siguiendo el juego de la secretaria de Colt Star, a veces él me llamaba Sylvie. Cuando nos lo propusieron, a Benedict le encantó la idea, pero insistió en ocuparse personalmente de decorar el set para la fotografía. No le satisfacía, así que finalmente optó por alquilar una oficina real y habilitarla como se describe en sus novelas: la zona para recibir a los clientes, una pequeña sala de espera y un miniapartamento con una cama plegable. La sesión de fotos fue increíble, pero después Benedict decidió quedarse el despacho. Antes de la pandemia, en ocasiones iba allí a escribir.

—¿Ese lugar existe?

—Está en la calle Mayor. Hasta hicimos tarjetas de visita con un pequeño revólver y el nombre de Colt Star. Por eso creo que si Benedict ahora siente que es Colt...

—Es probable que haya ido allí —terminó la frase Nash mientras introducía la dirección en el navegador del coche.

12

Noche en Ciudad

Salieron del ascensor al primer piso de un edificio cuya elegancia susurraba historias en cada rincón: paneles de madera, metales bruñidos, el eco de pasos antiguos en suelos pulidos. Caminaron por el pasillo, un corredor que parecía contener el aliento, hasta detenerse frente a una puerta cuya mitad superior acristalada no dejaba lugar a dudas: aquel era el despacho de un detective, un enclave único en el edificio. Sobre el cristal al ácido, grabado en negro con una permanencia que parecía desafiar el paso del tiempo, se leía: COLT STAR. DETECTIVE PRIVADO.

La editora llevaba la llave en la mano, pero a través del cristal se percibía la claridad de una luz encendida y, antes incluso de que Margot tocase el pomo de la puerta, les llegó el olor inconfundible del humo de tabaco.

—Espera, Margot. —La mano de Nash se posó suavemente en el brazo de la editora. La miró a los ojos con un silencio cargado de significado—. No sé si estoy lista para esto. Ya te expliqué que no me sentía preparada para conocerlo aún.

—Nash, está muy enfermo y, además, ya has oído a Robert: probablemente sigue drogado y muy desorientado... Te entiendo, pero yo también te dije que es mi amigo y que iba a protegerle siempre.

Nash no contestó, pero soltó el brazo de la editora. Su miedo no era al hombre enfermo que describía Margot. Era al hombre de las cartas, al fantasma que había ocupado un rincón oscuro de su mente durante años. Temía el instante en que el mito se hiciera

carne y, sobre todo, temía la reacción que esa carne pudiera provocar en ella.

«Has llegado hasta aquí, ¿qué esperabas?», oyó la voz de su madre.

La puerta cedió, dejando a la vista una pequeña sala de espera con cuatro sillas de madera desparejadas y una mesita de centro cubierta de revistas profesionales. Sentado frente a la puerta del despacho, que también estaba abierta, vieron a Benedict Newman, aunque la vieja lámpara Fase que derramaba su luz sobre el escritorio apenas permitía vislumbrar su rostro en la habitación, que permanecía en penumbra. Fumaba un pitillo con intensas caladas. Lo apoyó sobre un cenicero de cristal verde cuando las vio entrar y procedió a ajustarse la corbata y a erguirse en su asiento.

—Está bien, Sylvie, haz pasar a nuestra clienta.

Nash, desconcertada, miró a Margot, que avanzaba hasta el interior del despacho y respondía:

—Claro, Colt. Pero, antes, ¿cómo te encuentras? Nos han avisado del hospital para decirnos que te habías ido...

—Oh, cariño, los hospitales no están hechos para tipos como yo. Soy más útil fuera que dentro. —Después sonrió tranquilo y de modo condescendiente—. No te preocupes, cielo, en serio, me encuentro bien. Y ahora, por favor, no hagas esperar más a nuestra clienta.

Nash asistía atónita a aquel espectáculo. Ahora entendía la observación de la neuróloga, que había dicho que Benedict Newman no solo creía tener treinta y ocho años, sino que actuaba como si los tuviera. El hombre que veía ante sí era el mismo que aparecía en las contraportadas de las novelas, pero no había rastro de la rigidez del sedentarismo en la forma en que se irguió en su asiento, ni la duda del convaleciente en el modo rápido y preciso en que sus ojos azules la escanearon.

Se movía, se comportaba, respiraba como un hombre muchísimo más joven. Los hombros erguidos, la mirada viva y azul, la precisión en los gestos, la masculinidad latente. Desde luego, no parecía alguien enfermo, drogado o desorientado.

Margot le indicó que entrara al despacho, pero ella negó, confundida. Sin duda, todavía no estaba preparada. Aquel hombre

era su padre. Era el mismo que le había escrito una carta cada año el día de su cumpleaños, el mismo al que su madre había decidido abandonar antes de que ella naciera. El hombre que había estado ingresando en una cuenta una cantidad ingente de dinero destinada a su educación y cuidado, y que su madre había mantenido en secreto. La razón por la que en su lecho de muerte le había pedido a una amiga de confianza que destruyese cualquier vestigio de su relación con Benedict Newman. Y ahora lo tenía delante, garabateando unas líneas sobre una libreta de tapas negras. Alzó la cabeza, la miró y pareció sorprenderse al ver que seguía en la sala de espera.

—No sea tímida, señorita... —Miró a Margot esperando el apunte.

—Elizondo, señorita Nash Elizondo —respondió la editora mirando rogativa a los ojos de Nash.

Si el nombre significaba algo para él, no lo dejó traslucir.

—Adelante, señorita Elizondo. Verá que no nos comemos a nadie, y haremos todo lo posible por ayudarla.

Nash avanzó hasta entrar en el despacho con la sensación de hallarse en el interior de una vieja película hollywoodiense.

—Siéntese —le indicó él mostrándole un par de sillas de confidente —. Si no tiene nada que objetar, señorita Elizondo, Sylvie estará presente. Es de mi total confianza, tomará notas —dijo a la vez que aplastaba el cigarrillo en el cenicero donde ya se acumulaba un montón de colillas.

La editora se sentó en la otra silla mientras Newman escribía el nombre en su agenda. Nash observó el modo en que este tomaba la pluma, encorvándose sobre el escritorio, y notó de inmediato la peculiaridad de su postura. Giró la agenda en un ángulo pronunciado y, en lugar de deslizar la mano por el papel, la dobló por la muñeca en un gancho casi imposible, atacando la página desde arriba. La pluma se movía bajo una presión firme, con la punta dirigida hacia su propio cuerpo mientras trazaba las letras del nombre de ella.

—Nash es un nombre curioso, no creo haberlo oído antes. ¿Es su verdadero nombre o es un apodo o algo así?

Nash no contestó.

—La señorita Elizondo es hija de Benedict Newman...

Él levantó la cabeza, interesado de pronto. Tomó el foco de la lámpara y lo proyectó hacia el rostro de Nash.

—No se parece a él. Supongo que esa belleza pelirroja se la debe a su madre.

Ella alzó una mano, protegiéndose los ojos.

—Perdóneme —se disculpó Star apartando el haz de su rostro—. Es usted de las pocas personas que podía sorprenderme conocer hoy, empezando porque no tenía noticia de que Newman tuviese una hija.

—Ni yo misma lo sabía hasta hace poco —respondió sin poder evitar cierto reproche en su voz.

Él la miró pensativo, calibrando si aquella información era de su incumbencia. Pareció decidir que no.

—No hace falta ser un lince para suponer qué razón la trae hasta mí.

—¿Ah, no?

—Por supuesto que no, señorita Elizondo. Su padre está siendo objeto de la misma persecución que yo, y probablemente detrás se esconden los mismos intereses.

—¿Qué intereses son esos?

Newman no contestó. Abrió el cajón que había a su izquierda y extrajo tres pequeños vasos y una botella de whisky. Sirvió una buena ración de líquido ambarino y acercó los vasos a las mujeres. Después, con calma, encendió otro cigarrillo, aspiró una densa calada, como si lo hubiera hecho toda la vida, y tomó un trago de su vaso.

—Que esté usted aquí pone de manifiesto que entiende que esa no es una pregunta fácil de responder. La más evidente está clara: la corrupta policía de Ciudad intenta colgarnos el muerto o, mejor dicho, las muertas. Y esto, créame, y lo sé por experiencia, va a suponer todo un reto, porque ese Barezzi y su ayudante pipiolo pueden llegar a poner las cosas muy difíciles a un hombre bueno, y su padre es uno de los buenos. Y, por otra parte, tenemos al autor de esa barbarie, un demonio suelto en Ciudad, uno más.

—¿Te refieres al asesino de esas mujeres? —preguntó Margot.

—Un viejo enemigo. Ayer la policía me mostró unas fotos de los crímenes. Creí reconocer el modo en que había atado los nudos de los fardos con los que se deshizo de los cuerpos. Y aunque parezca mentira, pequé de incauto, creyendo que estaban pidiendo mi colaboración. En menos de un minuto, la conversación dio un giro de ciento ochenta grados y me encontré con ese par de desgraciados intentando colgarme la autoría. Estoy bastante seguro de que la conversación con su padre debió producirse en términos muy parecidos.

Colt apagó el cigarrillo que apenas había empezado, como si de pronto necesitara tener las manos libres.

—No dejo de preguntarme por qué razón. El pipiolo no tiene experiencia, aunque es una bestia parda; es uno de tantos vagos que acaba en la policía de Ciudad porque piensa que así se garantizará quince pagas y un mes de vacaciones. Pero el Lobo es de otra calaña. Su padre también era policía, procede de una estirpe de obsesivos desalmados que medran colgándose medallas. Me preocupa porque es de esos que, cuando atrapan a su presa, no la sueltan.

Se inclinó hacia delante, clavando los ojos azules en los de Nash.

—¿Dónde está su padre ahora?

—Benedict Newman debería estar en el hospital... —respondió Nash con intención.

Colt Star se indignó, transformando su rostro.

—¡Malditos bastardos! No me extraña que me hayan abierto la cabeza si han sido capaces de mandar al hospital a un hombre tan íntegro como Newman. —Apretó el puño y después estiró lentamente los dedos. Se los quedó mirando con una concentración intensa, como si el gesto lo hubiese traicionado, como si no le perteneciese. Luego miró a Nash.

—¿Usted lo conoce bien? —preguntó esta, interesada por la clase de respuesta que daría.

—Supongo que lo conozco hasta el punto en que un hombre conoce a otro. Desde hace años escribe mis casos, mantenemos una relación casi epistolar. No me gusta comentar los casos una vez que los he cerrado, así que le paso mis notas. A veces hablamos

brevemente para aclararle alguna cuestión. No somos amigos íntimos si eso es a lo que se refiere.

—Antes ha mencionado al asesino de esas mujeres como «un viejo enemigo». También ha dicho que Benedict Newman escribe los casos que usted investiga. ¿Significa eso que conoce al agresor de esas mujeres?

Pareció que iba a contestar, casi que daría un nombre. Vaciló un instante y finalmente dijo:

—Aún no estoy seguro, por eso estoy aquí, para consultar mis notas, mis viejos cuadernos de bitácora. —Nash estaba segura de que se guardaba información—. He llevado miles de casos en mi vida, algunos me han ocupado unas pocas horas, otros los he arrastrado como gruesas cadenas de condena durante años. Es pronto para afirmarlo, pero, si estoy en lo cierto, no es la primera vez que actúa ni será la última.

—Lo que trata de decirme es que Benedict Newman escribió en esa novela un caso que usted le contó hace tiempo.

—Exactamente es eso lo que estoy diciendo.

—Entonces, no sería descabellado pensar que quizá Newman también sospeche la identidad del asesino.

Colt no contestó, pero la miró entornando los ojos, como si tratase de extraer de su gesto cuánto sabía ella.

Nash asintió levemente y, prestando especial atención a la reacción de Colt, dijo:

—Barezzi vino a hablar conmigo —soltó consciente de cómo Margot le hacía un gesto de oposición.

Encendió otro cigarrillo.

—¿La molestó de algún modo? —replicó irritado, casi dándolo por sentado.

Nash lo pensó.

—Sí, supongo que de alguna manera lo pretendía: me dio un mensaje para Benedict Newman.

—¿Qué le dijo ese animal?

—Que su actuación, lejos de disipar su interés, lo ha aumentado, y que estarán esperando para interrogarlo de nuevo en cuanto salga

del hospital. Me pareció que el inspector estaba seguro de que Benedict Newman ocultaba información crucial.

—Señorita Newman... —comenzó, calmado de pronto.

—Elizondo —corrigió ella.

—Como desee, señorita Elizondo. Créame, si le importa lo más mínimo la vida de su padre, debería sacarlo de ese hospital y llevarlo a un lugar seguro y secreto, fuera de Ciudad. —Dio una profunda calada a su cigarrillo—. Al menos hasta que yo pueda arrojar algo de luz sobre este asunto o encuentre al asesino... Y no se preocupe, acepto el caso; limpiaré el nombre de su padre y el mío.

—Perdóneme, señor Star —dijo ella con intención—, pero si tiene una firme sospecha sobre la identidad del autor de esos crímenes, ¿por qué no compartir ese nombre con la policía?

Súbitamente, Colt Star apretó los ojos en un gesto de dolor a la vez que se llevaba la mano a la nuca, del mismo modo que si hubiera recibido un latigazo.

Margot se alarmó.

—Llevas una buena brecha en la cabeza y parece que te duele. Deberías volver al hospital, tu fuga habrá desatado todas las alarmas.

El hombre abrió lentamente los ojos, conteniendo el jadeo por recuperar el control. Con la mano todavía en la nuca, respondió:

—Sylvie, querida, se diría que no me conoces. No voy a volver al hospital. No tiene nada que ver con el porrazo que llevo en la cabeza, es una migraña, seguramente provocada por la ausencia del whisky y el tabaco. Me han tenido dos días en dique seco. Nada que no pueda controlar con un par de aspirinas y media botella de whisky.

—Entonces, al menos acompáñanos a casa de Newman. Si te están buscando, este será el primer lugar al que vendrán.

Él miró alrededor, preocupado.

—Tengo que quedarme aquí, he de revisar todas mis notas sobre los casos antiguos.

—Newman tiene las mismas notas en su casa, acabas de decírnoslo —rebatió ella.

—Tienes razón, como casi siempre —admitió a la vez que se ponía en pie y tomaba un sombrero del perchero.

Nash se rezagó para observar a aquel hombre mientras cruzaba el umbral. Newman se detuvo y miró con atención el dintel de la puerta. Alzó la mano izquierda y elevó dos dedos hacia el marco, casi como si fuera a tocarlo. Como congelado, se fijaba en algo que desde su posición resultaba invisible para Nash. Palideció súbitamente y pareció que todas las fuerzas y la decisión de las que hacía gala solo unos minutos antes lo abandonaban por completo. El cigarrillo casi consumido que sostenía se escapó de entre sus dedos y cayó al suelo.

—¡Por el amor de Dios! —La editora lo sujetó por la cintura, a la vez que pasaba un brazo por detrás de su cuello para ayudarle a caminar hacia el ascensor.

—Estoy bien, no es nada —la tranquilizó él dejándose llevar.

—Vamos bajando. Nash, por favor, apaga y cierra todo. Te esperamos en el coche.

Nash se quedó atrás aposta. Recorrió con la mirada el despacho del detective, un espacio radicalmente distinto al del escritor, pero que era, sin embargo, todo lo que cabía esperar de la guarida de un detective privado de novela negra. Observó el cenicero de cristal verde, una pieza vintage con indudable carácter y áspera distinción, un altar a Bette Davis. Era una pieza elegida con cuidado, la clase de objeto que querría tener a mano un auténtico fumador. Los cigarrillos habían sido consumidos con fruición, y las colillas, aplastadas con eficaz deliberación, como lo hacen los fumadores empedernidos. Contó diez colillas.

Se sentó tras la mesa, comprobando la incomodidad de una silla que no había sido ideada para pasar largas horas en ella. Al reclinarse descubrió, sin embargo, que de aquel modo ofrecía una postura ideal para pensar. Abrió cada uno de los tres cajones del lado izquierdo y observó que el inferior, que era el más grande, guardaba las huellas del lugar donde el detective apoyaba los pies cuando se recostaba en su silla.

En el interior, dos cartones enteros de tabaco. El celofán se veía brillante y, al tocarlo, se deslizaron suavemente uno sobre otro,

indicando que llevaban poco tiempo allí. Había media docena de paquetes de cigarrillos sueltos y uno abierto. Extrajo el tabaco y observó el papel, que se veía blanco, sin manchas amarillentas que habrían denotado el tiempo transcurrido. Vio también un mechero Ronson plateado con las iniciales C. S. grabadas en el costado, cuatro vasos de culo grueso y una botella mediana de whisky.

En el cajón de arriba, dos plumas estilográficas de acero, sobres blancos y cuatro libretas nuevas con tapas de cuero sobre las que aparecía grabada la inscripción «Cuaderno de bitácora». Nash pasó las hojas, pero todas estaban en blanco. En el cajón superior había un cofrecito de madera que en un primer momento le pareció una caja de puros; cuando levantó la tapa, vio que se trataba de un estuche para un arma. La imitación de terciopelo rojo del interior dibujaba la huella cóncava de un revólver. No había rastro del arma. La duda en forma de escalofrío recorrió la espalda de Nash. Aquello cambiaba las reglas. Una cosa era un escritor jugando a ser su personaje; otra muy distinta, un personaje suelto por el mundo con un arma real.

Se acercó al fichero metálico y lo empujó, esperando que se zarandeara ante el envite. O era un armario increíblemente pesado o estaba repleto. Comprobó que los cajones permanecían cerrados con llave, a excepción del primero. En su interior, perfectamente alineadas de lado, había una docena de libretas idénticas a las del cajón del escritorio. Antes de tocarlas supo que, a diferencia de las otras, estas estaban escritas. El cuero se veía manoseado y los lomos deformados como consecuencia del uso. Tomó una. El interior aparecía cubierto de una solvente caligrafía algo anticuada.

Deslizó la libreta entre su piel y la cinturilla de los pantalones y la cubrió con la blusa. Dedicó una última mirada a aquel lugar, aparentemente de atrezo y que, sin embargo, guardaba huellas reales de la existencia de un hombre al que no conocía. Dejó salir el aire muy despacio por la nariz mientras pensaba que ahora que se estaba comportando como una psicóloga forense, que por fin estaba haciendo su trabajo, lograba el equilibrio que le había sido esquivo los últimos días.

Cuando aplicaba su método, el mundo tenía sentido para ella, y se encontró admitiendo que había estado evitando hacerlo de un modo inconsciente. No había escuchado su instinto porque en la mente de Nash el eco era el de otra voz, la de su madre: «Confía en mí».

¿Qué significaba aquella frase, pronunciada en el lecho de muerte, en este nuevo escenario? Como psicóloga forense, su mente analizaba sin descanso los gestos de Colt, sus palabras, su *actuación*. No era solo una farsa, era una defensa, ¿una estrategia? Pero ¿defensa de qué?, ¿contra qué? Se preguntó si las advertencias de su madre, las cartas para las que no hubo respuesta, eran súplicas para que se mantuviera alejada de un hombre que, incluso si estaba fingiendo locura, exudaba un magnetismo fascinante y peligroso. La brecha en la cabeza de Benedict no era la única herida que temía abrir en su propia vida. El verdadero enigma no era si Benedict actuaba, sino si su madre, al pedirle confianza, le imploraba que no diera un solo paso hacia un pasado que prometía devorarla.

Traspasó el umbral y se detuvo en el mismo lugar en que lo había hecho el escritor. El chasquido de la puerta al cerrarse resonó en la quietud del pasillo. Nash alzó la mirada buscando aquello que había perturbado tanto a Colt Star. Era un rastro oscuro dibujado con dos dedos. En uno de los extremos, el fluido se había concentrado, formando una gota más densa. Nash alzó los dedos hasta casi tocarlo, pero los retiró antes de hacerlo, a la vez que pensaba que así debió de ser cómo los hebreos marcaban con sangre de cordero las puertas de sus casas para evitar que el ángel de la muerte se llevara a sus primogénitos. Volvió sobre sus pasos, extrajo un sobre del segundo cajón y regresó a la entrada. Situó el sobre bajo el reguero oscuro y, con una moneda, raspó un poco de lo que fuera, que cayó en el interior del sobre. Después marcó un número de teléfono. Sonrió incluso antes de escuchar la voz de la doctora Kalo.

—Doctora Elizondo, son las putas mil de la madrugada. Tienes suerte de que duerma poco.

—Eneka, voy a mandarte un sobrecito con un poco de algo. No sé qué es, pero parece sangre. A ver qué puedes sacar en limpio.

13

Noche en Ciudad

Eran las cuatro de la madrugada. Nash apartó la mirada de las pequeñas constelaciones verdosas que formaban los haces de luz de las farolas del jardín de Newman, sintiendo que repetía una coreografía ensayada. Se volvió hacia el interior del salón donde se habían reunido. Karim se sentaba junto a Elisa, que se veía completamente demudada. Margot se retorcía las manos, pequeñas y pálidas, mientras escuchaba a Nash. Solo Robert, que permanecía de pie en la puerta, conservaba la actitud del que sabe qué hacer. Nash lo buscó brevemente con la mirada, como si su inmovilidad fuera la única superficie estable en una habitación de gente que se retorcía las manos. Él también la miraba.

—Sigo pensando que lo mejor sería trasladarlo de nuevo al hospital —insistió Nash.

—Entiendo tu preocupación, pero lo conozco y te aseguro que está bien —alegó Robert—. En este momento está tranquilo y descansando. Creo que podemos esperar a mañana. Han sido demasiadas emociones en una noche y tiene que estar agotado. Entre el hospital y el despacho de Colt Star hay al menos cinco kilómetros, y todo lleva a pensar que los recorrió caminando.

—¿Sois conscientes de que ese comportamiento puede deberse a una conmoción severa? —advirtió Nash.

—No, por Dios —exclamó Margot horrorizada.

—Pues yo opino como Nash —dijo Karim mientras Elisa asentía preocupada—. Si tiene un hematoma, podría causarle un ictus mientras duerme. No quiero ni imaginarlo.

Robert asintió antes de proseguir.

—Los médicos ya descartaron esta mañana que hubiera un hematoma. El dolor del que hablabais ha desaparecido en cuanto se ha dado una ducha y se ha acostado; incluso ha cenado un bocadillo. Pero lo vigilaré el resto de la noche. Si vuelve a dolerle la cabeza, pediré una ambulancia sin dudarlo.

—Tú has hablado con el hospital, ¿qué han dicho ellos? —preguntó Karim dirigiéndose a Nash.

—Que lo más sensato sería trasladarlo inmediatamente, pero también están de acuerdo en que es mejor que sea de modo voluntario. Creen que un ingreso a la fuerza podría ser contraproducente, eso sin olvidar que puede pedir el alta en cualquier momento. Así que, en cuanto amanezca, habrá que intentar convencerle de que debe regresar.

—Así lo haremos —asintió Robert—. Es consciente de que tiene pruebas pendientes y de que la herida de la cabeza es grave. Quizá si se lo planteamos como algo ambulatorio... Pero ahora lo más prudente es que vayan a descansar. Es tarde y mañana será un día complicado. Yo velaré el sueño de Benedict.

Cuando todos se retiraron y Nash creyó haberse quedado sola, volvió a mirar hacia el exterior. Una voz a su espalda la sorprendió.

—No dejo de darle vueltas a cómo le has hablado en el despacho de Colt Star —dijo Margot—. Sé que tiene que ser difícil para ti conocerle en estas circunstancias, pero se diría que no te lo crees.

—No es eso —rebatió Nash—. Bueno, quizá sí, en parte —admitió —. Pero no tiene que ver con que no me crea su estado, sino con el verdadero Benedict Newman y que, de alguna manera, todo esto parece orquestado para que yo esté aquí. No deja de ser un desconocido para mí. Todas las referencias que tengo de Benedict Newman son una colección de cartas edulcoradas que escribió a una niña a la que no conocía y las que escribió a mi madre. Ella nunca contestó, ¿sabes?

Margot se sentó y extendió los brazos sobre el respaldo del sofá con un gesto que ya comenzaba a ser habitual en ella.

—Son un monólogo en el que él esgrime sus justificaciones —continuó Nash—: sus disculpas, sus promesas y sus ruegos. Estoy

aquí porque no dejo de estar fascinada. No creo que se me pueda reprochar la curiosidad. He crecido pensando que era fruto de un tratamiento médico y de un donante anónimo en una clínica suiza. Más tarde, en otra época de mi vida, creí que era la consecuencia de una cana al aire en una noche de verano. Hay algo que no puedo evitar pensar, y es que mi madre me lo ocultó toda la vida, y en su último aliento le pidió a alguien cercano que siguiera ocultándomelo.

«Confía en mí», acudió a su recuerdo.

Margot se puso en pie, se acercó a ella y extendió su mano hasta tocar la de Nash.

—Supongo que lo importante es que estás aquí —dijo.

Nash permaneció en silencio. Ella no lo creía. Si lo importante era estar, ¿por qué se sentía como si formase parte de una función, casi como si hubiera entrado en escena cuando el maestro de ceremonias lo había ordenado?

Miró alrededor, a la exquisita estancia en la que se encontraban, los dominios de Benedict Newman, mientras pensaba que, después de todo, valdría la pena comprobar cómo se las arreglaba Colt Star para representar su papel en aquel escenario. Dio las buenas noches a Margot y se quedó a solas en el salón. Tomó de la estantería uno de los ejemplares de *Todas las noches, todas las ciudades*, eligió un sillón cómodo cerca del ventanal y se sentó a esperar el amanecer. Si algo había aprendido en los últimos tres meses era a no dormir si cuerpo y alma no lo pedían, y esta noche Nash era una de las que no duermen.

14

Por un instante creyó notar la presencia tibia de Amy a su lado. Abrió los ojos y constató el suave ronroneo que emitía la máquina del café cada pocos minutos. Robert y Margot charlaban con Karim; flotaba sobre ellos un aire cómplice al que se sentía ajena. Desde la conversación con Margot la noche anterior, no se percibía tan integrante del grupo. Nash los observó desde el otro lado de la sala. Algo huraña, se había refugiado en aquel rincón al poco de llegar, quizá porque el calor y el murmullo de la máquina tenían un eco de refugio que la reconfortaba. Jadeó. Un leve, pero persistente, olor a desinfectante flotaba en el ambiente, una fragancia clínica que asociaba inconscientemente con la vulnerabilidad y la espera. Miró la hora en su móvil: mediodía. Se sentía bien, a pesar de no haber dormido.

La jornada había empezado temprano. Antes de las siete, Newman, vestido, afeitado y listo para ir al hospital, se había presentado en la cocina acompañado de Robert. Llevaba un traje azul que resaltaba el color de sus ojos y se había peinado con la raya a un lado, dejando una onda sobre su frente que le recordó a Roger Moore en 007. El efecto era de una elegancia atemporal y, a la vez, rejuvenecedor.

—¿Tomará el desayuno, señor Star? —había preguntado Robert.

—Creo que será mejor que acuda en ayunas, seguro que tienen planeado sacarme sangre —había respondido Colt Star. Y dirigiéndose a Margot, que lo miraba embelesada—: ¿Crees que les parecerá prudente que conduzca?

—No, Colt, no lo creo.

—Pues aun así lo haré. Si no me equivoco, mi viejo Camaro debe de seguir aparcado en el garaje desde la última vez que estuve aquí.

No pienso gastar suela si decido que quiero largarme de ese moridero de pobres.

—Iré contigo. —Margot había corrido tras él hacia el garaje.

—¿Cómo lo has convencido de volver al hospital? —había dicho Nash mirando a Robert admirada.

—Le he explicado la gravedad de sus lesiones, la preocupación de los médicos por que pueda haber un hematoma en alguna parte y lo que eso supondría. —Había hecho una pausa y dudado un segundo —: Y le he informado de que no tiene que quedarse en el hospital si no lo desea.

—¿Por qué has hecho eso? —había preguntado desconcertada.

—Porque no he olvidado para quién trabajo —había respondido él, y su tono fue un muro de hielo.

Una voz amable la sacó de su letargo.

—Doctora Elizondo.

La doctora Duval, acompañada de otro médico, se había detenido ante ella. Nash se puso en pie y les tendió la mano. A lo lejos, siluetas enmascaradas se movían con paso apresurado; sus ojos eran los únicos puntos visibles de expresión en un mar de tela blanca o azul.

—Si nos acompaña, hablaremos mejor en una salita —dijo Duval haciendo un gesto hacia una de las puertas—. ¿Quiere que venga alguien más? —preguntó consciente de las miradas que Robert, Margot, Karim y el abogado, que acababa de llegar, les lanzaban desde el otro lado de la sala.

Asintió a la vez que hacía un gesto para que se acercaran. No tenía sentido dejarlos fuera.

Entraron en la sala donde los esperaba el resto del equipo.

—Su padre está de muy buen humor esta mañana, no parece en absoluto que su aventura nocturna le haya pasado factura. Cuando terminemos de hablar, el director del hospital quiere ofrecerles sus disculpas...

—Me temo que será necesario algo más que una disculpa —tomó la palabra Mitchell—. Exigimos una investigación para tratar de establecer cómo salió, sobre todo con el fin de que no vuelva a

repetirse. Seguro que son conscientes de los riesgos que sufrió el señor Newman por su inoperancia.

—Estamos de acuerdo. Podrá transmitirle todas sus quejas al director en cuanto terminemos. Pero ahora vamos a lo que a nosotros nos interesa —dijo cediéndole la palabra a la neuróloga más joven con la que habían hablado el día anterior.

—Tenemos los resultados de algunos de los análisis que esperábamos. Podemos descartar un hematoma, lo que son muy buenas noticias; no hay rastro de drogas en su organismo y su discurso es, si cabe, más lúcido que ayer. El resultado de la punción lumbar tampoco revela rastro de infección. Queremos repetir algunos exámenes, porque puede tratarse de un tipo de patógeno que esté resultando más difícil de localizar.

Duval volvió a tomar la palabra.

—Hay algunos aspectos que nos hacen sospechar que pueda ser así; el tic que presenta y las migrañas apuntan en esa dirección. Pero algo que usted nos ha contado esta mañana nos ha llamado especialmente la atención: hemos comprobado que, en efecto, cuando se le fuerza a que explique su relación con Newman, se dan micromomentos de confusión. Estos parecen generar la migraña, no sabemos si como una respuesta neuronal o como un mecanismo de defensa para no tener que hablar de algo que a él mismo le resulta confuso.

Nash asintió.

—Eso me pareció.

—Continuaremos con todas las pruebas neurológicas, pero no podemos cerrarnos a otras posibilidades. Doctora Elizondo, quiero presentarle al doctor Kutz —dijo a la vez que uno de los facultativos presentes se levantaba—. Es el jefe de Psiquiatría de este centro y le hemos pedido que haga una valoración de su padre.

—¿Un psiquiatra, por qué? —exclamó Margot—. Insinúa que Benedict no está en sus cabales. No soy médico y no sé qué le ocurre, pero ha venido conduciendo un Camaro hasta aquí. Su discurso es más coherente que el de cualquiera de nosotros.

El psiquiatra asintió lentamente a sus palabras sin restarles razón.

—Quizá le sorprenda saber que la inteligencia y la coherencia están presentes en muchas enfermedades psiquiátricas. La imagen del enfermo mental que abunda es la del individuo desorientado o catatónico, pero la mente tiene muchos subterfugios para realizar sus huidas de la realidad, y algunos de ellos están cimentados sobre la inteligencia y la coherencia.

—Doctora Elizondo —dijo la neuróloga—, usted es el familiar más cercano y además es profesional sanitario, y tenemos que informarle de que aquí se nos plantea un problema: Benedict nos ha trasladado su intención de ser un paciente ambulatorio, no quiere quedarse en el hospital. Hemos tratado de convencerle, pero ha sido en vano.

Nash dedicó una rápida y fría mirada a Robert, que permaneció inmutable.

—Ha pedido los formularios de alta voluntaria y ya ha firmado. Legalmente, no podemos retenerle aquí.

—Si me permiten —intervino Robert—, seguro que todos estamos de acuerdo en que lo más importante es obtener su colaboración.

El equipo asintió.

—La casa del señor Newman cuenta con un avanzado sistema de seguridad por cámaras y detectores, y hay personal suficiente como para estar pendientes de que nada malo le ocurra. Podríamos traerle a diario para los exámenes y valoraciones, garantizando que cada noche pueda regresar a dormir a casa. Me responsabilizo de administrarle su medicación y, si es necesario y para su tranquilidad, podríamos contratar a una enfermera nocturna.

Los facultativos se miraron asintiendo.

—¿A usted le parece bien? —preguntó el neurólogo dirigiéndose a Nash—. Su opinión es la más vinculante.

—Sí —accedió.

—Gracias, gracias —musitó la editora estrechando las manos del equipo, que casi a la vez se abalanzó sobre la omnipresente botellita de gel hidroalcohólico.

15

Al salir, el Lobo la esperaba junto a la máquina del café, que ofrecía una vista inequívoca de la puerta del despacho en el que había hablado con los médicos. La luz fría de los fluorescentes se reflejaba en el suelo pulido de la sala del hospital, creando un brillo aséptico que acentuaba la tensión del aire, como un lago helado entre ellos. Clavó en Nash sus ojos grises de depredador, mirándola por encima de la mascarilla, e hizo un gesto con la boca que dudó mucho de que se tratase de una sonrisa; casi a la vez imaginó sus colmillos afilados. Hoy lo acompañaba un policía más joven, calvo, fornido, algo más bajo. Imaginó que debía de tratarse del pipiolo al que Colt Star se había referido la noche anterior. A pesar de estar seguro de que ella también lo había visto, el inspector caminó en su dirección con grandes zancadas, temiendo que fuera a salir huyendo.

—¡Pero qué buena suerte! Doctora Elizondo, justo esperaba para hablar con usted —dijo con sorna Barezzi.

«No lo soporto», oyó en su mente la voz de su madre.

—Hable —respondió ella cortante.

Su frialdad no pareció afectar al inspector.

—Quizá prefiera que vayamos a un lugar más discreto —propuso dirigiendo una mirada que incluía a Margot, Karim, Robert y el abogado, que salían de la sala detrás de Nash.

Robert se situó junto a ella y se inclinó para hablarle al oído. Nash llegó a percibir el olor a champú en su cabello castaño.

—Nash, permíteme que me quede.

Ella asintió sin apartar la mirada de los ojos del policía.

—Puede hablar delante de ellos, son como de la familia —dijo mientras el grupo la rodeaba.

—Sí, quizá sea mejor que estén todos. Hay algo muy interesante que quiero contarles. Anteayer, durante nuestra conversación en comisaría, su padre —hizo un gesto hacia Nash— nos dijo que había una diferencia fundamental entre los crímenes que estamos investigando y los de su última novela. —Hablaba con deliberada parsimonia, como si la considerase imbécil o pretendiese acabar con su paciencia.

«Lo segundo», resonó en su mente la voz de su madre.

Asintió, condescendiente.

—Nos preguntó si habíamos encontrado los bolsos de las víctimas. Le dijimos que no y —levantó un índice largo y huesudo, igual que un director de orquesta llamando la atención— ¿qué fue lo que respondió?

Como si lo hubieran ensayado previamente, el subinspector Ruano abrió una diminuta libreta y leyó:

—«El asesino en *Todas las noches, todas las ciudades* deja el bolso de las víctimas tirado en la calle. No es casual; el bolso es un símbolo. Al dejarlo abandonado en la calle, está mandando un mensaje. La señal inequívoca de que algo terrible le ha ocurrido a esa chica, porque ninguna mujer en el mundo deja su bolso tirado en el suelo, sea un Birkin de Hermès o una imitación de plástico barato. El bolso de una mujer es su embajada». —Aclaró—: Un Birkin de Hermès es un bolso de lujo.

Barezzi continuó inmóvil, con el dedo huesudo en alto, como si escuchase una melodía solo audible para él.

—¿Y bien? —instó Margot, que por lo visto no tenía una voz maternal en su mente advirtiéndole que acabar con su paciencia era el cometido de aquel fulano.

Barezzi continuó:

—Ayer a las doce menos diez de la noche, una joven de veintidós años llamó a su padre para decirle que estaba a escasos quince minutos de casa. Por lo visto, lo hace siempre, porque es muy prudente y le da miedo volver sola por la noche. Cuando comenzó a retrasarse, su padre la llamó insistentemente a su teléfono sin obtener respuesta, incluso bajó a la acera, frente al portal, para ver si la veía llegar. A la una se puso en contacto con nosotros para decir

que algo malo debía de haberle ocurrido a su hija. Inicialmente no contestaba sus llamadas y después el teléfono aparecía como apagado. —Se detuvo y permaneció al menos cinco segundos en silencio.

—¿La han encontrado? —preguntó Margot impacientada.

—No, pero ¿sabe qué es lo que sí hemos encontrado?

—¿Su bolso? —preguntó afectada la editora.

—Su bolso, tirado en la calle, como señal definitiva de que algo terrible le ha ocurrido, tal y como Newman nos explicó. ¿Y sabe otra cosa más? Que al consultar con la policía local para comprobar si habían recibido alguna denuncia o alerta que pudiera ayudarnos en la búsqueda, nos dicen que anoche, entre las dos menos cuarto y las tres de la madrugada, se activó una alerta por la fuga de un paciente de este hospital, un paciente que finalmente fue encontrado por sus familiares y conducido a su domicilio. Y qué casualidad que ese paciente no sea otro que Benedict Newman.

—No sé qué está insinuando, pero no me gusta —intervino Robert.

—¿Y usted es? —preguntó como si no lo supiera.

—El asistente personal del señor Newman.

—El mayordomo —comentó el Lobo con cierta sorna a su compañero, antes de dirigirse de nuevo a Robert—. No es ninguna insinuación, es un hecho. Encontramos un bolso, tal como Newman explicó, hay una joven cuya desaparición coincide en el tiempo con la hora a la que él salió del hospital.

—No, a menos que tenga problemas para el cálculo simple —replicó Robert ecuánime—. Si dice que lo que fuera que le ocurrió a esa joven sucedió en torno a las doce de la noche, Benedict Newman está libre de toda sospecha. A las once, en el cambio de turno, una enfermera habló con él; a la una y media, la auxiliar fue a verle y estaba durmiendo; a las dos menos cuarto se detectó que faltaba e inmediatamente se avisó a la policía local. Los médicos podrán corroborar que, incluso en el aviso que se dio a la policía, se advirtió de que el señor Newman estaba bajo los efectos de un potente sedante. Pretender que un episodio de confusión, muy común entre los pacientes hospitalizados, lo implique de cualquier

modo en la desaparición de esa joven está totalmente fuera de lugar.

—Solo que la auxiliar que fue a verle a la una y media no comprobó que el bulto que estaba en la cama fuera Newman —replicó el subinspector Ruano.

—Tampoco comprobó lo contrario —respondió Robert imitando el modo reposado de hablar del inspector.

Barezzi levantó de nuevo el dedo señalando al mayordomo como si le concediera el punto. Bajo su mascarilla se dibujó aquella sonrisa torcida y lobuna que Nash conocía.

—Vamos a revisar las imágenes de seguridad de las cámaras del centro —dijo su compañero.

—Revisen lo que quieran —respondió Robert despectivo.

—Y queremos hablar con él —añadió Barezzi con aquella exasperante lentitud.

—Pues me temo que eso va a ser del todo imposible —respondió Nash—. Acaban de comunicarnos que Benedict Newman pasa a ser un paciente psiquiátrico de este hospital. No hace falta que le diga que no puede interrogar a un paciente psiquiátrico sin la autorización de su médico.

—¡Qué oportuno! —exclamó el policía volviendo a sonreír de aquel modo que, de no haber llevado mascarilla, habría dejado ver sus afilados colmillos—. Y de psiquiatría, ni más ni menos... ¿Por qué no me sorprende?

—Seguro que el catálogo de lo que no le sorprende es muy amplio —replicó Nash incisiva—, pero antes de venir a acusar a nadie, deberían centrarse en buscar a esa chica.

—Se ve que lo de asesorar a la policía sobre cómo debe hacer su trabajo es algo que viene de familia —respondió el inspector Barezzi condescendiente—. Gracias por su consejo, doctora, lo haremos, y más vale que aparezca sana y salva. De cualquier modo, solicitaremos la opinión de su psiquiatra, y será él quien valore si el paciente quiere y está en condiciones de declarar.

Observó al inspector mientras se alejaba. Tenía Barezzi una habilidad, sin duda entrenada, para sacar de quicio. No podía dejar de reconocer que, de algún modo, le fascinaba. Con aquel aire de

lobo escuálido, de mercenario famélico, le despertaba sensaciones encontradas. De un modo muy básico le resultaba peligroso, excitaba en ella una sensación repulsiva y, a la vez, su salvaje naturaleza le resultaba atractiva de una manera que no podía explicar.

Como si la editora hubiera estado leyendo sus pensamientos, dijo:

—¡Por Dios! Qué tipo tan extraño. Es la fascinación del vampiro. Ahora sé lo que sentían las víctimas de Nosferatu.

16

Noah Scott Sherrington sonrió. Incluso con la mascarilla puesta, Nash notó cómo la expresión encontraba su camino, escalando desde la boca a sus ojos.

—No puedes imaginar cuánto me alegré cuando mi hija me dijo que te habías presentado aquí buscándome.

Nash sonrió también, contagiada por su calidez.

—No encontraba la tarjeta que me diste en el funeral, pero recordaba el apellido, así que te busqué en Google y di con la agencia.

No mencionó que también tenía su nombre en uno de los cuadernos de sesiones psiquiátricas de su madre.

—Y entonces me enteré de que estabas ingresado. Espero que estés mejor. Tu hija Noa me explicó que habías tenido algún problema de salud.

—Hace treinta y siete años que estoy trasplantado de corazón; las revisiones son una rutina ineludible en mi vida. Tuve una pequeña reacción a la medicación, me bajaron un poco las defensas, algo que en cualquier otra persona no tendría la más mínima importancia, pero en mi caso supone pasar un par de días en observación.

—¿Y estás bien?

—Perfectamente, no te preocupes. Pero, cuéntame, ¿cómo estás tú? ¿Cómo has pasado el confinamiento?

—Bueno, estoy bien —respondió, esforzándose por ocultar el dolor reciente de la muerte de su madre. No lograba acostumbrarse. A veces pasaban varios días, incluso semanas, en las que todo parecía ir bien, y de pronto alguien preguntaba «¿cómo estás?», y la sola pregunta tenía la capacidad de convocar de nuevo todo el dolor de aquella noche en el hospital tres meses atrás—. Con el

confinamiento tuve suerte, me pilló trabajando. Me quedé con unas amigas en Navarra.

—Seguí el caso Dancur por la prensa. Enhorabuena.

Asintió, reflexiva. Continuaba preguntándose si se merecía las felicitaciones. Aquel éxito se sentía hueco ante tanto dolor causado. Lo pensó antes de contestar.

—Una amiga me dijo que, en ocasiones y en algunos lugares, los hallazgos no traen certezas y consuelo, solo crean más incertidumbre. Mi situación actual lo confirma; me parece que este es uno de esos hallazgos.

Él asintió, lacónico, sin cambiar su expresión, y dijo:

—La verdad es siempre la verdad.

—La verdad es siempre la verdad... Tampoco estoy segura de que ni siquiera a la larga eso pueda suponer un consuelo, pero al menos es la verdad. En cierto modo, el motivo que me trae hasta ti tiene algo que ver con eso, con la verdad.

Noah se puso en pie, salió de detrás del escritorio de su hija, fue hasta el otro lado del despacho, se quitó la mascarilla y se sentó en una silla junto a la ventana abierta, a más de tres metros.

—¿Qué tal si tú también te la quitas? Quiero verte la cara.

Enseguida lo hizo. Él la observó sonriendo, y ella a él. Era un hombre guapo. De piel muy blanca, más alto que Nash, se mantenía bastante delgado y ágil, aunque presentaba una incipiente barriguita.

Conservaba el cabello ondulado y cano, que llevaba corto, pero no lo suficiente como para evitar que se ensortijara un poco sobre la frente y en la nuca. Los ojos eran azules, de un tono oscuro y gris, como cuando se avecina una tormenta.

—Me recuerdas mucho a tu madre —dijo Scott Sherrington con dulzura—. El color del pelo, los ojos, la boca... Espero que no seas una de esas jovencitas que odia parecerse a su madre.

—No, en absoluto. —Nash sonrió.

—Mi hija me dijo que querías hablar de ella, y será un placer, porque la quise mucho, siempre la querré. Fue importantísima en mi vida, aunque me temo que en los últimos años cada uno estaba a sus cosas. Natalia siempre fue independiente, un poco indomable,

irreverente, supongo que como consecuencia de una infancia y una juventud solitarias. Nunca le gustó dar explicaciones, pero eso ya lo sabrás.

Nash asintió. Se dio cuenta de que no se lo había planteado desde aquel punto de vista.

—Creía saber muchas cosas sobre mi madre. Ilusa de mí, creí saberlo todo, pero después de su muerte he descubierto que ese carácter que mencionas, irreverente, a su aire, estuvo siempre presente, complicando darme algunas explicaciones que creo que me debía. Estoy muy triste, Noah. —La voz le tembló un poco—. Siento que en el fondo no llegué a conocerla.

—Nash —dijo con ternura—, consuélate. En el fondo nunca llegamos a conocer del todo a alguien. Si tienes suerte, podrás considerar un logro si llegas a conocerte a ti misma.

Dejó salir el aire lentamente, abatida.

—Pero estoy aquí para ayudarte —dijo consciente de su pena—. Supongo que querrás saber cómo nos conocimos y cuál era la relación que nos unía...

Asintió a la vez que su mente volaba hasta el cuaderno de tapas marrones donde su madre tomaba notas de las sesiones con cada paciente, en el que aparecía el nombre de Scott Sherrington, y que Nash no había querido leer por pudor.

—Bueno, sé que fue tu psiquiatra, pero si no quieres hablar de eso...

—Todo lo contrario. Me siento muy orgulloso de esa época de mi vida. Acudir a un psiquiatra fue una de las mejores decisiones que he tomado. Nací en Escocia, viví toda mi primera vida allí. Era policía, un inspector del DIC, y un día, de pronto, cuando tenía cuarenta y dos años, sufrí un ataque cardíaco fulminante. Experimenté la muerte súbita, morí literalmente.

Lo escuchaba absorta.

—Cuando me reanimaron en el hospital, me comunicaron que tenía una grave miocardiopatía y que me quedaban días contados. En aquel tiempo, los trasplantes de corazón eran ciencia ficción. Tuve que asumir que iba a morir. Estaba muy atemorizado y triste. —Por un instante, Nash llegó a percibir aquella tristeza en sus ojos

—. Había dedicado mi vida entera al trabajo, apenas tenía amigos, mi última novia se había casado con uno de mis compañeros, y siempre creí que me daba igual, hasta que llegó ese día.

Asintió comprensiva.

—Te fuiste.

—Sí, decidí irme de allí. Supongo que estaba huyendo. No fue un pensamiento muy lógico, siempre lo describo como una corazonada, seguir el puro instinto. Cuando llegué a Bilbao estaba muy deprimido. La medicación que tomaba para mantenerme vivo era también un veneno; tenía tantas contraindicaciones que no sabía qué me mataría antes.

»Me alojé en una pensión inmunda con una bruja como patrona y dedicaba mi tiempo a recorrer los bares, mezclándome entre los trabajadores del puerto. Cada noche soñaba que moría, y comencé a recordar la experiencia de un modo horrible.

—¿Tuviste una experiencia cercana a la muerte con recuerdos?

—Recuerdos muy angustiosos —admitió pesarosamente—. Y quiso la bendita suerte que una jovencísima psiquiatra tuviera su primera consulta en el mismo portal que la pensión La Estrella.

Sonrió encantada, y pensó que la pensión en la que ella se había alojado en Elizondo antes de conocer a las Mitxelena se llamaba igual y hasta tenía una bruja por patrona.

—No lo sabía —dijo.

—En el último piso y sin ascensor —añadió él riendo—. Me costaba un triunfo llegar hasta allí. Pero me encontré ante una gran profesional. Recuerdo el primer día. A pesar de ser consciente de que necesitaba ayuda, no estaba muy por la labor. Supongo que fui un borde y un desagradable; estaba desesperado y muy asustado. Le solté a bocajarro que me estaba muriendo y que no estaba seguro de que fuese a haber una segunda visita. Me parecía demasiado joven como para saber nada de la muerte.

—Es la tónica general para la mayoría de los pacientes en la primera sesión. —Sonriendo—. ¿Cómo te convenció para regresar?

—Se quitó la blusa.

Abrió los ojos, sorprendida.

—Me mostró la cicatriz de su espalda —explicó Noah.

Nash dejó salir todo el aire de sus pulmones. La cicatriz que su madre tenía en la espalda. Le cruzaba desde el hombro hasta el omóplato, rugosa, blanca y nacarada como el interior de una ostra. Nunca hablaba de ella. En los últimos tiempos supo hasta qué punto la vieja doctora Elizondo se había convertido en una experta en soslayar los temas de los que no quería hablar. Cuando alguna vez Nash le preguntaba, le decía que la tenía desde pequeña, de algún accidente doméstico que ni siquiera recordaba. Bajó la mirada, tratando de disimular su desazón al tiempo que negaba muy despacio. Noah debió de interpretarlo como una duda, porque añadió:

—Del incendio en el que murió toda su familia, tu familia.

—El caserío Elizondo —murmuró ella casi para sí misma mientras a su mente regresaba la imagen de la tumba de su familia y los nombres casi borrados de la arenisca en el diminuto cementerio de Elbete.

—Me habló del día en que ocurrió, de la gata que la despertó en mitad de la noche, la voz que la instó a salir de la casa. ¡Vaya, que me convenció de que era una experta en la muerte y en escapar de sus garras! —refirió Noah dando por hecho que Nash conocía la historia.

—La gata —murmuró ella.

—La gata pequeña y negra que ella creía que la había salvado.

En su mente, la cicatriz en la espalda de su madre dejó de ser una simple marca física para convertirse en un mapa silencioso de su supervivencia, un relieve áspero que guardaba el secreto de las llamas y también el coraje de una gata.

—Amy —susurró sin darse cuenta.

—¡Oh! Había olvidado el nombre —se disculpó—. El caso es que Natalia me ayudó muchísimo. Es una de las que está en la lista de las personas a las que les debo mi vida —dijo llevándose una mano al corazón—. Y ahí fue cuando comenzó mi segunda vida. Me trasplantaron en Bilbao, en una operación casi experimental, pero me pusieron el corazón de un campeón, así que no podía fallar.

Se quedó en silencio un momento, buscando por dónde seguir. Nash no le apuró.

—Me enamoré, me casé con Maite, crie a Begoña y tuvimos otra hija, Noa, a la que conociste ayer. Está embarazada de su primera hija, que será mi cuarta nieta; ya tengo tres de Begoña. Fundé junto con mi socio, Lizarso, esta agencia de detectives, y trabajé en esto hasta que me jubilé hace unos años. Afortunadamente, mi hija ha tomado el relevo y sigue con mi socio.

—Me alegro muchísimo, Noah. La tuya es una preciosa historia de segundas oportunidades.

—Y no sabes bien en cuántos sentidos, y lo muchísimo que me ayudó tu madre. Después de mi operación, dejamos de vernos tan a menudo. El primer año me lo pasé prácticamente viviendo en el hospital, el segundo y el tercero, casi casi. Y en ese tiempo ella se trasladó a vivir a San Sebastián. Cuando me casé con Maite, vino a la boda. Solíamos llamarnos de vez en cuando y nos escribíamos postales en Navidad, pero nos veíamos muchísimo menos.

—¿Conociste a mi padre?

—No.

—La razón de que esté en la ciudad tiene en parte que ver con él. Mi padre... —se detuvo; aún le costaba decir aquella palabra— es Benedict Newman.

—¡Oh, el escritor! ¿En serio? Sé quién es, por supuesto. No he leído nada suyo, no me gustan las novelas de detectives, deformación profesional. —Rio—. Pero mi hija es una gran fan.

Nash apretó los labios y se encogió de hombros antes de hablar:

—El caso es que albergaba la esperanza de que pudieras contarme algo sobre él, o sobre la relación de mi madre con él. Nunca he tenido trato con mi padre, solo hace unos meses que sé de su existencia.

—Lo lamento, no puedo ayudarte —dijo Noah, y pareció apenarse de corazón—. Tu madre me llamó un día, me dijo que había tenido una niña, y cuando le pregunté si también tenía pareja, me dijo que aquello se había terminado. Ya sabes cómo era, no dio más explicaciones.

Asintió pesarosa.

—¿Has venido para conocerle?

—No exactamente —rechazó ella—. No es así como yo lo habría planeado. La policía lo interrogó con relación a un caso similar a uno que describe en su novela.

—Un asesor... —sugirió Noah.

Ella no lo desmintió ni lo confirmó, y le pareció percibir que Noah se percataba del detalle.

—Sufrió un desmayo, una especie de ataque mientras estaba en comisaría. Está ingresado en el hospital, aún le están haciendo pruebas, pero ha afectado a su memoria. Es terrible, y me avisaron porque yo soy su único familiar directo.

Noah se alarmó.

—¡Oh, Dios mío, eso es espantoso, Nash!, porque entonces... —dijo, como si hubiera tomado conciencia de la situación—. Se me ocurre que quizá podamos ayudarte profesionalmente.

—No entiendo.

—Somos una agencia de detectives, nos dedicamos a eso. Podemos rastrear todo tipo de documentos, lugares de residencia, estados civiles... Para nosotros es muy fácil.

—No lo sé —dudó—. Tendría que pensarlo, pero creo que no es eso lo que estoy buscando. No quiero saber dónde ha trabajado, ni si está al día con Hacienda; no me interesa con quién ha salido, dónde ha vivido. Hace unos meses contactó conmigo a través de otra persona y descubrí que ha estado ingresando dinero para mí y enviándome cartas desde que nací. Pero ahora ni siquiera recuerda que tuvo una hija. Siento que he llegado tarde. Solo busco a alguien que los hubiera conocido entonces, que pueda arrojar algo de luz sobre la historia de mis padres.

Noah permaneció sentado junto a la ventana mucho rato después de que Nash se hubiera ido.

La joven doctora Elizondo había dejado una estela de energía casi palpable. Noah no había exagerado: se parecía tanto a su madre que era como estar viendo un holograma proyectado desde el pasado. Una joven buscando respuestas, sincera hasta donde podía

serlo, y una historia de la que se guardaba una parte. A Noah no le sorprendió.

Tras media vida como policía y otra media como detective, había aprendido a distinguir las partes que un cliente cuenta y las que prefiere reservarse de momento. Pero había en ella un ímpetu que ya había conocido en su madre, ese que perseguiría a pesar de saber que quizá no traería certezas, sino más preguntas. Noah se puso en pie y fue hasta la mesa de su hija, levantó el teléfono y esperó.

—Lizarso, amigo, hazme un favor. Consulta por qué razón interrogó la policía a Benedict Newman, el escritor. Sí. Por lo visto sufrió un desmayo en comisaría hace un par de noches y tuvo que ser trasladado a un hospital. A ver qué puedes averiguar.

17

Noche en Ciudad

No estaba siendo una buena noche, y dudaba mucho de que algún día pudiera serlo de nuevo. El taxi que le había permitido pagar el adosado y la carrera de sus dos hijos se había convertido, desde el principio de la pandemia, en un negocio deficitario. Entre el panel de metacrilato y el gel y las mascarillas se le iba un presupuesto diario considerable. Por si eso fuera poco, el panel había reducido las plazas del coche solo a las traseras y los horarios limitados de la hostelería tampoco ayudaban. Eso sin mencionar que la mayoría de la gente, que en otro momento se habría subido a un taxi para cualquier recorrido, optaba por caminar por el temor persistente a permanecer en un espacio cerrado tan pequeño.

Se detuvo en el semáforo y aprovechó para repasar las cuentas del día.

Echó una ojeada al cuaderno que llevaba abierto sobre el asiento del copiloto y donde apuntaba el importe de cada carrera. Doce horas en la calle y apenas veinte euros. Un suspiro amargo escapó de sus labios bajo la mascarilla.

El semáforo cambió.

Condujo hacia el centro y rebasó por la izquierda una de las paradas en la Gran Vía. Meneó la cabeza, desolado, un gesto lento y cargado de resignación ante la larga fila de taxis detenidos al costado de la calle casi desierta.

Chascó la lengua y accionó el micrófono de su radio.

—Cuatro veintisiete a central —dijo.

Un crujido metálico precedió a una voz anónima.

—Adelante, cuatro veintisiete.

—Central, salgo de servicio, me voy a casa.

—Entendido, cuatro veintisiete. Buenas noches.

De mala gana, colgó el micro y murmuró:

—Sí, buenas noches de mierda.

Apagó la emisora y subió el volumen de la música. Bruce Springsteen cantaba *Glory Days* mientras el coche enfilaba hacia las afueras de la ciudad. Se preguntó cómo era posible que el Boss tuviera una canción adecuada para cada absurdo, cada triunfo, cada instante amargo de su existencia.

Según fue saliendo de la zona urbana se sintió más calmado. Quizá la mejor decisión que había tomado en su vida había sido la de comprar una vivienda alejada del centro, que durante el confinamiento les había permitido respirar y convivir mientras el mundo parecía derrumbarse fuera. Condujo rodeando un parque y redujo la velocidad, consciente de que, en ocasiones, las hembras de pato abandonaban el estanque cercano y paseaban tranquilamente por la zona seguidas de sus polluelos. Accionó la tecla para bajar las cuatro ventanillas y casi se arrancó la mascarilla, que arrojó sobre la libreta. Redujo aún más la velocidad, forzándose a conducir despacio para intentar rebajar su malhumor y poniendo atención a la calzada, con la esperanza de ver a una de aquellas familias de ánades.

Y entonces la vio. Tirada en la acera, inmóvil y desnuda, la piel pálida bajo la luz de las distantes farolas, las piernas flexionadas como las de un Cristo crucificado, los brazos abiertos a los lados y el cabello desparramado por el suelo, invadiendo parte del césped corto y tupido del parque. A pesar de que no podía ir a más de veinte por hora, el frenazo fue tan brusco que tocó con la frente la luna delantera.

18

Noche en Ciudad

Siempre que se despertaba en mitad de la noche, Maite extendía su brazo hacia el lado de la cama donde dormía su esposo y, como en un acuerdo tácito, en cuanto él notaba su tacto, la tomaba de la mano. A veces el contacto duraba solo unos segundos; eran suficientes para tranquilizarla, para saber que seguía allí, vivo y junto a ella. Después, simplemente se giraba y volvía a dormir. Se había convertido en un gesto tan recurrente e instintivo que cuando en alguna ocasión se lo había comentado a sus hijas delante de Noah, él había manifestado no ser consciente de hacerlo ni la mitad de las veces.

Palpó el territorio vacío donde debería haber estado él. Abrió los ojos y se concentró en escuchar. No se oía nada, así que se incorporó para poder ver desde la cama la línea luminosa que se dibujaba bajo la puerta del baño cuando había alguien dentro. Estaba oscuro. Se espabiló, sentándose en la cama, tratando de percibir el más mínimo rumor en el interior de la casa que habían compartido los últimos casi cuarenta años y que ella conocía tan bien como a él. Distinguió el suave claqueteo del teclado del ordenador. Apretó los labios contrariada.

Desechó con el pie descalzo las zapatillas que no se pondría y salió de la cama en dirección al salón.

La luz proveniente de la pantalla recortaba la silueta de su esposo. Aproximándose por detrás, llegó a vislumbrar los límites del bulto que aparecía en la imagen. Si no lo hubiera visto antes, seguramente no habría sido capaz de identificarlo. Un fardo

indefinido, de lona azul, reverdecido en algunos lugares por la presencia de pequeñas algas marinas como consecuencia de haber permanecido largo tiempo flotando a la deriva.

—¡Noah! —le riñó—. ¿Otra vez con eso?

Noah apagó precipitadamente el monitor y, en el ímpetu, arrastró el ejemplar de *Todas las noches, todas las ciudades* que había comprado por la tarde.

El libro cayó al suelo con un golpe sordo, y en el silencio que siguió, Maite lo miró durante dos segundos mientras Noah pasaba ante ella hacia el dormitorio. No lo recogió.

19

Noche en Ciudad

Habría jurado que no tenía sueño, que no necesitaba dormir. Apartó los cojines que adornaban la cama y los fue apilando con cuidado sobre un sillón de lectura. Retiró el cobertor, se sentó sobre la blancura perfumada de las sábanas y fue como si el lecho la invitara a abandonarse, a bajar la guardia que había llevado en alto todo el día. Sentía el peso de su misión sobre los hombros, una tensión acumulada que solo ahora, en la intimidad de la habitación, empezaba a ceder. Pero antes tenía que hacer algo, una idea que le había estado rondando en la cabeza, tejiendo una red de inquietud desde que salió de la agencia de detectives de Scott Sherrington.

La mente de Nash no encontraba descanso. Lo que Noah le había contado seguía dándole vueltas. El incendio, la gata negra, la cicatriz... Aquello había reescrito la historia de su madre en su cabeza. La figura enigmática y distante que siempre había conocido se desvanecía, reemplazada por la imagen de una niña que había sobrevivido a las llamas, de una mujer que llevaba en su espalda la marca física de un trauma indescriptible.

Ya no era solo el secretismo lo que definía a su madre, sino una resiliencia forjada en el fuego, un pasado oculto que justificaba, en parte, el muro que siempre las había separado. Sintió una punzada de tristeza por no haberlo sabido antes, por no haber entendido el verdadero peso de la historia de su madre. Su percepción había cambiado de forma irreversible y, con ella, el paisaje de su propia infancia.

Había estado mandándoles mensajes durante todo el día, pero necesitaba escuchar la voz de las Mitxelena. Tomó su teléfono móvil, que estaba sobre la mesilla, lo soltó del cargador, buscó el número del caserío y se dirigió hacia la ventana de la habitación para mirar al exterior. Oyó las señales de llamada mientras contemplaba las porciones color esmeralda del jardín iluminado y la puerta principal del pabellón de invitados. En la quietud de la noche, Karim fumaba apoyado en la barandilla que circundaba la casa. Tenía el torso desnudo y la suave luz que delimitaba el sendero hasta la entrada hacía brillar su piel tersa y oscura, que parecía cubierta de una pátina suave de sudor. El efecto era bello y sereno, como mirar un cuadro.

Sorprendida, lo contempló absorta, y, en ese instante de suspensión, su mente, casi por inercia, calculó que hacía tres meses que no se acostaba con un hombre. La última vez había sido con Laurent Herzog pocas horas después de hallar el cadáver de Andrea Dancur, y pensó también que ni siquiera lo había echado de menos en ese tiempo... y que Karim era muy hermoso.

Como si pudiera oír sus pensamientos, el hombre alzó la mirada hacia su ventana, dio una larga calada y retiró el cigarrillo de sus labios mientras alzaba la mano derecha y sonreía. Esa sonrisa, directa y consciente, la pilló desprevenida. Se sintió tan avergonzada como si tuviera cinco años y hubiera sido sorprendida con la mano dentro del bote de las galletas.

Respondió levantando la mano y, casi a la vez, dio un fuerte tirón de las cortinas para cubrir el ventanal.

La voz cálida de Susana contestó al otro lado de la línea.

—¡Es Nash! —exclamó antes incluso de decirle hola.

—¡Hola, Nash! —saludaron a coro las Mitxelena. Sus voces la transportaron en el acto a la cálida cocina, a los aromas a madera, a verde, a lino y a leña de la casa.

—Hola, chicas —respondió lánguida—. ¿Cómo estáis? ¿Cómo está Amy?

—Nosotras muy bien, y Amy está relamiéndose. Acabo de hacerle un plato de higadillos, como a ella le gustan. ¿Y tú? ¿Estás cansada

o estás triste? —preguntó Beth con su habitual e inquisitiva brusquedad.

Sonrió impresionada. Hasta en la distancia, la intuición de aquellas mujeres no erraba el tiro.

—Un poco de las dos. Me resulta raro estar en esta casa. A unos metros de aquí duerme un hombre que se supone que es mi padre y ni siquiera lo recuerda. Siento que traiciono a mi madre... Quiero irme, quiero quedarme.

—Escúchame, Nash —dijo Susana—. No tenías demasiadas opciones. Lo que describes es una emergencia de salud. Por mi trabajo lo veo constantemente. No sabes con qué frecuencia conozco a gente que tiene que ponerse al frente, ya no de tomar decisiones en un hospital, sino de tomar decisiones sobre un entierro y un funeral. A veces tengo que recordarles a las personas que, por difícil que sea, es su obligación legal. Te necesitaba y tú has respondido, pero, además, no te quedaba otra.

—Por otra parte, la mansión es espectacular, la cocina, Beth, es como de estrella Michelin..., la biblioteca..., el jardín... Toda la propiedad está llena de sus huellas. Es algo que me desconcierta, porque creo que de algún modo ese hombre me habría gustado.

—¿Y Colt Star? ¿Te gusta? —preguntó Eva.

—Pues lo curioso es que sí. Produce la sensación de estar en una película de Humphrey Bogart, pero es a la vez chocante y fascinador, como si volvieras a leer sus novelas. Es un tipo muy perspicaz.

—Me encantaría conocerle —dijo Beth.

—Pues yo hoy he tenido la ocasión de conocer a un detective de verdad. Se llama Noah Scott Sherrington —continuó—. De hecho, lo conocí en el funeral de mi madre. Fue su paciente, uno de los primeros, y creo que mantenían una buena amistad, por lo menos durante un tiempo.

—Tiene nombre de detective —apuntó Susana.

—El caso es que me ha contado algo sobre mi madre, sobre la vieja herida que tenía en la espalda. Se notaba que era una quemadura y se la hizo cuando era pequeña. Debió ser bastante importante, porque le cruzaba desde el hombro hasta casi la mitad de la espalda. A pesar de mi curiosidad nunca quería hablar de ella.

Pero hoy Noah me ha explicado que eran las quemaduras del incendio del caserío Elizondo, que acabó con la vida de toda su familia cuando ella tenía cuatro o cinco años. Ella nunca me lo contó.

—Tú sabías que el caserío había ardido y que todos sus ocupantes murieron... —dijo Eva.

—Mi madre nunca hablaba de eso. Por supuesto, me contó que toda su familia había muerto cuando ella era pequeña, que se quedó huérfana, pero nunca me contó que ella era la superviviente de aquel incendio. Yo daba por hecho que no estaba allí, que estaba con sus tíos en Pamplona, y ahora él me dice que ella escapó del incendio por los pelos.

—¿Y crees que esa es la verdad?

—Sí, de alguna manera lo sé. Y me contó otra cosa... —Hizo una pausa—: Mi madre se salvó aquella noche porque una gata negra, menuda, de ojos verdes, la despertó y, de algún modo, la instó a salir del caserío justo en el momento en que este se venía abajo.

Es algo que ocurre entre las mujeres que se conocen bien. Durante siglos lo han llamado intuición femenina, pero Nash sabía que tenía que ver con un eco que resonaba en el interior de las mujeres que se querían sinceramente, una especie de poder que permite que ni siquiera tengan que estar en la misma habitación para saber lo que las otras están haciendo. Y Nash no necesitó estar en la cocina de las Mitxelena para estar segura de que todas se habían vuelto a mirar a la pequeña Amy.

20

> Si no eres capaz de describirte a ti mismo sin identidades adhesivas, no sabes quién eres.
>
> BENEDICT NEWMAN, en *Los que paran*

Noche en Ciudad

Quizá porque hacía varios días que no dormía como Dios manda, quizá porque hoy habían vuelto a sacarme sangre, o puede que algo tuvieran que ver las gotas transparentes que Robert había puesto en mi bebida cuando creía que no miraba, el caso es que caí en el sueño de los justos apenas mi maltrecha cabeza tocó la almohada. Y seguramente habría seguido así hasta el amanecer de no ser porque en mitad de la noche alguien decidió aporrear con insistencia un tambor. Emergí desde las profundidades del letargo escuchando el tam-tam repetitivo, que solo cuando estuve despierto comprendí que era alguien que llamaba persistentemente a la puerta de mi dormitorio.

Sin abrir los ojos, alcé la voz, que sonó ronca y dormida.

—¿Sí?

La puerta se abrió, dibujando una porción lechosa de luz que se derramó sobre la alfombra como una intrusión silenciosa.

—Señor... —La voz del mayordomo sonó apremiante.

—¿Qué ocurre, Robert? —pregunté molesto, sintiendo cómo la paciencia se me agotaba. Llevo mal que me saquen del sueño de los justos.

—Señor, la policía está aquí. Tienen una orden de registro. Quieren que todos nos reunamos en el salón. Ya he despertado a los demás

y me he tomado la libertad de avisar a Mitchell; viene hacia aquí.

—¿Quién es Mitchell? —pregunté mientras saltaba de la cama y me ponía los pantalones.

Robert se precipitó al interior de la habitación y me tomó por el antebrazo.

—Tenga cuidado, señor, podría marearse.

Lo miré de hito en hito, la sorpresa mutando en irritación.

—Escúchame bien, Robert. No voy a criticar los gustos de Newman sobre el servicio, pero si quieres que nos llevemos bien, no vuelvas a tocarme. No me van esas cosas de afeminados. ¿Entendido?

El mayordomo retrocedió dos pasos y se irguió como un soldado.

—Por supuesto, señor. Solo pretendía ayudarle. Ha recibido un fuerte golpe en la cabeza y los mareos son un síntoma habitual en estos casos.

—¿Te parece que necesito ayuda, soldado? —repliqué mientras me ponía la camisa y, con un gesto de la barbilla, le instaba a salir de la habitación.

—No, señor —respondió mientras retrocedía hacia el pasillo.

—No me has contestado, ¿quién es Mitchell? —dije cuando estuve a su altura.

—Su abogado, señor... El abogado del señor Newman.

Un policía uniformado esperaba junto a la puerta del dormitorio y con un gesto nos indicó que nos dirigiésemos hacia la escalera. La hija del novelista salía de una de las habitaciones del corredor mientras trataba de recogerse en una coleta el cabello rojizo, que le llegaba por debajo de los hombros.

La saludé con un gesto de cabeza, pero no la esperé. Mientras descendía a la primera planta, vi que frente al inicio del ramal de la escalera estaban detenidos el Lobo, el pipiolo y un tipo que, por sus galones, debía de ser su capitán.

—¡Pero qué inesperado honor, si tenemos aquí a lo mejorcito de la ciudad! —dije deteniéndome ante el que tenía más galones—. No hace falta ser muy hábil para deducir que es usted el mando que se escondía tras los espejos la otra noche en comisaría.

—Soy comisario. Señor Newman, tenemos una... —comenzó a explicar.

—Star —le interrumpí sin dejarle terminar de masticar su burla—. El escritor está en el hospital gracias a los cuidados que sus muchachos prodigan en su comisaría. Pero eso ya lo sabe.

El comisario se volvió a mirar al Lobo. Por su gesto parecía desconcertado y más perdido que un pulpo en un garaje. El polizonte se encogió de hombros; noté cómo sonreía bajo su mascarilla.

—Claro que sí, detective Star —dijo el Lobo con sorna—. Espere en la estancia junto a los demás. Ya lo avisaremos cuando hayamos terminado.

—No vayas de listo, muéstrame esa orden —repliqué levantando la mano derecha e instando con dos dedos—. Muéstrame la firma del juez.

—¿Por qué tendría que hacerlo si usted no es Newman? Se la mostraré a él o a alguien que resida en este domicilio —respondió el Lobo con una parsimonia que me pareció forzada para ser natural.

—¿Qué tal si me la muestra a mí? —contestó la pelirroja a mi espalda.

—Buenas noches —dijo cambiando de actitud nada más verla. Le tendió un papel con copia plegado en tres dobleces.

—¿Quiere explicarme a qué viene esto? —La pregunta de la chica tenía un giro de exigencia cortante que me agradó.

En ese instante, un tipo que por su aspecto asumí que debía de ser el abogado del escritor entró en el recibidor y se dirigió directamente al inspector. El escaso cabello que seguramente acomodaba con cuidado cuando tenía tiempo se veía alborotado, delatando las huellas de la almohada, que también habían quedado impresas en su mejilla como largas arrugas que la cruzaban. Vestía traje, no llevaba corbata, aunque se había abrochado el primer botón de la americana, pero las arrugas en las perneras del pantalón delataban que se había puesto precipitadamente el mismo traje que había llevado todo el día.

En cualquier otra circunstancia me habría parecido difícil que aquel hombrecillo tuviera autoridad para dar ningún tipo de orden; sin embargo, debo reconocer que me impresionó el modo en que, sin apartar sus ojos de los míos, levantó una mano y me dijo:

—No digas ni una palabra más.

Retrocedí un par de pasos, alzando las cejas y apretando los labios mientras asentía en un signo de absoluta condescendencia. «Donde manda patrón, no manda marinero.»

Los brazos amorosos de Sylvie y de Elisa, que esperaban en el salón a mi espalda, me guiaron hasta un sofá, y yo accedí a sentarme para no contrariarlas. Desde allí seguía teniendo una perfecta vista de cuanto se desarrollaba en el recibidor.

El hombrecillo se plantó frente al Lobo, que levantó el documento ante sus ojos como lo haría un *sheriff* con un pasquín de «Se busca». El letrado no le respondió con mejores modales. Se lo arrancó de las manos y lo leyó con atención.

—No puedo creerlo, inspector Barezzi. Ya tiene una denuncia por acoso y hostigamiento a mi cliente, y le prometo que hoy tendrá una ampliación. ¿Qué hacen aquí?

Sin pedir permiso, separó la copia anexa y devolvió el original al inspector.

—Puede leerlo en la orden.

El leguleyo se dirigió a la biblioteca y al despacho del novelista. El pies planos lo siguió.

La hija del escritor permanecía plantada en el primer escalón, mirando a Barezzi con dureza.

—Solo hago mi trabajo. No hay nada personal en esto, créame —musitó el Lobo como respuesta. Bajó los párpados durante un segundo sobre sus ojos grises. Sus pestañas eran largas y abundantes como su cabello, en contraste con la escasez palmaria de músculo en su cuerpo. En su voz hubo una fingida dignidad destinada a sonrojar a la joven pelirroja. Y por su reacción, supe que había logrado su objetivo.

—Discúlpeme —respondió Nash bajando el tono a uno mucho más paciente—. Tiene que entender que la situación es, como mínimo, estresante. Sabe que no puede hablar con él; se lo dije esta mañana.

—Y yo le prometí informarme al respecto. No tengo ninguna intención de interrogarle hoy, pero hemos consultado con su psiquiatra y está de acuerdo en que puede prestar declaración

siempre y cuando él esté presente para velar por su bienestar. Lo haremos mañana, en el hospital.

—No he autorizado semejante cosa.

—Lo siento pero, en el caso de un paciente psiquiátrico, la última palabra la tiene el facultativo a su cargo.

Nash bajó la mirada. El inspector Barezzi llevaba razón.

—Pero de momento no tiene por qué preocuparse —continuó él—. La autorización judicial se limita al despacho del maestro de las letras y, concretamente, a todo el material relativo a la documentación de la novela *Todas las noches, todas las ciudades*. El secretario de su padre —consultó sus notas—, el señor Karim Sahim, está colaborando con los agentes. El juez admira a su padre, nos ha instado a un registro considerado. Intentaremos causar el menor desorden, pero haremos nuestro trabajo. Ahora será mejor que espere junto a los demás.

Nash apartó la mirada y yo me sentí secretamente satisfecho al ver que las argucias seductoras del canino no habían servido de nada. La pelirroja avanzó hacia las puertas abiertas de par en par. En la sala esperaban Elisa sentada en un sillón junto a Sylvie y Robert de pie a su lado. Solo por un instante se interpuso entre el Lobo y la mirada retadora que yo le lanzaba mientras iba doblando los puños de mi camisa con una precisión metódica, recogiéndolos en los antebrazos como si me dispusiera a darle una buena soba.

Entonces el Lobo tiró su último cartucho.

—Nash, hay cosas que no sabe. —Como si él soportara un peso terrible por saberlas, y se perdió en dirección a la biblioteca.

—Hace mal en hablar con él —le dije a la chica en cuanto traspasó el umbral.

—¿Cómo?

—No se deje engañar por sus zalamerías de lobo bueno. Es un depredador y se comerá viva a su familia si usted se descuida. Debe saber que para él es una cruzada personal.

—Bueno... —murmuró Nash.

—Sí, ya sé que parece amigable. ¿Le ha contado que su padre ya era policía? Un inspector de los más duros, el Lobo original. Hay pocos policías íntegros en Ciudad, y no voy a decir que este lo sea,

pero lo que lo hace realmente peligroso, muy por encima de brutos descastados como el pipiolo, es que a este le gusta su trabajo.

Elisa suspiró impresionada. Parecía desconcertada, retorciendo sus manos sobre el regazo. Era evidente que la asustaba escucharme hablar así. Fue Sylvie la que respondió:

—Colt, tienen una orden, debemos dejarlos hacer. Después pensaremos en el siguiente paso, pero ahora mismo colaborar es lo mejor.

—Tienes razón, Sylvie, pero me hierve la sangre al ver cómo están hostigando a esta familia. El novelista es un buen hombre, y no se me escapa que lo están utilizando como un saco de boxeo. Lo presionan a él porque vienen a por mí.

El letrado tardó apenas un minuto en regresar. Entró en el salón y me miró con cara de circunstancias. Después se dirigió hasta donde estaba Nash.

—Lo lamento —dijo.

—¿No puede hacer algo? —intervino Robert—. Es bastante evidente que lo están acosando.

—Formularé una queja, pero no puedo impedirlo. —Les tendió la copia azul—. Es una orden judicial firmada por un juez. Eso sí, se limita solo al despacho y concretamente a los legajos, expedientes o archivos relativos a la documentación de la última novela. Ya he advertido a Karim que no permita que se lleven nada más. No creo que les tome más de diez minutos, aunque es probable —dijo pesaroso dirigiéndose de nuevo a mí— que se lleven tu ordenador. Ya les he advertido que pueden hacer una copia, pero deben devolverlo cuanto antes.

—Yo no tengo ordenador —contesté.

—Los ordenadores de Newman y Karim están duplicados —añadió mi secretaria—. En lo que a lo laboral se refiere. No será problema, pero debes advertirles que lo custodien debidamente. Benedict ya ha comenzado a escribir la nueva novela y ahora mismo ese material vale una fortuna. Han de hacerse responsables de la custodia de esa novela. Si hubiera alguna filtración del título o el tema en internet, sería un desastre.

La hija del escritor miró al abogado, pensativa.

—Esta mañana en el hospital, ahora esto, y de madrugada. Si tenían una autorización judicial para revisar la documentación de Newman, ¿por qué no han venido antes? Todo parece orquestado para exasperar, como si tratasen de hacerle perder los nervios.

—Bueno, me temo que a menudo es así con los registros judiciales. Ellos pueden decidir a qué hora lo realizarán y, como dice, muchas veces el horario tiene precisamente la intención de pillar a la gente desprevenida, con la guardia baja, de madrugada, con la perturbación que eso supone. —Mientras, repasaba de nuevo el texto del documento—. Aunque en este caso, la orden ha sido emitida hace apenas una hora. —Su gesto transitó de reflexivo a preocupado.

—¿Eso es raro? —preguntó Sylvie.

El leguleyo lo pensó.

—Que un juez emita una orden de registro de madrugada no es raro, pero denota una urgencia desmedida. Es el despacho de un escritor, no un desembarco de droga en la costa.

La posibilidad de que la influencia corruptora de la policía de Ciudad llegase hasta los poderes judiciales había sido siempre un rumor susurrado, como el de un incendio contenido tras una puerta que solo esperaba oxígeno. Cerré con fuerza los puños y sentí cómo mi musculatura crujía por la tensión contenida. Apreté la mandíbula y me puse en pie, dirigiéndome hacia la entrada.

—Espera, Benedict —me advirtió el abogado—. La orden se limita al registro; no pueden interrogarte, pero si les das motivos terminarán deteniéndote, y va a ser difícil que pueda impedirlo.

Me volví a mirarle, sorprendido.

—¿Con quién hablas, picapleitos?

Sylvie se colocó a mi lado.

—Colt, este es el señor Owen Mitchell, el abogado del maestro de las letras. Ya lo conoces. Escúchalo, sabe lo que se hace. Señor Mitchell, este es el detective Colt Star; es amigo personal del señor Newman.

—Claro... —murmuró el letrado evitando mirarme.

Sylvie asintió.

En ese momento, un revuelo proveniente de la biblioteca se acrecentó como si una plaga de langostas rugiera en el interior. Voces agitadas, y al momento todos los policías que habían participado en el operativo salieron de la estancia y formaron una barrera humana frente a la puerta de la biblioteca.

El inspector Barezzi salió precipitadamente hacia la calle sosteniendo junto a su oreja el teléfono móvil.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nash al abogado.

—No tengo ni idea, pero voy a enterarme —dijo mientras salía hacia el recibidor y, casi a la vez, era interceptado por un policía que lo obligó a retroceder hasta la sala justo en el momento en que Karim se reunía con ellos, procedente de la biblioteca.

—Han encontrado algo, no he podido verlo. Estaba en el interior de uno de los antiguos cofres de alabastro de la colección de Benedict.

Todos se volvieron a mirarme.

—¿Sabes qué puede ser? —preguntó el letrado.

—¿Cómo voy a saberlo? —repliqué.

Los policías permanecieron inmóviles, las cajas de cartón en las que debían custodiar los hallazgos del registro, colocadas a sus pies. Me di cuenta de que no se habían quitado los guantes. Inclinaban la cabeza para susurrar entre ellos y, a pesar de que no podía ver el gesto en sus bocas por las mascarillas, noté que una especie de contenida euforia gravitaba sobre sus cabezas.

El inspector Barezzi irrumpió en el recibidor y levantó la pantalla iluminada de su teléfono como si alzase un triunfo. Los policías no contuvieron las exclamaciones de júbilo mientras entraban de nuevo en la estancia.

Solo entonces Barezzi se dirigió al letrado.

—Durante el operativo hemos hallado algo que no esperábamos y, ante la posibilidad de que implique la comisión de un nuevo delito, he solicitado al juez una extensión de la orden judicial. No la tengo impresa, pero puede verla. —Le mostró la pantalla de su móvil.

Mitchell la revisó.

—¿Y no va a decirnos ni siquiera de qué naturaleza es el hallazgo? —preguntó Nash.

El Lobo pareció sonreír bajo su mascarilla. Por su expresión, deduje que ella también había notado que no era una sonrisa, sino aquel gesto torcido, como de elevar los belfos para mostrar los colmillos.

—Digamos que es de naturaleza documental, pero no de la clase que buscábamos inicialmente. De momento, vamos a investigarlo. Pronto le diré si «el detective» tiene nuevos problemas. —Miró por encima del hombro del abogado y clavó el gris de sus ojos de lobo en los míos.

—¿Y por qué no me lo dice ahora? —le repliqué.

—¡Benedict! —exclamó el leguleyo sin que yo llegase a entender con qué propósito.

Continué:

—¿Cree que no me doy cuenta de que trata de implicarme? ¿Que todas sus maniobras no tienen otro fin que sembrar las pruebas que después encontrarán?

—Aún no sabemos qué implicaciones tiene lo que hemos hallado. —El Lobo dio un paso hacia el interior de la estancia y sin apartar la mirada de la mía dijo—: Pero empieza a quedarme claro, detective Star —pronunció las últimas palabras con gran displicencia—, que puede que no sea la primera vez que finge ser otra persona.

—¿Qué significa eso? —espetó el abogado—. ¿Está acusando a mi cliente?

—Deme tiempo —respondió Barezzi.

Iba a contestarle, pero justo en ese instante vimos cómo los policías desfilaban hacia la salida con sus cajas de cartón y sus guantes de vinilo azul.

El pipiolo se detuvo en la puerta de la sala.

—Lo tenemos, jefe.

Entonces ocurrió algo que me tomó por sorpresa. El Lobo me guiñó un ojo, se volvió teatralmente hacia la salida, pero a mitad de camino se detuvo como si hubiera olvidado algo. Se giró y dijo:

—¿Recuerdan a la chica de la que les hablé, la que se encontraba desaparecida desde anoche? Esa cuyo bolso apareció tirado en la calle como señal inequívoca de que algo terrible le había ocurrido.

¿Lo recuerda, Newman? ¿Star? O como diablos se llame. Han encontrado su cadáver hace tres horas en un parque de las afueras.

Percibí cómo la noticia calaba en los presentes, arrancándoles el aire de los pulmones de modo audible. Su mirada seguía clavada en la mía, esperando mi reacción. No me amedrentó.

—Si quiere decirme algo, dígamelo, pero aténgase a las consecuencias. Le advierto que así es como la gente consigue dientes postizos.

Barezzi dio un paso hacia mí, se bajó la mascarilla y sonrió con aquella sonrisa deshonesta y lobuna, mostrándome el colmillo derecho.

A pesar de haberle advertido, no debía de esperárselo o era muy lento, porque mi puño izquierdo impactó de lleno en su boca. Sentí los cortes afilados de sus dientes de perro en mis nudillos y, sin darle tiempo a reaccionar, hundí el derecho en su costado. El tipo era peligrosamente flaco, estaba fibrado, pero aun así sentí cómo el golpe avanzaba bajo sus costillas flotantes.

Como si estuviera bajo el agua, oí desde muy lejos los gritos y exclamaciones de los presentes, a los que parecía haber pillado tan desprevenidos como al Lobo. El efecto sorpresa que me daba ventaja duró lo que el pipiolo tardó en lanzarse sobre mí. Era un morlaco. Me derribó, aplastándome bajo su peso mientras me hacía saborear la alfombra de la estancia.

Él solito se las arregló para engrilletarme. Cuando pude girar la cara de lado, Barezzi seguía jadeando, inclinado hacia delante como una caña partida. Sin embargo, cuando alzó el rostro, y a pesar de que le sangraba el labio, vi que estaba sonriendo.

—Benedict Newman, Colt Star o como quiera que te llames —se tocó el labio y lanzó un escupitajo sanguinolento a la alfombra de seda del escritor—, quedas detenido por un delito de atentado contra la autoridad.

—¡Usted lo ha provocado! —bramó Mitchell—. Voy a denunciarle ahora mismo, en su propia comisaría.

—Detenido —repitió Barezzi, haciéndole un gesto al pipiolo para que tirase de mi cuerpo hasta ponerme en pie. Lo hizo sin escatimar fuerza; sentí cómo mis hombros crujían, amenazando con dislocarse.

La joven pelirroja se interpuso entre nosotros.

—Inspector, siento mucho lo que ha sucedido, pero este hombre está bajo custodia psiquiátrica y usted lo sabe —defendió Nash.

El Lobo miró alrededor para constatar sus palabras.

—Esto no es un hospital psiquiátrico y no veo aquí a su médico. Que venga a buscarlo a comisaría. De momento, hoy va a dormir en el calabozo.

El Lobo dio un paso hacia mí y me agarró, hundiendo con saña sus garras en mi brazo. No le di el gusto de quejarme, aunque mi bíceps aullaba de dolor.

—No puede hacerlo —rebatió de nuevo la pelirroja.

—Mire cómo lo hago. —Barezzi sonrió, y su sonrisa lobuna lo fue más que nunca. La sangre le había teñido las encías y los huecos entre los dientes.

Nash Elizondo se plantó ante mí, mirándome suplicante.

—Colt Star, acépteme como su psiquiatra y póngase bajo mi custodia. Ahora. Dígalo.

La miré, sorprendido e inmediatamente admirado, entendiendo lo que trataba de hacer.

—No sabía que fuera psiquiatra —respondí, maravillado, mientras sentía cómo las garras del Lobo pugnaban por desgajarme el brazo.

—Dígalo ahora —apremió ella.

Lo dije con inusitada calma, paladeando una a una las palabras mientras veía cómo la sonrisa sangrienta del Lobo se congelaba en su cara.

—Señores, les presento a mi psiquiatra, la doctora Nash Elizondo. Desde este momento, estoy bajo su custodia.

—Considero que mi paciente está sufriendo un brote psicótico y debe ser trasladado a un hospital inmediatamente. —Volviéndose a mirar al Lobo—: Quítele las manos de encima.

Por un instante, nadie se movió. La habitación se transformó en un *tableau* de hostilidad pura: el pipiolo sujetándome desafiante por encima de los grilletes, el leguleyo con la impotencia grabada en el rostro y, en el centro, la mirada de acero de Nash chocando contra la del Lobo. No era una negociación; era una frontera trazada en el suelo de la mansión. El modo en que lo había dicho le hizo sumar

enteros en mi baremo de los que los tienen bien puestos. El Lobo aflojó su zarpa mientras la sonrisa de depredador se le congelaba en la boca ensangrentada.

21

Noche en Ciudad

El inspector Barezzi siempre usaba su vehículo particular. Nunca había encontrado el modo de explicarle a nadie, sin que sonara a manía, por qué necesitaba ese espacio entre la escena y la comisaría: el silencio sin radios, sin Ruano, sin el olor institucional del coche patrulla. El tiempo exacto para que lo que acababa de ver encontrara su lugar antes de convertirse en informe.

La autopsia estaba programada a las ocho de la mañana. Calculó que le sobraba tiempo para pasar por casa, ducharse, dormir dos horas. Mandó a Ruano por delante y condujo en dirección al parque donde poco antes habían encontrado el cadáver de la joven.

Un coche patrulla custodiaba la zona, en la que, por lo demás, no había ningún otro signo de actividad. Redujo la velocidad para fijar la mirada en el lugar exacto donde ella había estado. Hubiera podido dibujarla de memoria: la piel blanca, casi azulada, las piernas juntas y flexionadas, los brazos extendidos en cruz, la melena larga y pelirroja, en parte plegada como un cojín de seda bajo su cabeza, algunos cabellos derramados hasta el césped, como si los hubieran colocado, el arco forzado en la nuca, casi parecía estirarse en un largo bostezo. Y el cordel, tan sepultado en su garganta que su presencia solo era delatada por el reguero rojizo que había tatuado la piel.

Detuvo el vehículo en paralelo y bajó la ventanilla para hablar con el patrullero.

—Los de la Científica terminaron, inspector. El fotógrafo se fue hace rato. —Creyó percibir un atisbo de queja en su voz, pero lo

ignoró—. Los de la Canina dicen que no hay nada, solo mierda de pato. No es un lugar muy transitado.

Asintió sin mirarle. Ya lo sabía, lo habían mantenido informado de cada uno de los pasos desde que había abandonado la escena para ir a casa de Newman. Había permanecido junto a la médico forense hasta que había llegado el juez para el levantamiento del cuerpo, y mientras tanto los de la Científica le informaban de que aparentemente no había huellas ni restos que indicasen la presencia de nadie alrededor del cuerpo. No había rastro de la ropa, ni identificación alguna, pero eso ya lo sabía, la identificación de la chica estaba dentro de su bolso, aquel que apareció en la calle, como una embajada violentada.

—Buenas noches y buen servicio —dijo comenzando a subir la ventanilla.

—Inspector —le detuvo el agente—. Quizá podríamos irnos ya; no ha pasado nadie por aquí, ni siquiera coches...

Lo miró a los ojos.

—Nos quedaremos toda la noche, inspector, como ordenó. Hasta que amanezca.

Terminó de subir el cristal. Pasó el vehículo policial, a baja velocidad, justo en el instante en que una de aquellas familias de ánades de las que había hablado el conmocionado taxista cruzaba la calzada. Detuvo el coche y los contempló. Y mientras se alejaban, percibió algo; más que verlo, lo olfateó. Una presencia inmóvil en un escenario que debería estar muerto: la sombra quieta del hombre que, desde el interior de un coche aparcado, vigilaba. Memorizó la matrícula. Se detuvo una vez superada la primera curva, llamó a la comisaría, recitó los números memorizados y esperó.

22

Los pasillos del juzgado olían a papel viejo y a justicia aplazada. El mármol del suelo, gastado por miles de pasos desesperados, devolvía un eco frío, indiferente a las tragedias que se susurraban entre sus paredes. La justicia no era una diosa ciega aquí; era una funcionaria cansada mirando el reloj, esperando la hora del café.

Nash Elizondo sentía calar a través de su ropa el frío pulido del banco del pasillo del juzgado. Sentada junto al abogado de Benedict Newman, repasaba con la punta de los dedos la copia del informe que había preparado; un documento que, aunque apresurado en su elaboración, creía conciso y claro.

—Mitchell, no sé... ¿Me estoy equivocando?

—Doctora Elizondo, tu decisión es, de hecho, la más responsable, y debo decirte, la más valiente. No es un paso en falso, es un movimiento de protección. Eres su hija y su psiquiatra. Ahora, la ley te ve como la única persona con la autoridad para actuar, y además es tu obligación legal, se llama deber fiduciario.

Asintió, sí, Susana le había hablado de aquella mierda de obligación, que lo mismo te podía llevar a tomar decisiones sobre la salud de alguien que a tener que elegir su ataúd.

—Tu informe es impecable —dijo Mitchell, y puso la mano sobre la de ella con el gesto de quien cierra un trato que ya está ganado—. Confía en tu instinto. Es la única vía para garantizar que reciba tratamiento antes de que la policía vuelva a por él. Además, conozco a este juez, es un gran defensor de la familia. Eso obra a nuestro favor.

No había lugar a errores, no en aquel instante. La urgencia de la madrugada había dictado sus términos y ella había respondido con la premura que la situación exigía, intentando tejer una red de

protección para un hombre que, a ojos de la ley, bien podría ser un violento sospechoso.

Frente a ella, en otro banco, el director del hospital, con cara de circunstancias, incómodo, parecía no saber dónde mirar, y el doctor Kutz, jefe de Psiquiatría, se mantenía erguido, con el ceño fruncido y un gesto adusto que no prometía nada bueno.

Nash sentía el peso de su desaprobación como una presión atmosférica que nadie más en aquel pasillo parecía notar. Aquella mañana las cosas en el hospital no habían salido como ella esperaba. El doctor Kutz se mostró muy ofendido al enterarse de que ella era, de la noche a la mañana, la psiquiatra a cargo del caso Newman. Su autoridad había sido quebrantada.

Hizo llamar de inmediato al director del centro, una llamada que, a juzgar por la rigidez de su mandíbula, estuvo cargada de quejas por la intromisión. Él era el jefe de Psiquiatría de aquel hospital y, mientras Newman permaneciera ingresado, su criterio debía ser el que primase o, al menos, así lo había manifestado con una indignación que no ocultaba.

Intentando apaciguarle, Nash trató de explicar que su intervención había sido una estrategia desesperada para impedir la detención del paciente, un movimiento necesario para salvaguardar su frágil situación mental.

Incluso le recordó, fingiendo calma, que había sabido por el propio inspector Barezzi que el doctor Kutz, en un principio, no se opuso a que Newman fuera interrogado. Mencionarlo había sido un error, un paso en falso que solo avivó el fuego de su resentimiento.

Ahora, en el pasillo del juzgado, el rumor de las voces contenidas traía ecos de decisiones cruciales. La figura imponente del doctor Kutz se erigía como un muro silencioso entre ella y una posible resolución favorable.

Lanzó una mirada furtiva, buscando apoyo, y vio a Margot, Robert y Karim unos pasos más allá. Murmuraban, pero el silencio entre sus frases era más ruidoso que cualquier palabra, lleno de acusaciones no formuladas y lealtades que se resquebrajaban bajo el peso de la mañana.

Sus rostros, aunque preocupados, ofrecían un mínimo consuelo. Sabía, con una certeza que le oprimía el pecho, que toda la responsabilidad, el peso de cada palabra que estaba a punto de pronunciar, de cada decisión que se tomase, iba a recaer sobre ella. Era su informe, su reputación y el destino de Benedict Newman lo que estaba en juego.

«¿Estás segura de lo que haces?», preguntó su madre en su mente.

No, no lo estaba. Se sintió sola, a pesar de estar rodeada de gente. Repasó mentalmente la conversación con el psiquiatra.

—Doctor, con todos los respetos, Benedict Newman no es consciente siquiera de quién es en realidad. Está convencido de que es un personaje imaginario, el detective de sus novelas. Esto nos dice que, del mismo modo, podría imaginar que es otro personaje. Ahora mismo sus declaraciones podrían ser perjudiciales para él; podría hasta autoinculparse de un crimen que no ha cometido.

El jefe de Psiquiatría reaccionó moviendo negativamente la cabeza a cada una de sus palabras.

—La policía no detiene a la gente por lo que dice que hace, sino por las pruebas que tiene de que lo ha hecho. Circulan cientos de historias de personas que se presentaron en comisaría diciendo ser un famoso asesino, y eso jamás tuvo ninguna consecuencia.

—No estoy hablando de que llegue a un juzgado, pero sí de que corre el riesgo de acabar detenido, incluso de pasar una temporada en un calabozo, hasta que la ley dirima sus responsabilidades. Eso sin contar lo que provocaría en la reputación de alguien como Benedict Newman pasar por una situación así. El mal podría ser irreparable.

—No exagere. He conocido a muchos pacientes psiquiátricos que decían que eran tal o cual, o que hicieron esto y lo otro, y nunca vi que la policía los tomase en serio. Estamos ante un caso muy grave... y están esos terribles asesinatos. Mi hija tiene la misma edad que la chica que apareció muerta anoche.

Era una experta en emociones. En ese instante, y con la mención de su hija, supo que su batalla contra el psiquiatra estaba perdida. De ninguna manera, con ningún argumento, bajo ninguna

circunstancia sería capaz de convencerle de que se pusiera del lado del escritor, sobre todo si en el otro lado de la balanza imaginaria estaba su propia hija.

Así que, acabadas todas sus posibilidades y consciente de que de ninguna manera obtendría la colaboración del especialista, lanzó su particular órdago.

—Si niega a Newman esa protección fundamental que todo médico debe dar a su paciente, no me queda otra...

Antes de que ella lo pusiera en palabras, el doctor Kutz supo a qué se refería. Primero palideció, entreabrió la boca como si fuera a decir algo, pero esperó en silencio.

—Voy a solicitar a un juez —anunció Nash con una firmeza que intentaba disimular el temblor de sus manos— que declare a Benedict incompetente por pérdida de juicio de realidad.

El psiquiatra enrojeció hasta la raíz del pelo, pero se quedó callado, mirando a Nash fijamente. Después se llevó al director del hospital aparte y, conteniendo su ira, habló muy bajito con él.

Un murmullo de comentarios fue creciendo en el resto del grupo, que hasta ese momento había permanecido en silencio; fue Karim el que se atrevió.

—¿Qué es lo que quiere hacer Nash? —preguntó mirando a Owen Mitchell.

El letrado, con la paciencia que le otorgaba su profesión, explicó:

—Un psiquiatra con la especialidad de la doctora Elizondo puede presentar una solicitud ante un juez para que declare que, provisional o permanentemente, una persona, en este caso Benedict, ha perdido el juicio de realidad. Explicado de otro modo más sencillo, no distingue la realidad de lo que está en su imaginación o de la ficción de sus novelas. Y no es fácil. Un juez no se fía solo de un informe psiquiátrico; seguramente querrá hablar con él y también con cada uno de nosotros, las personas que lo conocemos bien.

Hizo una pausa, observando las reacciones antes de continuar.

—Por lo general, el juez lo suele conceder de modo transitorio, pendiente de revisiones y progresos en la salud del paciente. Y no es tan raro. Es una maniobra legal que a menudo se pone en práctica

desde los hospitales cuando se trata de menores desprotegidos, por conflictos religiosos que impiden un tratamiento, cuando el juicio del paciente no le permite tomar decisiones sobre la conveniencia de lo mejor para su salud o por su estado psiquiátrico se niegan a...

Mitchell no terminó la frase, dejando en el aire la complejidad de la situación médica y legal. Nash, mientras escuchaba, sentía el peso de cada palabra del letrado, la confirmación de que su decisión, arriesgada y dolorosa, era en ese instante la única vía para proteger a Benedict Newman de sí mismo y de las consecuencias de su propia confusión.

Robert fue el primero en reaccionar y no lo hizo bien.

—¡No! Nash, por favor —exclamó, con el rostro como una máscara de incredulidad, enfado y súplica—. No puedes estar pensando en serio en hacer eso. Está mejorando, se está tomando la medicación. Solo necesita un poco más de tiempo.

Ella apretó los labios y movió negativamente la cabeza, un gesto que delataba lo difícil de la situación. Vio entonces que Margot estaba llorando. Gruesas lágrimas recorrían su rostro, empañando sus gafas y colándose bajo la mascarilla. Sin embargo, cuando habló, lo hizo con calma y cierta resignación.

—Escuchadme. Es terrible, pero creo que es lo mejor para él... No resistiría un interrogatorio, recordad cómo reaccionó anoche. Si vuelve a agredir a un policía, esta vez en una comisaría, va a acabar en un calabozo. No tenemos idea de lo que eso puede hacerle a su mente. Tenemos que protegerlo.

—Gracias —musitó Nash.

La editora se volvió hacia ella con una especie de hostilidad negociada.

—No te equivoques, Nash, no te estoy dando plenos poderes —dijo con una firmeza que no dejaba duda de con quién estaban sus lealtades—. Es solo que creo que es el menor de los males. De cualquier modo —mirando al abogado—, tenemos que garantizar que sea reversible.

Mitchell iba a intervenir, pero Karim interrumpió.

—Yo te apoyo, Nash. —Quizá un poco frío en comparación con los demás—. Yo trabajo con él a diario. Hace tiempo que vengo

observando cosas anómalas en Benedict. Sin duda, no está bien y, desde luego, no considero que sus juicios estén muy pegados a la realidad.

—No comprendo a qué viene esto ahora —se indignó Robert—. Si hace tiempo que vienes observando comportamientos inusuales, ¿por qué no lo has dicho antes?

—Karim nos comentó que en ocasiones Benedict no recordaba haber estado trabajando. Que se olvidaba la luz del despacho encendida o que trabajaba y luego negaba haber estado allí —explicó Margot.

—¿En serio? —exclamó Robert mirando a Karim incrédulo—. Durante una pandemia mundial, durante un confinamiento en el que los días fueron una sucesión de repeticiones, ¿todo lo que tienes que decir es que alguien que se dedica a escribir a diario y que retoma en cualquier momento su trabajo no estaba demasiado seguro de si fue a una hora u otra?

—No es solo eso —se defendió Karim con gesto altivo—. De un mes a esta parte también tenía reacciones algo paranoicas. Me comentó que creía que alguien tocaba sus cosas, sus notas, que veía cosas raras en los informes, apuntes que no reconocía y cosas por el estilo...

—Me parece mentira que aproveches un momento así para ser tan mezquino... —respondió Robert clavando sus ojos en los de Karim.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo? Solo trato de ayudar... —respondió ofendido.

—Ya lo has oído. Mezquino —repitió—. Lo estás traicionando.

Fue el abogado de Newman el que se mostró más prudente y conciliador.

—Calma, por favor, no seamos dramáticos —pidió con voz pausada —. Ya sé que *inhabilitación* suena muy fuerte, pero es una medida transitoria, y creo, como Nash, que ahora la persona que más puede perjudicar a Benedict es él mismo. Lo solicitaré como algo temporal, siempre sujeto a revisiones y a que sea revocado en cuanto Newman mejore.

23

Barezzi introdujo sus largos brazos por las mangas de plástico de la bata desechable, se la subió hasta los hombros, pero se la dejó sin atar, se puso los guantes de goma y, antes de acercarse a la mesa de autopsias, observó a Ruano; pertrechado con bata, gorro y calzas sobre los zapatos y la mascarilla de rigor, parecía que él mismo fuera a realizar la autopsia, aunque sabía de sobra que no se movería durante todo el examen de aquel lugar junto a la pared donde podrían escribir su nombre, como si tuviera allí reservada una plaza de aparcamiento.

Caminó hasta colocarse junto a la médico forense y, mientras lo hacía, no pudo apartar la mirada del cuerpo yaciente sobre la plancha de acero. Al inspector no le impresionaban las autopsias; el cadáver sobre la mesa estaba más cerca del de cualquier paciente en un quirófano que el de la víctima tirada sin cuidado en la calle.

La doctora Cánovas había avanzado en la primera fase y el cuerpo se veía estirado, las manos colocadas a los lados, las piernas largas y blancas, los pies juntos. El cabello, que hacía unas horas aparecía desparramado por el suelo, lo habían peinado con una peineta fina a fin de recoger cada semilla, cada pelusa adherida, cada pelo ajeno. Ahora estaba colocado en dos gruesos mechones que se enroscaban a los lados de la cabeza como serpientes cobrizas.

Aunque Cánovas le había cerrado los ojos, los párpados no llegaban a cubrir por entero el globo ocular, y el verde del iris era visible entre los ojos entreabiertos y enrojecidos. Podría dar la impresión de que estaba despertándose, de no ser porque en la palidez de su piel habían comenzado a dibujarse vetas marmóreas que semejaban la piedra de Calacatta, y porque el cordel con el que había sido estrangulada aún colgaba del cuello.

—Buenos días, doctora Cánovas —murmuró Barezzi.

—Buenos días, inspector —contestó ella—. He empezado con la primera fase de recogida de muestras: cabellos, semillas y fibras. También he realizado el test de agresión sexual. Como suponíamos, la violaron.

Asintió.

—Pero he querido esperar para que vieras esto con tus propios ojos.

La forense se inclinó sobre el rostro de la joven y señaló el cordel incrustado en su garganta. Formaba una línea entre rojiza y azul que no había sangrado. Un nudo sencillo remataba el lazo y los dos extremos colgaban a un lado, pero entendió enseguida que se refería a las marcas oscuras y redondeadas que aparecían divididas y seccionadas por la cuerda.

—Cuando la vi en el parque, aún no eran visibles, pero según pasan las horas van tomando un color más oscuro.

—Usó las manos primero, quizá no pudo terminar y por eso acabó con la cuerda... —sugirió el policía.

La doctora pellizcó con dos dedos enguantados la tela de su mascarilla antes de responder.

—Me temo que es bastante peor que todo eso, y no te puedo decir por qué razón usó el cordel, pero no fue por falta de fuerza.

Se dirigió a un aparador de metal y regresó con un soporte cervical. Hábilmente lo introdujo bajo la nuca de la joven haciendo que el cuello se curvase, lo que mostró la crueldad de la herida. Cánovas tomó un bisturí y seccionó el cordel respetando el nudo, lo introdujo en la bolsa que el inspector sostenía y tiró de la lámpara del techo para iluminar bien los hematomas.

—Ya sé que el cordel es lo que llama la atención, pero creo que es solo atrezo. La estranguló con las manos.

—La chica era bastante alta y atlética. Tenía que ser un tipo muy fuerte —apuntó el subinspector desde su plaza de aparcamiento.

—¿Por qué no te acercas hasta aquí y lo ves tú mismo? —respondió Barezzi mientras tomaba por la muñeca una de las manos de la joven—. Tiene una uña rota y hay un poco de sangre debajo de otras dos. Seguro que el tipo se llevó unos buenos arañazos.

—Ya he tomado muestras —informó la doctora Cánovas—, pero teniendo en cuenta dónde aparece la acumulación de sangre, creo que es de ella. Casi se arrancó las uñas mientras luchaba para que la soltase, al menos las dos o tres primeras veces.

Barezzi la miró interrogante.

—Ruano tiene razón —dijo Cánovas—; el tipo debía de ser fuerte, porque no la estranguló una vez, sino muchas, cinco o seis antes de matarla. Y ya había fallecido cuando apretó el cordel.

—¿Estás segura?

—Es una manera terriblemente cruel de matar a alguien. La asfixió hasta que estaba a punto de desmayarse; después aflojó y la dejó respirar un poco, lo suficiente para que recuperase la consciencia, y después volvió a apretar hasta llevarla casi a la inconsciencia, solo para dejarla respirar y volver a empezar, una y otra vez.

»Las marcas grises que aparecen por todo el cuerpo y que producen ese efecto de mármol se volverán azules y después más oscuras, es la evidencia de la falta de oxígeno en todo su organismo. Estoy segura de que, cuando veamos la garganta por dentro, encontraremos las huellas de la estrangulación bien enclavadas en la musculatura, y miles de petequias delatoras de la asfixia.

Barezzi sintió cómo se le revolvía el estómago. No era la sangre, ni las vísceras, ni siquiera el olor dulzón de la muerte mezclado con el perfume cítrico que la chica usó en vida y que aún emanaba del cuerpo.

Era imaginar esos minutos. Los ojos de la joven abriéndose cada vez que recuperaba el conocimiento. Creyendo cada vez que podría salvarse. Y después, la oscuridad otra vez. Una y otra vez.

—¡Qué vileza! —musitó al fin, tan bajo que solo la doctora, que estaba a su lado, pudo escucharlo.

—Lo es —asintió ella conmovida.

Él también la oyó suspirar antes de que volviera a tomar un nuevo escalpelo con el que dibujó sobre la piel de mármol la característica V, desde los hombros hasta confluir en el esternón, pero antes de descender hacia el abdomen, la forense llevó el corte hacia arriba para descubrir la garganta. La carne se veía florecida en miles de pequeñas gotas sanguinolentas, y la tráquea aparecía aplastada,

como el fuelle de un acordeón abandonado bajo la lluvia. La doctora tocó uno de los anillos con la yema de su dedo enguantado y, de pronto, un grito terrible y sostenido salió del cuerpo.

De la boca entreabierta de la chica brotó un sonido gutural, ronco y atragantado. Como si alguien gritara desde el fondo de un pozo seco. Barezzi retrocedió por instinto mientras miraba la boca de la joven y el rostro que, por lo demás, permanecía impasible. La doctora se apartó levantando las manos mientras pedía calma.

Un estruendo como de loca carrera sonó a sus espaldas y, por un instante, ambos apartaron la vista del cuerpo para ver cómo Ruano resbalaba y acababa sentado en el suelo mientras su infructuoso pataleo le impedía ponerse en pie.

Mientras tanto, el cadáver seguía gritando. Un grito largo y constante, gutural e infrahumano.

—Calma, por favor, calma —pidió la doctora—. No pasa nada.

—¿Que no pasa nada? ¡Está gritando! —chilló el subinspector, que consiguió ponerse en pie y se encontraba a medio camino entre el lugar donde solía aparcarse y la puerta de la morgue.

—He sido yo, he sido yo, culpa mía.

El inspector la miró interrogante, desplazando su mirada entre la doctora y el rostro de la joven.

—Barezzi, he sido yo —insistió ella intentando elevar su voz por encima del grito que seguía sostenido, aunque comenzaba a perder fuelle—. Solo es aire.

—La estoy oyendo. —Como si la evidencia estuviera por encima de cualquier explicación.

—Lo he causado yo —se justificó ella—. Ha sido al perforar la tráquea. Los pulmones estaban llenos de aire, hemos eliminado el cordel de la garganta y la posición con el sostén cervical ha abierto las vías. La tráquea estaba aplastada; al tocarla, se ha abierto el lugar donde estaba rota y el aire ha comenzado a desplazarse a borbotones. Se produce un efecto de succión o expulsión que hace que el aire, al pasar por las cuerdas vocales, las haga vibrar.

—Se diría que está respirando.

—Los pulmones se están vaciando como los fuelles de una gaita, pero no es voluntario, es un reflejo por el modo en que quedó la

musculatura en el momento del óbito, y porque el rigor comienza a desaparecer. Os juro que está muerta.

El sonido se fue extinguiendo poco a poco hasta que el cadáver volvió a quedar en silencio.

—La madre que me parió —dijo desde el fondo de la sala Ruano —. Por poco me tienes que hacer la autopsia a mí también. ¿Cómo cojones es eso de la succión...?

—Se llama grito gutural cadavérico. Aquí no es tan común, porque no es costumbre embalsamar los cadáveres, pero cuando estaba estudiando en Estados Unidos trabajé en una funeraria. Allí casi todos los cadáveres se embalsaman. En ocasiones, al introducir el trócar, que es como una especie de aguja con una goma que la conecta con una bomba de vacío, se succiona el contenido del estómago, pero en ocasiones, cuando se perfora la tráquea, se produce ese sonido que habéis escuchado.

—Joder —dijo Ruano negando con la cabeza.

En ese instante las puertas batientes del quirófano se abrieron y un par de ayudantes asomó la cabeza.

—¿Estáis todos bien?

—Sí, ha sido el cadáver, aunque no os lo creáis. Hemos perforado la tráquea y, como tenía los pulmones llenos, ha expulsado todo el aire de golpe. Un reflejo raro, pero no imposible.

Las figuras envueltas en sus EPI asintieron.

—Pues nosotros lo hemos oído desde el box de atrás, así que el padre de la chica, que está en la sala de espera, seguro que también lo ha oído.

—Me cago en mi puta vida —exclamó Barezzi.

—Ya voy yo —se ofreció Ruano, que se moría por salir de allí.

—Y una mierda, Ruano, ni se te ocurra. A saber qué mierda dirías. —Avanzó hacia él mientras se arrancaba la bata plástica.

Lo había oído. Estuvo seguro en cuanto se asomó a la sala. Su rostro pálido, cansado y doliente reflejaba también el horror de lo que acababa de escuchar.

—Óscar —saludó tendiéndole la mano—. En media hora la doctora terminará el examen de su hija. Después la prepararán y se la entregarán para que pueda llevársela.

—He oído un grito, un grito terrible.

Asintió.

—Hay familias en otras salas —inventó sobre la marcha—. Por desgracia, en este lugar las noticias nunca son buenas, y cada uno expresa el dolor como puede.

—Supongo que es la influencia de este sitio, pero me pareció que era ella...

—Sé que es terrible pensar en nuestro ser querido ahí dentro, pero le aseguro que esto es como un quirófano y las personas a las que se la ha confiado cuidan de su hija con el mismo respeto que si estuviera viva.

—Dígame una cosa, inspector, y dígame la verdad. Soy un hombre fuerte, he pasado por muchas cosas en la vida, perdí a mi esposa cuando mi hija era apenas un bebé, la he criado solo, y ahora que ella ya no está, voy a necesitar un motor para vivir. Sé que le parecerá difícil, pero necesito la verdad.

Contestó:

—Le doy mi palabra de que le diré la verdad.

Los ojos del padre se llenaron de lágrimas antes de hacer la pregunta, y cuando terminó de hablar, el llanto ya corría por su rostro como un río.

—Mi vecino trabaja en las ambulancias, dice que estaba desnuda, que la agredió sexualmente. ¿Sufrió mucho? ¿La hizo sufrir?

Tomó nota mental para hacerle una visita al fulano de las ambulancias y partirle la cara. Después miró al padre de aquella chica, pidió perdón a Dios y le mintió:

—Quizá llegó a asustarse un momento, pero el ataque fue muy rápido. La privó de todo oxígeno, perdió la conciencia y nunca llegó a recuperarla.

El hombre asintió despacio, aferrándose a aquellas palabras como un náufrago a un madero. Barezzi lo vio alejarse por el pasillo, los hombros hundidos, y supo que acababa de regalarle la única paz que podría tener en lo que le quedaba de vida. Una paz falsa. Pero paz al fin.

Regresó a la sala de autopsias. Algunas mentiras eran necesarias, incluso justas.

24

El comisario Ferrer observó a través de los cristales espejados a los dos hombres que esperaban en la sala de interrogatorios. Exhaló todo el aire, consultó la hora en su reloj y se volvió hacia el inspector Barezzi.

—Primero Newman y ahora Scott Sherrington. ¿A quién sentarás ahí mañana, a Elvis?

No contestó, pero las palabras del comisario alentaron el interés de Ruano.

—¿Ese tipo también es famoso? —preguntó.

El comisario se puso en pie y miró al subinspector con disgusto.

—Ese hombre es el padre de la victimología moderna. Todos los criminólogos del mundo saben quién es. —La observación estaba cargada de intención.

Ruano formó un círculo con los labios.

—Oh, ese Scott Sherrington.

—Ese Scott Sherrington —repitió tajante Ferrer—. A principios de los ochenta estableció la actividad de un asesino en serie en Escocia solo a partir del perfil de mujeres que faltaban de sus domicilios. El asesino mató a tres mujeres a finales de los sesenta y luego aparentemente se esfumó. Pero Scott Sherrington elaboró un perfil de las víctimas y se dedicó a compararlo con todas las mujeres que desaparecían, voluntaria o involuntariamente. Su sistema quedó validado cuando llegó a capturarlo.

—Joder.

—Su técnica se sigue aplicando con muy pocas variaciones —añadió Ferrer.

—¿Y ese hombre?, ¿qué hace aquí?

—Eso es lo que quisiera saber yo —respondió irritado el comisario volviéndose a mirar a Barezzi.

—Ayer, cuando salimos del registro de la casa de Newman, me di una vuelta por la escena del crimen...

El comisario sopló el aire dentro de su mascarilla, poniendo de manifiesto su impaciencia. Sobre sus cabezas, un fluorescente parpadeó dos veces, emitiendo un zumbido casi inaudible.

—La zona estaba tranquila, todos los efectivos se retiraron con la excepción de la patrulla de costumbre. Me costó convencerlos de que debían seguir allí toda la noche —mintió.

Ferrer lo dudó, pero no dijo nada, esperando que por fin soltase prenda.

—Cuando ya me iba, me percaté... —Hizo una pausa. El único sonido en la sala era el ronroneo de los servidores en el cuarto contiguo, un murmullo constante que a Barezzi siempre le recordaba a una bestia enjaulada—. Un individuo acechaba desde el interior de un coche aparcado a un costado de la calle. Estaba a unos doscientos metros del lugar, con todas las luces apagadas, sin quitar ojo al coche patrulla. Seguí como si no lo hubiera visto, pero tomé la matrícula.

—¿Y?

—Pues que era tu eminencia de la criminología.

—¿Scott Sherrington? —preguntó asombrado—. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Por qué?

—Eso es lo que voy a averiguar —contestó el Lobo dirigiéndose a la sala de interrogatorios.

25

Nash miró de nuevo la primera página de la copia del informe que habían presentado ante el juez y levantó la cabeza casi como si hubiera escuchado una llamada. Apoyado en una de las columnas de mitad del pasillo, el inspector Barezzi la miraba con calma. Nash tembló; sintió el gris acerado de su mirada mucho antes de verlo. Se dirigió al doctor Kutz.

—Usted lo ha avisado, ¿verdad?

El psiquiatra no contestó.

Un ujier asomó en el umbral y, con un gesto parco, les instó a pasar. El mundo pareció contener la respiración. Justo en ese instante, al fondo del corredor, vio una figura que avanzaba. Era él, Benedict Newman, acompañado por la doctora Patricia Duval.

Volvió a sentir toda la fascinación que le provocaba Colt Star. Se había cambiado; llevaba un traje gris de fina raya diplomática. Se abrió la chaqueta, que dejaba a la vista una camisa blanca impoluta y un chaleco Oxford. En la mano derecha llevaba un sombrero con el que se golpeaba rítmicamente el muslo. Cogida de su brazo izquierdo caminaba la doctora Duval.

Los pasos de Colt Star eran firmes y decididos; su reflejo impecable se prolongaba hacia el mármol pulido del suelo como una estela de poder. Su rostro estaba serio, pero sonreía levemente cada vez que se dirigía a su acompañante. El efecto era del todo cinematográfico. Veía acercarse a un hombre fuerte, seguro. Irradiaba una masculinidad serena, pero sin fisuras, probablemente caduca, pero, a la vez, tan auténtica.

Aun así, lo que más la desconcertó fue la actitud de la doctora Duval. Caminaba cogida del brazo del escritor manteniendo la distancia protocolaria, pero había algo en el modo en que lo hacía

que llamó la atención de Nash. No era la jefa de Neurología acompañando a su paciente al juzgado; su gesto no era solo de amabilidad y asistencia. Quizá la sonrisa contenida o el brillo en sus ojos; había algo distintivo en el modo en que una mujer se coge del brazo de un hombre cuando le gusta. Y a la doctora Duval le gustaba Colt Star.

El juez ya esperaba en la sala. Era un hombre de unos sesenta años, de rostro cordial y un bronceado que parecía más propio de un yate que de un tribunal. No levantó la cabeza del informe que tenía ante sí; su pluma se movía con una eficiencia casi quirúrgica, señalando y tachando secciones, una lanceta de tinta sobre el destino de Benedict Newman.

Habló cuando todos estuvieron sentados. Vio que el novelista lo hizo junto a su abogado.

—Buenos días. Estamos aquí reunidos para tratar el caso de la posible incapacitación del señor Benedict Newman. Tras revisar el informe pericial presentado por la doctora Elizondo, procederemos a escuchar los testimonios del abogado del señor Newman, del director del hospital y de los expertos médicos: la doctora Elizondo, la doctora Duval y el doctor Kutz. Después, y si procede, iré llamando a los testigos y, por supuesto, me gustaría hablar con el señor Newman.

Mitchell se inclinó y le dijo a su cliente:

—Puede que el juez desee también conocer su opinión.

El detective Colt Star asintió.

—A todas las personas que no van a intervenir —continuó el juez —, les ruego que mantengan el orden y el respeto durante la sesión, que, dada la premura del caso, intentaremos no dilatar demasiado.

Volvió atrás en el texto y remarcó una palabra con la pluma. Miró brevemente a Nash y volvió al informe mientras decía:

—Conocí hace años en los tribunales a una perito forense que se apellidaba Elizondo. ¿Tienen alguna relación?

—Señoría, la doctora Elizondo era mi madre. Falleció hace tres meses, al inicio de la pandemia.

El juez levantó la mirada del informe y la miró a los ojos.

—¿De covid? —Su voz sonó compungida.

Nash asintió.

—Lo lamento. Mis condolencias, su madre era una magnífica profesional. —Carraspeó y miró al abogado—. Señor Mitchell, tiene la palabra.

—Señoría. —Su voz, aunque firme, no lograba ocultar el peso de la situación—. Soy Owen Mitchell, abogado del señor Benedict Newman. Solicito en su nombre y en el de su hija, la doctora Nash Elizondo, una incapacitación provisional por manifiesta pérdida del juicio de realidad. Como explica el informe, en fechas recientes, tras el traslado a comisaría para prestar declaración, el señor Newman comenzó a presentar síntomas de confusión, sufrió un desmayo que le causó una gran herida en la cabeza y una posible conmoción. A partir de ese instante, después de su traslado a un hospital, se comprobó que mi cliente era incapaz de reconocer su propia identidad, creyéndose un personaje de sus novelas.

El juez levantó brevemente la vista del informe. Su pluma se detuvo sobre el papel.

—En días sucesivos, el equipo de neurólogos de la doctora Duval fue haciendo distintas pruebas para evaluar su estado, sin que en este momento hayan concluido. En ese periodo, el señor Newman huyó del hospital y fue localizado a más de cinco kilómetros de distancia por su hija y su editora. A pesar de que su discurso es, en apariencia, lúcido, no se corresponde ni con su identidad ni con su verdadera personalidad.

Mitchell se detuvo unos segundos, parecía emocionado.

—Prosiga, abogado.

—Los médicos no han sido capaces de hallar las causas, aunque, como refleja el informe presentado y como le explicará su neuróloga, aún le están haciendo pruebas. Por desgracia, hay patógenos capaces de producir infecciones a un nivel que no resulta ni tan evidente ni tan fácilmente detectable. Pero la razón por la que solicitamos la incapacitación es que la policía sigue hostigando a mi cliente, pretendiendo interrogarlo, y él, que no es consciente de su situación, se muestra abiertamente hostil hacia la policía, tal y como lo haría su personaje.

El juez no levantó la vista del informe. Solo el rasgueo decidido de su pluma sobre el papel rompía la quietud de la sala. El abogado continuó:

—Comprendemos la naturaleza cruel de los crímenes que están investigando y la importancia de recabar toda la información posible, pero, como se desprende del informe médico, mi cliente, el señor Newman, no es capaz de discernir en este momento la ficción de la realidad y, teniendo en cuenta que se trata de un prestigioso escritor de novelas criminales, tememos que en cualquier momento pudiera confundirse con uno de sus personajes e incluso llegar a autoinculparse de crímenes que, sin duda, no ha cometido, porque, como también refleja el informe, el señor Newman no es sospechoso de asesinato; la policía quiere interrogarle como testigo.

El juez asintió lentamente.

—Doctora Elizondo, solicita usted la custodia de su padre, pero además se erige como su psiquiatra. No tengo ninguna duda de que está suficientemente capacitada, pero ¿no cree que, dada la complejidad de la circunstancia que presenta el señor Newman, debería ser atendido por un equipo más amplio?

—Señoría, eso es exactamente lo que pretendo. Asumí la custodia como psiquiatra del señor Newman para evitar su detención, traslado a comisaría y un nuevo interrogatorio, que estoy segura de que habría sido terrible para él y para su salud, ya que ni por un solo instante mientras se producían estos hechos se identificó como Benedict Newman, sino como su personaje. No tengo intención de prescindir de los consejos médicos de psiquiatras, neurólogos y cuantos especialistas sean necesarios para tratarle. De hecho, ya habíamos pactado con su neuróloga que fuera un paciente ambulatorio. Él no quería permanecer en el hospital, por eso huyó, y todo el cuadro médico estuvo de acuerdo en que lo más importante era obtener su colaboración.

Nash respiró hondo antes de continuar. Sintió cómo el doctor Kutz se tensaba a su izquierda.

—Aunque no rechazo la opinión de mi colega, el doctor Kutz, respecto a la conveniencia de los diferentes tratamientos que debamos llevar a cabo, debo velar por los intereses de Benedict

Newman, y la postura del doctor Kutz es permitir que la policía hable con él.

Percibió ahora cómo el doctor Kutz se erguía mientras una mano firme comprobaba el apretado nudo de su corbata.

Continuó:

—En la primera interacción con la policía acabó con una brecha de doce puntos en la cabeza después de sufrir un desmayo. En la segunda, siempre comportándose como su personaje, agredió a un inspector de policía, y tengo que decir, señor juez, que, aunque Benedict Newman ronda los setenta años, su comportamiento y su fuerza se corresponden con un hombre de treinta y ocho, como los del personaje que cree ser.

El juez asintió lentamente y buscó otro nombre en su informe.

—Doctora Duval, ¿es usted la neuróloga que ha tratado al señor Newman?

—Así es.

—¿Sería, según su opinión, proporcionado hablar de una pérdida de juicio de realidad por parte de este paciente?

—Sí, estoy de acuerdo. Como se explica en el informe, no sabemos si será permanente ni qué provoca su conducta. Aunque estamos en una fase muy temprana, lo cierto es que el señor Benedict Newman presenta una disociación de su personalidad. No es tan raro. A menudo vemos este tipo de comportamientos en las primeras fases de muchas enfermedades neurodegenerativas. Podrían corresponderse con su edad, también podrían estar relacionadas con el golpe en la cabeza o con una obstrucción temporal de una parte del cerebro. El señor Newman tiene antecedentes de accidentes cerebrales, y esto lo coloca en una lista de riesgo de quien puede volver a sufrirlo.

—Gracias, doctora. ¿Cuál es la postura de la dirección del centro hospitalario?

El director se puso en pie.

—Señoría, es un honor para nosotros tratar en nuestro centro al señor Newman —dijo obsequioso—. Hemos abierto una investigación respecto a su fuga y hemos subsanado las brechas de seguridad. Esperamos que su familia siga otorgándonos su

confianza. Por lo demás, y respecto a los criterios médicos, puedo asegurarle que el señor Newman está en manos del mejor equipo médico del país.

Cuando quedó en silencio, el doctor Kutz se ladeó para mirarle, como si esperase más. Pero el director se mantuvo firme y sereno.

—Doctor Kutz, es usted el jefe de Psiquiatría del hospital, ¿cuál es su opinión al respecto?

El médico aspiró profundamente antes de comenzar a hablar.

—Hace escasas veinticuatro horas que mis compañeros de Neurología me pidieron que valorase el estado del señor Newman. Esto es un poco precipitado.

—Doctor Kutz, no le estoy pidiendo sus conclusiones sobre lo que le ocurre al señor Newman. La pregunta es muy simple: ¿cree que Benedict Newman ha perdido el juicio de realidad? No entre en las causas ni en las consecuencias, ni si es temporal o no.

—Pues me temo que no puedo ser tan tajante como mis colegas. Observo una disociación de comportamiento que, como sostenemos, puede estar causada por múltiples razones, pero su discurso es coherente. Es cierto que presenta algo que solemos ver con cierta frecuencia, que se conoce como identidad prestada. También presenta ciertas confabulaciones, pero es consciente de lo que ocurre a su alrededor, lo entiende, lo explica y puede responder a preguntas al respecto. Huelga decir que espero poder continuar con la evaluación del señor Newman.

—Me queda clara su postura, gracias. —Levantando su pluma estilográfica y cortando la perorata del psiquiatra—. Señor —dirigiéndose a Benedict Newman—. ¿Quiere ponerse en pie y decirme su nombre y profesión?

—Buenos días, señoría. Me llamo Colt Star y soy detective privado.

El juez asintió a cada una de sus palabras mientras la fascinación por lo que estaba contemplando subía a sus ojos.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y ocho años, señoría.

—¿Sabe dónde nos encontramos?

—En los juzgados de Ciudad.

El juez desvió su mirada un segundo hacia los ojos de Nash, que asintió, respondiendo a su pregunta velada.

—¿Qué relación tiene con el escritor Benedict Newman? —continuó, mirando al escritor.

—No es fácil de explicar, señoría. Diría que de alguna manera somos socios. Él admira mi trabajo y yo le proporciono cumplido detalle de mis casos una vez que están cerrados y siempre preservando el derecho a la intimidad de mis clientes. Él es escritor, utiliza mi trabajo para documentarse y después escribe sus novelas.

—¿Diría que son amigos?

—Pues hace unos días habría contestado que no, porque nuestra relación no es tan personal, pero en las últimas horas nuestros destinos se han cruzado de un modo que me hace pensar que nuestras vidas están más unidas de lo que yo nunca habría imaginado.

El juez no quitaba los ojos de Newman, que permanecía de pie, erguido, firme como un soldado, cómodo, aunque respetuoso.

—¿Sabe cuál es el propósito de esta audiencia?

—Sí, señoría. Dirimir si el escritor Benedict Newman está capacitado para tomar decisiones, sobre todo en lo que concierne a su salud.

—¿Ha visto últimamente al señor Newman?

—No, está ingresado en el complejo hospitalario de Ciudad. Sufrió una agresión. —Hizo un gesto con los ojos hacia el fondo de la sala.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—No nos vemos mucho. Lo cierto es que mantenemos una relación casi epistolar. Yo le envío mis diarios, una especie de cuaderno de bitácora, y él trabaja sobre ellos.

—¿Cree que debería atenderse la petición de su hija?

Colt Star no contestó. Apretó los labios, haciéndolos desaparecer. Su gesto delataba contención.

—Me interesa su opinión, señor Star.

—Bueno, no soy médico, pero su hija lo es. La conocí cuando me contrató para llevar el caso de su padre. Me consta que quiere protegerle. En los últimos días he tenido la ocasión de tratar con las personas de su confianza y no creo que ni uno solo de ellos tomase

una decisión que lo perjudicara. —Colt Star bajó la mirada, como si dudara entre continuar o no.

—Hable, señor Star, por favor —le animó el juez.

Colt Star se volvió a mirar a todos los presentes hasta que localizó al inspector Barezzi. Después se dirigió de nuevo al juez.

—Señoría, parece usted un hombre íntegro y sé que este no es el asunto que nos ocupa hoy, pero en Ciudad están ocurriendo cosas terribles. Esos crímenes son solamente la horrible consecuencia de la depravación y pérdida moral que sufre Ciudad.

Buscó con la mirada al Lobo.

—El señor Newman es un hombre decente, entregado a la noble labor de hacer más agradable la vida a los demás. No merece el trato que la policía de Ciudad le está dispensando: hostigándole, persiguiéndole, acosándole. He sido testigo de cómo se presentaban de madrugada en su domicilio como si tratasen con un peligroso delincuente. Señoría, Newman ya no es tan joven, es frágil y, sin duda, por más que escriba novelas de crímenes, lo hace desde la literatura, desde la imaginación. No es un hombre como usted o como yo, que conocemos los bajos fondos, las pútridas tripas de esta ciudad. Espero, señoría, que tome una decisión que ayude a protegerlo. Por mi parte, pondré todo mi conocimiento y mi experiencia al servicio de este caso para hallar a los culpables —haciendo un gesto con la mirada hacia el fondo de la sala— y defendernos, a Newman y a mí, de la persecución que sufrimos.

—Gracias, señor Star. Su aportación me ha sido de gran ayuda para decidirme.

Esperó a que el novelista estuviera sentado antes de dirigirse a Nash.

—Doctora Nash Elizondo, se le concede temporalmente la custodia legal de su padre, Benedict Newman. Considero que está de sobra capacitada para tomar decisiones, siempre teniendo en cuenta los criterios del equipo médico que lo seguirá atendiendo en el hospital de Ciudad —dijo lo último mirando al hombre que tenía ante sí, y que asentía a sus palabras con una mirada cargada de respeto.

El juez se dirigió al director del centro hospitalario.

—Para garantizar su seguridad, Benedict Newman permanecerá en las instalaciones del hospital como paciente del equipo de la doctora Duval y del doctor Kutz. Me mantendrán debidamente informado de cualquier cambio en la salud del señor Newman y me reservo la última palabra en caso de que el criterio del equipo médico y el de la doctora Elizondo entren en conflicto.

Dedicó sus últimas palabras al doctor Kutz:

—Y, por supuesto, no puede ser interrogado sobre cuestión alguna. El señor Benedict Newman no tiene juicio de realidad. Todos deseamos que su salud mejore y lo recupere, pero, hasta entonces, esta es mi decisión.

Nash se escabulló del grupo que la rodeaba en la puerta de la sala. Aún trataba de decidir si era una victoria completa o solo a medias cuando volvió a sentir clavados en los suyos los ojos del Lobo. Caminó hacia él.

—¿Usted nunca se rinde?

Barezzi levantó ambas manos a los lados de la cabeza y sonrió. A pesar de la mascarilla, algo parecido al calor subió hasta sus ojos. Presentaba un aspecto tan desgarbado que movía a la risa. Se contuvo. Aquel tipo era un payaso.

—¿Qué quiere? Ya ha escuchado al juez.

—Quiero hablar con usted. —Bajó las manos.

—De acuerdo, hable.

El Lobo hizo un gesto hacia el pasillo y se volvió a mirar.

—Aquí no.

Robert los observaba con aquella mezcla de cuidadosa intromisión de la que hacía gala.

Ella leyó en sus ojos la pregunta: «¿Todo en orden?». Asintió.

—Necesito que me acompañe a comisaría.

—¿Para qué?

—Voy a mostrarle lo que hallamos ayer en el despacho de su padre.

Nash alzó una mano para despedirse de Robert, que le respondió con una leve inclinación de cabeza. No le pasó inadvertida la fría mirada que le dedicó al policía.

26

Nash estudió la sala donde se encontraba. Era una estancia amplia, con media docena de mesas, las superficies desiertas, una pizarra en blanco y, como decoración, un cuadro del rey y cartelería del Ministerio del Interior. Por momentos hacía casi frío, como si una corriente proveniente de algún lugar que no podía identificar la alcanzase de vez en cuando. Había una fuente dispensadora de agua que dejó escapar dos gruesas burbujas cuando el inspector Barezzi regresaba con sendos vasos. Se preguntó si aquel sería el mismo lugar donde habían interrogado a Benedict Newman la noche fatídica.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Barezzi dijo:

—No fue aquí.

Ella lo miró interrogante.

—La entrevista con su padre —aclaró— fue en una sala de interrogatorios.

—Una galletera —contestó Nash—, como a un sospechoso.

—Galletera —repitió apreciativo—. Es curioso, hacía años que no escuchaba llamarlas así. Le garantizo que, al menos en nuestro país, las garantías para un investigado son absolutas. Aquí nadie recibe «galletas».

—Pero sí hostigamiento.

El zumbido proveniente de la fuente pareció acrecentarse. El policía miró hacia el aparato con disgusto.

—Pues ya que lo menciona, vamos a comenzar por ahí. —Puso los vasos sobre la mesa y le acercó uno de ellos con un gesto lento. Sus dedos rozaron los de ella al soltar el vaso.

Nash retiró la mano como si el plástico quemara, una reacción tan rápida que dudó de si él la habría notado, y se encontró

preguntándose si el contacto le había gustado o no. El frío del vaso que ahora sostenía era un ancla a la realidad en la extraña calidez que sintió por un instante.

El inspector giró la pantalla del portátil hacia ella y le dio al *play* para reproducir el vídeo que estaba pausado.

Ante sus ojos comenzaron a reproducirse, en dos recuadros, imágenes frontales y cenitales de la entrevista a Benedict Newman. La corriente de aire frío que flotaba como un fantasma en la sala volvió a alcanzarla, provocándole una inquietud sorda que le recorrió el cuerpo.

—Su abogado tiene una copia, y hemos enviado otra al equipo médico del hospital.

Aceleró las imágenes hasta el momento en que le mostraban las fotografías de los crímenes y se producía el cambio en la actitud del escritor, el instante en que fundió a negro y se fue al suelo.

Nash quedó en silencio mientras valoraba lo que acababa de ver.

—Nadie le puso una mano encima —dijo Barezzi muy serio, casi en un susurro.

—Bueno, pero está claro que su comportamiento no era normal, y aun así continuaron con el interrogatorio, a pesar de que su abogado pidió en varias ocasiones que cesaran.

—En eso estamos de acuerdo, era raro, pero yo no soy médico, no tenía modo de saber lo que estaba pasando o si estaba fingiendo. No puede imaginar la variedad de numeritos que montan los detenidos durante los interrogatorios y, como le dije el otro día, fingirse enfermo es el más habitual.

—Si me ha hecho venir hasta aquí para decirme que cree que Newman finge, está perdiendo el tiempo.

La miró a los ojos y la tuteó:

—No lo llamas padre.

—¿Qué? —Desconcertada de pronto.

—Siempre dices Newman. Incluso hoy en el juzgado, cuando estabas tratando de obtener su custodia, en ningún momento has dicho «mi padre»; decías Benedict Newman, como si fuera alguien ajeno. Ni siquiera llevas su apellido.

Tuvo que hacer esfuerzos para sostenerle la mirada.

«No es asunto suyo», oyó en su mente la voz de su madre.

Pero Nash admitió que el maldito Lobo inquisidor había dado en la diana: nunca lo había llamado «padre» porque Benedict Newman todavía no se había presentado. La habían arrastrado hasta aquel hospital, hasta aquel juzgado, hasta aquella custodia, y lo único que tenía era un nombre en un informe médico y una grabación en la que aquel hombre ni siquiera era él.

—Es una cuestión personal —contestó— que no tiene nada que ver con el tema que tratamos, y que no tengo ninguna obligación de explicar, pero aun así lo haré. Mis padres se separaron poco antes de que yo naciera. En estos años no he tenido ninguna relación con Benedict Newman. Ni siquiera sabía que él era mi padre. —Bajó la mirada—. Pero hace tres meses, tras el fallecimiento de mi madre, se puso en contacto conmigo; a través de una tercera persona, me comunicó que quería conocerme. Lo cierto es que no he tenido tiempo ni de pensar si quería hacerlo o no. Me llamaron del hospital reclamando mi presencia. Las circunstancias precipitaron que, al ser su única pariente viva, tuviera que hacerme cargo de tomar las decisiones relativas a su salud. Se llama responsabilidad fiduciaria y he podido comprobar que es ineludible.

—Lamento que te esté utilizando así. —Y a su pesar pareció genuino.

—Si va a seguir con eso, me voy. —Nash se puso en pie.

—No. —La detuvo él, y abrió el cajón de la mesa, del que extrajo una carpeta—. Como te he prometido, voy a mostrarte lo que hallamos en el despacho de Benedict Newman. Y por favor, trátame de tú, Nash, estamos en el mismo barco.

«Y una mierda», oyó con claridad la voz de su madre.

Nash volvió a sentarse.

Con lentitud deliberada, Barezzi abrió las tapas de cartón y le mostró la fotografía en color de un legajo amarillento dentro de un sobre plastificado y etiquetado.

—Lo que tienes delante es una copia. El original está debidamente custodiado y en este momento lo tienen en nuestro laboratorio. Se trata de un certificado de nacimiento expedido en Derry, Irlanda, en 1960, donde aparecen los nombres de los padres, el lugar de

nacimiento y el nombre de la criatura. Nuestros expertos ya han comprobado su autenticidad; tanto la data del papel como los sellos son oficiales. Verás que está expedido a nombre de Collin Doyle.

Ella asintió.

—Pues bien, el único Collin Doyle nacido en esa fecha y en esa localidad fue un muchachito cuyos padres murieron en una reyerta con el Ejército inglés y que, cuando creció, acabó siendo miembro del IRA. Uno de sus integrantes más idealistas y entregados a la causa. Las últimas noticias que se tienen de él lo sitúan en Euskadi en 1983. Se cree que estaba en la zona para asistir a una cumbre que se celebraría en la localidad francesa de Bidart. En aquellos momentos las cosas estaban muy revueltas con ETA y el IRA. En agosto de 1983 se le pierde la pista y no se vuelve a tener noticias de él.

Nash permaneció en silencio, todavía no sabía a dónde pretendía llegar Barezzi. Él se puso en pie, caminó hasta la mesa contigua y regresó con una caja de cartón.

Abrió las tapas y extrajo una bolsa de plástico que contenía lo que a Nash le pareció una prenda de ropa.

—Junto a este certificado de nacimiento hemos hallado una boina negra con un bordado en el interior con el lema *Tiocfaidh ár lá*, que se traduce como «Nuestro día llegará», y que es uno de los lemas tradicionales del Ejército Republicano Irlandés. Según nuestros expertos, la sombrerería que la confeccionó en Irlanda cerró hace más de treinta años. Además —continuó mientras extendía ante ella una colección de al menos diez fotografías de otros tantos documentos—, en el mismo lugar, encontramos un arma, una Browning Hi-Power. —Le mostró la fotografía de una pistola—. Un arma usada por el IRA, y a su lado una pequeña agenda. Doblados con cuidado entre sus páginas, hemos encontrado una selección de recortes de periódico de la época.

Barezzi fue extendiendo ante ella copias de fotos en blanco y negro.

—Todos son artículos de prensa sobre algunos de los atentados más graves cometidos por el IRA a finales de los setenta y principios de los ochenta.

Nash levantó una mano pidiendo tiempo.

—Espera un momento, ¿a dónde quieres llegar?

—No he terminado. —Dejó sobre las anteriores un nuevo grupo de fotos. En ellas aparecía la agenda que había mencionado y fotografías de textos que resultaron indescifrables para Nash.

Barezzi se puso en pie y rodeó la mesa hasta quedar a su espalda. No solo fue consciente en todo momento de su presencia, sino de hasta qué punto la ponía nerviosa no verlo. Como si fuera un conejo que de pronto ha perdido de vista a su depredador.

Podía sentir el calor de su cuerpo detrás de ella, oír el levísimo roce de su ropa al moverse. El aire cambió, se volvió más denso. Cuando oyó su voz junto a su oído derecho tuvo que reprimir un temblor involuntario que no tenía nada que ver con la corriente de aire de antes.

Haciendo un esfuerzo, aflojó la presión en las manos, que había mantenido apretadas en dos puños debajo de la mesa, y se obligó a extenderlas relajadas sobre las rodillas. Estaba segura de que él la observaba.

—Como muchos grupos terroristas de la época —comenzó él—, el Ejército Republicano Irlandés utilizaba unos códigos alfanuméricos que, en ocasiones por teléfono y otras a través de la prensa, hacían llegar a la policía para autentificar y reivindicar la acción de sus atentados. La pequeña agenda negra es el manual de uso. Contiene más de cien páginas con todo el código y las instrucciones para componer los mensajes. Y los lemas con que debían firmarse las reivindicaciones dependiendo de los resultados del atentado: si había habido muchas bajas, si los fallecidos eran niños, soldados, o si eran comunicaciones de ánimo para sus presos. La Interpol no tiene dudas de que es auténtica.

Incapaz de contenerse, Nash se volvió para poder verlo.

—Newman es un escritor, y uno muy bueno —dijo—. A menudo, las investigaciones que lleva a cabo para documentar sus novelas incluyen la recopilación de material auténtico. Pudo comprarlo en cualquier subasta; hay frikis en eBay que venden pistolas de la Segunda Guerra Mundial y cruces gamadas de los nazis. Conozco el caso de una escritora que se inspiró en una amiga mía, una

inspectora de la Policía Foral, para escribir sus historias, hasta tal punto que la gente ya no sabe si esa inspectora es real o solo una ficción.

—Nash, esa agenda es un documento secreto de alto nivel. En todos estos años, la Interpol solo ha tenido acceso a fragmentos de esos códigos. Un documento como ese está reservado para un dirigente de la banda.

—Espera, ¿qué me estás diciendo ahora?

Antes de contestar, el inspector regresó a su lugar detrás de la mesa. Extrajo de la carpeta otro documento que desplegó ante Nash. Estaba escrito en inglés y festoneado de sellos oficiales.

—Lo que te estoy diciendo es que hemos pedido los datos de tu padre a Estados Unidos y no hay constancia de ningún Benedict Newman nacido en Los Ángeles en las fechas que se corresponderían con la edad que dice tener. —Hizo una pausa mientras dejaba que ella lo asimilase—. Aunque también nos advirtieron de que, antes de la informatización, no era difícil conseguir una nueva identidad en Estados Unidos. Los registros son estatales, y con solo obtener un certificado de nacimiento falso se podía solicitar nueva documentación en otro estado.

Se llevó, nerviosa, una mano a la nariz, y se dio cuenta entonces de que llevaba puesta la mascarilla y de que su gesto, aquel picor incontrolable, delataba su incomodidad, su desconcierto, su incomprensión total por lo que estaba ocurriendo; aun así, no pudo controlarlo.

—Creo que tu padre miente, Nash. Creemos que Benedict Newman es un nombre falso, la identidad que Collin tomó en España cuando decidió desvincularse del IRA. Las autoridades inglesas son muy herméticas con este tema, pero hemos obtenido bastante colaboración de la policía irlandesa. Por lo visto, Collin tenía una hermana pequeña que aún vive y, aunque en este momento, debido al covid, las restricciones complican viajar a Irlanda, vamos a tratar de obtener su ADN y lo compararemos.

«No tienen nada», oyó clara la voz de su madre.

Levantó la cabeza y habló imitando la parsimonia habitual en el Lobo.

—El caso es que entraste en la casa de Newman buscando pruebas que lo relacionasen con la muerte de esa chica, o con la persona que lo hizo. Y habéis encontrado pruebas de que Benedict Newman puede ser un seudónimo, algo que no es tan raro. —No podía verle la boca, pero estuvo segura de que se estaba mordiendo el labio inferior.

Esta vez fue ella la que se puso en pie.

—Habéis encontrado también lo que podría ser la documentación para una novela sobre un terrorista irlandés. Y en base a esto me dices que puede que Benedict Newman no sea Benedict Newman, sino un terrorista irlandés que pudo estar ocultándose en España durante todos estos años y que consiguió crearse una identidad como escritor con la que tiene mucho éxito, y que además ahora decide ponerse a cometer asesinatos como los que describe en su libro. Ilústrame, inspector Barezzi, ¿con qué fin haría eso?

—Pues no lo sé. Tengo muchas dudas, en parte puede ser porque no tengo ni puta idea de cómo funciona la mente de esos tarados, pero sé que un escritor haría lo que fuera por el éxito. Y de lo que estoy seguro es de que tu padre tuvo acceso a esa historia de primera mano.

Nash permaneció en silencio. Aquella parte era inexplicable.

—Te doy mi palabra —continuó él— de que cuando lo interrogamos la primera vez creí que quizá alguien le contó la historia y él se limitó a escribirla, pero ahora no estoy tan seguro. Alguien que ha traspasado la frontera de matar puede volver a hacerlo con más facilidad.

—Pues en esto sí que te puedo asesorar: hay una gran diferencia de motivación, comportamiento y cesión a los impulsos entre ser un combatiente ideológico y un asesino en serie.

—¿Quién ha hablado de un asesino en serie?

—Tú lo has hecho, si atribuyes la muerte de la chica de ayer a la misma persona que envolvió a esas mujeres en fardos. Tienes tres, dos puestas en escena distintas, pero tres víctimas. ¿No irás a decirme que no te has dado cuenta? Ya has oído al juez esta mañana: mi madre era una de las mejores, crecí entre secuencias,

códigos y perfiles de comportamiento. Y ya te digo yo que no encaja.

Ahora fue él quien levantó la mano hasta tocar la mascarilla que le cubría la boca. Un signo de contención. Algo que estaba a punto de decir y prefería callarse. Pero sus ojos le delataban; en ellos brillaba la admiración. Y ahora fue ella la que le sostuvo la mirada.

—Y la razón por la que yo estoy aquí y no Benedict Newman es porque no tienes ninguna prueba de todo esto que me estás diciendo. No son más que teorías. ¿Qué digo? Ni siquiera llegan a conjeturas, porque están basadas en una información incompleta y contaminada por un sesgo de prejuicio. Puede que no sea la hija de Benedict Newman, pero soy la hija de la doctora Elizondo, y te digo: no tienes nada, inspector Barezzi. Si lo tuvieras, no estarías hablando conmigo, sino con un juez.

Él bajó la mirada y rio entre dientes, como para contrarrestar el golpe.

—Me encantas, doctora Elizondo, pero lo mismo se puede aplicar a ti. Si tú estuvieras tan segura de que tu padre es inocente, ¿qué razón tendrías para contratar a Scott Sherrington para que lo investigue?

Lo miró extrañada. Iba a replicar:

—Yo no he...

Pero él la interrumpió:

—No te molestes en negarlo, ayer andaba merodeando por la escena del crimen, y él mismo lo admitió. Creo que en el fondo sospechas como yo que Newman miente, que esto es una patraña, un intento de tirar balones fuera, de fingirse enfermo mental para estar justo donde él quiere estar, donde tú lo tienes: en un hospital, intocable, inimputable.

Ella se puso en pie y caminó hacia la salida.

—Doctora Elizondo —la llamó antes de que ella alcanzara la puerta —, Nash —corrigió.

Ella se volvió a mirarle. Él se apartó la mascarilla del rostro. El gesto fue deliberado, casi un desafío. Quería que ella lo viese. Y lo vio. Vio al inspector, al Lobo. Vio al adversario que le ofrecía una

extraña y peligrosa tregua. Y lo que más la desconcertó fue lo que le hizo sentir.

—No te equivoques de enemigo. —Con aquel tono salvajemente veraz que ya había utilizado con ella la noche anterior—. Esto no es personal. Daría lo que fuera por tener a alguien que me defendiera así.

27

Noche en Ciudad

Lizarso miraba la pizarra con las manos apoyadas en las caderas y un gesto en el rostro que ponía de manifiesto que aquello no le hacía ninguna gracia. La estancia, casi en penumbras, estaba iluminada por dos focos centrados en el panel frente a ellos.

Durante casi cuarenta años había sido socio de Noah Scott Sherrington y, aunque ni un solo día en su vida se había arrepentido de su decisión de dejar la Ertzaintza para fundar la agencia Lizarso & Scott Sherrington, no podía dejar de admitir que, cuando su socio entraba en modo «caza», le resultaba a partes iguales fascinante e insoportable.

Excepto por la incipiente barriguita, Noah conservaba la delgadez y la palidez en la piel de la primera vez que lo vio, o, mejor dicho, que no lo vio venir, porque en su primer encuentro, cuando él era un jovencísimo *ertzaina* siguiendo a aquel extraño escocés por las calles de Bilbao y convencido de que el tipo no se enteraba, Scott Sherrington lo emboscó quitándole el arma como si se la arrebatara a un niño de cuatro años. Todavía se lo recordaba a veces.

Noah Scott Sherrington tenía setenta y nueve años y, aunque llevaba al menos diez oficialmente jubilado de la agencia, el brillo en sus ojos que las gafas progresivas, que solo se ponía de vez en cuando, no conseguían opacar, el ceño fruncido delatando la concentración y la punta de la lengua asomando, muy poquito, entre los labios justo en el lugar donde se unían, mientras la sujetaba suavemente con los dientes, como si necesitase retener la idea para que no se le escapara, vaticinaban lo mejor o lo peor, pensó.

Dirigió su mirada y se encontró con la de la hija de su socio. Noa Scott Sherrington-Makazaga le devolvió un gesto que lo decía todo: una mezcla a partes iguales de exasperación, lealtad infinita y un «déjale, ya sabes cómo se pone». Inclinó levemente la cabeza, no tanto como una madre consentidora, sino como una experta domadora que sabe que a la fiera hay que dejarla rondar su jaula antes de que cace la idea definitiva.

—¿Estás bien, *aita*?

La pregunta pareció traerlo desde muy lejos.

—Sí, sí, no te preocupes.

Sopló despacio y se concentró de nuevo en estudiar las fotografías de la pizarra. Habían hecho un buen trabajo con las ampliaciones, a pesar de que las fotos se habían obtenido de la prensa; Lizarso seguía conservando buenos contactos en los periódicos locales.

Dos fardos casi idénticos de lona azul, común, de la que se usaba para cubrir la leña en invierno, de la clase que podía comprarse en cualquier supermercado. La cuerda también era común, la vendían en rollos de cincuenta metros y se comercializaba como cuerda para tender. El modo en que se dispuso longitudinalmente para luego cruzarla en tres lugares distintos era diferente, metódico y distintivo. Una foto de Benedict Newman y otra de una chica, viva, joven, sonriente. La habían ampliado a partir de la foto publicada en la prensa y, a pesar de ser en blanco y negro, irradiaba una alegría interior que hacía pensar que solo un instante antes de ser capturada en aquella imagen estuvo riéndose, quizá a carcajadas.

También tenían una foto de un bolso negro, pequeño. Había pertenecido a la chica y fue encontrado en la calle veinticuatro horas antes de que alguien abandonara su cadáver en un parque.

Scott Sherrington se acercó a la pizarra, tocó las dos fotos de los fardos con los dedos y se volvió hacia Lizarso.

—Tienes que conseguir fotos de estas dos cuando estaban vivas.

—La primera está sin identificar, así que es imposible. Lo intentaré con la segunda, pero no se parecen a las víctimas de Biblia.

—Eso ya lo has dicho —susurró sin volverse siquiera a mirarle.

—Pues lo repito.

—Me da igual todo. Solo hay una cosa que tienes que averiguar: si tenían la regla cuando desaparecieron.

Lizarso frunció el ceño a punto de protestar, pero fue la reacción de la hija de Noah la que detuvo el tiempo. No dijo nada, pero vio cómo su espalda se enderezaba casi imperceptiblemente y un fugaz destello de... ¿repulsión?, ¿comprensión?, cruzaba por sus ojos antes de recuperar su compostura profesional. Aquel detalle, tan biológico y tan femenino, pronunciado con la frialdad clínica de su padre, aterrizó en la sala con el peso de una piedra.

—Lo que estás pensando es imposible —dijo Lizarso casi para sí, pero Noah le oyó.

—Si lo estoy pensando, mi querido amigo, es porque no es imposible —dijo clavando su mirada azul en la de su socio.

—Noah, le pegué un tiro a ese cabrón. —La voz de Lizarso se endureció volviéndose grave—. Los dos lo vimos caer al río. —Por un segundo su mirada se perdió, como si volviera a aquel momento, al instante en que se giró y vio a Noah sobre el cuerpo de Rafa.

Se sacudió como si quisiera desprenderse del frío del recuerdo.

—Lo sacaron del agua cuarenta y ocho horas después. Todavía recuerdo el olor de la riada. Yo reconocí el cadáver, Noah. ¡Yo mismo vi su rostro sin vida! Lleva treinta y siete putos años enterrado.

—No he dicho que sea John Biblia.

—¡Gracias a Dios! —respondió Lizarso con sorna.

—Tampoco he dicho que no lo sea.

—¡Joder, Noah! —exclamó perdiendo la paciencia—. ¿Y crees que un viejo como Newman, podrido de millones, es John Biblia reencarnado? Porque yo veo a un viejo enfermo y débil.

—O un gran manipulador... —apuntó Noa apoyando las piernas visiblemente inflamadas en una otomana.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —espetó Lizarso.

Noah ni siquiera lo miró. Su vista seguía fija en la pizarra, en los hilos invisibles que solo él parecía ver.

—En primer lugar, no es tan viejo, es más joven que yo, dudo que sea mucho mayor que tú, y tiene mejor aspecto. Pero Newman no es la pregunta, mi querido amigo. Es solo una pieza que no encaja.

Una anomalía. Y a mí no me interesan las piezas, me interesa el tablero.

Y Lizarso resopló, frustrado ante aquella respuesta evasiva que, sin embargo, sonaba peligrosamente lúcida.

—Me alegra escuchar eso.

—Pero tampoco voy a descartarlo, porque somos lo que somos en esencia, y cuando queda poco del barniz con el que nos disfrazamos, volvemos a ser nosotros mismos.

—Pues algo de cierto hay en lo que dices, porque tú vuelves a ser el mismo perro que vino de Escocia.

Sin hacerle caso, el detective se volvió a mirar de nuevo la pizarra.

—Hay algo que no me cuadra —admitió.

—Morimos por escucharlo —dijo su hija.

—El color del cabello. Pelirrojas. Podría tratarse de un *copycat* bastante aproximado si no fuera por ese detalle.

—*Copycat*, ¿un imitador? —se interesó su socio.

No contestó directamente; tampoco es que Lizarso esperase otra cosa.

—John Biblia mató siempre a mujeres morenas, no muy altas, delgadas, simpáticas y desinhibidas, mujeres que aceptaban su compañía y tener relaciones con la regla, mujeres que se parecían a las de su propia familia. Y esa chica —tocando la foto de la joven sonriente— es como una princesa escocesa; ni siquiera encaja el carácter: tímida, responsable, que llama a su padre para que esté pendiente de ella en su trayecto... Esta no se habría ido con John.

—Porque de estar vivo sería un viejo.

—No tanto —respondió Noah Scott Sherrington—. No, porque a él tampoco le habría interesado.

—Ergo, no es John Biblia.

Scott Sherrington lo miró y sonrió un poquito.

—Averigua si tenían la menstruación.

—¡Por Cristo que lo voy a averiguar, para que pares de una puta vez! —Y se dirigió hacia la puerta de la oficina.

Justo en el momento en el que abrió la puerta, un rectángulo de luz brillante del pasillo se proyectó en la sala rompiendo la penumbra de la oficina. Los otros dos se volvieron hacia la silueta que se

recortaba en el umbral. Era Nash Elizondo, que, lanzando la mirada sobre el hombro de Lizarso, la clavó en Scott Sherrington y le dijo:

—Creo que me debes una explicación.

Él sonrió mientras asentía y sacaba del bolsillo de atrás de su pantalón una mascarilla que se ajustó en el rostro.

—Adelante, Nash, te estábamos esperando.

28

Noche en Ciudad

—¿Qué hacías en el lugar en que apareció esa chica muerta? ¿Y por qué le dijiste a la policía que estabas trabajando para mí?

—¡Noah, no! ¿Fuiste allí? —preguntó Lizarso incrédulo.

—*Aita!* ¿Por qué no nos lo has dicho?

Ignoró a su socio y a su hija, solo contestó a Nash.

—Porque, de alguna manera, era eso lo que hacía. ¿Recuerdas que te ofrecí nuestra ayuda?

—Sí, pero lo que no recuerdo es haberla aceptado.

—Bueno, digamos que es algo que le debía a tu madre.

—Ni se te ocurra jugar esa carta, tú mismo me dijiste que no teníais relación desde hacía años.

—Lo cierto es que eso no es del todo así.

—Explícate.

—Después de que le diera el ictus, fui a visitarla un par de veces a ese centro donde estaba, ¿Ametz? Una vez, al poco de ingresar allí, y otra vez más, con la esperanza de que hubiera mejorado y poder hablar con ella.

—No es verdad, yo lo habría sabido —rebatió casi ofendida.

—Les pedí que no te lo dijeran.

—Aun así, me lo habrían dicho.

—Les conté un pequeño embuste, les dije que habíamos sido amantes, y que ni su marido ni su hija lo sabían, y que no quería causar un disgusto en la familia a estas alturas. Fueron muy comprensivas.

—No me lo puedo creer. —Aunque su tono delataba que sí se lo creía.

—La mayoría de la gente sigue siendo muy romántica. Es un recurso que hemos utilizado muchas veces en estos años. Pero ¿por qué no pasas y te sientas? Me llevará un rato contarte esta historia.

Por un momento pareció que ella iba a negarse, pero finalmente avanzó hasta el interior de la oficina. Se detuvo frente a la pizarra y miró con atención las fotos, en particular la de la chica pelirroja.

—¿Qué es todo esto?

—Será mejor que empiece explicándote por qué Barezzi me citó en comisaría para hablar conmigo, quién era Collin Doyle y cómo lo conocimos.

—Collin —murmuró ella como si aquel nombre la hubiera tomado por sorpresa.

—Siéntate, por favor.

Nash obedeció. Scott Sherrington agarró una silla y se sentó frente a ella.

—Sí, Collin Doyle. Como supondrás, Barezzi se limitó a preguntarnos y no soltó prenda, pero no hizo falta; ya nos suponemos por dónde van sus sospechas.

Nash habló despacio y con sobriedad, de un modo que le hizo recordar la deliberada calma del inspector Barezzi.

—Barezzi cree que Benedict Newman es la identidad que Collin Doyle tomó tras llegar a Euskadi.

Noah la miró con gesto afectado y comenzó a hablar:

—En nuestra anterior conversación te dije que llegué a Bilbao enfermo, creyendo que estaba viviendo los últimos días de mi vida, pero lo que no te dije es que, en Escocia, antes de enfermar, yo era inspector de policía. Me dediqué allí durante años a intentar dar caza a un asesino, un asesino de mujeres, John Biblia, una leyenda que logré capturar y que se esfumó ante mis ojos cuando sufrí aquel infarto.

«John Biblia.» El nombre retumbó en su memoria, extraído de los anales de la criminología. El fantasma de Glasgow. Lo estudió como un caso sin resolver, una anomalía histórica. Y ahora, este hombre

se lo servía en una oficina en penumbras como si hablara del vecino del quinto.

—Convencido de que pudo huir del país por vía marítima, en cuanto salí del hospital me embarqué hacia Bilbao tras su pista. Entonces conocí aquí a mi socio. Lizarso era un joven policía que trataba de infiltrarse para obtener información sobre los contactos que mantenían el IRA y ETA. Llevaba una temporada vigilando a unos irlandeses que se habían establecido en Bilbao. Estaba muy centrado en el grupo de Collin, un terrorista irlandés muy violento.

»Sus padres murieron víctimas de una reyerta con el Ejército inglés cuando él era muy pequeño; imaginamos que se crio lleno de odio y espíritu de venganza. Se trasladó a Euskadi para reunirse con otro grupo que ya llevaba unos meses aquí. Por lo que se llegó a saber a través de los años, para una cumbre entre el Gobierno español y miembros de otros grupos terroristas que se celebraría en la localidad francesa de Bidart.

—No entiendo nada.

—Aquí es donde el caso que llevaba Lizarso y el del asesino huido de Escocia se cruzaron. —Y le cedió la palabra a su socio.

—Creemos que durante el viaje en barco —explicó Lizarso—, John Biblia interceptó a uno de esos irlandeses que viajaba de incógnito hacia Euskadi, un joven llamado John Murray. Lo mató y tomó su identidad, y así es como terminó mezclándose con el grupo de irlandeses al que pertenecía Collin. Se vio obligado a hacerlo si quería mantener su tapadera. Obtuvo un trabajo en el puerto que estaba destinado a Murray, se integró en el grupo de los irlandeses y pronto volvió a las andadas.

—En los ochenta, el País Vasco era un estado policial. Me cuesta creer que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando —dijo Nash mirando a Noah.

—John Biblia es el ejemplo de asesino subrepticio, ese tipo del que nadie sospecharía, perfectamente capaz de llevar una doble vida, un experto en pasar inadvertido, en ser cualquiera. Era discreto, amable, nada llamativo, y tenía la tapadera perfecta. En aquella época, en la zona de Bilbao, había miles de ingleses, docenas de empresas británicas, y el tráfico marítimo con aquellos puertos les

garantizaba un canal de comunicación extraordinario. Así que, siguiendo a nuestro hombre, vimos la relación que tenía con los irlandeses.

Noah fue hasta la mesa y se sirvió un vaso de agua, se bajó la mascarilla y se lo bebió entero antes de continuar:

—Pronto comenzaron a desaparecer mujeres, pero para entonces él ya había sofisticado su método: ocultaba los cadáveres, así que no había asesinadas, solo chicas jóvenes que de pronto faltaban de su casa, de su lugar de trabajo, y que en pleno verano y en los ochenta no llamaban la atención de nadie.

Lizarso, que había permanecido junto a la pizarra, asintió con la mandíbula tensa. El recuerdo de aquellos días seguía incomodándole después de tantos años.

—El 26 de agosto de 1983, la ciudad vivió una gran inundación, seguro que has oído hablar de ella. John Biblia, que, como te he dicho, entonces se hacía llamar John Murray, convenció a Collin de salir en barca por la ría; creemos que bajo el pretexto de mostrarle dónde tenía escondido un alijo de armas, pero en realidad lo condujo al lugar donde guardaba los cadáveres de sus víctimas.

—Nosotros los vimos subirse a una zódiac y salir desde una zona portuaria del río —prosiguió Lizarso—. Testigos con los que hablamos después vieron a esos dos hombres en una embarcación por la ría y cómo uno de ellos caía al agua y desaparecía. El hombre que creemos que era John Biblia logró salir a tierra. Disparó contra nosotros, mató a nuestro amigo Rafa. Le disparamos. Le alcanzamos. Cayó al agua y la corriente lo arrastró. Días después se encontró su cadáver bastante lejos de la costa, como casi todo lo que la riada arrastró aquel día. Pero el cadáver de Collin nunca se recuperó.

Nash no contestó inmediatamente. Quedó en silencio, asintiendo como si enumerase todas las cuestiones que ardían en su mente.

—Tengo unas cuantas preguntas. —Su voz era firme, la de la profesional que vuelve a tomar el control—. En primer lugar, si se recuperó el cadáver, ¿por qué os referís a él como «el hombre que creemos que era John Biblia»? ¿No hubo una identificación positiva?

—En 1983 no existían las pruebas de ADN de hoy, Nash. El único modo era un reconocimiento visual o dental. El cuerpo presentaba avulsión cutánea parcial, en palabras sencillas, conservaba alguna prenda pero la mayor parte de la piel había desaparecido, cosa bastante normal después de su descenso por el Nervión entre toneladas de ramas, piedras y lodo.

—¿Y la familia? ¿Nadie reclamó el cuerpo?

—Toda la familia de John Biblia en Escocia huyó tras su fuga; nunca fueron localizados. No había nadie que pudiera o quisiera identificarlo.

—¿Fichas policiales?, ¿fotografías?

—Nunca fue detenido, y sospechamos que tuvo cuidado de hacer desaparecer las fotos familiares, las identificaciones. Lo único con lo que contábamos era con un retrato robot... —dijo Lizarso señalando dos toscos dibujos, uno en color y otro en blanco y negro, de un hombre muy joven, los labios finos, la nariz pequeña y afilada y el cabello castaño rojizo, tan carente de alma y de aspecto humano como solía ser habitual en los retratos robot.

—Por otra parte, oficialmente no hay ninguna constancia de que John Biblia viajase a España —aclaró Noah—. Las autoridades escocesas solo admiten que Biblia se esfumó y que lleva inactivo desde entonces. Además, la puesta en escena de John Biblia en Bilbao difería un poco de la de John Biblia en Escocia.

—Esto, como seguramente sabrás —apuntó Lizarso—, no es tan raro en alguien que tuvo la inteligencia suficiente como para quitarse del medio, huir de un país y establecerse en otro; también la tendría para evolucionar, ser consciente de cuáles habían sido sus errores y subsanarlos.

—Un cambio de *modus operandi* y firma —musitó Nash más para sí misma que para ellos—. ¿Sofisticación o una adaptación forzada al nuevo terreno?

Noah la miró, sorprendido y a la vez impresionado por la rapidez de su análisis.

—Ambas cosas, era muy probable que fuesen las dos...

—Tampoco hay imágenes de Collin —continuó Lizarso—, excepto de cuando era pequeño. Es una práctica habitual entre los terroristas

evitar aparecer en fotografías y destruir las que existen para no ser identificados. Collin y Biblia se conocieron, podemos dar fe, los vimos juntos en numerosas ocasiones. Se relacionaban como con el resto del grupo.

Noah levantó un dedo y dijo:

—Puede que Biblia le contase su historia, aunque me parece bastante improbable, o puede que Collin lo descubriese de algún modo. Tenía fama de ser muy desconfiado, y si observó cualquier cosa rara en John Murray, seguro que lo puso bajo su microscopio.

Nash caminó hasta la pizarra. Los tres detectives la miraron, conscientes del impacto de toda la información que acababan de revelarle. Se paró frente al tablero y observó el retrato de Benedict Newman, sin duda extraído de la contraportada de una de sus novelas, una fotografía en blanco y negro, tomada en escorzo, frente a una estantería llena de libros. Al otro lado del tablero, la mirada sonriente de la chica. Su alegría, congelada, era un grito silencioso contra la fría lona azul de los fardos que colgaban a su lado.

Comenzó a hablar y casi no reconoció su voz.

—La policía se presentó en el domicilio de Benedict Newman de madrugada; traían una orden de registro. Es evidente la relación con la aparición del cadáver de esta chica —dijo con tristeza—. Diría que el objetivo era encontrar algo que los ayudara a establecer el modo en que Newman tuvo acceso a la información de esos crímenes. Pero en mitad del registro hicieron un hallazgo tan importante que pidieron una ampliación de la orden. Intentando proteger a Newman, esta mañana he solicitado ante el juez una inhabilitación temporal por pérdida de juicio de realidad. Me la han concedido.

Scott Sherrington la miraba sin atreverse a hablar, temeroso de decir algo que pudiera cortar el flujo de sinceridad, la necesidad de compartir la verdad.

—Al salir de la vista —continuó Nash—, el inspector Barezzi me estaba esperando. Me ha llevado a comisaría para mostrarme lo que encontraron durante el registro. Hallaron un conjunto de pruebas que vincula a Newman con un terrorista del IRA, Collin Doyle, al que se le perdió la pista en 1983: su partida de nacimiento original, una boina con el lema del IRA y un arma característica de la banda. Pero

la pieza clave, la que lo cambia todo, es una agenda que contiene los códigos secretos que la cúpula del IRA usaba para reivindicar sus atentados. Según la Interpol, es un material al que solo un dirigente pudo haber tenido acceso.

Fue Noah el que rompió el silencio tras sus palabras.

—El interés de la policía por mí, además de saber por qué estaba en la escena del crimen, era preguntarme si estaba seguro de que esos dos hombres murieron aquel día, quién era cada cual.

Un silencio denso cayó sobre la sala. Biblia, muerto. Collin, desaparecido. Las piezas del puzle histórico estaban sobre la mesa, pero a Nash solo le importaba la única que faltaba, la que conectaba todo aquello con su propio apellido. Regresó muy despacio hasta su silla, la desplazó de su lugar hasta que quedó a dos metros de Noah Scott Sherrington. Se sentó frente a él, apoyó los antebrazos en las rodillas para llevar el cuerpo hacia delante y le dijo:

—Ahora cuéntame qué tiene que ver mi madre en todo esto.

29

> La falta de narrativa interna nos roba el relato identitario e íntimo, esencial para saber quiénes somos, qué queremos, qué nos pasa y por qué sufrimos.
>
> BENEDICT NEWMAN, en *Los que paran*

Los hospitales son como las comisarías: pasillos largos, olor a desinfectante y gente esperando a que un tipo le diga si su suerte ha cambiado para bien o para mal. La diferencia es que, en la comisaría, la mayoría ya sabe que ha cambiado para mal. Caminaba a su lado, sintiendo las miradas de las enfermeras. No veían a un paciente, veían a un hombre con traje escoltando a la jefa. Por un momento, el mundo tuvo un orden que casi me pareció correcto.

—No tienes por qué acompañarme hasta el despacho.

—Una dama no debería volver sola a la escena del crimen, doctora. Aunque sea la suya.

Su despacho era un islote de calma en un mar de desgracias. Olía a papel, a café y a ese perfume suyo que se te mete bajo la piel sin pedir permiso. Se movía con una eficiencia silenciosa, preparando el café en una pequeña cafetera de cápsulas, como si fuera un ritual sagrado. Era su territorio, y yo el único animal peligroso al que le había permitido entrar. Me senté frente a su escritorio mientras ella me daba la espalda, observé la curva de su cuello y la forma en que el pelo se recogía sobre la nuca.

—Ha sido un buen día para el escritor. —Dejó una taza humeante frente a mí—. El juez ha entendido la necesidad de protegerlo.

Saqué un cigarrillo del paquete que llevaba en mi americana. Lo levanté mostrándoselo, pidiendo permiso. Ella asintió abriendo una ventana. Lo encendí y aspiré una profunda calada.

—Newman es un buen tipo —contesté—, pero a veces, y sobre todo los buenos tipos, necesitan que alguien les quite los lobos de encima. Los escritores son frágiles, viven en su mundo imaginario, y cuando se alcanza el nivel de éxito de Newman corren todo el tiempo el riesgo de delegar demasiado su realidad en otros. En ese sentido, creo que hace tiempo que el novelista dejó de tener los pies en la tierra.

—Supongo que es fácil dejarse querer.

—No soy la clase de hombre que se deja seducir por los halagos o la pleitesía, y supongo que sí, que va con el cargo, pero tendrías que ver la caterva de lameculos de la que se rodea.

Patricia Duval se reclinó en su silla, estudiándome por encima de su taza.

—Pareces conocerle bien. —Su voz era suave, pero la afirmación era afilada como un cuchillo—. Y quizá eso podría ayudarme, porque también es mi paciente, y Newman sigue siendo un misterio para mí. Sin ninguna duda, es un hombre fascinante, un escritor inteligente, culto, un creativo puro, pero también es probable que su bloqueo, el hecho de que no recuerde quién es, pueda estar motivado por un trauma, por algo que sea tan terriblemente doloroso que prefiera dejarlo a un lado. Tú lo conoces, señor Star, ¿en qué anda metido Benedict Newman?

—Cariño, en primer lugar, ya va siendo hora de que me llames por mi nombre. El señor Star era mi padre. Llámame Colt.

—Lo haré —dijo en un susurro, sonriendo. Y esa sonrisa me desarmó más que una pistola contra el pecho.

—Respecto a Newman —continué, apagando el cigarrillo en el platillo del café—, yo también me planteé esa pregunta, en qué puede andar metido nuestro escritor. La respuesta es que Benedict Newman es un buen hombre, es lo que ves. Un hombre refinado, centrado en su carrera, con una clase de ego que va siempre unido a su trabajo y a la percepción que los demás tienen de él. Me vas a perdonar la expresión, pero sin la clase de sangre que corre por las venas de los verdaderamente malvados. Y sé de lo que hablo, Patricia, he conocido a muchos de esos.

—Entonces, ¿crees que la policía comete un error con él?

—Es demasiado pronto para hacer una afirmación así. Si algo he aprendido en todos los años que llevo siendo un sabueso es a no confiar en las primeras impresiones, ni siquiera en las mías.

—Entonces...

—Mira, cielo, llevo mucho tiempo colaborando con él, pasándole las notas de mis casos para que dé verosimilitud a lo que escribe. Para él eso siempre ha sido capital. Lo que debo discernir ahora es si la fascinación que siente por el crimen lo ha llevado quizá a buscar otras fuentes. Que yo sea su confidente no significa que sea el único. Hay varios casos de escritores que se empeñan en entrevistarse con asesinos, como si fueran Robert Ressler, en asomarse al abismo para ver el corazón del monstruo. Creo que los tiros pueden ir por ahí.

Justo en ese momento, un picahielo al rojo vivo pareció clavarse en mi sien derecha. Un latigazo. Apreté la mandíbula, conteniendo el aire, y me llevé una mano a la cabeza, masajeando la zona con los nudillos.

Su tono cambió al instante, la doctora volvía a tomar el timón.

—El escritor está protegido, Colt. Ahora hablemos del detective. Esos dolores de cabeza... no son normales.

—El dolor es el peaje por estar vivo, doctora. Y no se paga con dinero, los tipos como yo lo pagan con porrazos en el cráneo.

Duval se puso seria, adoptó su rol de neuróloga, pero su preocupación era personal. Se inclinó sobre la mesa, y sus ojos de whisky me atraparon.

—Escúchame, Colt. La brecha se está curando, pero el golpe fue en la base del cráneo. Un impacto así puede provocar un hematoma subdural tardío. Podrías acostarte sintiéndote bien y no despertar. O despertar sin saber quién eres, sin poder hablar. O con convulsiones. —Su mirada se intensificó—. Y hay algo más. Esas migrañas tan violentas... A veces, un trauma severo como el que sufriste no crea problemas, sino que nos muestra algo que estaba ahí escondido, dormido. Quiero hacer más pruebas. Quiero descartar cualquier sombra que no pertenezca al golpe.

La palabra *sombra* removió algo en mi interior. Me incliné también, interesado.

—¿Qué tipo de señales estás buscando? ¿Qué es lo que podría ser preocupante?

—Sin duda, y en primer lugar, esas migrañas tan potentes y repentinas. El modo en que aparecen y el momento en que se manifiestan, lo que estás haciendo, lo que estás pensando, la tensión a la que estás sometido en el instante en que se producen nos puede dar una señal sobre el lugar lesionado. Pero también otras cuestiones como la dificultad para recordar palabras, olvidos que antes no se producían, confusión en cualquier momento. Visiones, pesadillas, voces...

Sonreí.

—Cielo, ¿de verdad me has preguntado si escucho voces? Pensaba que esa clase de cosas solo me las preguntaría el doctor Kutz.

—Hablemos en serio, Colt —me riñó. Me encantó que lo hiciera.

Dejé la broma a un lado. Ella se merecía la verdad, o al menos la parte de la verdad que un tipo como yo puede compartir.

—He olvidado algunas cosas. Hay ropa mía en casa de Newman, así que entiendo que he debido de ser su huésped en más de una ocasión. —Di un sorbo al café, dejé la taza—. ¿Pesadillas? Claro que tengo pesadillas, encanto. Es parte del trabajo. Cuando bajas al sótano del alma humana, es imposible no mancharse los zapatos de barro. Veo cosas, sí. Sombras con deudas pendientes, presencias en habitaciones vacías. Oigo sus voces, pero no me hablan a mí. Son como una radio mal sintonizada en la habitación de al lado.

Hice una pausa, valorando si contárselo o no. Decidí que ella lo merecía.

—Hay una pesadilla recurrente, la he tenido toda mi vida. Ocurre en mitad de un sueño normal, de pronto me miro las manos y están cubiertas de sangre. —La miré a los ojos para tranquilizarla y también para que supiera que estaba siendo absolutamente sincero —. Nunca le he dado importancia. Creo que es una especie de recordatorio para mi trabajo, para que no olvide hasta qué punto debo implicarme, y que bajo ninguna circunstancia debo dejar que mis manos se manchen de la inmundicia que manejo. No es que sea fácil, pero hasta ahora lo he logrado. Hay otro tipo de sueños, no los

llamaría pesadillas, son confusos, inquietantes. Gente que habla, sombras que se mueven, oigo sus voces, pero no veo sus rostros.

—¿Oyes esas voces en otros momentos?

Me reí, esta vez a carcajadas. Estiré la mano sobre la mesa y tomé sus dedos. Ella no retiró la mano.

—Cielo, no oigo voces, y distingo perfectamente cuando estoy soñando de cuando estoy despierto. Créeme, la única voz que escucho ahora mismo en mi cabeza es preciosa, es la tuya, y me encanta. —Le solté la mano antes de que lo hiciera ella, solo para comprobar que no la retiraba. La mantuvo en el mismo lugar sobre la mesa.

—Colt, quédate en el hospital, deja que te haga algunas pruebas. Quiero monitorear tu sueño; tenemos habitaciones especiales en el área del sueño, ya verás, es como un apartamento, estarás cómodo y podrás trabajar —me pidió mirándome a los ojos.

Me habría encantado aceptar, pero no podía.

—Cielo, la oferta es muy tentadora, pero tengo una deuda con la hija del escritor. Le prometí limpiar el nombre de su padre. No puedo hacerlo desde una cama con barrotes.

—Tu poder deductivo va a mermar, Colt. Puedes seguir trabajando desde aquí. Te conseguiré una habitación tranquila, tus cuadernos, un teléfono, un ordenador, todo lo que necesites. Solo tienes que hacer una cosa: dejar que te cuide. Confía en mí.

«Confía en mí.» Palabras que había oído mil veces. Casi siempre eran una trampa, pero en sus ojos no había engaño, había un miedo honesto y una fuerza que no esperaba. Con ella no me sentía como un paciente o como un caso. Me sentía un hombre.

Asentí muy despacio.

—Lo haré, Patricia, porque confío en ti, pero sobre todo, y no te equivoques... —Bajé un poco el tono—: Que te quede claro, tú me gustas. Entiendo que ahora mismo soy tu paciente y tú eres mi doctora. Esas son las reglas del juego. Pero este juego se acabará, y ese día vendré a buscarte a este mismo despacho. Y no será para tomar café.

30

Noche en Ciudad

—El otro día no te mentí —comenzó a explicar Noah—, aunque no te conté toda la verdad sobre mi relación con tu madre.

Nash dejó salir el aire por la nariz de forma audible.

—Te doy mi palabra de que te lo voy a explicar —dijo él levantando las dos manos en gesto de tregua—. Yo fui su paciente. En aquel momento estaba muy deprimido, asumí que iba a morir y eso me causaba una tristeza insoportable, y la razón por la que estaba en Bilbao era que vine tras la huella de ese tipo que huyó de Escocia. Me fijé el propósito de capturarlo antes de morir. Entonces conocí aquí a Mikel Lizarso. —Hizo un gesto hacia su socio—. Él me puso sobre la pista de los irlandeses y el tipo que los acompañaba. Cuando le revelé a tu madre cuáles eran mis intenciones, ella también comenzó a colaborar conmigo. Hizo algo que ahora es muy habitual, pero que entonces suponía estar a la vanguardia de la investigación: me ayudó a perfilar el comportamiento de ese asesino con la intención de adelantarnos un paso a él.

Nash asintió pensativa y dijo:

—Durante algún tiempo, antes de que yo naciera, se dedicó a hacer eso para distintas policías, formó parte durante años de un estudio permanente del comportamiento para su universidad. Después se pasó al lado de las víctimas, a la aplicación del código NASH. —Se encogió de hombros mientras sonreía con tristeza.

—Cuando he dicho que no te lo he contado todo sobre tu madre, no me refería solo a que me ayudó en 1983 a hacer el perfil de comportamiento de John Biblia.

Nash lo miró expectante.

—No te he mentido respecto al contacto que habíamos mantenido en los últimos años, es tal y como te dije: postales de Navidad. Yo le mandaba fotos de mis nietas y ella me mandaba paisajes, puestas de sol en Tximistarri.

La mente de Nash voló hasta el acantilado del monte Igueldo.

—El año pasado, un día sonó el teléfono y era ella. Fue una sorpresa, porque no solía llamarme. Estaba muy nerviosa, muy alterada, asustada. Comenzó a hablar muy rápido, sonaba confusa, rara, apenas entendía lo que decía. Entonces se cortó la comunicación. La llamé repetidas veces, pero no contestó. Volví a hacerlo en los días posteriores sin que hubiera respuesta, hasta que al cabo de una semana contestó una mujer que me explicó que era su vecina. Me contó que tu madre estaba en el hospital.

—Oh, Dios —musitó Nash—. ¿Recuerdas la fecha del día que te llamó?

—El 1 de agosto.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Es el día en que le dio el ictus —contestó ella.

—¡Oh, *aita*! —exclamó la hija del detective—. Sonaba confusa y apenas entendías lo que te estaba diciendo porque probablemente en ese momento le estaba ocurriendo.

Scott Sherrington asintió pesaroso.

—Sí, creo que sí.

—¿Y no recuerdas nada de lo que te dijo? Cualquier cosa, aunque no tenga mucho sentido —rogó Nash.

Negó.

Volvió a revivir aquella noche de meses atrás. El momento en que Enri la llamó para decirle que su madre no contestaba, y después cuando entraron y la encontraron tirada en el suelo. La culpabilidad que sintió pensando en cuántas horas habría estado allí. Recordaba el teléfono en el suelo; entonces había pensado que intentaba llamarla a ella.

—Como te he dicho, además de aquella llamada, en alguna ocasión habíamos compartido fotos por mensajería instantánea, pero

unos meses después, haciendo limpieza de mensajes y spam de mi correo, encontré un envío de una dirección desconocida y no tenía remitente conocido ni asunto. Aun así, lo abrí y, nada más ver la fotografía adjunta, supe que era de tu madre.

Le mostró la imagen en la pantalla de su móvil.

Tomada en blanco y negro, algo desenfocada y extraída de las páginas de un diario. En ella aparecía un fardo de lona que podía haber sido azul, atado con cuerdas. El texto que la acompañaba era muy breve: «Imagen del fardo hallado en la playa por unos bañistas, y que la policía ha requisado». Y debajo de la foto, la doctora Elizondo había escrito: «¿Estás seguro?».

—¿A qué se refería?, ¿qué significa?

Scott Sherrington contestó:

—John Biblia tenía un *modus operandi* muy particular. Como te he dicho antes, en sus primeros crímenes en Escocia dejó los cadáveres expuestos para que la gente los encontrara en la calle, pero después comenzó a esconderlos, por lo que sus crímenes pasaron durante años por mujeres desaparecidas. La noche en que yo estuve a punto de capturarlo se descubrió todo un cementerio en las orillas del lago donde vivía. Cuando llegó a Bilbao, no contaba con una gran playa pantanosa en mitad de la ciudad donde poder esconder a sus víctimas. Como ya no podía enterrarlas, las envolvía en fardos y las iba acumulando en el interior de un antiguo embarcadero a la orilla del río, que en aquellos años era tan apestoso y estaba tan contaminado que el hedor de los cadáveres pasaba desapercibido.

La hija del detective sirvió un vaso de agua y se lo acercó a su padre. Se lo puso delante como si se tratase de una medicina, y él lo aceptó de igual modo. Asintió y se lo tomó en dos tragos, después se lo devolvió musitando un agradecimiento. Solo entonces continuó:

—Las estuvo guardando como un coleccionista, hasta que el día de las inundaciones abrió las compuertas de par en par y la riada las arrastró junto con las vidas de las treinta y cuatro personas que murieron y los cinco que jamás aparecieron.

Lizarso tomó de nuevo la palabra.

—En las semanas posteriores a la inundación se halló en alta mar uno de esos fardos, otro se encontró trabado en el interior de la vieja caseta de la ría, dentro del puerto. Contenían cadáveres de mujeres desaparecidas en Bilbao durante la estancia en la ciudad del hombre que creemos que era John Biblia; los demás fardos no se recuperaron nunca. Ni la policía española ni la escocesa admitieron oficialmente que se tratase de él.

Scott Sherrington levantó un dedo largo y apuntó a la pizarra, arrastrando en su trayectoria la mirada de todos los presentes.

—... Y el aspecto que tenían los fardos era exactamente este: el mismo que el fardo que rescató una patrullera flotando en una zona portuaria hace unos días..., o el mismo que el de la foto que perturbó tanto a tu madre aquel día de un año atrás.

La mirada de Nash saltó de la foto del fardo en el móvil de Noah a la del retrato de Benedict Newman en la pizarra. El círculo se cerraba. Su voz, al hablar, sonó fría y afilada.

—... Y que aparece descrito con detalle en la última novela de Benedict Newman, que se publicó hace poco más de una semana —terminó la frase.

«Confía en mí.» Y le llegó desde muy lejos la voz de su madre.

Dejó salir el aire de los pulmones en un lento soplido, se puso en pie, incapaz de contener la energía vibrante que pugnaba por salir por las puntas de los dedos de sus manos y sus pies como una corriente eléctrica, y dirigió sus pasos hacia la pizarra.

—Noah, ¿qué edad tenía John Biblia?

El detective y Lizarso intercambiaron una mirada breve.

—Nunca lo supimos con exactitud —contestó Noah con franqueza —. No hay fotos suyas, ni una sola. Todo hace pensar que él mismo las eliminó. Tenemos algunos datos escolares, los justos, y según esos datos parecía más joven de lo que era. Cuadra con lo que decían los testigos de la sala Barrowland, la discoteca de la que se llevó a sus tres primeras víctimas, entre el 68 y el 69. Todos coincidían en que era un hombre muy joven. Algunos llegaron a hablar de un chaval. Pero eso chocaba con la sofisticación del *modus operandi*, que apuntaba a alguien con experiencia previa, alguien

que llevaba tiempo haciendo aquello. Podía perfectamente aparentar una edad y tener otra.

Lizarso, que escuchaba con los antebrazos apoyados en los muslos, alzó la cabeza.

—Como ocurre con Benedict Newman, en ocasiones aparenta ser más joven, en otras parece mayor.

Nash puso mala cara. No contestó. Apartó la vista hacia la pizarra y la volvió hacia Lizarso.

—Era una característica del tipo —continuó este, sosteniéndole la mirada—. Los asesinos subrepticios, los del tipo gris, como los llaman ahora en los manuales. Pasan inadvertidos. Aspecto pulcro, insignificante, o muy normal. Hombres que cuando se los describes a alguien que los ha visto suelen contestar que no lo recuerdan, o que les pareció un tipo cualquiera. No encajan con la idea que la mayoría de la gente tiene de un agresor. Y la edad es uno de los rasgos que se les escapan: pueden parecer mayores o más jóvenes de lo que son, según convenga. No es un disfraz. Es la materia de la que están hechos.

Nash asintió despacio sin decir nada. La doctora Elizondo había escrito sobre eso. Lo había explicado en aulas, en informes periciales, en conferencias. Pero oírlo ahora, en la oficina de Noah, con el retrato robot a su espalda y la fotografía de Newman pegada al lado, era distinto.

De nuevo su madre en el centro de un laberinto de secretos del que ella había sido excluida. No era solo una psiquiatra brillante; fue una cazadora. Sintió una punzada de orgullo, seguida de inmediato por el hielo del resentimiento.

¿Cuántas vidas vivió esa mujer? Se obligó a concentrarse, a enfundarse de nuevo la piel de la profesional. El hielo del resentimiento no serviría de nada. La punzada de orgullo era un lujo que no podía permitirse. Aquello dejaba de ser personal para convertirse en un caso. Aquel era su territorio. Y los casos se resolvían con la cabeza, no con las tripas. Y ahora, ella era la única doctora Elizondo sobre la faz de la tierra.

Se volvió a mirar a Scott Sherrington.

—Lo que mi madre te estaba preguntando es si estabas seguro de que John Biblia está muerto.

31

Nash detuvo su Mustang frente a la fastuosa entrada de la mansión de Benedict Newman. Había conducido disfrutando de la maravillosa sensación de viajar sola en él sin mascarilla, con el rostro expuesto a la brisa templada del atardecer. Pero ahora, frente a la mansión del escritor, el placer se esfumaba. Permaneció quieta dentro del coche, observando la casa. A los costados de la señorial fachada, el ala de la cocina y la biblioteca del escritor se extendían simétricamente. Los pensamientos iban y venían a gran velocidad, acaparando su mente y provocándole una inmovilidad física que ya había experimentado en otras ocasiones cuando estaba trabajando. Cuando la gravedad del pensamiento casi pesaba.

Las imágenes de la pizarra de Scott Sherrington se atropellaban en su cabeza: el rostro de Benedict, el retrato robot de John Biblia, las fotografías desvanecidas de las tres víctimas de Glasgow, el recuento interminable de mujeres muertas en el lago Katrine, las cuatro víctimas que presuntamente Biblia se cobró en Bilbao en 1983, las páginas arrancadas de *Todas las noches, todas las ciudades* en las que se hacían alusiones a los crímenes, los tétricos fardos de lona azul y la sonrisa de aquella joven que Noah llamaba la princesa escocesa, y que era distinta a todas las demás.

La puerta principal, al abrirse, interrumpió el flujo de sus pensamientos. Elisa apareció en el umbral de la mansión.

—Señorita, la he oído llegar hace un rato, ¿no va a entrar?

Nash asintió tranquila, aunque su respuesta acudió desacompasada, tres o cuatro segundos después.

—Sí, sí, Elisa, tengo que entrar.

Caminó despacio hacia la puerta, rebasó a la mujer rechazando con amabilidad su ofrecimiento de prepararle algo para comer y

subió a su habitación. Abrió el armario y rescató del fondo el maletín de aluminio que le habían donado las Mitxelena y en el que guardaba todos los legajos de su madre. Dedicó una mirada alrededor como si buscase algo en concreto. Algo que no halló. Retrocedió hasta la cama y se sentó en el borde con el maletín sobre las rodillas. La cerradura cedió con un clic limpio. Apartó el ordenador, los recortes plegados que su madre había guardado durante años, los informes y los cuadernos. Buscó las cartas. Las treinta y una atadas con una cinta de algodón, todas con la misma letra firme y elegante, todas dirigidas a la misma destinataria que ella misma había sido y ya no era. Sacó una al azar.

La fecha estaba escrita en la esquina superior derecha. «12 de febrero.» No miró el año.

Sus ojos saltaron sin querer al encabezamiento. Un nombre. El que había tenido antes de llamarse Nash. Apartó la vista antes de demorarse en él, como quien retira la mano de un objeto que aún no ha decidido si va a tocar.

Empezó a leer.

«Aunque es probable que nunca llegues a leer esta carta...» Hablaba del frío en la costa. De las gaviotas que volaban tan bajo que se confundían con la espuma. De Bastian, un nombre que para ella no significaba nada entonces y que ahora sabía que era el del mayordomo anterior, que había llevado el correo aquella mañana sin hablar y a quien él agradecía el silencio como un acto de cortesía.

Tres frases. No pudo seguir.

Se preguntó si el hombre que escribía sobre las gaviotas y el silencio educado de un mayordomo, el mismo hombre que firmaba novelas y triunfaba en las listas de ventas de libros, el hombre cuya foto de contraportada ocupaba el centro de la pizarra de Scott Sherrington, podía ser el mismo que envolvía cadáveres en fardos azules.

Dobló la carta despacio, por la misma línea por la que él la había doblado treinta y tantos años atrás, y la devolvió al fajo. Volvió a atar la cinta. Cerró el maletín. Lo sostuvo un momento sobre las rodillas, mirando el frío metal, antes de levantarse.

Salió de la habitación llevándolo con ella y, como si una brújula interior la guiase, bajó hasta la primera planta y se dirigió a la biblioteca.

Se detuvo en el centro de la habitación, como intentando extraer la información que aquel lugar contenía. La elipse perfecta, el sillón en el centro, la luz proyectada como en un escenario. Avanzó hasta la puerta escamoteada y, empujando la estantería, entró en el despacho de Newman y, de nuevo, consciente de la importancia que para su trabajo tenía ser capaz de absorber las impresiones que sus pacientes imprimían en los lugares por los que transitaban en su vida, dejó simplemente que el espacio le hablase.

Posó su maletín sobre el sofá de terciopelo y avanzó hacia la mesa imaginando la presencia del escritor; la rodeó y apartó el sillón de cuero deslizándolo sobre la suave alfombra de seda. Con el mismo cuidado que si estuviera viendo a través de los ojos de Newman, se fue inclinando hasta quedar sentada para obtener la visión que él tenía cuando estaba allí, en su trono, en su espacio de poder.

Recorrió con su mirada el escenario de la vida de aquel hombre misterioso, rodeado de lujo, de buen gusto y pulcritud. Se fijó en el gran espejo veneciano situado a distancia suficiente como para parecer parte de la decoración, pero estratégicamente colocado para permitir que Newman obtuviese una visión de su propio mundo con solo alzar la mirada.

Para muchas personas resultaría intimidante: enfrentarse constantemente a la propia imagen y, por lo tanto, a los propios defectos. Para cualquiera con un funcionamiento psicológico ordinario, estar horas expuesto a sí mismo acaba siendo insostenible; la mirada continua sobre el propio rostro agota e interrumpe el pensamiento interno.

Se posicionó de frente y sostuvo su propia mirada. Suspiró mientras observaba su reflejo y luchaba contra el natural impulso de dejar de verlo.

Aguantarlo, en cambio, hablaba mucho del tipo de carácter. Podía ser perfeccionismo extremo, la obsesión por estar siempre evaluándose. Podía ser narcisismo: la vanidad de quien necesita teatralidad privada, un público aunque fuera uno mismo. O podía ser

algo más frío y depredador: un hombre que se mira sin juzgarse porque se siente por encima de cualquier juicio, y usa el espejo como herramienta de dominio sobre su propio mundo.

Apartó la mirada del cristal. Se inclinó un poco hacia delante apoyando los codos sobre los muslos.

Pero la hipótesis que para Nash tomaba más fuerza era otra. El uso voluntario del espejo podía ser un mecanismo de defensa sofisticado: si al mirarse uno no llegara a reconocerse del todo, el espejo se convertía en una pantalla de cine donde veía a un personaje que escribía, y a la vez en un ancla, la confirmación visual constante, obsesiva y casi enfermiza de que seguía ocupando un lugar en el espacio físico y no se disolvía en su propia mente.

Se acercó a la mesa.

Rozó con las puntas de los dedos cada uno de los escasos objetos que había sobre el tablero. El secante de cuero, el teclado y el marco de una enorme pantalla; vio el cable que colgaba huérfano después de que la policía se llevase la torre, un pisapapeles de cristal con forma de esfera, un antiguo tintero de plata, una pluma estilográfica Montblanc y un abrecartas.

Hizo rodar el asiento hacia atrás, se puso en pie y recorrió el perímetro de la estancia, pasando pegada a las librerías mientras observaba los lomos oscuros de los libros ordenados por idiomas y ediciones. Reparó en que algunas de las secciones tenían en su parte baja armarios cerrados con puertas. Se inclinó y los fue abriendo. En el interior, ficheros de cartón etiquetados con los títulos de las novelas. Deslizó una tapa y vio que contenían folios sueltos, manuscritos, apuntes y notas de cada novela. Y todo aparecía ordenado por fechas y títulos. O la policía tuvo el cuidado que había prometido, o Karim se había esmerado en las últimas horas.

Tomó un par de folios del montón y reconoció la letra elegante y clara, los trazos firmes y de ritmo constante, de las cartas que cada año Newman le había enviado el día de su cumpleaños. Dejó la muestra de escritura sobre la mesa y regresó a su lugar para seguir probando cada una de las puertas hasta que llegó a una que estaba cerrada con llave. No era una cerradura de seguridad ni nada por el estilo, pero la llave no estaba. Se incorporó y miró pensativa

alrededor hasta que localizó sobre la mesa de Newman el abrecartas de plata con forma de espada.

Volvió junto al armario e introdujo la punta de la daga por la estrecha rendija de unión de las puertas, dio un fuerte tirón hacia arriba y el pequeño pestillo saltó con un clac casi imperceptible. Dentro había libros. Iba a cerrarlo de nuevo cuando reconoció el color característico de una edición que identificó nada más verla. Tiró del lomo del ejemplar y vio que, en efecto, era *El yo y el ello* de Sigmund Freud. A su lado, *La interpretación de los sueños*, del mismo autor. Considerada el nacimiento del psicoanálisis, exploraba la teoría del psiquiatra sobre los sueños como reveladores de deseos reprimidos. Eran libros populares; millones de personas en todo el mundo se habían sentido atraídas por las ideas de Freud, sobre todo en la década de los cincuenta y sesenta.

Más llamativo le pareció el resto de la biblioteca: *Inteligencia emocional* de Daniel Goleman, *El hombre en busca de sentido* de Viktor Frankl, *El poder de los hábitos* de Charles Duhigg. Cautivada, se sentó en el suelo mientras los iba sacando de su lugar y apilando a su lado. Había obras de Erich Fromm, como *El corazón del hombre*, o *Pensar rápido, pensar despacio* de Kahneman, e incluso *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana* de Pinker.

Era una biblioteca fascinante, propia de un psicólogo o de un psiquiatra. La segunda balda solo lo confirmaba, aunque su naturaleza viraba en una dirección concreta: *La máscara de la cordura* de Hervey Cleckley. *Sin conciencia.El inquietante mundo de los psicópatas que nos rodean* de Robert D. Hare, en una de sus primeras ediciones. Lo abrió para ojearlo y vio que alguien había subrayado párrafos enteros. Tomó algunos de los libros del montón de al lado y comprobó que en todos aparecían secciones señaladas con un lápiz tan oscuro como un carboncillo.

Era una colección única que delataba un gran interés por la mente psicópata. Pero más llamativos le parecieron los libros técnicos, más propios de la criminalística: *Elaboración de perfiles criminales*, *Manual de psicología forense criminalística*, *El factor psicópata*, *La sabiduría de los psicópatas*. Reconoció por su lomo *El que lucha con*

monstruos de Ressler. La imagen de esa misma edición, con su inconfundible tapa azul, apareció nítida en su mente: había un ejemplar idéntico en el despacho de su madre. El recuerdo fue tan vívido que casi pudo oler el perfume de ella.

La biblioteca oculta de Newman no era un simple hallazgo, era un eco perturbador de su propio hogar, de su propia historia. Un eco que lo contaminaba todo. Se puso en pie y comenzó a acarrear libros hacia el Chester de terciopelo, disponiéndolos en orden sobre el respaldo. Sus movimientos delataban una lentitud deliberada, silenciosos, sedosos como los de un gato. Cada mirada estaba destinada a comprobar la textura de aquel mundo, a extraer la huella real de la presencia de Newman en aquella estancia.

Se inclinó para abrir el maletín y entonces percibió un movimiento junto a las puertas acristaladas que daban al pasillo. Margot y Robert entraron en el despacho. Karim, que venía unos pasos por detrás, se detuvo, cruzándose de brazos y apoyándose en el quicio de la puerta. La unión de aquel grupito hacía aguas desde la intervención del secretario en la reunión con los médicos, y su declaración a favor de la incapacitación de Newman en el juzgado la había terminado de rematar.

Karim sonrió al ver a Nash; fue el único que lo hizo, y desde la entrada elevó una mano a modo de saludo.

—Elisa nos ha dicho que estabas aquí... —dijo Margot deteniéndose, sorprendida de pronto—. ¿Qué estás haciendo! —exclamó alarmada mientras avanzaba hacia el interior del despacho. Sus ojos saltaban del armario a los libros en el suelo, del sillón desplazado de su lugar a los ejemplares abiertos sobre el respaldo del sofá.

Nash no dijo nada. Robert se detuvo y la observó. Margot llegó hasta el Chester, tomó uno de los libros y lo cerró mientras demandaba respuestas.

—¿Ha regresado la policía?

—No —contestó Nash lacónica.

—Creía que Karim ya lo había ordenado todo...

—Y lo hice —intervino el aludido desde su posición junto a la puerta.

Nash observó a Margot, consciente de su desazón y del modo en que iba cerrando los libros y apilándolos en su regazo, como si portara un bebé.

—He sido yo —dijo con calma.

La editora la miró incrédula.

—Pues espero que tengas una buena razón para esto.

Nash pensaba. Desde que salió del despacho de Scott Sherrington, y mientras conducía en dirección a la mansión, se había sumido en un estado de aparente catatonia que avanzaba como una marea creciente que asolaba su interior y que la envolvía en una calma conocida, y amada, que experimentaba cuando hacía su trabajo. Se acercó a Margot, con suavidad y firmeza le quitó los libros del regazo y los volvió a apilar sobre el sofá.

—Supongo que venís del hospital.

El desconcierto en el rostro de Margot era evidente; aun así, la mención del hospital pareció renovar su claro desacuerdo. Nash lo esperaba; la petición de Barezzi de que lo acompañase a la comisaría había truncado cualquier posibilidad de reproche a la salida del juzgado, pero sabía que las reclamaciones llegarían.

—Debiste insistir al juez para que nos permitiera traerlo a casa. Estaba muy desconcertado, yo diría que enfadado. Le prometimos que podría regresar; la jefa de Neurología consiguió convencerle de que tenía que pasar la noche allí para hacerle esa prueba de sueño, pero no estoy muy segura de que vaya a ser fácil retenerlo.

Nash no contestó. Como si una poderosa voz la llamase desde allí, sus ojos se posaron de nuevo en los libros apilados en el suelo junto a la estantería. Caminó hasta el montón y se inclinó para recoger otro par de ejemplares que llevó hacia el sofá. La perplejidad de la editora era tan palpable que la hizo encogerse de hombros mientras se volvía a mirar a Robert buscando colaboración. Él se la brindó.

—El abogado del señor Newman nos dice que quizá dentro de unos días se pueda volver a solicitar una modificación de las condiciones. Nos explicó que si elaboras un nuevo informe recomendando el traslado a su domicilio, el juez lo contemplaría. Mitchell cree que no sería difícil obtener un informe favorable de la jefa de Neurología.

—Newman está bien donde está —contestó Nash autoritaria mientras colocaba los libros junto a los otros.

—¿Estás buscando algo? —preguntó desconcertado el mayordomo, mirando a su alrededor para poner de manifiesto lo extraño de su actitud—. Karim podría ayudarte.

—Sí —dijo mirando a los tres y fingiendo animarse—. Estoy buscando al hombre que dice llamarse Benedict Newman. Seguro que todos podéis ayudarme.

La desazón en el rostro de Robert y Karim fue genuina, pero Margot abrió la boca sorprendida; fue solo un instante, como si fuera a decir algo y se hubiera arrepentido.

Nash asintió con calma, retrocedió dos pasos hasta tocar el escritorio, se apoyó ligeramente y dijo:

—Yo vengo de la comisaría. —Habló muy despacio y consciente de cómo captaba la atención de los tres—. El inspector Barezzi me ha mostrado lo que encontraron en el registro. La intención, como todos imaginábamos, era hallar algo que relacionase a Benedict con el autor de esos crímenes y el modo en que obtuvo esa información, pero la naturaleza de lo que descubrieron es muy distinta.

—¿Qué? —preguntó Robert impaciente.

—Encontraron prendas identificativas del IRA, como una boina con su lema y un arma característica de la banda. Encontraron también la documentación sobre la identidad de un terrorista, Collin Doyle, al que se le perdió la pista en Bilbao en 1983.

—Podría ser documentación para una novela —sugirió Robert—. ¿Os dijo Newman que tuviese intención de escribir algo sobre el IRA? —añadió mirando a Margot y volviéndose para incluir a Karim.

El secretario negó; Margot se extendió más.

—No, pero eso no tiene nada de raro. Benedict siempre es muy reservado sobre la temática de sus próximas novelas. Me cuadra perfectamente, siempre va muy adelantado con la documentación y a menudo dice en sus entrevistas que siempre tiene más de diez novelas en la cabeza, y yo le creo, su creatividad no tiene límite. Podría ser documentación para una novela futura. Conozco a otros escritores que se agencian una réplica del arma que usan en el texto.

—La que la policía ha encontrado es un arma auténtica, no una réplica, pero aun así te lo compro. Podría ser —admitió Nash—, de no ser porque entre esas cosas apareció también una libreta con códigos, unos códigos muy particulares, los que la cúpula del IRA utilizaba para comunicarse en clave con la policía y reivindicar sus atentados. Desde la Interpol dicen que es imposible que alguien que no hubiera estado en la dirección de la banda hubiera tenido jamás acceso a un material tan delicado, pero están de acuerdo en que es probable que Collin los tuviera. Pero es que hay más... —El desconcierto en sus rostros era palpable; no obstante, Nash dejó que lo masticaran antes de hablar—. El Departamento de Interior estadounidense no tiene constancia de ningún Benedict Newman nacido en Los Ángeles en su fecha de nacimiento; siguen tratando de hallar su rastro.

—Dios mío —exclamó Robert—. Esto va en serio.

—A ti no te sorprende, ¿verdad, Margot? —preguntó Nash mirándola de frente.

La editora resopló y se irguió de forma perceptible antes de contestar. Se desplazó hasta un extremo del sofá y se sentó allí.

—Newman no es un terrorista si es a eso a lo que te refieres, pero siempre he sospechado que no era su verdadero nombre. Una vez me lo insinuó.

Nash alzó una ceja interrogante.

—Estábamos hablando de la imagen que tenía como escritor y me dijo algo como que en ocasiones era necesario construir el personaje, lo que la gente esperaba que un escritor fuera, y eso a veces implicaba dejar cosas atrás.

—¿Cosas como una identidad?

—No es tan raro, muchos escritores utilizan seudónimos para firmar sus obras. Nuevas identidades, nombres y apellidos que suenan más literarios o que incluso implican una actitud cercana a lo que escriben. Es muy común en las escritoras de novela romántica. Si lo piensas, es casi una denominación simbólica: Newman, el hombre nuevo, como un renacido. Cambiarse el nombre en Estados Unidos es tan común como cambiar de profesión.

—Diría que hay una gran diferencia entre utilizar un seudónimo para firmar tus obras y falsificar una identidad —contestó Nash.

—¿Y tienen alguna prueba de eso? ¿O simplemente han expuesto lo que les gustaría? —preguntó Robert.

—Lo están investigando. De cualquier manera, como dice Margot, obtener una nueva identidad en los sesenta y setenta en Estados Unidos no era difícil. No era tan fácil en Europa, y eso también lo están investigando. El terrorismo no prescribe, así que la Interpol está tratando de localizar a la hermana sobreviviente de Collin Doyle. Pretenden solicitar una prueba de ADN.

El rostro de Robert se tensó.

Nash registró la secuencia completa: primero, la breve contracción en la mandíbula del mayordomo, una sacudida de pura tensión. Y después, el gesto correctivo, el de quien se descubre desnudo y se apresura a cubrirse. Nash supo que no estaba presenciando una simple reacción, sino el esfuerzo consciente por sofocarla, por recomponer un aplomo que solo ella notó flaquear. ¿Por qué?

—Esto es increíble —se indignó Margot—. No he visto este nivel de persecución ni en la ficción. Así que ha pasado de ser sospechoso de describir las hazañas de un asesino a ser sospechoso de terrorismo.

—Parece que una cosa no quita la otra —dijo Nash—. La policía tiene pruebas de que, en 1983, Collin Doyle tuvo relación con un hombre huido desde Escocia y sospechoso de haber cometido los asesinatos de varias mujeres...

—Los crímenes que Benedict Newman describe en sus novelas... —terminó Karim.

Margot lo miró y explotó.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¡Por el amor de Dios, Nash! —buscando su piedad—. ¿No te das cuenta del nivel de hostigamiento que esto supone?

Pero fue la observación de Robert la más acertada:

—¿Eso es lo que haces aquí? ¿Buscas pruebas de que tu padre es un asesino o un terrorista?

Margot miró a Robert mientras hablaba y después a Nash demandando respuestas.

—¿Sabéis a qué me dedico? Soy psicóloga forense. Hago autopsias psicológicas. Mi trabajo consiste en desentrañar la mente de mi paciente, como hace cualquier psicólogo; la diferencia es que la mayoría de las veces mis pacientes están muertos, son desconocidos que no tengo delante o personas que han perdido por completo su capacidad para comunicarse. Aunque a mí eso me da igual, porque no importa lo que dicen, lo que los demás dicen, lo que pretenden ser o la identidad que muestran.

—Pero... ¿vas a ayudarle? —dijo esperanzado Robert.

—A mí solo me importa la verdad, y suelo descubrirla.

—No tienes derecho a hacer esto —musitó Margot llevando la mirada de Nash a la estancia, como si contemplase un expolio.

El teléfono de Nash comenzó a sonar en su bolsillo. Lo extrajo, miró la pantalla y, al ver que era la doctora Kalo, contestó.

—Eneka, dame un segundo y estoy contigo. —Cubrió el micrófono para contestar a Margot—. Quizá no has oído bien al juez: Benedict Newman está bajo mi custodia. Es mi paciente. Y a partir de ahora trabajaré aquí, de hecho, ya he comenzado.

Después, dándoles la espalda, contestó la llamada mientras los escuchaba salir del despacho.

—Hola, mi ciela. Tengo los resultados de tu análisis, es sangre —dijo Kalo arrollando con su información.

—¿Humana?

—Sí, tengo el grupo sanguíneo por si te sirve de algo, cero positivo.

—¿De hombre o de mujer?

—Cariño, tu muestra me ha llegado hace un rato. —La imaginó apoyada en uno de los altos bancos de su laboratorio: la bata impoluta que nunca se abrochaba dejaría ver su ropa ajustada, negra como siempre, su estrecha cintura; la melena rubia y suelta hasta mitad de la espalda, y las punteras de sus zapatos afilados y de tacón—. La rehidraté y obtuve esto. Pero para lo que me pides tendría que hacer una secuencia de ADN entera, y desde que no estás en la universidad, el doctor Herzog me mira el culo con lupa.

—No, gracias, Eneka, te agradezco muchísimo lo que haces por mí. Esto me sirve.

—A mandar, reina —contestó Kalo.

32

> Nombrar lo que nos ocurre no lo resuelve. Pero sin nombrarlo, no existe la posibilidad de resolución.
>
> BENEDICT NEWMAN, en *Los que paran*

Noche en Ciudad

Abrí los ojos y vi que estaba allí. O quizá abrí los ojos porque él estaba allí; días después seguiría barajando ambas posibilidades. La visión podría haberse reducido al recuerdo de un sueño, algo que se olvida porque no importa. Cuando abrí los ojos lo vi y, de alguna manera, fui consciente de que él me miraba. No me alarmé; vestía como cualquier médico: ropa blanca de hospital, un gorro quirúrgico y, como todos en este maldito tiempo, una mascarilla que le cubría parte del rostro. Inmóvil, desdibujado por la niebla mental que me aturdía. Estaba a punto de catalogarlo como una alucinación cuando se inclinó un poco más y susurró:

—¿Me recuerdas? —Su voz sonó como el eco de una tormenta.

Parpadeé incrédulo mientras sentía cómo un martillo pilón golpeaba mi cabeza y mi realidad se fundía a negro.

Cuando desperté de nuevo, el techo era de un blanco ofensivo. Cada pulso en mi sien era un eco del mazo del juez declarando senil al viejo escritor; la brecha que me regaló el acólito de Barezzi en la comisaría seguía pasando factura. Instintivamente, me llevé la mano izquierda a la nuca, sentí la cicatriz seca y tirante, los puntos de sutura pugnando por romperse.

Me miré las puntas de los dedos y vi que no había sangre, pero las uñas aparecían teñidas de oscuro, como si sin darme cuenta me

hubiera estado rascando el cráneo herido. Levanté la otra mano y vi que alguien me había puesto en el dedo corazón un sensor de pulso. Una ventosa que estaba pegada en mi frente saltó de su lugar; recordé que tenía más en el pecho, en las piernas, en la cabeza. Cerré los ojos. Dolía, dolía como todos los demonios y, por un momento, la idea de quedarme quieto en esa cama esterilizada no sonó como una condena, sino como una tregua.

La puerta de la habitación se abrió y mi doctora favorita entró sonriendo, iba acompañada por una enfermera y un coro de zumbidos lejanos: el pitido rítmico de un monitor en el pasillo, el siseo constante del aire acondicionado, el chirrido de unas suelas de goma a lo lejos.

—Veo que estás despierto, ¿te encuentras mejor?

—Supongo que sí —admití—, aunque no recuerdo cómo comenzó la migraña.

La doctora Patricia Duval se inclinó sobre mí. Eso me gustó.

—¿No lo recuerdas? ¿Qué es exactamente lo que no recuerdas?

—No recuerdo el momento en que comenzó la migraña.

Con las puntas de los dedos desplazó mis párpados para verme los ojos. Sentí sus manos frías y suaves como seda.

—Te explicamos la naturaleza de la prueba que te hemos realizado, una polisomnografía.

Lo recordaba. Patricia me convenció de la importancia de aquella prueba; podría ayudarlos a determinar el origen de mis migrañas, descartar apnea del sueño y los problemas de memoria asociados. Me habían colocado bandas torácicas y abdominales y me habían pegado una gran cantidad de sensores por la cabeza y el rostro.

—Estuviste escribiendo un rato mientras te relajabas. —Señaló mi cuaderno de bitácora sobre la mesilla—. Y de pronto estalló una migraña.

—Ahora lo recuerdo.

—Habrá que repetir la prueba, porque tuvimos que sedarte para calmar el dolor, y para este estudio es indispensable que el sueño se produzca de modo natural... Pero lo bueno es que te teníamos monitorizado durante todo el ataque. Los datos que obtuvimos nos ayudarán a determinar cómo se produce la migraña y a tratarla.

La miré pensativo.

—Cariño, ¿viniste a verme antes?

—¿Antes?

—Mientras dormía. Me desperté y había alguien junto a mi cama. Me habló.

—No, seguimos la evolución del sueño desde una sala donde recibimos todos los datos a través de monitores. También hay algunas cámaras que te graban mientras duermes para recoger tus movimientos involuntarios. La consigna es que no entre nadie, precisamente para no alterar el ritmo normal del sueño. ¿Ha entrado alguien en la habitación? —Miró a la enfermera.

Esta negó mientras iba despegándome los sensores.

Yo asentí sin ningún tipo de duda, y ella lo notó.

—¿Qué es lo que viste? —Percibí su interés como médico.

—Nada, a alguien vestido como un médico, por eso pensé que podías ser tú —mentí.

Cuando la enfermera terminó de quitarme todos los electrodos, cerré los ojos para concentrarme en el dolor residual que, como una tormenta en la noche, tras descargar con fuerza se alejaba sobre el mar iluminando de vez en cuando el horizonte.

—Colt. —Sentí su aliento cálido cerca de mi rostro y el deseo de besarla me sacudió todo el cuerpo—. Sé que no quieres estar aquí, pero te pasa algo, algo grave, y yo voy a ayudarte, lo prometo. Pero tú tienes que ayudarme a mí.

No abrí los ojos, no quería que la sensación de tenerla tan cerca se esfumara.

—Intenta descansar un rato, volveré más tarde —susurró.

Sin abrir los ojos, extendí la mano y tomé la suya antes de que se alejara.

—Gracias, cariño. No lo olvidaré.

Patricia cogió mi mano entre las suyas, tirando de ella.

—¿Qué te ha pasado?, ¿cómo te has hecho esto?

Abrí los ojos. Tenía los dedos manchados de algo oscuro.

—Es solo un poco de sangre seca; supongo que mientras dormía me rasqué la herida de la cabeza. Me pica bastante.

Sujetándome de la barbilla, giró mi rostro para verme la nuca. En ese instante deseé besarla con todas mis fuerzas. Me contuve. Pero no me privé de imaginarlo. Mi cara debió de mostrarlo, porque ella me preguntó:

—¿Estás bien?, ¿te pasa algo?

—Me muero por besarte —confesé como un crío, entre avergonzado y excitado.

Sonrió, se inclinó sobre mí y me dio un beso en la mejilla, peligrosamente cerca de la boca. Un beso pausado, lento y muy dulce. Me encantó; no obstante, me quejé.

—No lo imaginé así.

—Guardemos el resto para el día en que vengas a buscarme.

Después, y como si en un segundo hubiera recuperado toda su determinación, tomó mi mano derecha y la observó con el mismo cuidado que había puesto antes en la brecha de mi cabeza. Levantó las sábanas y pasó los dedos suavemente por encima de las manchas pardas que quedaron.

—No se aprecia sangrado en la cabeza. Prefiero que la herida esté al aire, pero le pediré a la enfermera que te ponga un apósito para dormir. El picor es normal, pero la zona está un poco irritada y tengo miedo de que termines saltándote un punto.

—Lo que digas —asentí mientras la veía alejarse. Tenía unas piernas preciosas.

Esperé hasta oír el clac de la puerta para incorporarme. Me sentía feliz. Tomé mi cuaderno de bitácora, el bolígrafo, y repasé las notas de mi caso. Como siempre cuando trabajaba, iba realizando una lista pormenorizada de los actores de aquella siniestra obra. Tomar notas se había convertido en una costumbre que me ayudaba a pensar con claridad. Primero hacía una lista de los implicados y, a continuación, iba escribiendo todo lo que me inspiraban.

El inspector. El Lobo. Un perro hambriento que olfatea un ascenso. Una punzada en la base del cráneo me hizo apretar la mandíbula. El recuerdo del suelo de la comisaría, frío y definitivo. ¿Qué mejor trofeo que la cabeza de uno de los escritores más famosos del mundo? Mancillar su nombre, declararlo un monstruo senil y, de paso, quitarme de en medio. Dos pájaros de un tiro. Sus actos tienen un eco del pasado que no puedo obviar: el Lobo, hijo del Lobo. Su

padre se lo contaría mientras le enseñaba a atarse los zapatos. Un lobato intentando terminar la cacería que el viejo Lobo dejó escapar.

¿Y qué hay del viejo? Un fantasma con placa. Un hombre que en su día ridiculizó la idea de un asesino en serie. Quizá ahora, desde su sillón apolillado, quiere reescribir la historia. Demostrar que él siempre supo quién era el monstruo. Resucitar el caso para poder cerrarlo él, aunque sea a través de su hijo. Una última medalla para una solapa llena de polvo.

¿Y si Barezzi no anda desencaminado? ¿Y si el pirómano es el propio escritor? Una idea retorcida. Un escritor que mató en papel de todas las formas posibles. ¿Cuál es el siguiente reto? ¿El más difícil todavía? No escribir el crimen perfecto, sino hacerlo en la realidad. Ver cómo su ficción, su Colt Star, se enfrenta a un asesino de carne y hueso que es un eco de su propia creación. Un juego de espejos demencial solo para sentir algo nuevo.

Puedo dar cabida a la posibilidad de que, para él, yo no sea más que una marioneta. Quizá ha decidido cortar mis hilos para ver si puedo bailar solo.

Pensar en Benedict arrastrando un cuerpo en plena noche para abandonarlo en un parque es como imaginar a un canario derribando un edificio. Ridículo. El viejo apenas puede con su pluma y su ego. No, él no es el asesino. Es el escenario. La pregunta no es si él lo hizo, es quién está usando su teatro para su propia obra sangrienta.

Y aquí es donde la cosa se pone fea. Porque en mi mundo, en Ciudad, los incendios los causan los pirómanos, pero a menudo los reviven los bomberos. Buscan la gloria, la adrenalina de enfrentarse a las llamas que ellos mismos, en secreto, avivaron.

¿Un bombero nostálgico?

Hice dos trazos debajo de la palabra *nostálgico*.

Alguien que estuvo allí, en los ochenta. Un policía, un periodista, un forense. Una vieja gloria que vio cómo el caso se enfriaba y su momento de protagonismo se desvanecía. ¿Y si ahora, sabiendo que Newman estaba en la ciudad, había decidido darle al interruptor? Resucitar al monstruo para poder cazarlo de nuevo. Para ser el héroe que no pudo ser hace casi cuarenta años. Un bombero jugando con gasolina para sentirse importante una última vez.

El dolor de cabeza era una niebla, pero la conclusión era clara como el filo de una navaja. Alguien estaba resucitando a un fantasma. Y fuera un escritor jugando a ser Dios o un viejo policía jugando a ser un héroe, el resultado era el mismo: mujeres muertas. Y yo estaba en una cama de hospital. Tenía que salir de aquí.

Y entonces lo vi, y estuve seguro de que mi visitante de dormitorio había sido real. Con trazos furiosos, casi arañados en el papel, los de alguien que apretaba el bolígrafo como si fuera un arma, alguien había añadido una nota al pie de las mías.

IMPERDONABLE.

33

Noche en Ciudad

Aún no se había borrado de su rostro la sonrisa que le había dejado hablar con la doctora Kalo. Por su mente cruzaba un pensamiento peregrino que tenía que ver con la coincidencia del grupo sanguíneo con el suyo propio... ¿Podría ser sangre de Newman? ¿Por qué había impresionado tanto al detective Star verla en el dintel de su puerta?

Su mirada recorrió el espacio como si lo viera por primera vez sin la urgencia de antes. La luz de la tarde entraba oblicua por los ventanales, arrancando destellos del cristal impoluto de las librerías y de la veta oscura del nogal pulido. No había una mota de polvo, ni un libro fuera de su sitio, salvo los que ella misma había sacado y esparcido por el sofá de terciopelo. El silencio era tan denso y ordenado como los objetos, y Nash sintió que no estaba en un despacho, sino en el mausoleo perfecto de una mente controlada hasta el último detalle, cuando percibió un movimiento a su espalda.

Se volvió sorprendida y vio que Karim aún seguía en la estancia, parado en el mismo lugar junto a la puerta donde había permanecido durante toda la reunión.

—Karim... —dijo dubitativa.

Él se encogió de hombros y sonrió mientras entraba en el despacho y rodeaba el sofá para llegar hasta ella.

—No suelo estar muy de acuerdo con Robert últimamente, pero tiene razón en que, si estás buscando algo en este despacho, yo soy tu hombre —dijo sonriendo y dejándole ver su dentadura perfecta.

Sin poder evitarlo, Nash tuvo una visión del recuerdo de su torso desnudo y húmedo de sudor y el modo en que sus brazos se

tensaron cuando levantó la mano para saludarla la otra noche. Sintió cómo, sin quererlo, tenía la necesidad de tomar más aire, desvió la mirada hacia el montón de libros que había en el suelo frente a la biblioteca oculta y se dirigió hacia allí solo para poner distancia entre ellos.

—Benedict tiene una magnífica biblioteca con miles de referencias, ahí al lado. —Intentó que su voz reflejase serenidad—. Observé que en su despacho solo hay muestras de las distintas ediciones de sus propios libros. Margot me explicó que no tiene aquí libros de otros autores, por eso me llamó la atención la biblioteca oculta en ese armario. Es evidente que los títulos no son suyos, y como profesional te digo que parece la biblioteca de un psiquiatra experto en psicopatía. —Nash se volvió para mirarle—. Me llama la atención que esté oculta. ¿Por qué no la tiene a la vista como el resto de los libros? ¿Por qué no está en la biblioteca?

Él sonrió y se desplazó hacia uno de los armarios que Nash ya había revisado. Se inclinó, abrió las puertas y extrajo una de las cajas de cartón.

—En estos armarios se guarda toda la documentación utilizada en el desarrollo de las obras de Benedict Newman, en cada caja —levantó la tapa de cartón— hay mapas, panfletos, guías turísticas, artículos recortados de periódicos, fragmentos de crónicas periodísticas o de investigación que usó como referencias, incluso pequeños trípticos de visitas a lugares a los que Benedict se desplazó para documentarse.

Ella se acercó para ver los legajos que Karim iba sacando de la caja.

—Y a su lado, meticulosamente ordenados —señalando al interior del armario—, están todos los libros que leyó como parte de la documentación para cada una de sus obras. En algunos casos hay uno o dos, en otros más de una docena, y hay de todo, desde ensayos modernos hasta clásicos, pasando por libros de historia. Parte de mi trabajo en estos últimos años ha sido ordenarlo todo, fotocopiarlo, filmarlo y guardarlo como documentación que forma parte de la Fundación Newman. Estos son los originales, pero tenemos copia de todo en la fundación.

—¿Quieres decir que estos libros forman parte de la documentación para su escritura?

—Sí, esos libros están aquí porque forman parte de la documentación para distintos libros de Benedict Newman, pero, en particular, para un ensayo que escribió hace unos años.

—No sabía que también fuera ensayista.

Karim fue hacia la pared principal, a la sección superior de la librería. Las distintas ediciones de las obras de Benedict Newman reposaban perfectamente alineadas, como objetos de exposición. Con la punta de los dedos extrajo un volumen de tapas blancas, fino en comparación con sus otras obras.

—Y no lo es, bueno, sí lo es, puesto que tiene un ensayo, recibió varios premios y menciones especiales, pero es cierto que es una de las facetas más desconocidas de su carrera.

—«Los que paran» —leyó el título mientras él se lo tendía.

Nash sujetó el ejemplar con firmeza, pasando las páginas entre sus dedos.

—¿De qué trata? ¿Cuál es su tesis?

—El propio título habla de una excepción en la regla de la aceleración en los asesinos en serie, la que dice que, una vez que se han acelerado, no se detendrán nunca, hasta que alguien los detenga.

—¿Es una obra sobre criminología? —Abrió una página al azar y ojeó el texto.

—No, en absoluto. *Los que paran* es un ensayo sobre la importancia de la narrativa y el lenguaje, pero sobre todo de la lectura relacionada con la conciencia de uno mismo. En él, Newman sostiene que, del mismo modo que tras la Segunda Guerra Mundial y las contiendas de Corea y Vietnam se dio un inusitado aumento de asesinos psicópatas en serie en Estados Unidos y en otros lugares del mundo, el estudio de la psicopatía, el conocimiento de la mente psicopática y los avances en psicología llevaron también a un gran conocimiento de la entidad humana.

—Los estudios del FBI sobre la conducta criminal... —apuntó Nash.

—Pero no únicamente. Se produjo un gran impulso del humanismo que se dio con el crecimiento notable de la psicología, con la

reedición de las principales obras de Sigmund Freud que en esos años se popularizaron. La alfabetización de grandes segmentos de población, la lectura y el autoconocimiento habrían llevado a un descenso importante de esas actividades psicopáticas, las de asesinos en serie.

—El humanismo como defensa de lo humano...

Karim continuó:

—Según sostiene en el libro, el propio carácter ególatra y excepcional de este tipo de personas las llevaría a un interés profundo por lo que les ocurre, y de algún modo a controlar y moderar sus impulsos.

—El narcisismo como instrumento de autoconocimiento... —dijo ella intentando razonarlo—. Es interesante, pero no arriesga demasiado.

Karim sonrió achinando los ojos y la estudió sopesando su juicio.

—No he terminado.

Ella extendió una mano invitándole a continuar.

—Del mismo modo, Newman sostiene que, por una parte, el giro que en los últimos años ha dado la sociedad hacia una pérdida del humanismo en la educación, con el individualismo como lema, y, por otra, la pérdida de la narrativa, la limitación a ciento cuarenta caracteres de las redes sociales y la impronta rápida del ritmo de vida a la que nos ha conducido esta época de oscurantismo, en que todo se obtiene a golpe de clic, serán devastadores.

—¿Devastadores hasta qué punto?

Él abandonó su lugar junto a la librería y paseó por la estancia sin dejar de mirarla.

—Estarás de acuerdo en que nunca como hasta ahora se han dado actitudes tan flagrantes de individualismo, que, lejos de dotarnos de criterio propio, nos han conducido a un fingimiento social. Nos llevará a adoptar personalidades adhesivas, redundará y tendrá como consecuencia un aumento de la psicopatía y de los asesinatos en serie en los próximos años de individuos que operarán por impulso, y sin ningún conocimiento de su propia entidad.

—¿Quieres decir que Newman escribió un ensayo que sostiene que un asesino en serie puede llegar a controlar sus impulsos si se

educa?

—Expresarlo así es muy simple, va mucho más allá de la educación. Tiene que ver con el autoconocimiento, con la narrativa interna, con la «intrahistoria», eso que sabemos de cada uno de nosotros, que no está destinado a ser contado, pero que, sin embargo, es la única verdad. Como dijiste antes, no lo que los demás ven, no lo que finges ser, sino lo que eres de verdad, lo que dejas ver a los que te aman.

Nash percibió el orgullo en su voz, pero era más que eso. Era la pasión de un creyente. Argumentaba las teorías de Benedict con una convicción tan elocuente que resultaba seductora. Se dio cuenta de que el intelecto era, quizá, su arma más afilada. Un hombre que defendía una idea con tanta vehemencia era un hombre con un núcleo fuerte.

—Se diría que estás de acuerdo con sus teorías...

—Espero, por el bien de la humanidad, que Newman no tenga razón y no tengamos que ver cómo en los próximos años ese narcisismo extremo de la sociedad nos conduzca a un repunte de agresores que obren dejándose llevar por el puro impulso; pero te aseguro que su tesis está bien argumentada, y el cinismo individualista que cada vez hace más mella en la sociedad no induce a pensar que se pueda esperar nada bueno.

Nash lo escuchaba con la cabeza inclinada a un lado, medio sonriendo mientras seguía con la mirada su peregrinar por el despacho. Sabía que dominaba el terreno. Disparó su pregunta cambiando radicalmente de tema.

—¿Qué es lo que haces exactamente para Benedict Newman, Karim?

Él detuvo un segundo su pavoneo, aunque enseguida recuperó el paso.

—Sí, ya sé que eres su secretario —añadió ella antes de darle tiempo—, imagino cuáles serán tus labores, pero da la sensación de que vuestra relación es mucho más estrecha. Robert me dijo que te quedaste en la casa de invitados los tres meses que duró el confinamiento. Eso sin duda es mucho compromiso para un secretario.

Él se detuvo ante Nash y sonrió encantador.

—Mis padres y una de mis hermanas viven en Turquía, tengo dos hermanos más que viven en París. —Sonrió—. Y no hay una señora Sahim esperándome en casa.

Nash apreció el coqueteo en su matiz. La frase, junto con su sonrisa, fue como una puerta que él abrió deliberadamente a su vida privada. Nash sintió el calor del halago. Fue agradable, una caricia directa a su ego. Pero su mente analítica no se detuvo ahí: catalogó el gesto. Táctica de apertura. Reducción de la distancia profesional. Creación de un vínculo personal. Era bueno en su trabajo. Muy bueno.

—Me encargo también de las relaciones con la prensa y, como imaginarás, un autor como Benedict recibe peticiones a diario, así que cuando se empezó a rumorear que nos confinarían, y con todo el trabajo que teníamos por delante para la campaña de salida de *Todas las noches, todas las ciudades*, Benedict me lo propuso y me pareció una excelente idea.

Mientras hablaba, su movimiento dejó de ser un paseo distraído por la estancia para convertirse en un avance deliberado. No se limitó a acercarse; fue conquistando el espacio entre ellos con una seguridad felina, usando la librería como ancla. Cuando se detuvo frente a ella, el aire pareció espesarse. Estaba tan cerca que Nash podía percibir el aroma limpio de su perfume, como lima sobre mármol.

Sintió el calor que emanaba de su cuerpo y tuvo que reprimir el impulso de retroceder un paso, o de avanzar dos. Él la estaba acorralando con sutileza, usando su presencia física como una forma de presión, una pregunta silenciosa. Y aunque una parte de ella respondió con una vibración de pura expectación, la otra, la profesional, observaba con una frialdad absoluta. «Este es el movimiento clave —pensó—. Ahora viene el objetivo.» Su sonrisa no fue solo una reacción, sino un escudo. Dejó que un guiño coqueto se dibujara en su boca y preguntó a bocajarro:

—¿Qué opinas de Benedict?

—Es uno de los mejores... —contestó Karim sin titubear.

Ella lo interrumpió.

—¿Te cae bien?

—Nash, es mi jefe —dijo dando un paso y acortando aún más la distancia entre ellos—. No es necesario que me caiga bien para admirar su trabajo. Además, mi labor dentro de la Fundación Newman me ha permitido conocer los entresijos de su creación, y eso es simplemente fascinante. Estoy seguro de que obnubilará a las generaciones futuras.

—Háblame de la fundación, Karim.

Él tomó aire, asintió e hizo un gesto amplio, abarcando el despacho, como si fuera el punto de partida de todo.

—Cuando la gente oye hablar de la Fundación Newman, muchos piensan en un proyecto de vanidad, un mausoleo que un escritor rico se construye a sí mismo. No podrían estar más equivocados. Benedict siempre ha dicho que una novela terminada es solo el fósil de una idea que una vez estuvo viva. Lo que a él lo obsesiona, lo que de verdad quiere legar, es el proceso. La chispa. Por eso nacimos. Fui muy afortunado. Margot me presentó a Benedict cuando yo era apenas un aspirante a escritor, y él tuvo la generosidad de acogerme como su secretario. Vi de primera mano la génesis de sus mundos y juntos empezamos a dar forma a esta idea: crear un lugar que no solo conserve la obra, sino que proteja el acto mismo de la creación.

Nash observó a Karim; se movía con confianza por la estancia. De vez en cuando se apoyaba en una de las estanterías, en un gesto teatral que parecía el de un actor en el escenario.

—La fundación se sostiene sobre tres pilares. El primero, por supuesto, es el Archivo. Todo lo que ves aquí, cada nota, cada borrador de cada novela, cada carta pasarán a formar parte de un legado custodiado para académicos y estudiosos. Es la historia de cómo se construye una imaginación.

Karim señaló con la mano el armario que acababa de abrir, y la dejó así un instante, como si quisiera que el objeto validara sus palabras.

—El segundo pilar mira al futuro: son nuestras Becas de Creación. Buscamos nuevas voces, talentos que, como yo en su día, solo necesitan una oportunidad. Les damos los recursos para que puedan

dedicarse un año entero solo a escribir, sin las ataduras del mundo real.

Se apoyó con el hombro en la estantería, el gesto preciso de quien ya ha dado esta conferencia antes.

—Y eso nos lleva al tercer pilar, que es donde nos encontramos ahora mismo: la Residencia. Este lugar, sobre todo el pabellón de invitados, se convierte en un santuario para nuestros becados. Un lugar para el retiro y la escritura, donde la única exigencia es crear.

Hizo una pausa y la miró directamente a los ojos, bajando un poco la voz para crear intimidad.

—Y luego está el Fondo de Arte, «La fuente». Benedict cree que la literatura no nace en el vacío y no bebe solo de la literatura. Se nutre de la pintura, de la música, de la escultura... Adquirimos piezas que han sido importantes en su proceso creativo o que dialogan con los temas de sus libros. Es... la parte más sofisticada de nuestro mecenazgo. Yo tengo el honor de ser el director ejecutivo. Ayudo al Patronato y a Benedict a que toda esta maquinaria funcione.

—Se diría que adoras tu trabajo —observó ella.

—Es más que un trabajo, Nash. Es la convicción de que la cultura no es un lujo, es una necesidad. Y tu padre es una de las personas más generosas que he conocido en ese aspecto. Ha puesto su fortuna y su alma al servicio de esa idea.

Nash tuvo la sensación de que el discurso estaba bastante ensayado, algo que no era tan raro, porque en muchas ocasiones, como director ejecutivo, tendría que exponer las funciones de la fundación.

—Entonces, ¿lo admiras? —insistió ella forzándole a revelar sus verdaderos sentimientos.

—Es un genio creativo, y eso es como tener cerca un caballo salvaje. No puedes dominarlo, no lo comprendes del todo y sabes que nunca podrás montarlo, pero puedes admirar su naturaleza. Es algo que todo el mundo percibe.

—Me gusta el símil. ¿Dirías que lo conoces bien?

—Diría que, en el ámbito profesional, me parece perfecto.

Nash le dio la espalda para disponer sobre la mesa las dos páginas manuscritas que había tomado de una de aquellas cajas de cartón.

—¿Es esta la letra de Newman?

Sintió cómo él se inclinaba a su lado, rozándola un poco con el brazo de un modo que podría parecer del todo casual.

—Sí, Benedict escribe todo su libro a mano, al menos el primer borrador, y luego lo pule mientras lo va pasando al ordenador.

Nash retrocedió hasta su maletín y tomó el cuaderno de bitácora que se había llevado de la oficina del detective Colt Star.

—¿Y esta?, ¿es quizá tu letra?

Su desconcierto fue evidente. Agarró la libreta, la alzó y fue pasando hojas. Miró a Nash, casi demandando respuestas.

—No, no es mi letra. ¿De dónde la has sacado?

—De esa especie de decorado de oficina de Colt Star que Benedict tiene en el centro de la ciudad. ¿Qué es lo que no te cuadra?

—Que el estilo es el de Benedict, parece un texto suyo, pero la letra desde luego no es la suya. Claro que, si lo encontraste en la oficina de Colt, se me ocurre que quizá cuando hicieron la sesión de fotos, alguien pudo copiar en uno de estos cuadernos parte de un texto de Newman. Su letra es bastante inteligible y, quizá para las fotos...

—Sí, tiene sentido, lo más probable es que fuera así —zanjó el tema.

Nash, sintiéndolo muy cerca, le preguntó sin circunloquios:

—¿Por qué me estás ayudando?

—Porque nadie más lo hará en esta casa. Margot es la guardia pretoriana de Benedict, Elisa lleva tantos años al servicio de Newman que ya no distingue entre lealtad y fanatismo, y Robert... No deberías fiarte de él.

—¿Y de ti?

Él alzó una mano hacia el rostro de ella y con infinito cuidado le rozó el cabello con el envés de los dedos. La mirada arrobada, los labios entreabiertos. Y luego, volviéndose tímido de pronto, retiró la mano y se disculpó.

—Perdona, eres la hija de mi jefe. No debería... Mi comportamiento está fuera de lugar.

Nash lo estudió mientras trataba de dilucidar si fingía. Decidió que su desazón era real. Karim retrocedió hasta la entrada, pero cuando parecía que se iba a ir se detuvo.

—Sería mejor que no trabajaras en el despacho de Newman —le dijo—. Puedo ponerte una mesa en la biblioteca o en un mirador precioso que hay al otro extremo de la casa. Incluso podemos habilitar un espacio en la casa de guardeses o en el pabellón de invitados, donde suelen quedarse los becados de la fundación. Desde el principio de la pandemia está vacío. Un lugar en el que puedas trabajar y tener cierta privacidad.

Nash asintió como si estuviese de acuerdo, pero dijo:

—Estaré bien aquí.

—Nash, yo también tengo que trabajar, debo seguir con las labores de la fundación, y mi lugar de trabajo siempre ha sido el despacho de Newman.

Ella se preguntó hasta qué punto los avances o intentos de seducción por parte de Karim iban destinados a sacarla de allí, a convencerla de que trabajase en otro lugar. Pareció que Karim iba a replicar, pero Nash lo cortó cuando dijo:

—Gracias, Karim, trabajaré aquí, pero, por supuesto, tú puedes trasladarte a la biblioteca o a ese precioso mirador que has mencionado.

Él sonrió con aquella magnífica sonrisa suya y se volvió en dirección a la puerta. Antes de que saliera del despacho, ella lo detuvo.

—Karim, una última cosa. Dime, ¿Newman es diestro o zurdo?

—Benedict es diestro —contestó Karim.

Cuando comprobó que él había cerrado la puerta al salir, Nash sacó del maletín de aluminio la otra muestra que se había llevado del despacho de Benedict: el folio donde él había escrito «Nash Elizondo» y, debajo, «hija de Benedict Newman». La caligrafía era idéntica a la del cuaderno de bitácora. Comparó las dos muestras de escritura y confirmó que la nota de Colt Star y el cuaderno compartían la misma letra.

Recordó perfectamente la noche en que fue a buscar a Colt a su oficina: el modo en que se inclinaba sobre el escritorio para tomar

sus datos. Era zurdo. Regresó hasta el maletín y tomó una de las cartas que Newman le había enviado a su madre; era idéntica a la de los manuscritos, sin duda era su letra, pero era del todo distinta de la del cuaderno de bitácora de Colt.

34

Noche en Ciudad

El contraste era brutal.

La caligrafía de Colt era expansiva, casi territorial. Había un espacio generoso no solo entre las palabras, sino también entre las propias letras, como si cada una necesitara su propio feudo, su propio aire para respirar. Eran trazos angulosos y enérgicos que se plantaban en la página con la fuerza de una afirmación rotunda y clara.

La de Benedict, en cambio, era un ecosistema en sí misma. Una escritura fluida, controlada, donde las letras se daban la mano para formar palabras en un único trazo elegante y continuo. No había conquista del espacio, sino una armonía perfecta, un río de pensamiento ordenado que discurría sin esfuerzo y, sin embargo, por momentos ininteligible.

No eran solo dos letras distintas. Eran dos mentes, dos maneras opuestas de ocupar el mundo. Y se suponía que ambas habitaban en el mismo hombre.

Pensativa, rodeó la mesa, apoyó las manos en la suave piel del sillón y se inclinó para olerlo; no había rastro de tabaco. Se sentó y, casi como si repitiese la coreografía que había llevado a cabo en el despacho del detective Colt Star, fue abriendo uno a uno los cajones. El interior estaba compartimentado y ordenado; había recambios de tinta, plumas, un par de pendrives y una libreta de tapas negras que abrió solo para comprobar que aparecía cubierta con la caligrafía de Newman. No había rastro de tabaco, ni encendedores ni ceniceros, y

de su interior emanaba aroma de madera y una leve nota de almizcle.

Pasó suavemente los dedos por la madera pulida y se inclinó de nuevo para captar los aromas. Nada de tabaco tampoco. Se puso en pie y caminó despacio hasta el sofá, escuchando la estancia. Se sentó y abrió su ordenador. Hizo varias búsquedas en internet bajo la misma premisa: «Entrevista a Benedict Newman», «Presentación de la novela de Benedict Newman»...

El modo de conducirse era similar en todas, exquisitamente educado, agradable, con una simpatía controlada. Nash observó su rostro mientras escuchaba cada pregunta que le hacía su entrevistador; permanecía serio, alerta, y en los primeros segundos, casi en guardia, hasta que identificaba el tono y el fondo de la pregunta. Entonces, la preocupación inicial se disipaba dando paso a una microsonrisa ¿aliviada? Aquel hombre se enfrentaba a las entrevistas como a un tribunal al que temía y deseaba agradar.

Pensó en el contraste con el comportamiento de Colt Star aquella mañana ante el juez; respetuoso, pero dispuesto a defender su postura, a ser divergente. Trató al juez de igual a igual, calibrando su honradez y decidiendo que podía ser digno de su confianza. Colt Star eligió una posición ante el mundo consciente de que eso lo colocaba enfrente de muchos, lo asumía con la naturalidad cínica del personaje bien definido. A Colt Star no lo preocupaba importunar.

Hizo otra búsqueda de diferentes actos en los que se veía a Benedict Newman firmando los ejemplares de sus novelas para sus lectores; siempre con la mano derecha. Más relajado que con los periodistas, atento, algo contenido, sonreía a los halagos con un gesto pequeño, sin falsa modestia ni sobrada altanería. Cerró el ordenador y cruzó las manos sobre la tapa mientras su mirada vagaba sobre las cubiertas de los libros de psiquiatría y desde allí, como si una mano invisible la guiara, al contenido del maletín de aluminio. Tomó al azar otra de las cartas que Benedict había escrito a su madre y leyó de nuevo en el encabezado:

«Amor mío».

Las había leído una a una y varias veces. Tras la muerte de su madre, y desde la noche en que sorprendió a Enriqueta, la vecina y

amiga íntima, llevándose aquellos documentos de su casa para cumplir la petición que la doctora Elizondo le había hecho en su lecho de muerte, aquellas cartas se habían convertido en su obsesión.

Nash las había dividido en tres categorías. Las destinadas a recordar, o más bien a impedir que su madre olvidara los momentos felices que habían vivido juntos.

La segunda categoría era para las de puro amor, en las que Newman se explayaba sobre sus sentimientos, sobre lo mucho que la amaba, sobre lo mucho que la amaría siempre. Le llamaba la atención en estas la ausencia de esperanza, ni siquiera encubierta; parecía asumir que jamás volverían.

Había una tercera categoría, la menos abundante, solo tres cartas. En ellas se intuía una suerte de justificación, un intento vago de dar explicaciones, pero tan encubierto, tan parapetado en el lenguaje, en ese código que manejan los que comparten un secreto, que el fondo apenas resultaba descifrable. Vagas disculpas, palabras veladas, sobreentendidos para no mencionar abiertamente las ofensas. Nash había copiado cada una de las frases que, cargadas de pesadumbre y dualidad, se movían entre la asunción de culpa y la petición de perdón.

«Aquel hombre que te falló es hoy un fantasma al que ya no reconozco. Mi brújula se rompió entonces y anduve perdido, sin norte, sin ti. Fue una fiebre, un delirio del que solo tu recuerdo ha podido curarme. Aquellos rostros sin nombre son hoy los eslabones oxidados de la gruesa cadena de culpa que arrastro a solas. Eran solo ecos en una habitación vacía, sombras que, te lo juro, no dejaron huella en mí. Mi dolor de entonces era una niebla tan espesa que me impedía ver el precipicio a mis pies. Nadie como tú conoce las viejas cicatrices que me gobernaban en aquella época. Fui el actor de una obra terrible que otro escribió, y yo la interpreté sin entender el guion. Mi equivocación es un abrigo pesado que, incluso ahora, no sé cómo quitarme. Un solo tropiezo en la oscuridad no puede ser la condena que defina el camino entero de un hombre. Intento mirar atrás y solo veo a un hombre roto actuando desde la

herida. Buscaba en otros lugares un perdón que únicamente tú podías darme y que yo no merecía.»

Cuando las leyó por primera vez, tres meses atrás, había asumido que aquella fiebre, aquel delirio, aquellos rostros sin nombre a los que se refería habían sido mujeres. Que una infidelidad, una deslealtad, había roto la relación de sus padres. Por eso, al conocer a Margot, le insinuó que quizá Newman fuera un mujeriego. Pero todo lo que Noah Scott Sherrington le había contado, todo lo que el inspector Barezzi había encontrado en su registro, le daba una nueva lente con la que leer aquellas cartas.

«Fui el actor de una obra terrible que otro escribió, y yo la interpreté sin entender el guion.» «Intento mirar atrás y solo veo a un hombre roto actuando desde la herida.»

¿Podría ser que de algún modo su madre hubiera descubierto el terrible pasado del hombre que tenía a su lado y eso hubiera sido el motivo para poner distancia entre ambos?

Pero había sobre todo una frase que resonaba en su mente cargada de intención: «Nadie como tú conoce las viejas cicatrices que me gobernaban en aquella época». De la frase se infería que ella conocía aquel pasado. «Nadie como tú.»

Nash se inclinó sobre el maletín y extrajo el viejo álbum de recortes de crímenes violentos que se remontaban a finales de los años ochenta. Para Nash, lo único extraño de aquel álbum era que su madre hubiera encargado destruirlo. Su madre se había dedicado durante años a colaborar con la policía perfilando delincuentes y formó parte de la comisión permanente de investigación de la conducta criminal de la Universidad de Deusto; Nash la recordaba armada con sus afiladas tijeras y extirpando de entre las páginas de los periódicos noticias truculentas.

Lo abrió y examinó noticias al azar. Al principio aparecían más ordenadas, cuidadosamente pegadas en las páginas del álbum; se extendían hasta bien entrados los años 2000. A partir de ahí, su madre fue acumulando los recortes ya sin orden, doblados y aprisionados entre las últimas páginas. Uno a uno los fue abriendo, pasando con suavidad las yemas de los dedos sobre el papel poroso para poder leer textos que en ocasiones ocupaban menos de diez

líneas. No encontró ninguno que ni por asomo recordase a la foto de un fardo atado con cuerdas que su madre había enviado a Scott Sherrington el día en que un ictus le fulminó el cerebro.

Colocó bien los recortes que había entre las últimas páginas del álbum destinado a contenerlos y sacó del maletín los dos cuadernos de tapas marrones que Nash recordaba haber visto por docenas entre las manos de su madre. Eran cuadernos sencillos de tapas recicladas y toscas y con un rayado longitudinal en su interior, donde su madre iba apuntando —a pesar de que grababa siempre las sesiones con sus pacientes— cuestiones menores, ideas peregrinas, datos, afirmaciones llamativas.

Nash se había educado en el máximo respeto a todo el material de trabajo de su madre. Ni cuando era muy pequeña le había vetado jamás la entrada a su despacho, pero tenía terminantemente prohibido tocar el magnetófono o las cintas donde grababa las sesiones, y, por supuesto, aquellos cuadernos de tapas marrones. Suponía que fue obedeciendo a la orden interna que prevalecía en su interior, y se limitó a hojearlos, sin leerlos.

Sobre la tapa del primero aparecía el nombre del paciente: «Noah Scott Sherrington». El último apunte era de agosto de 1983. El propio Noah le había explicado su situación entonces. En el segundo cuaderno, el nombre del paciente había sido tachado con un grueso rotulador negro y permanente. No solo en la tapa, sino en cada una de las ocasiones en las que hacía referencia a él o a ella en todo el cuaderno. El último apunte tenía fecha de finales de 1985.

Nash sabía que el hecho de que aquellos cuadernos estuvieran en casa de su madre tras su enfermedad era en sí mismo una anomalía. Como todos los psiquiatras, su madre tenía una especie de testamento vital por el que legaba sus casos a un colega. Era como un seguro por el que todos los profesionales tenían establecido a quién irían a parar sus casos y sus pacientes si a ellos les ocurriese algo.

Cuando sobrevino el ictus, y ante la mala previsión que presentaba desde el principio, un colega de su madre que conocía de toda la vida asumió sus casos activos, sus ficheros, sus grabaciones y sus cuadernos. El caso de Noah parecía concluido, pero las notas del

otro sugerían la necesidad de terapia a largo plazo. Los apuntes se detenían abruptamente con una D mayúscula, y Nash sabía lo que aquello significaba.

Lo que la asombraba no era solo que su madre los hubiera conservado; habían estado años escondidos en algún lugar de su despacho, un lugar que le había revelado a su mejor amiga, con la orden de destruirlos. Con cuidado fue recogiendo todo el material en el maletín mientras miraba a su alrededor tratando de localizar su teléfono móvil entre el desorden.

—Nash —saludó Robert accediendo a la estancia desde la puerta escamoteada a la biblioteca. Llevaba entre sus manos una bandeja —. No has venido a cenar, he pensado que quizá tendrías hambre. —Se dirigió a la mesa de Newman. Ella se puso en pie y se apresuró a quitar de la superficie las muestras de escritura que había estado comparando.

Se le pasó por la mente rechazar la comida. Robert dispuso un par de pequeños bocadillos de jamón, una jarra con agua y un plato con queso y frutos secos. El plato no contenía un queso cualquiera, sino una selección cuidada: unas lascas de un queso ahumado de olor penetrante, con el inconfundible recuerdo a leña de haya, junto a unos dados de un azul intenso, casi picante, veteado como un mármol enfermo.

Su estómago no estuvo de acuerdo, y la selección era tan... sensata. No era una cena, era combustible para el cerebro. Se dio cuenta de que Robert no la trataba como a una invitada a la que servir, sino como a una profesional en mitad de un trabajo. Fue un gesto de respeto inesperado y, por alguna razón, extrañamente íntimo.

—Oh, gracias. No me había dado cuenta de que era tan tarde — dijo Nash consultando la hora en su teléfono.

—Puedo traerte una copa de vino, o una cerveza si lo prefieres.

—No, gracias, el agua estará bien —dijo pensativa mirando a Robert—. ¿Suele Benedict comer aquí?

—No, jamás, él es muy metódico, y... bueno, nunca comería aquí. No significa que esté mal.

Su explicación delataba su intención de no molestarla. Aun así, ella insistió en ese particular.

—¿Y no te parece mal que yo lo haga?

—Ahora eres tú la que trabaja aquí. —Miró alrededor—. Si a ti te parece bien, no tengo nada que objetar.

—Margot y Karim no opinan igual.

Robert asintió antes de hablar.

—Margot es muy leal y protectora con el señor Newman. Durante años lo ha visto trabajar en esta estancia, y ahora de pronto está en el hospital y tú estás aquí, tocando sus cosas. No se lo tengas en cuenta; le mueve el cariño.

—¿Y qué mueve a Karim?

Robert se encogió de hombros.

—No lo sé, pero es cierto que actúa como si este despacho fuese su feudo. En alguna ocasión hemos tenido diferencias al respecto, porque considera que solo él, junto con el señor Newman, debería tener acceso a este lugar.

—Sí. —Estudió con atención las reacciones de Robert—. He notado cierta animadversión entre vosotros, y diría que es anterior al conflicto que surgió por la diferencia de opinión respecto al futuro de Benedict.

Robert sonrió levemente.

—No sé a qué te refieres.

Nash asintió. Robert prefería no entrar al trapo a pesar de que se lo había servido en bandeja. Lo azuzó un poco más.

—Me ha advertido de que no me fíe de ti.

Robert terminó de colocar el tentempié, se tomó una pausa y la miró con sus ojos de un azul abisal, tranquilos, casi divertidos.

—La desconfianza, doctora, suele ser un espejo. A menudo refleja más al que mira que al que es mirado. Yo duermo tranquilo.

La respuesta la dejó sin réplica. No había defensa, ni ataque, solo una verdad tranquila y afilada. Por un instante, la imagen del mayordomo se disolvió y vio a un hombre de una inteligencia y una entereza formidables, y no se le escapó que la había llamado doctora. Karim llenaba la habitación con su presencia; Robert, en cambio, creaba un pequeño y desconcertante oasis de calma y

lucidez. Y a Nash, de repente, le pareció que ese oasis era un lugar mucho más interesante. Decidió jugar con una carta de confianza.

—Mañana debo salir de viaje; es probable que esté una noche fuera, aún no lo sé, pero quiero encargarte que veles para que nadie entre aquí.

—Por supuesto, Nash. —Se dio cuenta de que esta vez usaba su nombre—. Puedes estar tranquila. Yo tengo las llaves de las dos puertas; jamás las hemos cerrado, pero nadie entrará hasta que tú regreses.

De nuevo a solas frente a la bandeja de comida, se dio cuenta de cuánta hambre tenía. Miró de nuevo alrededor, consciente de lo que le faltaba. Los últimos meses de convivencia con las Mitxelena le habían aportado muchas cosas: tomar café a cualquier hora del día y de la noche, conocer el origen y naturaleza de todos los alimentos que ingería, vivir con una perpetua banda sonora de la música que era una constante en aquella casa, pero una de las que más la había marcado fue la de no volver a comer sola.

Durante sus años de estudiante, incluso mientras todavía vivía con su madre, comer sola fue algo normal, hacerlo en su habitación o en la barra de la cocina sin apenas prestar atención a los alimentos. Pero con ellas el gesto de comer o cenar llevaba implícita una liturgia ceremonial, hermosa y familiar que echaba de menos. Marcó el teléfono de Susana y esperó a que cogieran la llamada antes de empezar a comer.

Había sido un día largo, tenía mucho que contar, y lo hizo como si hubiera estado sentada a la mesa con ellas, como si a través de sus voces pudiera transportarse a la cocina del caserío Mitxelena y sentir en su regazo la presencia pequeña de Amy mientras comía.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Nash?

—Ese es el problema, cuando trabajo siempre sé cuál es el siguiente paso. Lo que ocurre es que ahora no solo analizo e investigo a Benedict Newman, también analizo a mi madre. Me siento arrastrada por la marea que me lleva mar adentro; sé que no debo resistirme porque solo conseguiría agotarme y ahogarme, pero eso no implica que no me dé miedo. —Hizo una pausa de un par de segundos—. Lo siento, chicas, supongo que estoy siendo muy

derrotista, pero necesitaba decirlo en voz alta, y os echo tanto de menos...

—Deberías hablar con la inspectora Salazar —la interrumpió Beth.

Nash no contestó. Lo hicieron Susana y Eva.

—Sí, creo que si alguien puede entender lo que estás sintiendo es ella. Seguramente es así como lo vivió cuando tuvo que asumir quién era realmente su madre.

Cuando colgó el teléfono, sobre la bandeja quedaban solo las migas. Buscó otro número en su agenda. Comprobó la hora, casi las once de la noche. Aun así, marcó.

Al oír la voz masculina al otro lado, dijo:

—Hola, Asier, soy Nash Elizondo. La doctora Elizondo.

Él la saludó cordial, aunque en su voz se hizo patente la sorpresa. Ella casi pudo imaginar su sonrisa, aunque la última vez que había visto al colega de su madre fue en el funeral, y aquel día estaba muy triste. Cuando se extinguieron los primeros saludos y las preguntas corteses, ella le dijo:

—Será mejor que me hagas un hueco entre tus consultas de mañana, tenemos que hablar de un paciente de mi madre.

Él titubeó unos segundos antes de responder. Su tono cambió cuando lo hizo.

—Estoy para ti si te apetece hablar, pero sabes que no puedo darte esa información —dijo muy serio—; ya solo que me lo pidas es muy irregular.

—Seguro que podrás. Ahora es paciente mío, y creo que es un asesino.

35

Asier Muniategui tenía sesenta y cuatro años, los ojos claros y el pelo gris y abundante sobre una cabeza poderosa.

—Háblame de tu paciente y dime por qué crees que yo podría haberlo tratado.

—Mi madre previó con años de antelación que sus pacientes se te derivasen directamente si algo le ocurría.

—Es una práctica habitual. Nadie está libre de un accidente o de una enfermedad imprevista o incapacitante, como lo que le ocurrió a tu madre... Se suele tener apalabrado con un colega de confianza.

Nash asintió.

—Y me consta que durante sus años de práctica te había derivado algún paciente en otras ocasiones.

—Como sabes, la psiquiatría también es una cuestión de piel. A veces sucede que simplemente no se establece una buena comunicación con un paciente; si notas que eso está ocurriendo, lo mejor es derivarlo a otro colega. En muchas ocasiones, que un paciente se abra es solo cuestión de que le caigas bien. Parece una simpleza, pero es la base de la comunicación humana.

—Creo que el paciente al que me refiero fue uno de esos. Creo que pudo habértelo derivado a finales de 1985 o principios de 1986, y creo que podría ser el hombre que ahora es mi paciente.

Muniategui apretó los labios, que desaparecieron bajo su espeso bigote.

Nash abrió su bolso, extrajo un ejemplar de *Todas las noches, todas las ciudades* y, abriéndolo, le mostró la foto de la solapa.

El psiquiatra asintió con gravedad. Después se puso en pie. La consulta de Asier Muniategui no se parecía en nada al palacio de orden que era el despacho de Newman. Era un refugio de

conocimiento y calma, con el suave olor a cuero viejo, papel y cera de limón. Las paredes estaban forradas de libros que no eran de exposición, sino compañeros de una vida, con lomos gastados por la relectura. Un único grabado abstracto, en tonos tierra, presidía la pared tras su sillón.

El psiquiatra caminó hasta un aparador que había al fondo de la estancia, abrió una puerta, sacó dos vasos y una botella sin etiqueta con un líquido ambarino y, alzándola, se la mostró a Nash con un gesto interrogativo.

Ella asintió antes de preguntar.

—¿Por qué te lo derivó mi madre?

El psiquiatra se tomó su tiempo. Vertió un poco del contenido en cada uno de los vasos y se acercó con cuidado, tendiéndole uno a Nash. Volvió a sentarse, cruzó las piernas, tomó un sorbo y contestó:

—Porque estaba manteniendo una relación con él. Se iban a casar. —Esperó para ver la reacción de Nash. Al comprobar que no se inmutaba, continuó—: Me dijo que se había enamorado. —Se encogió de hombros—. Ya sé cómo suena, pero somos humanos, no estamos libres. Y ella hizo lo correcto.

—¿Durante cuánto tiempo fue tu paciente?

—Algo menos de un año. No es mucho tiempo, pero él se mostraba muy proclive a la terapia. Uno de esos pacientes que desea ser tratado, que presiente, o sabe casi con certeza, que esto lo ayudará.

—¿Y a qué conclusión llegaste?

Muniategui suspiró levemente, como quien accede a un recuerdo complejo y pesado.

—Recuerdo a la perfección mis sesiones con él. Tu madre me derivó el caso en un punto muy delicado... Mira, Nash, lo que yo encontré fue un cuadro de trauma complejo de una severidad que rara vez se ve. Hablamos de una infancia sometida no solo a violencia, sino a un adoctrinamiento brutal. Él no creció, fue forjado en un molde de odio.

Bebió otro trago, que casi terminó con el contenido del vaso.

—La fase en la que yo lo traté fue la que llamo de «desolación posconcienciación». Era un hombre que acababa de despertar y se había encontrado con las manos manchadas y la memoria llena de fantasmas que no sentía como suyos. Había una profunda disociación entre el «yo» que había sido y el «yo» que estaba tratando desesperadamente de construir.

—Disociación —repitió muy despacio Nash mientras pensaba en las dos vertientes de la escritura de Newman.

El psiquiatra volvió a ponerse en pie, se dirigió de nuevo al mueble bar y se sirvió otra ración de whisky.

—Poseía un intelecto extraordinario, una cultura vastísima. No era un paciente pasivo; devoraba la teoría, buscaba entender los mecanismos de su propia mente. Quería el mapa de su laberinto para encontrar la salida. Y en el centro de todo, había un motor potentísimo: su amor por tu madre. Veía en Natalia la encarnación de esa vida nueva que él sentía, casi con una convicción feroz, que merecía. La terapia, para él, no era para curarse de un mal, sino para construir las herramientas para el autoperdón.

—Entiendo el trauma. Pero, en todo ese proceso..., ¿observaste en él algún rasgo, algún comportamiento compatible con la psicopatía?

Su respuesta fue inmediata y firme, sin un ápice de duda.

—No. En absoluto. Un psicópata carece de empatía y no siente remordimiento. Benedict estaba ahogado en remordimiento. Su problema no era la ausencia de sentimientos, sino el exceso de ellos, mal gestionados durante toda una vida. Estaba traumatizado por su pasado, sí. Y sentía una rabia inmensa, pero no era una rabia depredadora hacia el mundo; era la rabia de una víctima contra sus verdugos, contra los que le robaron su identidad. Todo su ser, cada fibra de su voluntad, estaba enfocado en una sola cosa: dejarlo todo atrás. Quería construirse una vida nueva. Una vida con tu madre.

—¿Le contaste esto a mi madre?

—Tu madre ya lo sabía.

Un frío helado recorrió la espalda de Nash, más cortante que cualquier confesión anterior. Las palabras resonaron en su cabeza, alterándolo todo. Entonces, no fue una víctima. No fue engañada.

Ella eligió. Nash apretó el vaso con un poco más de fuerza, sintiendo el cristal frío contra sus dedos.

—¿Lo sabía? —repitió, y su propia voz le sonó lejana.

—Sí, ya había llegado a esa conclusión. Me lo pasó en el informe del tiempo que estuvo tratándolo. Eso fue, en parte, lo que me permitió avanzar tanto con él. Lo evalué cuando llegó a mi consulta y llegué a las mismas conclusiones que ella.

—Has dicho que lo trataste durante algo menos de un año. ¿Qué ocurrió?

—Que terminaron su relación y se separaron. Me llamó y me dijo que se iba. Nada más.

—Pero tú sabes qué fue lo que ocurrió...

Él asintió gravemente antes de contestar.

—Tu madre descubrió que Benedict Newman era una identidad falsa. No era su verdadero nombre.

—Y fuiste tú el que se lo dijiste...

—Algunas cuestiones que habían salido a relucir durante las sesiones me hicieron sospechar. Nash, siempre he querido muchísimo a tu madre. Pensé que debía saberlo. No conozco los detalles, pero imagino que se enfrentó a él, él lo admitió... y terminaron la relación.

Su madre también había descubierto que Benedict no era Benedict; que su apellido encerraba más verdades que su nombre.

—Así que mi madre sabía que había experimentado violencia desde su infancia, que creció adoctrinado y traumatizado, y aun así tuvo una relación con él —dijo casi para sí misma. Muniategui también lo había interpretado así; no contestó.

«Nadie como tú conoce las viejas cicatrices que me gobernaban en aquella época», resonaron en su mente las frases de Benedict.

—Hay una cosa que no entiendo. Si estuvo dispuesta a empezar una relación con un hombre en esas circunstancias y a asumir que tenía ese pasado, ¿qué hay tan grave en descubrir que ocultó su identidad para que la llevara a terminar su relación?

—Nunca se lo pregunté, Nash. Bastante difícil era la situación. Pero una cosa es admitir que alguien haya vivido violencia, e incluso que la haya ejercido, y otra muy distinta es saber quién es

exactamente la persona que duerme a tu lado. Nash, eran los ochenta. En el País Vasco vivíamos bajo el yugo del terrorismo. La sociedad entera estaba muy sensibilizada. Creo que algo así le resultó inadmisible, intolerable, imposible de aceptar, además de ser muy peligroso. No sé qué fue lo que más pesó.

—Deduzco que no tendrás, por casualidad, los informes de entonces.

—No, yo los guardo durante diez años después de que el paciente haya sido dado de alta o deje de venir, y es bastante; después los destruyo. Pero estoy seguro de que tu madre los guardaría.

—Encontré un cuaderno en el que el nombre aparecía tachado, pero no hay más documentos en casa.

—Claro que no, necesitaría un hangar. Sin embargo, tu madre formaba parte de la comisión permanente de investigación de la conducta criminal de la Universidad de Deusto.

—No veo la relación.

—Como parte del estudio, los miembros compartían de modo anónimo cualquier caso que tuviera que ver con el comportamiento criminal. Estoy seguro de que formará parte de los archivos del estudio.

—Tenía una microfilmadora en casa, era un aparato muy raro, se parecía a un foróptero, como los que utilizan los oculistas —dijo pensativa.

—Pregunta en la universidad; seguro que no te cuesta encontrarlo, con el nombre de tu madre y el año.

—¿Y ella no te dijo nada?

—No. De hecho, pagué un precio por revelárselo. Yo sabía que corría ese riesgo; a menudo ocurre cuando te conviertes en el mensajero que trae malas noticias. Después de que él me comunicara que no regresaría a terapia, la llamé. Me dijo que aquello era pasado y que estaría agradecida si no volvía a mencionárselo. No lo hice, sobre todo porque nos distanciamos muchísimo; creo que me evitaba. Volvió a derivarme algún paciente, pero para entonces nuestro trato era solo profesional y telefónico, y no volví a verla en persona hasta que cuatro o cinco años después coincidí con ella en una convención.

Nash se quedó en silencio, asimilando el peso de aquella última pieza. Un nombre falso, en aquella época y en aquel lugar, dejaba de poder catalogarse como un simple engaño para pasar a ser una declaración de guerra. Asintió, no porque estuviera de acuerdo, sino porque, por fin, empezaba a comprender la magnitud del miedo de su madre. Se levantó, dejando el vaso casi intacto sobre la mesita. Pero aún había algo que no la dejaría dormir. La imagen de Newman firmando los ejemplares de sus novelas con la mano derecha; el detective Colt Star, recostado sobre su escritorio, escribiendo con la mano izquierda. Las caligrafías, tan distintas como dos personalidades.

—Entonces, en las sesiones que tuviste con él, ¿Benedict mostraba algún síntoma de disociación? ¿Era plenamente consciente de sí mismo y de sus circunstancias?

—Desde luego. Un hombre anclado en la realidad, luchando con su pasado, no huyendo de él.

—En mi paciente eso es diferente. Ahora mismo, el escritor ha desaparecido. Otra personalidad, que se hace llamar Colt Star, ha tomado el control por completo. Disocia permanentemente. Actúa, habla y se mueve como una persona por completo distinta.

La expresión de Muniategui se volvió impenetrable. Su tono, antes empático, se tornó frío y didáctico, el de un clínico a punto de corregir un error de diagnóstico elemental.

—Nash. Escúchame con atención. Estamos hablando de un hombre de casi setenta años que presenta un cambio de personalidad agudo. Antes de saltar a conclusiones sacadas del cine, un buen clínico agota primero todas las posibilidades orgánicas. ¿Han descartado un tumor en el lóbulo frontal?, ¿un proceso degenerativo?, ¿una infección del sistema nervioso, una mala interacción medicamentosa, un tóxico?

Hizo una pausa y su mirada no admitió concesiones.

—Voy a serte muy claro, como lo habría sido tu madre. El trastorno de identidad disociativo, para mí y para una gran parte de la psiquiatría seria, sencillamente no existe. No es una entidad clínica real. Es una fantasía, una construcción cultural popularizada por el cine, que en la consulta se manifiesta como un artefacto

iatrogénico: una historia que el terapeuta, a menudo sin querer, ayuda a construir en un paciente muy sugestionable y fragmentado por un trauma real.

Nash se dio cuenta de que su indignación era genuina.

—Lo que describes, esa «otra personalidad», es una payasada, Nash. Una peligrosa payasada. Buscad un tumor, buscad una infección, buscad un tóxico en su sangre. Buscad al hombre y su cerebro enfermo, no a los fantasmas que crees que lo habitan. Y si todo eso no es suficiente, me inclinaría por una identidad falsa, como la que usó entonces, y con la misma intención que tuvo entonces, eludir su responsabilidad. Miles de delincuentes en todo el mundo crean falsas identidades a diario. Existe un mercado negro para eso en la red profunda. Créeme, Nash, hay una gran diferencia entre tener documentación falsa y estar disociando.

—Gracias por tu tiempo, Asier —dijo Nash mientras se dirigía hacia la salida, dando por terminada la conversación, aunque en su mente se reproducía todo lo que habría podido decirle. Que ya habían descartado las drogas, los tumores, las infecciones. Que seguían buscando incluso uno de esos raros hongos indetectables, capaces de transformar el cerebro de un ser humano.

«Pero tú no lo has visto, Muniategui, tú no lo has visto como lo he visto yo. No es un *alter ego* ocasional, no fluctúa. No se cree grande: de hecho, cree ser alguien menos importante que un famoso y acaudalado escritor. No es euforia, no son alucinaciones, no es psicosis. No.»

La petición de Muniategui, pero sobre todo su tono, la habían sorprendido.

—Derívalo, Nash —rogó el psiquiatra—. Por el simple hecho de que en el pasado haya tenido una relación con tu madre, no es sano que lo trates. Cualquier colega lo entenderá. Puedo pasarte varios contactos.

Nash se detuvo junto a la puerta abierta y se volvió a mirarle. Muniategui tenía ese aspecto de padre que esperas tener cuando rondas los cuarenta. Sólido, como un roble, con aquel cabello gris indómito sobre su cabeza, la sonrisa franca y fácil, con unos kilos de más que no le hacían parecer gordo, sino firme, fuerte, como un

templo. Un pensamiento fugaz: le habría gustado que realmente fuera su padre. Pero no lo era. Ella ya tenía un padre, y lo que dijo a continuación la dejó triste durante días, mientras se daba cuenta de que era la primera vez que lo admitía.

—Benedict Newman es mi padre.

La tristeza se le pegó a la piel como un sudario mojado. Condujo hasta el centro de la ciudad y aparcó el Mustang en el parking del Buen Pastor. Al emerger a la calle desde las escaleras subterráneas, vio las torres de la catedral donde unos meses atrás se había celebrado el funeral por el alma de su madre. Necesitaba fe, necesitaba ser reconfortada, necesitaba a Dios, pero no entró en la catedral.

Salió a la calle San Martín y desde allí a la calle Easo. Caminó frente al antiguo parque de bomberos mientras recordaba que, cuando era adolescente, evitaba pasar por allí porque los bomberos hacían sonar las sirenas al verla. Durante años los odió en secreto por eso. A pesar de que junio avanzaba cálido y hacía un día radiante en Donostia, sentía la clase de frío que solo se quita con un abrazo.

Parapetada tras su mascarilla, llegó a Alderdi Eder. El chillido agudo de las gaviotas que parecían suspendidas sobre su cabeza, casi colgadas del cielo sobre la bahía, le llegó como un eco lejano, un sonido alegre de un mundo en el que ya no participaba. Anduvo pegada a la barandilla que separaba el paseo de la playa hasta el emplazamiento secreto de su templo particular. Se detuvo en un punto concreto, en el que había parado un millón de veces durante su vida, entre el club náutico y la primera rampa de acceso a la playa, que cuadraba frente a la bocana que se abría al Cantábrico, entre la isla de Santa Clara y el puerto donostiarra.

Se retiró la mascarilla lo justo para sentir la brisa en el rostro. La belleza de aquel lugar logró sosegar su alma mientras pensaba que jamás se había sentido tan sola. Fue consciente de la mirada adusta de una mujer que la estuvo observando hasta que volvió a colocarse la mascarilla y, como si no lo tuviera decidido desde el momento en que le había dicho a Robert que quizá no regresaría aquella noche, echó a andar hacia la casa de su madre.

Subió en el antiguo ascensor de madera y botones de cobre, miró melancólica el asiento tapizado de terciopelo rojo. Cuando salió en su planta, con la llave en la mano, oyó el eco del piano que sonaba en la academia de ballet de la entreplanta y se detuvo, dudosa, ante la vivienda de Enriqueta. Decidió que no tenía fuerzas para hablar con ella. Abrió la puerta de la casa en la que había vivido su infancia y entró.

Los recuerdos se agolparon de una forma tan rápida y dolorosa que los ojos se le llenaron de lágrimas de inmediato. Tuvo que apoyarse contra la puerta para sostenerse, y solo cuando hubo recuperado las fuerzas reunió el valor para avanzar. Recorrió la casa de su madre buscando el consuelo de su presencia, pero, al contrario que en su anterior visita, la casa la recibió con un silencio pesado, casi acusador.

Seguían allí sus cosas: los vestidos largos colgando de las perchas de su armario; las cajitas y los pequeños joyeros donde guardaba los tiques de las compras, dinero y algunas de sus joyas sobre el tocador; la pastilla de jabón con la que Nash se había lavado las manos la última vez que estuvo allí. Los reflejos tintados de la lámpara de Tiffany que desde la mesa de su despacho derramaba luces como joyas de colores por el suelo de la estancia. El sofá tapizado de terciopelo que en aquel instante encontró tan parecido al que Benedict Newman tenía en su despacho.

—¿Qué hiciste, *ama*? —susurró.

La vieja doctora Elizondo no contestó.

—¿Qué hiciste? —elevó la voz.

Nada.

—¿Qué hiciste, *ama*? ¿Qué me hiciste? —gritó.

Pero la doctora Natalia Elizondo nunca se dejó apabullar por los gritos de su hija. La trató como a una niña recalcitrante y malcriada y la castigó con su silencio. Nash la imaginó sentada tras su mesa, con aquel gesto tan suyo.

«Si quieres que hablemos, hablaremos, pero para eso tendrás que calmarte. Ni siquiera voy a intentar razonar contigo si me gritas. Sal de mi despacho y, cuando estés dispuesta a comportarte como una adulta, de igual a igual, regresa. Y hablaremos.»

Y en ese instante, Nash lo comprendió. Su madre siempre le había exigido que actuara como una adulta, mientras que la trataba como a una niña a la que se le ocultan los monstruos. La lógica implacable de su madre, su control férreo, era, en sí misma, la mayor de las traiciones. Nash se dejó caer en el sofá llorando. Estuvo así mucho rato, abandonada a la angustia y el silencio de una casa que ya no le daba consuelo. Cuando consiguió calmarse, se irguió, se sentó y miró alrededor.

—No soy una niña —murmuró—. Y no voy a calmarme. Guárdate tus respuestas, como has hecho siempre. Para hablar de igual a igual, no eres la persona adecuada.

Sacó su teléfono y buscó un contacto.

—Nash, me alegra saber de ti —contestó al otro lado la voz de la inspectora Amaia Salazar, cálida y firme, anclada a la realidad de una forma que Nash sentía haber perdido por completo.

Nash solo fue consciente de que seguía llorando cuando oyó su propia voz.

—Perdóname por llamarte, pero necesito respuestas y no conozco a nadie más que sea hija de un asesino.

36

Noah Scott Sherrington llevaba mucho rato detenido ante la pizarra cubierta de retazos de historia: los fardos envueltos en lona azul, las páginas arrancadas de las novelas de Newman, la mirada tímida de la princesa escocesa..., pero nada de eso le interesaba. Centró la atención en el retrato de Newman y estuvo mirándolo a los ojos hasta que todo alrededor quedó desenfocado.

Tenía un pálpito y sabía de dónde procedía. Lo llamaban memoria del órgano. No existía ninguna evidencia científica que respaldase aquella creencia, pero miles de personas que habían recibido trasplantes de corazón alrededor de todo el mundo reportaban experiencias fascinantes, como adquirir gustos o habilidades que no tenían antes de la cirugía y que se corresponderían con el anterior dueño del corazón.

En el caso de Noah, la experiencia podría haber sido justificada por dos razones: él conoció a su donante, un joven maravilloso, casi un niño que murió entre sus brazos; la segunda razón era aún más poderosa, porque en el instante en que supo quién era su benefactor, el dolor por su muerte y la necesidad de mantenerlo vivo de algún modo se conjugaron en Noah para ser capaz de aceptar el fruto de aquel sacrificio.

Lo primero y más poderoso que le trajo portar el corazón de alguien tan extraordinario como Rafa fue la paz. Probablemente, el inspector Noah Scott Sherrington de la policía escocesa no fue un mal hombre; tenía un elevado sentido del deber, de la justicia y ninguna dificultad para diferenciar el bien y el mal. Si se lo hubieran preguntado entonces, habría dicho que no era un mal tipo, al menos no comparado con los demás. Pero Rafa era bueno, bueno de

verdad, con una luz y una pureza interior que le cautivaron desde el instante en que lo conoció.

Despertar con su corazón en el pecho le hizo sentir una paz y una calma que nunca antes había experimentado. La pulsión constante que se había mantenido como una luz roja encendida en un rincón de su cerebro durante toda su vida se apagó por fin. Aquella sensación de vértigo, de estómago vacío, de náusea contenida que lo había acompañado en su triste existencia, cesó. Y con ella se fueron el miedo a morir solo, el temor de no ser amado jamás, el abismo de una vida que termina con la muerte, las dudas sobre Dios y las pesadillas. Los sueños terribles de muerte y vacío, de frío estelar, de oscuridad y nada más.

La noche anterior había vuelto su pesadilla, aquella que lo había atormentado desde el infarto fulminante que lo mató y lo devolvió al mundo con una sentencia de muerte sobre su cabeza, que lo mantuvo en vela durante los meses que tardó en llegar a Bilbao buscando a un asesino antes de que su tiempo se agotara, que lo acompañó cada noche de aquel verano hasta que un muchacho extraordinario murió entre sus brazos y su corazón siguió latiendo en el pecho de Noah cuando el suyo ya no pudo hacerlo.

Aquella noche el horror había regresado.

Esta noche el horror había regresado. Supo que estaba soñando, pero la certeza no le restó ni un ápice de terror. Volvió a sentir el agua helada bajando por su rostro, los pies hundidos en el cieno del lago Katrine. Oyó de nuevo, incluso por encima del estruendo del viento, el crujido de las esposas cerrándose en torno a las muñecas de John Biblia y hasta experimentó el esfuerzo de incorporarse, tirando de John para evitar que aquel desgraciado se ahogase en el lodo de su cementerio particular.

Oyó aquel llanto antiguo y femenino que parecía brotar de todas las tumbas abiertas por la tormenta. Volvió a sobrecogerse ante el dolor de las víctimas, que se le clavaba en el pecho ahogándole. Sintió la bocanada de aire húmedo, tan necesario, entrando en sus pulmones mientras un rayo iluminaba las aguas rizadas del lago, y entonces dejaba de ser un sueño y se convertía en un recuerdo.

Un golpe, como una onda expansiva cálida y seca que sabía que era el ataque que lo estaba matando. Caía. Su rostro se hundía en el barro y al instante notaba cómo unas manos tiraban de él para darle la vuelta. Sus ojos habían quedado abiertos al infinito, al cielo nuboso resquebrajado en heridas por las que se colaban retazos de fulgor lunar. Entonces lo vio aparecer ante su cara. El azul de su mirada captó la luz acerada de la luna. John Biblia lo miraba a los ojos con una mezcla de alivio e incredulidad, escrutaba sus rasgos cubiertos de lodo tratando de decidir si lo había visto antes. Hasta se inclinó sobre él buscando un ápice de aliento. Sonrió al comprobar que estaba muerto. Y entonces Noah despertó.

El brillo de aquella mirada seguía persistiendo en su retina como un fogonazo. Parpadeó, no para borrar la imagen, sino para grabarla. Se sentía extrañamente lúcido, electrizado, como si el terror del sueño le hubiera purgado el cansancio del cuerpo. Se concentró de nuevo en el rostro del escritor.

Benedict Newman, un hombre culto, exitoso, brillante. Todo en él hablaba de clase, de elegancia y opulencia. Nada tenía que ver con el perfil de John Biblia, un hombre tan gris como para disolverse entre la humanidad, un lobo con piel de cordero, tan normal, tan anodino como para pasar desapercibido durante años en Escocia, durante semanas en Bilbao. Un maestro de lo subrepticio que, incluso después de envolver a cuatro víctimas en lona y de liberarlas en medio de la riada más poderosa que había vivido la ciudad de Bilbao, consiguió que las autoridades se planteasen en serio si alguna vez John Biblia había estado allí.

Se giró hacia la mesa y dedicó una mirada pensativa a la portada del libro que Nash Elizondo había mencionado en su llamada.

«Noah, ya sé cómo se conocieron Newman y mi madre.» Un profundo suspiro fue audible antes de que ella continuara hablando. Scott Sherrington la escuchó desgranar uno a uno sus hallazgos, con una serenidad y una templanza propias del que está restañando sus heridas. Noah sabía de eso y no se le ocurrió preguntar si estaba bien; era evidente que no.

La reciente publicación de *Todas las noches, todas las ciudades* había venido acompañada de la reedición de casi todas las novelas

de Benedict Newman, pero necesitó visitar cinco librerías y llamar por teléfono a otras tantas antes de dar con un ejemplar de *Los que paran*.

De vuelta en su oficina y haciendo caso omiso de la prohibición expresa de sus médicos, Noah fue al mueble bar y se sirvió dos dedos del whisky escocés que su cardiólogo le tenía prohibido. Su mano no tembló. Se sentó con el ensayo de Newman. *Los que paran*. La tesis era brillante, casi una coartada perfecta para un hombre como Collin Doyle. ¿O era una confesión? ¿La hoja de ruta de un hombre que había logrado detener la maquinaria del odio en la que había sido forjado?

La posibilidad de que un monstruo pudiera elegir dejar de serlo era tan fascinante como aterradora. Casi tres horas más tarde lo cerraba, con la mente bullendo de nuevas y terribles posibilidades. El whisky seguía intacto. Se puso en pie y caminó de nuevo hasta la pizarra para mirar una vez más a los ojos de Newman. Oyó sin volverse cómo su amigo entraba por la puerta. Fue consciente de cómo se detenía y estuvo seguro de que había posado su mirada en el vaso abandonado sobre la mesa.

En todos aquellos años, Mikel Lizarso había aprendido a leer en él como en un libro. Debió de notar su palidez, porque de inmediato preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

—¿Seguro?

—Sí, sí, perfectamente. Es solo... Estaba pensando. Nash Elizondo me ha llamado desde San Sebastián.

—¿Sí? ¿Qué ha dicho?

—Te lo cuento luego. ¿Tienes las respuestas que te pedí?

Lizarso estuvo seguro de haber detectado un ápice de ansiedad en su voz.

—¿No ha venido tu hija a trabajar? —preguntó evasivo y constatando lo obvio.

—Ha llamado para decir que tiene las piernas muy hinchadas. Le dije que se quedara en casa. ¿Quieres contarme de una vez lo que has averiguado?

—Primero tú —dijo prudente mientras se acercaba a la mesa y ojeaba la portada del libro. Había en la actitud de Scott Sherrington un fuego voraz, una intensidad casi juvenil que no le veía desde hacía tiempo. Una energía que a Lizarso le pareció a la vez admirable e inquietante.

—¿Has estado bebiendo?

—No. Ya sabes que no bebo, solo me lo he servido para olerlo.

—¿Otra novela de Newman?

—Un ensayo, y muy brillante, sobre criminología y narrativa interna. En él refuta la teoría de la aceleración inevitable en los asesinos y sostiene la tesis de que un asesino puede parar si toma conciencia de su propia identidad, del origen de su mal y de cómo fue manipulado.

—¡Joder!

—Sí, joder. Y ahora, ¿quieres hablar de una vez?

Lizarso se acercó a la pizarra y se posicionó junto a su socio.

—Los informes forenses de los cadáveres que aparecieron envueltos en los fardos —señaló las fotografías— mencionan cabello cobrizo o pelirrojo, igual que el de la princesa.

Scott Sherrington apartó la mirada de la pizarra y miró a su socio a los ojos mientras negaba suavemente con la cabeza.

—No lo entiendo —murmuró.

—Hay más. El estado de descomposición del primer cadáver hallado imposibilita saber si estaba menstruando. En el informe forense del segundo cadáver no se menciona concretamente; es algo que a menudo se pasa por alto si no se está buscando el dato y, para el forense que hizo la exploración, que tuviera o no la regla no era relevante. Pero le hizo un examen de agresión sexual que dio negativo, aunque se menciona el desprendimiento del revestimiento interno del útero en los días previos. Tenía la regla.

Lizarso estudió el rostro de Noah, que asentía con calma, más como si estuviera asimilando un revés que comprendiendo los datos. Prestó especial atención a cómo reaccionaba mientras decía:

—La princesa escocesa también tenía la regla.

Un fuego antiguo ardió en los ojos de Scott Sherrington.

—¿Y?

Lizarso asintió antes de hablar, maravillado ante el instinto de Noah y el modo en que siempre sabía cuándo había algo más.

—Los de Rastros encontraron tres tampones tirados cerca del cuerpo, uno de ellos usado.

—Joder, es él —exclamó Noah.

—No la violó.

—¿Están seguros?

—No hubo penetración, de ningún tipo, aunque si quieres mi opinión, la puesta en escena entera es una violación; que no hubiera penetración es lo de menos.

—Newman podría sufrir impotencia.

—No, no cuadra. Biblia violó a todas sus víctimas. Y que sean pelirrojas tampoco cuadra, Noah. Y estamos de acuerdo en que un asesino puede variar muchos aspectos de su *modus operandi*, pero no el principal: el tipo de víctima que elige.

—Sí —afirmó Scott Sherrington lacónico.

—Entonces no puede ser John Biblia.

—Y sin embargo...

Lizarso sabía a qué se refería; él también lo pensaba.

—Escucha, Noah, yo también lo veo. Suficientemente parecidos, suficientemente diferentes: los dos primeros crímenes parecen calcados de los que Biblia realizó en Bilbao en 1983, cordel de tender, envueltas en fardos, liberadas en el mar; el siguiente es como los que Biblia cometió en Glasgow en 1968. Es como si alguien estuviera mandando un recordatorio, alguien que conoce todos los pasos de John Biblia. Casi como si estuviese exponiendo su historia en cada una de sus fases, cómo mataba en un momento, cómo mataba en otro.

Lizarso se frotó la nuca. Noah seguía con los ojos clavados en la pizarra, sin volverse. Lo dejó que digiriera y continuó:

—Supone un gran conocimiento que solo puede tener el asesino o alguien que hubiera estado muy cerca de él, alguien que hubiera llegado a conocerlo íntimamente. Empieza a barajar la probable teoría de Barezzi de que Newman sea realmente Collin Doyle, que conoció y trató personalmente a John Biblia, que llegó a conocerlo bien.

—Voy a regresar a Escocia —dijo Noah con una calma que contrastaba con la pasión que parecía dominarlo.

Lizarso no contestó de inmediato. Necesitó un segundo para que las palabras aterrizaran.

—¿Qué estás diciendo? Es una locura —dijo superado.

—No lo es. Tiene todo el sentido, socio. Hay algo que se me escapó en alguna parte, y si hay algún lugar donde puedo encontrarlo es en el origen. «Cada nuevo comienzo proviene del final de otro comienzo.» Debo buscarlo en el primer comienzo.

—Eso es de *Closing Time* y no creo que los Semisonic se refirieran a lo mismo que tú —dijo Lizarso—. Me parece mentira siquiera tener que decirte esto, Noah... —añadió indignado—, pero ¿eres consciente de que el mundo acaba de sufrir una pandemia global? Las fronteras están cerradas. Viajar al extranjero supone pasar quince días confinado en un hotel antes de poder dar un paso. Y luego está lo más grave, Noah: acabas de salir del hospital. No puedes hablar en serio cuando dices que vas a viajar a Escocia. ¿Sabe Maite algo de esto?

Noah miró a su socio, negando suavemente con la cabeza como cuando se habla con un niño recalcitrante.

—Ya tengo el billete. Estoy decidido y nada que digas me hará cambiar de opinión. Y ya he tenido en cuenta la cuarentena obligatoria. Mi estado de salud es excelente; mi paso por el hospital fue un puro trámite. Y, por el amor de Dios, no mezcles a Maite en esto.

Lizarso se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros, como hacía siempre que la frustración lo desbordaba, y caminó en dirección a la ventana, incapaz de mirar a su amigo a la cara.

Noah lo siguió.

—La doctora Elizondo, la nuestra, guardaba entre sus cosas dos cuadernos de los que utilizaba para tomar los apuntes de las terapias. Uno era el mío; el otro, el de Benedict Newman. Tachó su nombre, pero esa hija suya es muy lista; encontró al terapeuta al que ella lo derivó cuando se enamoró de él. El psiquiatra se olió que Benedict Newman no era su verdadera identidad y se lo dijo a

Natalia. Ella lo confrontó con él y, cuando supo quién era, lo sacó de su vida y de la de su hija.

Lizarso lo interrumpió con calma, revelando su propia carta.

—Noah, Nash también me ha llamado a mí.

Noah se detuvo. La sorpresa fue genuina. Lizarso fue consciente de tener toda su atención.

—Y lo que evitas decir —continuó Lizarso, ahora tomando el control de la conversación— es que el psiquiatra que lo trató habla de un tipo completamente torturado por su pasado, consciente de haber sido adoctrinado, arrepentido del mal que causó, queriendo comprender el mecanismo de la manipulación y del autoperdón. Noah, todo eso cuadra perfectamente con un joven cuyos padres fueron asesinados y que creció entre el odio y la sed de venganza. El psiquiatra y Nash creen que Benedict Newman es en realidad Collin Doyle. Un terrorista, Noah, un soldado, entrenado para matar, que al tomar distancia del conflicto logra ver el dolor que causó. No sé si fue eso o el amor lo que lo redimió. Pero creo que nuestra doctora Elizondo también pensaba que era Collin Doyle, y por eso se separó de él.

Noah iba a contestar, pero el móvil de Lizarso sonó estridente, y esperó mientras su socio respondía.

—Sí, inspector Barezzi... Entiendo...

Noah, desde el otro lado de la habitación, levantó una mano para llamar su atención y se llevó un dedo a los labios, negando con vehemencia. El gesto era claro: silencio sobre el viaje.

Lizarso abrió los ojos como platos mientras extendía la mano izquierda hacia Noah, incrédulo. Y con gran profesionalidad, contestó:

—Sí, claro. Estaremos allí. Sin problema.

Lizarso colgó el teléfono y miró a su socio mientras el silencio se extendía entre ellos, tan indescifrable como el rostro de Noah.

—Espero que estés satisfecho. Ahora me toca a mí no dormir en toda la puta noche pensando qué mierda le voy a contar a Barezzi para justificar que no vayas.

37

Antes de abrir los ojos, Nash Elizondo supo dónde estaba. Tenía el aroma del despacho de su madre grabado en lo más profundo de su memoria olfativa, sin duda el archivo más fiel para recordar. Se frotó los párpados antes de abrirlos; la luz entraba en la estancia teñida de verde por las hojas de los árboles de la calle Urbieta que casi rozaban las ventanas del despacho. Se incorporó despacio, apartando la manta con la que se había abrigado la noche anterior. No había tenido valor para dormir en la cama de su madre. Recordaba haberse quitado los zapatos, vencida por el cansancio y la tristeza después de hablar con Amaia Salazar, y nada más. Comprobó la hora. Hizo una búsqueda en internet para hallar el teléfono y marcó.

Los primeros minutos los tuvo que dedicar a saludar a uno de los compañeros de su madre que atendió la llamada. Por supuesto que la recordaba, sintió mucho la muerte de Natalia, era una gran pérdida humana y profesionalmente. Aquel maldito virus se había llevado a muchos de los buenos. Nash esperó paciente hasta encontrar el momento de plantear su pregunta.

—Fermín, estoy buscando referencias de un caso que mi madre llevó entre 1983 y 1985. Resulta que aquel individuo ha llegado a convertirse en mi paciente. Me puse en contacto con otro profesional que lo trató en aquel tiempo, Asier Muniategui; él no guarda archivos de entonces, pero, tratándose de un caso interesante, está bastante seguro de que mi madre pudo haberlo compartido con vosotros en el proyecto de comportamiento criminal.

—Oh, sí, por supuesto. Dame veinte segundos para que me ponga frente al ordenador; por la fecha, ya te advierto que pueden salir varios casos de esos años. La norma es compartirlos de modo

anónimo; se explican todas las características, las sesiones, los diagnósticos y el tratamiento, pero por una cuestión de protección de datos no se menciona el nombre del paciente.

—No te preocupes, Fermín, el caso tiene suficientes peculiaridades como para distinguirlo.

—¿Sabes el año exacto?

—No, entre 1983 y 1985, que fue cuando lo derivó al otro psiquiatra.

Nash lo oyó teclear.

—¿Estás segura de los años?

—Bastante segura.

—Te lo digo porque no aparece nada, aunque no es tan extraño. El tipo de comportamientos que incluimos en el estudio no es frecuente, afortunadamente. Por si acaso voy a mirar dos años atrás y dos por delante, ¿te parece bien?

—Gracias, Fermín.

Esperó paciente.

—Nash, por detrás no hay nada, y por delante aparecen dos casos, uno en 1986 y otro en 1987. Los dos en colaboración con la Policía Nacional. Uno era un menor y el otro una mujer. Proporcióname un correo y te los mando.

—¿Estás seguro de que no hay nada más?

—No, lo siento. Si llegas a tener algún dato más preciso y quieres volver a consultarme, estaré encantado de ayudarte.

Nash se perdió dos veces antes de encontrar el acceso a la casa de la Redondo. Y reconoció que era algo que tenía que ver con que en su mente no la imaginaba viviendo allí, sino en el corazón del valle del Baztán. Subió por la carretera de Igueldo hasta superar el antiguo parque de atracciones; después, siguiendo las indicaciones de su navegador, se desvió hacia la derecha, por el camino que serpenteaba la ladera hacia los acantilados de Tximistarri.

Los accesos delataban que había allí más casas de las que había imaginado, pero resultaban invisibles desde la carretera, integradas en la ladera como escalones naturales, fundidas entre la vegetación

y la bruma que se elevaba en el aire. Llegó dos veces hasta el final del camino, que terminaba en una minúscula rotonda que la obligó a maniobrar para girar con el Mustang, y cuando ya estaba a punto de rendirse y llamar por teléfono para pedir indicaciones, vio una diminuta baldosa con el número y el dibujo de un sol junto a una estrecha puerta de acceso.

Tuvo que aparcar subiendo parcialmente el coche a la acera, para permitir que otro vehículo pasara. Cuando estuvo en la puerta se dio cuenta de que lo que había tomado por un sol era una *eguzkilore*, la flor de cardo que en la antigua mitología vasca la Madre Tierra había dado a los humanos para defenderse de la oscuridad de la noche y de los que la pueblan. Al verla, se sintió refrendada por un instante, solo para tener que reconocer, en cuanto la puerta se abrió, que el sesgo de representatividad no solo le había jugado una mala pasada respecto al lugar donde había esperado que viviera la escritora, sino también a cómo esperaba que fuera su casa.

Dos perros la recibieron alegres cuando el portón se abrió, un pastor alemán gris y marrón y negro y un pastor vasco de pelo amarillo como mantequilla.

La voz de la escritora le llegó desde la terraza como un desafío sereno.

—Dígame, doctora Elizondo, ¿qué le dicen mis perros?

Nash se detuvo, con la mano a medio camino del lomo del pastor vasco. Entendió al instante. No era una pregunta sobre razas o temperamentos; acababa de convertirse en un examen. Levantó la vista, buscó la silueta de la escritora y contestó, aceptando el duelo:

—Que confían en el mundo. Que no esperan una amenaza al abrir la puerta. Me dicen que su dueña no vive con miedo.

—Son Ron y Jai, y no te dejarán en paz si se te ocurre acariciarlos.

—Me encantan los perros. —Avanzó a trompicones ignorando el consejo de su anfitriona. Acariciarlos le dio una coartada para entretenerse estudiando el lugar.

No era la casa posada sobre una colina que había imaginado, sino un refugio que dialogaba con la ladera, un pliegue de modernidad integrado en la roca. Su arquitectura era una lección de respeto por

el entorno: una geometría pura de piedra lisa, madera oscura y lienzos de cristal que se abrían al mar sin reservas.

Estaba diseñada para ser casi invisible desde la distancia, un estrato geológico más en el perfil de la montaña de caliza gris y arenisca tostada, que demostraba cómo la vanguardia podía ser respetuosa con el espacio natural. La vegetación, lejos de ser contenida, la abrazaba. Cascadas de hiedra se aferraban a la piedra oscura, suavizando la dureza de sus líneas y anclándola a la tierra. Su madre habría adorado aquella casa.

«Cierto», la oyó en su mente.

Mientras avanzaba, Nash distinguió a un lado un acceso casi invisible que descendía hacia lo que supuso que era el garaje, una cueva excavada en la roca viva. El acceso principal, a través del jardín, no preparaba para el impacto del interior.

El espacio explotaba hacia arriba en una catedral de luz y aire. Los techos se elevaban tres plantas en una altura vertiginosa que, desde fuera, por su astuta integración en la pendiente, era imposible de adivinar. Nash tuvo que detenerse, y no fue solo por la belleza del lugar: fue por el golpe seco de su propio error. Vino esperando encontrar un caserío anclado en la tradición, la guarida de una escritora que extraía sus historias de la tierra oscura de Baztán. Había caído de lleno en la trampa del sesgo de representatividad.

Recordó el impacto en su mente al ver por primera vez la casa de Benedict Newman. Esperaba el refugio de un intelectual excéntrico y se encontró con un museo de orden y lujo custodiado por los jardines de Darwin. Para la Redondo, había imaginado un eco del valle y encontraba la vanguardia asomada al mar. Comprendió entonces la ingenuidad de su propio juicio. Juzgaba a estos creadores por la piel de sus obras, por los estereotipos de sus géneros, olvidando que una mente capaz de construir mundos enteros no podía habitar en una caja predecible. Tenían más caras que un poliedro, y sus hogares no eran más que una de ellas, quizá la más inesperada.

Y en ese instante, tomó una decisión. Venía a buscar respuestas, a intentar comprender la mente de un hombre como su padre. No lo lograría si seguía mirando a través del filtro de ideas preconcebidas.

Para entender a un creador de laberintos, primero debía deshacerse de su propio mapa.

Con esa nueva resolución, volvió a observar el espacio. Los suelos de madera ancha y clara aportaban una calidez orgánica a una blancura que actuaba como un lienzo para aquella luz. La cocina y el salón no eran estancias separadas, formaban un único espacio diáfano que fluía sin interrupciones hasta el exterior. Un ventanal de suelo a techo, completamente abierto, disolvió la frontera entre la casa y el paisaje. No había fachada; un escenario suspendido sobre el acantilado, donde el salón se fugaba hacia el azul gris infinito del mar Cantábrico.

La escritora iba de negro, con un vestido largo adornado con una cremallera longitudinal y unos botines de piel sin tacón. La melena le caía a los lados del rostro. Nash la observó mientras se acercaba. No era una melancolía común la que habitaba en aquel rostro; era una tristeza observadora, casi forense, la de alguien que pasaba demasiado tiempo mirando el fondo del abismo sin parpadear. Pero entonces sonrió, y toda la oscuridad se replegó para dar paso a una calidez inesperada mientras le tendía la mano.

Como si hubiera podido leer todos los pensamientos que cruzaron por su mente, preguntó, haciendo un gesto hacia la casa:

—¿La imaginabas así?

—No —reconoció—. En absoluto. Es preciosa, estoy segura de que es una de las casas más bonitas que he visto nunca, y el lugar... —dijo sin terminar la frase mientras miraba hacia el mar—. No sé —añadió de pronto como sacudida por una idea—, creo que en una ocasión leí una entrevista tuya, había una foto de tu despacho, pero no se parecía en nada a esto, ¿puede ser?

La escritora sonrió mientras negaba, como ante una travesura divertida. Pareció mucho más joven.

—Una publicación me ofreció salir en la portada coincidiendo con el lanzamiento de una de mis novelas si accedía a que me entrevistaran en el lugar donde trabajo. Siempre me negué, porque mi casa es también la de mi familia, y porque, aunque hubiera vivido sola, considero que este lugar es parte de mi intimidad. Pero la oferta era demasiado golosa para decir que no, así que decoré una

habitación como suponía que querían verla, y la entrevista no me defraudó: era exactamente de la clase que había imaginado. Preguntas personales sobre mi matrimonio, cómo llevaba mi marido ser el segundo de a bordo, quién ganaba el dinero, cómo se organizaba una mujer para poder ser una escritora de éxito sin abandonar su familia..., cualquier cosa menos el contenido de la novela. Recuerdo que hasta el fotógrafo me propuso que posase tumbada en un sofá con los pies descalzos.

—¿Descalza?

—Quizá de no haber sido una escritora de novela negra, habría aceptado. Para la mayoría de la gente puede parecer algo inocente, pero conozco suficientes tipos de parafilias como para saber que hay un club de amigos de los pies desnudos que no quiero entre mis fans. Al día siguiente de la entrevista desmonté el decorado y volví a montar mi estudio.

—¡Qué curioso! La editora de Benedict Newman me contó que siempre intenta convencerle de que pose en su casa, en su despacho o cocinando; por lo visto cocina muy bien, pero él nunca ha accedido. Sin embargo, hace unos años alquiló un piso, lo decoró como se esperaba que fuera el despacho de su detective, se puso un traje de época y posó junto a su editora como si fuera Colt Star.

—Es una buenísima idea, puede que lo haga con mi próxima novela. —La invitó a entrar en la casa—. Amaia me dijo que tienes algunas preguntas.

—Sí, unas cuantas... —Suspiró—. No te pediré que me enseñes los pies, como el fotógrafo fetichista, no haré fotos de tu casa y no escribiré sobre ti. Pero quizá lo que voy a preguntar te resulte bastante íntimo. No conozco personalmente a ningún escritor... Trato de entender cómo funciona una mente así.

—Amaia me habló de ti y de tu peculiar situación familiar. —Como si eso ya fuese suficiente garantía para salvaguardar la conversación. Notó, además, que evitaba aposta decir «tu padre»—. Voy a intentar ayudarte. Comencemos por un café, ¿cómo lo tomas? —Se detuvo —. Porque quieres que hablemos de Benedict Newman, ¿verdad?

Nash asintió.

—¿Lo conoces?

—No —contestó la Redondo—. Sé quién es, por supuesto, lo he leído, pero nunca hemos coincidido. Yo no me prodigo demasiado en actos, y él tampoco.

—Sí, parece que tenéis eso en común, ese afán de mantener en privado vuestra vida.

—Bueno, no sé por qué razón lo hace él, pero en mi caso es porque siento que un exceso de exposición actúa casi como una contaminación cruzada que me impide conectarme con el estado que necesito para escribir.

—¿Sabes?, yo había leído algunos de tus libros, pero hasta que no conocí a mis amigas de Elbete no supe que Amaia Salazar era alguien real.

Redondo asintió con tranquilidad, sin decir palabra. Se movió con una calma serena hacia la encimera de la cocina, tomó un pequeño molinillo, y el silencio se quebró por el crujido rítmico de los granos de café al romperse. El aroma intenso y amargo que inundó el aire pareció darle a Nash el permiso para lanzar su primera pregunta de verdad.

—Quiero preguntarte... ¿En cuántos de tus libros aparece Amaia, en cuatro, en cinco? ¿Cuánto tiempo tardas en escribir una novela? ¿Cuánto tiempo vive en tu mente? Después de todo ese tiempo pensando en ella y pensando como ella, ¿cómo consigues que el personaje se mantenga solo entre las páginas? ¿Hasta qué punto es posible que la frontera entre un autor y su personaje se difumine?

La escritora sonrió.

—Realmente son preguntas de escritor —apuntó mientras servía el café para Nash en una taza y para ella en un vaso ancho de cristal —. No imagino que nadie que no se dedique al mundo creativo pudiera siquiera planteárselas. Voy a contarte una anécdota. Me ocurrió hace un par de años. Una mañana de invierno salí a pasear bajo la lluvia en Elizondo; es algo que me encanta hacer. No iba pensando en nada particular, solo disfrutando de la sensación. Entonces, mientras pasaba por una calle, pensé: «Por aquí venía a la escuela cuando era pequeña». Fue un pensamiento fugaz, como una estrella que cruza el cielo, e inmediatamente me dije: «¡Dios mío!, ¿cómo se me ha ocurrido? Yo no vivía en Elizondo cuando era

pequeña, nunca vine a este colegio; de hecho, tendría cuarenta años la primera vez que pasé por esta calle».

Nash sintió un frío repentino a pesar del calor que emanaba de la taza entre sus manos. Un recuerdo implantado. No era una teoría de un libro de texto, era una experiencia real contada por la mujer que tenía delante. Pensó en las dos caligrafías, en el hombre diestro que escribía con la izquierda, en la brecha que separaba a Benedict de Colt. Su padre no era el único que vivía con los fantasmas que él mismo había creado.

—Era un recuerdo de Amaia.

—Y ni siquiera uno de la Amaia real; era un recuerdo de mi personaje.

—Debió ser desconcertante.

—La experiencia me fascinó tanto que durante semanas le di vueltas al hecho y a cómo pudo haber sucedido. Y me llevó a hacerme muchas preguntas más. Mi abuelo era un hombre maravilloso, una gran influencia en mi vida en la lectura y en la escritura. Falleció con ochenta y dos años. En los últimos meses de su vida desarrolló demencia senil. Siempre recordaba una versión más joven de sí mismo, de cuando trabajaba, de cuando navegaba, de la guerra. Todos los que pasaron la guerra tienen un recuerdo imborrable.

La Redondo hizo girar el vaso entre las manos. La pregunta que venía a continuación no era retórica.

—Y lo que me ocurrió aquel día me hizo preguntarme qué recordaría yo si tuviera demencia senil. ¿Qué les diría a las auxiliares de mi residencia de ancianos? ¿«Yo soy una escritora» o «yo soy la inspectora de Homicidios que capturó al Basajaun»?

Miró a Nash por encima del vaso, esperando que la pregunta aterrizara antes de continuar.

—Aquel día viví lo que llamo el «eco narrativo»: la historia que escribes te reescribe a ti. El personaje no es un inquilino en tu mente; es un arquitecto que empieza a remodelar las habitaciones sin pedir permiso.

Nash entreabrió los labios y dejó salir el aire muy despacio.

—¿Y crees que es algo anecdótico? ¿O que les pasa a todos los escritores?

—A todos no, pero sé que mi caso no es aislado. He investigado sobre esto; en su discurso de aceptación del Premio Cervantes, Miguel Delibes dijo que cuando sus amigos, con la mejor voluntad, le deseaban que conservase siempre la cabeza, él se preguntaba qué cabeza y qué memoria conservaría, la suya o la de sus personajes. Era consciente de que, a fuerza de tener la memoria de aquellos tanto tiempo mezclada con la suya, el reto iba a estar en distinguirlas.

Mientras Nash procesaba la idea de una memoria fracturada, sintió un peso cálido y un aliento húmedo en su mano. El pastor vasco, Ron, apoyó la cabeza en su regazo, mirándola con unos ojos tan inteligentes que parecían comprender la densidad de la conversación. Nash, agradecida por la interrupción, le rascó instintivamente detrás de las orejas. El gesto la devolvió al presente, al tacto del pelo suave y a la solidez de aquel animal anclado a la realidad. Fue ese simple contacto lo que le dio el valor para formular su siguiente pregunta.

—Entonces, ¿crees que es posible que un autor llegue a tener una relación tan potente con su personaje que empiece a actuar a través de él?

La escritora asintió con calma.

—Estoy convencida de que, si algo en la mente de un escritor comenzase a fallar, no es improbable que terminase comportándose como uno de sus personajes. Conoce sus vivencias, sus recuerdos, su origen familiar, es capaz de recordar a sus padres, a sus hermanos y a sus amigos, incluso aunque nunca los haya mencionado en una novela. Como ese recuerdo de Amaia caminando hacia la escuela del que te hablaba.

—Claro que no sería lo mismo para un escritor de novela romántica que para un escritor de crimen.

—¿A qué te refieres?

—Espero que esto no te ofenda, pero hay una percepción popular de que, para escribir sobre la oscuridad, hay que tener una parte oscura.

—La gente suele hacer esa pregunta al revés, doctora. No se escribe sobre el monstruo porque se comparta su naturaleza. Se escribe para construirle una jaula. La novela negra no es un retrato del mal; es un manual de instrucciones para contenerlo.

—Sí, pero ¿por qué un autor decide escribir sobre un género y no sobre otro? Alguna razón más profunda tiene que haber.

—No siempre. Estoy segura de que muchos autores eligen el género de lo que escriben según las listas de éxitos y lo que está funcionando. Inician su carrera en el fantástico, luego se pasan a la histórica, después al *thriller*...

—No hablo de esos, hablo de alguien como tú o como Benedict Newman.

—No puedo hablar por Benedict, pero que alguien pueda sugerir eso es algo ofensivo. En una ocasión estaba en una emisora de radio, en una especie de mesa redonda en la que, además del conductor del programa, había varios periodistas. Comenzó la entrevista y, más o menos a la mitad, tuvimos que hacer una pausa para que entrasen los informativos. Estuve escuchando las noticias mientras los demás se tomaban un descanso. Cuando retomamos la entrevista, uno de los periodistas me dijo: «No te leo. Crímenes, adolescentes muertas..., demasiado violento para mí. Me pregunto qué hay en la mente de alguien que escribe cosas así».

—¿Qué le contestaste?

—En la mente de alguien que escribe cosas así hay una gran sensibilidad, una gran empatía en la que la literatura actúa como un cedazo para cribar la realidad, que en ocasiones me resulta insoportable. No puedes leer mis novelas porque son demasiado violentas para ti, pero te estabas descojonando de risa durante los informativos que acabamos de escuchar, en los que contaban cómo, tras los intensos bombardeos en Siria, se vieron obligados a almacenar los cadáveres de los recién nacidos en refrigeradores de helados.

Nash asintió. Se notaba que la mención aún la ofendía.

La Redondo se levantó y caminó hacia una de las estanterías, donde, entre los lomos de gruesos volúmenes, descansaba un pequeño marco de madera. Lo tomó un instante entre sus manos —

en la fotografía se la veía recostada junto a otra mujer y a un bebé recién nacido— antes de volver a dejarlo en su sitio. No dijo nada, pero el gesto fue una declaración: su conocimiento de la oscuridad no nacía de la afinidad, sino de la necesidad de proteger aquella luz.

—¿Has escrito alguna vez sobre un crimen real? —continuó Nash, entendiendo que la pregunta ahora tenía un peso diferente.

La escritora regresó a su lugar en la mesa y se sentó de nuevo.

—No escribo *true crime*, si es a lo que te refieres. Pero claro, vivo en el mundo, veo las noticias, soy consciente de la violencia que vivimos. Es imposible que eso no termine reflejado en lo que escribo; en varias de mis novelas construí una ficción alrededor de una historia que me impresionó.

Nash lo pensó.

—Hay una línea que en mi profesión es sagrada: la distancia con el sujeto. Entender, sí. Justificar, nunca. Empatizar, con un cuidado infinito. En tu mundo, un escritor que establece una relación con un asesino para nutrir su obra, ¿no corre el riesgo de que el abismo le devuelva la mirada... y le guste lo que vea?

La escritora no contestó de inmediato. Dejó su vaso sobre la recia madera de haya, y el leve sonido resonó en el silencio que acababa de nacer. Se levantó con una calma deliberada y caminó hacia el gran ventanal, dándole la espalda a Nash. Se quedó allí, inmóvil, observando cómo el mar comenzaba a oscurecerse con el avance de la tarde. La maniobra era clara: estaba tomando el control, obligando a Nash a esperar en su territorio, bajo sus reglas.

Nash no alzó la voz, pero sus palabras cortaron el silencio con la precisión de un láser.

—Es una técnica excelente: crear una pausa dramática, darle la espalda al interlocutor, usar la inmensidad del paisaje para empequeñecer la consulta... Me pregunto si la utilizas con tus personajes o solo con tus visitas.

La Redondo permaneció inmóvil un segundo más, pero Nash pudo adivinar una levísima sonrisa en su reflejo en el cristal antes de que se girara y le concediera el punto con la mirada. El duelo alcanzó un nuevo nivel de respeto mutuo. Solo cuando pareció haber

encontrado la respuesta en el horizonte, se volvió sin prisa, pero contestó con una pregunta.

—¿Hablas del riesgo de romantizar al asesino o de romantizar el asesinato?

Nash sintió cómo su coraza profesional se agrietaba. Se inclinó hacia delante, casi como si el peso de la conversación la estuviera aplastando. Su voz, al salir, fue un susurro ronco, despojado de toda autoridad.

—No lo sé —reconoció, y la confesión era para sí misma—. Si tuvieras la oportunidad, ¿te documentarías... directamente con un asesino?

La pregunta quedó suspendida en el aire, cargada de un peso casi insoportable. La Redondo observaba a la mujer rota que tenía delante y decidió no jugar más.

—No, no lo haría —dijo categórica.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque tuve esa oportunidad, cariño.

—¿Conoces a un...?

—No llegué a conocerle en persona. Fue cuando escribí *El guardián invisible*; la historia de la pequeña asesinada por una secta es real. Una de tantas víctimas sin justicia, un caso olvidado durante decenios. Cuando publiqué la novela, uno de los miembros de la secta me contactó, quiso contarme «su versión».

—Y no le escuchaste.

—Ya te he dicho que tengo claro qué lugar ocupo. Soy una escritora, me debo a la literatura. Jugar a polis y cacos es para el patio de la escuela.

—Pero ¿sería descabellado pensar que un escritor lo hiciera?

—No, no lo es —dijo pensativa—. Mira, escribir no es el sueño de mucha gente, porque de hecho es un sueño fácilmente realizable: no tienes más que encadenarte a la pata de una mesa y empezar a llenar cuartillas. Ahora, ser escritor, el éxito, el reconocimiento..., eso es otra cosa. Hay gente que haría lo que fuera para conseguirlo. Ir a documentarse a la cárcel no es descabellado. Algunos lo hacen.

—¿Y si no fuera en la cárcel? ¿Y si ese asesino no hubiera sido capturado?

La Redondo la miró, y su expresión se había vuelto seria, casi grave.

—Eso sería bailar con el diablo. —Y la frase cayó como un mazo—. La pregunta clave no es si un escritor sería capaz de matar para tener éxito, doctora. La pregunta es si un asesino sería capaz de no escribir sobre ello. Algunos monstruos no buscan un escondite, sino un escenario... y un público. La vanidad es un hambre más voraz que la propia maldad.

Mientras la Redondo hablaba del diablo, su mirada se perdió en el exterior. El sol de la tarde comenzó a caer y el mar, antes de un azul amable, se teñía ahora de un gris acerado y profundo. Las olas rompían contra las rocas invisibles al pie del acantilado con una furia sorda, un eco de la violencia de la que hablaban.

—Por razones obvias, no conozco ningún caso, pero al menos un escritor en China y una escritora estadounidense fueron capturados por la policía por narrar en sus novelas los crímenes que habían cometido años atrás. El afán de éxito, de ir un paso más allá, los había llevado a desvelar detalles que solo los asesinos podían conocer.

«Y si todo el universo literario de Benedict hubiera sido una forma de gritar un secreto», pensó Nash. Contestó con una pregunta que ya no era un estilete manejado con precisión, sino una súplica torpe:

—¿Crees que en ese caso el acto de escribir sobre un crimen puede ser una forma de confesión o de aliviar una conciencia culpable?

—Lo desconozco. Creo sin ninguna duda que un trauma infantil puede ser procesado a través de la escritura para intentar superarlo, igual que las debilidades y las adicciones. No es un secreto que muchos escritores utilizaron episodios de su biografía para completar sus novelas, desde *El jugador* de Fiódor Dostoievski hasta Bukowski o Marguerite Duras con el alcoholismo. Si algo forma parte inseparable de tu vida, es normal que termine reflejándose en tu obra.

—Así que, si fueras un asesino, tarde o temprano eso también se reflejaría en tu obra.

—Lo que planteas es muy desconcertante...

—Un escritor es, en esencia, un dios en el universo que crea. Decide quién vive, quién muere, quién sufre. ¿Ese poder absoluto en la página se queda siempre ahí? ¿O existe el riesgo de que un autor se acostumbre tanto a manejar la vida y la muerte que esa sensación de poder se filtre en su forma de ver el mundo real?

Mientras Nash hablaba, una sombra inesperada cubrió la estancia. Miró hacia el ventanal y vio cómo un frente de nubes oscuras, de un color morado y denso, avanzaba desde el horizonte, devorando el azul del cielo. El viento comenzó a silbar contra el cristal.

—Nash..., podríamos seguir hablando eternamente de mí, de mi vida y de cómo trabajo, de cómo me cuido del mal, de cómo evito asomarme al abismo. Pero al final, esa es solo mi experiencia, mi forma de anclarme. La pregunta importante no es sobre mí, ¿verdad? Es sobre Benedict Newman. Leí su ensayo, *Los que paran*. Es brillante. Aterradoramente lúcido.

—¿Lo has leído? —preguntó sorprendida.

—Por supuesto. Creo que es, con mucho, la obra de Newman que más habla de su propia naturaleza. Y opino como él: el poder está en el lenguaje, en la narrativa interna, en la verdad de quién eres. Lo que varía es de dónde bebes, dónde están tus fuentes, cuál es tu palacio. Pensemos en ello por un momento, no como médicos, sino como narradores. La creación de un *alter ego* como Colt Star... no es necesariamente una huida. En ocasiones es la forja de un instrumento. Una herramienta con la personalidad y la dureza necesarias para enfrentarse a un mundo que el «yo» original, el de Benedict, considera insoportable o para el que se siente incapacitado. Un escritor no siempre crea fantasmas para huir de la realidad, doctora. A veces crea soldados para poder luchar en ella. Recuerdo un pasaje de Henry Miller sobre la pureza y lo inmutable. Algo así como que un ángel puede arrastrarse por el lodo más inmundo y salir incólume, porque su naturaleza es ser un ángel.

Justo en ese momento, la luz de la casa parpadeó una, dos veces, y se apagó. Un rayo restalló, esta vez directamente sobre ellas, y siguió un terrible trueno que hizo vibrar los cristales. Por un segundo quedaron en una oscuridad casi absoluta, solo rota por el brillo azulado de la pantalla del móvil de Nash sobre la mesa. Otro

relámpago iluminó la escena con un fogonazo cegador, congelando el rostro de la Redondo, cuyos ojos parecieron dos pozos oscuros y profundos. Y en esa oscuridad, su voz sonó como un susurro final, devastador.

—La pregunta que debes hacerte, doctora, no es si tu padre se arrastró por el lodo. Todos lo hacemos. La pregunta es...: ¿cuál es su verdadera naturaleza?

38

> Desconocer la propia naturaleza es algo que jamás ocurre a un animal, solo a los humanos. Llamar animales a las bestias que vagan entre nosotros es un agravio al sistema natural.
>
> BENEDICT NEWMAN, en *Los que paran*

Noche en Ciudad

«Soy un viajero afiebrado que vaga en este desierto de desesperanza», pensé mientras miraba el cielo raso del hospital.

Abandoné la cama, me senté en el quicio de la ventana y apoyé la cabeza en el marco, tomando de nuevo conciencia de mi herida. Hacía un par de horas, mi enfermera favorita me había sometido a la dulce tortura de quitarme los doce puntos, cortesía del Departamento de Policía de Ciudad. Me llevé los dedos hacia el lugar un poco inflamado que hacía despuntar los pelos que seguían creciendo ajenos al desastre. Acaricié la zona con las yemas, venciendo el impulso de rascarme.

Encendí un cigarrillo y me concentré en pensar, sintiendo cómo, casi de inmediato, la migraña regresaba, como un reflejo a cualquier intento de reflexionar, como un eco no del porrazo del pipiolo, sino de la pregunta que me había dejado aquel visitante en la penumbra de mi primer despertar: «¿Me recuerdas?».

No era una pregunta simple; albergaba otras que yo estaba seguro de tener que responder para calmar aquella inquietud creciente en mi alma. ¿Qué sabes?, ¿cuánto sabes? A pesar de la amenazante migraña, me devanaba los sesos buscando entre mis recuerdos

aquella mirada que anhelaba saber cuánta información quedaba en los archivos dañados de mi memoria; quería confirmar cuánto sabía. ¿Qué pieza del puzle tenía yo sin ser consciente de ello? Esta teoría se había vuelto certeza en las últimas horas, provocándome una profunda melancolía, como si hubiera despertado enfermo de una depresión ajena.

Y aquella mirada azul...

No, maldita sea, no lo recordaba. No podía estar seguro de si era debido a que jamás lo había conocido o a que el golpe que me había sacudido el pipiolo había fundido la mitad de mi memoria interna. Ojeé de nuevo el cuaderno de bitácora y la palabra subrayada con aquella letra imperiosa y ajena. Casi un arañazo en la piel de papel. «Imperdonable.» Sentía que en alguna parte de mi cabeza estaba la respuesta, tras una puerta cerrada de la que había perdido la llave.

Aspiré una profunda calada y cerré los ojos, dejando que el veneno de la nicotina hiciera su trabajo. Aquella mirada: «¿Me recuerdas?».

Justo cuando mi mente rozaba el significado, una taladradora al rojo vivo se clavó detrás de mi ojo derecho. El dolor, un guardián feroz, me apartó de golpe de ese recuerdo prohibido. Jadeé en silencio.

La puerta de la habitación se abrió sin ruido. Era Matilda, mi enfermera de noche. Una mujer construida con silencios y miradas largas, de esas que parecen sopesar el alma. Se movía con la eficiencia de quien ha visto demasiado.

Me encontró junto a la ventana, apurando el cigarrillo. Se detuvo a mi lado y se inclinó para inspeccionar el estado de mi herida. El humo del tabaco se mezcló con el olor a antiséptico y a la vida dura que ella arrastraba.

—¿Qué tal la cabeza, detective?

—El cráneo está bien, es el cerebro lo que me preocupa.

—¿Cómo es eso?

—Hay una especie de confusión que me atenaza hasta doler cuando intento pensar, todo se vuelve oscuro y denso, como gelatina.

Su labio inferior desapareció engullido en su boca mientras tomaba aire por la nariz. Suspiró.

—Es este lugar. Estas paredes se comen el color del alma, detective. La dejan gris; lo llaman depresión hospitalaria, pero yo creo que es el peso de los muertos.

El peso de los muertos. Sabía a qué se refería.

—¿Tú lo sientes? —pregunté, aunque ya sabía que sí.

—Hay noches que pesan más que otras —dijo mirando a través del cristal las luces lejanas de Ciudad—. ¿Piensa en la muerte, detective?

Me arrebató el cigarrillo de entre los dedos, sacó uno del bolsillo de su uniforme y lo encendió con el mío antes de devolvérmelo.

Le di una calada profunda y contesté:

—No es la muerte lo que me preocupa, Matilda. Es no recordar a quién le debo la próxima bala.

No sonrió, pero sus ojos lo hicieron por ella, una chispa fugaz de comprensión en la oscuridad. Estuvo allí, fumando en silencio y mirando los halos parpadeantes de la urbe hasta consumir el cigarrillo. Aplastó la colilla en el alféizar, en el mismo lugar donde lo hice yo, y dijo:

—No es ninguna tontería eso que dice, detective. Si la mitad de los que vagan heridos por el mundo supieran a quién le deben la próxima bala, la vida de muchos cobraría sentido.

Se acercó a la cama y dejó una pastilla blanca en mi mesilla.

—Sea un buen chico, señor Star. Tráguesela. Necesita descansar y descargar parte de esta oscuridad que atenaza en las noches de hospital.

Para contentarla, me acosté y me dejé hacer. Matilda me arropó con una eficiencia casi maternal.

—¿Le debes una bala a alguien, querida?

—Más de una... —contestó pensativa.

—Buenas noches, Matilda. Que la noche te sea leve.

Asintió con esa media sonrisa suya y se fue.

Esperé quince minutos antes de salir de la cama y comprobar que el pasillo estaba vacío. Esa noche no había estudio, ni cámaras, ni micrófonos. Deshacerme del camisón del hospital fue como

arrancarme una piel que no era la mía. Vestirme con mi ropa —la camisa, el pantalón, la corbata— fue un ritual. Volver a ser Colt Star.

Justo antes de moverme, mi reflejo me devolvió la mirada desde el cristal oscuro de la ventana. Era yo, con mi corbata y mi cansancio. Pero, por un instante, un parpadeo, no eran mis ojos los que me miraban. Eran dos fragmentos de un cielo helado, una mirada azul y penetrante que no era la mía, ni la de Newman, ni la del visitante. Algo me estaba ocurriendo, algo cortocircuitaba en alguna parte.

Miré de nuevo la habitación del modo en que uno lo hace cuando deja los lugares donde fue moderadamente feliz, aunque sabe que no regresará.

Pensé en Patricia y en su beso, y una sonrisa se dibujó en mi rostro. No podía olvidar el modo en que me había acompañado al juzgado, cómo me había advertido sobre el doctor Kutz; le debía hasta este refugio que me había conseguido en el laboratorio del sueño. Me gustaba, me gustaba de verdad; quizá por eso sentí una punzada de remordimiento por traicionarla fugándome de nuevo. Pero ¿qué iba a hacer? Me había dado una ventana para hombres, no para pájaros enjaulados. Se abría lo suficiente. Treinta centímetros de libertad.

Mis zapatos cayeron primero, un golpe sordo en los arbustos. Luego la chaqueta, con el cuaderno de bitácora en el bolsillo interno. El aire cálido de la noche de Ciudad escalaba la colina sobre la que se encontraba el hospital, se mezclaba con el perfume de las flores que solo se abrían a la luna y con otro aroma que me recordó al salitre.

Dediqué una última mirada a la única habitación del hospital que no lo parecía. Y decidí que encontraría el modo de conseguir que Patricia me perdonara. Pero Matilda tenía razón, hasta que aquella bala no tuviera grabado un nombre, mi vida no tendría sentido, y lo peor de todo es que otras vidas estaban en juego. La hija de Newman se había convertido en mi cliente, sí, pero también en mi norte. Y mi honor me exigía proteger ese norte a cualquier precio. Ella, sin saberlo, era la única llave que me importaba encontrar.

La tubería de desagüe bajaba paralela a una conducción de cableado; apoyándome en ambas, las convertí en mi escalera hacia

el infierno o la salvación. El estucado de la pared gruesa y rugosa me brindó un agarre más que decente para los pies, enfundados solo en los calcetines. El descenso fue torpe, un diálogo de quejidos entre mis músculos y el metal. Mis pies encontraron el saliente que circundaba la fachada. El último salto fue un acto de fe.

Aterricé en cuclillas, entre el olor a tierra. Me puse los zapatos, me ajusté la corbata y salí de la zona ajardinada para ser una silueta más en la noche. A mi espalda, el hospital era una mole de luz estéril. Delante, la carretera poco transitada a aquellas horas descendía hacia el centro de Ciudad, donde las calles parpadeaban, llenas de mentiras y neón. Empezaba la caza.

39

El día comenzó mal para Annie «la Pantera»; la mañana la había engañado con la promesa falsa de un sol de verano, pero la tarde se tiñó con nubes plomizas vomitadas desde el Atlántico. Ahora, una lluvia tibia y pegajosa empañaba los cristales, haciendo sudar a la casa entera. Afuera reinaba el bochorno propio de finales de junio, pero dentro Annie sentía un frío de morgue que le trepaba por la médula. El aire olía a cerrado, a la humedad que devoraba las paredes y al aliento amargo de las medicinas del frasco en la mesita. El papel pintado, un campo de flores desvaídas, se combaba en las esquinas, rindiéndose.

Había sido un mal día, no pasaba nada; últimamente casi todos lo eran. Solo que este la había decepcionado. Arrancó el motor demasiado temprano, con la resolución de antaño, embutida en su mejor traje, con el pañuelo de seda al cuello, su único bolso colgando del hombro y unos zapatos que, por la mañana, aún guardaban las formas, pero que, a media tarde, se convirtieron en dos cepos dentados. Un tren y dos autobuses para llegar al centro y escuchar a un abogado demasiado joven que seguro que aún vivía con sus padres y olía a colonia de bebé.

Habían transcurrido treinta y seis horas desde que la policía se había presentado ante su puerta sin previo aviso. Le soltaron que tenían motivos para creer que su hermano seguía vivo. En España. Para confirmarlo, solo necesitaban un poco de su ADN de vieja. Una nadería.

A la vieja pantera aún le quedaban garras. Los mandó a la mierda. Collin estaba muerto; lo sentía en las tripas, en cada fibra de su cuerpo. Su hermano, el niño al que crio a pulso tras el funeral de sus padres, el chaval rudo de pelo tan negro como el de ella y ojos de

un azul imposible. Su hermanito estaba muerto. Tenía que estarlo. De lo contrario, habría vuelto a por ella. Su pantera. Habría dado una señal.

Daba igual, pensó mientras el whisky le quemaba la garganta. El médico le había prohibido mezclarlo con las pastillas, pero era la única forma de comprar un par de horas de sueño antes de que el dolor la despertara aullando en mitad de la noche. Si Collin seguía vivo y había decidido mantenerse oculto, tenía razones de sobra; que esos cabrones no esperaran que ella lo vendiera por un plato de lentejas.

Pero toda la rabia con la que salió de casa se fue por el sumidero en el despacho del abogado. El tipo le aclaró que podía resistirse, pero solo retrasaría el hecho; al final, conseguirían la muestra, un juez podía obligarla. El terrorismo no prescribe, le dijo. «¿De qué terrorismo hablas, muchacho? Doyle fue un héroe de este país.» El niñato la miró con esa mezcla de condescendencia y lástima con la que miran ahora los jóvenes, sin rastro de la valentía de las miradas de entonces.

Cerró los ojos y la imagen de la última vez que vio a su hermano la golpeó. El tufo a salitre y a pescado, la cubierta resbaladiza de un pesquero bailando sobre las aguas negras del Foyle. La silueta de Collin, tan joven, saltando con la agilidad de un gato hacia la negrura, hacia otro barco que aguardaba en alta mar. Un fantasma borrado por la noche.

—Me cago en Gerry Adams y en la madre que lo parió —susurró. Había cosas que nunca cambiaban, y la bota del jodido Reino Unido sobre sus cuellos era una de ellas; pero de algo estaba segura, y era de que prefería la muerte a dar a esos cabrones ni la hora. Exhaló agotada. No podía pensar más. El dolor era un lastre. Se metió otro trago y se echó a la boca dos pastillas más.

El timbre de la puerta aulló estridente. El corazón le dio una coz en el pecho. Volvían.

«Que os den por culo», pensó furiosa, y sus ojos de pantera refulgieron con un brillo antiguo.

Gritó hacia la puerta, la voz rota y empastada por los fármacos y la rabia. El timbre vibró de nuevo.

—¡Largo de aquí! ¡Hablen con mi abogado!

Con un quejido animal, se irguió sobre los brazos de la butaca. El dolor fue una descarga eléctrica. Recordó la tarjeta. Cojeó hasta el bolso abandonado sobre la mesa y sacó el cartón satinado con el nombre del abogado. Se lo iba a meter por los ojos.

Llegó a la puerta, la respiración agitada. Miró por la mirilla empañada mientras se preguntaba dónde habría dejado las gafas. Nada. Solo el resplandor anaranjado y enfermo del farol cercano y el latido hipnótico de la lluvia. La calle era una tumba.

Frunció el ceño. ¿Una jugarreta de las pastillas? Confundida, regresó al sillón y se desplomó en él. Entonces, un golpe seco en la puerta trasera. El gato, pidiendo refugio y empujando la trampilla. Pero, un segundo después, el quejido seco y familiar de los tablones de la cocina bajo un peso que no podía corresponder al gato.

El aire se le heló en los pulmones. El corazón, desbocado, le aporreaba las costillas. Clavó la vista borrosa en el umbral oscuro de la cocina y se frotó los ojos intentando enfocar. Allí, una silueta recortada contra el pálido rectángulo de la ventana. Una silueta que su sangre reconoció al instante.

«Estoy muerta. O las pastillas por fin me han frito el cerebro. Es un fantasma.»

—¿Collin? —Su voz fue un susurro roto—. Collin, ¿eres tú?

Se acercó a ella, y la penumbra del salón le modeló el rostro. Sonreía. Era su sonrisa, esa mezcla de encanto y decisión del pequeño soldado de los Doyle.

—Hermanita, soy yo. —Y su voz era un eco que cruzó un océano de años—. He venido a por ti.

Ella le devolvió una sonrisa temblorosa que le agrietó los labios mientras tomaba conciencia de que había muerto y su hermano había venido a buscarla. Las lágrimas le quemaron los ojos. Se puso en pie, aferrándose a la butaca, y avanzó hacia él con la lentitud de una sonámbula, los brazos extendidos, con la necesidad febril de tocarlo para conjurar al fantasma.

Cuando estuvo a su alcance, alzó una mano y le acarició la mejilla. Fría. Tersa. Como si el tiempo no hubiera dejado su marca en la piel.

Él la estrechó en un abrazo, y Annie se dejó hundir en él, aspirando un olor a noche y a tierra mojada. Era real. Estaba en casa. Fue entonces cuando él, con una delicadeza letal, tomó las dos puntas del pañuelo de seda.

Y tiró.

La sorpresa en sus ojos mutó en un terror sordo y confuso. No hubo lucha. Su cuerpo, envenenado por las drogas y la enfermedad, no respondió. Solo sintió aquel abrazo de acero, la seda mordiéndole el cuello, robándole el aire, el dolor y, por último, hasta el recuerdo.

40

La única luz en la sala de control de la unidad del sueño provenía del parpadeo rítmico de media docena de pantallas. Era un santuario de silencio clínico, roto solo por el suave zumbido de los servidores y el casi imperceptible silbido de la ventilación. La doctora Patricia Duval estaba sola, con la taza de café enfriándose a su lado, el gesto preocupado y la vista fija en los monitores.

En la pantalla principal, una imagen en infrarrojos de la noche anterior mostraba al paciente en la cama. Benedict Newman, o la personalidad que lo habitaba. Dormía de lado, el rostro en calma, ajeno a los electrodos que salpicaban su cráneo y a los sensores que medían cada uno de sus latidos, cada bocanada de aire. En las pantallas secundarias, las ondas cerebrales dibujaban valles y picos de un sueño profundo y sin alteraciones. Todo normal. Demasiado normal.

Patricia Duval se reclinó en su silla, el cuero crujió. Su trabajo era analizar datos, encontrar patrones, diagnosticar anomalías orgánicas. Y los datos decían que el cerebro de aquel hombre funcionaba con la precisión de un reloj suizo. No había apneas, ni despertares parciales, ni rastro de actividad anormal. Kutz y sus teorías sobre una demencia oculta o un tumor se desvanecían con cada trazado regular del electroencefalograma.

Pero su atención volvía siempre a la imagen del hombre en la cama. No veía a un paciente de sesenta y ocho años. Veía al detective de treinta y ocho que esa misma mañana, en el juzgado, la había cogido del brazo con una firmeza protectora y una galantería de otra época. Veía al hombre que la había llamado «cariño» con una mezcla de insolencia y sinceridad que la desarmó por completo. Y tuvo que admitirlo en la soledad aséptica de aquella sala: no

estaba analizando a Benedict Newman, el escritor frágil y atormentado que los demás veían. Estaba pensando en Colt Star. Y le gustaba.

«Dios mío, Patricia, ¿qué estás haciendo?», se reprendió. Era la primera vez. En veinte años de carrera, entre residentes, adjuntos y pacientes, jamás había sentido esa vibración, esa peligrosa curiosidad que trascendía el historial clínico. Se preguntó cómo sería el verdadero Newman. ¿Le habría gustado? Lo dudaba. Por las descripciones de su editora, imaginaba a un intelectual brillante pero ensimismado, un genio en su torre de marfil. Colt, en cambio... Colt era un hombre anclado a la tierra, un animal herido que aun así se erguía para proteger a los demás. No era una mente enferma fabulando; era una fortaleza, y se preguntó hasta qué punto inexpugnable.

Su teléfono vibró sobre el mostrador, sacándola de sus pensamientos.

—Doctora Duval, ha llegado Nash Elizondo. ¿La recibirá en su despacho?

—No, estoy en Control de Sueño, indíquele cómo llegar hasta aquí.

Cuando Nash entró, la doctora Duval se limitó a señalar una silla junto a la suya y frente al mostrador. El contraste entre la penumbra de la sala y la cruda luz de los monitores creaba un ambiente irreal. En las pantallas, distintas imágenes de Benedict Newman durmiendo.

—Gracias por venir. Lo lamento muchísimo, Nash, y siento que esta vez es por mi culpa. Traté de darle un poco de intimidad para que se sintiera bien, para convencerlo de la importancia de seguir adelante con el tratamiento, pero al detective Star lo rigen otras normas. La policía lo está buscando, y, aunque entiendo que puedas estar preocupada, de algún modo sé que, dondequiera que esté, está bien. A su manera, sabe cuidarse.

Nash asintió.

—Lo que me preocupa no es tanto su integridad física, sino que esté incumpliendo la orden del juez. Si la revoca, pueden internarlo en un centro psiquiátrico. O incluso cansarse y dejarlo en manos de la policía.

—Estoy segura de que aparecerá pronto. Pero, como su psiquiatra, es imprescindible que estés informada de algunas cosas que están pasando y que me parecen llamativas. Puede que estén relacionadas con su fuga. Me refiero a las motivaciones que tiene Colt para salir de aquí, y que quizá arrojen luz sobre lo que está ocurriendo.

—¿Es por el doctor Kutz?

—No te preocupes por Kutz, está furioso, pero es su problema. Intenta forzar una medicación antipsicótica que podría enmascarar los síntomas orgánicos que busco, y las pruebas de sueño me dan la coartada perfecta para impedirlo. —Su tono era cortante, profesional —. Colt no quiere tomarla, y no vamos a obligarle.

—Colt... —señaló Nash—. Nunca te refieres a él como Newman.

—El paciente —corrigió la doctora.

—No te disculpes, me pasa lo mismo. Solo he conocido al detective Colt Star; no sé cómo es Benedict Newman, no lo conozco, y tampoco estoy segura de que me gustara demasiado.

La doctora asintió, consciente de que un momento antes ella había pensado lo mismo.

—Está convencido de que la medicación es un veneno para nublarle la mente e impedir que resuelva el caso. Protegerte a ti y a tu padre es su única prioridad, y esa prioridad es auténtica. No es una fabulación.

Nash asintió, asimilando la información. La lealtad del detective trascendía la ficción. Fue así desde el primer momento.

—Todo el personal de seguridad y enfermería del hospital lo está buscando. Es... desconcertante —informó Duval.

—¿Cómo estaba cuando lo viste por última vez? —preguntó Nash.

La doctora Duval suspiró frustrada señalando los vídeos en las pantallas.

—Perfectamente. Estaba en su habitación, tomando notas en su cuaderno de bitácora. Tan tranquilo, concentrado... —Hizo una pausa—. Nash, esta tarde estaba preocupada porque sentía que se me acababa el tiempo que podía darle a Colt. He agotado todos los TAC, resonancias y electroencefalogramas que podía justificar. Empezaba a preguntarme cómo iba a conseguir retenerlo en Neurología, sin dar paso a Kutz, y entonces se me ocurrió ingresarlo

en la unidad del sueño, pero después de esto no sé cuánto tiempo más podré hacerlo.

—Entiendo a lo que te refieres. Con esta fuga..., el juez no dudará en firmar la orden de ingreso en el ala más segura.

—Directo a la planta de psiquiatría —dijo la neuróloga amargamente—. Y eso, Nash, es lo que me temía. Kutz está empecinado en una sola dirección, y se equivoca.

—Sí, en pocas palabras, es lo que expuso en su propuesta preliminar ante el juez. Quizá esquizofrenia. O, si se pone más... flexible, un trastorno límite.

Duval negó tajante, apretando los labios, aunque su tono se suavizó al hablar del paciente.

—Pero es que él no ha pasado tiempo con... con el detective Star. Yo sí. Horas. Y no soy psiquiatra, lo sé. Mi trabajo era descartar lo físico, y te lo aseguro: su cerebro está intacto, no hay lesiones, no hay nada. Pero lo que yo he visto... —Se detuvo de nuevo, como si buscase las palabras—. No es un delirio. No es un paciente psicótico fragmentado. Es una persona plena, equilibrada y completa.

Nash dejó salir el aire de sus pulmones. Aquella posibilidad había rondado por su cabeza en las últimas horas; era sin duda lo que la había empujado a buscar respuestas en el psiquiatra que trató a Newman en el pasado, y después en Amaia Salazar. Le producía vértigo, pero asintió animándola a continuar.

—Coherente, astuto, con sus propios recuerdos, su propio sentido del humor..., bastante cínico, por cierto. Hablamos durante horas de su investigación. En ningún momento perdió el hilo. Es un sistema sólido, Nash.

—Pero hay algo que no podemos olvidar, y es que, por más que nos guste, el detective Star es un personaje de ficción que hasta hace poco solo estaba en su cabeza, algo que el propio Newman ha imaginado, y eso es a lo que Kutz insistirá en llamar... «voces».

—¡Ahí está la clave! No son «voces». Son pensamientos. —Se inclinó hacia Nash bajando la voz—. Tuve que preguntárselo con mucho cuidado; no quería que se sintiera... examinado. Hablábamos de su forma de pensar, y le comenté si alguna vez sus ideas le parecían... ajenas, como si vinieran de fuera de él.

Nash asintió, valorando la profesionalidad, entendiendo la sutileza.

—Buscabas alucinaciones auditivas externas.

—Y no las hay. Me miró extrañado. Me dijo: «Doctora, no oigo cosas. Son mis pensamientos. Solo que... a veces no siento que sea yo quien los piensa». —Tomó aire profundamente—. Es un monólogo interno, pero uno que él no controla. No oye a nadie fuera; lo siente dentro.

—Un pensamiento egodistónico. Eso, desde luego, no encaja con un diagnóstico de esquizofrenia clásica.

—Claro que no —afirmó con vehemencia—. Pero Kutz oye «pensamientos que no controla» y salta directo a la psicosis. Si lo ingresan, si lo empiezan a medicar para algo que no tiene..., lo van a destrozar.

—Doctora..., Patricia. —Buscaba comunicarse con la mujer antes que con la doctora—. He podido hablar con un psiquiatra que trató a mi..., a Benedict, en el pasado. Parece que entonces descubrió otra identidad de Newman. Él se inclina a creer que esa era la auténtica, una identidad de la que debió huir para escapar de su pasado y de la justicia. Su teoría es que Benedict Newman es la falsa identidad, pero habla de una infancia traumática y una juventud dirigida hacia la lucha armada.

Duval la escuchaba con las manos entrelazadas sobre el regazo, sin parpadear.

—Pero descarta el tipo de trauma que llevaría a una disociación; hablaba de total control de lo que había ocurrido, y de una búsqueda casi académica de respuestas a su situación, una mente analítica que además conecta directamente con su propia obra literaria, y con un ensayo que escribió hace años sobre cómo tomar conciencia de haber sido adoctrinado y de las circunstancias que pueden conducir a alguien a la violencia puede ser suficiente para dejar esa vida atrás.

—*Los que paran*, lo he leído.

—Este psiquiatra —continuó Nash— sostiene que Newman, Collin, o quien fuera en realidad, simplemente está jugando a un juego de espías. Salta de una identidad falsa a otra para eludir responsabilidades.

—Colt Star es un hombre de treinta y ocho años que existe, no sé si dentro de Benedict Newman o de ese tal Collin. Pero es un *alter* completo y está al mando.

—Doctora Duval, me parece que estamos dando vueltas para no llamar a esto por su nombre.

—El TID es un diagnóstico controvertido y a menudo mal utilizado. Pero lo que vemos aquí... —dijo Duval haciendo un gesto hacia las pantallas— no es una fabulación. Es una estructura. Un *alter* completo, con su propia memoria motora, sus reflejos, su lateralidad... ¿Sabías que escribe con la mano izquierda?

—Lo sé. A toda esa identidad se une otro hecho: he encontrado varias muestras de su escritura, tan distintas entre sí que parecen de personas diferentes. Cuando se lo he insinuado al psiquiatra, me lo ha dejado claro: no cree en el trastorno de identidad disociativo. Cree que es una fantasía, y que insinuarlo confunde a los pacientes.

La doctora tomó aire profundamente.

—No es un síntoma, Nash. Es un sistema operativo diferente. Esto no es demencia. Es algo más complejo. Algo que su mente ha construido por una razón. En cuanto hemos detectado la fuga, se ha avisado a seguridad, pero...

Patricia giró una de las pantallas hacia Nash.

—He meditado mucho antes de llamarte. La personalidad del detective Star es tan arrolladora que en algún momento he llegado a pensar que yo misma podría ser víctima de una alucinación colectiva inducida por él.

La curiosidad de Nash se avivó ante esa posibilidad.

—Anoche, durante la polisomnografía, me dijo que alguien entró en su habitación. Pensé que era una alucinación hipnagógica, algo normal al despertar. Pero luego revisé su cuaderno. —Abrió un cajón y sacó unos folios impresos—. Son fotocopias hechas del cuaderno de bitácora de Colt: nos pidió que se lo dejáramos para relajarse antes de dormir. Después le sobrevino una migraña y tuvimos que sedarlo, pero por la mañana insistía en que alguien había visitado su dormitorio. Escribió sus notas sobre el caso, con su caligrafía zurda y angulosa. Pero esta mañana había algo más.

Señaló una nota al pie de la página, escrita con trazos furiosos: «IMPERDONABLE».

—¿Crees que alguien entró en su habitación para dejar esta nota?

—Alguien entró, de eso no tengo dudas, pero la nota la escribió Colt.

—Esta no es su letra —dijo Nash—. No es la de Colt. Y, desde luego, no es la de Benedict.

—Pero hay más...

La doctora pasó a una página en blanco donde había otra nota arrancada de otro lugar y metida entre las hojas. La letra era distinta a las otras tres: irregular, fuerte, escrita en un inglés con errores.

«El puto crío no para de llorar. Me tiene harto. Te juro por Dios que, o se calla, o lo ahogo.»

Nash sintió el frío instalarse en la base de la espalda. Aquellas palabras no pertenecían a un detective ni a un escritor. Pertenecían a un monstruo.

—Dices que alguien ajeno al hospital entró en la habitación.

—Nash, ayer no le di importancia, pero hoy, tras su fuga, he revisado las imágenes. Mira esto —dijo con voz sombría.

Nash notó un hormigueo en la nuca, esa advertencia primitiva que su cuerpo lanzaba antes de que su mente comprendiera el peligro.

La doctora tecleó en el ordenador y abrió en la pantalla principal una secuencia de vídeo.

—El ataque de migraña se produjo a las 03:17. Lo sedamos. A las 04:52, esto es lo que grabaron las cámaras.

La imagen en infrarrojos mostró cómo la puerta de la habitación se abría muy despacio. Entró una figura vestida con ropa de hospital y un gorro quirúrgico. Se movió fuera del encuadre principal, que estaba centrado en la cama. Solo se veía un brazo acercándose al paciente dormido. Permaneció allí, observándolo en silencio, hasta que Colt abrió los ojos. Parpadeó, emergiendo del sueño. Miró al visitante sin temor ni sorpresa. Al fin y al cabo, era un médico en un hospital. Y, entonces, la voz del extraño. Un susurro grabado por los micrófonos de alta sensibilidad.

«¿Me recuerdas?»

Un nudo de hielo se formó en el pecho de Nash. No había duda. A pesar de la distorsión, de la calidad de la grabación, reconoció la voz.

«Te equivocas. ¿No ves que no puede ser?», oyó la voz de su madre y casi a la vez descartó la idea.

Nash salió de la unidad del sueño como una autómata. El mundo parecía haberse desenfocado. La voz. Esa voz. Se apoyó contra la pared fría del pasillo, respiró profundamente intentando anclar su mente a la realidad. Sacó el teléfono. Buscó el número que le había dado Amaia Salazar. Marcó.

Tras un «Espere, por favor», una voz masculina, pausada, educada y con una autoridad natural, contestó al otro lado. Nash se presentó y la voz respondió:

—Viene con la mejor de las recomendaciones. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—Se trata de un caso... peculiar. Amaia Salazar me ha dicho que quizá usted pueda ayudarme.

—Si se lo ha dicho Salazar, no le habrá dicho «quizá». Le habrá dicho «seguro».

Nash cerró los ojos. La petulancia no restaba certeza a aquella voz. Era un ancla.

—Tiene razón —admitió—. Ella dijo que usted es quien puede ayudarme. Las dudas son todas mías y por eso tengo que hacerle una pregunta.

—Adelante —dijo con serenidad. Su voz era poco más que un susurro.

—Yo también soy psiquiatra y no me es ajeno que muchos colegas opinan que el trastorno de identidad disociativo es una patraña. Doctor, no sé a qué nos enfrentamos, pero su respuesta me dirá si puede ayudarme o no. —Pareció que contenía la respiración antes de preguntar—: ¿Cree usted que existe el trastorno de personalidad múltiple?

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Cuando el padre Sarasola respondió, cada palabra cayó con el peso de una sentencia.

—Creo hasta en la posesión demoníaca.

41

El aire del aeropuerto de Glasgow olía a antiséptico y a paranoia contenida. Cada anuncio por megafonía sonaba como una advertencia sobre distancias y contactos. Noah Scott Sherrington avanzaba por el pasillo casi desierto con la sensación de moverse por las arterias de un cuerpo enfermo. Las cintas transportadoras de equipaje giraban vacías, y los pocos viajeros que veía se mantenían a una distancia reverencial, como si cada uno fuera una isla de posible contagio.

Entonces lo vio, apoyado contra una de las columnas de acero, con la misma solidez de roble que recordaba. El pelo, antes rojizo, era ahora una corona de plata, pero la mirada seguía siendo la misma, al igual que los faldones de su camisa apenas contenidos por el cinturón que llevaba bajo la barriga cervecera. Gibson.

Se dirigió hacia él, y su amigo se enderezó, una sonrisa amplia arrugándole las comisuras de los ojos por encima de la mascarilla. Por un instante, la distancia social impuso un saludo torpe, un amago de chocar los codos, pero la amistad de cuarenta años se abrió paso. Se fundieron en un abrazo breve pero firme, una colisión de recuerdos y lealtades.

—Maldito cabrón. —Su voz grave resonaba con afecto—. Cuando me dijiste que ibas a venir, de verdad que no creí que lo pudieras lograr.

—Prometí un libro, y Scott Sherrington siempre paga sus deudas —dijo Noah apartándose.

—A la vejez, viruelas, mira que has tenido años, ¿y en medio de la pandemia te da por escribir? ¿No podías haber hecho bizcochos como todo el mundo?

—¿Bizcochos?

—Mildred me hace uno diario, bizcocho de confinamiento, lo llama, y está bueno.

—Ya veo —bromeó Noah señalando su barriga mientras caminaban en dirección al aparcamiento del aeropuerto.

—¿Qué es todo eso del libro? Puede ser una buena idea, y te ayudaré, pero volver ahora, ¿no crees que deberías haber esperado? Te vas a tener que pasar quince días metido en la habitación del hotel para cumplir la cuarentena.

Noah negó con la cabeza mientras comenzaban a caminar hacia la salida.

—No lo haré. He dado tu dirección como lugar en el que me quedaré.

Gibson se detuvo en seco.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque no tengo quince días que perder.

—Pero es la norma, Noah. ¡La puta norma! Aparte de que a Mildred le va a dar un patatús. —Se llevó la mano a la frente en un gesto que hacía cuando se sentía superado y que Noah recordaba bien.

—Hace años no eras tan remilgado con el cumplimiento de las normas —replicó Noah mirándole fijamente.

—Tengo sesenta y cinco años, voy a jubilarme el mes que viene con toda la paga; no puedo hacer el tonto ahora.

Noah se detuvo también y su voz, aunque tranquila, adquirió un peso ineludible.

—Tengo casi ochenta, Gibson. Soy uno de los primeros trasplantados de corazón del mundo. ¿Cuánto crees que me queda? ¿Tanto como para pasarme quince días metido en una habitación mirando la pared?

—Pero... creí que ibas a escribir un libro.

—Eres capitán de policía. ¿Quién va a dudar de ti?

Gibson soltó un bufido, una mezcla de exasperación y rendición.

—Cabrón. Lo tenías todo pensado.

—Escucha. —Puso una mano en el hombro de su amigo—. Por mi enfermedad he tomado más precauciones que nadie, acaban de

hacerme una PCR en el hospital, y estoy limpio. No voy a contagiaros, ni a morirme, al menos no de covid.

Gibson no era tonto. Hizo una pausa y su mirada se afiló.

—No es por el libro, ¿verdad?

Noah no contestó, pero el silencio fue una respuesta elocuente.

—Claro que no —dijo Gibson mosqueado—. No hay ningún puto libro y yo soy un estúpido de manual. ¿A dónde, milady?

—A Killin, en los Trossachs. Tenemos tiempo de ir y volver antes de que anochezca.

—Sabes que en teoría no se puede salir del distrito de Glasgow, ¿verdad?

—Te mentiría si dijese que no he contado con ello, pero, claro, tú sí que puedes.

—Claro —asintió enfurruñado.

El viaje fue una transición del gris urbano de Glasgow al verde imposible de las Highlands. Gibson conducía en un silencio tenso, robando miradas de soslayo a su viejo amigo, que contemplaba el paisaje como si intentara memorizar cada colina, cada retazo de niebla.

—Toda la información del caso Biblia está informatizada, Noah. —Al fin, rompió la quietud—. Podemos acceder a todo desde mi ordenador, en casa. No hay necesidad de ir a ningún depósito. Hace años que escaneamos cada informe, cada fotografía, cada declaración.

—Lo sé —dijo sin apartar la vista de la ventanilla.

—Entonces, ¿a qué viene tanta prisa? Puedes empezar a trabajar esta misma tarde desde la habitación de invitados.

Noah se giró por fin para mirarle.

—Necesito verlos, Gibson. Los objetos.

—¿Los objetos? ¿Para qué? Son solo trozos de plástico y tela mohosa metidos en bolsas. Las fotos en alta resolución te darán más detalles.

—No es por los detalles. Es por el tacto. —Noah frotó el pulgar contra el índice, como si sopesara un recuerdo invisible—. Hay cosas que un archivo digital no puede contener. El peso de un zapato de mujer, la textura de un trozo de cuerda de tender, el olor rancio de

una prueba que lleva cuarenta años guardada en una caja de cartón. Estuve allí, Gibson. Tuve esas cosas en mis manos. Mi memoria no está en una pantalla, está ahí dentro.

Gibson negó con la cabeza, pero una sonrisa resignada se dibujó en su rostro. Era el mismo Noah de siempre: el perro de caza que no se fiaba del mapa, sino del rastro que solo él podía oler.

—Hagamos un trato —propuso Noah—. Llévame a Killin. Mañana iremos al depósito en Glasgow. Permíteme ver el material. No sé qué estoy buscando, pero lo sabré en cuanto lo encuentre. Y te doy mi palabra de que después permaneceré encerrado en tu habitación de invitados hasta que transcurran los quince días.

Gibson asintió. Sabía que su amigo mentía, pero cuarenta años de amistad le habían enseñado que Noah Scott Sherrington solo lo hacía cuando la verdad era demasiado peligrosa para compartirla.

Durante el tramo de autopista mantuvieron una conversación amena sobre las familias, el trabajo y el fútbol, pero Gibson fue consciente de cómo Noah enmudecía al llegar a Tarbet; hasta se dio la vuelta para seguir viendo las características almenas sobre las torres del Bay Tarbet Hotel, el lugar que llegó a ser base de la policía cuarenta años atrás, y donde trabajaron durante años la madre y las tías de John Biblia. Casi como en un eco del tiempo, Gibson preguntó:

—¿Quieres que pare? Quizá te apetezca un café...

—No, no, estoy bien —dijo Noah negándose a parar como entonces.

Killin. El bucólico pueblo turístico de apenas setecientos vecinos, enclavado en una de las preciosas zonas de *glens* boscosos perteneciente al concejo de Stirling y atravesado por las cascadas del río Dochart, en los Trossachs. Este era el nombre común con que se designaba toda la zona que abarcaba los bosques, los *lochs* con sus numerosos brazos de agua, sus lagos recluidos y sus pequeñas islas. La localidad dormitaba a orillas del lago Tay, que reflejaba el cielo gris como un espejo de acero pulido.

A partir de allí las carreteras se volvían mucho más sinuosas. Gibson redujo la velocidad y bajó las ventanillas automáticas para respirar el aroma rico y picante de los árboles, incluso bajo las

mascarillas. Superaron la zona de embarcaderos donde los pantalanes se extendían hacia el agua; los botes amarrados a los costados apenas se balanceaban, sostenidos sobre el agua como si estuvieran dibujados. Se internaron en el bosque y solo se detuvieron una milla más adelante, donde la curva del camino dejaba una vista abierta hacia el lago y hacia la casa que el asesino conocido como John Biblia había compartido con su madre y sus tías hasta la noche en la que, tras estar a punto de ser detenido por Noah, logró huir.

Cuando vio la casa, volvió a preguntarse por qué alguien la llamaría Harmony. No había nada armonioso en ella. La construcción era un conjunto de habitaciones irregulares —evidentes desde fuera —, pegadas entre sí, casi cosidas a la fuerza. No había ni rastro del buzón con el apellido Clyde, ni del vallado que ya estaba parcialmente derribado en su anterior visita. La casa de una sola planta estaba construida en el talud natural que formaba la colina en su descenso al lago y que, a la vez, le proporcionaba protección de los vientos y las miradas, ocultándola en parte. Persistían, sin embargo, aquí y allá, abundantes matas de lavandas asilvestradas que perfumaban el aire templado. Este se desplazaba como en un vals cadencioso sobre la superficie del agua.

Gibson apagó el motor, pero ninguno de los dos hizo ademán de bajar. Noah contemplaba la casa con una intensidad que su amigo no comprendía. Harmony. El nombre seguía siendo una burla.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Gibson—. Puedo traerte mañana, con mejor luz, o...

—Ahora —dijo tajante Noah. Abrió la puerta.

El sendero de gravilla estaba cubierto de maleza. Hierbajos que sobresalían entre las piedras, ramas caídas que nadie había retirado. Noah avanzó despacio y Gibson lo siguió en silencio, consciente de que estaba ocurriendo algo que escapaba a su comprensión.

La puerta principal colgaba torcida de una sola bisagra. Alguien la había forzado, o quizá el tiempo simplemente venció. Noah se detuvo en el umbral.

—No deberíamos entrar sin permiso. Técnicamente, es propiedad privada.

Noah no contestó. Empujó la puerta.

El olor lo golpeó primero. Humedad, moho, madera podrida. Y debajo, muy debajo, algo más. Algo que llevaba cuarenta años esperando. Galleta, col hervida y té. Noah cerró los ojos. El olor seguía allí, intacto en su memoria, más real que el hedor presente.

Abrió los ojos.

La sala estaba destrozada. Las paredes, cubiertas de pintadas antiguas: ASESINO, JOHN BIBLIA, VETE AL INFIERNO. Pero la pintura estaba desleída, borrosa, como si la casa hubiera absorbido el odio y lo hubiera digerido con los años. El suelo de madera crujía bajo sus pies, combado por la humedad. Había restos de basura en las esquinas —latas de cerveza oxidadas, envoltorios de comida rápida amarillentos—, pero incluso la basura parecía vieja: el vandalismo se había detenido décadas atrás, cuando la gente se cansó de odiar.

Pero Noah no veía nada de eso.

Veía los muebles arrimados contra las paredes. La mezcolanza de lo nuevo y lo viejo. Las vitrinas repletas de tazas y platillos, algunos antiguos, delicados. Los cojines con motivos florales. El tapiz barato con escenas de caza y ninfas. Y allí, presidiendo el salón, el cuadro bordado: una zarza ardiendo y el lema en latín de la Iglesia presbiteriana.

—*Nec Tamen Consumebatur* —recitó Noah en voz baja—. Éxodo 3,2.

Gibson frunció el ceño.

—¿Qué?

—«Y aun así no se consumía» —tradujo Noah sin apartar la vista del muro desnudo donde ya no había nada. Pero él lo veía. Lo veía con una claridad que dolía—. Imagina criarte aquí, Gibson. Rodeado de esas mujeres. Bajo la magnitud de un lema así.

Gibson miró las paredes vacías, las pintadas, el suelo podrido. No entendía nada.

Noah avanzó hacia el pasillo interior. Sus pasos resonaban en el silencio. Gibson lo siguió, incómodo, como si estuvieran profanando algo.

—Noah, no hay nada aquí. La casa está vacía.

Noah no contestó. Se detuvo ante la primera puerta a la izquierda.

El dormitorio de John.

Empujó la puerta. Las bisagras chirriaron. La habitación estaba vacía. Solo quedaban las marcas en el lugar donde estuvo la cama, el armario. Más pintadas en las paredes. Cristales rotos en el suelo. Alguien había arrancado los marcos de las ventanas.

Pero Noah veía la cama grande. El amplio armario ropero repleto de prendas de calidad. Colores neutros, sobrios, de buen corte, atemporales. Y los espejos. Uno en el interior de la puerta del armario. Otro de cuerpo entero en la pared frente a la cama.

Se detuvo donde habría estado el espejo. Se vio a sí mismo, cuarenta años atrás. La palidez extendiéndose desde la frente hasta el cuello. Las profundas ojeras oscuras. Once libras perdidas en cinco días de hospital. Se había visto enfermo, frágil. Y pensó: «Este hombre se mira aquí cada mañana. Se contempla. Se admira».

—Hedonista —murmuró Noah—. Vanidoso.

—¿Qué dices? —Gibson estaba en el umbral, preocupado.

Noah se giró. En la esquina, donde ya no había nada, veía la pequeña librería completamente vacía.

—Dijiste que tenía libros en el cobertizo.

Gibson parpadeó.

—¿Cómo...? Sí. Joder, Noah, eso fue hace cuarenta años. ¿Cómo puedes recordarlo?

—¿Cuántos?

—¿Qué?

—¿Cuántos libros?

Gibson se frotó la cara.

—No sé. Unas docenas en la habitación. Pero el cobertizo estaba repleto. ¿Por qué...?

Noah salió de la habitación. Cruzó de nuevo la sala y se dirigió a la otra habitación. Gibson lo siguió, cada vez más desconcertado.

El dormitorio de las mujeres era más pequeño. Aquí el vandalismo había sido menos virulento, como si incluso los vándalos hubieran sentido que esta habitación no merecía su odio. O quizá solo que no había nada que destruir.

Noah se detuvo en el centro. Veía las tres camas individuales. Y el cuarto camastro añadido, apretujado contra la pared. Cuatro mujeres durmiendo juntas. La madre, las tías... y la joven esposa de John Clyde.

—No había ropa de mujer en su habitación —dijo Noah en voz alta.

—¿Qué? —Gibson estaba perdido.

—En el dormitorio de John. Ni una prenda de ella. Ni un objeto personal. Nada. Nunca lo compartió con ella.

Se giró hacia la habitación más pequeña, casi un trastero. La puerta estaba medio arrancada. Noah la empujó.

Dos armarios antiguos. Vacíos ahora, con las puertas colgando. Pero Noah veía las prendas que ellas dejaron atrás en su huida, olvidadas. Los bolsos anticuados y mohosos. Y allí, en su percha como un fantasma...

—El vestido de novia —exclamó mientras la sorpresa lo paralizaba.

—Noah... —susurró Gibson.

Noah no contestó. Dejó la habitación, atravesó de nuevo la sala y salió al exterior; dio la vuelta por el costado de la construcción, pasando junto al profundo pilón.

La parte trasera de la propiedad estaba aún más desolada que la frontal. La hierba había crecido salvaje, medio ocultando las estructuras. Pero Noah caminaba con determinación, como si siguiera un mapa invisible.

El cobertizo. O lo que quedaba de él. La construcción de madera estaba medio sepultada por el talud derrumbado, y el techo se había hundido parcialmente.

—Noah, cuidado, eso puede venirse abajo —advirtió Gibson.

Noah se detuvo en la entrada. Ya no había lona azul sobre el barro. Solo barro seco, agrietado. Miró dentro.

Vacío. Todo había sido retirado hacía décadas. Las estanterías, la mesa, la lámpara, el sofá viejo, la silla de cuero. La estufa de queroseno naranja brillante.

Pero Noah lo veía todo. Y veía la viga donde estuvo escondida la lata de té. El «joyero» con las baratijas de las víctimas. Pendientes, pulseras.

—Un lugar de desecho —murmuró—. No una colección de trofeos.

Gibson se acercó.

—¿Qué has dicho?

Noah se giró para mirarle.

—La lata en la viga. No era un trofeo. Era un lugar de desecho. Clyde era organizado. Sus verdaderos trofeos estaban en otra parte.

Gibson abrió la boca. La cerró. Tragó saliva.

Noah salió del cobertizo y caminó hacia el fondo de la propiedad. El terreno se elevaba ligeramente. Más allá de los límites marcados por viejas estacas podridas, la pradera se extendía hacia el bosque.

Algo lo detuvo. Una sensación. Giró la cabeza, recordando lo que le había llamado la atención entonces.

Una fina polvareda se levantaba de la hierba seca a unos seiscientos pies de distancia, más allá del límite de la propiedad. Curioso, dado que la tierra debería estar húmeda.

Noah echó a andar hacia allí. Gibson lo siguió, ahora en completo silencio, como si comprendiera que estaba siendo testigo de algo que escapaba a la lógica.

Tras una roca grande, bordeada de piedras redondeadas, estaba el lugar de la hoguera.

No quedaba nada, por supuesto, cuarenta años habían borrado cualquier rastro. Pero Noah se arrodilló exactamente donde había estado.

Cerró los ojos. Olió el queroseno. Sintió el calor residual. Vio la fina voluta de papel calcinado deshacerse al tocarla. Y también el trozo de cartoncillo grueso, teñido de color sepia. Las dos líneas paralelas por una cara. La impresión lateral de una postal por la otra.

«... Andrew, *Printed in Eng*...», la pista que lo había llevado hasta Bilbao.

Se la guardó en el bolsillo, ocultándosela a Gibson. Abrió los ojos.

Gibson estaba de pie a su lado, mirándolo con una mezcla de asombro y preocupación.

—Noah... ¿Qué estás buscando?

—Errores.

Noah se levantó despacio. Sus rodillas protestaron. Tenía casi ochenta años. Pero en su mente era de nuevo aquel inspector de

cuarenta y dos, de pie en ese mismo lugar, sabiendo que estuvo a punto de atrapar a John Biblia. A punto.

Se giró para mirar hacia la casa. Harmony. Donde no hubo armonía jamás.

—Lo que dejé atrás —dijo finalmente—. Lo que no vi entonces.

Gibson esperó, pero Noah no añadió nada más.

Caminaron de regreso al coche en silencio. Noah se giró una última vez para mirar la casa. Las lavandas seguían allí, persistentes, perfumando el aire. Como si no hubiera pasado el tiempo. Como si el mal no las hubiera tocado.

Gibson arrancó el motor.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

Noah tardó un momento en contestar.

—No. Pero he confirmado lo que necesitaba saber.

—¿Qué?

Noah miró por la ventanilla mientras se alejaban.

—Que la respuesta ha estado siempre en esta casa. Esperando.

42

Nash se desesperó al ver la larga fila de coches detenidos frente al túnel. Superada y ante la imposibilidad de mover su vehículo, lo orilló hacia la derecha, se apeó y caminó por el arcén hacia el interior del túnel. Había recibido la llamada del inspector Barezzi hacía poco más de media hora:

—Lo hemos encontrado —había dicho Barezzi al teléfono—. Una patrulla, alertada por si ocurría un accidente, lo halló dentro del Camaro, detenido dentro de un túnel.

Nash apretó el volante.

—¿Está herido?

—No lo sé. Voy hacia allá. Pero la patrulla ha solicitado una ambulancia.

El túnel medía algo más de un kilómetro de largo. Nash caminó por el arcén, adentrándose en sus entrañas. El aire era irrespirable: una mezcla de gases de escape atrapados y ozono quemado. El sonido estridente de los cláxones, amplificado por el eco hasta volverse físico, se sumaba a las luces azules e intermitentes de la ambulancia, que convertían el lugar en un infierno estroboscópico. El coche del detective Star estaba aparcado a la derecha, aproximadamente a medio kilómetro.

Cuando Nash llegó hasta ellos, alcanzó a escuchar el final de la conversación. Vio a Barezzi acompañado de su escudero y a la doctora Duval.

Aunque la puerta del coche estaba abierta, Newman permanecía inmóvil en el interior. Un paramédico inclinado sobre él le tomaba el pulso, la mirada del escritor vagaba perdida más allá del parabrisas. Las manos, apoyadas sobre el volante, se veían manchadas de una pátina parduzca que parecía sangre —no mucha cantidad, pero

suficiente para cubrirle los dedos por completo—, las mismas manchas en el volante y en los asientos. El paramédico retrocedió y la doctora Duval se inclinó hacia la puerta abierta, observando a Newman con preocupación profesional. El inspector Barezzi permanecía erguido, en pie, a su lado.

—Está fingiendo —decía Barezzi mirando fijamente a Newman.

—Es imposible —respondió Duval con firmeza—. Está catatónico. No puede responderle.

—Necesito tomar muestras de sangre. Y trasladarlo a comisaría para interrogarlo.

—No puede ser —repitió Duval—. Mírelo. No está en condiciones.

Barezzi la miró con expresión tensa.

—Doctora Duval, voy a presentar una queja ante el juez por la falta de seguridad del hospital. Newman estaba en una habitación que no reunía las condiciones de la planta psiquiátrica. Y la haré responsable de esta fuga, y la hija del paciente debería hacer lo mismo.

Nash no le prestó atención, leía un mensaje en la pantalla de su teléfono.

Duval no retrocedió.

—Haga lo que considere, inspector. Pero, ahora, este hombre necesita atención médica inmediata, no un interrogatorio.

El sonido de un motor potente cortó la discusión en seco. Grave, profundo, como el ronroneo de una bestia satisfecha. Los tres se volvieron.

Una berlina negra avanzaba por el carril contrario del túnel, impávida ante los cláxones furiosos y las protestas. Tan brillante que los fluorescentes del túnel se reflejaban en su superficie como cuchillas de luz. Los cristales tintados no dejaban ver el interior. Se detuvo junto a ellos con la precisión de un dardo: del lado del acompañante bajó un sacerdote vestido con traje oscuro y alzacuellos. Todos lo miraron. Se acercó al grupo, localizó al inspector de inmediato y fue hacia él con gesto formal y discreto. Le susurró algo al oído.

Barezzi se quedó rígido. Miró al sacerdote, luego la berlina negra, luego de nuevo al sacerdote. Tragó saliva. Se giró hacia el coche.

El chófer, que también había descendido del vehículo, se dirigió a la parte trasera y con gran ceremonia abrió la puerta.

Entonces salió el padre Sarasola. Llevaba un traje impecable y alzacuellos. Era mayor que el primer sacerdote, pero su presencia resultaba imponente. Se dirigió a Nash, ninguneando a los demás. Tomó su mano entre las suyas, como quien sostiene algo sagrado. No dijo nada al principio. Solo la miró a los ojos. Y Nash comprendió, en ese contacto, que había convocado a alguien que no jugaba con las mismas reglas que el resto de los mortales.

—Soy el doctor Sarasola, de la Clínica Universidad de Navarra —dijo apartándose la mascarilla del rostro con una mano y sin soltar con la otra la mano de Nash. Su voz era tranquila, pero tenía el peso de quien está acostumbrado a ser obedecido—. Estoy aquí a petición de la doctora Elizondo.

Nash observó al hombre que tenía a su lado. Era cierto, ella había solicitado su presencia, desesperada, tras la fuga de Newman. Pero al verlo llegar así —con esa autoridad regia, esa presencia que hacía que hasta Barezzi pareciera insignificante— no supo qué decir. Sintió alivio. Y algo más difícil de nombrar: la certeza de que entregaba el control a alguien mucho más poderoso que ella. Tuvo que reconocer que el Opus Dei sabía hacer una entrada con efecto. La doctora Duval se irguió. Barezzi parecía superado y el subinspector Ruano miraba al sacerdote sin poder disimular la sorpresa.

El padre Sarasola se dirigió entonces al inspector. No preguntó quién era. Ya lo sabía.

—Inspector, desde este instante me hago cargo del paciente Benedict Newman. —Hizo una pausa y su tono se volvió aún más firme—. Este hombre necesita traslado hospitalario inmediato. La ambulancia ya está aquí. Yo lo acompañaré durante todo el trayecto. Usted también puede hacerlo, si lo considera necesario.

Había dejado de ser una petición para pasar a ser un hecho consumado.

Aun con la mascarilla puesta, fue evidente que Barezzi cerraba la boca. Miró al sacerdote, luego a Nash, luego a Duval. Asintió con rigidez, abrumado por la autoridad del recién llegado.

—De acuerdo. Pero quiero estar presente en todo momento.

—Por supuesto —respondió Sarasola con una sonrisa breve que no llegó a sus ojos—. Sería lo correcto.

A partir de ese instante, todo fue muy rápido. Newman, ajeno a todo, seguía con la mirada perdida, las manos manchadas de sangre sobre el regazo, mientras lo conducían rápidamente al interior de la ambulancia, ajeno a todo.

Barezzi observó cómo la berlina negra se alejaba del túnel, seguida por la ambulancia. El tráfico volvía a fluir. Los cláxones cesaban. Se giró para dedicar a Nash una mirada tensa mientras negaba incrédulo. Ella se encogió de hombros y regresó por el arcén hacia su coche. Barezzi todavía permaneció allí parado unos segundos mientras calibraba lo que acababa de suceder. En menos de diez minutos, el Opus Dei le había arrebatado el caso.

43

La luz fría de los fluorescentes daba al espacio un aspecto clínico, despojado, en el que resultaba algo incongruente media docena de dibujos pintados con ceras de colores que Nash supuso que eran obras de esa clase de crío pequeño habitual de la sala de curas de urgencias. Un negatoscopio encendido exhibía la radiografía retroiluminada del anterior visitante. Dos metatarsianos rotos en un pie. El resto de la aparatología y el mobiliario resultaban casi invisibles debido a la presencia de tantas personas en la estancia. La sala de curas se veía atestada e insuficiente. El doctor Kutz, el inspector Barezzi y el director del hospital, con aquel gesto entre preocupado y encantado que Nash comenzó a pensar que era permanente en él.

La doctora Duval supervisaba el trabajo de la enfermera, que terminó las curas ajustando un esparadrapo sobre las gasas, recogió todo lo usado en un carrito y salió de la sala. Newman estaba sentado en una camilla, con las manos vendadas sobre el regazo. Miraba al vacío.

—Detective Star —dijo Duval con voz suave.

Silencio.

—Newman.

Nada.

—Colt.

Newman no reaccionó a ninguno de los nombres. Ni un parpadeo, ni un gesto. Como si las palabras no existieran.

Duval miró a Nash preocupada.

—Hemos recogido las muestras que nos pidió, inspector —se dirigió a Barezzi—, pero creemos que toda la sangre procede de sus propias manos —explicó en voz baja—. Las heridas son... extensas

escoriaciones. Es casi seguro que se las causó durante el descenso por la tubería. La pared exterior del hospital es muy rugosa.

—O la clase de heridas que presenta un agresor después de golpear y estrangular con sus manos a una víctima que se defiende —dijo Barezzi—. No sabemos dónde estuvo durante casi diez horas. No soy médico, pero, una de dos: o tiene muy mala cicatrización o es bastante improbable que las rozaduras que se hizo contra la pared diez horas antes siguieran sangrando cuando lo encontramos en el túnel.

Nash miró al Lobo; incluso tras la mascarilla, que todos estaban obligados a llevar, podía adivinar los colmillos afilados del cazador. No dijo nada. Tenía razón.

El padre Sarasola entró en la sala con paso seguro. Su ayudante, que se había presentado con humildad como el padre Tadeo, le precedió abriendo la puerta y cerrándola a su espalda. Sarasola no pidió permiso; descubrirían pronto que nunca lo hacía. Los hombres como él no pedían aprobación, la otorgaban. Incluso el director del hospital, que dio un paso adelante al verlo entrar, se detuvo a media zancada como si una fuerza invisible le hubiera recordado su lugar.

—Si me disculpa, doctora —dijo sin mirarla, con la clase de cortesía que no admitía negativa—. Voy a continuar la evaluación.

Duval asintió y dio un paso atrás.

El sacerdote se acercó a la camilla, se posicionó frente al paciente y observó a Newman durante largo rato, en silencio. El otro cura le acercó un taburete y Sarasola se sentó frente a Newman, a la altura de sus ojos. Habló con voz calmada, casi paternal.

—¿Sabes cómo te llamas? —preguntó.

Newman asintió despacio.

—¿Eres Newman?

Negó con la cabeza.

—¿Eres Colt?

Otra negación.

—Pero ¿sabes cómo te llamas?

Asintió de nuevo.

—¿Quieres decírmelo?

Negó.

—¿Quieres escribirlo?

Newman no respondió, pero desvió la mirada hacia las pinturas de colores sobre la mesa de la consulta.

Tadeo acercó las pinturas y un montón de papeles en blanco y los colocó sobre la bandeja vacía de un gran carro de curas que estaba contra la pared. El psiquiatra cambió de táctica.

—¿Cuántos años tienes?

Newman levantó la mano derecha muy despacio. Cinco dedos vendados. Los mantuvo en alto, inmóviles.

—¿Tienes cinco años?

Asintió.

—¿Sabes escribir?

Negó.

—¿Sabes dibujar?

Asintió.

Sarasola empujó el carro hasta la camilla, puso un folio en blanco frente a Newman y le ofreció una cera.

—¿Puedes hacerme un dibujo de ti?

Newman tomó entre sus dedos vendados la cera azul, con torpeza, como si nunca hubiera sostenido una. Dibujó un monigote muy simple. Cabeza redonda, dos ojos, cuatro palitos por extremidades. Muy pequeño, en una esquina del papel.

Sarasola estudió el dibujo en silencio.

—¿Eres tú?

Asintió.

—Dibuja a tu familia —pidió Sarasola.

Newman negó moviendo la cabeza de lado a lado.

—¿Tu padre?

Negó.

—¿Tu madre?

Negó.

—Alguien cuidará de ti...

Asintió.

—Dibuja a quien cuida de ti.

Newman tomó otra cera, negra. Hizo otro monigote, esta vez más alto que el primero. Pelo de punta. Una sonrisa enorme, exagerada,

que ocupaba casi toda la cara. En una de las manos: un rectángulo acabado en punta. Algo parecido a un cuchillo.

Dejó la cera y tomó la roja.

Con movimientos lentos pero deliberados, manchó toda la hoja desde el cuchillo hacia abajo. Rojo que goteaba, que se extendía, que lo invadía todo. No se detuvo hasta que el papel quedó enmarañado del trazo rojo, hasta que la cera atravesó el folio y manchó la bandeja metálica que había debajo.

Nash sintió que algo se contraía en su interior. A su lado, un gesto de contención se dibujó en el rostro de la doctora Duval.

Sarasola continuó con voz suave, sin apartar los ojos del dibujo.

—¿Es tu padre?

Negó.

—¿Es tu hermano?

Negó.

Sarasola se quedó pensativo. Cambió el enfoque de la pregunta, tomó otra cera y se la tendió.

—Dime una cosa: cuando te miras en el espejo, ¿hasta dónde llegas de alto?

Newman levantó la mano y trazó una línea horizontal sobre la cabeza del primer monigote.

—¿Y hasta dónde llega un adulto?

Newman trazó otra línea mucho más arriba, muy por encima de los dos dibujos. Una altura que superaba con claridad la estatura del segundo monigote.

Sarasola comprendió.

—No es un adulto, es un niño —dijo dirigiéndose al padre Tadeo y después de nuevo a Newman—. ¿Es un niño? ¿Quien te cuida es un niño?

Newman asintió.

Barezzi, que había permanecido en silencio junto a la puerta, dio un paso adelante. Su paciencia se había agotado.

—¿Qué hacías detenido dentro del túnel? —le preguntó con voz dura.

El niño bajó la mirada. Se quedó observando muy fijamente el dibujo que acababa de hacer. El cuchillo. La sangre. Sarasola levantó

la mano y pareció que iba a detener al inspector, pero entonces Newman comenzó a mecerse con suavidad, adelante y atrás. Sarasola, con la mano todavía alzada, hizo un gesto al policía para que continuara.

—¿De dónde venías?

El balanceo se agudizó. Newman dejó caer la cera que tenía en la mano y se abrazó el cuerpo mientras encogía las rodillas hasta ovillarse casi en postura fetal.

—¿Por qué había sangre en tus manos? —insistió Barezzi acercándose más.

Silencio.

Y entonces ocurrió.

El cambio fue tan abrupto que Nash casi dio un paso atrás. Newman levantó la cabeza de golpe y clavó la mirada en el policía. Chulería pura. Los hombros se cuadraron. La mandíbula se tensó. Estiró los brazos y las piernas. Ya no era un niño asustado y ovillado en una camilla. Era otra persona completamente distinta.

—Deja al crío en paz, gilipollas de mierda —dijo con una voz tan diferente como pueden serlo dos voces, aguda, rasposa, llena de rabia contenida—. Métete conmigo si tienes huevos, yo no soy un crío. Si crees que puedes joderme, te sacaré las tripas.

Hizo un gesto con la mano como si portara un cuchillo.

Nash dio un respingo involuntario. Duval había retrocedido medio paso sin darse cuenta. Hasta Kutz, que había estado observando con escepticismo apenas disimulado, se quedó inmóvil.

Barezzi frunció el ceño, recuperándose.

—¿Qué hacías parado dentro del túnel?

—No era yo, gilipollas —escupió—. Era él. Estaba parado porque no sabe conducir, joder. Es un niño pequeño, ¿o es que no lo ves?

—No sabe conducir —repitió la doctora Duval, más para sí misma que para nadie.

—No, no sabe conducir, no sabe defenderse, solo sabe gimotear de día y de noche —lo dijo como si estuviera a punto de perder la paciencia.

—¿Y tú eres...? —preguntó Sarasola.

—¿Quién quiere saberlo?

—Soy el doctor Sarasola. Padre Sarasola. —Y le tendió la mano.

—¿Padre de quién? —preguntó ignorando la mano.

Sarasola la posó sobre la otra sin inmutarse.

—De quien lo necesite.

—Escúcheme —sopló—, yo no tengo padre, ¿vale?, y no lo necesito, me sé cuidar solo.

—Se nota... —contestó Sarasola con calma—, pero estaría bien que me dijeras tu nombre para saber cómo llamarte. Es una cuestión de respeto.

Pareció pensarlo; asintió con parsimonia.

—Kevin. Y no puedes hablar con el crío, ¿tú entiendes cuando hablo?

—De acuerdo, Kevin, solo hablaré contigo. Y únicamente volveré a hablar con el niño si tú me das permiso.

Formó un puchero con los labios y asintió, conforme con el trato.

—Kevin, hay una cosa que no entiendo. Nos has dicho que el niño estaba detenido en el interior del túnel porque no sabe conducir...

—Tiene cinco años. —Esta vez lo dijo con un deje de lástima.

—¿Y por qué no conducías tú, Kevin?

Este levantó ambas manos y miró a Sarasola como si fuera imbécil.

—Tengo trece años, joder.

—¿Quién condujo el coche hasta allí?

—No lo sé. El escritor o el detective, supongo. Yo estaba a mis cosas; no puedo estar pendiente del crío todo el día.

—No voy a tolerar esto —interrumpió el doctor Kutz mirando al director del hospital.

Sarasola se dirigió a Nash, sin prestar ninguna atención al doctor Kutz, como si el psiquiatra no hubiera hablado.

—Doctora Elizondo, mi propuesta es trasladar enseguida al paciente. Debemos empezar cuanto antes con el estudio de su caso.

El doctor Kutz se opuso de inmediato.

—De ninguna manera. Este hombre necesita medicación antipsicótica urgente. Está teniendo un brote psicótico evidente.

—No —respondió Sarasola con calma glacial—. Lo que este hombre necesita es terapia hipnótica bajo supervisión especializada,

no medicación que enmascare el problema.

—¿Terapia hipnótica? —Kutz casi se rio—. ¿Para qué? ¿Para reforzar sus fantasías? ¿Cree que no me doy cuenta de lo que pretende? El trastorno de identidad disociativa es una construcción cultural, doctor Sarasola. Una moda popularizada por el cine y una justificación para muchos delincuentes. Este hombre tiene confabulaciones, sí, pero es consciente de la realidad. El TID no existe como una entidad nosológica discreta.

—No he dicho que lo sea, he dicho que hay que comenzar un estudio para diagnosticarlo, y a la vista de lo que estamos viendo aquí.

—Había oído hablar de usted, pero pensaba que era más serio —dijo Kutz.

—Por favor, doctor —pidió el director.

Kutz argumentó:

—Yo también soy partidario de diagnosticarlo en psiquiatría. Lo que hemos visto, como usted lo ha llamado, podría ser una manifestación de otros trastornos, como el de límite de la personalidad, o, notablemente, un fenómeno iatrogénico. Estoy seguro de que son precisamente esos absurdos tratamientos que propone los que ponen de manifiesto esos comportamientos. Las identidades son «creadas» o inducidas, quiero pensar que involuntariamente, por terapeutas a través de técnicas sugestivas en pacientes vulnerables.

Sarasola lo había escuchado en silencio, pero con aquel gesto de desprecio.

—Lamento su evidente falta de formación al respecto —dijo sin inmutarse—, pero no debe preocuparse. Aún puede aprender. Si algo tiene nuestro oficio es el hecho de poder estar en constante formación. El TID es un trastorno real y complejo, una respuesta adaptativa a un trauma severo y crónico, generalmente ocurrido durante la infancia. La disociación surge como mecanismo de defensa extremo.

Hizo una pausa y continuó con tono didáctico.

—Mi diagnóstico se basa en los criterios del DSM-5. Alteración de la identidad: la presencia de dos o más identidades distintas.

Amnesia disociativa: lapsos de memoria recurrentes sobre hechos cotidianos e información personal importante. Y las condiciones asociadas que suelen presentarse: depresión, ansiedad, trastorno por estrés postraumático.

Señaló a Newman.

—Todo esto lo hemos visto en el túnel esta mañana y aquí ahora mismo.

Nash intervino con cautela dirigiéndose a Kutz.

—El prestigio del doctor Sarasola en este campo está demostrado, y usted, doctor Kutz, lo ha comprobado igual que nosotros... Creo que al menos deberíamos considerar la posibilidad de un trastorno de identidad.

44

El silencio que siguió a las palabras de Nash fue denso, cargado. Todos miraban a Newman, que permanecía sentado observando con una sonrisa socarrona y los ojos brillantes. Retrocedió impulsándose con los talones hasta apoyar la espalda en la pared, flexionó una pierna y apoyó el brazo en la rodilla, casi con desidia. Kevin. Los miraba a todos como si fueran parte de un espectáculo.

El doctor Kutz fue el primero en romper el silencio. Se ajustó las gafas con un gesto que pretendía ser profesional, pero delataba su irritación.

—Bueno —dijo con tono de suficiencia—, en mi opinión, acabamos de presenciar una disociación psicótica severa. Un brote en toda regla.

El inspector Barezzi frunció el ceño.

—¿Un brote? Doctor, ¿qué demonios hemos visto?

La seguridad y habitual mala leche que el inspector exhibía solo unos minutos antes se habían evaporado. Parecía impresionado.

—Fragmentos —respondió Kutz, dirigiéndose a Barezzi pero mirando a Sarasola—. Reacciones a un trauma severo que evidentemente ha salido a la luz. Esquizofrenia desorganizada, sin duda.

Sarasola arqueó una ceja. Nash supo por qué: aquel subtipo llevaba años fuera de los manuales.

— O, si queremos explorar la vía del trauma, podríamos estar ante un trastorno límite de la personalidad muy severo, con rasgos psicóticos. El trauma infantil encaja.

El padre Sarasola, que había permanecido en silencio observando a Newman, se volvió hacia Kutz. Cuando habló, su voz tenía una calma que cortaba el aire como una hoja afilada.

—Doctor Kutz, con todos mis respetos, su diagnóstico es precipitado y, me temo, erróneo.

Kutz soltó una risa breve, nerviosa. Aún intentaba mantener el control.

—¿Erróneo? ¿Y qué sugiere usted, padre?, ¿un exorcismo?

Sarasola ignoró la pulla. Su voz se volvió firme, con la autoridad de quien lleva décadas dominando su campo.

—Sugiero ceñirnos al manual diagnóstico. Lo que hemos presenciado no es la fragmentación desorganizada de una psicosis. Es la manifestación de, al menos, dos estados de identidad distintos, además del detective Star y del anfitrión, el señor Newman.

—¡Eso es teoría de feria! —exclamó Kutz elevando de nuevo la voz.

Sarasola levantó una mano. Un gesto simple, casi episcopal, pero tan lleno de autoridad que Kutz se calló al instante.

—Permítame. Criterio A del DSM-5: perturbación de la identidad caracterizada por dos o más estados de personalidad distintos. —Señaló al paciente—. Lo acabamos de ver. Criterio B: lapsos recurrentes en la memoria. Este *alter*, Kevin, no sabe quién conducía o a dónde se dirigían.

Kutz apretó los puños. Su rostro comenzaba a enrojecer.

—Está forzando los hechos para que encajen en su diagnóstico preferido. El TID es un cajón de sastre para todo lo que no entendemos.

—Al contrario, doctor —respondió Sarasola con una paciencia implacable—. Usted está ignorando los hechos para aferrarse a la esquizofrenia, cuando no encaja.

Nash intervino, profesional y precisa.

—El padre Sarasola tiene razón, doctor Kutz. Si fuera esquizofrenia, sufriría alucinaciones auditivas externas. El detective Star no las tiene, y Benedict Newman nunca las manifestó.

Kutz se giró hacia Nash, con los ojos opacados por la frustración.

—Pero ¡oye voces!

—No. —Nash mantuvo la calma—. Él percibe pensamientos que no siente como propios. Él mismo los denominó una conversación interna entre... partes. Es una diferencia diagnóstica crucial. Las

voces de la esquizofrenia se perciben como externas al yo; las del TID son internas, son otros «yos». Creo que al menos deberíamos dar cabida a esa posibilidad.

Nash miró a Kutz sin apartar los ojos. El psiquiatra abrió la boca, pero no llegó a decir nada.

—Newman y Colt tienen personalidades, gustos, léxico distintos, lateralidad diferente; he hallado en su despacho muestras de escritura sin duda procedentes de la misma persona, pero tan distintas que delatan claramente dos personalidades; la propia doctora Duval fue testigo de incluso tres tipos de letra diferentes. Desde la noche en que en la comisaría comenzó a comportarse como el detective Star, no puede hacerlo como Benedict Newman. Nada de todo esto encaja fácilmente con esquizofrenia.

La doctora Duval añadió su parte, casi con timidez, pero con convicción.

—Y yo... —Todos la miraron—. Yo no soy psiquiatra. Mi trabajo aquí era descartar lo físico. Su cerebro está estructuralmente sano. Pero he pasado más horas que nadie con el detective Star. Y les aseguro que lo que he visto no es un «fragmento psicótico». Es una personalidad completa, coherente y funcional. Lo que hemos visto hace unos minutos..., ese niño asustado... era otra cosa. Completamente distinta, pero igual de real.

Kutz empezaba a perder los estribos. Su voz subió otro tono.

—Esto es ridículo. Su criterio es de feriante, doctor. Claro, ¿qué se puede esperar de alguien que lo mismo diagnostica un TID que una posesión demoníaca?

El director del hospital dio un respingo al escuchar aquello.

—¡Doctor Kutz! —dijo con tono de reproche. Pero el psiquiatra estaba demasiado alterado para notarlo.

Sarasola no se inmutó. Si acaso, su expresión se endureció levemente, como el acero bajo presión.

—Doctor Kutz, su conocimiento sobre el trastorno de identidad disociativa parece limitarse a lo que ha visto en películas. Permítame ilustrarle.

Extendió una mano, guiando la atención hacia su ayudante.

—Padre Tadeo, quizá pueda usted explicarle al doctor Kutz los aspectos clínicos del TID. Después de todo, usted imparte la cátedra de Trastornos Disociativos en la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra.

Se giró de nuevo hacia el paciente sin esperar respuesta. Nash observó que Sarasola no pedía permiso para nada. Su autoridad parecía provenir de algo mucho más antiguo y poderoso que el simple conocimiento.

El padre Tadeo Imaz dio un paso adelante. Era más joven que Sarasola, quizá de unos cuarenta y cinco años, con gafas de montura fina y un porte académico que contrastaba con la presencia principesca de Sarasola. Cuando habló, su voz era suave pero determinada, como la de alguien acostumbrado a dar clases.

—La esquizofrenia y el TID son trastornos fundamentalmente diferentes, como bien sabe, doctor Kutz. En la esquizofrenia, el paciente experimenta una ruptura con la realidad: alucinaciones, delirios, pensamiento desorganizado. En el TID, el paciente mantiene un contacto con la realidad, pero su identidad está fragmentada como respuesta adaptativa a un trauma extremo. —Hizo una pausa—. Lo que hemos visto aquí... El niño, el adolescente, cada uno con su propia forma de hablar, sus propios recuerdos, su propia postura corporal... Eso no es psicosis. Es disociación estructural.

—¡Tonterías! —Kutz casi gritó, perdiendo la compostura—. ¡Ese trastorno no existe! ¡Es una invención, un fenómeno iatrogénico creado por terapeutas incompetentes que sugestionan a pacientes vulnerables!

Nash notó un leve temblor en las manos de Kutz. El psiquiatra había pasado de la arrogancia a la desesperación en cuestión de minutos.

Sarasola bajó de la banqueta que había ocupado y se adelantó un paso hasta situarse frente al psiquiatra. Su presencia llenaba la habitación.

—Doctor Kutz, ¿está usted sugiriendo que la doctora Elizondo, la doctora Duval, el padre Tadeo y yo mismo hemos «creado» mediante sugestión a un niño de cinco años aterrorizado y a un

adolescente violento en los últimos treinta minutos? —Su tono era gélido—. Porque eso sería un logro terapéutico verdaderamente notable.

El director del hospital, preocupado y conciliador, dijo:

—Por supuesto que no, el doctor Kutz no pretende cuestionar...

Barezzi intervino, claramente confundido, pero intentando ser práctico.

—Doctor Sarasola... ¿Qué hacemos ahora?

Pero Kutz no había terminado. Se volvió hacia el director del hospital, con un último intento desesperado por mantener el control.

—Según la orden del juez, el paciente no puede salir de este hospital. Así que, si quiere tratarle, tendrá que conseguir que yo lo autorice. Porque, de momento, la máxima autoridad en psiquiatría en este centro sigo siendo yo. —Miró a Sarasola con algo parecido al triunfo.

El director boqueó como un pez tras la mascarilla y terminó por farfullar una disculpa mientras entrecruzaba sus dedos como si se dispusiera a rogar.

—Me temo que el doctor tiene razón. Son órdenes de un juez, padre. Tengo las manos atadas.

Sarasola hizo un gesto casi imperceptible a su asistente. El padre Tadeo asintió y se dirigió hacia la puerta. Sarasola se giró para seguirle, pero, antes de salir, se detuvo. Miró a Kutz con una expresión que podría haber congelado el infierno.

—Entonces, habrá que cambiar el dictamen del juez.

La puerta se cerró tras ellos con un clic suave que resonó como un portazo.

El director del hospital miró a Kutz con una mezcla de lástima y exasperación.

—¿Tiene idea de quién es ese hombre?

Kutz resopló, aún furioso.

—Un cura con delirios de grandeza, y ya sé que es psiquiatra en la CUN.

El director negó con la cabeza lentamente, como si estuviera explicando algo a un niño.

—El padre Sarasola no es solo el director del área de Psiquiatría de la Clínica Universidad de Navarra. Es prelado del Opus Dei. Agregado del Vaticano para la defensa de la fe. Trabajó durante años para Juan Pablo II y fue consejero del papa anterior cuando este era cardenal. —Hizo una pausa para que aquello calara—. Asesora a la Audiencia Nacional, al Tribunal Supremo y, cuando el Vaticano necesita un dictamen psiquiátrico sobre cualquier asunto..., lo llaman a él.

Kutz había palidecido mientras se fijaba en que, por ensalmo, una crucecita que no había visto llevar nunca al director colgaba visible de su cuello y asomaba por encima de la ropa.

—Así que, cuando dice que va a hablar con el juez —continuó el director con voz queda—, no lo dice como colega profesional. Lo dice como quien tiene línea directa con Roma. Y créame, doctor Kutz, Roma mueve montañas cuando quiere.

—Usted estudió en Pamplona... —musitó el jefe de Psiquiatría.

No era una pregunta. Era una rendición. Lo había dicho con la resignación de quien comprende que nunca hubo terreno neutral, que llevaba horas peleando dentro de las murallas del enemigo.

El director no respondió. No hizo falta. La pequeña cruz de oro que brillaba en su pecho era testigo mudo de una lealtad mucho más antigua y profunda que cualquier título académico.

El silencio que siguió fue absoluto. Hasta el zumbido de los fluorescentes parecía haberse apagado.

Y entonces, una voz burlona cortó la quietud.

—Vaya, vaya. El doctor se ha quedado sin su juguete.

Todos se volvieron hacia la camilla. Kevin los miraba con una amplia sonrisa, disfrutando visiblemente del espectáculo. Despacio, con una teatralidad casi cómica, estiró ambos brazos mostrando las manos vendadas y después plegó el derecho sobre el izquierdo en un perfecto corte de mangas para Kutz.

—Estás fingiendo. —Apuntó este con un dedo.

—Que te den, doc —contestó Kevin con una voz adolescente que hasta dejó escapar un gallo.

Y se echó a reír. Una risa despreocupada, burlona, llena de una alegría casi maníaca que resonó en la sala de curas como el sonido

más perturbador de toda la jornada. La risa de alguien que ha visto caer a un gigante y sabe que él ha sobrevivido a cosas mucho peores.

Nash observaba a Kevin con una fascinación profesional que no podía ocultar. El interés de Newman por comprender la psicopatía encajaba perfectamente con un trastorno de identidad disociativo. Personas que sufrieron desarraigo, abusos, violencia extrema desde la infancia. El ensayo *Los que paran* hablaba precisamente de eso: tomar conciencia de quién eres. Oponerse a ser el instrumento de violencia en el que te han convertido.

¿Y si Newman escribió sobre sí mismo todo el tiempo?

¿Y si el escritor y el detective no eran ficciones, sino estrategias de supervivencia?

La risa de Kevin seguía resonando, rebotando en las paredes blancas, llenando cada rincón de la sala con su alegría salvaje e inapropiada.

Ni la mascarilla lograba ocultar que la cara del inspector Barezzi era un poema.

45

Nash no se sentía cómoda en los juzgados. Daba clases en la universidad ante aulas de más de cien alumnos sin pestañear; podía presentar informes periciales con precisión quirúrgica. La psicología forense era terreno conocido, pero la ley, con sus vericuetos y sus posibles interpretaciones, hacía que se sintiera vulnerable.

Tenía la sensación de que apenas habían pasado unas horas desde que había estado allí mismo para argumentar la pérdida de realidad en la mente de Benedict Newman. Aquella vez había salido con los documentos firmados, con la tutela de un padre al que no conocía, la responsabilidad de un paciente al que no había tratado y la sensación de haber perdido algo que no recuperaría jamás.

Y ahora estaba de vuelta.

Owen Mitchell caminaba a su lado y, en contraste con ella, lo hacía con la seguridad de quien llevaba treinta años moviéndose por esos pasillos como extensión natural de su despacho. Era un abogado de una gran firma. De los que llamaban al juez por su nombre de pila. De los que tenían el móvil del asistente personal del magistrado en marcación rápida. Detrás, su joven ayudante —no más de veintiocho años— cargaba con el elegante maletín de cuero del abogado.

El padre Sarasola iba dos pasos por delante. Carpeta fina de piel granate bajo el brazo. Nada más. A su lado, pero ligeramente rezagado, el padre Tadeo caminaba con paso inseguro. Nash lo había observado en el hospital, siempre en segundo plano, asistiendo a Sarasola con deferencia monacal. Se fijó en que se mantenía levemente encorvado, como si temiera alzar la cabeza por encima de la de su jefe y, sin embargo, a la vez su gesto transmitía un orgullo de discípulo que a Nash no le pasó inadvertido.

—¿Cómo vamos a justificar el traslado sin aportar informes ni documentación? —había preguntado Nash a Sarasola en el coche.

Sarasola había negado con la cabeza.

—No los necesitamos. Créame.

Hubo algo en su voz que no admitía réplica; Nash estuvo segura de que al menos él sí que lo creía. El resto del viaje se mantuvo en silencio.

El doctor Kutz esperaba en el vestíbulo cuando llegaron, estaba sentado en uno de los bancos de madera con las manos sobre las rodillas y la vista clavada en el suelo. Cuando Sarasola pasó junto a él, Kutz se levantó. No saludó. No dijo nada. Sin pensarlo, los siguió escaleras arriba con la postura de quien sabe que ya ha perdido, pero debe presentarse de todos modos.

Nash respiró profundamente. El edificio olía igual que la primera vez que entró allí: a documentos viejos y decisiones irrevocables, pero hoy hacía más calor.

El padre Sarasola descartó el ascensor, así que todos subieron por la amplia escalera de mármol rosado hasta la tercera planta. Sarasola delante, el abogado jadeando a su lado. El roce de las suelas en el mármol. Pasillo despejado, de losetas brillantes. Puertas de madera oscura con placas de latón. Juzgado de Primera Instancia n.º 7. Magistrado-Juez: Honorable Sr. D. Joan Montaner.

Un joven pasante, al que el traje le quedaba un poco grande, los recibió tras un mostrador de cristal. Consultó su pantalla cuando Owen Mitchell se identificó.

—El señor juez los recibirá enseguida. Si son tan amables de esperar un momento.

Desapareció tras una puerta lateral. Nash consultó su reloj. Era casi la hora de comer; habían transcurrido apenas dos horas desde que Sarasola había solicitado audiencia urgente. Los juzgados no trabajaban con esa rapidez. No para la mayoría.

El pasante reapareció seguido del juez.

Joan Montaner, con su rostro cordial y su bronceado costero, llevaba hoy unas gafas de montura fina, y la toga puesta con naturalidad, casi como una capa.

Sus ojos se detuvieron en Sarasola. Solo un segundo. Pero Nash lo captó. El cambio sutil. El reconocimiento. La deferencia. Habría jurado que una leve inclinación de cabeza.

Después se volvió hacia el abogado de Newman.

—Mitchell.

Y hacia Nash. Cuando sus ojos se encontraron, ella recordó la vista anterior. El juez había sido amable. Casi paternal. Mencionó que conoció a su madre, la perito forense Elizondo, de años en los tribunales. Un recuerdo compartido que suavizó aquella audiencia difícil.

Ahora esbozaba una leve sonrisa. Más cálida que la dedicada a Mitchell. Aunque, por supuesto, nada comparable a la deferencia mostrada ante Sarasola.

—Doctora Elizondo.

Después dirigió una mirada educada pero distante a los demás.

—Padre Tadeo. Doctor Kutz.

Sarasola habló antes que nadie.

—Su señoría, si me permite, preferiría hablar un momento con usted a solas. Se trata de una cuestión delicada.

El juez no vaciló.

—Por supuesto. —Y dirigiéndose a los demás—: Si son tan amables de esperar aquí.

Antes de que ninguno pudiera responder, el juez y Sarasola desaparecieron tras la puerta del despacho.

El pasante regresó a su mesa en la sala contigua. Volvió a teclear como si nada hubiera ocurrido.

Nadie habló.

El padre Tadeo fue el primero en moverse. Inclinó la cabeza en un gesto de disculpa y se desplazó hacia el final del pasillo, cerca de una ventana que daba al patio interior. Sacó algo de su bolsillo, que Nash identificó como un rosario cuando comenzó a deslizar lentamente las cuentas entre los dedos.

El doctor Kutz no se movió. Permaneció junto a la pared opuesta, brazos cruzados, en clara defensa, vista fija en la puerta cerrada del despacho. Su rostro era una máscara de derrota apenas contenida. Nash sintió algo parecido a la lástima. Kutz era un buen médico y

seguramente creía que estaba haciendo lo mejor por su paciente. La muestra evidente era que estaba allí; acudió porque debía, como representante del hospital. Pero sabía que su opinión ya no importaba, que la decisión se tomaba sin él. Quizá ya estaba tomada.

Mitchell miró a Nash y dejó salir un grueso suspiro. El joven abogado puso el maletín en el suelo, junto al banco, y se apartó con discreción, consultando su móvil y haciendo, antes de alejarse, un gesto muy parecido al que acababa de ver en el padre Tadeo.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Owen Mitchell, más para sí mismo que para Nash.

Ella no respondió. No sabía qué decir.

Mitchell se acercó. Bajó la voz.

—Nash, escúchame. Tú tienes la tutela de tu padre. Eso significa que tú mandas en sus asuntos legales. Puedes disponer de su fortuna, de su mansión, de todo. Las decisiones son tuyas. Si decides contratar a un terapeuta, es tu decisión. Si decides despedirlo, también.

Nash clavó la vista en él.

—Lo sé, Owen.

—Bien. Quiero que lo recuerdes y que, si llega el momento, yo estoy aquí para respaldar legalmente tus decisiones.

Había algo en su tono que ella no terminaba de descifrar. ¿Advertencia?, ¿recordatorio?, ¿o un intento de recuperar algo de control sobre una situación que se le escapaba de las manos?

Mitchell se puso en pie y caminó hacia la ventana opuesta a donde estaba el padre Tadeo. Se quedó allí, inmóvil. Nash lo observó; hacía apenas unos días que conocía al abogado de Newman, y la impresión que le dio desde el primer momento era la de que Owen Mitchell era un hombre que dominaba cada situación.

Ahora parecía inseguro.

Nash se preguntó si el abogado se sentía así porque, como ella, percibía el enorme poder de Sarasola. O simplemente porque estaba acostumbrado a controlar la situación y alguien le había arrebatado ese control.

El silencio en el pasillo se espesó.

Nash dirigió la atención hacia el doctor Kutz. El psiquiatra no se había movido. Seguía con la vista clavada en la puerta del despacho, como si quisiera atravesarla con la fuerza de su voluntad. Sostenía el teléfono móvil contra el rostro, los nudillos blanqueados, casi como si fuera a exprimir el aparato. Susurraba.

Y entonces Kutz hizo algo inesperado.

Se apartó de la pared y caminó hacia el final del pasillo. Nash lo vio detenerse junto al ramal de la escalera, donde un hombre se reunió con él. Intercambiaron unas palabras. Kutz señaló hacia donde estaban Nash y Mitchell. El hombre asintió, tomó nota en una pequeña libreta.

Nash frunció el ceño. Algo en aquella escena no le gustó.

El doctor Kutz regresó a su posición. El hombre con el que había hablado desapareció hacia las escaleras.

Mitchell no vio nada. Seguía absorto en la ventana.

Nash fue a decir algo, pero en ese momento la puerta del despacho se abrió.

Sarasola salió primero. Su rostro presentaba el mismo aspecto que cuando había entrado: sereno, impenetrable. El juez Montaner apareció tras él. Su expresión, sin embargo, había cambiado. Se podía ver en sus ojos. Una mezcla de alivio y satisfacción, como si acabara de resolver un problema que podía haber llegado a quitarle el sueño.

—Señor Mitchell, doctora Elizondo —dijo el juez—. Hemos llegado a una resolución que creo que satisfará a todas las partes. El señor Newman podrá recibir tratamiento en su domicilio bajo la supervisión del padre Sarasola y con la tutela de la doctora Elizondo. Se establecerán nuevos controles periódicos. Mi asistente está redactando la resolución; una vez que esté firmada, podrán proceder.

Nash parpadeó. Habían pasado... ¿Cuánto?, ¿diez minutos?, ¿quince como mucho?

Bajo su mascarilla, Owen Mitchell abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla.

—¿Ya está?

El juez sonrió con cortesía glacial.

—Ya está, señor Mitchell.

Sarasola se giró hacia Nash.

—Doctora Elizondo, si me firma los documentos de consentimiento, podremos proceder con el traslado de su padre esta misma tarde.

Nash contempló al juez, después a Sarasola, después de nuevo al juez. Había algo surrealista en aquella escena, donde las reglas habituales no se aplicaban.

Pero asintió.

—Por supuesto.

El pasante apareció con una carpeta. Owen Mitchell revisó los documentos con ojo profesional. Sus manos temblaban mientras pasaba las páginas. El joven abogado contemplaba la escena con los ojos muy abiertos, presenciando algo que contaría durante años como una anécdota de abogado. Mitchell le hizo un gesto y el joven extendió el maletín ante Nash para que pudiera apoyar los documentos antes de firmarlos.

El juez Montaner se despidió. A Mitchell y a Nash les dedicó un apretón de manos formal. El doctor Kutz recibió un gesto cortés pero distante. El padre Tadeo, una inclinación de cabeza.

Pero cuando le tocó el turno a Sarasola, hubo una pausa.

El juez ladeó un poco la cabeza. Un gesto que podría haber sido simple cortesía, pero que Nash interpretó como algo más. Reverencia.

—Ha sido un placer, padre.

—El placer ha sido mío, su señoría.

Caminaron por el pasillo hacia las escaleras. Mitchell iba delante, con el joven abogado llevando el maletín que no habían necesitado abrir. Nash junto al padre Sarasola, Tadeo detrás. El doctor Kutz se había quedado rezagado. Nash lo vio intercambiar unas palabras con el juez antes de que la puerta se cerrara.

Bajaron las escaleras en silencio. El eco resonaba en el hueco. Nash sentía que el corazón le latía con fuerza. No sabía si era alivio, miedo o una mezcla de ambos.

Llegaron al vestíbulo. Las puertas de cristal que daban a la calle estaban justo delante. La luz del mediodía entraba oblicua

iluminando las motas de polvo suspendidas en el aire.

Antes de salir, Nash distinguió las figuras al otro lado del cristal.

Un hombre que portaba un micrófono de mano y otro con una cámara.

Mitchell también los vio. Ralentizó el paso.

—Mierda —murmuró.

Sarasola no se detuvo. Empujó la puerta y salió. Nash lo siguió. Mitchell, su ayudante y el padre Tadeo detrás.

El hombre de la cámara se acercó de inmediato. Era el mismo que había hablado con Kutz en el pasillo. Otro hombre más joven sostenía un micrófono con el logo de una televisión local.

—Es usted la hija de Benedict Newman, ¿verdad? —dijo el periodista con voz educada pero perentoria—. Buenos días. Soy Pablo Bolaño, de Canal Regional. Hemos sabido que su padre no se encuentra bien de salud. El señor Newman es un escritor muy querido. ¿Es cierto que ha reclamado su tutela legal porque está incapacitado?

Nash se quedó paralizada. Se habría quedado allí clavada de no ser porque el abogado la tomó del brazo, obligándola a avanzar.

El periodista dio un paso más, acercando el micrófono.

—¿Es cierto que piensan trasladarlo al ala psiquiátrica de una prestigiosa clínica en Navarra? ¿Cuál es el estado de su padre ahora?

Mitchell se adelantó, interponiéndose entre Nash y la cámara.

—Sin comentarios. Por favor, déjennos pasar.

Pero el periodista se movió con rapidez, colocándose al lado de Nash y caminando junto a ella con el micrófono extendido.

—¿Es cierto que hay distintos criterios sobre la enfermedad de su padre? El señor Newman es un hombre muy querido en nuestro país. ¿Están haciendo lo mejor por él? El público quiere saberlo. Sus lectores están preocupados.

La voz del periodista era respetuosa, casi amable. Pero cada pregunta era un golpe. Nash sentía la cámara apuntándole. La luz roja encendida, el foco cegándola. El micrófono casi rozándole el rostro.

No podía hablar. No sabía qué decir. Cada palabra que dijera sería analizada, retorcida, convertida en titular.

Owen Mitchell la tomó por la cintura intentando guiarla hacia el coche.

—Por favor, déjennos pasar —repitió con voz más firme.

Pero el periodista no se detenía.

—Solo una respuesta, señora Newman. ¿Su padre está recibiendo la atención que necesita? ¿Puede decirnos algo que tranquilice a sus lectores?

Y entonces Sarasola se detuvo.

Se giró. Clavó los ojos en el periodista.

No dijo nada. Simplemente levantó una mano.

El periodista bajó el micrófono.

No fue una decisión consciente. Fue algo instintivo.

Sarasola sostuvo su mirada. Dos segundos. Tres.

Después se giró y continuó andando hacia el coche.

El periodista se quedó atrás. La cámara seguía grabando, pero el hombre ya no se movía. Se había quedado petrificado, con el micrófono colgando a un costado, contemplando cómo se alejaban.

El chófer de Sarasola mantenía la puerta trasera de la berlina abierta. Nash subió primero. Sarasola después. Mitchell y el padre Tadeo montaron en otro coche que esperaba detrás. El joven abogado del bufete se quedó en la acera, con el maletín en la mano, observando al periodista con expresión confusa.

La berlina arrancó. Nash miró por el cristal tintado. El periodista seguía allí, inmóvil. La cámara había dejado de grabar. El hombre parecía desconcertado, como si no supiera qué acababa de pasar.

El coche giró hacia el este. Dejaron atrás el juzgado. Las calles se deslizaban al otro lado del cristal. Nash observaba sin ver. Su corazón aún latía con fuerza.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó al fin con voz baja.

Sarasola contemplaba la calle. Cuando habló, su voz era tranquila.

—La autoridad es algo que se siente, doctora. No hace falta gritarla.

Nash no respondió. Había pasado años estudiando el poder: cómo se construía, cómo se ejercía, cómo dejaba marca en los cuerpos y en las mentes de quienes lo sufrían. Conocía sus mecanismos, sus disfraces, sus patologías. Pero lo que acababa de ver en aquel

periodista —la mano levantada, el micrófono bajando solo, la parálisis involuntaria de un hombre que no había recibido ninguna orden— no encajaba en ninguna de sus categorías.

El coche continuó en silencio. Las avenidas anchas del centro dieron paso a calles más estrechas. Después a zonas residenciales. Árboles flanqueando la carretera. Verjas de hierro forjado. Mansiones con jardines cuidados.

Nash pensó en lo que acababa de ocurrir. En el juez recibiéndolos como si Sarasola fuera el papa. En los diez minutos que bastaron para cambiar el curso de la vida de su padre. En el periodista bajando el micrófono como si una fuerza invisible se lo hubiera ordenado.

Contempló de soslayo a Sarasola. El sacerdote seguía absorto en la ventanilla, con expresión pensativa, como si todo aquello fuera lo más natural del mundo.

«¿Sabes dónde te estás metiendo?», oyó en su cabeza la voz de su madre.

Pero ya era tarde para arrepentirse. «A veces hay que hacer lo que hay que hacer», le contestó mentalmente, aplicando el código de las Mitxelena y de Amaia Salazar. Mujeres que sabían vivir sin red. El frío de lo inevitable rozándole la piel, un frío que no tenía nada que ver con el aire acondicionado del coche.

La berlina giró hacia la avenida de plátanos y comenzó a serpentear entre las mansiones que festoneaban la colina en la zona de Los Cerros, donde Newman vivía. Nash vislumbró el muro gris cubierto de aquel liquen blanco y rojizo que le había parecido *Cladonia cristatella* la primera vez que lo vio. El oscuro portón de acceso se abrió silencioso antes de que lo alcanzara la comitiva. Recorrieron el camino entre los árboles, que con su entretejido de verde oscuro protegían la mansión y solo dejaban percibir atisbos de los tejados de pizarra y las galerías acristaladas; en la glorieta alrededor de la fuente que presidía la entrada de la casa principal ya esperaba una ambulancia.

Benedict Newman volvía a casa.

Y Nash no sabía si eso era una bendición o una condena.

46

La comitiva se detuvo ante la escalinata de la entrada principal. En lo alto de los peldaños de piedra del país aguardaban Robert, Elisa, Margot y Karim, formando una línea que evocaba aquellas recepciones de la servidumbre en las películas de época, cuando el señor regresaba a casa tras un largo viaje. Nash descendió del vehículo y alzó la vista hacia ellos. Los nervios, el cansancio, el calor, todo se acumulaba como capas de una manta opresiva y demasiado pesada. Sintió un leve mareo cuando sus pies tocaron la gravilla. No le prestó atención.

A lo lejos, entre los parterres del jardín lateral, distinguió a dos jardineros inclinados sobre la tierra arrancando hierbas adventicias. Incluso al aire libre, ambos llevaban mascarillas.

Hacía calor. Primera hora de la tarde, y el sol caía a plomo sobre la gravilla del camino. Nash sintió el peso del día entero sin comer, una sensación de ligereza que no era agradable, sino punzante, instalada en algún lugar entre el estómago y las costillas.

Las puertas traseras de la ambulancia se abrieron. Los paramédicos se apearon primero; después bajaron la camilla con movimientos coordinados y eficientes.

Newman yacía inmóvil. Los ojos abiertos, la mirada fija en algún punto del cielo que solo él podía ver. Nash reconoció aquel estado de inmediato. Pacientes catatónicos. Su mirada le recordó la de Helena Murrieta, la madre de Andrea Dancur: aquel mismo gesto mirando hacia los bosques de Baztán desde las ventanas del hospital psiquiátrico Benito Menni.

Margot dio un paso al frente y descendió dos escalones. Se llevó una mano a la boca mientras Elisa exclamaba:

—¡Dios mío!

Robert bajó en dos zancadas la escalera y, colocándose junto a la camilla, tomó a Benedict Newman de la mano, reparando en los vendajes. Karim se apartó de la columna contra la que había estado apoyado. Llegó hasta el borde de la escalinata, observando la escena. Cuando habló, su voz sonó tensa.

—Esto es una locura, Nash. Traerlo aquí, en este estado... —Se volvió hacia ella—. ¿De verdad crees que esto va a funcionar? ¿Qué pasa si empeora? Esta casa no está preparada para...

—Tendrá todo lo que necesita —interrumpió Sarasola, acercándose con paso tranquilo. Su voz era serena—. Y la supervisión adecuada, ya me he ocupado de todo.

Karim se giró hacia él. Abrió la boca como si fuera a responder, pero entonces vaciló. Miró de nuevo a Newman, después a Sarasola.

—Con todo respeto, usted es un sacerdote católico. Benedict Newman no es un hombre religioso. No creo que, de ser consciente de la situación, esto le gustara mucho.

Margot asintió mirando al sacerdote, pero cuando habló se dirigió a Nash.

—Me alegro de que hayas conseguido traerlo de vuelta a casa, Nash. Yo también quiero que esté mejor, de verdad. Pero Karim tiene razón. No he visto a Newman pisar una iglesia en su vida. Todo lo que huela a incienso lo echa para atrás. No se ofenda —dijo, ahora sí dirigiéndose a Sarasola.

—No me ofende. Debo advertirle que, en mi caso, la psiquiatría es inherente al sacerdocio y no al revés. No estoy aquí en calidad de sacerdote, aunque por mi experiencia sé que a menudo, para sanar el cuerpo y la mente, hay que prodigar cuidados al alma.

Nash miró a Margot y a Karim con evidente disgusto por su actitud, quizá porque ella misma no estaba muy segura, e hizo un gesto hacia Sarasola.

—Doctor Sarasola, disculpe la hostilidad del recibimiento. Robert es el asistente personal de Benedict, y Elisa es su ama de llaves; Karim es el secretario de Benedict Newman, y Margot es su editora desde hace años. Me consta que a todos les preocupa mucho el bienestar de Newman.

Después, volviéndose directamente hacia Margot y Karim, dijo lo suficientemente alto para que todos pudieran oírlo:

—Como ya os adelanté desde el juzgado, el doctor Sarasola es una eminencia dentro del mundo de la psiquiatría, es el director de Psiquiatría de la Clínica Universidad de Navarra, y es él quien ha logrado que Benedict esté de vuelta en casa.

Karim bajó la mirada, pero Margot la sostuvo un instante antes de asentir. No parecía convencida, pero tampoco dispuesta a seguir discutiendo.

El sonido de un motor interrumpió la conversación. Un segundo vehículo se acercaba por el camino de gravilla. Un sedán oscuro que se detuvo junto a la ambulancia. Las puertas se abrieron y dos enfermeras uniformadas descendieron.

La primera era corpulenta, de unos cincuenta años, el cabello gris recogido en una trenza gruesa y zapatos de goma silenciosos. Su expresión delataba una competencia absoluta.

La segunda era más joven, pelirroja, con el cabello recogido en una cola alta y una sonrisa tímida pero sincera.

Nash las vio acercarse a saludar a Sarasola y a Tadeo. Desde la escalinata, percibió cómo algo en la postura de Karim cambiaba: se enderezó, y su rostro, hasta entonces tenso y contrariado, se suavizó. Se llevó las manos a la mascarilla, se la quitó despacio, y cuando la enfermera pelirroja alzó la vista hacia él, le dedicó una sonrisa. Franca, afable, con ese destello de seguridad que Nash ya había visto antes.

Sarasola se volvió hacia el padre Tadeo, que permanecía junto al coche con una *tablet* sujeta contra el pecho.

—Padre Tadeo, por favor, organice los turnos con Irene y Virginia y acompañe a los paramédicos y al señor Newman a su habitación.

Tadeo asintió. Ajustó algo en la pantalla de su *tablet* con dedos rápidos y se dirigió a las dos mujeres. Les habló en voz baja mientras señalaba la escalinata. La enfermera mayor asintió con expresión seria. La más joven, Virginia, sonrió ladeándose ligeramente hacia donde estaba Karim.

Fue entonces cuando Robert dio un paso al frente mientras tiraba levemente de los puños de su camisa para dejar a la vista los

gemelos dorados como coronas de laurel.

—Doctor Sarasola, ¿puedo hablar con usted un momento?

Sarasola se volvió hacia él. Lo estudió brevemente antes de asentir.

—Por supuesto.

Robert bajó dos escalones. Se detuvo ante el sacerdote, se quitó la mascarilla. Estaba muy serio, pero curiosamente le pareció más joven. Habló con voz firme, pero respetuosa.

—El señor Newman siempre ha tenido mayordomo. Antes que yo, hubo otro que lo cuidó durante años. Yo llevo algo más de un año y medio ocupándome de sus cosas. Es un hombre muy especial con su ropa, con su cabello, con todo. Es un caballero muy decoroso, muy reservado, con un gran pundonor. De ser consciente de su situación, no le gustaría estar en manos de extraños. Entiendo que las enfermeras deben encargarse de la parte médica, pero le pido, por favor, que me autorice a seguir ocupándome de mi señor.

Sarasola lo escuchó sin interrumpir mientras estudiaba su pose. Cuando Robert terminó, asintió despacio.

—Lo que dice le honra. Me parece razonable. Las enfermeras se encargarán de lo médico. Usted puede continuar con sus rutinas habituales.

Robert exhaló. Una tensión que Nash no percibió hasta entonces abandonó sus hombros.

—Gracias, doctor. Intentaré ser de ayuda. Si necesita algo, no dude en pedírmelo.

Sarasola dio un paso atrás de un modo mayestático, observando al grupo reunido en la escalinata. Cuando habló, su voz se elevó clara y contundente.

—Puesto que ahora todos pertenecemos a la misma unidad convivencial, y doy por supuesto que están siendo de sobra cuidadosos, pueden quitarse las mascarillas.

Nash se llevó una mano al rostro. El aire fresco en su piel fue un alivio inmediato. A su alrededor, los demás hicieron lo mismo. Margot suspiró aliviada. Elisa, que había permanecido en silencio en lo alto de la escalinata, esbozó una sonrisa que iluminó sus ojos

oscuros y brillantes mientras musitaba un «gracias» silencioso dirigido a Nash.

Los paramédicos comenzaron a subir con la camilla. Robert se echó a un lado, indicándoles el camino. El padre Tadeo los seguía de cerca con las dos enfermeras tras él. Nash observó cómo la enfermera pelirroja miraba brevemente hacia atrás. Karim seguía allí, al pie de la escalinata, observándola con aquella sonrisa que no había abandonado su rostro.

Sarasola subió los escalones con paso pausado. Era la primera vez que entraba en aquella casa, y Nash percibió el modo en que sus ojos recorrían el espacio con esa atención particular suya, clasificando. El vestíbulo era lo que era Newman en arquitectura: líneas limpias, espacios amplios, piezas elegidas con la misma precisión con que elegía cada palabra. Una casa diseñada para impresionar sin parecer que lo intentaba. Nash pensó que también en eso se asemejaban el hombre y su casa: en el esfuerzo invisible que había detrás de todo lo que parecía natural.

Robert se acercó a Nash. Se detuvo a su lado mientras los demás ascendían la escalera.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Nash asintió. Se apartaron hacia un rincón del vestíbulo, junto a la escultura de bronce.

Robert habló en voz baja.

—He dispuesto todo para los nuevos ocupantes. Las dos enfermeras compartirán la suite azul, tiene dos camas y un baño contiguo. He puesto al doctor Sarasola en una habitación cercana a la tuya y a la del señor Newman. Tú, por supuesto, sigues teniendo tu dormitorio preparado. El chófer se quedará en el apartamento sobre el garaje, y el padre Tadeo en la habitación de invitados de la planta baja. —Hizo una pausa—. Imagino que tendréis hambre. Seguro que no has comido nada en todo el día. He ordenado una cena temprana.

Nash sintió algo parecido al alivio. No se dio cuenta de cuánto necesitaba sentarse, comer, parar.

—Gracias, Robert. De verdad. Gracias por preparar todo esto para el regreso de Newman, y también por... —Vaciló un instante—. Por

tu apoyo.

Él sonrió. Fue una sonrisa cálida, genuina.

—Te he echado de menos, Nash.

La frase cayó entre ellos con un peso inesperado. Nash lo miró. La piel clara y limpia, perfectamente afeitado, los ojos de un azul profundo; tenía una pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda, en la que reparó en ese instante y que le daba a su rostro un toque canalla de travesura infantil. Había algo en el modo en que la miraba, una cercanía que iba más allá de la cortesía profesional. Como si advirtiese de pronto que había sido demasiado cercano, añadió:

—Quiero decir que, en poco tiempo, nos hemos acostumbrado a ti y a tu presencia en la casa, y desde que Newman está así...

—Yo también —respondió ella con sinceridad.

Robert asintió antes de retirarse. Nash lo vio subir la escalera con pasos ligeros y desaparecer en el piso superior.

Se quedó allí un momento, procesando aquella sensación. Robert. La calidez, la cercanía. Y se dirigió a su habitación.

Se duchó rápido; quería hablar con Sarasola antes de la cena. El agua caliente aflojó la tensión acumulada en sus hombros, en su nuca. Salió, se secó. Del armario extrajo un vestido azul midi, suelto, de algodón suave. Se lo puso sin molestarse en secarse el cabello completamente, aunque lo recogió en un moño bajo. Tomó unas sandalias de tacón medio, pero no se las puso. Las llevó en la mano mientras descendía la escalera.

A mitad de camino, se detuvo un instante. El hambre, el cansancio, el calor. Todo se acumulaba de nuevo recordándole que el día aún no había terminado. Respiró intensamente y continuó.

Al pie de los escalones se sentó en el último peldaño y se calzó despacio, ajustando las tiras. Después se puso en pie y se dirigió al comedor.

Robert estaba poniendo la mesa para cuatro. Mantel de lino blanco, cubertería de plata, copas de cristal. Nash frunció el ceño.

—¿Solo cuatro?

Robert, que estaba ajustando una de las sillas, se enderezó.

—Me temo que los acompañantes del doctor Sarasola tienen muy asumidos los rangos de clase. El padre Tadeo me comunicó hace un rato que únicamente el doctor Sarasola cenará con vosotras; los demás lo harán en el *office*.

Tomó uno de los cubiertos y lo retiró.

—Pero al final no seréis cuatro. Karim ha dicho que cenará en la cocina «con el resto del servicio». Lo ha dicho literalmente así.

Margot, que acababa de entrar en el comedor, se acercó a Nash. Llevaba un vestido rosa fucsia que le llegaba a la rodilla y zapatos de punta redondeada con tacón discreto. Se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Creo que el interés de Karim tiene más que ver con cierta enfermera pelirroja que con convicciones igualitarias.

Nash no contestó; aún estaba molesta por la actitud de Margot a su llegada.

La editora tomó asiento y sirvió vino en las dos copas y le tendió una a Nash.

—Quería disculparme...

—Me parece muy acertado, pero no es conmigo con quien debes hacerlo.

Nash tomó la copa y fue hacia el gran ventanal que daba al jardín. La luz del atardecer entraba oblicua, tiñendo de dorado las paredes color crema. Una lámpara moderna de diseño danés, apagada todavía, colgaba sobre la mesa.

Sarasola apareció en la puerta. Se había cambiado para la cena. Llevaba otro traje completo: camisa blanca impecable, alzacuellos, americana de lana fría color gris marengo de corte exquisito. Esperó cortés a que Nash ocupara su sitio para situarse frente a ella.

—Buenas noches.

Margot sirvió otra copa de vino y se la ofreció al sacerdote con expresión contrita.

—Siento haber sido un poco brusca cuando llegaron. Ha sido un día... complicado. Como ha dicho Nash, a todos nos preocupa el bienestar de Benedict, y todo lo que ha ocurrido en los últimos días es tan...

Sarasola quitó importancia al asunto con un gesto suave de la mano, pero Nash notó cierta condescendencia, como cuando se reciben las disculpas de un niño pequeño.

—No se preocupe. Es comprensible.

Margot asintió aliviada, miró a Nash buscando su bendición. Bebió un sorbo de vino.

—Edición literaria. Su trabajo me parece fascinante —dijo Sarasola —. Solo escribo artículos científicos, pero la labor de alguien que debe contener el talento de un hombre como Newman me parece admirable.

Margot compuso una sonrisa triste.

—Mi esperanza es seguir editando al magnífico escritor que conozco. Me gustaría que durante la cena me explicara cómo va a tratar a Benedict. He buscado algunos artículos sobre TID, ¿es eso lo que cree que le ocurre? ¿Personalidad múltiple? ¿Se dice así?

—El diagnóstico de TID es largo, laborioso; puede llevar más de seis meses en un tratamiento ambulatorio. Dicho esto, algunos profesionales creemos que se puede atajar en este arduo camino con una observación íntima del sujeto. Esa es la razón por la que estamos aquí.

—Para observarle de cerca.

—Me temo que no solo a él, también a todos los que integran su entorno. A partir de mañana a primera hora comenzaremos con una ronda de entrevistas con todas las personas que han tenido relación con el señor Newman para ser capaces de extraer comportamientos que nos ayuden a diagnosticarle.

—Como cuando hace un año en mi casa, justo antes de sufrir el ataque, Benedict se comportó como el detective Star y yo creía que estaba bromeando.

—La doctora Elizondo me lo ha contado —dijo Sarasola—; en efecto, ese es un momento muy llamativo, pero atenderemos también otras cuestiones: si se han observado estados depresivos, actitudes suicidas, autolesivas, comportamientos impropios, un gran ramillete de cuestiones que han podido pasar desapercibidas y que nosotros podemos detectar.

—¿Usted cree que es eso lo que tiene, TID?

—Hay algo que debe entender del TID; es solamente un diagnóstico dentro de los trastornos disociativos, pero hay otras enfermedades que lo presentan, en ocasiones el estrés postraumático, y también los trastornos límite de personalidad.

—Disculpe que insista, pero quiero saber qué piensa usted.

—Veo que no se rinde fácilmente. —Sarasola sonrió y cruzó las manos como si fuese a rezar—. Desde el momento en que la doctora Elizondo se puso en contacto conmigo y me autorizó, empezamos el estudio; visionamos las imágenes de Newman la noche que fue trasladado a comisaría y en la que terminó en el hospital. Mi equipo analizó los vídeos, los informes neurológicos y la narrativa de su entrevista pública solo unas horas antes.

Nash asintió y Sarasola siguió hablando.

—Si estamos aquí es porque observamos un comportamiento disociativo. Creemos que en el momento en que se expuso a la violencia de la fotografía del crimen se produjo una disociación; en la mayoría de las ocasiones, este hecho tiene la función de proteger al individuo que lo sufre. Y aquí es donde apareció el detective Star, alguien con muchas más tablas para soportar la presión policial, un interrogatorio y la visión de la violencia...

—¿Ver una foto pudo causarle eso?

—No, no lo causó ver la foto, fue lo que la foto le hizo mover internamente. Las identidades disociadas son subterfugios mentales que el paciente desarrolla para salvaguardarse de algo terrible. El trauma produce una fragmentación de la personalidad, como si se dividieran en partes los distintos aspectos que causan el sufrimiento. Por decirlo de un modo sencillo, así le resulta más manejable.

Entonces Margot hizo una pregunta que desconcertó profundamente a Nash, una pregunta a la que le daría muchas vueltas en los días siguientes, una pregunta que ella misma también se había hecho.

—¿Se puede fingir?

Nash la miró sorprendida, pero Sarasola no se inmutó.

La editora se explicó.

—Sí, ya sé que no debe hacerse, pero he estado buscando en Google. En TikTok y en YouTube hay un montón de vídeos de chicos

y chicas que dicen tener TID, e incluso experimentan *switches*, ¿se dice así? —dijo mirando a Sarasola—, y lo hacen en directo. Pero también he visto un montón de vídeos de expertos que afirman que la mayoría finge.

Sarasola asintió:

—Sí, se puede fingir. Del mismo modo que se puede fingir un episodio de ansiedad, un desmayo o un ataque de tos. Puede que engañen a un profano, pero no a un profesional, que no se quedaría en la superficie, profundizaría en el resto de los síntomas. Un buen actor podría fingir que sufre un infarto; lo que no puede fingir son los síntomas que detectaría un cardiólogo. Los profesionales lo llamamos *malingering*, la intencionalidad en fingir síntomas de una enfermedad mental, y las motivaciones que alguien tendría para hacerlo: obtener ayudas, posicionamiento social, afecto, eludir la justicia o llamar la atención.

—Aunque suene fuerte, puedo entenderlo para eludir la justicia, pero para obtener *likes* en las redes sociales... —dijo Nash.

—Los *likes* son dinero, doctora, pero plantéeselo como un síndrome de Munchausen. Estamos ante una sociedad tan infantilizada, tan irresponsable de las decisiones que rigen sus propias vidas, que obtener piedad, interés, afecto o simplemente la fascinación de otros ha llevado al fingimiento de enfermedades que en otros momentos habrían causado vergüenza, se habrían ocultado.

—Pero somos médicos, sabemos que avergonzarse de estar enfermo, sobre todo cuando hablamos de trastornos mentales, es un terrible error, que durante siglos llevó a los pacientes a vivir ocultos, a veces por sus propios familiares, a ser perseguidos y rechazados, y en muchos casos al suicidio. La desestigmatización de las enfermedades mentales en redes sociales es un avance.

—Estoy completamente de acuerdo, pero hemos llegado a un punto en el que para algunas personas estar diagnosticado no sirve para tratar su enfermedad, sino para justificar su comportamiento —dijo visiblemente indignado—. Es como si un oculista le diagnosticase miopía y usted se empeñase en ir sin gafas tropezando con todo el mundo y gritando su derecho a hacerlo por ser miope.

Y volviéndose hacia Margot añadió:

—El TID es un trastorno de difícil diagnóstico, y además es una rareza, y al decir rareza me refiero a la escasez de casos.

—Bueno —dijo Margot—, simplemente me ha sorprendido la cantidad de perfiles de personas que dicen sufrirlo, aunque no sé si *sufrirlo* es la palabra adecuada para esos casos.

—Ahí está el quid de la cuestión. Esos chicos lo presentan casi como un superpoder: les parece divertido poder cambiar de personalidad, tener justificación para sus actos, poder ser todo lo que quieran. Pero la realidad es que es un trastorno terriblemente limitante, y una de las mayores dificultades para su diagnóstico es que las personas que lo sufren a menudo lo ocultan. Una de las señales de que estamos ante un caso auténtico es la vergüenza que produce, el modo en que el paciente intenta justificarse. Lo que olvidan los que lo simulan es que los *alters* no se sostienen mucho tiempo y los cambios no son voluntarios: ocurren casi siempre cuando menos conviene.

El escalofrío que sacudió a la editora fue visible.

—Como cuando Newman iba conduciendo por el interior de ese túnel. No me lo quito de la cabeza. Podía haberse matado, o haber provocado un terrible accidente.

—Tener un accidente es solo una de las cosas terribles que pueden llegar a ocurrirles. Imagine lo que supondría para usted despertarse en la cama de un hombre al que no recuerda. Descubrir que un amigo ha dejado de hablarle por algo terrible que le dijo y de lo que no tiene constancia. Recibir multas o citaciones de la justicia por hechos que no ha vivido, descubrir que le falta dinero y no saber dónde está ni qué ha hecho con él, dar positivo en un test de drogas cuando usted no las ha probado nunca, o descubrir en su cuerpo señales de que ha mantenido relaciones sexuales, pero no lo recuerda.

Margot apuró hasta el fondo su copa e inmediatamente volvió a llenarla.

—¡Por el amor de Dios! Espero que Benedict no tenga esa enfermedad.

Sarasola la miró con expresión serena.

—*Trastorno* —puntualizó— es el término oficial en los manuales diagnósticos internacionales. Es pronto para hacer pronósticos, pero puedo decirle que...

Se detuvo.

Un sonido en el vestíbulo. Pasos irregulares pero decididos. Los tres se volvieron hacia la puerta.

Esta se abrió despacio.

Y entró el detective Star.

Durante un instante, nadie dijo nada. Margot dejó la copa a medio camino de sus labios. Sarasola alzó un poco las cejas. Nash se puso tensa, preparándose para lo que pudiera ocurrir.

Star avanzó hacia la mesa. Vestía clásico como siempre: traje gris de raya diplomática, camisa blanca, corbata oscura anudada con cierta dejadez, como si se la hubiera aflojado y vuelto a apretar varias veces. Tirantes bajo la chaqueta. Todo en él evocaba a esos detectives de las películas de cine negro. Pero había algo distinto esta vez. Se movía como si cada paso requiriera un esfuerzo de voluntad, aunque su postura seguía siendo la de un hombre joven, los hombros rectos, la mandíbula apretada.

Se detuvo junto a la mesa. Miró a Nash, a Margot y, por último, a Sarasola. Tras él, apenas visible en el umbral, apareció la enfermera mayor: Irene. Sarasola le hizo un gesto asintiendo e indicándole que esperara.

Margot se puso en pie de inmediato.

—¿Colt? —preguntó temerosa.

—Hola, Sylvie.

—Siéntate con nosotros —pidió ella.

Star esbozó una sonrisa ladeada.

—Páter, no lo conozco, soy Colt Star. —Tendió una mano firme a Sarasola y saludó a Nash con una leve inclinación de cabeza.

Se dirigió al aparador donde reposaba una bandeja con varias licoreras. De una de ellas se sirvió dos dedos de whisky que bebió de un trago ante la mirada atónita de los presentes.

Sarasola tomó el mando.

—Estaba deseando conocerle, señor Star. La doctora Elizondo me ha hablado de usted, me ha dicho que es detective, que trabaja para

ella.

Colt Star dedicó una mirada rápida e inquisitiva a Nash. Ella se apresuró a contestar:

—Colt, el doctor Sarasola me está ayudando con el caso de mi padre. Es de mi confianza, puedes hablar con él.

El detective compuso una sonrisa torcida.

—Ya veremos —dijo.

Rodeó la mesa antes de dejarse caer con un suspiro en la silla que Margot le indicaba.

—Gracias, encanto. —Besó brevemente la mejilla a Margot y se frotó la nuca con una mueca—. Siento llegar tarde, acabo de despertarme. Supongo que he tenido otra de esas terribles migrañas. Irene me ha dicho que os disponíais a cenar. ¿Estáis seguros de que el pipiolo no me puso la mano encima mientras estaba inconsciente? Siento como si me hubieran dado una paliza.

Sarasola lo observó con atención clínica.

—¿Quién es «el pipiolo», señor Star?

—El policía ese que va con el Lobo a todas partes. Es el novato que me atizó en comisaría. —Se tocó la cabeza con cuidado—. Juraría que volvió a por más.

—Nadie lo ha tocado, señor Star. Le prometo que ha estado vigilado en todo momento. La doctora Duval me ha dicho que recientemente ha sufrido importantes dolores de cabeza.

Star lo interrumpió.

—Sufro fuertes dolores de cabeza porque un policía nervioso me atizó con una porra y tuvieron que darme doce puntos de sutura. —Miró a Sarasola con expresión curiosa—. Creo que he oído hablar de usted, aunque ahora mismo no recuerdo a quién. ¿Quizá fuiste tú, Sylvie...?

—¿No lo recuerdas? ¿No recuerdas nada del día de hoy?

Sarasola levantó una mano para contener la angustia creciente de Margot.

—Como ya habrá supuesto por mi atuendo, soy sacerdote, pero también soy médico psiquiatra; ayudaré al señor Newman con su amnesia.

Star se recostó en su silla. Se frotó los ojos.

—Sinceramente, espero que pueda ayudarle; un hombre como Newman no se merece lo que le están haciendo. Y respecto a la amnesia, igual también tiene que echarme un cable a mí, parece que, de un tiempo a esta parte, es un mal muy extendido.

Sarasola aprovechó la oportunidad.

—Bueno, tener leves olvidos no es nada grave, ocurre cuando uno está muy saturado, con muchas cosas en la cabeza. Pero, si me cuenta lo que recuerda, quizá pueda ayudarle. Nash me ha dicho que tiene la sospecha de que lo que le ocurre a Newman está directamente conectado con usted.

El detective Star hizo un gesto de contrariedad ante la curiosidad de Sarasola. Contestó evasivo:

—Déjelo. Supongo que he tenido otra de esas migrañas. Y me siento un poco raro, la verdad. Estoy muy cansado y tengo hambre. Pensaba comer algo y acostarme temprano. Estoy agotado.

—Es normal. Ha sido un día muy duro para usted.

Star lo miró con expresión extrañada.

—¿Ah, sí?

Después se dirigió a Nash.

—Debo hablar con usted, señorita Elizondo.

En ese instante, Robert apareció empujando un carrito. Miró a Nash con una sonrisa cómplice antes de acercarse a Star con un plato. Lo colocó ante él con cuidado.

—Pequeños rollitos de lenguado con verduritas glaseadas y patatas francesas.

Star observó el plato con cierto disgusto mientras Robert servía a los demás.

—Ya veo que hasta en casa la comida es como de hospital —murmuró.

Sarasola arqueó una ceja.

—¿No le gusta el lenguado, señor Star?

—No es que no me guste, páter. Es que... —Hizo un gesto vago—. Me recuerda a todas esas comidas insípidas que te dan cuando estás enfermo. Prefiero algo con más carácter.

—¿Qué le gusta comer, entonces?

Star pareció animarse.

—Algo con sustancia. Un bistec, una buena hamburguesa. Patatas fritas. Un bocadillo de pastrami. Pastel de manzana: el tipo de comida que te deja satisfecho.

—¿Cocina usted?

Star soltó una carcajada breve.

—No, por el bien del mundo, quemar la cocina sería lo mínimo.

Nash intervino mirando a Robert.

—Robert, ¿podrías prepararle algo que le guste más al señor Star?

Robert asintió.

—¿Le parecería bien una hamburguesa, señor Star?

Los ojos del detective se iluminaron.

—Encantado.

Robert desapareció hacia la cocina. Nash observó cómo Star apartaba el plato de lenguado a un lado. Sacó una pitillera del bolsillo interior de su chaqueta, extrajo un cigarrillo y lo encendió sin pedir permiso.

Sarasola lo observó. Margot, como si hubiera adivinado la pregunta que flotaba en el aire, comentó:

—Benedict Newman no fuma, pero no creo que le moleste que el detective Star lo haga.

Star dio una calada profunda y expulsó el humo hacia el techo.

Robert regresó enseguida con el plato recién hecho, lo colocó ante Star, que lo miró con evidente satisfacción. Tomó la hamburguesa con ambas manos y le dio un mordisco generoso. Comió con apetito durante varios minutos. Nash lo miraba. Había algo reconfortante en ver cómo disfrutaba de aquella comida simple.

Pero después de unos minutos, Star comenzó a perder energía. Sus movimientos se volvieron más lentos. Dejó la hamburguesa a medio terminar y se recostó en la silla.

—Dios, me siento como si tuviera una terrible resaca. De esas que solo se quitan bebiendo un poco más de whisky.

Se puso en pie y caminó hasta el aparador, tomó una de las licoreras, retiró el grueso tapón de cristal y aspiró profundo el aroma del whisky.

Sarasola negó suavemente.

—Como médico, ya que me ha pedido consejo, le recomiendo que no tome más whisky por hoy, señor Star. Ha sido un día muy duro, y el dolor que siente en la cabeza puede ser el inicio de una migraña. Lo último que le conviene es azuzarla con alcohol. Hágame caso, debería retirarse a descansar. Irene lo acompañará.

Sarasola levantó un dedo. La enfermera apareció en el umbral, como si hubiera estado esperando aquella señal.

Star la vio. Frunció el ceño.

Dejó la licorera sobre la bandeja.

—Nada de alcohol si se empeña, pero, antes de retirarme, tengo que hablar con mi clienta. Es vital.

Sarasola insistió con voz suave:

—Sería mejor que descansara primero.

—No. —Star sacudió la cabeza—. Tengo que hablar con Nash. Ahora.

Margot se ofreció de inmediato, poniéndose en pie.

—Puedo acompañarte arriba si quieres.

Pero Nash ya se había levantado.

—Tardaremos solo un minuto.

Se disculparon ante Sarasola y Margot con un gesto y salieron del comedor. Cruzaron el vestíbulo. Irene los seguía a distancia prudente, silenciosa.

Cuando llegaron a la biblioteca, Nash hizo un gesto a la mujer indicándole que esperara allí y empujó la estantería que ocultaba la puerta del despacho de Newman. Karim se levantó súbitamente de la mesa del escritor.

—Señor Newman... —murmuró azorado.

—El detective Star —contestó ella secamente—. ¿Qué haces aquí, Karim?

El rostro de Karim se relajó perceptiblemente, echó un rápido vistazo a la superficie de la mesa y caminó hacia ellos mientras contestaba:

—Ya te dije que a veces tengo cosas que hacer en este despacho.

—Lo recuerdo, y también que yo te contesté que trabajaría aquí, que te trasladases a otro lugar.

Karim pasó a su lado y susurró:

—Claro, Nash, no lo olvidaré, tú eres la jefa.

Nash lo vio salir mientras negaba muy despacio con la cabeza.

Aquel tipo era un imbécil.

Star se había detenido en el umbral. Observaba el interior con los ojos entornados, como si lo viera por primera vez.

—Vaya, vaya. Así que este es el sanctasanctórum del gran hombre.

Entró. Nash lo siguió cerrando la puerta tras ellos. El despacho estaba en penumbra, excepto por la pequeña lamparita sobre la mesa, solo la luz del crepúsculo que entraba por el ventanal iluminaba el espacio.

Star se acercó a la mesa. Pasó los dedos por el borde, estudiando los objetos dispuestos allí.

—Bonito lugar. No es de mi gusto, aunque reconozco que no está mal.

Nash se apoyó contra el borde del escritorio.

—¿De qué querías hablarme?

Star se volvió hacia ella.

—En realidad, de un par de cosas; la primera es que siento mucho haberla liado en el hospital. Pero es que pasó algo. Me desperté de pronto y vi a alguien junto a mi cama. Y ese alguien me dio un mensaje.

Una certeza helada le subió a Nash desde el estómago mientras recordaba las imágenes que le había mostrado la doctora Duval. La voz: «¿Me recuerdas?».

—Al principio pensé que era un sueño —continuó Star—. Pero después encontré una nota en mi libreta. Creo que el visitante la dejó para mí. Así que comprendí que tenía que irme de allí. Seguramente, habré metido también en un lío a la doctora Duval por acceder a dejarme en esa habitación. Es un primer piso; fue fácil salir por la ventana. Fui a mi despacho, estuve allí un rato poniendo en orden mis notas. Y entonces... —Hizo una pausa—. Se me ocurrió algo, pero ahora no consigo recordar qué. Tenía que ir a algún lugar, pero no logro saber a dónde ni por qué. Y después no sé lo que pasó —dijo mirándose las manos vendadas—. Tengo borradas las últimas horas, solo recuerdo el dolor de cabeza.

Nash miró al hombre que tenía ante sí, tentada de preguntarle, de indagar en su mente; ella también había visto a través de las cámaras la figura inclinada sobre la cama. Pero debía ser prudente; no quería inducir recuerdos que él no tenía.

—Te encontraron en el interior de un túnel. Dentro del coche, aparcado a un lado.

Star frunció el ceño. Se esforzó por recordar.

—No tengo idea de cómo llegué hasta allí. Solamente sé que tenía que ir a algún lugar, y que era importante. Era una buena pista, estoy seguro.

Nash esperó sin hacer más preguntas. Dejó que el silencio se extendiera entre ellos.

Star se acercó más.

—La segunda cuestión sobre la que quiero hablarte tiene que ver con ese amigo tuyo, el páter. ¿Estás segura de lo que haces introduciendo un nuevo jugador en la partida?

—El padre Sarasola es una autoridad en psiquiatría; como te ha dicho, cree que puede ayudar a Newman, y de alguna manera a ti; yo también lo creo.

El detective dejó salir un hondo suspiro.

—Tú mandas, intentaré colaborar, pero tú también tendrás que hacer parte del trabajo. Después de la que he liado, lo voy a tener complicado para salir de aquí. Pero tú puedes ayudarme. Te va tanto como a mí y a tu padre, y creo que no debemos desaprovechar el hecho de que al Lobo le gustas.

Nash alzó las cejas, sorprendida. El detective Star debió de pensar que Nash no opinaba igual porque añadió:

—Sí, hay mucho de actuación en el modo en que intenta manipularte, lo vi perfectamente la otra noche durante el registro, pero también le gustas. ¡A ver, no es tan raro! Eres preciosa; cualquier tipo volvería la cabeza al verte pasar. No hay más que ver cómo te miran el mayordomo y el secretario; se les cae la baba. Sin embargo, el Lobo no es cualquier tipo; es de esa clase de fulano que se siente impresionado por la inteligencia.

—Bueno, gracias por lo que me toca —contestó Nash divertida.

—Hay algo que necesito que averigües.

—¿El qué?

—El asesino ha cambiado su *modus operandi*. A las dos primeras víctimas las envolvió en lona y las tiró al mar. Pero a la tercera la dejó en la calle, aunque antes de eso abandonó su bolso, tal y como Newman describe en su novela. Siento que todo tiene que ver con una especie de puesta en escena particular, no ha cambiado, solo nos está contando una historia, y para completar la secuencia entera, lo que necesito saber es qué había en el bolso de esa chica.

Nash lo procesó.

—¿Por qué es importante?

Star la miró fijamente.

—Porque los detalles lo son todo, encanto. Siempre lo son.

Nash asintió despacio. Star se acercó un paso más. Bajó la voz.

—Y Nash... Ten cuidado.

Ella se sorprendió por el cambio de tono.

—¿Cuidado con qué?

—Con todo. Con todos. —La miró fijamente—. No te fíes de nadie. De nadie en absoluto. ¿Me entiendes?

Nash sintió que una alerta se instalaba en su pecho. Había algo en el modo en que Star la miraba. Algo urgente, casi desesperado.

—¿Ni siquiera de ti?

Star esbozó una sonrisa cansada.

—Especialmente de mí, encanto. Ni yo mismo sé lo que hago la mitad del tiempo.

Llamaron a la puerta. Irene asomó la cabeza.

—Señor Star, es hora de subir.

Star asintió. Miró a Nash una última vez antes de salir.

—Averigua lo del bolso. Y no bajes la guardia.

Nash se quedó sola en el despacho de Newman, con aquellas palabras grabadas en su mente.

«No te fíes de nadie.»

La luz del crepúsculo se había vuelto violeta. Las sombras se alargaban por las paredes, trepando por las librerías como dedos oscuros. Nash permaneció allí un momento más, con el peso de aquella advertencia, antes de regresar al comedor.

La noche apenas comenzaba.

47

Noche en Ciudad

Cuando el detective Star regresó al comedor, Margot se colgó de su brazo y lo guio hacia la escalera con suavidad, pero con firmeza, como quien conduce a un niño que se resiste al final del día. La enfermera Irene iba unos pasos por detrás. Star se dejó llevar sin protestar, la energía que había mostrado minutos antes se había evaporado por completo. Nash los vio desaparecer por el piso superior.

Robert y Elisa habían recogido la mesa. No quedaba rastro de la cena, salvo el tenue olor del cigarrillo de Star flotando aún en el aire. Nash permaneció de pie en el umbral del comedor vacío, procesando lo que acababa de suceder. «No te fíes de nadie.» Las palabras del detective resonaban en su mente con una insistencia incómoda.

El padre Tadeo apareció por el pasillo lateral. Cruzó el comedor con pasos eficientes, se detuvo ante Sarasola y habló en voz baja. Nash no alcanzó a oír lo que decían, pero observó el modo en que Sarasola asentía, el gesto con que el padre Tadeo señalaba algo en su *tablet*. La conversación duró apenas un minuto. Tadeo se volvió hacia ella.

—Buenas noches, doctora Elizondo.

—Buenas noches, doctor.

Tadeo se retiró. Sus pasos se perdieron en dirección a la planta baja, donde Robert le había asignado la habitación de invitados.

Sarasola se volvió hacia Nash. La luz de la lámpara danesa proyectaba sombras suaves en su rostro. Parecía cansado, pero no

de ese cansancio que agota, sino de ese otro que viene después de un día largo y lleno de decisiones importantes.

—Ya están establecidos los turnos —dijo—. No tiene de qué preocuparse. El padre Tadeo e Irene se ocuparán de la vigilancia nocturna. Virginia descansará hasta mañana por la mañana.

Nash asintió.

La puerta del comedor se abrió. Robert apareció empujando un carrito bajo con ruedas silenciosas. Sobre él, dos vasos de cristal tallado, una cubitera con hielo y varios botellines de agua mineral. Se detuvo junto al aparador del salón contiguo.

Sin decir nada, tomó la licorera de whisky que antes había usado el detective Star. Sirvió dos medidas generosas en los vasos, añadió un poco de agua a cada uno y devolvió la licorera a su sitio.

Nash observaba agradecida.

—Buena idea. Me vendrá bien.

Robert asintió con naturalidad.

—Ha sido un día muy largo. Si necesitan algo más, estaré arriba. Aunque hace una buena noche, todavía refresca lo suficiente como para encender un poco la chimenea. He pensado que necesitarías un poco de calor de hogar.

Nash sintió algo familiar expandirse en su pecho. Era un gesto pequeño, pero revelador. En los últimos meses, el fuego del hogar de las Mitxelena había sido el que le había calentado el corazón, y hoy necesitaba más que una copa. Necesitaba ese fuego, esa sensación de refugio. Pensó en llamarlas antes de acostarse.

—Gracias, Robert. De verdad.

—No es nada.

Él sonrió y se retiró. Nash lo observó mientras subía la escalera con esos pasos ligeros que resultaron inaudibles sobre el mármol.

Sarasola tomó uno de los vasos y lo estudió un momento a contraluz. Si había notado el intercambio de miradas entre Nash y Robert no lo evidenció. El líquido dorado reflejaba la luz de la lámpara.

—¿Le apetece que pasemos al salón?

—Me parece bien.

Cruzaron al espacio contiguo. El salón era amplio, de techos altos, con un gran ventanal que daba al jardín posterior. Las cortinas abiertas dejaban ver los islotes de luz verdosa entre la oscuridad del exterior. En la chimenea de piedra ardía un fuego suave. Las llamas lamían los troncos con movimientos lentos, hipnóticos. El calor que desprendían era mínimo, casi testimonial, pero la sensación de hogar era inmediata. Robert había entreabierto también la ventana. Una brisa fresca entraba desde el jardín trayendo consigo el aroma a tierra húmeda y hierba nocturna, que se mezclaba con el calor del fuego en un contraste agradable.

Nash se detuvo ante la chimenea un instante dejando que el calor le rozara el rostro. Después se volvió hacia Sarasola.

—Me gustaría enseñarle la biblioteca y el despacho de Benedict Newman. Si le interesa verlos.

Sarasola la miró con atención renovada.

—Me interesaría mucho.

Nash dejó su vaso sobre la mesita del salón. Sarasola la imitó. Cruzaron el vestíbulo en silencio. Al fondo del pasillo, Nash empujó la puerta francesa de doble hoja acristalada.

La biblioteca se abrió ante ellos, revelando la elipse perfecta que se elevaba en una bóveda coronada por un lucernario. A esa hora, el cristal del tragaluz no mostraba más que oscuridad, pero aun así el espacio conservaba una amplitud que resultaba casi sagrada.

Sarasola se detuvo en el umbral. Sus ojos recorrieron las estanterías con la expresión de quien reconoce un espacio diseñado con precisión y devoción.

—Extraordinario —murmuró.

Nash encendió la lámpara de pie. Una luz cálida bañó el espacio.

—No hay ni un solo libro de Newman —explicó—. Todos sus premios y sus ediciones están en el despacho.

Se acercó a la estantería, tocó un punto y la puerta escamoteada se abrió con un suave clic. Empujó.

El despacho apareció al otro lado.

El sacerdote estudió el espacio con cierto dramatismo implícito, dominado por tonos oscuros. Las paredes casi negras hacían saltar la madera de nogal. La sobriedad de club de caballeros contrastaba

con una cálida luz que provenía de la parte trasera de las propias estanterías. El herraje de la puerta acristalada interior era un pestillo de latón oscuro forjado en formas orgánicas, una curva sinuosa que imitaba un tallo o un látigo, un capricho modernista.

Grandes librerías exentas de cristal y nogal. En ellas se guardaban decenas de ediciones de todos los libros escritos por el gran hombre. Nash le mostró los pocos premios que consentía en exhibir: el Princesa de Asturias, el Gold Dagger, enmarcados y guardados en las estanterías, discretos, como si a Newman no le gustara tenerlos a la vista.

Sarasola se movía despacio, con el mismo respeto con que se entra en una catedral. Se acercó a una de las librerías, pasó los dedos por los lomos de las ediciones.

—Un hombre de gusto exquisito —observó—. Refinado. Cada objeto aquí ha sido elegido con precisión.

Nash se acercó al ventanal. Descorrió una de las cortinas y miró hacia el jardín. La noche era cerrada, pero las luces exteriores proyectaban una iluminación suave sobre los parterres. A lo lejos, junto a una de las fuentes ornamentales, distinguió dos figuras.

Karim y Virginia, la joven enfermera.

Estaban de pie, hablando. Karim gesticulaba con las manos, animado. Virginia echó la cabeza hacia atrás y rio. El sonido no llegó hasta la ventana, pero Nash vio el modo en que su cuerpo se sacudía levemente, exponiendo su cuello, la naturalidad del gesto. Karim dijo algo más y ella volvió a reír.

Nash observó durante unos segundos más. Después dejó caer la cortina y se apartó de la ventana.

—Al detective Star no le gusta demasiado este lugar —comentó.

Sarasola la miró con curiosidad.

—¿No le gusta?

—Cuando estuvimos aquí hace un rato, miró el despacho como si lo viera por primera vez. Dijo que no era de su agrado, aunque reconoció que no estaba mal.

—Interesante.

—No es de extrañar. He visto el despacho del detective Star. Es completamente distinto.

—¿El detective Star tiene un despacho propio? ¿Dónde?

—En un edificio en el centro de la ciudad.

Sarasola detuvo la mano sobre uno de los lomos de las ediciones, pensativo.

—Eso es muy importante. En algún momento tendremos que ir a verlo.

Nash asintió.

—¿Cómo quiere iniciar el trabajo mañana?

Sarasola se volvió hacia ella.

—Creo que deberíamos volver al salón para discutir eso con más calma.

Regresaron a través de la biblioteca. El fuego seguía ardiendo con esa misma calma hipnótica. Los vasos de whisky los esperaban sobre la mesita. Se sentaron en los sillones frente al fuego. Nash tomó su vaso, bebió un sorbo. El whisky era excelente, suave en la garganta, con ese toque ahumado que dejaba un rastro cálido.

Sarasola se acomodó en su sillón, cogió el vaso, dio un trago y volvió a dejarlo sobre la mesita.

—El procedimiento será estricto —comenzó—. Empezaremos a media mañana, después de que el paciente haya descansado suficiente. Robert me ha dicho que habitualmente Newman no suele madrugar, y parece que el detective Star tampoco. Revisaré primero el informe médico completo. Después, aplicaremos los protocolos establecidos para casos de trastorno de identidad disociativo. Hipnosis regresiva, posiblemente. En algunos momentos, drogas que faciliten la comunicación con las personalidades alternas.

Nash se inclinó levemente hacia delante interesada.

—¿Qué tipo de drogas?

—Benzodiacepinas en dosis controladas. A veces, pentotal sódico. Dependerá de la respuesta del paciente.

Una brasa estalló en la chimenea con un chasquido suave. Nash miró hacia el fuego un instante.

—¿Y mi papel en todo esto?

—Es fundamental que usted esté presente en todas las sesiones. Usted es psiquiatra, especialista en psicología forense. Tiene al juez

muy impresionado. Además, ostenta usted la custodia del señor Newman. Estoy seguro de que, como profesional, será de su interés.

Nash asintió, aunque la duda era evidente.

—Ya le dije cuando hablamos por teléfono que nunca he tenido relación personal con Benedict Newman. Mis padres se separaron poco después de nacer yo, y pactaron que no tendría relación con él. Unos días antes del confinamiento supe quién era Benedict Newman. Robert era el intermediario en esas conversaciones, y fue él quien me avisó cuando Benedict sufrió el percance en comisaría.

—Solo ha conocido al detective Star, y se diría que se llevan bien.

—Cree que se ocupa del caso, que trabaja para mí. Su propósito es limpiar el nombre de Newman, convencido de que hay un enemigo externo que trata de implicarlos a ambos en esos crímenes. Por eso quería hablar conmigo a solas; tenía que informarme de los avances en el caso. Me contó que fue seguir una pista lo que le impulsó a abandonar el hospital, una pista que no recuerda. Y parecía genuinamente preocupado.

—Fascinante —comentó pensativo.

—Explíqueme, por favor, ¿cómo funcionarán las sesiones exactamente?

—El objetivo es avanzar en el diagnóstico, y empezaremos por la DES, la escala de experiencias disociativas.

Ella asintió.

—La DES..., claro. El autoinforme.

—Eso es. Es la herramienta perfecta para esta fase, insuficiente para diagnosticar, pero perfecta para cribar. No le vamos a preguntar «¿Oye usted voces?» o «¿Es usted varias personas?». Eso le pondría a la defensiva. La DES es más sutil: «Algunas personas tienen la experiencia de ir conduciendo y darse cuenta de que no recuerdan parte del viaje». «Algunas personas encuentran cosas en su casa que no recuerdan haber comprado.» «Algunas personas se miran al espejo y no se reconocen.»

—Tengo que admitir que no estoy familiarizada con el proceso, pero he leído varios artículos desde que hablamos y he visto que permite que sea el propio paciente quien informe de la amnesia y la

despersonalización, sin sentirse juzgado. Casi se autodiagnostica con sus respuestas.

—Exacto. Si puntúa alto, como estoy seguro de que lo hará, tendremos la base para el siguiente paso.

—¿Y si puntúa muy alto, extraordinariamente alto?

Sarasola se inclinó hacia delante.

—*Malingering*, el tipo de fingimiento del que hablaba Margot. Cruzaremos ese puente si llegamos a ese río. Iremos paso a paso. Combinaremos un entorno seguro, quizá algo de hipnosis clínica, solo para reducir la barrera amnésica. Y tal vez un ansiolítico suave. Nada de los antipsicóticos de Kutz. Queremos que hablen, no silenciarlos.

—Queremos conocerlos —dijo ella.

Sarasola sonrió.

—Queremos mapear el sistema. Hoy hemos visto al menos a tres. El niño aterrorizado y ese adolescente furioso. Luego está el detective Star, tan funcional. Y, por supuesto, el anfitrión. Seré siempre yo el que hable directamente con el paciente. Si usted o el padre Tadeo tienen alguna pregunta que hacer, deben pasármela por escrito. No podemos romper el hilo de la comunicación una vez establecida. Las personalidades alternas son extremadamente sensibles a cambios en el entorno. Una voz distinta o una interrupción inesperada pueden hacer que se replieguen.

—Entiendo —estuvo de acuerdo Nash.

Sarasola bebió otro sorbo de whisky. Las llamas de la chimenea proyectaban sombras danzantes en su rostro.

—Lo más difícil —continuó— es establecer con certeza que estamos ante un auténtico trastorno de identidad disociativo. El padre Tadeo, joven como es, es una autoridad, así que hemos elaborado un protocolo para excluir otros trastornos y enfermedades. Y aunque no coincida con el doctor Kutz, sin evaluarlo, y por prudencia, aún no podemos descartar esquizofrenia paranoide con delirios muy elaborados, o un trastorno límite de la personalidad con episodios disociativos extremos.

—Antes, en la cena, le ha dicho a Margot que está aquí porque cree que es un trastorno disociativo.

Él contestó con una pregunta.

—¿Y usted, doctora Elizondo, ante qué cree que estamos?

—Espero que sea TID, y que sea real.

Sarasola no preguntó nada más; entendía a qué se refería, o Newman estaba enfermo, o de lo contrario...

El fuego crepitó. Una chispa saltó brevemente antes de extinguirse. Nash observó las llamas durante unos segundos antes de hablar.

—Dígame, doctor, ¿cómo se enfrenta a las insinuaciones constantes de que realiza exorcismos? Kutz se lo dijo un par de veces en el hospital. No le oí negarlo.

La pregunta cayó en el espacio entre ellos con un peso inesperado. Sarasola la miró. Lejos de molestarse, esbozó una sonrisa leve.

—Porque es cierto. Le dije por teléfono que creo en la existencia del demonio. ¿Recuerda? Realizo exorcismos cuando son necesarios.

Nash no supo qué contestar. Tomó su vaso, bebió. El whisky le quemó la garganta más de lo esperado.

—Esta parte me resulta un poco difícil de procesar —admitió Nash finalmente.

Sarasola se inclinó hacia delante.

—Está siendo como los psiquiatras que no admiten el TID.

Nash lo miró, sorprendida por el reproche suave pero directo.

—No es lo mismo.

—¿No?

Sarasola extendió una mano hacia su vaso, lo giró sobre la mesita sin levantarlo.

—Usted defiende la existencia de trastornos mentales graves porque ha visto casos, porque la evidencia clínica la respalda, porque su formación le permite reconocerlos. Yo defiendo la existencia de posesiones demoníacas por exactamente las mismas razones.

Nash dejó el vaso sobre la mesita.

—He visto casos de trastornos en los que el paciente disociaba, pero es la primera vez que estoy ante un posible TID; aún no sé qué creer. Por eso necesito que me explique cómo lo consigue. ¿Cuál es

el protocolo cuando se encuentran con alguien que puede tener TID, trastorno límite, esquizofrenia o una posesión demoníaca? ¿Cómo deciden que es una posesión?

Sarasola asintió, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Del mismo modo que lo hace usted. Del mismo modo que lo hace cualquier profesional. Aplicando todas las normas de la psiquiatría, todos los códigos que ya hemos mencionado para catalogar y diagnosticar. El diagnóstico se va haciendo por eliminación.

Tomó su vaso, vio que estaba vacío y rellenó los dos, bebió un sorbo y esperó.

—Primero descartamos causas médicas. Tumores cerebrales, epilepsia del lóbulo temporal, desequilibrios químicos. Después, trastornos psiquiátricos conocidos. TID, esquizofrenia, trastorno límite, psicosis inducida por drogas. Solo cuando todo eso ha sido descartado, solo cuando el comportamiento del paciente presenta características que no encajan en ninguna categoría conocida, solo entonces consideramos la posibilidad de posesión.

—¿Qué características?

Sarasola se recostó en el sillón. La luz del fuego hacía que sus ojos parecieran más oscuros.

—Conocimiento de lenguas que el paciente nunca aprendió. Conocimiento de hechos que el paciente no podría saber. Fuerza física que excede las capacidades humanas normales. Reacción violenta a objetos sagrados sin que el paciente tenga conocimiento previo de su significado. Y, sobre todo, una presencia. Algo que se siente en el ambiente cuando estás ante una posesión auténtica. Le aseguro que cuando se está ante un demonio, no se tiene ninguna duda.

—Pero la Iglesia...

—La Iglesia nunca reconoce posesiones sin estar completamente segura. Los exorcistas tenemos una excelente formación, no exclusivamente teológica, sino también psicológica y psiquiátrica. No se debe confundir el oscurantismo de un tiempo en el que todo era tenebroso con la enorme apertura que la ciencia ha tenido dentro de la Iglesia. La Iglesia, doctora Elizondo, es hoy la mayor promotora de

la investigación científica en muchos campos. Y en el campo de lo paranormal, nuestra aproximación es rigurosamente científica.

Nash tomó su vaso y bebió un sorbo, lo giró despacio entre los dedos.

—¿Y qué pasa con las personas? Hay gente que pierde la cabeza y comete el mal porque enferma. Pero otras personas que simplemente han sido manipuladas, convencidas para hacer el mal...

—¿A dónde quiere llegar?

—Doctor Sarasola, ha evitado contestar cuando le he planteado la posibilidad de un TID fingido. Como psiquiatra puedo entender el interés que suscita un caso como el de Benedict Newman, y no puedo obviar el hecho de que es usted un sacerdote de la Iglesia católica... Tengo una pregunta. Usted es consciente de que Newman está siendo investigado por su relación con los asesinatos de al menos tres mujeres, y que puede que ni siquiera se llame Benedict Newman, sino que sea un terrorista irlandés huido de la justicia. La pregunta se efectúa sola, ¿no supone para usted un conflicto?

—Antes le he dicho a la editora de Newman que, para curar el cuerpo y la mente, en ocasiones hay que curar el alma; creo firmemente en esto, la enfermedad mental como fuente de violencia y del mal, pero también a la inversa: el mal y la violencia como fuentes para la enfermedad.

—Amaia Salazar me dijo algo muy parecido sobre su madre y el modo en que ocurrieron las cosas para ella.

—La madre de Amaia fue paciente mía. Un caso muy complejo. Cuénteme cómo conoció a la inspectora Salazar —dijo Sarasola cambiando de tema.

—Mientras investigaba el caso Dancur, en Baztán. Fue antes de la pandemia.

—Sé a qué caso se refiere. Lo seguí de cerca. El hallazgo fue extraordinario. El de la niña y el de la bruja.

Nash lo miró interesada.

—¿Obtuvieron confirmación de la data de la momia?

—Enviamos muestras del tejido que envolvía a la momia a Uppsala. Los resultados fueron muy alentadores —contestó Nash—, pero llegó el confinamiento y, cuando todo esto acabe, quizá puedan

continuar con los análisis. La momia está en un museo navarro. No sé si obtendré demasiada ayuda para progresar en esa investigación ahora que ya no estoy en la universidad. El caso Dancur me enfrentó con mi jefe. Me despidió. Y él era el hombre del dinero para investigaciones...

Sarasola la miró con expresión comprensiva.

—Quizá yo pueda ayudarla.

Nash lo miró sorprendida.

—¿Cómo?

—Recuerde que somos la Iglesia católica. Las brujas siempre han sido de gran interés para nosotros. Algunos hasta nos responsabilizan de haberlas creado.

Nash sonrió a pesar de sí misma.

—¿Le llamó la inspectora Salazar para advertirle de que yo lo haría?

Sarasola negó con la cabeza.

—No. Cuando el padre Tadeo me indicó que usted llamaba de su parte, supe que tenía que atenderla y que sería un caso especial. Los que vienen de Amaia Salazar siempre lo son.

Nash lo estudió con curiosidad y dijo:

—Amaia no me dio demasiados detalles de cómo se conocieron. Solo me dijo que usted trató a su madre.

—Ella investigaba un caso de profanación de una iglesia en Baztán. Huesos humanos, símbolos paganos. Fue así como nos conocimos. Fue... complicado.

—¿La iglesia de Arizkun que se describe en *Legado en los huesos*?

—Sí, aparece en una de las novelas. —Nash creyó percibir cierto fastidio en su voz—. Amaia Salazar es una mujer extraordinaria. Tiene una mente privilegiada para entender lo que otros no ven.

—Es cierto —admitió Nash—. Cuando la conocí, me di cuenta de que había pasado por cosas que la habían cambiado. Cosas que no se pueden explicar fácilmente. Tiene toda una teoría sobre eso...

—Regresar a Baztán la cambió —dijo Sarasola—. Como cambia a todos los que de verdad se adentran en él.

Nash dejó el vaso sobre la mesita.

—¿Le gusta vivir en Baztán? —preguntó el sacerdote.

La pregunta la tomó por sorpresa.

—Bueno, no creo que pueda decir que realmente haya vivido allí. Me establecí en la zona para una investigación y el confinamiento me atrapó. Mi domicilio está en San Sebastián.

Sarasola negó con la cabeza.

—Usted va a vivir en Baztán.

Nash rio.

—No lo creo.

—El Baztán ya la ha atrapado —lo dijo con la tranquila certeza de quien no afirma, sino constata—. Es un lugar que fascina y que no suelta a quienes han entrado a su servicio. Amaia Salazar también pensaba que podía huir del lugar donde había nacido.

Nash lo estudió un momento.

—¿Cuánto sabe usted de Amaia Salazar?

—Suficiente. Quizá cuando todo esto termine pueda ayudarla con su investigación. La Iglesia tiene un interés muy particular en ciertos hallazgos del valle.

Nash no supo muy bien qué contestar. Tomó su vaso y bebió.

Había en el tono de Sarasola, en la sobriedad con que decía las cosas, algo antiguo y frío. No supo si le gustaba o no.

El whisky se acabó de nuevo. Nash miró la licorera. Estaba a medio camino de levantarse cuando decidió no hacerlo. Ya habían bebido suficiente.

Sarasola hablaba ahora más despacio. Nash notó que tenía que esforzarse para mantener los ojos abiertos...

—Bueno, digamos que fue bastante parecido a las novelas... —Le llegó amortiguada la voz del sacerdote.

El calor de las brasas, el whisky, la oscuridad del jardín..., todo conspiraba para arrastrarla hacia el sueño.

El fuego se estaba apagando, quedaba un resplandor rojo que palpitaba suavemente, como un corazón.

—Baztán... —comenzó a decir Sarasola.

Pero la frase se perdió. O quizá él había dicho algo más y Nash no lo había oído. No estaba segura.

Se quedó mirando las brasas, mostraban un ritmo que parecía sincronizarse con su propio pulso. Rojo intenso. Naranja. Rojo de

nuevo. Hipnótico.

Nash parpadeó. Sus párpados pesaban. Cada vez que los cerraba, le costaba más volver a abrirlos.

La voz de Sarasola se volvía más distante. Como el rumor de una marea que se retira.

Todo era... cálido..., lejano...

Los dos vasos, abandonados sobre la mesita, reflejaban la luz mortecina de las brasas.

El silencio era absoluto.

48

Nash soñaba con Robert. En su sueño, él se inclinaba sobre ella. El rostro muy cerca. La piel exudaba un aroma limpio, como a mármol y ropa planchada.

No, no soñaba. Estaba aturdida, suspendida en ese espacio extraño entre el sueño y la vigilia donde el tiempo no existe y los sentidos se confunden. Una voz la llamaba desde muy lejos, desde el otro lado de una niebla espesa, haciéndola emerger del sueño.

—Nash.

Suave. Profunda. Masculina.

Abrió los ojos.

Robert estaba inclinado sobre ella, la miraba con ternura mientras volvía a susurrar su nombre. Ella sonrió y cerró los ojos; los abrió de nuevo para ver su boca, sus labios finos, los ojos azules, profundos y brillantes como un pozo marino. Sintió su respiración, cálida, real. Deseó besarle. La voz volvió a llamarla, ahora con una nota de apremio.

—Nash, despierta.

Robert. Susurró su nombre.

Era Robert.

Nash sonrió, confusa. Creyó por un instante que seguía soñando. Pero entonces su vista se aclaró y vio el rostro de Robert tenso, preocupado. Él volvió a llamarla, más alto.

—Nash, despierta.

Ella parpadeó. La niebla mental retrocedió un poco, lo suficiente para que pudiera mirar alrededor. Estaba en el salón. Sentada en un sillón. La cabeza recostada en el respaldo. La luz de la mañana entraba por la ventana abierta, blanquecina y brillante.

—¿Qué ocurre? —murmuró.

La voz le salió pastosa, la garganta seca.

—Nash, la policía está aquí. Acaban de cruzar el portón principal. Están llegando a la mansión.

Nash se incorporó bruscamente. Demasiado rápido. La cabeza le dio un vuelco. Miró alrededor, desorientada.

¿Qué hacía allí?

¿Había pasado toda la noche en el salón?

¿Cómo era posible que se hubiera quedado dormida?

Lo último que recordaba era el fuego ardiendo en la chimenea. Las llamas danzando. El calor de las brasas. La voz de Sarasola hablando de Baztán, de Amaia Salazar, de lugares donde el velo entre lo ordinario y lo extraordinario era más fino. Después... nada. Un vacío oscuro.

Se puso en pie siguiendo un impulso de protección. Por un instante se tambaleó y sintió la mano de Robert que la sostenía tomándola por el brazo. Nash se zafó y caminó hasta la chimenea. Extendió la mano y tocó el cristal protector. Estaba frío. Completamente frío. Miró hacia las brasas. Apagadas. Ceniza gris.

Giró la cabeza. Entre los dos sillones, sobre la mesita baja, vio los vasos de whisky. Ambos con restos de la bebida en el fondo. Los botellines de agua, casi vacíos. La licorera estaba sobre el aparador. Llena hasta la mitad.

¿Habían bebido tanto?

Nash intentó recordar. ¿Cuántas copas? Robert había servido una. Después ella volvió a servir. ¿Dos copas? ¿Tres? No estaba segura. La conversación se había extendido durante horas. O eso creía. El tiempo se había vuelto difuso.

Miró hacia el sillón contiguo. Sarasola la observaba. Por un instante, dos, tres segundos, Nash vio en sus ojos la misma desorientación que sentía ella, la misma confusión. Pero cuando lo miró de nuevo, Sarasola ya había recuperado el control y su rostro volvía a presentar la habitual máscara de serenidad, como si nada hubiera ocurrido.

Unos golpes rápidos y apremiantes resonaron en la puerta de entrada.

Nash se frotó los ojos. Se estiró la ropa. El vestido ligero que llevaba estaba arrugado. Empezó a caminar hacia la puerta siguiendo a Robert. La mano del padre Sarasola la retuvo por el brazo.

Se inclinó hacia ella. Le susurró al oído:

—No mencione nada de esto.

Nash lo miró confundida.

¿Que no mencionara qué?

¿Que se había quedado dormida en el salón? ¿Que había pasado toda la noche allí? ¿Que Sarasola también? O quizá no, quizá él había llegado hacía unos minutos, quizá ella había estado sola toda la noche.

No tuvo tiempo de preguntar. Los golpes se repitieron más insistentes.

Se dirigieron hacia la entrada. Al pasar por el pasillo, Nash atisbó su reflejo en el gran espejo del *hall*. Tenía el pelo algo encrespado y vio que un mechón había escapado del moño con el que se había sujetado el cabello la noche anterior; se lo colocó tras la oreja. Sarasola se estiró la americana con un gesto discreto y se abrochó un botón.

Robert abrió la puerta.

El inspector Barezzi y el pipiolo estaban frente a ellos: los cuerpos tensos, casi como si hubieran llegado corriendo. Barezzi se bajó la mascarilla antes de hablar y para compensar retrocedió dos pasos. Sus ojos grises y penetrantes recorrieron el rostro de Nash, después el de Sarasola. Una expresión difícil de leer apareció en su boca.

—Siento molestarlos tan temprano —dijo, aunque su tono no sonaba particularmente arrepentido.

Detrás de Nash, el padre Tadeo bajaba la escalera. Se posicionó junto a Sarasola sin decir palabra, como un escudero silencioso.

Nash intentó concentrarse. La niebla mental seguía allí, espesa, dificultándole el pensamiento.

—Inspector, ¿qué pasa? —preguntó Sarasola.

Barezzi no contestó directamente. Sus ojos seguían fijos en ella, escrutadores.

—¿Está Newman en casa?

Nash abrió la boca. Se dio cuenta de que no lo sabía. Acababa de despertar. No tenía ni idea de dónde estaba Newman, ni siquiera sabía qué hora era.

Fue Robert quien habló.

—El señor Newman nunca se levanta antes de las ocho.

Aún sumida en la confusión, fue consciente de que aquello no era una respuesta. Pensó en decir algo, pero Sarasola se le adelantó, su voz firme y serena:

—Por supuesto que está en su habitación. Aún descansa. Ayer fue un día muy duro para él. Pero eso usted ya lo sabe. ¿Por qué no pregunta lo que realmente quiere saber?

Barezzi sostuvo la mirada de Sarasola durante unos segundos. Después, como si hubiera detectado su debilidad, se dirigió de nuevo a Nash:

—¿Puedes asegurar que ha estado aquí toda la noche? —lo dijo como si solo le importara su respuesta.

Sarasola respondió antes de que Nash pudiera siquiera procesar la pregunta:

—Por supuesto. Como le he dicho, debido a todo lo que experimentó ayer, estaba en un estado de grave agotamiento. Se acostó temprano. Yo mismo le administré un sedante para facilitar su descanso —mintió Sarasola.

Nash se volvió levemente hacia él mientras se preguntaba por qué lo hacía.

El sacerdote señaló su reloj de pulsera, con el gesto vago de quien no necesita mirar la hora.

—Una enfermera le ha acompañado durante toda la noche. Otra la ha sustituido hace apenas quince minutos.

El inspector miró a Nash, como si presintiera que obtendría más empatía de ella. Sus ojos de lobo se clavaron en los suyos con una intensidad que la incomodó.

—Nash —dijo, usando su nombre de pila—. Hace apenas una hora han descubierto el bolso de una mujer con todas sus pertenencias dentro. Ha sido abandonado del mismo modo que el anterior. El servicio de limpieza lo encontró de madrugada.

Nash miró a Sarasola buscando ayuda de nuevo. No supo qué decir. La niebla en su cabeza se volvió más densa.

El inspector volvió a mirarla, su voz más suave ahora, casi confidencial:

—Sabes lo que eso significa. «El bolso de una mujer es su embajada.» Y esa embajada, Nash, estaba abandonada en la calle. —Hizo una pausa—. ¿Estarías dispuesta a declarar que Benedict Newman no ha salido en toda la noche de esta casa?

Nash no contestó. No pudo. Las palabras se atascaron en su garganta.

Fue Sarasola quien habló:

—Inspector, no solo podrá declararlo la doctora Elizondo. Lo declaramos yo, mis dos enfermeras, el doctor Tadeo, Robert y el resto del personal. Pero si tiene dudas, hay un vigilante que ha permanecido toda la noche custodiando la puerta principal de la finca. ¿Por qué no le pregunta a él?

—Ya lo he hecho —respondió Barezzi de inmediato—. Y, tal y como esperaba, afirma que nadie salió por la puerta *principal*.

El énfasis en la última palabra cayó entre ellos como una piedra en agua quieta.

Sarasola lo ignoró.

—Pues ahí lo tiene.

Fue Robert quien intervino entonces, con voz educada pero firme:

—Inspectores, es muy temprano. Si quieren pasar a la cocina, les prepararé un café. De lo contrario, y si no se les ofrece nada más...

Pero Barezzi levantó una mano.

—Sí, lo cierto es que hay algo más. Algo que estoy seguro de que será una buena noticia para Newman, y que sin duda le alegrará saber.

Hizo una pausa calculada. Sus ojos grises se clavaron de nuevo en los de Nash con intensidad desesperada.

—La policía irlandesa está en serias dificultades para localizar a Annie Doyle, el único familiar de Collin Doyle con el que habían logrado contactar en Irlanda. Aunque hace días fue citada a declarar, parece que está en paradero desconocido.

Nash intentó procesar las consecuencias de aquella noticia, pero no lograba retener los pensamientos, que se desvanecían como jirones de tela vieja. Si Annie Doyle había desaparecido, no podrían cotejar el ADN. No habría modo de saber si Newman era realmente Collin Doyle.

Iba a contestar, pero una voz prudente en su mente le advirtió que no debía hacerlo.

Fue Robert el que habló:

—¿Pretende responsabilizar también al señor Newman de su desaparición?

Barezzi no respondió con palabras. Tensó los labios. Una mueca extraña le cruzó el rostro. Por un instante, Nash vio algo salvaje en aquella expresión. Como un lobo que muestra un colmillo. Había dejado de ser una sonrisa para convertirse en algo mucho más primario. Una amenaza.

Aquello en sí mismo constituía una respuesta.

Después, relajando el gesto, Barezzi miró a Nash a los ojos. Sostuvo su mirada durante unos segundos que parecieron eternos.

—Ojalá me equivoque —dijo finalmente su voz más grave—. Pero si ese bolso significa lo que creo que significa, volveré muy pronto.

No dijo más. Se colocó la mascarilla de nuevo. Hizo una seña al pipiolo. Ambos se dieron la vuelta y caminaron hacia el coche que esperaba en el camino de entrada.

El silencio que dejaron fue denso, casi sólido.

Robert esperó a que estuvieran dentro del vehículo para cerrar la puerta.

Nash se volvió hacia Sarasola, sintiendo que su cuerpo se desplazaba con la misma lentitud que si lo hiciera en el interior de una piscina. Necesitaba respuestas. Necesitaba entender qué había pasado durante la noche, por qué se había quedado dormida, por qué Sarasola le había pedido que no mencionara nada.

Pero el sacerdote ya estaba subiendo las escaleras junto al padre Tadeo. Se movía con rapidez, como si tuviera prisa por llegar a algún lugar.

—Padre Sarasola —lo llamó. Su voz sonó tan mal como había supuesto.

Él no se detuvo, continuó ascendiendo y Nash oyó su voz, baja, didáctica, el eco de palabras que eran órdenes resonando en el mármol de la escalera.

—Debemos asegurarnos de que la enfermera mantenga el relato, padre Tadeo, la autoridad es clave ahora.

El padre Tadeo asintió, apresurando el paso.

—Por encima de todo, el paciente debe percibir que el terapeuta mantiene el control de la realidad y del entorno seguro...

Tadeo titubeó dudoso.

—La enfermera está descansando, ha estado de guardia toda la noche..., quizá...

—He dicho ahora —cortó Sarasola.

Nash empezó a subir la escalera tras ellos. La cabeza aún le daba vueltas, pero necesitaba hablar con él. Necesitaba saber.

—Padre Sarasola, espere —rogó.

Llegaron al primer piso. Sarasola y Tadeo caminaron directamente hacia la habitación de las enfermeras. Tadeo llamó a la puerta. Una voz femenina autorizó desde dentro. El padre Sarasola se volvió hacia Nash un instante, su mano ya en el pomo de la puerta.

—Ahora no, doctora —dijo con voz suave pero firme—. Hablaremos luego.

Y cerró la puerta.

Nash se quedó inmóvil en el pasillo, mirando la puerta cerrada y sintiendo cómo su rostro enrojecía. Oyó voces amortiguadas dentro. La de Sarasola. La de Tadeo. Otra voz femenina. ¿Irene?

Esperó unos segundos. La puerta no se abrió.

Se dio la vuelta y bajó la escalera despacio. La confusión mental empezaba a disiparse un poco, quizá en parte como consecuencia del oprobio. Suficiente para que pudiera pensar con más claridad. Suficiente para que las preguntas comenzaran a formarse con nitidez en su mente.

Regresó al salón. Elisa estaba ordenando los cojines.

—Elisa, ¿me dejas sola un momento? Tengo que hacer una llamada —mintió.

Los vasos seguían allí, sobre la mesita. Los botellines de agua. La licorera.

Se acercó. Tomó su vaso y lo miró a contraluz. Los restos del whisky en el fondo tenían el color normal. Ámbar oscuro. Nada extraño. Miró el vaso de Sarasola. Lo mismo.

Después miró la licorera. Anoche, cuando Robert había servido el whisky, no podía recordar si estaba llena, el detective Star también había bebido. Ahora iba por la mitad. ¿Habían bebido tanto? Nash intentó hacer memoria. Dos copas, seguro. Quizá tres. Pero no más. No creía haber tomado más.

Y, sin embargo, la licorera estaba a la mitad.

Tomó los dos botellines de agua. Casi vacíos. Después su vaso de whisky, aún con los restos en el fondo. Buscó su teléfono móvil en el bolsillo del vestido. Seguía allí.

Miró hacia la puerta del salón. Elisa había desaparecido en dirección a la cocina. Sarasola estaba arriba, encerrado con Tadeo y las enfermeras.

Nash salió del salón con los botellines y el vaso en las manos. Caminó por el pasillo hasta el despacho de Newman. Abrió la puerta, entró y cerró tras ella.

Apartó las cortinas para permitir que la luz de la mañana iluminase la estancia.

Dejó el vaso sobre el escritorio. Examinó el agua de los botellines a contraluz. Cristalina. Normal. Después volvió a examinar el whisky en el vaso. Ámbar. Nada raro.

A simple vista, no se apreciaba nada extraño en ninguno de ellos. Pero la sospecha seguía allí, sofocando su pecho como una pesada piedra.

«No mencione nada de esto.»

¿Qué era «esto»?

¿Se habían quedado dormidos como consecuencia del alcohol?

¿O de algo más?

No tenía respuestas, pero tenía muchas preguntas, y tenía muestras.

49

Nash subió de nuevo al piso superior, todavía le daba vueltas en su cabeza a la extraña actitud de Sarasola cuando, al pasar frente a la habitación de Newman, vio que la puerta no había llegado a cerrarse, como cuando alguien la empuja sin la suficiente fuerza. Se detuvo. Distinguió la voz de Robert susurrando con tono severo, como si riñera a un niño. Se acercó para entrever por la rendija. Robert terminaba de vendar las manos de Newman. La mirada del escritor se veía vacía, como el escaparate de una tienda abandonada. El mayordomo recogió los vendajes sucios que había retirado y los envolvió entre un montón de sábanas que había a sus pies manchadas de algo parduzco.

Nash golpeó la puerta con los nudillos, y la reacción de Robert la desconcertó. Fue hacia la puerta, interponiéndose entre ella y Newman.

—Nash, ¿qué haces aquí? —dijo apretando el hatillo de sábanas—. Deberías estar preparándote; el doctor Sarasola y el padre Tadeo están en la biblioteca, listos para empezar.

Cerró la puerta a su espalda, casi empujándola hacia el pasillo.

—¿Qué hacías?

—Ocuparme de la habitación de Newman, como todos los días —respondió mientras la rebasaba, consciente de que Nash no quitaba la vista del hatillo de sábanas.

Pasó junto a ella, tocó en la pared una escotilla batiente de una tolva de lavandería en la que Nash no había reparado, metió la ropa en su interior y esta desapareció.

Lo vio descender la escalera mientras sentía, en cierto modo apenada, cómo la incipiente confianza que había comenzado a tejerse entre ellos la tarde anterior saltaba hecha pedazos.

—Voy a prepararte un café —dijo él—. Pareces necesitarlo.

Nash volvió a su habitación y se duchó durante más tiempo del necesario, dejando que el agua caliente golpeara su cráneo mientras intentaba procesar lo que acababa de ver. Las vendas. Las manos de Newman. Las sábanas manchadas que Robert parecía esconder con tanta urgencia. ¿Qué había hecho Newman durante la noche?

Se frotó el rostro con fuerza, como si pudiera borrar físicamente la confusión que seguía creciendo. Primero, lo de anoche, el whisky, despertarse en el salón junto a Sarasola, y ahora esto.

Se vistió despacio —pantalón oscuro, blusa blanca, chaqueta ligera —. El espejo le devolvió un rostro con ojeras. El pelo todavía húmedo enmarcaba sus facciones. Se lo recogió en una coleta y bajó a la cocina.

Robert había cumplido su promesa. El aroma del café llenaba el espacio como una oferta de lucidez. Al verla entrar, levantó la vista y la observó con expresión preocupada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó. Su voz había recuperado aquel tono de sincero interés al que había llegado a acostumbrarse.

—Bien —contestó pensativa.

Robert puso ante ella una taza de café. Nash añadió leche y azúcar y, rechazando el platillo, lo tomó entre las manos, dejando que el calor le atravesara las palmas.

—¿Ha bajado ya Newman?

—Di mejor el detective Star. Sí, ya está en la biblioteca con el padre Sarasola y el padre Tadeo. Hoy está muy animado y con bastante apetito; ha desayunado huevos con salchichas. La enfermera dice que ha dormido de un tirón toda la noche.

Nash asintió mientras pensaba que Robert le estaba dando demasiada información y lo que eso indicaba. Bebió un sorbo largo. El café quemaba, pero no le importó. Necesitaba esa sensación para terminar de despejarse.

Robert percibió su seriedad.

—Nash, no dejes que lo que ha dicho ese policía te afecte. Es solo parte de su plan de hostigamiento. No tiene nada contra Newman. Solo intenta debilitarte.

Asintió sin contestar mientras se ponía en pie. Antes de llegar a la puerta, se dio la vuelta.

—Robert, ayer noche... ¿Por qué nos propusiste que tomáramos una copa? ¿Es una costumbre de Newman después de cenar?

Robert sonrió.

—No. El señor Newman apenas bebe; suele pedirme que lo ofrezca cuando vienen Margot o su abogado. Pero ayer fue el padre Sarasola quien lo sugirió.

—Gracias, Robert.

Lo dijo quizá un poco fría, del modo en que se le da las gracias a quien te presta un servicio. Él también lo notó, pero a ella no le importó. Salió rumbo a la biblioteca llevándose la taza de café.

La luz matinal se derramaba iluminando las curvas de la elipse perfecta que formaba la estancia. Sarasola había dispuesto una silla del comedor justo enfrente del sillón Eames en el que se sentaba el detective Colt Star, que sostenía un cigarrillo entre los dedos con el aire despreocupado de un fumador empedernido. A su lado, en el suelo, un cuenco de cristal que no parecía un cenicero.

Levantó la vista al verla entrar y sus ojos azules la observaron con esa mezcla de ironía y cansancio que Nash empezaba a reconocer.

—Buenos días, doctora Elizondo —saludó Sarasola como si fuera la primera vez que la veía esa mañana—. La estábamos esperando. Ya podemos empezar.

Tadeo se puso en pie y le ofreció una silla. Nash se sentó, distinguió sobre la mesa varios documentos: el informe médico del hospital, anotaciones manuscritas de Sarasola, dos cuestionarios impresos.

Sarasola tomó uno de ellos.

—Detective, como le he explicado, empezaremos con la Escala de Experiencias Disociativas. Son veintiocho cuestiones. ¿Prefiere leerlas usted mismo o que se las lea en voz alta?

Star dio una calada larga al cigarrillo y el humo se elevó en espirales lentas.

—Léalas usted, páter. Me gusta escuchar su voz. Tiene algo... hipnótico.

Sarasola no sonrió, pero Nash vio un destello en sus ojos. Satisfacción, quizá. O el reconocimiento de que Star estaba jugando con él, y eso le gustaba.

—Primera situación: «Algunas personas tienen la experiencia de ir conduciendo un coche y darse cuenta de repente de que no recuerdan lo que ha pasado durante parte o la totalidad del viaje». ¿Le ocurre esto?

Nash tuvo que morderse el interior del labio. Sarasola lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Había elegido esa pregunta para empezar.

Star dejó el cigarrillo en el cenicero sin apagarlo y miró hacia la ventana.

—Nunca había sido consciente de que me ocurriera. Pero, por lo visto, eso fue lo que pasó ayer.

Volvió a tomar el cigarrillo.

—Salí del hospital, por la ventana. —Sonrió levemente—. Fui a mi oficina. Estuve repasando mis notas. Viejos casos. Recuerdo que tuve una idea; decidí que debía ir a algún lugar a hacer una comprobación. No recuerdo si era un almacén, o quizá un muelle. No estoy seguro. Recuerdo haber tomado la decisión y después... nada.

Se llevó la mano libre a la sien.

—Son esas malditas migrañas. Cuando me dan, pierdo horas. A veces, días.

Nash anotó mentalmente: las migrañas como explicación de las ausencias.

—¿Y después? —preguntó Sarasola.

—No recuerdo nada más. Nash me explicó que me encontraron por la mañana dentro de mi coche, detenido en un túnel. Pero yo no soy consciente de nada de eso. No recuerdo haber estado allí. Ni a dónde iba ni de dónde venía. No tengo ni idea de cómo llegué hasta allí. De hecho, lo siguiente que recuerdo es despertarme aquí, en la mansión.

Apagó el cigarrillo con un movimiento brusco y añadió:

—Fuera donde fuera a donde me dirigiese, sé que era importante. Hago esfuerzos constantes por recordarlo, porque sé que ese recuerdo sigue en alguna parte de mi mente. —Suspiró.

Sarasola anotó sin mostrar reacción y Nash, desde su silla apartada, sintió el peso de aquellas palabras. Star no era un hombre confuso. Era un detective investigándose a sí mismo, tratando de resolver el misterio de sus propias lagunas.

—Segunda: «Algunas personas se miran al espejo y no reconocen su propio reflejo».

Star se tensó y encendió otro cigarrillo.

—En el hospital. Estaba vistiéndome para irme. Usé el cristal de la ventana como espejo. Me miré y... no eran mis ojos.

Sarasola alzó un instante la vista.

—¿Qué quiere decir?

Star exhaló el humo con calma.

—Eran más claros. Más suaves. Como los de Newman. O como los del tipo que vino a verme esa noche.

Nash se puso alerta.

—¿Qué tipo?

—Un visitante. Fue en el hospital, me desperté y estaba allí mirándome. Me preguntó si lo recordaba.

—¿Y lo recordaba?

—No. No sé quién era. Pero sus ojos... eran como los que vi en el espejo. Como si fueran los mismos ojos mirándome desde dos lugares distintos. Quizá solo estaba recordando...

Sarasola anotó algo y Nash vio que Tadeo también escribía en su *tablet*.

—Tercera pregunta: «Algunas personas encuentran notas o dibujos que no recuerdan haber escrito o dibujado».

Star asintió.

—Encontré al menos dos notas que no eran mías. Estaban en mis cuadernos de bitácora. Yo los había dejado sobre la mesilla del hospital.

—¿Y de quién cree que son?

—Creo que del visitante. El que vino de noche.

Sarasola y Nash cruzaron una mirada y el sacerdote levantó su libreta para que ella pudiera leer lo que había escrito «alucinación». Nash se sintió culpable, tenía que haberle contado que aquel visitante fue real. ¿Por qué no lo había hecho?

—Cuarta: «¿Lagunas temporales recurrentes?».

—A veces. Ayer mismo, desde que iba conduciendo en dirección a algún lugar hasta que desperté en esta casa.

—Quinta: «¿Sensación de estar en piloto automático?».

—No. Excepto por esa laguna, siempre soy consciente.

—Sexta: «¿Voces internas?».

Star dudó.

—No exactamente voces. Más bien... impulsos. Pensamientos que no parecen míos. Ahora que lo dice, me ocurrió mientras conducía en dirección a ese lugar al que iba.

La respuesta pareció llamar poderosamente la atención de Sarasola.

—¿Recuerda lo que decía ese pensamiento?

Asintió consternado.

—Que iba a estropearlo todo, que solo perjudicaría a Newman.

—¿Y no reconoce ese pensamiento como propio? Quizá su simpatía por Newman podía hacerle dudar. O quizá porque la pista que perseguía podía perjudicarle.

—No siento tanta simpatía por nadie como para encubrirle, y menos si pensase que ha cometido un delito tan atroz como un asesinato.

Ahí estaba incólume la moral férrea del detective Star.

Sarasola aceleró el ritmo. Las siguientes preguntas las mencionaba apenas con conceptos clave, y Star respondía con porcentajes o monosílabos. Nash observaba cómo el detective mantenía la compostura, fumando con aquella cadencia constante que parecía ayudarlo a pensar.

Quince minutos después, Star miró pensativo la colilla de su cigarrillo.

—¿Hemos terminado?

Sarasola recogió el cuestionario y sus ojos recorrieron las respuestas. Calculó mentalmente y alzó la vista.

—Su puntuación es de cincuenta y dos.

No fue una sorpresa para Nash. Las respuestas que había escuchado ya lo anticipaban, pero ver el número confirmado sobre el

papel le daba una dimensión diferente. Lo que hasta entonces había sido sospecha acababa de convertirse en diagnóstico.

Star encendió otro cigarrillo.

—¿Es mucho?

—La población general puntúa por debajo de veinte. Una puntuación superior a treinta ya es clínicamente significativa. Cincuenta y dos indica disociación severa.

Star dio una calada larga y el humo ascendió formando una nube sobre su cabeza.

—Disociación. Suena a jerga psiquiátrica para decir que estoy loco.

—No está loco, detective. Su mente está respondiendo a algo. Y necesitamos entender qué es.

Star lo miró con aquellos ojos azules que ahora parecían cansados.

—¿Y qué sigue?

Sarasola abrió una carpeta nueva.

—La entrevista clínica estructurada. Preguntas más específicas. Más profundas.

Hizo una pausa.

—Detective, además de la de ayer, ¿recuerda haber tenido otras lagunas de memoria? Periodos de tiempo de los que no recuerda nada en absoluto.

—No. Bueno, hay veces que no recuerdo ni cómo llegué a casa, pero solo me ocurre los días que ceno whisky.

Nash anotó en su libreta: «Star siempre tiene una explicación racional. Alcohol. Migrañas. Como el personaje que es, ha sido construido sin fisuras ni dudas».

—«¿La gente le dice que hizo cosas, o tuvo conversaciones que usted no recuerda?»

—Nunca me ha ocurrido nada semejante. Distinto es que la gente no entienda por qué hago las cosas.

—«¿Ha sentido alguna vez que pierde el control?, ¿que hay zonas oscuras en su memoria?»

Star apagó el cigarrillo.

—Ya se lo he dicho. Jamás, hasta el momento en que el pipiolo me atizó un porrazo. Siempre sé quién soy y siempre sé qué hago y por

qué lo hago. El honor es lo que uno sabe de sí mismo, páter, y no tengo conflictos con lo que sé de mí mismo.

Sarasola sonrió.

—Creo que es más de lo que puede decir la mayor parte de la población.

—Ya sabe lo que se suele decir, «cada perro que...». —Miró a Nash como si se diera cuenta entonces de que estaba allí, y compuso una sonrisa galante de disculpa.

Sarasola continuó:

—«¿Ha tenido la sensación de que el mundo a su alrededor no es real?»

Star frunció el ceño.

—¿Irreal? —Separó las manos a los lados con gesto de incredulidad—. ¿Se refiere a como un decorado? No, padre, nunca tengo dudas sobre lo que es real o no. Distingo la realidad porque a menudo no me gusta.

—Describa su realidad.

—Estoy en Ciudad. Tengo mi oficina, mis casos, mi vida, una secretaria bastante guapa y una clienta con un caso complicado...

Se detuvo pensativo; algo le daba vueltas en la cabeza. Sarasola esperó.

El detective Star encendió otro cigarrillo.

—Pero me llama la atención cómo reaccionan los demás cuando hablo. Cuando les cuento cosas. Como en el hospital, cuando empezaron a hacerme preguntas. Los médicos reaccionaban como si lo que yo decía no tuviera sentido. Como si estuviera mintiendo o inventándome algo.

—¿Y eso le molesta?

Star exhaló el humo despacio.

—Pues no demasiado, páter. El mundo está lleno de majaderos e imbéciles y, por mi trabajo, tengo que tratar con los dos grupos a menudo. Pero soy un gran observador, y, en los últimos días, cuando hablo de mi vida, de mi trabajo, la gente me mira raro, o se miran entre ellos, como han hecho hace un momento usted y la doctora Elizondo, como si estuviera loco.

—¿Y usted cree que está loco?

—No, páter. Por mi profesión me ha tocado ver cosas... Y no le diré que algunas son de las que provocan pesadillas, pero, como ya le he dicho, sé quién soy, y que bajar al lodo es parte de mi trabajo. Soy el detective Colt Star. Vivo en Ciudad. Llevo casos. Tengo una oficina en la calle Mayor. Sylvie trabaja conmigo, es mi secretaria desde hace diez años. La señorita Elizondo me contrató para llevar el caso de su padre, y hay un demonio suelto en Ciudad.

Miró a Nash directamente.

—Todo eso es real.

Star hablaba con la convicción del que dice la verdad. Para él, Ciudad era tan real como aquella biblioteca. Como el jardín que se extendía más allá de las ventanas. Como el whisky que se bebió la noche anterior.

Sarasola hizo una pausa antes de continuar.

—Detective, ¿quién es Newman para usted?

—El escritor. El hombre que relata mis casos.

—¿Colaboran?

—Podría decirse así. Yo llevo los casos, él los escribe.

—¿Lo conoce personalmente?

Star lo observó durante unos segundos y una sonrisa leve, casi irónica, cruzó su rostro.

—Si algo sé, páter, es que en este mundo realmente no se conoce a nadie.

Apagó el cigarrillo.

—Sé quién es, por supuesto. No creo que le resultara fácil encontrar en Ciudad alguien que no supiera quién es. Está ingresado en el hospital de Ciudad. La policía le sacudió duro.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—La misma noche en que me interrogaron a mí. Por el mismo caso, pero no puedo hablar de ello. La doctora Elizondo me ha pedido que colabore y lo hago, pero el caso de su padre es una investigación en curso. Mi código profesional me impide comentar el tema.

—Entonces, la misma noche coincidieron en comisaría, los interrogaron y la policía acabó golpeándolos a los dos. ¿Es así?

—La diferencia es que yo estoy hecho de la piel del diablo, y no me arrugo con facilidad.

Encendió otro cigarrillo.

—¿Cree que debería intentar hablar con el señor Newman?

Colt Star se encogió de hombros.

—Creo que debería hablar antes con sus médicos. Hasta donde yo sé, aquella noche le fundieron unas cuantas luces más que a mí, y ya escuchó ayer al juez. El objetivo ahora es protegerle.

—Estamos de acuerdo, pero protegerle ¿de quién? Usted ha hablado de un demonio suelto en Ciudad, es evidente que hace referencia al asesino de esas jóvenes... ¿O hay algo más?

Sarasola seguía mirándole sin inmutarse. El detective Star respondió:

—Si quiere saber lo que opino, la policía de Ciudad es el problema. Necesitamos hombres íntegros, honestos, veraces, pero ni la policía ni la política tienen nada que ofrecer a un hombre así. Supongo que hacen lo que pueden con lo que tienen, y no digo que alguno no valga la pena, pero la mayoría forma parte más del problema que de la solución.

Nash observaba fascinada. Esta era la voz de Star. La voz del detective de novela negra. Mordaz, cínica, pero con un código moral inquebrantable. Era el Star que había leído en las novelas de Newman.

—Y ahora sé que no nos dejarán en paz, ni a Newman ni a mí. El asesino está ahí fuera y sabe que estoy tras su pista. Por eso vino a verme, por eso me visitó en el hospital. Solo le importaba una cosa: saber si yo podía acordarme de él.

Nash se inclinó sobre la mesa y comenzó a escribir una nota. No sabía muy bien por qué no se lo había mencionado a Sarasola. Quizá porque reconocer que no todo lo que había en la mente de aquel hombre eran fabulaciones la obligaría también a admitir que creía haber reconocido aquella voz. Pero no estaba segura. No podía ser.

El detective Star fijó la mirada en la del sacerdote mientras apagaba el cigarrillo.

—¿Y sabe qué creo? Que ahí está la clave. En que pueda recordar qué pasó en ese tiempo, a quién pertenecen esos ojos. Me da igual

la puntuación que haya dado en su test, páter, no estoy loco. Creo que el porrazo que me propinó el pipiolo me ha fundido un par de bombillas ahí dentro, y lo que debe hacer usted es ayudarme a encenderlas, a recordar.

Nash deslizó la nota hacia Sarasola. El sacerdote frunció el ceño y dirigió una mirada, primero a Nash y después a Tadeo, quien asintió con discreción poniéndose en pie.

—Disculpen un momento. Necesito hacer una llamada. Detective, descanse un poco, reanudaremos la sesión en diez minutos aproximadamente.

Se dirigió a Nash y vocalizó sin sonido: «Duval».

Los dos sacerdotes salieron de la biblioteca dejando la puerta entreabierta.

Star encendió otro cigarrillo, parecía agotado, y dio una calada larga contemplando el jardín a través de la ventana.

Nash aprovechó el momento, se sentó en la silla que había ocupado Sarasola y se inclinó hacia él. Susurró la pregunta con aire confidencial.

—Anoche me dijiste que no me fiara de nadie. ¿Por qué?

Star la miró con aquellos ojos azules que ahora se veían más viejos de lo que deberían.

—Porque es verdad, Nash. No deberías fiarte de nadie aquí.

—Dame una pista. Algo que me ayude a entender qué está pasando.

Star dio otra calada y exhaló el humo con parsimonia.

—Acabo de explicarlo. No sé si podré ser de mucha ayuda para nadie hasta que no consiga recordar al tipo que vino a verme al hospital, o a dónde iba cuando me encontrasteis en el túnel. Es como un recuerdo vago y lejano, algo que sabes que guardas ahí dentro. —Dio dos toques con el índice en su frente.

—Pero tú eres el detective Star, más sabe el diablo por viejo... —dijo ella apelando a su orgullo.

Él se tomó dos segundos antes de contestar.

—Me temo que este diablo está bastante apaleado, pero tienes razón, tengo muchos años de experiencia a mis espaldas, suficientes como para saber que el primer sospechoso de un crimen siempre es

el marido o la esposa. Sin embargo, cuando no hay marido ni esposa, como en este caso, y el implicado es tan importante y está tan forrado como Newman, la otra opción es siempre la pasta. Como en todas las novelas de detectives... sigue la pista de la pasta. Siempre es el dinero.

Nash asintió.

—Creo que anoche me drogaron.

Star arqueó una ceja.

—¿Cómo?, ¿quién?, ¿cuándo? —lo dijo entre animado y divertido.

—Ayer por la noche, después de que te retiraras.

—Estaba en el lenguado, ya te dije que no tenía buena pinta.

Nash sonrió. Al detective Star le encantaba.

—Creo que estaba en el whisky.

Star la miró de forma diferente. Protector.

—¿En serio? El whisky es traicionero, lo sé por experiencia. A veces he conducido hasta mi casa después de tomar casi una botella, y otras he caído tumbado al tercer trago.

—No bromeo. No recuerdo haberme dormido y desperté esta mañana en el salón. Sarasola cayó también, aunque no sé por qué razón no quiere reconocerlo.

Star se puso serio.

—¿La misma licorera de la que yo me serví una copa?

—Sí. ¿Qué estás pensando?

—Si el objetivo eras tú o yo. Que yo sepa, en esta casa el que más le da al scotch habitualmente soy yo.

Nash pensó en aquello. Tenía razón.

—Robert dice que Sarasola lo propuso, aunque él no sirvió —dijo con cierto resentimiento. Odiaba la idea de que Robert hubiera hecho algo así, pero había más cosas raras en Robert de lo que querría reconocer.

Star la estudiaba, su expresión era seria ahora. Casi sombría.

—Escucha, ¿quiénes crees que tienen acceso a drogas médicas como para tumbar a alguien en una casa como esta? No es Robert.

Dio una calada.

—Piensa. Los que tienen benzodiacepinas, sedantes, todo tipo de medicación... son los páter. Ayer vi el maletín del padre Tadeo

cuando lo preparaba. Parecía una farmacia ambulante.

—En ese caso Sarasola no habría caído.

—¿Y estás completamente segura de que fue así?

La puerta se abrió y los sacerdotes entraron de nuevo en la habitación.

—Gracias por la paciencia —dijo Sarasola mientras tomaba asiento.

Nash y Star se miraron un segundo y después ambos dirigieron su atención hacia Sarasola.

Este abrió de nuevo la carpeta. Su expresión era tranquila, pero Nash notó algo diferente en sus ojos. Como si supiera que habían estado hablando.

—Detective —dijo con voz suave pero firme—, una última cuestión. Es importante.

Star apagó el cigarrillo.

—Adelante.

Sarasola hizo una pausa deliberada.

—Cuando lo encontraron en el túnel... había otra persona en el coche con usted.

Star se quedó inmóvil.

—¿Qué?

—Otra persona. En el asiento del conductor. Alguien que no sabía conducir.

Star dejó caer el cigarrillo en el cenicero. Sus manos temblaban.

—No. Yo iba solo.

—Detective, varios testigos...

—¡YO IBA SOLO!

Se puso de pie bruscamente y el sillón chirrió contra el suelo de madera.

—¿Qué clase de interrogatorio es este? ¿Me ha hecho venir aquí para acusarme de... de qué exactamente?

—Nadie lo está acusando... Solo constato un hecho.

—¡Yo iba SOLO en ese maldito coche! —gritó masticando las palabras.

Nash lo vio apretar los puños inclinándose sobre Sarasola con expresión furiosa.

El sacerdote no se inmutó.

—No sé qué mierda de juego se trae entre manos, páter, pero no me gusta. He venido aquí voluntariamente. A colaborar. Primero, con ese maldito cuestionario insinúa que estoy loco y, después, me sale con que había «alguien más» en el coche. ¿Quién?, ¿un fantasma?

Dio un paso atrás y se llevó las manos a las sienes.

—Me duele la cabeza. Estas condenadas migrañas... No voy a seguir con esto.

Sarasola se levantó despacio, su voz era calmada.

—Detective, comprendo que esto es difícil...

—No comprende una mierda.

Star caminó hacia la ventana y les dio la espalda. Su respiración se agitó.

Nash vio cómo sus puños se cerraban, cómo sus hombros se tensaban, como si estuviera luchando, como si tratara de zafarse de un envoltorio invisible.

Sarasola esperó unos segundos y después miró a Tadeo, que asintió levemente.

—Creo que es mejor que hagamos un receso.

Star no se volvió.

—Creo que es mejor que me vaya.

—Detective...

—Me voy.

Tadeo se puso de pie y se acercó con cuidado.

—Señor Star, si me acompaña, le llevaré a su habitación. Lo mejor será que se acueste, le daré algo para el dolor de cabeza.

Star se giró lentamente. Su rostro estaba pálido. Sudoroso.

—Sí. Eso. Necesito descansar —murmuró mientras levantaba la mano hacia Nash en gesto de despedida.

Caminó hacia la puerta arrastrando los pasos y Tadeo lo siguió.

Cuando la puerta se cerró, un silencio denso envolvió la biblioteca.

Sarasola recogió sus notas sin decir nada.

—Doctor Sarasola, creo que tenemos una conversación pendiente...

—Debió advertirme del visitante nocturno en el hospital. Al principio creí que se trataba de una alucinación.

—Lo olvidé —farfulló ella a modo de disculpa—. La doctora Duval me lo dijo la noche de la fuga...

—Estoy fascinado por este caso —exclamó él, impresionándola por su vehemencia.

Nash asintió. Tenía que reconocer que ella también lo estaba.

—Con quien deberíamos estar hablando es con Newman —continuó Sarasola—. Con la personalidad original. Pero la que se muestra todo el tiempo, como si fuera el anfitrión, es el detective Star.

—¿Por qué cree que es así?

—Creo que el detective Star es la mejor opción para ponerse al frente de la situación que está viviendo Newman. Fuerte, resolutivo, seguro de sí mismo, acostumbrado a situaciones extremas. Está al mando porque el escenario es demasiado para Newman. El escritor se ha replegado en algún lugar en su interior, superado y asustado.

Dejó las carpetas sobre la mesa.

—Y lo más extraordinario es que Star está tan bien dibujado, tan perfectamente construido, que no ofrece fisuras. No tiene dudas. Se comporta como el anfitrión.

Hizo una pausa.

—Pero, claro, no lo es. Es una personalidad alternativa que no parece ser consciente de que existen otras.

Se sentó frente a Nash.

—A diferencia del muchacho, Kevin, con el que pude hablar ayer. Kevin habló del niño. Pero cuando le pregunté quién había llevado el coche hasta allí antes de que el niño se pusiera al volante, dijo: «No lo sé, quizá el escritor, o el detective». Con lo que demuestra que esa personalidad sí es consciente del resto del sistema. El padre Tadeo es de la misma opinión.

—Y por eso necesita hablar con él.

—Exactamente. Kevin puede ayudarnos.

—No soy una experta, pero parece muy violento.

—Que no la engañe, es justo lo que él quiere que pensemos. Pero toda esa violencia de la que hacía gala no va dirigida contra el niño, sino contra las personas que le hicieron daño. Es como un gallo, cacareando y mostrando sus armas.

Sarasola dejó el bolígrafo sobre la mesa y enlazó las manos sobre las carpetas, como quien se prepara para explicar algo importante.

—Pero el tándem de Kevin y el niño es precisamente lo que nos hace pensar que estamos ante un caso auténtico de TID. La causa más común de este tipo de trastorno es, como sabe, haber estado expuesto a un terrible trauma en la infancia. Ese perfil se correspondería con el niño y su comportamiento, tan traumatizado que no puede ni hablar.

Hizo una breve pausa, buscando la mirada de Nash para asegurarse de que le seguía.

—Y luego está Kevin; encaja a la perfección en otra de las figuras que solemos ver en este trastorno, el protector. Chulesco, amenazante, a pesar de la hostilidad que muestra hacia el niño, es un protector, una parte de la personalidad que cree tener superados el trauma y el miedo. Es evidente por el modo constante en que hace ver que no teme a nada; a menudo es una versión más madura del mismo niño.

—Entonces, Kevin sabe lo que le pasó al niño.

Sarasola asintió.

—Eso no significa que vaya a decírnoslo con facilidad. Hay que manejarlo con cuidado, pero si logramos convencerle de que somos sus aliados y de que no dañaremos al niño, él será la llave. Él puede ayudarnos a clasificar el estatus de cada uno dentro del sistema...

—Un sistema, ¿cree que hay más?

—Si es auténtico, los habrá. Por eso propongo que reanudemos la sesión esta tarde. Utilizaremos un sedante suave y algunas técnicas de hipnosis para conseguir que el detective Star baje la guardia y podamos acceder al sistema. Hablar con Kevin. Y si es posible, con el niño.

Nash asintió muy despacio, procesando la información.

—¿Está de acuerdo? —preguntó el sacerdote tomando las carpetas y poniéndose en pie.

Nash lo miró fijamente.

—Doctor, ¿qué ocurrió anoche?

Sarasola no cambió de expresión.

—¿Anoche?

—Esta mañana he despertado en el sillón del salón. Estoy segura de que a usted le ha pasado lo mismo. Cuando supo que la policía estaba en la puerta, me pidió que no lo comentara. ¿Por qué?

Sarasola le sostuvo la mirada.

—Porque no era el momento.

—¿El momento para qué?

Sarasola volvió a sentarse sin dejar de sostener su mirada.

—Para añadir más variables a una situación ya suficientemente compleja.

Nash esperó.

Sarasola continuó, eligiendo cada palabra con cuidado.

—La desconfianza es comprensible, Nash. Pero no puedo desvelar detalles de mi protocolo. No podemos descartar la posibilidad de un *malingering* sumamente sofisticado. Un paciente que finge síntomas para eludir la justicia no solo manipula, sino que ataca. Si un paciente logra sedar, distraer o dormir a su terapeuta, es una táctica de evasión. Admitir públicamente que he sido vulnerable pondría en riesgo mi autoridad ante el juez y la policía, y minaría el entorno seguro que debemos ofrecer al sistema de Newman. Mi prioridad es su diagnóstico y custodia, no mi autoridad profesional. En este juego, el control total de la narrativa es esencial para protegernos de la manipulación.

«¿Su autoridad no era la prioridad?», se preguntó ella.

—Nash, este caso es extraordinario, el paciente es extraordinario. Y las circunstancias son... inusuales. Por eso necesito que trabaje conmigo. No contra mí.

No había admitido nada. Pero tampoco había negado nada.

Nash lo comprendió: Sarasola sabía. Pero no iba a decirlo en voz alta. No todavía. Quizá nunca.

—Entiendo —concluyó.

—¿De verdad?

Nash sostuvo su mirada.

—Sí. Entiendo perfectamente.

Y lo entendía. Entendía que estaba sola. Que Sarasola tenía su propia agenda. Y que si quería respuestas tendría que encontrarlas por sí misma.

Sarasola se levantó. Exudaba ufanía.

Cuando la puerta se cerró tras él, Nash se quedó inmóvil, aunque su mente bullía. Robert trayendo hielo y agua. El doctor Sarasola apostado junto al aparador. El detective levantándose dos veces durante la cena para tocar aquella licorera.

De momento iba a seguir a rajatabla el consejo de Star. No se fiaría de nadie, ni siquiera de él.

50

Nash se dirigió a la cocina. Robert no estaba allí. Preguntó a Elisa por él.

—Ha salido a hacer compras. Pero la comida está lista; espera llegar para servirla. ¿A las dos y media le parece bien? Si quiere comer antes, no hay problema, yo la serviré.

—¿Y los demás? —preguntó mientras reparaba en un envase de tinte cosmético sobre la mesa de la cocina.

—El padre Sarasola y el padre Tadeo se han disculpado, harán ayuno hasta la cena. La enfermera Irene me ha comunicado que el señor Newman está descansando y que es mejor que le suba algo a la habitación.

—Gracias, Elisa. Tampoco tengo apetito. Quizá tome algo más tarde. —La miró pensativa—. ¿Es para ti? —dijo señalando el envoltorio del tinte. Ella sonrió.

—No, yo me tiño en la peluquería. Es para el señor Newman. La verdad es que no creo que le hiciera mucha gracia que usted lo sepa, es muy coqueto.

—Ya me he dado cuenta de que no tiene ni una sola cana.

—Oh, pero no es por las canas, es simple coquetería, o alguna cuestión de la imagen que debe dar, imagino. Llevo años tiñéndoselo personalmente. Este no es ni siquiera su color natural.

—¿Cuál es su color natural?

—Igual que el suyo, señorita —dijo señalando el cabello de Nash —, quizá un poco más claro.

Nash la miró pensativa, siempre había creído que debía el color del pelo a su madre; ahora sabía que era una mezcla de los dos. Suspiró sobrepasada y cambió de tema.

—Elisa, esta mañana he reparado en la trampilla que hay en la pared del pasillo.

—La tolva de la lavandería.

—Me he imaginado que sería eso, pero, a pesar de que he recorrido todo el pasillo de la planta baja, no he encontrado el acceso.

—Eso es porque la lavandería está en el sótano, y el acceso al sótano es desde el garaje y desde aquí.

La mujer se dirigió hacia la zona del *office* indicando que la siguiera, abrió una puerta y encendió la luz. Nash miró confundida. Era una despensa bastante grande.

—A través de la puerta —indicó Elisa señalando una puerta disimulada entre las molduras de la pared. Sonrió mientras la empujaba con suavidad, solo con las puntas de los dedos, y la puerta se abría con un clic—. El arquitecto que diseñó esta mansión lo hizo con la intención de que el servicio pasara inadvertido, para dar la sensación de que todo funciona como si lo hiciera solo.

Nash entró en la despensa, que olía a una mezcla de galleta, pimentón y cartón. Las paredes estaban cubiertas de estanterías hasta el techo y a un lado había también una puerta metálica de una cámara frigorífica.

—Si no le importa, voy a bajar a verla. Siento curiosidad.

—Claro, como quiera. ¿Prefiere que la acompañe?

—No, gracias, Elisa, no es necesario. Quiero tener la sensación de descubrir la casa.

El ama de llaves asintió mientras accionaba un interruptor que iluminaba la escalera descendente.

Al ver cómo se abría la puerta, no había podido evitar imaginar el descenso a un sótano lúgubre, pero nada más lejos. La luz solo era necesaria para el tramo de las escaleras. Se encontró en una lavandería moderna e impecable, con las paredes blancas y el mobiliario verde oscuro. Había una zona de plancha, lavadora, secadora y fregadero. Se percibía un ambiente cálido y perfumado por el detergente; la luz natural entraba a través de pequeños ventanucos alargados cerca de la línea del techo que daba a un costado de la casa.

Había un gran cesto de mimbre junto a la pared y la abertura de la tolva. Inspeccionó el interior: vacío.

La lavadora estaba en marcha. Se inclinó para ver el programa: agua muy caliente. Tocó el cristal del bombo y percibió el calor. Dentro, lo que seguramente eran las sábanas blancas de la cama de Newman daban vueltas.

Retrocedió hasta situarse en mitad de la sala y miró con detenimiento cada uno de los armarios. Después se dirigió hacia el fregadero y abrió las puertas que había justo debajo. En el interior, un cubo con una bolsa de basura casi vacía y que, sin embargo, había sido anudada.

La sacó y la colocó sobre la encimera. Deshizo con cuidado el nudo. Encontró una botella de agua oxigenada vacía y los vendajes que Robert había retirado de las manos de Newman aquella mañana.

Volcó el contenido sobre la encimera. Supuso que habían usado el agua oxigenada para tratar las manchas de las sábanas. La sangre de los vendajes aún no se había secado del todo y presentaba un color más pardo en los bordes y rojo oscuro en las zonas húmedas.

Metió los vendajes en la bolsa, la anudó y la dejó donde la había encontrado.

Se asomó al tramo ascendente. La puerta seguía cerrada. Respiró el aroma del detergente expandiéndose por la acción del agua caliente. Aquel lugar tenía una suerte de reminiscencia uterina que le provocaba paz. Se acercó a la lavadora y apoyó de nuevo la mano en el cristal caliente mientras sacaba el teléfono y marcaba el número del abogado.

Owen Mitchell contestó afable al otro lado.

—Hola, Nash. ¿Cómo está Newman?

—Hola, Owen. Ha pasado bien la noche; el doctor Sarasola ha empezado con la terapia. De momento parece que la soporta bien.

Mitchell era un abogado excelente y sabía que cuando un cliente lo llamaba no era para intercambiar cortesías sobre el estado de la familia.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Es por algo que me dijiste ayer en el juzgado, sobre tomar el mando, y una especie de corazonada que estoy siguiendo...

—Estoy a tu disposición. De hecho, me alegro mucho.

Sin renunciar a tocar la portezuela de la lavadora, se apoyó contra la pared de azulejos blancos mientras formulaba la pregunta.

—Owen, ¿qué me puedes contar sobre las finanzas de Benedict Newman? Por supuesto, no es necesario que me digas a cuánto asciende su fortuna ni nada así, pero...

—Es un hombre muy rico. No tengo ningún reparo en decírtelo porque él tampoco lo tendría. De hecho, ahora que tienes su tutela, hay cuestiones que es indispensable que sepas. Si la situación llegara a prolongarse, y todos esperamos que no sea así, tendrías que tomar algunas decisiones también sobre su economía.

Como si él pudiera verla, Nash asintió sin responder.

—Tiene una gran fortuna. Bienes inmuebles, algunas inversiones en bolsa, ahorros y un buen pellizco en su fundación.

—Todo eso no se gestionará solo. ¿Te ocupas tú?

Miró la lavadora girar mientras escuchaba.

—Por supuesto que no. Tiene un inversor para las cuestiones de bolsa, un gestor para los inmuebles. Él preside la Fundación Newman y Karim dirige numerosos aspectos de la entidad.

—¿Cómo participas tú?

—Bueno, como su abogado gestiono los estatutos, los aspectos legales, pero, si estás preguntando si toco dinero, no, no lo hago, Nash. Benedict Newman me paga muy generosamente. Hace años acordé con él que, si quería buenos consejos, no podía formar parte de la administración. Es un hombre inteligente; tiene gestores independientes para cada una de sus inversiones.

—Ya... —comentó pensativa.

—¿En qué estás pensando?

—En algo que me ha dicho alguien recientemente, y es que a pesar de lo escabroso que parece todo esto que rodea a Newman, no debería perder la pista al dinero.

—Pues en eso puedo ayudarte. Como tutora legal de Benedict Newman ahora mismo tienes acceso total a los informes de cada

uno de los gestores. Si quieres te pondré en contacto con ellos ahora mismo.

—No..., no, de momento estaba pensando en algo más sutil. Algo del tipo de quién saldría beneficiado si Benedict Newman quedara fuera de juego al verse implicado en algo tan sórdido como unos asesinatos.

—Bueno, como tu abogado, ya te digo que eso es hilar muy fino. Todas las personas presentes en la vida de Benedict Newman han salido muy beneficiadas de la interacción con él, y Benedict no se olvida de nadie en su testamento, pero la principal beneficiaria serías tú.

No pudo ocultar su sorpresa.

—¿Yo?

—Eres la heredera de la fortuna de tu padre. Me consta que no tendría ningún impedimento en que lo supieras, estoy seguro de que planeaba decírtelo de haber ido las cosas de otro modo.

No supo qué contestar.

—Pero hay otros beneficiarios, directa e indirectamente. A bote pronto se me ocurre que su editorial sale muy beneficiada de todo lo que tiene que ver con la edición de sus libros. La fundación mueve mucho dinero en servicios, la gestión de su cartera de inversiones, pero de modo directo también deja beneficiarios en su testamento. Me deja algo a mí y a mi hijo; Newman fue su padrino de bautismo. Hay una compensación para Elisa, para Karim, para Robert y hasta para su anterior mayordomo. Pero mejor que contártelo, míralo tú misma. Newman guarda una copia del testamento en la caja fuerte de su despacho. Es una caja pequeña, está en uno de los armarios bajo la estantería en la que tiene el Premio Princesa de Asturias. Y la clave es 26 59 45.

Nash la memorizó.

—Encontrarás documentos legales de tipo personal: seguros, pasaporte, testamento. No hay joyas ni dinero en metálico. Es solo un lugar seguro donde guardar papeles importantes. Hay otra caja en su dormitorio con relojes y cosas así. Conozco las claves desde hace años. En ocasiones, cuando está de viaje, le dejo ahí

documentos pendientes de firma. Échale una ojeada y vuelve a llamarme. Quiero conocer tu opinión.

Nash colgó el teléfono, miró de nuevo alrededor y subió la escalera. Tenía que ver ese testamento.

Atravesó la biblioteca, el aroma a tabaco de todos los cigarrillos que el detective Star había fumado aquella mañana aún flotaba en el aire. Sintió alivio al cerrar la puerta del despacho a su espalda y al oler solamente la tinta y el papel de los cientos de libros de Newman que tapizaban las paredes.

Las gruesas cortinas de color borgoña estaban echadas, pero con la apertura suficiente para que la luz del sol dibujara un reguero plateado que producía la sensación cegadora de estar mirando a un foco. El haz brillante y cálido perforaba la penumbra como un rayo. Nash no encendió la luz.

No tuvo ninguna dificultad para encontrar la caja fuerte detrás de una pila de libros en uno de aquellos departamentos con puertas bajo las estanterías. Apiló los libros en el suelo y se inclinó hacia el interior del armario. Pulsó uno a uno los números de la clave y la puerta se abrió con un pitido.

El testamento estaba sobre la pila de legajos. Lo cogió y vio que justo debajo se encontraba el pasaporte de Newman. Un pasaporte estadounidense que, según el inspector Barezzi, era lo único auténtico en la vida del escritor. Un documento legal para una identidad falsa.

Lo abrió por curiosidad. Benedict Newman, nacido en Los Ángeles, California, el 31 de octubre de 1951. Pensó que parecía más joven en la foto.

Lo dejó en su sitio.

Y en ese instante oyó cómo la puerta de la biblioteca se abría.

Atisbó entre las puertas abiertas. Karim avanzó en la penumbra del despacho, se inclinó sobre la mesa de Benedict Newman sin apartar la silla, tecleó y la pantalla se iluminó.

Nash salió de entre las sombras.

—Hola, Karim.

El secretario dio un respingo. Era evidente que lo había sorprendido; sin embargo, disimuló.

—Hola, Nash. Te estaba buscando.

—¿Ah, sí? —repuso acercándose a él con el testamento en la mano.

Casi sonrió cuando vio el modo rápido en que él se percataba de la naturaleza del documento y disimulaba.

—Quería verte.

—¿Para qué, Karim? —preguntó juguetona.

Él sonrió.

—Bueno, no he tenido ocasión de hablar contigo desde ayer. Decidí quedarme a cenar en la cocina para que pudierais hablar con calma entre colegas. Todo este tema de la psiquiatría me queda muy lejos, y me duele oír hablar de Benedict en esos términos.

Asintió lentamente en un gesto que podía ser interpretado de muchas maneras. Karim continuó con el apremio del que intenta arreglar algo que no está roto.

—Siento que tengo que pedirte disculpas. Quizá no estuve muy cordial ayer cuando llegasteis a casa, pero sabes que aprecio a Newman de manera profunda y sincera. No me está resultando nada fácil toda esta situación.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Pero he tenido tiempo para pensarlo y admito que me comporté como un imbécil.

Ella repitió aquel gesto de asentimiento lento y considerado; él continuó:

—He sentido mucha hostilidad en esta casa en estos últimos días, y creo que no hace falta que te diga que desde el momento en que llegaste sentí que podía haber algo especial entre nosotros.

Dio un paso hacia ella y levantó una mano hacia su rostro. Llegó a rozar con las puntas de los dedos el cabello con un gesto que reprimió al instante.

Nash no pudo evitar sonreír mientras pensaba: «La madre que lo parió».

—Ya sé que no es el momento, pero estoy convencido de que todo esto pasará y quiero que sepas que estaré a tu lado. Te voy a apoyar en todo, puedes confiar en mí.

Dio otro paso.

Nash no se apartó. Lo esperó con una sonrisa pequeña y alentadora. Él se acercó muy despacio, como un ave en celo, dejando que sus pestañas abanicasen el aire frente a ella. Acababa de perfumarse, estuvo segura.

La sonrisa se ensanchó.

—¿Qué haces aquí, Karim?

Él retrocedió con expresión ofendida, desconcertada, como un colegial.

—Dios, Nash, lo siento. No sé qué me pasa. He estado a punto de... Lo siento.

—¿A qué has venido al despacho, Karim?

—A verte, Nash.

Abrió las manos a la altura de las caderas, como si no pudiera creer que ella no lo entendiera.

—¿Vienes a verme y desbloqueas el ordenador de Newman?

—Entré buscándote, pero al no verte pensé en comprobar si había algún correo para Newman; es algo que hago de modo cotidiano; también puedo acceder desde mi ordenador. Es solo que estaba aquí y no me pareció que tuviera importancia. Nash, es parte de mi trabajo, no hay nada raro.

Ella se inclinó sobre el ordenador.

—Sí, solo que lo que has desbloqueado es el correo personal de Newman. ¿Buscabas algo?

—Claro que no. Es verdad que generalmente Benedict contesta su correo personal, pero, dado su estado, he pensado en revisarlo por si había llegado algo importante. Como ves, tengo las claves. Y ya te he explicado que quería...

—Sí, que querías verme. Ya me lo has dicho.

Levantó ante sus ojos la copia del testamento.

—Karim, ¿estabas al tanto de que apareces en el testamento de Benedict Newman?

—Newman es muy generoso. No sabía que lo había concretado. En una ocasión me mencionó que me quería como a un hijo y que no se olvidaría de mí cuando testase. Yo, por supuesto, no quise que continuara hablando de ese tema. Solo de pensar en la posibilidad de que a él le ocurra algo, me pongo enfermo.

Puso el testamento sobre el escritorio de Newman y comprobó que Karim no podía dejar de mirarlo.

—Karim, te agradecería que me dejaras sola. Tengo que revisar papeles.

—Claro, como quieras.

Le regaló una sonrisa seductora, se giró en dirección a la salida, pero antes de llegar a la puerta se detuvo.

—Estás preciosa.

Nash sacudió la cabeza, negando incrédula mientras él salía. No era irritación lo que sentía. Era algo más cercano a la fascinación científica: la tenacidad de ciertos organismos ante condiciones adversas era, objetivamente, extraordinaria.

Se sentó en el sillón de Newman y abrió el testamento.

Owen Mitchell tenía razón. Newman era generoso: su abogado, su ahijado, Margot. Una bodega en Italia. Un apartamento en la Costa del Sol. Una propiedad en la costa cántabra para Elisa y una buena cantidad anual. Ciento cincuenta mil euros para Bastian, su anterior mayordomo, setenta mil para Robert con incrementos anuales de diez mil por cada año que estuviese a su servicio. Legaba el grueso de su fortuna, todas sus demás propiedades y los derechos de todas sus novelas, además de la Fundación Newman, a su única hija, Nash Elizondo.

A Karim le dejaba la misma cantidad que a Robert y, lo quisiera o no como a un hijo, disponía que estuviera al frente de la Fundación Newman como director mientras Benedict viviera y como presidente a su muerte.

Cerró el documento. Principal heredera; verlo escrito en un testamento oficial le produjo una sensación extraña. Como si la muerte de Newman fuera ya un hecho consumado sobre el papel, y su propio nombre, el de una extraña que nada tenía que ver con su vida.

Marcó de nuevo el número del abogado.

—Owen, tengo frente a mí la copia del testamento de Benedict Newman. ¿Qué es eso en lo que tengo que fijarme?

—La verdad es que no lo sé, Nash. Esperaba que unos ojos nuevos detectaran algo que quizá a mí se me escapa. Veinticuatro

horas antes de que Benedict Newman fuera llevado a comisaría, me llamó y me citó para el día siguiente, una reunión que, como sabes, nunca llegó a celebrarse. Por supuesto, le pregunté de qué iba a tratar, si podía adelantarme algo. Nash, insinuó que debía comprobar algo, pero lo único que me dijo en concreto fue «quiero hacer un cambio en mi testamento». Y tuve la sensación, por el modo en que hablaba, no sé, por su tono de voz, de que lo decía para que alguien lo oyera.

—¿No te dijo nada más?

—No, nada más.

Su suspiro profundo fue audible a través del teléfono.

—Owen, ¿te había insinuado algo? Que hubiera discutido con alguien, que estuviera teniendo diferencias. ¿Perdió la confianza en alguna de las personas de su alrededor?

—No me dijo nada por el estilo. ¿Estás pensando en algo concreto?

—Quizá no sea nada, pero Karim está muy raro. Le he pillado dos veces entrando en el despacho de Newman. Ya sé que él está acostumbrado a trabajar aquí, pero le pedí que se trasladase. Hace un rato le he sorprendido abriendo el correo personal de Benedict.

—Bueno, es parte de su trabajo. Y si ahora Benedict no puede contestar, es normal que su secretario lo haga.

Leyó en la pantalla las palabras que Karim había tecleado en la búsqueda de correos.

—¿Cuál es el papel de Karim en la Fundación Newman?

—También es director de arte.

—¿Una búsqueda en el correo que contenga la palabra *audit* entra dentro de sus asignaciones de trabajo?

—Sí, perfectamente. Todos los años se encarga una auditoría externa de la administración de la fundación. Yo mismo incluí esa norma en los estatutos fundacionales. La auditoría debe hacerla una empresa externa y periódicamente para comprobar que todo sigue en orden. Hablamos de muchos millones, Nash, de muchos patronos y de grandes cantidades invertidas en arte. Los resultados de la auditoría de este año llegaron cuarenta y ocho horas antes de su interrogatorio por parte de la policía. No te lo he comentado para no

molestarte con otro dato más, pero la unidad jurídica de mi despacho lo ha revisado y está todo en orden.

Colgó el teléfono, cerró la carpeta del testamento y lo guardó en la caja fuerte, pero al hacerlo la carpeta chocó con algo. Se arrodilló para ver de qué se trataba.

Había una botellita pequeña en el fondo. Estiró los dedos hasta que tocó el cristal frío y algo sedoso a su lado. Tomó ambos objetos y los colocó ante sus ojos.

Un lazo de raso rojo.

Y un frasco con un nombre muy inspirador: Sedotine.

Tomó de nuevo su teléfono y marcó el número de la doctora Kalo.

—Kalo, ¿sabes qué es el Sedotine?

—Droga, mi cielo —contestó Kalo con su tono habitual—. Alprazolam. Es bastante potente, su efecto es rápido y dura siete u ocho horas. Produce amnesia anterógrada. *Chérie*, si no te deja KO, dará igual porque no recordarás nada de lo que hayas hecho en esas siete u ocho horas.

—Voy a buscar una agencia de transportes para mandarte unas muestras de whisky, de agua y este botecito mágico que acabo de encontrarme. Creo que es lo que usaron para drogarme ayer.

51

Nash observó al detective Star cuando entró en la sala. Vio que sobre los vendajes llevaba unos finos guantes de algodón. Escuchaba la perorata de Sarasola sin asentir ni negar. No parecía tener una actitud muy colaboradora. Dedicó a Nash un gesto de saludo y, con expresión resignada, se dejó caer en el sillón, desganado. A una señal del doctor Sarasola, el padre Tadeo puso en marcha un equipo de altavoces y la sala se inundó de música. Reconoció las primeras notas de *In a Sentimental Mood* de John Coltrane.

—¿Es esta la pieza a la que se refería? Coltrane —preguntó Sarasola.

Colt Star asintió.

—¿Se encuentra mejor? ¿Ha desaparecido el dolor de cabeza?

—Me queda un leve recuerdo —contestó con cierta amargura.

Nash se percató de que hablaba un poco más despacio que de costumbre y también más bajo. Seguramente, por efecto del sedante del que había hablado Sarasola.

El padre Tadeo se desplazó con discreción hacia uno de los extremos de la biblioteca y ajustó el ángulo de una de las pequeñas cámaras que, montadas sobre trípodes, grababan toda la sesión desde distintos puntos. La lente enfocó hacia el sillón donde Star aguardaba con los ojos cerrados.

—De acuerdo, señor Star, recuerde la conversación que hemos tenido.

El detective asintió en silencio y Sarasola continuó.

—Ahora cierre los ojos y concéntrese en mi voz y en la música. No es necesario que haga nada, solo escuche la música. No debe contestar a menos que me dirija directamente a usted.

Transcurrieron unos segundos en silencio, solo roto por las notas de Coltrane, antes de que Sarasola dijese:

—Este es un entorno seguro, nuestra única intención es ayudarte, no van a hacerte daño ni a ti ni a nadie. Me gustaría hablar contigo, pequeño. —Hizo una pausa para observar el rostro impertérrito de Colt Star, y continuó, endulzando el tono, como si se dirigiese a un niño pequeño—: No es necesario que digas nada si no quieres. Tenemos pinturas de colores. Sé que te gusta dibujar.

Colt abrió los ojos y parpadeó muy rápido, con la mirada desenfocada.

—¿Tú te enteras cuando hablo? ¿Qué te dije ayer?

La voz era radicalmente distinta: joven, áspera, desgarrada. Como si las cuerdas vocales hubieran sido retorcidas y afinadas en otra frecuencia. Su postura también había cambiado. Su mirada recorrió la sala con gesto de fastidio, separó las piernas y se inclinó hacia delante con los codos en las rodillas.

Nash entendió la estrategia de Sarasola: si, en efecto, Kevin ocupaba el rol de protector, saltaría como un resorte si alguien rondaba al niño.

—¿Kevin? No pretendía pasar por encima de ti. Ayer me lo dejaste claro, pero hay preguntas que tengo que hacerle al niño, que solo él puede contestar.

—Él no habla.

Los mismos ojos azules de Newman, de Colt. Pero donde antes había cansancio y desgana, ahora ardía algo salvaje. Una juventud feroz y hambrienta.

—¿Por qué no? ¿No puede hablar? ¿O no quiere hacerlo?

—Porque él solo habla conmigo.

—Kevin, ayer me pareció que el niño quería contarnos algo. Nos hizo un dibujo.

—Es un crío pequeño que no sabe nada —respondió con desdén.

—¿Cómo se llama?

—Niño.

—Kevin —dijo Sarasola con voz suave—, necesito hablar con el niño. Es importante, y si no habla puede dibujar.

—No.

—¿Por qué no?

Kevin subió los pies al asiento y se rodeó las rodillas con los brazos. Postura irreverente, aunque con tensión en cada músculo.

—Porque si lo asustas se pasará toda la noche llorando.

—Comprendo. El niño llora y eso te molesta.

—¿Molestarme? Me vuela la puta cabeza, tío.

Bajó los pies y se echó de nuevo sobre las rodillas.

—Y es que una vez que empieza, puede pasar así horas, días.

—¿Por qué llora?

Apretó la mandíbula y se golpeó el interior de una mano con el puño de la otra. Rápido, nervioso, patético. Nash lo observaba fascinada: se comportaba como un matón de barrio, pero había algo en su gesto, en su postura escuálida y empobrecida, que provocaba lástima.

—Llora porque es un crío pequeño. Se supone que es lo que hacen los críos pequeños: llorar todo el puto día y toda la puta noche, llorar por todo. Porque no sabe defenderse, ni protegerse, ni quitarse del medio.

—¿Quién le hizo daño, Kevin?

Silencio. Volvió a replegarse: pies en el asiento, rodillas contra el pecho, brazos rodeándolas.

—Hay cosas que un crío pequeño no debería ver. Cosas por las que no debería pasar.

—¿Qué clase de cosas?

Se detuvo y miró a Sarasola suspicaz, como si pensara que lo iba a engañar. Bajó los pies al suelo.

—Joder, no voy a hablar de esto.

El doctor cambió de táctica.

—Kevin, ¿a ti también te hicieron daño?

La pregunta cayó como una piedra.

Kevin se quedó inmóvil. Durante tres, cuatro, cinco segundos no respiró. A continuación, muy despacio, como si las manos no le pertenecieran, se las llevó al cuello, buscando algo invisible que lo estrangulara. Con dedos torpes se encontró la corbata y la contempló sorprendido.

—¡Qué cojones!

Tironeó de ella hasta deshacer el nudo y la lanzó lejos mientras se frotaba el cuello, donde la prenda seguía ahogándole. Sus ojos se volvieron vidriosos. La arrogancia desapareció durante unos segundos y Nash vio algo quebrado asomarse a través de la fachada chulesca.

—Mmm... Casi...

Su voz era más floja. Más vulnerable.

Se detuvo.

Bajó las manos del cuello y suspiró. Los hombros se cuadraron de nuevo. La máscara volvió a su lugar.

—Pero Dios está de mi parte.

Se puso de pie bruscamente.

—Me eligió. No me pasa nada malo, porque Dios no deja que me pase nada malo.

El psiquiatra asintió despacio.

—Te comprendo, Kevin. Y respeto eso. Pero necesito que comprendas algo tú también.

Kevin lo miró con desconfianza.

—Soy médico, y quiero ayudar al niño, pero para eso necesito hablar con él, y necesito que me ayudes a hacerlo de la forma correcta. De manera que no lo haga llorar.

El chico estudió a Sarasola durante un buen rato. Sus dedos tamborileaban sobre el muslo, rápidos y nerviosos.

—Pareces un cura.

—Eso es porque también soy cura, pero soy médico y muy bueno.

—Primero tienes que hablar conmigo.

Volvió a sentarse apoyando los codos en las rodillas.

—Convencerme de que no vas a joder al crío.

—De acuerdo. ¿Qué necesitas que haga para convencerte?

Pareció pensarlo.

—Necesito...

Alzó la vista. La mirada era dura.

—... que tengas cuidado con él. Mucho cuidado.

Su voz bajó a un susurro amenazante.

—Porque si no tienes cuidado, si lo haces llorar, si le haces daño...

Movimiento de mano. Cuchillo atravesando la garganta.

—... te mataré. Te cortaré el cuello mientras duermes. ¿Lo captas?

Nash sintió que la temperatura de la sala descendía varios grados. El padre Tadeo sacó de una carpeta el dibujo que el niño había hecho en el hospital y sin decir nada señaló a Nash el monigote que empuñaba un cuchillo ensangrentado.

Sarasola permaneció inmóvil sosteniendo la mirada de su paciente.

—Perfectamente, Kevin. Y te doy mi palabra de que tendré el máximo cuidado con él.

Kevin se quedó inmóvil durante unos segundos que parecieron eternos y luego asintió con un gesto leve.

—Vale.

Se recostó con los codos apoyados en las rodillas y el cuerpo tenso como un resorte. Clavó la vista en Sarasola. Luego en Nash. De nuevo en Sarasola.

No dijo nada más.

Solo permaneció ahí. Observando. Con esos ojos azules que ahora eran salvajes, jóvenes, peligrosos.

Finalmente, se inclinó hacia delante hasta acercar su rostro a escasos centímetros del de Sarasola. Vio el paquete de cigarrillos de Star sobre la mesa y señaló con la barbilla.

—¿Son tuyos?

El doctor hizo un gesto hacia el paquete.

—Adelante.

Cogió un cigarrillo. La forma en que lo sostuvo era distinta al modo en que lo hacía Star: entre el índice y el pulgar, como si fuera un porro. Lo encendió con el mechero que había junto al cenicero.

Dio una calada.

Y se atragantó.

Tosió con fuerza, con los ojos llorosos. Observó el cigarrillo con expresión desconcertada, traicionado por el objeto.

—Joder.

Volvió a intentarlo. Otra calada. Otra tos.

Nash observaba fascinada. Kevin no sabía fumar. O no fumaba bien. Era evidente. Aun así, sostuvo el cigarrillo entre los dedos y lo levantó ante la cara de Sarasola antes de contestar. Parecía algo más relajado.

—Lo que quieras saber...

Los hombros encogidos.

—... pregúntamelo a mí. ¿Me oyes?

El psiquiatra mantuvo la voz tranquila, como si aquello fuera lo que esperaba.

—Es sobre algo que ocurrió cuando encontramos al niño en el túnel. ¿Quién llevó el coche hasta allí?

—El detective.

—¿Estaba también Newman?

—El escritor está detrás, no va a salir.

—¿Detrás?

—Detrás, detrás de todos, escondido.

—¿Hablas con el escritor? ¿Te dice algo?

—Él no habla con nadie.

—Está bien, dejemos de momento al escritor. Lo que necesito saber, lo que necesito que le preguntes al niño, es por qué quiso conducir.

—Él no quería, ya te dije ayer que no sabe conducir.

—¿Y por qué lo hizo?

—Estaba asustado, pero no quería hacerlo.

—Y aun así lo hizo. Me gustaría mucho saber por qué.

—Las cosas se descontrolaron un poco.

—Kevin, lo que me cuentas es un poco confuso. El niño no sabe conducir y aun así se puso al volante. Estaba asustado y no quería hacerlo, pero las cosas se descontrolaron y tuvo que hacerlo.

El chico encogió los hombros como si estuviese perfectamente claro.

—¿Quién se descontroló, Kevin? ¿Fuiste tú?

—Yo soy el hombre, tío, yo no pierdo el control. Con seguridad.

—Entonces, ¿quién? ¿Quién se descontroló? ¿El detective, el escritor?

Negó y dejó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Otra persona?

Asintió muy despacio. Los ojos muy abiertos, fijos en Sarasola.

Tomó el cigarrillo de nuevo, lo contempló y lo sostuvo diferente esta vez, entre índice y cordial. Intentó dar una calada, pero la dejó

a medias.

—¿Quién se descontroló?

—Ella —susurró Kevin.

Nash dirigió la vista al padre Tadeo, pero Sarasola permaneció impertérrito.

—¿Quién es ella?

—Sssssh. —Kevin bajó la voz hasta convertirla en un murmullo apenas audible—. Esa jodida loca del demonio.

—¿Por qué hablas tan bajo, Kevin? ¿Temes que pueda oírte?

—Siempre está escuchando —respondió con voz apenas audible.

Sus ojos se movieron hacia los lados, como buscando algo en las sombras de la biblioteca.

—¿Es ella quien te da miedo, Kevin?

El rostro se le descompuso.

—Pero ¿tú entiendes cuando hablo? No tengo miedo; ella me tiene miedo a mí —dijo intentando aparentar fiereza— y hace bien en tenérmelo. Pero esa jodida loca asusta al niño. Y ya te he dicho que no quiero oírle llorar.

—¿Cómo se llama?

—La Santa —susurró.

—¿La Santa? ¿Es así como se llama?

—Es así como la llamamos.

—¿Ella hizo conducir al niño?

—No, claro que no. El crío tuvo que hacerlo, él no quería.

—¿Puedo hablar con ella?

La indignación se dibujó en su rostro.

—Pero ¿tú eres imbécil? ¿No me escuchas cuando hablo?

Sarasola continuó sin hacer caso del insulto.

—¿Por qué la llamáis la Santa?

—Porque eso es lo que cree que es la jodida pirada.

—¿Está escuchando ahora?

—Siempre está escuchando.

—¿Por qué se descontroló?

—¡Porque está loca, joder! —dijo perdiendo la paciencia.

—Me gustaría hablar con ella.

—No lo hagas.

Nash percibió el cambio en el tono de su voz. Seguía hablando muy bajo, pero se percibía el ruego.

—Llevo mucho rato intentando tener una conversación contigo, Kevin, intentando que me expliques, pero no lo haces. Si no quieres que hable con ella, explícamelo tú.

Kevin cruzó los brazos sobre el torso, como si tuviera frío o estuviera abrazándose, y tomó aire profundamente. Luego movió la cabeza afirmando con un gesto muy pequeño, casi imperceptible.

—¿Quién obligó a conducir al niño?

Bajó la voz todavía más.

—El Carcelero.

El silencio que siguió fue absoluto. Nash oyó el suave rasgar de la pluma del padre Tadeo sobre el papel.

Sarasola se inclinó hacia delante.

—El Carcelero. ¿También está ahí con vosotros?

—Él es el que manda. Él es el que dice quién tiene que estar al frente. —Se encogió de hombros.

—¿Al decir al frente te refieres como tú ahora?

Asintió.

—Y él decidió que el niño condujera.

—Sí. Decide quién conviene que esté al frente del sistema según la situación.

El padre Tadeo deslizó una nota en la mano de Sarasola.

—Dime, Kevin, ¿por qué el Carcelero querría que un niño de cinco años que no sabe conducir se pusiera al frente conduciendo un coche en mitad de un túnel? ¿Por qué no tú, o el escritor? ¿Por qué no dejó que siguiera conduciendo el detective?

—Era la Santa la que no quería. Estaba gritando, hecha una fiera, decidida a impedirlo. Iba a salir; el crío estaba llorando, yo gritaba, el escritor temblaba en su rincón y al detective le dolía la cabeza. Ahí estaban todos berreando y la jodida Santa avanzaba, iba a ponerse al frente. Creo que lo hizo durante un par de segundos, dio un volantazo y llevó el coche hacia la pared del túnel. El detective se dio cuenta y pisó el freno a fondo, y entonces, antes de que la Santa nos matara a todos, el Carcelero hizo salir al niño.

El psiquiatra leyó las palabras que Tadeo había escrito en la nota.

—Porque el niño no sabe conducir. ¿Fue por eso, Kevin?

—Es solo un crío pequeño —justificó Kevin.

El silencio se extendió en la habitación como una marea espesa.

Nash se estremeció. Kevin seguía ahí. Presente. Real. Protegiendo.

Nadie se movió.

Nadie habló.

Hasta que ladeó la cabeza como si escuchara algo que nadie más oía.

Sus ojos se suavizaron durante un instante.

—Ahí está —murmuró mientras se le llenaban de lágrimas—. Otra vez llorando.

Dirigió a Sarasola una mirada dura.

—¿Lo oyes? Ahí está el puto crío. Llorando como siempre.

Nash y Sarasola se miraron.

No oían nada.

Solo el silencio de la biblioteca.

52

Noche en Ciudad

Margot irrumpió en la biblioteca sin llamar. Nash y Sarasola se volvieron sobresaltados. Algo grave tenía que estar sucediendo, porque el psiquiatra había sido muy claro sobre que nadie debía interrumpir la sesión bajo ningún concepto; su mirada reprobadora lo puso de manifiesto.

La editora estaba pálida, alterada; sin embargo, apenas habló.

—Venid conmigo. Tenéis que ver algo. Ahora.

Se giró sin esperar respuesta y salió al pasillo. Nash miró a Sarasola, que ya se levantaba. Antes de salir, hizo un gesto al padre Tadeo.

—Quédese con él.

Mientras caminaban hacia el salón, Nash oyó el volumen del televisor inusualmente alto. Cuando entraron, Robert y Elisa ya estaban allí, de pie frente a la pantalla. Karim llegó desde el pasillo y Virginia bajaba por la escalera.

Margot señaló la pantalla.

—Lo han dicho en el avance. Van a repetirlo.

La música de cabecera del informativo llenó la sala. Un conocido periodista de la televisión nacional apareció con expresión grave.

«Buenas tardes. Abrimos esta edición con una noticia que ha sacudido el mundo de la cultura. Fuentes solventes apuntan a que el célebre escritor Benedict Newman podría estar atravesando graves problemas de salud. Según hemos podido saber, el autor de éxitos como la saga del detective Colt Star fue requerido hace cuatro días por la policía en calidad de testigo para ser interrogado en relación

con una investigación en curso. Durante su estancia en dependencias policiales sufrió un percance que requirió asistencia médica urgente. Fuentes cercanas al caso confirman que Newman fue trasladado e ingresado en el ala psiquiátrica de un centro hospitalario, donde habría permanecido bajo observación.

»Las imágenes que están viendo corresponden a la jornada de ayer, cuando el abogado del escritor, Owen Mitchell, abandonaba el Juzgado de Primera Instancia acompañado del doctor Sarasola, prestigioso psiquiatra y director del área de Psiquiatría de la Clínica Universidad de Navarra, institución vinculada al Opus Dei. La presencia de este especialista ha alimentado la especulación sobre una posible inhabilitación del escritor y el establecimiento de una tutela legal. Entre las personas que acompañaban al letrado se encontraba también una mujer joven, cuya identidad no ha trascendido, pero que podría tratarse de un familiar cercano.

»Por otra parte, fuentes policiales han confirmado a esta redacción que la investigación en curso incluye la verificación de la identidad del escritor y la posible existencia de vínculos con el Ejército Republicano Irlandés en décadas pasadas, extremo que hasta el momento no ha podido ser confirmado ni desmentido.

»Desde el entorno del autor no se ha emitido por el momento ningún comunicado oficial. Los mantendremos informados sobre cualquier novedad.»

Mientras el periodista hablaba, las imágenes se repetían en bucle: el rostro serio del padre Sarasola, la imponente fachada de la Clínica Universidad de Navarra y las grabaciones del día anterior en las que se veía con claridad a Nash, al abogado Mitchell y al doctor Sarasola saliendo por la puerta principal del juzgado.

Cuando la noticia terminó y pasaron al siguiente tema, Margot bajó el volumen sin apagar el televisor. Se volvió hacia ellos con el rostro descompuesto por la furia.

—¿Por qué no me contasteis nada sobre los periodistas? ¿Por qué no me dijisteis que os vieron salir del juzgado?

Miró a Nash, después a Sarasola.

—Erais tres. Tres personas. El abogado, el doctor y tú. ¿Ninguno pensó que esto podía pasar?

Nash dio un paso adelante.

—Margot, yo..., ayer fue un día muy complicado. Encontrar a Newman en el túnel, el modo en que se manifestaron las personalidades, la discusión con el doctor Kutz, ir al juzgado, trasladar a Newman en ese estado a casa. Era solo una pequeña televisión local, la verdad es que no le di importancia. No pensé que fuera a trascender, y luego todo fue tan rápido el resto del día que lo olvidé por completo.

—¿Que no le diste importancia? —Margot alzó la voz—. ¿Que no supusiste que iba a trascender?

—Margot, yo... Benedict no estaba allí. Es el tipo de reportero que espera siempre a la salida del juzgado para ver si caza alguna noticia. La verdad es que no parecía saber nada concreto, solo preguntó a voleo. Nada que ver con todo lo que han dicho en esa noticia.

Se volvió hacia Sarasola buscando confirmación.

—Margot —intervino el psiquiatra con voz tranquila—, yo estaba allí. No se hizo ni un solo comentario. Ni una palabra confirmando o negando nada. No sé de dónde ha salido todo eso, pero evidentemente no salió de nosotros. Y dudo mucho de que se haya filtrado desde el juzgado, el juez es de mi total confianza.

Nash pensó que sonaba un poco petulante, como si su autoridad fuese suficiente para dar fe.

Margot se llevó las manos a la cabeza.

—Nash, no tienes ni idea de quién es Benedict Newman. No es solo un escritor importante en este país. Es un autor internacional. Esta noticia va a dar la vuelta al mundo. ¿Lo entiendes? La vuelta al mundo.

Robert intervino:

—Lo que han dicho va mucho más allá de ver a alguien salir del juzgado. —Señaló la pantalla—. La inhabilitación, la tutela..., eso podría haberlo intuido cualquiera al ver al psiquiatra y al abogado juntos. Pero lo del Ejército Republicano Irlandés... Margot, parece un trabajo de investigación más profundo. Como dices, el señor Newman es muy importante; tarde o temprano se iba a saber.

Nash sintió que algo se removía en su memoria. Recordó ahora que había visto al doctor Kutz intercambiando unas palabras con uno de los hombres que después los habían esperado fuera. Uno que llevaba una cámara al hombro.

—Creo que puede haber sido el doctor Kutz —dijo con cautela—. Le vi hablando con uno de los periodistas que nos interpelaron a las puertas del juzgado.

Margot cerró los ojos durante un segundo.

—No me lo puedo creer. No me puedo creer que haya sido tan cabrón. Solamente porque no pudo quedarse con el paciente...

—Piénsalo bien —añadió Robert—: el doctor Kutz pudo hablar de la tutela, pero no podía saber lo de las implicaciones de la investigación sobre el IRA. Eso solo lo sabe la policía.

La editora se dirigió hacia la puerta.

—Karim, ven conmigo. Vamos a emitir un comunicado. Y llama a Owen Mitchell, necesito hablar con él. También a los responsables de prensa de la editorial. Hay que averiguar exactamente de dónde ha salido esto.

El secretario se puso en pie, muy pálido.

Margot se detuvo antes de salir y se volvió hacia Nash. La miró con una mezcla de decepción y dureza.

—Y tú, Nash, la próxima vez que pase algo que afecte a Benedict Newman, aunque te parezca insignificante, me lo dices. A ver si tomas conciencia de quién es. Deberías tener un poco más de respeto.

—Margot —la detuvo el padre Sarasola—, haría bien en aplicarse su propio consejo. No vuelva a interrumpir una de mis sesiones, ni aunque la casa esté en llamas —dijo con toda la autoridad de un sacerdote que reprende a un niño en catequesis.

Margot se sonrojó, el rubor le subió hasta las sienes, y salió de la estancia sin decir nada. Karim miró a Nash mientras negaba con la cabeza, como si no pudiera creer lo que estaba pasando, o la hiciera responsable, y siguió a Margot hacia el vestíbulo. Ya en el pasillo, se oía la voz de la editora hablando por teléfono, tajante, eficiente.

Elisa había vuelto a subir el volumen del televisor. Nash se volvió a mirar. Iba cambiando de un canal a otro, y en todos los informativos

aparecía la misma noticia. Imágenes de Newman en presentaciones de libros, firmas, entrevistas. Y entre ellas, una y otra vez, las grabaciones del juzgado. Su propio rostro. Sarasola. El abogado.

Nash bajó la mirada al suelo, desolada.

Y entonces sintió una mano cálida en su hombro.

Fue como si todas las fuerzas la abandonaran. Se volvió y vio a Robert, que asentía comprensivo, con aquella expresión de bondad infinita.

«No te fíes de nadie.» Las palabras del detective Star resonaron en su mente. Demasiadas preguntas. Demasiadas manos con acceso a aquella licorera. Demasiados frentes abiertos, demasiados enemigos. Y estaba muy lejos de casa. De las Mitxelena. Del único lugar donde nadie le pediría explicaciones.

Solo era un ser humano.

Se echó a sus brazos y dejó que la abrazara.

53

Noche en Ciudad

Los restos de la cena que apenas había tocado se enfriaban sobre el escritorio de su habitación. Nash los miró compungida. Robert se la había llevado en una bandeja: crema de calabaza, pan, una pera pelada y cortada en cuartos perfectos. Cuando se iba, antes de cerrar la puerta le había sonreído bromeando: «Cómetelo todo».

La cena en el comedor se había cancelado. Sarasola y el padre Tadeo se habían disculpado; querían poner en orden sus notas. Habían dicho que tomarían algo mientras trabajaban. Margot y Karim estaban encerrados redactando la nota de prensa e intentando sofocar el incendio.

De todos modos, Nash no se habría sentido con ánimos para sentarse a la misma mesa que Margot.

Comprendía su postura. «La guardia pretoriana de Newman», la había llamado Robert. La editora tenía razón en que Nash debería haberle avisado sobre los periodistas en el juzgado. Pero Nash no era la responsable, y no iba a consentir que nadie la tratara de esa manera, con ese tono.

Estaba harta de interpretar un papel que no había pedido. Harta de la obligación fiduciaria, de la tutela, de toda esta farsa en la que todos parecían saber su texto menos ella.

Tomó un par de cucharadas de la crema de calabaza y cogió su teléfono para ojear las noticias sobre Newman en las redes sociales. Entonces vio las llamadas perdidas. Dos. Doctora Kalo. Seguramente se habían producido mientras veían el informativo.

Abrió WhatsApp.

«Positivo para Sedotine.»

«Estaba en el agua de los botellines.»

«Llama si quieres, ya sabes que no duermo.»

Nash sintió que algo se asentaba en su pecho, una pieza que por fin encajaba. Marcó el número.

Kalo contestó al primer tono.

—Reina, te he visto en la tele.

—Eneka, gracias por el análisis.

—De nada, *chérie*. Alprazolam. La dosis es muy fuerte, pero también te digo que es difícil matar a alguien con eso. Es un medicamento eficaz y bastante seguro. Para saber la concentración exacta de la dosis, tendría que hacer otros análisis, pero, vamos, que alguien quería dejarte fuera de juego unas horas, no matarte.

—Entendido. ¿Has conservado las muestras?

—Por supuesto. Por si las necesitas, oficialmente no te servirían, por la cadena de custodia y esas mierdas, pero...

—Perfecto.

Hubo una pausa breve.

—Eneka, me suena que saliste con un director de informativos de ETB, o TV3, ¿verdad?

—Sí, muy mono, pero la tenía pequeña. Ahora está en la televisión nacional.

—¿Crees que podrías darme su número? Hay una cosa que quiero preguntarle.

—Ya te he dicho que la tiene pequeña. —La risa de Kalo resonó desvergonzada a través del teléfono.

—El único tamaño que me importa —respondió Nash— es el de las fuentes de las que obtiene sus noticias.

—Ah, *ma belle*, me encanta cuando te pones así. Te lo mando ahora.

Colgó.

Nash dejó el teléfono sobre la cama y ya no se sentía tan perdida: tenía información, tenía un contacto. Miró la hora, demasiado tarde para llamar a alguien que no conocía. Tomó el teléfono para escribirle un wasap, avisando de quién era y que llamaría al día siguiente.

El teléfono volvió a sonar en cuanto lo envió.

Miró la pantalla.

Laurent Herzog.

Por un momento sintió el impulso de rechazar la llamada y lo dejó sonar tres o cuatro veces, pero al final deslizó el dedo sobre la pantalla.

—¿Qué quieres?

Su voz salió fría, cargada de intención. Si Laurent la estaba llamando después de despedirla era porque quería algo.

La respuesta no se hizo esperar.

—Te he visto en televisión. Estás muy guapa.

Nash cerró los ojos. Ese tono. Esa forma de decirlo.

—¿Qué quieres, Laurent?

—Me ha encantado verte. La pandemia te ha sentado bien, no como a mí. Si pudieras verme... He perdido veinte kilos de masa muscular, el covid casi me mata y no recibí ni un mensaje tuyo.

La autocompasión. Por supuesto.

—Yo, sin embargo, recibí tu carta de despido.

Silencio. Después, ese cambio que Nash conocía tan bien. La voz que se volvía suave, comprensiva, razonable.

—Nash, no seas rencorosa. No, no digas nada... Tienes razón...

Adoptó aquel tono seductor y zalamero que ella conocía bien. Aunque odiaba reconocerlo, en algún momento lo había consentido, quizá hasta le había gustado, como parte de la intimidad entre ellos. Pero ahora se le antojaba condescendiente, como si hablara con una niña pequeña que no entendía las complejidades del mundo adulto.

—Seguro que puedes comprenderlo. Estaba enfermo, decepcionado y cansado. Tú fuiste la que me dejó fuera.

Por supuesto. Eso era perfecto. Responsabilizarla a ella de sus actos. La momia de la sima de Legarrea. Su hallazgo. Su trabajo. Del que Laurent había intentado apropiarse y Nash, por primera vez, no le había permitido hacerlo.

—¿Qué quieres? —repitió con el mismo tono.

—Felicitarte. Después de todo, tu despido te ha abierto nuevas sendas. Siempre he sabido que estabas destinada a algo importante.

Aguardó, esperando a que ella preguntara. Nash no lo hizo. Permaneció en silencio dándole sedal.

—Mitchell es uno de los abogados más caros del país. Y además estabas acompañada nada menos que por el padre Sarasola.

No iba a hacer la pregunta. No iba a darle la satisfacción.

Nash caminó hacia la ventana abierta a la noche templada. La luna llena brillaba aún baja en el horizonte, enorme y amarillenta.

Sonrió, pero no permitió que se notara en su voz.

—Laurent, es tarde. Iba a acostarme. Si no quieres nada más...

—Claro que quiero... —respondió él con su tono más seductor.

—Acabáramos. ¿Qué quieres, Laurent? —repitió hastiada.

—Ofrecerte una tregua, Nash.

—No sabía que estuviésemos en guerra.

Oyó su risa. Grave, íntima. Nash sintió cómo sus piernas se aflojaban y lo odió. Odió que aquel cabrón arribista todavía tuviera ese efecto sobre ella.

—No voy a presionarte, Nash.

Su voz se había vuelto más íntima. El tono que usaba en la cama.

—Puede que no sea una guerra, pero sé que no me he portado bien contigo. Quiero arreglar las cosas entre nosotros.

Ella iba a contestar que no había ningún «nosotros». Pero Laurent la interrumpió.

—No digas nada ahora. Solo piénsalo esta noche. Volveré a llamarte.

Y colgó sin darle tiempo a responder.

Nash se quedó con el teléfono en la mano. La pantalla se oscureció y sintió el peso del aparato, todavía tibio contra su palma. Laurent nunca dejaba que ella tuviera la última palabra.

Entonces lo vio.

Karim estaba en su porche, fumando, apoyado en la barandilla.

Se apartó de la ventana instintivamente, recordando cómo él la había sorprendido mirándolo la otra noche. Cruzó hasta el escritorio y apagó la luz, dejando la habitación en tinieblas. Volvió a la ventana y se acercó hasta el límite que proyectaba la sombra de la luna, segura de que allí no la vería.

En ese momento, una figura apareció desde el lateral de la casa. Cuando pasó bajo la luz del farol que iluminaba el porche, Nash la reconoció. Virginia, la enfermera pelirroja.

Se acercó a Karim, lo tomó de la cintura tirando hacia arriba de su camiseta, y se besaron mientras recorría su espalda con dedos ágiles. Retrocedieron hacia el interior de la casa, enredados.

Justo un instante antes de que la puerta se cerrara, el secretario levantó la vista. Miró descaradamente hacia la ventana de Nash.

No pudo distinguir su expresión en la distancia. No supo si temía que lo hubiera visto, o si, por el contrario, esperaba precisamente eso.

El teléfono sonó. Nash se apartó de la ventana y volvió a la cama, dejándose caer sobre el edredón mientras respondía. Una voz masculina y desconocida al otro lado de la línea.

—Doctora Elizondo, soy Alberto Azpeitia, acabo de recibir su mensaje. Antes de nada, quiero decirle que soy un gran admirador de su padre, y que todos esperamos que se recupere cuanto antes.

—Alberto —dijo interrumpiendo su perorata—. Quiero hacerle una pregunta muy concreta, y ya sé que es difícil que pueda contestármela directamente, pero tengo un gran interés por saber quién es su fuente, cómo ha tenido su canal acceso a esta información. —Notó que él iba a empezar a replicar, pero no se lo permitió—. Alberto, Benedict Newman es un hombre muy importante. Tanto las cuestiones médicas como las legales se habían mantenido en estricto secreto dentro del ámbito familiar. Sospechamos que alguien ha filtrado esta información, y su abogado y yo tenemos serias sospechas sobre la intención. Si usted me ayuda a localizar al topo, no le prometo dar información a cambio, pero sí confirmación de todos los hechos que sean reales. ¿Qué le parece?

Un par de segundos de silencio en la línea antes de que contestara.

—No me dijo su nombre, pero fue una mujer. Insistió en hablar personalmente conmigo. Estoy seguro de que fingía la voz para hacerla parecer más aguda. Hablaba de modo reposado; creo que el adjetivo es sibilino, como si susurrara. No pidió dinero a cambio.

—¿No puede decirme algo más? ¿Era joven?, ¿culta?

—Ambas. Su voz era muy desagradable, por eso estoy seguro de que la fingía. Una voz así no se olvida. Prometió volver a llamar.

Una mujer. Una mujer que fingía la voz y que no pidió nada a cambio de tan jugosa información, ¿quizá porque de algún modo ya salía ganando?

—Saluda a Eneka de mi parte —dijo jovial. Nash dedujo que guardaba mejor recuerdo de la doctora Kalo que ella de él.

—Lo haré —susurró antes de colgar mientras la rabia escalaba su pecho.

Repasó las mujeres del entorno de Newman. La doctora Duval, que parecía estar desarrollando una extraordinaria intimidad con el detective Star, conocía los pormenores del caso. Margot, que acababa de echarle una bronca precisamente por no proteger la imagen de Benedict. Elisa, que llevaba décadas sirviéndole con devoción casi maternal. Y ella misma.

Le parecía imposible que alguna de ellas hubiera podido ser tan malvada. Tan gratuita en su crueldad.

Y, sin embargo, alguien había hecho aquella llamada. Alguien que conocía los detalles. Alguien cercano.

Buscó entre sus contactos el único lugar donde aquella noche podía obtener alivio.

Las Mitxelena.

El teléfono sonó tres veces antes de que alguien contestara. Oyó voces, movimiento y después el clic del manos libres.

—¡Nash!

Las tres voces saludaron a coro.

Nash cerró los ojos.

54

Nash entró en la biblioteca cuando la luz de primera hora de la mañana apenas se derramaba por los ventanales altos. El padre Tadeo estaba de pie junto a la mesa auxiliar, donde descansaba el equipo de grabación, ordenando cables y ajustando el ángulo de la cámara con movimientos precisos y metódicos. El doctor Sarasola aguardaba sentado en uno de los sillones con una carpeta abierta sobre las rodillas y una expresión que Nash reconoció de inmediato: la fascinación contenida del investigador ante un descubrimiento excepcional.

—Doctora Elizondo —saludó Sarasola mientras se ponía en pie—. Lamento que no nos viéramos anoche en la cena.

Nash asintió brevemente y tomó asiento en el sillón que quedaba frente a él. El padre Tadeo se acercó y ocupó el tercer asiento, completando el círculo.

—Tuvimos una sesión de trabajo extraordinaria con el equipo de Pamplona —continuó Sarasola, y Nash percibió la energía apenas contenida en su voz—. Conectamos en línea durante más de tres horas. Todo el equipo de psiquiatría revisó las grabaciones y los protocolos. Lo que ocurrió ayer en esta sala fue... —hizo una pausa, como si buscara la palabra exacta— extraordinario.

Nash advirtió el modo en que sus ojos brillaban, con un fulgor que nunca antes había visto en él.

—Por la importancia y complejidad de lo que aconteció en esta sala, hemos pedido al equipo de psiquiatría que esté presente también en esta reunión —dijo haciendo un gesto hacia la pantalla de su ordenador, donde se veía, en lo que parecía una sala de reuniones, a un grupo de al menos diez personas que, con sus impecables batas blancas, iban ocupando sus lugares frente a la

pantalla. Bajo la imagen, el pequeño icono del micrófono aparecía cruzado por una franja carmesí. Aún no podían oírlos.

Nash se preguntó si el número de médicos era directamente proporcional a la necesidad de Sarasola de impresionarla. «Cuanto más público, mejor», pensó.

Esperó hasta que los médicos estuvieron sentados y el padre Tadeo dispuso ante ella un portátil en el que aparecía un vídeo en pausa. Cuando todo estuvo preparado, el sacerdote miró a su superior, que con una inclinación de cabeza lo autorizó a comenzar. Con un clic, la señal roja del micrófono se puso en verde y el padre Tadeo comenzó a hablar.

—Buenos días. Como ya saben, el objetivo de la reunión de hoy es informar a la familia del paciente. Se encuentra con nosotros la doctora Elizondo, psiquiatra y psicóloga forense e hija del señor Newman.

Nash saludó con un gesto, se inclinó hacia delante y dejó que su mirada se sostuviera en la de Sarasola antes de hablar.

—Hay algo que deben saber antes de continuar —dijo—. Han llegado los resultados de unos análisis que mandé hacer.

El psiquiatra cerró la carpeta sobre sus rodillas y la dejó a un lado con gesto atento, aunque Nash percibió que habría preferido escuchar esa confidencia antes de abrir el micrófono.

—Atendiendo a unas cuestiones de administración de los asuntos de Benedict Newman —continuó Nash con voz pausada—, y siguiendo las indicaciones de su abogado, abrí la caja fuerte de su despacho. Encontré unas gotas. Sedotine.

El padre Tadeo frunció un poco el ceño.

—Tendría que habérnoslo comunicado de inmediato.

—Antes de dar la alarma, las mandé analizar; podía tratarse de cualquier cosa. —Nash mantuvo el tono profesional, casi clínico—. También analicé el agua y el whisky que tomamos anteayer por la noche. El análisis confirmó que había Sedotine en el agua. El mismo medicamento que estaba en la caja fuerte.

Sarasola asintió despacio, sin alterarse.

—Lo sospechábamos —dijo con calma—. Los síntomas que experimentamos al despertar eran claros. Sedación farmacológica.

Pero confirmar que la sustancia coincide con lo que encontró en la caja fuerte es... significativo.

Nash mantuvo la mirada fija en Sarasola.

—¿No les preocupa que esas gotas estuvieran en la caja fuerte de Newman? Solo él tiene acceso a ella. Bueno, él y su abogado, pero Owen Mitchell no estuvo en la casa esa noche.

—Por supuesto que nos preocupa —intervino el padre Tadeo con voz serena—. Pero ya hemos tomado medidas. Hemos reforzado los protocolos de seguridad. El agua que bebemos ahora viene directamente embotellada y precintada, y toda la medicación está custodiada.

—Y debo añadir —dijo Sarasola— que nosotros no utilizamos Sedotine en ninguno de nuestros protocolos. Ni lo traemos, ni lo administramos. Es importante que quede claro.

—No volverá a ocurrir —añadió el padre Tadeo—. No tiene por qué temer.

Nash mantuvo la mirada fija en Sarasola.

—No es que tema que vuelva a ocurrir. Lo que me pregunto es si esto no debería hacernos replantear todo el caso. ¿No creen que puede ser una señal de *malingering*?

Nash percibió una especie de rumor creciente proveniente del grupo de médicos.

Sarasola negó con la cabeza antes incluso de que Nash terminara la frase.

—Si estuviéramos ante un fingimiento, doctora Elizondo, el paciente se habría limitado a fingir una segunda personalidad. Quizá dos, si fuera especialmente ambicioso. Pero lo que tenemos aquí... —Hizo un gesto hacia las notas que descansaban sobre la mesa—. Lo que tenemos aquí es una constelación. Un sistema completo y extremadamente sofisticado que solo se presenta en casos de trauma complejo durante la infancia.

Con el rabillo del ojo, Nash percibió el movimiento rítmico y acompasado de cabezas que asentían a las palabras de Sarasola desde la pantalla.

El padre Tadeo tomó una de las hojas y la sostuvo entre sus manos con cuidado, como si fuera un documento de valor

incalculable.

—Doctor Álvarez —dijo haciendo un gesto hacia la pantalla.

Desde allí, un hombre de unos treinta y cinco años, cabello oscuro y barba perfectamente recortada comenzó a hablar.

—El niño que llora —dijo con voz suave— representa el trauma original. La parte que experimentó el dolor en su forma más pura. Es pequeño, vulnerable, incapaz de defenderse.

—Y Kevin —continuó Sarasola— es la versión adolescente de ese mismo niño. La que surge para protegerlo. La que se enfrenta a la situación de violencia extrema. Es un patrón que vemos constantemente: lo que en la fase infantil nos provoca terror crea una barrera de defensa violenta en la adolescencia. Los hogares expuestos a la violencia generan personas violentas, aunque de entrada les repugne la idea. Continúe, doctora Villar —dijo dirigiéndose a la pantalla.

La doctora, seguramente una residente, aparentaba apenas veinte años, aunque tuviera unos cuantos más. Nash se preguntó si ella misma había tenido ese aspecto adolescente y desvalido cuando fue residente.

—El escritor —dijo con una voz que sorprendió a Nash por su seguridad— es la representación de la personalidad pública. Perfecta, exitosa, ponderada. La cara que se muestra al mundo. La que ha conseguido el éxito, el reconocimiento, la admiración.

—Y el detective —añadió Sarasola— es la parte analítica. Severa, cínica, pero con una moral intachable. El tipo duro que puede enfrentarse a situaciones difíciles y busca siempre la verdad, sin importar el coste.

Nash pensó en las palabras de Kevin durante la sesión anterior. En su forma de hablar, en su postura escuálida y empobrecida, en la violencia apenas contenida debajo de la bravuconería.

—Pero lo que nos hace estar seguros de que no estamos ante un fingimiento —dijo Sarasola inclinándose hacia delante con renovada intensidad— son dos personalidades específicas. La Santa y el Carcelero.

Nash percibió un movimiento incómodo en la joven doctora.

—Este tipo de personalidades son precisamente las que... —dijo apuntando con su dedo hacia la pantalla.

—Las que olvidan construir quienes fingen este trastorno —intervino otro de los médicos—, los que buscan información en internet, los que creen que tener personalidades múltiples es una ventaja, un descontrol fascinante. Esos nunca incluyen personalidades autodestructivas.

—Bien, doctor Fernández.

Sarasola tomó de nuevo la palabra.

—La Santa representa la autodestrucción inevitable en el trastorno de identidad disociativo auténtico. Hasta el hecho de que la llamen así habla de una arquitectura compleja. Se comporta como una mística poseída por una verdad que no está dispuesta a negociar. Quiere expiar el mal del sistema con la muerte. Representa los instintos suicidas que aparecen con frecuencia en personas que han vivido traumas severos durante la infancia.

Nash sintió que la inquietud se instalaba en su pecho mientras recordaba las palabras de Kevin: «Esa jodida loca del demonio».

—Y el Carcelero —continuó Sarasola con voz firme— es la pieza más extraordinaria de todas. Otra elección perfecta de nombre. El Carcelero es el amo del calabozo, el que tiene las llaves para abrir y cerrar las puertas que contienen a las personalidades. No solo decide quién sale y quién permanece bajo llave, sino que además conoce las razones, las motivaciones que lo llevan a hacerlo.

Nash se quedó en silencio durante unos segundos procesando la información. La lógica era impecable. La arquitectura que Sarasola describía tenía una coherencia interna que resultaba difícil de refutar. Y sin embargo...

—Insisto en el tema de la droga. Me resulta increíble que no aprecien el calado y sus consecuencias —dijo finalmente—. Alguien nos drogó deliberadamente, y justo esa madrugada apareció un bolso abandonado en la calle, del mismo modo que el de la anterior víctima.

Sarasola asintió con expresión comprensiva. Y Nash volvió a percibir la negativa en el gesto de la joven doctora al otro lado de la pantalla. El padre Tadeo tomó la palabra.

—Aún no puedo afirmarlo rotundamente, pero permítame plantearle algo, doctora Elizondo. A menudo, las personalidades como la Santa actúan impidiendo cualquier avance de las otras personalidades. Cualquier cosa que pueda llevarlas a una revelación, al éxito, a la sanación. Sabotean la vida de las otras partes del sistema. ¿Puede considerar que fuera eso lo que quería lograr?

—¿Y se han planteado ustedes la posibilidad de que drogarnos no fuera un sabotaje al sistema, sino un modo de garantizar que podía salir de casa sin que nadie lo percibiese? —preguntó Nash sosteniendo su mirada—. Fuimos drogados usted y yo, pero quizá las otras personas en la casa también. Las enfermeras velaban su sueño. Si estaban drogadas...

—Si nos encontramos ante un caso auténtico —interrumpió Sarasola con voz firme—, y cada vez estoy más seguro de que es así, el comportamiento de una personalidad como la Santa nunca da ayuda al sistema. Todo lo contrario. Jamás facilitaría una salida nocturna de Newman. Su objetivo es la destrucción total, no la acción deliberada y coordinada.

Nash estudió el rostro de Sarasola, después el del padre Tadeo. Los vio entusiasmados, convencidos, brillantes en su argumentación. Y decidió no insistir más. Quizá tenían razón. O quizá estaban demasiado fascinados con el caso como para mantener la objetividad necesaria.

—Perdón —se oyó con claridad la voz de la doctora Villar desde la pantalla—. Permítame disentir. Tal y como dice la doctora Elizondo, no podemos cerrarnos completamente a la posibilidad de estar ante un fingimiento, al menos parcial.

Fue muy sutil, pero Nash percibió la mirada de Sarasola al padre Tadeo, que con un rápido clic sobre la señal verde de micrófono abierto lo silenció transformándolo en carmesí.

—Hoy tendremos una sesión muy importante —anunció Sarasola —. La hemos preparado cuidadosamente con todo el equipo. Intentaremos comunicarnos con el Carcelero. Y si él nos da permiso, también con la Santa.

—El Carcelero es crucial —añadió el padre Tadeo—. Además de la Santa, es la personalidad que más autenticidad da a la posibilidad de

que nos encontremos ante un TID real. Es otro de los personajes que olvidan construir quienes fingen la enfermedad. No lo verá en TikTok ni en ninguna representación popular del trastorno.

—Es una personalidad que actúa como sistema central de control —insistió Sarasola—. Como la inteligencia artificial de una nave nodriza, como Madre en la nave Nostromo. Carente de emociones y personalidad definida como las otras. En ocasiones, sin sexo, sin edad definida. Es quien manda, quien decide qué parte se pone al frente. Pero, a diferencia de la Santa, protege el sistema. No busca destruirlo, sino preservarlo.

Nash asintió despacio, porque la complejidad de lo que Sarasola describía era extraordinaria, y si, en efecto, todo aquello era auténtico, significaba que Benedict Newman había vivido algo durante su infancia que había fragmentado su mente en múltiples piezas, cada una con su función, cada una con su propósito.

El psiquiatra se puso en pie y cerró la carpeta que había dejado sobre el brazo del sillón.

—Tomaré un café y empezaremos en diez minutos —dijo con una sonrisa contenida—. Será una sesión memorable.

Nash observó cómo el padre Tadeo se levantaba también y se dirigía hacia el equipo de grabación para hacer los últimos ajustes. Sarasola salió de la biblioteca con paso firme y decidido, como un general que se prepara para una batalla que sabe que va a ganar.

Nash permaneció sentada durante unos segundos más, mirando el sillón Eames vacío donde pronto se sentaría el detective Star, y cuando finalmente se puso en pie y salió de la biblioteca, la luz de la mañana ya se hacía más intensa a través de los ventanales.

55

Empujó la puerta del despacho de Newman mientras su mente bullía con todo lo que Sarasola había dicho. La Santa no quería que el detective Star hiciera un descubrimiento, no quería que fuera a ese lugar que a Colt le había parecido tan importante como para fugarse del hospital de madrugada. Por una parte, estaba la droga que había encontrado en la caja fuerte, la certeza de que alguien la había usado aquella noche, el bolso que había aparecido en la calle a la mañana siguiente. Pero, por otra, había sido el propio detective Star quien la había puesto sobre la pista del dinero, quien de alguna manera la había conducido hasta la caja fuerte. ¿Por qué lo haría si sabía que la droga estaba allí? A menos que quisiera que ella la encontrara. O a menos que Sarasola tuviera razón y se tratara de un sabotaje por parte de otra de las personalidades.

Nash sentía que algo esencial se le escapaba, que aún se escondía en la penumbra de un rompecabezas cuyas piezas no lograban unirse por completo.

Se acercó a la caja fuerte y marcó la combinación. La puerta se abrió con un chasquido suave. Debajo del testamento estaba la carpeta con la auditoría anual de la Fundación Newman. Benedict la había recibido apenas cuarenta y ocho horas antes de su extraño episodio en comisaría. Quizá había visto algo en esos números, algo que ni el auditor ni todo su equipo habían podido detectar. Nash reparó en la cinta de raso rojo enrollada sobre sí misma. La tocó. Era muy suave, de una textura casi líquida que hizo que se desmadejase. Medía unos cincuenta centímetros; Nash volvió a enrollarla.

Se llevó la cinta y la carpeta de la auditoría hasta el escritorio. Abrió la carpeta con cuidado y entonces, al separar las páginas, una

tarjeta cayó sobre la mesa. La cogió y la estudió con atención: era de un cartón extraordinariamente pesado, de color hueso, con una calidad que hablaba de dinero y discreción. Las letras no estaban en relieve, como cabría esperar, sino calcografiadas, grabadas y hundidas en el papel, con una técnica de impresión fina y difícil de falsificar. No había ningún logo. Absolutamente ninguno.

Los datos eran escuetos:

Orbis Solutions Ginebra-Nueva York
Marcus Thorne Gestión de Continuidad
+41 22 501 8847

Nash dejó la tarjeta sobre el escritorio junto al lazo rojo y sacó el teléfono. Marcó el número suizo y esperó. Uno, dos, tres tonos.

La llamada fue respondida al instante, sin música de espera. La voz era humana, profesional, pero carente de cualquier emoción.

—Orbis.

Nash sintió un momento de vacilación ante la sequedad de aquella única palabra.

—Hola..., eh..., me gustaría hablar con el señor Marcus Thorne, por favor.

—¿A quién debo anunciar?

—Soy Nash Elizondo. —Hizo una pausa breve—. Soy la hija de Benedict Newman. Se encuentra gravemente enfermo y estoy al frente de la administración de sus bienes.

Hubo un silencio casi imperceptible al otro lado de la línea, y, cuando la voz volvió a hablar, Nash percibió un cambio sutil en el tono. Más abierto, quizá más atento.

—Un momento, por favor... Para verificar su autorización de contacto, ¿cuál es la referencia del proyecto?

Nash frunció el ceño.

—¿Referencia del proyecto? No... no lo sé. Solo tengo esta tarjeta. Es sobre la Fundación Newman.

—Señora Elizondo, no podemos conectar ninguna llamada al señor Thorne sin una referencia de proyecto válida. ¿Quizá una palabra clave de compromiso?

La puerta del despacho se abrió sin que nadie llamara. Nash se giró un poco y vio a Karim entrar con una sonrisa en los labios. Instintivamente, cubrió la tarjeta con la mano y la deslizó hacia el borde del escritorio.

—Lo siento —dijo al teléfono, y colgó.

Se quedó inmóvil durante un segundo, procesando lo que acababa de ocurrir, y antes de que pudiera darse la vuelta por completo, Karim la rodeó con los brazos por detrás. La giró con suavidad y se inclinó hacia ella intentando besarla.

Nash lo apartó con un movimiento firme de las manos contra su pecho.

—¿Qué haces?

—No puedo más, Nash —dijo él con voz baja, casi suplicante.

Ella guardó la tarjeta y el lazo rojo en el bolsillo de su pantalón mientras se alejaba un paso de él.

—Te vi desde la ventana con la enfermera. ¿A qué estás jugando, Karim?

—Sé que te gusto —insistió él—. Y tú me gustas; lo sabes desde que llegaste a esta casa.

—Está claro que te gustan las pelirrojas —respondió Nash con voz fría—. Pero también está claro que te he dicho un montón de veces que no entres en este despacho. Y siempre te encuentro aquí. ¿Por qué?

—Te estás equivocando. Desconfías de mí y no sé por qué.

—Explícame por qué Newman llamó a su abogado un día antes de perder la memoria y le dijo que iba a modificar el testamento. Que estuviera preparado porque tenía que confirmar unos datos.

Karim palideció durante un instante, pero se recompuso enseguida.

—Ya te lo expliqué: Benedict estaba comportándose de un modo extraño últimamente. Obsesivo. Decía que alguien tocaba sus cosas, que las cambiaba de lugar. Ya te dije a ti y a los médicos que sospechaba que era sonámbulo, que a menudo estaba en el despacho durante la noche. Mi casa está justo enfrente; veía la luz encendida. Y luego, cuando le preguntaba: «Benedict, ¿has

trabajado esta noche?», él lo negaba como si yo estuviese diciendo una estupidez. Así que no sé a qué se refería; estaba muy raro.

El secretario se fijó en el informe de los auditores.

—Cuarenta y ocho horas antes de que se llevaran a Benedict a comisaría llegó el resultado de la auditoría anual a la que se somete la Fundación Newman —continuó con tono más firme—. Los datos se los envían a Benedict, a su abogado, a los miembros del Consejo de la Fundación y a mí. Puedes ver el informe. Puedes llevarlo a otro auditor si lo deseas. No tengo nada que ocultar.

Nash lo estudió con expresión impenetrable.

—No tengo pruebas, aún, pero creo que todos tus acercamientos han sido un intento de sacarme de este despacho desde el día en que puse un pie en esta casa. Soy una excelente investigadora. Si hay alguna prueba, la encontraré.

Karim pasó al ataque con expresión dolida.

—Puede que estés equivocando la dirección del tiro, Nash; de todas las personas que aparecen en el testamento de Benedict Newman, soy la única cuyas acciones tienen que someterse a una auditoría anual. Pero Benedict se había vuelto muy desconfiado en los últimos tiempos, y puede que igual que yo se diera cuenta de que Robert no es quien dice ser.

Nash lo miró intrigada; el secretario comprendió que había dado en el blanco y siguió por allí.

—Apuesto a que ha sido él quien te ha metido esas cosas en la cabeza. Sabe que me gustas, y yo a ti también. Solo intenta confundirte.

Y luego añadió con tono casi infantil:

—Ayer vi cómo te abrazaba en el salón después de que aparecieran las noticias sobre Newman. Cuando discutiste con Margot. De Robert sí que te fías. Y no deberías.

—Sí, Karim, ya me lo dijiste el otro día —respondió Nash con frialdad—. Pero actúas como un crío pequeño.

Karim se cruzó de brazos y la miró con expresión dura.

—Me viste ayer con Virginia, pero eso funciona en las dos direcciones. Desde mi casa tengo una vista perfecta de este despacho y de la puerta principal. Puede que tú estés al tanto de

mis actividades nocturnas, pero yo también observo esta casa y lo que acontece en ella durante la noche.

Nash lo miró sin pestañear.

—¿Qué estás insinuando?

—Pregúntale a Robert por qué se levanta de madrugada a limpiar lo que Newman ensucia. Por qué salió de madrugada a tirar al contenedor un plato propio de una estrella Michelin.

Nash se quedó con la boca abierta.

Karim asintió despacio, con una expresión que mezclaba satisfacción y amargura.

—Sí, es justo lo que estás pensando. El detective Star no sabe freír un huevo. Así que el que se levanta de noche a cocinar, a visitar su despacho y vete a saber qué actividades más es Benedict Newman. Pregúntale a tu amiguito por qué lo encubre.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—Me pareció muy raro, así que lo recogí, lo metí en bolsas de plástico y las guardé en mi congelador. Te las mostraré si quieres.

Nash lo miraba fijamente, intentando descubrir el engaño.

—No tengo nada que ocultar —añadió él con voz más suave—. Sé que me has visto con ella. Soy un hombre soltero, y ella también. Pero podrías ser tú. Quiero que seas tú.

Nash se lo quedó mirando durante unos segundos.

—Enséñame esas bolsas de comida.

Salieron juntos del despacho por la puerta que daba a la terraza. Una escalinata bajaba hacia el jardín y terminaba justo enfrente del camino de acceso al pabellón de invitados. Caminaron en silencio hasta la entrada. Karim abrió la puerta.

Dentro, la casa era moderna, con pocos muebles y ropa desperdigada por todas partes. Nash vio la cama deshecha nada más entrar, las sábanas revueltas y la almohada apoyada contra el cabecero. Había un olor en el aire mezcla del perfume de Karim, de sexo reciente y de una habitación sin ventilar. Hacía calor.

El secretario se dirigió al frigorífico y abrió el congelador. Sacó cuatro bolsas y las fue dejando sobre la encimera de la cocina.

—He probado estos platos otras veces —dijo mientras abría la primera bolsa—. Durante el confinamiento, Newman cocinaba a

menudo. —Empujó el contenido hacia Nash—. Becada asada a baja temperatura con paté de sus propios higadillos. En cuanto abrí el contenedor reconocí el olor; puede que sea una exquisitez, pero es demasiado fuerte para mí. Este otro es un milhojas de patata y bacalao confitado en aceite de oliva. Una de sus especialidades; este sí me gusta.

Abrió las dos últimas bolsas con el mismo gesto eficiente y las alineó sobre la encimera.

—Bacalao al carbón negro con crujiente deshidratado de su propia piel. Y osobuco de ternera guisado con vino blanco y hierbas. Este solo lleva unas cuatro horas de cocción, como mínimo. —Levantó la vista hacia Nash—. Newman las ha cocinado otras veces. Conozco estas recetas. Y todas tienen algo en común: se tarda muchísimas horas en hacerlas. Exigen una parte activa y otra lenta en la que solo hay que esperar. No son platos, son una coartada.

Nash inspeccionó el contenido de las bolsas; incluso después de recogerlo de un contenedor de basura, se notaba que eran platos elaborados.

—Benedict vuelve. No es el detective Star todo el tiempo. De hecho, no te voy a negar que me han surgido dudas de que lo sea alguna vez. Pero es Newman el que tiene el tiempo suficiente para cocinar platos que requieren cuatro o cinco horas de elaboración.

Nash estudió las bolsas abiertas sobre la encimera.

—¿Cuándo las recogiste?

—Cada una de las noches en que Newman ha dormido en esta casa pretendiendo ser el detective Star. El primer hallazgo fue por casualidad. A partir de ahí he vigilado a Robert y el contenedor que hay fuera de la finca.

Nash se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—Nash —la llamó Karim.

Ella se detuvo y se volvió a mirarlo.

—Ese tipo es un mentiroso —dijo con voz firme—. ¿Sabes que ni siquiera es inglés?

Nash salió de la casa y, en lugar de volver al despacho de Newman, se adentró en el bosquecillo que circundaba la mansión. Caminó entre los árboles buscando la paz que encontraban los que

se refugiaban en la espesura, como había hecho tantas veces en Elbete, hasta asegurarse de que ni Karim, ni nadie desde el interior de la casa, podía verla. Entonces sacó el teléfono del bolsillo.

56

Marcó el número mientras se apoyaba contra el tronco de un árbol con la vista fija en la casa de Karim, que aún podía distinguirse entre las ramas. Noah respondió al tercer tono.

—Noah, necesito hablar contigo. No sé qué pensar. No sé en quién confiar —soltó a bocajarro en cuanto oyó su voz.

—Dame un segundo —se disculpó él.

Nash oyó un suave rumor, voces de fondo, ¿un televisor?, y roce como si Noah hubiera cubierto el micro del teléfono. Hubo un silencio breve y, cuando volvió a hablar, su voz tenía la calma que ella necesitaba.

—Cuéntame.

Comenzó a caminar entre los árboles mientras ordenaba sus pensamientos.

—Ya habrás visto lo de ayer en televisión.

Noah no contestó.

—El circo mediático hoy está por todas partes, en redes sociales, en todos los periódicos. Cuando llegamos a casa, Newman estaba catatónico, pero a la hora de la cena se comportaba de nuevo como el detective Star. Incluso me proporcionó una pista económica importante sobre la Fundación Newman y me indicó qué investigar. Mientras buscaba una copia de su testamento en la caja fuerte, encontré un potente sedante hipnótico. La noche anterior nos drogaron. Al doctor Sarasola y a mí, quizá a toda la casa. He mandado muestras y las gotas son las mismas.

—¿Las mismas?

—El sedante que encontré en la caja fuerte es el mismo que había en el agua que bebimos.

—¿Quién más tiene acceso a esa caja fuerte?

—Solo Newman. Bueno, él y su abogado, pero Owen Mitchell no estuvo en la casa esa noche, aunque fue él quien me dio la clave. A primera hora de la mañana nos despertó la policía. Quizá ya lo sepas, han hallado otro bolso abandonado.

—Lo sé. Lizarso está pendiente; ya ha hablado con sus fuentes, pero no hay ninguna denuncia por desaparición que coincida con el perfil. Podría ser un bolso robado.

Salió del bosquecillo y caminó por el jardín lateral de la mansión, alejándose de las ventanas.

—Yo no lo creo. Y tú tampoco.

—No —confirmó Noah—. No lo creo.

—Hay algo más. Newman se causó heridas cuando huyó por la ventana del hospital, todos pudimos ver sus vendajes blancos durante la cena. Pero ayer por la mañana, después de que se fuera la policía, vi a Robert haciéndole curas en las manos; tenía lesiones recientes, había restos de sangre en sus vendajes y en las sábanas. Robert trató de ocultarlo. Ya es raro que él le haga las curas habiendo dos enfermeras en la casa, pero que lo oculte...

—¿Qué tipo de lesiones exactamente?

—Escoriaciones y cortes, pero no pude verlos bien. Estoy segura de que eran recientes, había sangrado. Tengo sospechas de que Newman no es el detective Star todo el tiempo. O quizá nunca lo es. Alguien me ha informado de que Newman se levanta de noche a cocinar. Platos elaborados. De alta cocina. Platos que requieren cuatro o cinco horas de preparación. Y lo más llamativo es que su mayordomo se deshace de ellos y borra cualquier prueba. Los he visto con mis propios ojos, recuperados de la basura y guardados en bolsas de congelación.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El secretario de Newman y director de la fundación. Karim Sahim. Vigila la casa desde su ventana. Ha estado recogiendo la comida del contenedor cada vez que Robert la tiraba después de las sesiones nocturnas de Newman.

—¿Te fías de ese secretario?

—¿De él? —Rio amargamente—. No, no me fío de nadie, Noah. En el momento en que alguien me parece medianamente honrado,

descubro que miente.

Llegó hasta el aparcamiento donde estaba su Mustang y se detuvo junto al coche.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Qué crees tú, Nash?

Abrió la puerta, comprobó que su bolso estuviera en el asiento del copiloto y se sentó al volante, pero no arrancó.

—No lo sé. Porque al mismo tiempo los médicos que lo están tratando están convencidos. Y no son cualquier cosa, Noah. Son especialistas del Opus Dei, de los mejores en Europa. Dicen que no es solo una segunda personalidad. Dicen que hay todo un sistema. Una constelación de personalidades. Niño traumatizado, adolescente violento, escritor público, detective, una personalidad suicida, un carcelero interno que controla a todas las demás..., y la arquitectura es tan sofisticada, tan coherente, que parece imposible que sea fingida.

—Pero tú dudas.

—Dudo de todo. Dudo de todos. El detective Star me da pistas que resultan ser ciertas. Me llevó a descubrir la droga, me alertó sobre el dinero y el testamento. Es el único en esta casa que me ha dado información verificable. Y no sé por qué. No sé si me está ayudando o si me está llevando justo donde él quiere que vaya, pero voy a comprobarlo. Me pidió que averiguara qué había en el interior del bolso de la víctima del parque.

Oyó suspirar a Noah a través de la línea.

—¿Y por qué quiere saberlo?

—Contestó algo muy críptico sobre los detalles y la importancia que tienen. Tendrías que oírle hablar; es como un detective escapado de una novela de Chandler.

—¿Qué opinas de Newman? —preguntó Noah—. ¿Qué sabes de sus intenciones?

—Un día antes de su ataque llamó al abogado. Le dijo que estaba pendiente de recibir un dato y que tendría que hacer cambios en el testamento. Un testamento en el que aparecen su secretario, su editora, su mayordomo. —Tomó aire—. Y yo. Soy la principal

beneficiaria, Noah. El detective Star me aconsejó que siguiera el rastro de la pasta.

—Los que saldrían beneficiados económicamente.

—Todos lo harían a su muerte. Pero si la situación de incapacidad de Newman se perpetúa, beneficiaría directamente a Karim. Se pondría al frente de la fundación. Una fundación respaldada por millones de euros.

—Tienes sobradas razones para no confiar en nadie.

Nash cerró los ojos un momento.

—Y luego está otra cosa que me hace dudar. ¿Por qué guardaría alguien documentación que puede incriminarle? ¿Por qué un terrorista conservaría pruebas de su identidad original tantos años después?

—Yo también me lo he preguntado —respondió Noah—. Y lo único que se me ocurre es retorcido: que la mantuviera como un seguro, algo que podría utilizar si la otra opción fuera peor.

«Peor», repitió como un eco la voz de su madre en su mente.

—Todo aquí es retorcido. Es el ataque, Noah. El que tuvo hace casi un año. Su editora me contó que cuando comenzó se comportó como el detective Star durante algunos minutos, justo antes de desmayarse. Estuvo dos días así, y el coágulo se diluyó sin dejar secuelas. Cuando despertó actuaba con normalidad sin recordar nada.

—¿Y eso es imposible médicamente?

—Imposible, no; raro, sí.

—Aparecerá en los informes hospitalarios.

—No. Su neuróloga lo solicitó al otro hospital, pero nunca los obtuvieron. Según Margot, ocurrió durante un viaje al extranjero. Ya sabes, hospital privado y protocolos de privacidad.

—Le entregarían una copia para que se la llevase cuando le dieron el alta —dijo Noah con voz firme—. Si existió alguna vez, tiene que tenerla en alguna parte. No es la clase de cosa de la que uno se deshace. Tienes que encontrarla, Nash.

Abrió los ojos y miró la mansión a través del parabrisas.

—Tienes razón.

—Porque una cosa es que el ictus no dejase ningún daño permanente, y otra muy diferente es que nunca haya ocurrido.

—Me parece muy elaborado. Fingir un ictus que después desaparece sin dejar ninguna secuela. Y un comportamiento disociativo que vuelve a repetirse casi un año después, justo cuando más le conviene...

Jadeó ahogada por su propio ímpetu.

—Busca ese informe.

Arrancó el motor.

—Lo haré. Pero primero tengo que seguir la otra pista que me dio Star. Averiguar qué había en ese bolso. Necesitaba..., necesitaba decir todo esto en voz alta. Escucharlo fuera de mi cabeza.

—Llámame cuando tengas algo.

Colgó y salió del aparcamiento en dirección a la ciudad.

57

El inspector Barezzi visionaba las imágenes de la víctima del parque pasando ante la cámara de un cajero automático. La joven cruzaba frente a la entidad y unos segundos después se adivinaba la presencia del hombre que la seguía. Sumó una más a la centena de veces que había repasado el vídeo tratando de hallar algo familiar que le permitiera decidir quién podía ser. En algo estaban de acuerdo todos los que habían analizado la cinta: no se movía como un viejo. Trató de recordar cómo se movía Newman cuando llegó a comisaría. Era elegante y reposado, pero no de un modo lento, sino estudiado, podría ser él. Pero debía tener en cuenta también que cuando el escritor se comportaba como el detective Star también parecía un hombre más joven. Pasó la punta de la lengua por el rugoso corte en el labio, prueba de que el gancho de izquierda de Star era rápido y potente.

En las últimas horas, además, Barezzi se había abierto a la posibilidad de un nuevo actor en aquella obra que encajaba con la talla y la complexión del hombre que aparecía en la grabación, y también se movía como alguien bastante más joven que lo que se podía esperar de su edad: Noah Scott Sherrington. El Lobo no podía quitarse de la cabeza que lo había sorprendido vigilando la escena del crimen la noche en que la víctima del parque fue encontrada, ni sus vagas explicaciones de por qué estaba allí.

Sonó el teléfono de su mesa.

—Inspector Barezzi, la doctora Elizondo quiere verle.

El inspector alzó las cejas grises de lobo.

—Hágala pasar.

—¿Sala de visitas?

Barezzi miró alrededor: el panel a su espalda con mapas y fotografías del caso, Ruano trabajando en una mesa a unos tres metros de la suya y otro par de subinspectores al fondo de la sala.

—No, que venga al área de investigación.

En cuanto ella traspasó el umbral, notó que algo le pasaba. Nash siempre parecía segura, como si tuviera un propósito, un norte marcado en su brújula. Pero hoy estaba diferente.

—No voy a decir que no me alegro de verte, pero ¿qué haces aquí?

Ella ignoró su galantería.

—Quería saber si hay algún avance en el caso que puedas contarme. Alguna pista sobre la identidad de la dueña de ese bolso que encontrasteis.

El inspector la miró suspicaz, no porque no creyera en su interés por la posible víctima, sino porque algo en su actitud le hizo pensar que la que tenía avances en el caso era ella.

Nash se ajustó la mascarilla para justificar bajar la mirada.

—Quizá no lo creas, pero me preocupa esa chica.

—Nunca lo he dudado. Ni por un momento —dijo él invitándola con un gesto a sentarse frente a él.

La doctora lo hizo en el borde de la silla, como si no pensara quedarse mucho. Recorrió la estancia con aquella mirada inquisitiva que él ya conocía, pero entonces se dio cuenta de que algo había llamado su atención: el mapa del panel mostraba el lugar donde apareció el coche de Newman en el interior del túnel.

—¿Te apetece un café? —preguntó poniéndose en pie.

—Gracias. Con un poco de leche y azúcar.

Quizá porque estuvo seguro de que lo rechazaría, le pareció que lo aceptaba casi con alivio. El inspector se alejó en dirección a la cafetera sin perder de vista a su invitada. Nash seguía mirando el mapa sin pestañear. Entonces, como si hubiera sido sorprendida en falta, se dio la vuelta para comprobar si él se había percatado de su interés. Barezzi disimuló.

Puede que la doctora Elizondo fuera una magnífica psiquiatra y psicóloga, pero no estaba familiarizada con los métodos policiales. Ni con el modo en el que «por casualidad» alguien se presentaba en

comisaría para hablar con el investigador al mando y terminaba viendo fotos y mapas. Creía que su interés por la víctima era genuino, pero esa no era la razón que la había llevado allí. Por eso la había hecho pasar al área de investigación criminal en lugar de recibirla en una sala aséptica y carente de información.

Cuando regresó con los cafés, se sentó ante ella y esperó en silencio, consciente de cómo, casi, se esforzaba para no mirar el mapa tras su cabeza. Pero la inquietud era evidente en sus ojos: alternaban movimientos rápidos con los que observaba todo a su alrededor y largas miradas al vacío. Estaba pensando.

—Lo cierto es que quería hacerte una pregunta. Quizá te parezca una tontería, y entendería si no puedes revelármelo. Pero querría saber qué había en el bolso de la víctima del parque.

Barezzi pareció pensarlo un par de segundos, tras los que asintió, como si hubiera decidido que no había nada malo en ello. Abrió un cajón y sacó una página impresa y la sostuvo en el aire.

—Se llamaba Sofía. Sofía García.

Nash asintió respetuosa.

—Sofía —susurró.

—No tengo problema en dártela. Supongo que es interés profesional, pero antes me gustaría que me dijeras qué buscas.

Ella dudó durante un segundo.

—Aún no lo sé. Pero hay mucha información emocional en lo que una mujer lleva en su bolso, en todos los objetos que atesoran los seres humanos. Una parte importante de mi trabajo se basa precisamente en interpretar el mensaje oculto de los objetos de los que alguien se rodea antes de su muerte, sea esta del tipo que sea, y bastante más allá de lo que sería una pista para la policía, nos habla de cómo estaba.

—Código NASH —dijo Barezzi tendiéndole la hoja.

Ella repasó el listado de objetos rápidamente.

—¿Tienes también la relación de lo que contenía el último bolso que apareció en la calle?

El inspector abrió de nuevo el cajón y le entregó una segunda lista.

—Por supuesto, la opinión de una psicóloga forense nos vendrá bien, pero ya hemos revisado y comparado el contenido de los bolsos; es normal. No hay nada llamativo en ellos. Llevaban las típicas cosas que llevaría cualquier chica, algunas en común, algunas diferentes. En el caso de Sofía: cartera, documentación y tarjetas de crédito, tampones. No hallamos documentación ni nada que permitiese identificar a la propietaria del segundo bolso. Sin embargo, había cincuenta euros, lo que descarta que fuese sustraído con el fin de robar.

Tecleó en su ordenador.

—Cosas en común: maquillaje, pañuelos de papel, gafas de sol. Las de Sofía, Ray-Ban; las del segundo bolso, de Zara. En el bolso de Sofía encontramos un rosario. Su padre nos dijo que son católicos practicantes. En el segundo hallamos dos muestras de perfume como las que a menudo te regalan cuando compras una colonia, chicles, compresas y dos mascarillas usadas. Las dos llevaban tickets de compras en metálico, ninguno reciente; estamos cotejando los horarios con vídeos de seguridad de los comercios. Lo más significativo del primer bolso es el rosario. Lo más significativo del segundo es que no hay nada que ayude a identificar a su propietaria. También falta algo en común: el teléfono. ¿Por qué estás aquí, Nash? —preguntó Barezzi a bocajarro.

Ella lo miró de hito en hito.

—No lo sé. Por si puedes contarme algo que me ayude a entender.

—Pues lo cierto es que sí que tengo noticias.

Habría jurado que ella contenía el aliento mientras esperaba.

—Te conté ayer que la policía estaba teniendo problemas para localizar a Annie Doyle, la hermana de Collin, el terrorista irlandés. Tenemos novedades. La casa ardió hasta los cimientos, no queda nada y no hay rastro de Annie. Está en paradero desconocido. Hemos tratado de localizar a otro familiar vivo, pero, como te dije, sus únicos parientes eran sus padres. Ambos murieron hace muchos años y, según la policía irlandesa, fueron enterrados en una fosa común, con lo que hallar ADN con el que comparar es imposible.

—¿Y qué creen que ha pasado?

Negó con la cabeza.

—No lo saben. —Levantó sus manos de dedos largos como conteniendo la deducción—. Pero es llamativo que, en el preciso momento en que queremos identificar a Collin, ella desaparezca y su casa entera arda. La policía irlandesa afirma que siempre fue muy combativa, y que sus ideales no habían cambiado. Se resistió a dar la muestra de ADN, y se puso en contacto con un abogado para retrasar la acción. Pero me llama la atención que una señora anciana, por muy combativa que sea, le prenda fuego a su casa solo para impedir que identifiquen a su hermano. Aunque cosas más raras se han visto. Justo antes de que llegaras, estaba viendo esto.

Tocó con su índice largo y huesudo la pantalla de su ordenador.

—Tenemos las imágenes de la cámara de un cajero, de la noche en que Sofía desapareció de camino a casa. Se la ve pasando por una calle y una figura masculina que la sigue a pocos pasos de distancia.

Sin preguntar si quería verlas, giró hacia ella la pantalla mientras observaba atentamente su reacción.

Nash intentó sustraerse del impacto de ver viva a la princesa escocesa. Solo un instante, mientras se cruzaba frente a la cámara, y al hombre que fue captado segundos después de que lo hiciera la chica. El inspector congeló la imagen y Nash la estudió, consciente de que él escrutaba milimétricamente cada una de sus reacciones.

No era Newman, pero podría ser el detective Star. Se movía como un hombre joven, pero eso no era suficiente. El rostro estaba vuelto hacia el otro lado de la calle; las imágenes no permitían percibir el color del cabello. Un hombre, que podía ser joven, o caminar como alguien que lo fuera, que no portaba nada en las manos, con traje, sin corbata.

—¿Te recuerda a alguien que conozcas?

«¿Me recuerdas?» Le asaltó de golpe el eco de aquella voz que, unida a la imagen, le trajo un nombre que descartó de inmediato.

—No. —Lo miró—. Podría ser cualquiera.

El Lobo clavó sus ojos grises en los de Nash.

—Deberías corresponderme con la misma moneda. Te presentas aquí y me pides que te cuente, y yo lo hago, pero tú no me das nada a cambio. ¿No me merezco la misma confianza?

¿Y qué podía contarle? Un montón de interrogantes pasaron por su cabeza. ¿Que los drogaron? ¿Podía hablarle de todas las personalidades que parecía tener Benedict Newman? ¿Que se levantaba a cocinar por las noches? ¿Que sus manos tenían heridas recientes?

Entonces el inspector dijo:

—No me has dicho que tu sabueso iba a salir del país.

La sorpresa debió de reflejarse en su rostro, porque aclaró:

—Me refiero a Scott Sherrington. ¿Por qué no me has dicho que estaba en Escocia? ¿Quizá porque él también cree que este caso está conectado con esos crímenes del pasado?

—¿En Escocia?

—Los cité en comisaría, pero solo se presentó su socio con un montón de disculpas absurdas. Pero te creo, quizá tu sabueso no te pone al día de sus hallazgos. Y es curioso, porque él también me pidió conocer el contenido del bolso de la víctima cuando lo trajimos a comisaría tras pillarle merodeando por la escena del crimen.

Nash apretó el bolso contra su cuerpo y se dirigió hacia la puerta mientras decía:

—No sé de qué me estás hablando.

Antes de que llegara al umbral, el inspector dejó caer otra bomba:

—Encontramos el bolso ayer, pero en el laboratorio identificaron en la piel manchas recientes de agua de lluvia. La última vez que llovió fue hace tres días. Tu sabueso aún estaba en la ciudad.

Ella se detuvo. Al Lobo le habría encantado ver el gesto de la boca cubierta por la mascarilla. Por un instante pareció que volvería sobre sus pasos, pero se giró de nuevo hacia la salida y se fue.

Barezzi hizo una señal a Ruano en cuanto Nash traspasó la puerta. El subinspector se puso en pie y la siguió.

El jefe de Homicidios accionó de nuevo el vídeo, seguro de que la doctora Elizondo había visto en esas imágenes algo que no le había dicho. Se dio cuenta de cómo había tratado de aparentar control manteniéndose imperturbable. Pero había sido precisamente esa intención de control lo que le había hecho sospechar.

Tocó una tecla para volver a ver ahora las imágenes del interior del túnel cuando encontraron a Newman dentro del coche, e

inmediatamente las de Newman saliendo del hospital por urgencias la primera noche que se fugó. Se preguntó si podía haber más grabaciones del escritor en alguna parte.

Levantó el teléfono y marcó un número.

—¿Doctora Duval?

58

Noah Scott Sherrington había trasladado el ordenador de Gibson a la habitación de invitados junto con la impresora que había llegado esa misma mañana por Amazon. Llevaba horas imprimiendo material del caso, sobre todo fotografías. Seguía trabajando a la antigua usanza y no confiaba demasiado en las pantallas. Necesitaba las imágenes ante sí, poder tocarlas, disponerlas sobre la cama, compararlas.

Desde que había visitado las ruinas de Harmony Cottage junto al lago, algo que Gibson le había dicho persistía en su mente. Sentía en todos los poros de su piel que algo se le había escapado entonces, hacía cuarenta años. Estaba seguro de que el espíritu de John Biblia seguía ligado a aquel lugar. Allí fue donde había nacido. Y allí también fue donde había nacido el monstruo.

Se levantó y caminó hasta la ventana. Afuera, la tarde escocesa se volvía gris. El jardín de Gibson estaba bien cuidado; Noah supuso que gracias a las exigencias de su esposa, Gibson era la clase de hombre capaz de grandes cosas siempre que alguien lo espoleara lo suficiente. Geranios, monardas y phlox. Tan distinto a aquel terreno yermo junto al lago donde John Clyde había crecido.

Volvió a la cama y contempló las fotografías. En su investigación cuarenta años atrás, mientras construía el perfil del fantasma que se llevaba a mujeres no demasiado altas, con el cabello negro, había logrado remontarse hasta el tiempo en que John Biblia era un joven estudiante en la universidad. El caso de dos jóvenes que desaparecieron en aquel periodo. Pero ahora tenía la corazonada de que aquello había comenzado muchísimo antes. Que aquella pequeña casa junto al lago guardaba los secretos fundacionales del mal mismo, y que tenía que ir mucho más atrás en el tiempo si quería entenderlo.

Volvió a pensar en la distribución de Harmony Cottage. La habitación pequeña donde la madre y las tías, y hasta la joven esposa, dormían apelotonadas en camitas estrechas. Y después la habitación de John, la más grande, con su cama amplia, sus armarios llenos de ropa de calidad. Prendas sobrias, de buen corte. El espejo de cuerpo entero. Los privilegios de un pequeño reyezuelo en una casa con cuatro mujeres, que trabajaban como limpiadoras en hoteles, en apartamentos para turistas, en los barcos de excursiones por el lago. Mujeres que vivían humildemente, con poca ropa y pocos enseres, que se hacinaban en espacios diminutos para que él tuviera su reino.

Y detrás de la casa, el cobertizo de madera incrustado en el talud. Su refugio privado. Nadie más entraba allí. Las estanterías repletas de libros, la estufa de queroseno naranja brillante, la alfombra de lana. Un espacio masculino del que ellas estaban excluidas.

Los únicos pequeños lujos de los que gozaban eran regalos que John les hacía. Regalos que después se comprobó que habían pertenecido a algunas de las víctimas.

Noah lo había pensado durante años. John proyectaba en sus víctimas lo mucho que odiaba a las mujeres de su familia. Pero ¿por qué? ¿Por qué las odiaba tanto si habían sido sus servidoras, sus esclavas?

Recordaba el modo en que la doctora Natalia Elizondo se lo había revelado. De dónde podía proceder aquella pulsión por atacar a mujeres justo cuando tenían la menstruación. El modo en que las detectaba. De dónde provenía un olfato tan agudo, un sensor extraordinario para distinguir a las mujeres en aquellos días, para cercarlas y darles muerte mientras menstruaban.

La doctora estaba convencida de que los abusos sexuales habían comenzado en su infancia, y se habían prolongado hasta que él había sido capaz de dar la vuelta a la situación. Sometiéndolas. Esclavizándolas. Convirtiéndolas en sus sirvientas. Castigándolas con su presencia.

Noah miró una vez más las fotografías que había revisado años atrás. Las escasas imágenes que existían de John Biblia de adulto. El propio John se había ocupado de hacer desaparecer cada una de las

fotografías que le habían tomado en distintos momentos de su vida. Desde la que acompañaba su solicitud universitaria hasta la de los pocos carnets identificativos que se había hecho a lo largo de los años. De su tiempo en la escuela quedaban unas pocas fotos de los anuarios de cuando era un crío.

Y la que ahora tenía delante.

Se detuvo.

En ella aparecía un grupo de unos quince chavales de entre diez y doce años. Se suponía que John era uno de los que se había situado más atrás en la foto. Noah no había visto nunca esa imagen. Dedujo que apareció en la investigación que se inició después de que él consiguiera detener y dejar escapar en la misma noche a John Biblia. Después de que ingresara muerto en el hospital y justo después de que su jefe lo apartara del caso y él decidiera irse del país.

Amplió todavía más la fotografía en la pantalla del ordenador.

Todos los niños llevaban medallas deportivas colgando del cuello. Vestían chándal idéntico. Y tenían el cabello pegado al cráneo. ¿Con sudor? ¿O quizá no?

Se quedó inmóvil, escudriñando la imagen.

El cabello mojado. Las medallas. Los chándales idénticos. Natación.

Accionó la impresora y abrió la puerta de la habitación llevando la foto impresa en la mano y gritó hacia el pasillo:

—¡Gibson! ¡Gibson, ven!

El capitán apareció en la puerta de su despacho con expresión preocupada y Noah le tendió la fotografía.

—Esta fotografía, yo no la había visto nunca.

Gibson la observó.

—Supongo que apareció después de que te fueras.

—¿Cuál de ellos es John?

—Creo que es uno de los que están más atrás, más bajo y delgado, un crío anodino; se diría que tiene al menos un par de años menos que los demás.

—Un crío cualquiera, gris e invisible —murmuró Noah.

Después volvió a mirar la foto.

—Está claro que es un equipo. ¿De qué?

—De natación —dijo el capitán.

Noah sintió que algo encajaba. El lago. La casa junto al agua. Los abusos. El olor. El sensor para detectar a las mujeres menstruando.

—¿Es el equipo del instituto?

—No creo. Es un equipo comarcal.

—Si era un equipo comarcal, tendría un entrenador.

Gibson lo miró con cautela.

—Sí. Creo que en su momento hablamos con él. No aportó gran cosa.

Noah lo miró fijamente y Gibson supo lo que quería.

—No. Joder, ni siquiera sé si podré localizarlo. Aún hay muchas restricciones por la pandemia. No podemos ir a hablar con la gente así como así.

—¿Era joven?

El capitán hizo memoria.

—Unos cuarenta y tantos cuando Biblia huyó, pero era poco más que un crío cuando entrenaba al equipo, y no se acordaba de gran cosa.

—Tendrá ahora ochenta y tres u ochenta y cuatro; con un poco de suerte habrá sobrevivido al covid —dijo Noah.

—Muy mala idea, Scott Sherrington.

—O me llevas tú o iré yo solo —dijo con voz tranquila—. Y si me para una patrulla, diré que soy tu invitado.

Gibson le sostuvo la mirada durante unos segundos. El capitán exhaló despacio.

—A Mildred no le va a hacer ninguna gracia que salgamos ahora.

Noah no dijo nada. No era esa la respuesta que esperaba oír. Solo siguió mirándolo.

Finalmente, Gibson asintió con resignación.

—Dame diez minutos. Y tráete esa foto.

Noah volvió a la habitación y contempló una vez más la imagen. Quince niños con medallas de natación. Uno de ellos era John Biblia. Sintió el corazón —el corazón de Rafa— latiendo en su pecho. No sabía si aquella foto contenía la respuesta que llevaba casi cuarenta años buscando. Pero tenía una corazonada; tuvo que morir una vez

para aprender a no ignorarlas. La segunda vez lo hizo para volver con un corazón que ahora latía con fuerza indicándole el camino.

59

Nash sacó el teléfono del bolso antes incluso de salir de las dependencias policiales. Marcó el número de Noah. Silencio absoluto. Los inhibidores de la comisaría todavía debían estar bloqueando la señal. Su cabeza bullía con un millón de preguntas. Hacía apenas una hora que había hablado con Noah; le había contado sus intenciones y, sin embargo, él no le había mencionado que conocía el contenido del bolso. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué no le había dicho que estaba en Escocia? ¿Por qué intentaba ocultar a la policía que había salido del país? Nash necesitaba respuestas, necesitaba descartar la sensación de sospecha, la familiaridad de los gestos del hombre que aparecía en las imágenes del cajero y del eco de aquella voz: «¿Me recuerdas?».

Se giró para comprobar que se había alejado lo suficiente de la jefatura y vio a Ruano. Caminaba a unos cincuenta metros detrás de ella. Estuvo segura de que la seguía. Guardó el teléfono en el bolso y apuró el paso hasta llegar al coche. Arrancó el potente motor del Mustang y deshizo el camino en dirección contraria solo por darse el gusto de saludar a Ruano cuando se cruzó con él.

—Hasta luego, pipiolo —dijo cerciorándose de que él pudiera leer sus labios.

Dos metros más adelante le ordenó al coche:

—Llama a Noah.

El sistema de sonido del coche amplificó la señal de llamada, pero tampoco hubo respuesta. Llamó tres veces más antes de aparcar en la entrada de la mansión.

Al pasar hacia el despacho, vio que la puerta de la biblioteca permanecía cerrada. Sarasola ya había avisado de que sería una larga sesión. Cerró tras de sí la cristalera francesa, encendió las

luces y sopló con fuerza mientras se preparaba para acometer aquella tarea.

Empezó por lo más obvio: los cajones de la mesa de Newman. Ya los había revisado días atrás, cuando trataba de hacerse una idea del hombre que era su padre. Hoy la misión era otra. Buscaba el informe hospitalario del ictus, un sobre con alta médica, pruebas, resonancias; el tipo de documentación que un hospital privado en otro país entregaría al paciente para que se lo hiciera llegar a su médico.

Al abrir el primer cajón percibió la leve nota almizclada que ya había creído reconocer en la visita anterior. Recambios de tinta, plumas, la libreta de tapas negras. Sin documentos. Recordó entonces la clave de acceso que le habían pedido en aquella extraña llamada a Orbis y hojeó la libreta buscando una secuencia de números, o quizá una palabra suelta entrecomillada, subrayada. Nada. Las notas eran una corriente de pensamiento, análisis sobre la narrativa interna. La dejó en su sitio y, entonces, percibió el sonido de tambor característico de los dobles fondos. Extrajo el contenido, tiró de la lengüeta de tela que asomaba y encontró el hueco: una veintena de pendrives. Abrió el ordenador de Newman y empezó a probarlos uno a uno.

Todos contenían lo mismo: archivos de texto. Copias de las novelas de la serie Colt Star. *Ciudad sin poesía*. *El río de plomo*. *Doce puntos de sutura*. *Secretos tras el velo*. *Malas noticias*. *La ciudad respira*. *Desesperados*. *Corte en Y*. *Metáfora obvia*. Nash los fue abriendo con la misma paciencia metódica con que habría revisado cualquier prueba, hasta que el décimo le confirmó lo que los nueve anteriores ya sugerían: no había nada más. Solo novelas. Copias de seguridad de un escritor que desconfiaba de la nube o quizá simplemente de todo.

Repitió el proceso con el resto de los cajones. Todos con dobles fondos. Todos vacíos. Cuando hubo acabado con la mesa, resopló impaciente y miró la decena de armarios bajo las estanterías.

Iba por el tercer compartimento cuando Robert entró tras llamar dos veces a la puerta.

—Nash, no sabía que habías regresado. —Frenó su avance, extrañado—. ¿Qué estás haciendo?

Se volvió hacia él y contestó malhumorada.

—¿Qué hago? ¿Eso es lo que quieres saber?

El mayordomo la miró sin comprender.

—Busco el informe del hospital que atendió a Benedict Newman hace un año cuando sufrió el ictus.

—Oh, es importante. ¿Quieres que te ayude?

Ella alzó las cejas y lo miró.

—Pues no lo sé, Robert. La verdad, no sé qué decirte. Dime una cosa, si lo encuentras, ¿lo barrerás debajo de la alfombra?

Robert la miraba desconcertado.

—¿O quizá lo sacarás a la basura de madrugada, como haces con lo que Newman cocina mientras se supone que está dormido, que está en la cama, o mientras está en casa?

El mayordomo bajó la cabeza y entornó los ojos.

—Lo siento mucho, Nash.

—¿Qué es lo que sientes?, ¿mentir?, ¿engañar?, ¿o encubrir a Newman?

Robert alzó la cabeza y la miró de frente.

—Lamento que hayas tenido que enterarte así.

—Oh, claro. Habría sido muchísimo mejor que nunca me hubiera enterado. Ese era el plan, ¿no?

—No sé lo que crees, Nash, pero te lo puedo explicar todo.

—Lo que creo es que has estado encubriendo las salidas de Newman. Ahora que recuerdo, tú estabas de guardia la primera noche cuando escapó del hospital. ¿Le ayudaste entonces también?

—No, por supuesto que no. Y te puedo garantizar que Newman no ha salido de la casa.

—¿Por qué tendría que creerte? Hay dos enfermeras en la casa; sin embargo, tú le haces las curas. Encontré las vendas ensangrentadas. Es imposible que siga sangrando casi cuarenta y ocho horas después de causarse las heridas. Yo las vi mientras le hacían las primeras curas en el hospital, y creo que lo que vi cuando le cambiabas los apósitos son heridas nuevas, recientes. Creo que

también había sangre en la cama. Te apresuraste a lavar las sábanas y las blanqueaste con agua oxigenada para que no quedara rastro.

Dio un paso hacia él. Robert no retrocedió.

—Esa noche alguien nos drogó con un medicamento que encontré en la caja fuerte de Newman. Por la mañana nos despertó la policía para decirnos que había aparecido un nuevo bolso en la calle. Un bolso que podría ser la señal de que una mujer ha sido atacada. ¿Y tú me dices que puedes garantizarme que Newman no salió en toda la noche?

Una sombra de duda cruzó su rostro.

—Es imposible. Las enfermeras velaron su sueño. Si él hubiera salido, lo habrían visto.

—Si les dio a las enfermeras lo mismo que a Sarasola y a mí, pudo haber salido y regresado.

—Tú lo has visto. ¿De verdad crees que ese hombre es un asesino? Tú no le conoces.

—En eso tienes razón. Y eso es precisamente lo que me hace ser objetiva. Soy una analista de la mente, y sé, Robert, que, en la medida en que vas conociendo a las personas, te vas dejando influir por lo que quieren que creas de ellas, por la imagen que pretenden dar. Y tú quieres dar una imagen de lealtad y de cuidado, y es exactamente eso lo que me ha confundido. Porque es lo que haces: ser leal. Pero no a mí. Ni a la verdad. Ocultaste las vendas, quitaste las manchas de sangre de las sábanas antes de que las vieran las enfermeras.

Robert no contestó. Se mantuvo impertérrito, muy serio, con un leve aire de ofensa.

—Karim ha visto en varias ocasiones la luz de este despacho encendida durante la noche. Ayer alguien estuvo cocinando. Sabemos que no pudo ser el detective Star. No sabe freír un huevo; se lo dice a todo el que quiera escucharle. Pero quien estuvo en la cocina preparó un plato propio de Arzak, algo que es imposible que hubiera hecho el detective Star. Un plato que le llevó horas cocinar. Eso que Newman suele hacer para relajarse: una cocción lenta que puede dejarse en el horno durante horas mientras se sale a hacer otra cosa.

Robert no bajó la mirada, pero sus dedos se cerraron ligeramente.

—Has salido de madrugada a tirarlo al contenedor. Y no es la primera vez. Llevas días haciéndolo, cada una de las noches que Newman ha pasado en esta casa. Karim te vio. No te molestes en negarlo. Recogió los restos y los tiene guardados en su congelador.

Robert volvió a repetir aquel gesto parecido a la vergüenza: bajó la cabeza y cerró los ojos mientras inhalaba con fuerza, consciente de que ella sabía que le había mentido. Pero permaneció en silencio.

La indignación de Nash iba subiendo enteros.

—¿Por qué no contestas? ¿Por qué lo encubres?

El mayordomo hizo una mueca de contrariedad. Cuando al fin contestó, la voz le salió serena y controlada, con cierto matiz de pesar.

—Creo que está enfermo, Nash. No sé cómo funcionan las personalidades, no sé qué hace salir a Newman, qué hace que regrese a donde sea que va. Pero lo que sí sé es que no es un asesino. Y te doy mi palabra de que no ha salido de esta casa.

Ella lo miró estudiando sus gestos. Comenzó a negar con la cabeza antes de decirle:

—No puedo creerte. Me has mentido todo el tiempo y sé que hay algo más que no me dices. Será mejor que salgas de aquí. Tengo que encontrar ese informe.

—No soy tu adversario, Nash. —Y después añadió en voz mucho más baja—: Más bien todo lo contrario.

Nash se volvió hacia la estantería y no se movió hasta que oyó el suave clic de la puerta al cerrarse.

Se entregó al registro durante casi dos horas más. Revisó cada compartimento, cada carpeta, cada sobre, cada cuaderno de notas. Nada. El informe no estaba allí. O nunca había existido o alguien lo había ocultado muy bien.

Cuando subió a su habitación, exhausta, encontró sobre el escritorio una bandeja con unos bocadillos y algo de fruta que le había preparado Robert. Reparó en los detalles. La fruta cortada en gajos finos, no en trozos. La servilleta doblada con cuidado. Una jarra de agua todavía fría. Y, junto al plato, sin florero, acostada sobre el lino blanco, una rosa amarilla.

Nash se acercó despacio. La cogió con cuidado. Era una rosa perfecta, todavía sin abrir, recién cortada. El tallo verde, vivo, húmedo en el corte. Se la acercó a la nariz casi sin pensarlo y un aroma denso y dulcísimo subió hasta ella. Permaneció así unos segundos, con los ojos cerrados. Después la dejó otra vez sobre la bandeja, variando apenas la posición.

Robert había salido al jardín, había elegido una flor, la había cortado y se la había llevado a ella. No era una bandeja preparada por alguien que la considerara su adversaria.

Nash no se permitió ninguna conclusión más.

Se asomó a la ventana y vio a Karim fumando en su porche. Él también la vio, levantó una mano y la saludó. Nash no contestó al saludo. Esperó un par de segundos para asegurarse de que la viera, retrocedió un paso y corrió la cortina. Hoy no tenía paciencia para él.

Tomó la jarra y vertió un poco de agua. Cogió la rosa de la bandeja, se la llevó de nuevo al rostro y, tras aspirar su aroma, la puso en el vaso asegurándose de que el líquido cubría el corte en el tallo.

Cogió su teléfono e hizo un nuevo intento de comunicar con Noah. No contestó.

Llamó a las Mitxelena y cerró los ojos, viajando mentalmente a la cocina de su caserío de Elbete antes incluso de que ellas contestaran. Les hablaría de todo: las mentiras, las confrontaciones, la búsqueda infructuosa. Pero solo durante unos minutos. Después pasarían a lo importante: si la gata había comido, si llovía en Baztán, cuándo volvería a casa.

Las cosas banales que la devolvían a la versión que quería de sí misma.

En un par de minutos, y con cada palabra, aunque siguiera atrapada en aquella mansión de espejos, de alguna manera ya habría regresado.

60

El apartamento de Jake Timothy estaba en un edificio residencial a las afueras de Glasgow. Los zapatos de Gibson patinaban sobre el terrazo pulido y los de Scott Sherrington emitían un crujido gomoso y ridículo. Un bloque bastante impersonal que olía a nuevo, con pasillos amplios y limpios, donde todos los pisos parecían idénticos.

Timothy abrió la puerta con la mascarilla colgando del cuello y la expresión entre sorprendida y aturdida que hizo pensar a Noah que quizá estaba medicado. Se quedó un instante mirándolos, como si tardara en procesar la presencia de dos hombres en su umbral, y enseguida se llevó la mano al cuello con cierta torpeza para subirse la mascarilla.

—Disculpen, no esperaba a nadie.

Gibson mostró su identificación y Noah se mantuvo unos pasos atrás.

—Señor Timothy, soy el capitán Gibson. Nos gustaría hablar con usted con relación al caso John Biblia.

La sorpresa se convirtió en algo parecido al interés. Timothy asintió y les hizo un gesto para que pasaran.

—Adelante, por favor.

El apartamento estaba limpio en apariencia, y ordenado, quizá algo vacío. El salón, el comedor y la cocina formaban un solo espacio abierto. Sobre la mesa humeaba un plato con pescado y guisantes en salsa que Timothy, era evidente, se acababa de servir. Junto al fregadero, Noah distinguió el envoltorio de comida precocinada. La mesa del comedor parecía servir también como escritorio, con un ordenador y varios papeles dispersos junto al plato. La silla estaba orientada hacia el televisor, encendido con el sonido bajo en algún canal de noticias, y un mando descansaba junto al pan.

Timothy señaló el sofá y ellos se sentaron mientras él cogía una silla del comedor y la acercaba. La salsa de los guisantes se iba evaporando mientras hablaban, y Noah percibió el aroma nauseabundo que llenaba el espacio.

—Lamento que interrumpamos su cena —dijo Noah.

—No, no. En absoluto, no tiene importancia, ni siquiera tenía demasiado apetito. Me alegra tener visita. ¿Puedo ofrecerles té?

—No será necesario, gracias —rechazó Gibson.

—¿Seguro? Lo tengo hecho desde ayer, pero puedo hacerles uno nuevo, no es molestia.

—De verdad, no se preocupe.

Timothy se acomodó en la silla y, antes de que Noah pudiera decir nada, comenzó a hablar.

—Me interrogaron hace años, cuando se confirmó que John Clyde era..., bueno, ya saben. La verdad es que en aquel momento no tenía demasiado que decir. Intenté colaborar entonces y lo haré ahora, por supuesto. Lo que necesiten.

Noah sacó la fotografía del bolsillo interior de su chaqueta y se la tendió.

Timothy la tomó entre las manos y la observó durante unos segundos. Después asintió.

—Sí, claro. Me acuerdo. Quizá porque he recordado muchas veces ese momento en estos años. Estos meses sin salir le da uno muchas vueltas a la cabeza. Uno se acuerda de personas en las que no había vuelto a pensar en años.

Señaló con el dedo a uno de los chicos situados más atrás en la imagen.

—Ese es John Clyde. Aunque, la verdad, nunca he creído que fuera John Biblia. Ya lo dije entonces.

—¿No? ¿Por qué? —se interesó Noah.

—Sí, ya sé la teoría, en muchos documentales sobre *true crime* eso es lo que dicen siempre los vecinos, que parecía buena persona, que no se lo pueden creer, pero no es por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Por el modo en que ocurrieron las cosas. He visto muchos documentales sobre John Biblia, hace poco escuché un pódcast. El

tipo se pasó años asesinando sin que tuvieran ninguna pista sobre su identidad y de pronto un policía lo sigue, lo captura en mitad de la noche, el policía cae fulminado como por un rayo y el tipo se esfuma.

Gibson se revolvió incómodo, pero Noah continuó calmado.

—Así que no cree que fuera eso lo que pasó...

—Con todos los respetos, eran otros tiempos; quizá llegaron a detenerlo, quizá el tema se les fue de las manos, quizá se lo cargaron en un interrogatorio, no se ofendan —añadió preocupado —, pero, como digo, eran otros tiempos, no sería el primero. Quizá solo se equivocaron. Pero un tipo que vive en los lagos no se esfuma así como así, y bueno, yo lo conocí poco, pero no sé. No me cuadra.

Noah se inclinó levemente hacia delante.

—¿Por qué no le cuadra?

Timothy dejó la foto sobre sus rodillas. Parecía encantado con el interés de Noah. Este se preguntó si era realmente un fan del crimen o era solo por tener con quien hablar.

—Porque John era un buen chaval —dijo casi conmovido—, obediente, tranquilo. Tampoco es que hablara mucho, pero se llevaba bien con todos. No se metía en problemas. Y era muy bueno nadando. Su profesor de gimnasia del instituto ya lo había detectado y me convenció para que entrara en el equipo comarcal.

Hizo una pausa y miró la fotografía de nuevo.

—Era un chaval muy disciplinado. Por esa época se pasaba el día en la piscina. A veces nadaba hasta que no podía más. Lo veía salir, vomitar junto a los vestuarios y después volver al agua. Estaba en su elemento. Yo estaba seguro de haber encontrado a un futuro campeón.

—¿Y qué pasó?

El entrenador exhaló despacio.

—Dejó de nadar de la noche a la mañana. Y por más que intenté convencerle, no lo logré. No quería nadar. Dejó el equipo. Ganar nunca le importó. De hecho, cuando ganamos esa medalla —señaló las medallas en la foto—, él fue el mejor, y eso que era el más joven del grupo.

—Al ver la foto me ha dado la sensación de que era más pequeño que el resto de los chavales…

—Es probable.

—¿No lo comprobaban para una competición comarcal?

—Entonces no se comprobaban esas cosas, y por decirlo de una manera suave tampoco teníamos ninguna intención. Ese chaval era el mejor del equipo, lo necesitábamos. Si había que decir once, eran once; si había que decir doce, eran doce. La suma de tiempos de todo el equipo mejoró gracias a él. Y, sin embargo, se puso atrás de todo en la foto, ¿lo ven? No era vanidoso, y desde luego no encaja con el carácter narcisista que siempre dicen que tienen ese tipo de asesinos.

Noah observó la imagen con atención. Era cierto. John Clyde estaba en la última fila, casi oculto detrás de los otros chavales.

Timothy se llevó las manos al rostro y lo frotó como si quisiera eliminar una capa de piel, su voz se volvió más blanda, sonó arrepentido.

—Yo entonces no era un hombre muy sensible. Acababa de obtener la plaza como entrenador comarcal, pero estaba más interesado en lograr títulos que en formar equipo. Me enfadé con el chico por no querer seguir nadando; apelé a su responsabilidad con el resto del equipo, le dije que nos iba a hundir si nos dejaba. Y al chaval le dio igual, o al menos eso pensé yo entonces. Hoy en día lo hubiera tratado de otra manera. Habría tenido una conversación con él. Si hubiera sabido entonces lo que le pasaba, habría podido ayudarlo.

Fue Gibson el que preguntó.

—¿Qué cree que le pasaba? ¿Por qué cree que habría podido ayudarlo?

Timothy lo miró a los ojos.

—Porque el chaval solo estaba triste. Estaba pasando un duelo. Yo no lo entendí en su momento. Pero lo comprendí después cuando supe lo que había pasado.

—¿Un duelo? —preguntó Noah.

—Sí. Había sufrido una terrible pérdida. A ver, todo el mundo estaba muy afectado; tuve una charla con todo el equipo. Ya saben,

somos una piña, estoy aquí para lo que necesitéis... Lo que pasa es que, cuando ocurren cosas así que afectan a toda la comunidad, no te fijas en los individuos, en cómo le perturba a cada uno.

Noah notó el latido del corazón de Rafa con más fuerza.

—¿Qué ocurrió?

Timothy miró hacia la ventana como si buscara el recuerdo en algún lugar lejano.

—Aquella pequeña, una chica de su edad. Era amiga suya; de hecho, los había visto alguna vez juntos, ella solía venir a verle entrenar.

—¿Qué le pasó a la niña?

—Pues la verdad es que no se sabe, aunque se supone. Coincidió con una gran tormenta. La cría solía ir a jugar al bosque; las aguas subieron súbitamente. Ocurre a veces. Estás en una llanura, crees que el agua no va a llegar ahí, y en cinco minutos no puedes salir por ningún lado.

—La niña murió en el lago —dijo Noah. No era una pregunta.

—No estoy seguro de que la encontraran. Sé que desapareció. Se hicieron batidas, se buscó. Y como todo coincidió con la tormenta, se dio por desaparecida. Ahogada, supongo.

—¿Recuerda su nombre?

El entrenador frunció el ceño haciendo un esfuerzo de memoria.

—No con exactitud. Mily, Cinthy o algo así; el apellido era Cross. No estoy seguro, no lo recuerdo bien, supongo que a la policía le seguirá constando. Pero nunca olvidaré aquel año.

Hizo una pausa y miró de nuevo la fotografía en sus manos.

—Fue el año en que estuvimos a punto de ser campeones. No lo logramos porque John Clyde dejó el equipo.

Gibson anotó algo en su libreta, pero Noah apenas se dio cuenta. Sentía el pulso acelerado, el corazón bombeando sangre a un ritmo que casi era audible en su oído interno.

Timothy siguió hablando, disculpándose de nuevo por no haber sido más compasivo entonces, por no haber comprendido que el chaval necesitaba ayuda, que había perdido a una amiga. Ahora, decía, lo habría manejado de otra manera. Habría hablado con él. Habría preguntado. Habría escuchado.

Pero Noah apenas lo oía ya.

Se levantaron. Gibson le tendió la mano y le agradeció su tiempo.

—Oh, pero ¿se van ya? ¿Están seguros de que no les apetece un poco de té?

—Se nos ha hecho tarde —se disculpó Gibson dirigiéndose hacia la salida.

Timothy se levantó también y los acompañó a la puerta. Justo antes de llegar al umbral se detuvo, como si acabara de acordarse.

—Esperen un momento. Conservo los teléfonos de algunos profesores y de un par de chavales del equipo. No sé quiénes seguirán vivos, claro. Antes organizábamos siempre cenas por Navidad, pero luego dejamos de hacerlas y, ahora, con la pandemia... Si les sirven, se los doy.

Se acercó a un pequeño mueble del recibidor, abrió un cajón y sacó una libreta de tapas gastadas. Se volvió hacia ellos abriéndola y buscando una página concreta.

—Le agradecemos mucho la atención, señor Timothy —dijo Gibson con voz cortés—. La policía ya habló en su día con todos los profesores y compañeros del señor Clyde. Tenemos los contactos archivados. No se moleste.

Timothy se quedó con la libreta abierta a medias. Bajó la mano despacio. La cerró con un dedo dentro, como si todavía pensara abrirla. Asintió.

—Claro, claro. Naturalmente.

Gibson salió el primero. Noah percibió su incomodidad; en su gesto se notaba que estaba deseando irse de allí. Aun así, Timothy los detuvo en el umbral.

—¿Puedo hacerles una pregunta? No tiene nada que ver con el caso... —titubeó.

Se detuvieron y Noah, que estaba más cerca de la puerta, lo miró a los ojos seguro de que habría preguntado cualquier cosa solo por retenerlos unos segundos más. Pero el peso de su duda le conmovió.

—En la televisión dicen muchas cosas, ya saben, pero ustedes son de la policía. —Hizo una breve pausa que contenía un ruego—. ¿Creen que volverá a ser todo como antes?

Gibson se volvió a medias.

—Las autoridades están trabajando para que vuelva a serlo, señor Timothy —dijo con la misma pulcritud con la que seguramente había repetido esa frase en varias ocasiones durante los últimos meses.

Noah lo miró a los ojos.

—No lo sabemos, señor Timothy. Nadie lo sabe.

Timothy asintió. Bajó la vista al suelo. Se quedó un instante en silencio, como congelado, sin mover la puerta. Después se despidió con un gesto pequeño y la cerró muy despacio, sin hacer ruido.

Salieron del edificio y caminaron hacia el coche. El frío de Glasgow le entró a Noah por las mangas. Gibson hablaba, comentaba algo sobre buscar los archivos de la desaparición de la niña, sobre el año, sobre cómo encajaba todo. Pero Noah no le escuchaba.

Solo sentía su corazón latiendo en el oído interno como una sucesión de latigazos sobre la tensa piel del tambor. Jadeó al reconocer la señal inequívoca, la fuerza de una corazonada que se estaba cumpliendo.

Se preguntó si John Biblia también tuvo alguna vez un corazón. Si se le rompió cuando tenía doce años y aquella niña desapareció para siempre robándole la ilusión, las ganas y lo poco que le quedaba de infancia. O si, por el contrario, nunca desapareció, si el corazón de John Clyde se convirtió en la tumba de aquella niña, inaugurando su particular cementerio.

61

Había dormido mejor de lo esperado tras la dura jornada del día anterior. Se levantó temprano poseída por una idea que le rondaba la cabeza. Tras una breve ducha, dedicó tiempo a arreglarse el cabello, que dejó suelto, comprobando que en los meses de confinamiento había crecido hasta rebasar los hombros.

Siguiendo el aroma del café recién hecho, entró en el comedor de la mansión. Incluso antes de hacerlo pudo percibir dos cosas: que todos se habían reunido allí y que, por el tono de las voces de los presentes, el ambiente tenso de los días anteriores había sido reemplazado por una suerte de euforia apenas contenida en la voz de Margot.

—¡Oh, ya estás aquí! —exclamó al verla.

—Buenos días —contestó con toda la indiferencia que podía aparentar.

Los sacerdotes estaban sentados a la cabecera de la mesa. Karim, que aquella mañana vestía uno de sus ajustados trajes italianos en color arena, se puso en pie al verla y separó de la mesa una silla al lado de la suya. Robert, de pie sirviendo el café, contestó apenas audible:

—Buenos días.

Pero por un instante, cuando sus miradas se cruzaron, Nash percibió la carga de pesar. No, no era pesar. Era arrepentimiento. Era evidente que lamentaba lo de la noche anterior.

Antes de que pudiera sentarse, Margot se acercó a ella y la abrazó efusivamente. Cuando la soltó y la miró a los ojos, le dijo:

—Oh, Dios mío, Nash, siento mucho cómo me puse, solo espero que comprendas que mi prioridad es y va a ser siempre salvaguardar a Newman y su carrera.

—Lo comprendo —contestó impasible, percatándose de que todos la miraban expectantes.

Se sentó ante la taza humeante de café que Robert acababa de servir.

—Ha ocurrido algo maravilloso, Nash —continuó la editora sentándose junto a ella y arrastrando por la superficie del mantel blanco un portátil con la pantalla abierta—. No sé cuántas veces habré llegado a decir en mi vida que el mundo literario es impredecible, mágico y sujeto a reglas que no rigen para el resto de la humanidad.

Nash, imperturbable, tomó un sorbo de café como si toda la perorata de Margot le diera igual. Ni con esas consiguió aplacar el entusiasmo de la editora.

—Mejor te lo muestro.

Puso el ordenador frente a Nash y accionó un vídeo que estaba en pausa.

Las imágenes correspondían a un magacín matinal. En la pantalla aparecía una de las reinas de las mañanas televisivas. La periodista hacía una reflexión junto a sus tertulianos en un sofá semicircular:

—A menudo se nos llena la boca hablando de segundas oportunidades, del derecho del ser humano a equivocarse, de que eso no sea un lastre de por vida. Benedict Newman representa al hombre que busca redención. Alguien que ha tomado conciencia de la dirección equivocada que llevaba su vida y que decide dedicar el resto de su existencia a regalar lo mejor de sí a los demás. Crear belleza, entretenimiento, mordiscos arrancados a su propia alma.

Hizo una pausa y continuó:

—Desde hace años soy lectora de Benedict Newman y en muchas ocasiones me he preguntado de dónde provenía su capacidad para explorar la profundidad del dolor, del sufrimiento humano. No solamente en novelas de gran calado editorial, como las que le hicieron merecedor del Princesa de Asturias, o las que le han llevado a estar constantemente en las listas del Premio Nobel. Incluso en su versión más popular, el detective Star escarba en la oscuridad del alma humana, pero lo hace siempre con piedad, con una irónica mezcla de crítica intrínseca en su obra e infinita compasión hacia los

que desean redimirse. Hasta en su *Ciudad sin poesía*, Newman es capaz de hallar el verso suelto, la esperanza.

La periodista se inclinó ligeramente hacia la cámara:

—No sé qué habrá de cierto en la posibilidad de que Benedict Newman fuera en el pasado un combatiente, uno de tantos jóvenes soldados equivocados. No con la defensa de los idearios que a menudo hemos visto desaparecer en nuestra era, sino con el método, con el uso de la violencia. Pero como ya cantó Antonio Flores, la belleza está en saber que recompondrías todo lo que rompiste, en saber que esta vez lo harías mejor, en decidir no volver a usar la violencia. Benedict Newman representa la esperanza del mundo, la esperanza en el ser humano. Y eso nunca puede ser condenado.

Los tertulianos y el público rompieron en una ovación.

Nash miró a Margot.

—Y no es la única. Ni se limita a España. *The New York Times* y *The Washington Post* le dedican foto en la portada y dos páginas completas en el interior. En redes sociales, *booktokers*, *influencers* literarios, críticos, hasta la jodida revista literaria más relamida y el crítico más impío se muestran benévolos.

—Vaya —contestó Nash sin saber muy bien qué decir mientras a su mente acudía la descripción que el jefe de informativos le había hecho de la voz de su informante, y de que no había solicitado una recompensa a cambio. ¿Quizá porque todo formaba parte de una estrategia?

—Eso no es lo mejor, Nash —continuó la editora—. Las novelas de Benedict Newman se están agotando en todas las librerías del mundo. Hemos puesto en marcha reediciones de toda su obra. La gente está haciendo cola para comprar su última novela.

—Enhorabuena, Margot. Me alegra que todo haya acabado bien.

—No ha acabado, Nash, no ha hecho más que empezar. De hecho —dijo poniéndose en pie—, tengo un Uber esperando fuera. Hoy haré un viaje relámpago a Madrid. Voy a estar en directo para hablar de Benedict Newman en todos los programas de más audiencia de su franja horaria. Todavía no sé si me dará tiempo a regresar o

tendré que pasar una noche fuera. La responsable de prensa me ha dicho que la agenda no deja de aumentar con nuevos compromisos.

Se inclinó sobre Nash y la besó arrebatadamente.

—De verdad que lo siento mucho.

Nash levantó una mano disculpándola. Y vio que Sarasola la observaba sin perder detalle.

La editora cerró el portátil y fue hacia la puerta, solo se detuvo un instante para besar en ambas mejillas al detective Star, que llegaba acompañado por la enfermera Virginia.

—Buenos días, bellas damas —dijo sonriendo; después miró a los hombres presentes e inclinó la cabeza con deferencia y se dirigió a Robert—. Muchacho, espero que esa cocinera tuya esté inspirada esta mañana, podría comerme un caballo.

—Eso no será problema, señor Star —contestó el mayordomo mientras disponía una taza para el detective y salía hacia la cocina.

Nash aprovechó la llegada para ponerse en pie y huir de las miradas que aquella mañana parecían converger en ella.

—Colt, ¿tienes un momento? Hay algo que me gustaría mostrarte.

El detective tomó de la mesa la taza de café caliente y la siguió hasta el despacho.

Incluso con la escasa luz que dejaban pasar las cortinas parcialmente echadas, pudo ver de inmediato que alguien, seguramente Robert, se había ocupado de ordenar las consecuencias del registro de la noche anterior.

—¿Has logrado hacer algún avance? ¿Tienes ya la información que te pedí? —preguntó el detective en cuanto cerraron la puerta.

—Sí, pero antes quiero mostrarte algo para ver qué te sugiere.

Sacó el móvil y buscó entre las fotos que había obtenido de su búsqueda en internet varias versiones de un mapa.

—Colt, ayer fui a comisaría y vi que la policía trabajaba en torno a este mapa. Al principio no supe identificar qué estaba viendo, no conozco este lugar. Pero luego me di cuenta de que son los alrededores del túnel. Míralo, por favor, y dime si alguno de los sitios te sugiere algo. Quizá al verlos se produzca una especie de conexión neuronal y recuerdes a dónde te dirigías o por qué ibas allí.

El detective dejó su taza sobre el escritorio, retrocedió hasta quedar apoyado en el respaldo del sofá mientras sostenía entre sus manos la pantalla del teléfono. Haciendo pinza con los dedos, fue aumentando porciones de la fotografía mientras estudiaba con detalle las nomenclaturas.

—Hay un enlace a la autovía que sale de la ciudad, en las proximidades hay también un importante cementerio, un par de polígonos industriales... —enumeró—. Pero nada de esto me dice nada.

—Hay otras versiones más amplias del mapa. Mira a ver.

El detective pasó a la siguiente foto y la estudió con atención mientras se mordía el labio inferior.

—Lo siento, querida —dijo al fin—. No veo nada en el mapa que me sugiera a dónde podía dirigirme.

—No importa. —Recuperó su móvil—. Solo era una idea.

Buscó otra fotografía y le tendió de nuevo la pantalla.

—Esta es la lista del contenido de los dos bolsos que han aparecido.

El interés del detective fue perceptible. Tomó el teléfono y deslizó la lista mientras leía.

—Aquí está —exclamó.

—¿Qué?, ¿qué has encontrado? La policía ya había hecho una comparación. Yo también inspeccioné el contenido. No hay nada que me parezca notable, excepto quizá el rosario.

—Tampones y compresas —dijo el detective—. Las dos tenían la menstruación.

Nash sonrió incómoda.

—Lo siento, pero la mayoría de las mujeres llevamos tampones en el bolso casi siempre, no solo cuando tenemos la menstruación. Para muchas, la regla no es regular, puede presentarse en cualquier momento. Además, siempre puede necesitarlos otra mujer. Es una consideración que tenemos entre nosotras.

El detective negó mientras sonreía levemente, imperturbable ante sus palabras.

—No, Nash. No lo entiendes, esto es justo lo que esperaba hallar. Ahora solo necesito saber si también los encontraron en el parque.

—¿Quieres decir donde apareció la chica?

Él asintió con gravedad.

—Colt, explícamelo. No puedo entender por qué puede tener importancia la presencia de algo que estoy segura de que casi todas las mujeres llevan en el bolso.

El detective le tendió el teléfono y se dirigió hacia la salida como si diera por terminada la conversación.

—Todavía no. Ahora voy a devorar unos huevos con beicon antes de que tus loqueros me expriman las meninges.

Abrió la puerta y se detuvo como si hubiera recordado algo.

—Benedict Newman tiene un avión privado, ¿verdad?

—Creo que sí —contestó ella—. ¿Por qué?

—Siguiendo la carretera de ese mapa hacia las afueras hay un aeródromo —dijo el detective desapareciendo por el pasillo en dirección al comedor.

Nash fue tras él, pero, apenas asomó la cabeza por la puerta del despacho, el padre Tadeo la interceptó.

—Doctora, el padre Sarasola y yo querríamos hablar con usted antes de empezar la sesión. Podemos aprovechar ahora mientras el detective Star desayuna.

62

—Pensábamos que ayer se quedaría para la sesión...

El padre Tadeo abrió su maletín y sacó un ordenador mientras hablaba.

—Otros asuntos requirieron mi atención —dijo Nash del modo más seco y cortante. Lo último que quería hacer era dar explicaciones.

—Sin duda —contestó Tadeo.

—Siéntese, doctora. —Sarasola le indicó una de las sillas y se acomodó frente a ella—. Ya le adelanté en nuestra reunión previa que la intención de la sesión de ayer era principalmente lograr establecer una conversación primero con el Carcelero, personalidad que ejerce de guardián y de la que nos habló Kevin, para que nos permitiera acceso a la Santa. Y debo adelantarle que, aunque muy larga y tediosa en algunos momentos, la sesión fue muy fructífera.

El padre Tadeo abrió el portátil sobre la mesa auxiliar y comenzó a buscar archivos mientras Sarasola continuaba:

—Dentro del complejo mundo del TID hay muchas clases de personalidades que pueden llegar a manifestarse. Del mismo modo que el FBI llevó a cabo una serie de entrevistas en los años setenta y ochenta y consiguió perfilar el carácter de muchos asesinos en serie, estableciendo así patrones de conducta que se repetían una y otra vez, el continuo estudio del TID ha permitido desarrollar un perfil recurrente.

—Ayer le dijimos que había aspectos en la narrativa de este caso que nos hacían pensar que podíamos hallarnos ante un caso auténtico —añadió el padre Tadeo sin apartar la vista de la pantalla.

Nash asintió despacio. El padre Tadeo se volvió a mirarla. Alzó la cabeza y empujó sus gafas sobre el puente de la nariz.

—Recapitulemos sobre las personalidades que se han mostrado. El niño que llora representa el trauma original —explicó Sarasola—. Kevin es el protector. Violento, chulesco, pero esencialmente defensivo. El escritor es la personalidad pública exitosa. El detective Star es la parte analítica y moral.

Hizo una pausa.

—Pero hay dos personalidades que entran en la partida y son decisivas. La Santa y el Carcelero. Y de estas dos, sin ninguna duda, la más importante es el Carcelero. Clínicamente, a este perfil se le denomina el guardián. Y es uno de los menos conocidos, por lo poco atractivo que resulta en el cine o en un fingimiento en internet. Básicamente, el guardián tiene la misma empatía que una institutriz inglesa del siglo XIX. Fría, educada, distante y aplicando la norma sin que la emoción tenga peso en sus decisiones.

»Y es quien conoce a todas las personalidades, su naturaleza y su estatus dentro del sistema —añadió Sarasola con énfasis—. Por eso era crucial hablar con él. Es quien controla los cambios entre personalidades. Puede decidir quién sale y quién no, y vigila el acceso a los recuerdos; protege el sistema evitando que salgan partes traumáticas en momentos inoportunos. En definitiva, entiende cómo funciona el sistema y, si se consigue contactar con él, suele ser de gran ayuda para el terapeuta.

Nash se inclinó un poco hacia delante.

—¿Cómo lo lograron?

—Con mucho respeto —respondió Sarasola—. Asumiendo su autoridad. Los guardianes no responden a órdenes emocionales, pero sí lo hacen a la lógica y a la seguridad. Si hubiera intentado forzar la salida del perseguidor, el guardián habría bloqueado el acceso, causando dolor de cabeza. Es lo que le ocurre al detective Star cuando se le obliga a recordar cuestiones que son propias de las otras personalidades: niebla mental o disociación total.

Sarasola cruzó las manos sobre la mesa, casi como si fuera a rezar.

—En este caso, el terapeuta debe actuar como un diplomático que negocia un tratado de paz. Pactando condiciones. El Carcelero no

obedece órdenes. Si cree que el sistema está en peligro, lo apaga, literalmente lo funde, dejando al sujeto en estado catatónico. Su criterio es siempre la razón y la seguridad del sistema.

El padre Tadeo giró el portátil hacia Nash.

—Voy a mostrarle algunos fragmentos de la sesión de ayer. Primero verá cómo el detective Star se relaja bajo hipnosis suave. Después aparece el Carcelero.

Accionó el *play*.

En la pantalla, el detective Star estaba recostado en el sillón. Los ojos cerrados. La respiración pausada. Sarasola hablaba con voz calmada, casi letárgica. El padre Tadeo adelantó el vídeo rápidamente.

—Aquí —dijo—. Observe.

El cambio fue sutil pero innegable. El cuerpo de Newman se enderezó. La postura se volvió rígida, militar. Las manos se colocaron sobre las rodillas con precisión geométrica. Los ojos se abrieron y miraron al frente sin parpadear apenas.

La voz de Sarasola en el vídeo:

—¿Con quién hablo?

—Con el sistema central.

La voz era agradable, pero mecánica. Constante. Sin inflexiones emocionales. La mirada indolente del detective Star había pasado a ser analítica, escrutando al terapeuta.

—¿Eres el Carcelero?

—Esa es la designación que utilizan las otras unidades.

—Gracias por acceder a esta reunión. Sé que has estado trabajando mucho últimamente para mantener en orden el sistema. Te agradecemos que lo hayas protegido.

Nash vio cómo asentía levemente.

—A menudo los guardianes suelen estar orgullosos de su eficiencia —comentó el padre Tadeo—. Conviene halagarlos.

—Necesito tu ayuda, Carcelero. He analizado los últimos incidentes, me refiero a lo que ocurrió en el túnel; sé que tú hiciste cuanto pudiste, pero ambos sabemos que la Santa está provocando mucha presión ahí dentro. Kevin habló de descontrol, y yo quiero ayudaros.

—Defina *ayuda*.

—Quiero proponer una negociación. Necesito hablar con la Santa. No voy a juzgarla, no voy a darle el control de la vida diaria. Pero necesito hablar con ella cinco minutos para entender qué dolor está intentando gestionar a través de la rabia, y así reducir la presión que tenéis ahí dentro.

Hubo una pausa.

—Negativo. Lo que propone es muy peligroso. La unidad designada como la Santa presenta inestabilidad crítica. Riesgo de daño al sistema.

—Comprendo tu preocupación. Pero precisamente por eso necesito hablar con ella. Para entender qué causa esa inestabilidad. Quizá para aplacar su dolor.

El Carcelero permaneció inmóvil durante varios segundos. Como si procesara información.

—Su dolor es necesario.

El padre Tadeo pausó el vídeo.

—Esto que acaba de decir el Carcelero es de vital importancia. El rol que ocupa la Santa en el sistema es lo que clínicamente se conoce como «un perseguidor». A menudo cargan con mucho dolor y rabia. Pueden buscar la autolesión, pero la mayoría de las veces lo hacen para matar el dolor, para castigar al cuerpo o para sentir control sobre el sufrimiento. Es con mucho una de las partes más difíciles de tratar, pero también es una de las que más compasión y comprensión necesita, pues a menudo cargan con mucha negatividad para que el anfitrión no tenga que hacerlo. Aunque otras veces... hay otra vertiente.

Sarasola tomó la palabra.

—En ocasiones se ha documentado que el perseguidor toma directamente aspectos y funciones propias de quien infligió el trauma original. Del agresor original. Lo imita para mantener a raya el sistema; es difícil de entender, pero de alguna manera asume que, si él mismo se causa el daño que le causaría el agresor, deja sin función a este.

Hizo un gesto a Tadeo para que accionase el vídeo en el momento en que el Carcelero contestaba.

—Proponga condiciones.

—Tú mantienes el control. Tú supervisas la interacción. Si consideras que el sistema corre peligro, conservas tu autoridad para intervenir y detener la comunicación inmediatamente.

Otro silencio.

—Condiciones aceptables. Proceda.

El padre Tadeo pausó de nuevo el vídeo y miró a Nash.

—Ese es el método. Hablarle con respeto. Reconocer su autoridad. Ofrecerle control.

—Fascinante —murmuró Nash.

Sarasola asintió.

—Ahora observe lo que ocurre cuando la Santa sale.

El padre Tadeo volvió a accionar el *play*.

En la pantalla, el Carcelero permanecía inmóvil. Entonces cerró los ojos. Durante tres, cuatro segundos no hubo movimiento alguno. Y de repente...

El cambio fue violento.

El cuerpo se desplomó hacia delante. Los hombros se encogieron. El cuello se estiró de forma antinatural, la cabeza se inclinó en un ángulo extraño. Las manos se contrajeron como garras. Todo el cuerpo pareció retorcerse desde dentro.

Cuando abrió los ojos, Nash estaba sobrepasada.

No era Newman. Ya no era el detective Star. Ni Kevin, ni mucho menos un niño. Ya no era el Carcelero.

Era algo completamente distinto.

Los ojos se habían vuelto enormes, saltones. Los labios se abrieron enseñando los dientes en una mueca que no era sonrisa ni grito. Algo intermedio. Algo perturbador.

Miró alrededor como lo haría un animal enjaulado. Como si buscase una salida, un arma, recursos. Entonces reparó en Sarasola, lo miró valorándolo; en sus ojos había ira contenida y un profundo odio.

La voz que salió fue aguda, chirriante, burlona:

—Buen día para un exorcismo, padre.

Nash reconoció el miedo atávico que reclamaba su terreno. El cine había surtido su imaginario con suficientes voces de demonio como

para pensar que estaba escuchando a uno, y quizá por eso le sorprendió aún más la reacción de Sarasola en el vídeo: el sacerdote la recibió a carcajadas.

Cuando paró miró a aquella criatura y le dijo:

—Me alegra comprobar que tienes sentido del humor.

—Y usted, buen gusto para el cine.

Nash levantó la mano pidiendo una pausa a Tadeo.

—No lo entiendo —dijo dirigiéndose a Sarasola—, ¿esta personalidad cree que está poseída?

—No, en absoluto. Se burla de mí. El saludo es parte del diálogo de la película *El exorcista*; es lo que el demonio le dice al padre Karras en su primera visita.

El padre Tadeo accionó de nuevo el *play*.

—¿Eso es lo que crees que vamos a hacer?, ¿un exorcismo? —preguntó Sarasola.

—¿Eso es lo que cree usted que tiene que hacer? —contestó ella.

—Dímelo tú. ¿Necesitas un exorcismo?

—Bueno, si usted fuese un exorcista y medianamente culto, ya sabría que de cualquier manera no iba a funcionar; para que un exorcismo funcione debe ejecutarlo un sacerdote de la fe que se profesa. ¿O pensaba limpiarme el aura con un huevo crudo?

Sarasola sonrió y asintió divertido.

—Tienes razón, y me has dejado claro que no eres católica.

—*Sola scriptura, sola fide, sola gratia, solus Christus, soli Deo gloria*.

—Las Solas.

—¿Los católicos pensabais que erais los únicos que sabíais latín?

—Ya veo que no, que eres muy culta, y muy lista, además. Pero eso da igual, no estoy aquí para hacer un exorcismo. Soy médico psiquiatra, igual que el padre Tadeo. Estamos aquí para tratar de ayudaros.

—¡Oh! Pero ¿ahora los curas estudian? Por fin la Iglesia católica se ha decidido a poner a sus sacerdotes a hacer algo que no sea engañar a la gente en latín.

Alzó ante su rostro las manos vendadas, simulando un aplauso que sonó sordo.

—Los católicos dais mucha risa.

Sarasola sonrió con beneplácito.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que te hace tanta gracia?

—La lista es larguísima: el modo servil en que os plegáis al papa, vuestra antinatural relación con Dios, la equivocada adoración a María. La lista es muy larga. ¿Quiere que continúe?

—Por favor.

—Lo más ridículo de todo, lo que más vergüenza debería daros, es vuestro ritual de confesión. Puedes pasarte toda la vida pecando, siendo lo peor, y lo único que tienes que hacer en el último momento es arrepentirte y ¡oh, Dios mío! ¡Perdóname! Y angelitos al cielo —dijo moviendo ambas manos a los lados de su cara, imitando un aleteo.

—Hay un importante matiz —puntualizó Sarasola levantando el índice.

Nash pensó que parecía estar disfrutando de la conversación.

—El arrepentimiento ha de ser... total, genuino y de corazón. ¿No crees que en ocasiones existe un arrepentimiento real?

—¡NOOO! —gritó la Santa golpeando con fuerza en los costados del sillón, aunque de inmediato recuperó el control y su desagradable tono burlón—. ¿Y qué importa que sea real? Lo único que importa es el pecado. Si ha habido pecado, no sirve de nada arrepentirse; la única manera de eliminarlo es expiarlo.

—¿La expiación del pecado?

—Solo hay un modo, mediante el fuego y la destrucción. La única forma de que desaparezca el pecado es que deje de existir.

—¿Es ese tu propósito?

Se contuvo, como si fuera a decir algo y se lo hubiera pensado mejor.

—Si se da la circunstancia..., si se da el momento —dijo al fin.

—¿Qué momento sería ese?

Pero la Santa permaneció en silencio mirando la estancia como si jamás la hubiera visto antes.

—Está bien, no contestes si no quieres —continuó Sarasola—. Ahora que ya nos conocemos un poco mejor, ¿permitirás que os ayudemos?

Dejó caer las manos a los costados del cuerpo y comenzó a frotarlas contra el sillón.

—No sé qué os hace pensar que podéis ayudarnos. ¿Por qué ha pedido hablar conmigo?

—La respuesta es muy sencilla. Según los otros, tú eres la que daña el sistema.

La indignación se dibujó en su rostro.

—¡Los protejo! —dijo enseñando los dientes.

—Pues no es eso lo que me han dicho. Dicen que pierdes el control, que haces llorar al niño, te enfrentas con Kevin y los pones en peligro; quizá deberías darme tu versión y hasta puede que logre convencerlos.

—Son una caterva de desagradecidos.

—Los asustaste, les hiciste pasar mucho miedo el otro día, dentro del túnel. Cuando saliste al frente.

—¿Qué le han contado? —preguntó de pronto preocupada como si de verdad le importara.

—Me han contado que tomaste el control del coche e intentaste estrellarlo.

Se encogió de hombros. Sin admitir ni negar.

Sarasola mantuvo la voz calmada:

—Hemos venido a escucharte.

—A grandes males, grandes remedios. Tuve que hacerlo. Esa chusma no entiende nada, se quedan siempre en la superficie de las cosas, en las acciones, pero no profundizan en las razones. Y ese detective de panfleto barato iba a estropearlo todo.

—¿De qué modo?

—Lo que iba a hacer causaría un cataclismo, desataría toda la vergüenza, todo el dolor, dejaría salir lo peor.

—¿Peor que morir?

La Santa soltó una risa aguda. Y después contestó casi condescendiente:

—Padre, usted es católico, ya debería saber que hay cosas infinitamente peores que la muerte. La muerte solo es el principio.

Volvió a reírse. Una risa que no tenía nada de alegría.

—Es patético. El pecado no se borra con lágrimas. Se borra con sangre. Con sacrificio. —Su voz se iba exacerbando, como la de un predicador enloquecido—. Con muerte. Solo muriendo podemos nacer purificados. Solo destruyendo el mal podemos...

Se detuvo.

Se miró las manos. Durante toda la conversación las había estado frotando contra los reposabrazos del sillón. Los vendajes empezaban a florecer con manchas rojas.

—Estás dañando el sistema. Mira tus manos —dijo Sarasola.

La Santa levantó la vista con furia repentina.

—¡Yo los protejo! ¡Soy la única que sabe cómo hacerlo! Tenemos que morir para expiar su pecado. Para librarnos del mal. Para...

Se puso en pie de golpe. Los brazos se alzaron sobre la cabeza. El cuerpo se lanzó hacia delante como si fuera a atacar.

Y entonces se congeló.

Los brazos quedaron suspendidos en el aire. El cuerpo inmóvil. Como si alguien hubiera pulsado un botón de pausa.

Muy despacio, los brazos bajaron. El cuerpo se enderezó. La postura se volvió rígida otra vez. Militar. Se sentó con la espalda recta. Las manos sobre las rodillas.

La voz cambió. Mecánica de nuevo:

—Intervención ejecutada. La unidad designada como la Santa estaba poniendo en peligro el sistema. He detenido su acceso.

El padre Tadeo pausó el vídeo.

Nash exhaló despacio. No se había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

—Extraordinario —murmuró.

—La sesión se volvió muy lenta a partir de ahí —explicó Sarasola —. El Carcelero estaba reticente. Pero conseguimos información crucial.

El padre Tadeo buscó en el vídeo.

—Aquí.

Accionó el *play* de nuevo.

En la pantalla, el Carcelero permanecía con su postura rígida.

La voz de Sarasola:

—Necesito hacerte una pregunta importante, Carcelero. ¿Quién es el anfitrión del sistema?

—Defina *anfitrión*.

—La personalidad original, la que tiene el control la mayor parte del tiempo. La que se encarga de la vida diaria.

Pausa.

—Hace todo eso, pero Newman no es el anfitrión.

En el vídeo, Nash vio cómo Sarasola se inclinaba levemente hacia delante. El padre Tadeo dejaba de tomar notas.

—¿Quién es el anfitrión?

—Haga otra pregunta.

El padre Tadeo pausó de nuevo.

—Fue imposible que nos dijera más sobre ese tema —explicó—. Cada vez que intentábamos acercarnos, respondía «código de seguridad».

—Entonces cambiamos de táctica —continuó Sarasola—. Le preguntamos por Collin, el terrorista irlandés cuya documentación apareció en el despacho de Newman. Su respuesta fue clara: «No tengo datos sobre ese individuo». Probamos con descripciones, con diferentes nombres. Nada.

—Actúa casi como un gran cerebro central —añadió el padre Tadeo—. Es como un robot. De vez en cuando se detenía, como si escuchara hacia dentro, y después volvía a hablar.

—Le pedimos comunicar con otras personalidades —continuó Sarasola—. Se negó a permitir que la Santa volviera a salir. Dijo que Newman no quería hablar. Al final, cuando le preguntamos cuántas personalidades había en el sistema, ocurrió algo muy revelador.

El padre Tadeo buscó en el vídeo y lo puso en marcha.

El Carcelero en la pantalla:

—El niño. Kevin. La Santa. El escritor. El detective. Mmm...

Pausa larga.

—... y yo.

Sarasola en el vídeo:

—Has dudado. ¿Hay alguien más?

—Haga otra pregunta.

—¿Quién es ese al que no has nombrado?

—Haga otra pregunta.

El padre Tadeo pausó.

—Hay una personalidad que evita nombrar —dijo Nash lentamente.

—Llegamos a la misma conclusión —confirmó Sarasola—. Pero para entonces ya resultaba inabordable. Y fue cuando, cambiando de estrategia, pedimos hablar con Kevin de nuevo. El Carcelero accedió de inmediato. A pesar de fingirse malhumorado, ya le voy conociendo, Kevin siempre quiere hablar.

El padre Tadeo accionó el *play* una vez más.

El cambio fue instantáneo. El cuerpo se desplomó. Las piernas se separaron. Los codos se apoyaron en las rodillas. La cabeza se ladeó. Y cuando habló, la voz era joven, áspera, llena de energía:

—¡Joder, tío! ¿Otra vez?

Kevin soltó una carcajada.

—El Carcelero ha fundido a la loca. Me alegro. Estaba hasta los cojones de escuchar a esa puta histérica.

Sarasola en el vídeo:

—¿Fundido?

—Sí, tío. La deja sin fuerzas. La hiberna. Como cuando apagas el ordenador.

—¿Puede hacer eso con todas las personalidades?

—Sí. A veces nos funde a todos. Como aquella noche en comisaría.

—¿Cuando estaban interrogando al escritor?

—Sí. El escritor estaba a punto de cagarla y el Carcelero nos fundió a todos de golpe. Catatonia total. Es como dormir, pero sin recordar los sueños.

Se echó hacia atrás y cruzó los brazos.

—Kevin —continuó Sarasola—, quiero preguntarte sobre Newman.

Kevin se encogió de hombros.

—Newman es raro, tío. Siempre fuera de todo. Pensando, imaginando, escuchando música. Él solo. En su universo interior. No le importamos, creo que no le importa nadie; él no nos oye, es como si estuviera solo en el mundo.

Soltó una risa.

—Cocina comida que luego no se come. Es un puto raro.

Nash se tensó visiblemente en su sillón. Sarasola y el padre Tadeo lo notaron, pero no dijeron nada.

En el vídeo, Sarasola preguntaba:

—Kevin, el Carcelero nos dijo que, además de la Santa, él mismo, el detective, el escritor, el niño y tú, hay otro más en el sistema.

Kevin se quedó inmóvil. Los hombros se pusieron rígidos. Se pasó la lengua por los labios, nervioso.

—¿Te dijo eso?

—Sí.

—No te creo. El Carcelero no habla de él.

—Tienes razón. Me dijo que había alguien más. Y cuando le pregunté quién era, no quiso hablarme de él.

Kevin entornó los ojos, estudiando a Sarasola. Después asintió muy despacio.

—No hablamos de él.

—¿Se llama Collin?

—No tiene nombre. Ya te he dicho que no se habla de él.

Kevin ladeó la cabeza, atento a algo. Sus ojos se abrieron.

—Joder. Se está despertando.

—¿Quién?

—La Santa. Si hablas de él, se pone alerta. Siempre lo hace.

—¿Por qué?

Kevin miró a Sarasola con tenacidad.

—Porque es su cometido. La Santa se despierta porque tiene el nivel de alerta más alto. Ya la has visto, es una jodida loca, pero su paranoia nos mantiene a salvo.

—¿A salvo de él?

Kevin asintió.

—¿Cómo lo llamáis?

Kevin bajó la voz hasta un susurro apenas audible:

—El Imperdonable.

Y luego:

—No, joder, no voy a decir nada. Quiere ayudarnos —dijo Kevin como si contestase a alguien que los demás no podían oír.

»Ese es el cometido de todos —dijo el chico.

—¿Cuál, Kevin? ¿Cuál es vuestro cometido?

—Que el Imperdonable no vuelva a ver jamás la luz.

El vídeo se detuvo.

El silencio en la biblioteca fue absoluto.

Nash se puso en pie como si hubiera recibido una sacudida eléctrica. Se dirigió hasta el ventanal decidida y se volvió hacia los sacerdotes.

—No me lo creo.

Sarasola permaneció sentado, con las manos cruzadas sobre las rodillas. No parecía sorprendido por su reacción.

—¿Qué parte no cree, doctora?

—Todo —respondió Nash dándose la vuelta—. Es demasiado perfecto. Demasiado elaborado.

—Por eso mismo es auténtico —intervino el padre Tadeo con voz pausada—. Nadie que finja construye algo tan complejo.

—O precisamente por eso —replicó Nash—. Alguien muy inteligente construye la ficción perfecta.

Sarasola se puso en pie despacio.

—Permítame plantearle algo, doctora Elizondo. Una teoría que el equipo de Pamplona y yo hemos desarrollado después de analizar todos los vídeos.

Caminó hasta el ventanal y se colocó junto a Nash.

—La Santa no es católica. Es protestante. Lo ha dejado muy claro. Las Solas. La burla al rito de confesión. El rechazo visceral a la Iglesia católica. Y eso es extraordinariamente revelador.

Nash lo miró sin comprender todavía.

—Durante el conflicto irlandés —continuó Sarasola—, católicos y protestantes se enfrentaron en una guerra que, además de tener motivaciones políticas, estuvo profundamente marcada por el fanatismo religioso. El IRA era mayoritariamente católico. Sus enemigos, los unionistas, eran protestantes.

El padre Tadeo se acercó también.

—Si partimos de la premisa de que la personalidad oculta, ese «Imperdonable» del que habla Kevin —dijo—, podría ser Collin Doyle, un chaval católico que vio morir a sus padres cuando era niño, criado en medio del odio y la sed de venganza...

—... no sería extraño —completó Sarasola— que su *alter* perseguidor hubiera tomado la personalidad del agresor original. Del fanatismo protestante que los católicos del IRA percibían en aquella guerra.

Nash procesó la información durante unos segundos.

—Ya le expliqué antes —añadió Sarasola— que en ocasiones el perseguidor toma aspectos del agresor original. Lo imita. Lo internaliza. La Santa podría ser eso: la voz del enemigo que Collin Doyle escuchó durante su infancia. El fanatismo religioso que justificaba la violencia. La idea de que el pecado solo se purga con sangre y fuego.

—Es una teoría coherente —reconoció Nash—. Pero hay algo que no encaja.

Se apartó del ventanal y los miró a ambos.

—Kevin ha dicho que Newman cocina comida elaborada que luego no se come.

—Sí —asintió Sarasola—. Un comportamiento típico de...

—Acabo de descubrirlo —lo interrumpió Nash con voz firme—. Karim me mostró la comida que recoge del contenedor. Platos de alta cocina que alguien prepara de madrugada y después Robert tira. Y de repente, en esta sesión, Kevin lo menciona.

El padre Tadeo frunció el ceño.

—¿Qué está insinuando?

—Que es demasiada coincidencia —respondió Nash—. Justo descubro que Newman se levanta de noche a cocinar, y una de sus personalidades lo confirma. Como si me estuvieran validando. Como si me estuvieran diciendo: «Mira, es verdad, las personalidades existen».

—O simplemente es verdad —dijo Sarasola con calma—. Que usted lo haya descubierto de forma independiente no invalida el testimonio de Kevin.

—¿Y la droga? —continuó Nash—. Nos drogaron hace dos noches. Encontré Sedotine en la caja fuerte de Newman. Esa misma noche apareció un bolso abandonado en la calle. Y ustedes me dicen que fue la Santa saboteando el sistema.

—Es coherente con su perfil autodestructivo —argumentó el padre Tadeo.

—Y también lo es con alguien que necesitaba que estuviéramos inconscientes para salir de la casa sin ser visto —replicó Nash—. Alguien que tiene acceso a esa droga. Alguien que tiene las claves de la caja fuerte.

Sarasola la estudió durante un largo momento.

—Comprendo su escepticismo, doctora. De verdad que lo comprendo, pero debo preguntarle: ¿ha visto alguna vez un TID auténtico?

Nash negó con la cabeza.

—Yo sí —dijo Sarasola—. Varios. Y ninguno se parecía a esto. Ninguno tenía esta complejidad, esta arquitectura interna tan sofisticada. Los guardianes son extremadamente raros. Los perseguidores con perfiles religiosos definidos, más aún. La existencia de una personalidad oculta que todas las demás intentan mantener encerrada dota al caso de un interés y un fondo extraordinario. Habla de conciencia.

Hizo una pausa.

—Doctora Elizondo, lo que estamos viendo aquí es o el caso más extraordinario de TID documentado en décadas o el fingimiento más brillante que he presenciado en mi carrera. Y le aseguro que he visto muchos fingimientos. Este no se comporta como tal.

Nash sostuvo su mirada.

—Entonces tendremos que averiguar cuál de las dos opciones es la correcta.

Se dirigió hacia la puerta de la biblioteca.

—¿A dónde va? —preguntó el padre Tadeo.

—A buscar pruebas —respondió Nash sin volverse—. Ustedes tienen sus vídeos. Yo tengo mis métodos.

63

La voz de Sarasola resonaba amortiguada a través de las paredes mientras Nash subía la escalera hacia la planta superior. El padre Tadeo había cerrado las puertas de la biblioteca con aquel gesto suyo de oficiante, y ella había aprovechado para escabullirse. Las enfermeras descansaban en su dormitorio después del turno de noche, y Robert había salido con Elisa a hacer la compra. No habría mejor momento.

El dormitorio de Benedict Newman ocupaba el ala este de la mansión, una suite amplia con vistas al jardín trasero que Nash solo había atisbado de pasada en sus primeros días allí. Empujó la puerta y se detuvo un instante en el umbral, dejando que sus ojos se adaptaran a la penumbra. Las cortinas estaban echadas, pero la luz de la mañana se filtraba por los bordes, dibujando rectángulos pálidos sobre las alfombras. Olía a madera de cedro y a algo más sutil, un perfume masculino que había impregnado las fibras de las tapicerías durante años.

La cama, hecha con cuidado, presidía la estancia con su cabecero de nogal recto y sin florituras. A un lado, una cómoda Mid Century con tiradores de bronce. Al otro, un escritorio más pequeño que el del despacho, destinado a la correspondencia personal. Nash comenzó por los cajones de la mesilla de noche.

Encontró lo esperable: un antifaz para dormir, pañuelos, un bote de pastillas —las revisó: melatonina, nada más—, un libro de poesía de Mary Oliver con varias páginas marcadas. Nada que se pareciera a documentación médica. Pasó al escritorio. Sobres, papel de carta con membrete, una pluma estilográfica Montblanc, sellos. Tiró del cajón inferior con más fuerza de la necesaria y el contenido se desparramó: fotografías antiguas, sobre todo de barcos, vapores,

cruceros, cargueros, postales. Se arrodilló para recogerlas y fue entonces cuando oyó los pasos en el pasillo.

Robert apareció en el umbral.

Durante un instante, ninguno de los dos habló. Nash, aún de rodillas con los papeles en la mano, vio cómo la expresión del mayordomo pasaba de la sorpresa a algo que se parecía mucho a la desolación. Llevaba puesto el chaleco azul marino que usaba para trabajar en la casa, y los gemelos de sus puños, que Nash había notado antes: de oro, con un diseño circular, capturaron un destello de luz cuando cruzó los brazos sobre el pecho.

—Nash.

No era una pregunta, pero tampoco una acusación. Ella se puso en pie despacio, sin soltar los papeles.

—Busco las pruebas del ictus de Newman. El TAC, los informes médicos. Tiene que haber algo.

Robert recorrió la habitación con la mirada, se detuvo en los cajones abiertos, en la ropa interior que asomaba, en el desorden que Nash había sembrado a su paso. Entonces se acercó a ella lentamente, le quitó los papeles de las manos con suavidad —casi con ternura— y comenzó a colocarlos de nuevo en el cajón. Sus dedos rozaron los de Nash durante un segundo, apenas un instante, pero ella sintió el contacto como una descarga leve. Alzó la vista y encontró sus ojos. Eran de un azul muy oscuro, tan oscuro que casi parecía imposible llamarlo azul. Nash había pensado en otras ocasiones que eran como la profundidad del mar, ese punto donde la luz deja de llegar y todo se vuelve misterio.

—Lo que buscas no está aquí —dijo él sin apartar la mirada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque llevo el control exhaustivo de esta habitación —respondió, y había en su voz una nota de orgullo herido—. De toda la ropa, de todos los objetos, de todos los documentos. Sé exactamente qué hay en cada cajón, en cada estante, en cada rincón. Y puedo jurarte que ningún informe médico ha pasado jamás por aquí.

Nash dejó que él terminara de ordenar los papeles y se sacudió las rodillas.

—Entonces, ¿dónde está?

Robert pareció considerar la pregunta durante unos segundos. Sus ojos, aquella profundidad marina, se posaron en ella con una expresión que no supo descifrar.

Se encogió de hombros mientras negaba.

—No lo sé, pero si el detective Star cree que está trabajando para el señor Newman —dijo finalmente—, y para ti..., puede que haya recabado esa documentación igual que tú intentas hacerlo ahora. Puede que la tenga en su despacho.

—¿El despacho del centro de la ciudad?

—El mismo.

Nash asintió despacio, procesando la sugerencia. Había algo en el modo en que Robert la miraba que la incomodaba, aunque no habría sabido explicar por qué. No era hostilidad. Era más bien la vigilancia contenida de alguien que guarda secretos y teme que otros los descubran.

—Newman tiene un avión privado, ¿verdad?

Robert asintió.

—Te refieres al Pilatus.

—¿Sabes dónde está?

—Por supuesto. En un aeródromo privado, como a una hora de aquí. Tengo las llaves y los permisos de acceso.

—Llévame.

No era una petición, y Robert no la trató como tal. Asintió una sola vez, con aquella economía de gestos que Nash había aprendido a reconocer como parte de su formación, y se hizo a un lado para dejarla pasar.

El aeródromo resultaba invisible desde la carretera, pero cuando se acercaron Nash pudo ver que se extendía como una cicatriz gris entre los campos verdes, una pista de asfalto flanqueada por hangares metálicos que brillaban bajo el sol de mediodía. Ella había conducido en un silencio incómodo durante casi todo el trayecto, con Robert en el asiento del copiloto indicándole las salidas y los desvíos con aquella voz pausada suya que no delataba nada, y que ella

mitigó con la voz de Rosalía. La magicalidad de sus notas le hizo pensar en un ángel y, casi por asociación inversa, en la Santa, y en su voz de diablo, estridente y malvada, y en cómo el jefe de informativos había descrito la voz de la informante, una voz que no olvidas.

¿Se había equivocado con Margot al pensar que podía ser la responsable de filtrar la noticia? ¿Podía el afán de sabotear el sistema haber llevado al monstruo a delatar ante la prensa la situación de Newman?

La voz de Robert la rescató de sus pensamientos cuando enfilaban el camino de acceso, habló sin que ella preguntara.

—Una de las condiciones del puesto era saber pilotar. Newman lo exigía como parte de la formación de su mayordomo.

Nash lo miró de reojo.

—¿Sabes pilotar?

—Ahora sí. Pero cuando solicité el trabajo, no. Pensé que no lo obtendría por eso. —Hizo una pausa breve—. El señor Newman me exigió tomar clases nada más entrar a su servicio. Pagó la formación completa.

—¿Y el anterior mayordomo?

—Bastian era un excelente piloto. Voló con Newman durante casi veinte años. Aunque entonces tenía otro avión, un modelo anterior. El Pilatus lo adquirió poco antes de que yo entrara a su servicio.

El hangar donde guardaban el Pilatus PC-12 estaba al final de la hilera, más moderno que los demás y con una puerta corredera que Robert abrió con su llave. El avión apareció ante ellos como un pájaro dormido, blanco con una franja azul cobalto que recorría el fuselaje. Nash nunca había estado tan cerca de una aeronave privada. Era más grande de lo que había imaginado, con una hélice de seis palas y ventanillas ovaladas que reflejaban la luz del exterior impidiendo ver hacia dentro.

Robert subió primero por la escalerilla y le tendió la mano para ayudarla. El interior olía a cuero limpio y a un suave perfume, como de coche nuevo. Los asientos de piel color crema y la moqueta impecable transmitían una sensación de lujo discreto, de viajes silenciosos sobre las nubes. Nash se preguntó cuántas veces habría

volado Newman en aquel aparato, a cuántos países, huyendo de qué o hacia qué.

—Creo que el detective Star venía aquí aquella noche —murmuró recorriendo el pasillo con la mirada—. Quería comprobar algo del avión.

Robert no contestó. Fue hacia la cabina y accionó el sistema eléctrico para que se encendieran las luces del interior. Nash estudió el lugar; era perfecto. Reparó entonces en que el mayordomo estudiaba los instrumentos del panel de control con el ceño fruncido. Nash lo siguió y se asomó por encima de su hombro.

—¿Qué ocurre?

—Permíteme, tengo que hacer una comprobación.

Se sentó en el asiento del piloto, accionó un pulsador y encendió los controles de cabina. Señaló uno de los indicadores.

—El depósito está vacío. Completamente vacío.

Lo dijo con un tono neutro, pero Nash vio cómo su mandíbula se tensaba casi de modo imperceptible. Su expresión se volvió extraña, como si algo no encajara, pero no quisiera decirlo.

—¿Es raro?

—No —dijo él sin convicción.

Ella archivó aquella observación para más tarde y siguió explorando la cabina.

Fue entonces cuando vio un sobre.

Estaba encajado entre el asiento del piloto y la consola lateral. Un sobre blanco con el membrete del aeródromo. Lo sacó y extrajo la hoja que contenía: una orden de repostaje fechada varios días antes del episodio de Newman en comisaría. Depósito completo. Firma ilegible. Varios miles de euros.

—Robert.

Él se volvió y ella le mostró el papel.

—Según esto, el avión se llenó de combustible hace menos de dos semanas.

Robert miró el documento, luego el indicador del panel y de nuevo el documento. Su rostro permaneció impasible, pero Nash percibió algo —¿alarma?, ¿reconocimiento?— que cruzaba como una rápida sombra por sus ojos.

—Eso es imposible —dijo—. El depósito está seco. Por eso me ha llamado la atención. No es habitual que el depósito se quede vacío por completo; por cuestiones mecánicas, no es aconsejable.

—¿Cabe la posibilidad de que se haya efectuado algún tipo de mantenimiento en ese tiempo? —planteó Nash.

Bajaron del avión y cruzaron la pista hacia el edificio de administración, una construcción baja de ladrillo con un cartel descolorido que rezaba: OFICINA DE OPERACIONES. El encargado era un hombre de unos cincuenta años con aspecto de haber pasado demasiadas horas bajo el sol, la piel curtida y los ojos entornados, incluso bajo techo. Los recibió mientras se colocaba la mascarilla con una mezcla de curiosidad y recelo que se disipó en cuanto Robert mencionó el nombre de Benedict Newman.

—Ah, sí, el señor Newman. Un caballero. Siempre muy correcto. Perdone, usted trabaja para él; no le había reconocido con la mascarilla.

Nash le mostró la orden de repostaje.

—¿Puede confirmar que este pedido se ejecutó?

El hombre examinó el papel y asintió.

—Claro que sí. Nos llegó la petición, llenamos el depósito y recibimos el correspondiente pago. Todo en orden.

—¿Quién hizo la petición?

—Pues quien sea que se ocupe de hacer esas cosas para un señor como el señor Newman.

—¿A quién remiten las facturas? —preguntó Nash.

—Al secretario del señor Newman. Como todo lo relacionado con el avión.

Nash intercambió una mirada fugaz con Robert. Karim.

—El depósito está vacío —dijo el mayordomo.

El encargado parpadeó.

—Eso es imposible.

—Acabo de comprobarlo yo mismo.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos. El hombre se rascó la nuca, visiblemente desconcertado.

—¿Puede haber una avería en el indicador? —sugirió.

—No, lo he comprobado —contestó Robert.

—¿Tienen registrado algún vuelo de salida? —preguntó Nash—. ¿Algún movimiento del avión en las últimas semanas?

—Que sepamos, no. Pero... —Hizo una pausa, y su expresión se volvió evasiva—. Durante la pandemia casi no había vigilancia aquí, y ahora la mínima. Y desde que han levantado el confinamiento, he de reconocer que algunos de nuestros socios han hecho vuelos un poco más largos de lo que han declarado.

—¿Cómo es eso posible?

El hombre se encogió de hombros.

—Son aviones que pueden volar a menos altura. No hacen las rutas comerciales típicas. Es difícil controlarlos si no quieren ser controlados, y oficialmente no es necesario presentar plan de vuelo.

—Parece mucho combustible —dijo volviéndose hacia Robert—. ¿Qué autonomía tiene el Pilatus con el depósito lleno?

—Unas cinco horas de vuelo.

Cinco horas. ¿A dónde se podía llegar en cinco horas desde allí? ¿Y quién había volado si es que alguien lo había hecho?, ¿Newman?, ¿el detective Star?, ¿alguien más? Y los pagos del avión iban a Karim... Otro hilo suelto que tendría que seguir.

Agradeció al encargado su tiempo con una cortesía automática y salió del edificio seguida por Robert. El sol caía a plomo sobre la pista, haciendo brillar el asfalto como si estuviera mojado. Caminaron en silencio hasta el coche y Nash se detuvo junto a la puerta del conductor, las llaves en la mano.

—Vamos al despacho de Colt Star —dijo.

Robert asintió, rodeó el coche y ocupó el asiento del copiloto con aquel movimiento fluido y silencioso que parecía formar parte de su naturaleza. Nash arrancó el motor y enfiló la salida del aeródromo, sintiendo en la nuca el peso de todas las preguntas que aún no sabía cómo formular.

64

El edificio de la calle Mayor susurraba historias entre sus paneles de madera y metales bruñidos; olía ligeramente a la trementina del limpiametales. Nash accionó la llave que conservaba desde su anterior visita con Margot y empujó la puerta cuya mitad superior de cristal exhibía el nombre grabado en negro: COLT STAR. DETECTIVE PRIVADO. Volvió a sorprenderle la sensación de estar entrando en el decorado de una vieja película hollywoodiense, como si Humphrey Bogart pudiera aparecer en cualquier momento entre las sombras con un cigarrillo colgando de los labios.

La pequeña sala de espera con sus cuatro sillas dispares y su mesita cubierta de revistas daba paso al despacho propiamente dicho, sumido en aquella penumbra perpetua que solo rompía la vieja lámpara Fase proyectando su luz sobre el escritorio desvencijado. El olor a humo de cigarrillos impregnaba cada superficie. Nash avanzó hacia el escritorio mientras Robert se dirigía a los ficheros metálicos.

—¿Cómo es lo que buscamos? —preguntó él deteniéndose con la mano en el primer cajón—. ¿Tienes alguna idea de cómo puede ser el documento?

Nash sonrió, consciente de que lo había dicho en plural.

—Puede ser un sobre pequeño y alargado con varios pliegos de papel en su interior si es un informe médico —dijo—. O también el típico sobre ocre, de un tamaño superior, en el que se podrían guardar fotografías o radiografías. Es muy probable que tenga el logo de un hospital o de una clínica privada.

Robert asintió y comenzó a revisar el contenido del fichero con movimientos metódicos mientras Nash recorría la superficie del escritorio con la mirada. El cenicero de cristal verde seguía allí, una

escultura a un tiempo en el que el tabaco había formado parte de la narrativa de tantas historias en blanco y negro, con sus colillas aplastadas, junto al mechero Ronson plateado con las iniciales C. S. grabadas en el costado. Los vasos de culo grueso, la botella de whisky mediada, el teléfono negro, el secante de piel. Todo exactamente como lo recordaba.

Entonces vio la postal.

Estaba sobre la mesa, junto al teléfono, como si alguien la hubiera dejado allí recientemente. Nash la tomó y observó el anverso: un grabado antiguo de estilo inglés que representaba un cernícalo en pleno vuelo, con su nombre en latín impreso debajo en tipografía elegante: *Falco tinnunculus*. Le dio la vuelta. En el reverso, escrita a lápiz con aquella caligrafía contenida y densa de Newman, una sola palabra: Thorne.

El corazón le dio un vuelco. Abrió su bolso y sacó la tarjeta que había tomado del despacho del escritor días atrás.

Orbis Solutions Ginebra-Nueva York
Marcus Thorne Gestión de Continuidad
+41 22 501 8847

Thorne. Marcus Thorne. La conexión era evidente.

—Robert —llamó, pero él estaba concentrado en los ficheros y apenas alzó la vista.

Nash tomó su teléfono y marcó el número suizo.

Un tono. Dos. Tres.

—Orbis.

De nuevo la voz humana, profesional, desprovista de emoción. Sin saludo, sin ofrecimiento de ayuda. Solo el nombre de la empresa, pronunciado como una contraseña.

—Hola..., quisiera hablar con el señor Marcus Thorne, por favor.

—¿A quién debo anunciar?

Nash percibió algo en el tono del operador, una especie de filtro invisible que separaba a los que sabían de los que no.

—Soy Nash Elizondo. Hija de Benedict Newman. Mi padre se encuentra gravemente enfermo y estoy ahora al frente de la

administración de sus bienes; llamé ayer.

Hubo un cambio casi imperceptible en la voz al otro lado, una apertura mínima.

—Un momento, por favor... Para verificar su autorización de contacto, ¿cuál es la referencia del proyecto?

—¿Referencia del proyecto?

Nash miró la postal que aún sostenía en la mano izquierda. El cernícalo la observaba con su ojo redondo y fijo.

—*Falco tinnunculus* —dijo intentando que la duda no se traspasase a su voz.

El silencio al otro lado duró apenas un segundo, pero a Nash se le antojó eterno.

Le pareció que su interlocutor sonreía al decir:

—Con «cernícalo» habría bastado. Un momento, por favor. Le paso con el señor Thorne.

Mientras esperaba, Robert se había acercado con un sobre blanco grande en las manos. Nash le hizo un gesto para que aguardara y entonces una voz masculina, cálida pero profesional, habló al otro lado de la línea.

—Señora Newman, soy Marcus Thorne. —Nash no corrigió su apellido—. Es un placer hablar con usted. Hemos tenido noticias de la situación de nuestro cliente a través de la prensa, y me informaron de que llamó usted por teléfono ayer. Como comprenderá, debido a la naturaleza de nuestro trabajo, no podíamos dar por válido el contacto sin la clave. Esperamos sinceramente que el señor Newman se recupere.

—Señor Thorne, me temo que Benedict Newman no está en situación de explicarme cuál es la «naturaleza» de la relación que los une. Necesito entender a qué se dedican exactamente.

—Somos auditores forenses, señora Newman. Nos especializamos en lo que llamamos gestión de continuidad. Para el mundo exterior, eso significa planes de contingencia de negocio. Para nosotros, asegurar la continuidad de los intereses de nuestro cliente si surge algún... problema. ¿Tiene acceso a un correo electrónico? Será más fácil si le envío la documentación mientras hablamos.

Nash le dio su dirección de correo y en cuestión de segundos su teléfono vibró con la notificación de un mensaje entrante. Abrió el archivo adjunto y la pantalla se llenó de gráficos, tablas y documentos que no entendía. Mientras revisaba los archivos, indicó a Robert con un gesto que se acercara.

—Lo que está viendo en la primera página es un resumen ejecutivo de nuestra investigación —explicó Thorne—. Su padre nos contrató hace aproximadamente dos meses porque sospechaba irregularidades en la gestión de su fundación.

—¿Irregularidades?

—Desvío sistemático de fondos, señora Newman. Y debo advertirle de que nos enfrentamos a un nivel de sofisticación que rara vez vemos. Nos llevó dos meses de disección intensiva, persecución de pistas y análisis forense de cuentas hasta comprender la ingeniería completa que el señor Karim Sahim había construido alrededor de la Fundación Newman.

—Señor Thorne, me acompaña Robert Hetfield. —Nash intercambió una mirada con Robert—. Es el asistente personal de Benedict Newman, quiero que escuche la conversación, a menos que tenga algún inconveniente —dijo mientras accionaba el altavoz.

La voz de Thorne continuó, precisa y desapasionada como un bisturí.

—Ninguno. El esquema opera en dos niveles. El primero es lo que llamamos una red de mulas. El señor Sahim creó un programa ficticio de becas para jóvenes artistas, con decenas de beneficiarios. Esos beneficiarios existen: tienen documentos de identidad, cuentas bancarias, incluso perfiles en redes sociales. Pero son identidades sintéticas.

Robert frunció el ceño.

—¿Significa eso —preguntó Robert con voz muy neutra— que los nombres que aparecen en la web de la Fundación Newman no corresponden a personas reales?

—¿Y usted es...? —preguntó Thorne.

—El señor Hetfield —contestó Nash sin dar más explicaciones.

—Sí, señor Hetfield, exacto. Cuentas de correo que no existen. Perfiles fabricados. Como si fuesen fantasmas.

Robert cerró los ojos un instante. Cuando volvió a abrirlos, Nash vio en ellos algo que no le había visto antes. No era sorpresa. Era un cálculo silencioso, el ajuste de una cuenta interior.

—Un paquete completo con número de identificación fiscal, historial crediticio básico, cuenta bancaria operativa. Los pagos de las becas se dispersan entre estas cuentas fantasma en cantidades pequeñas, siempre por debajo del umbral que activaría alertas de blanqueo. Esto genera un ruido enorme, cientos de transacciones aparentemente legítimas que saturan cualquier auditoría convencional con pistas falsas.

Nash pasaba las páginas del documento sin ver realmente lo que tenía delante. El estómago se le había encogido.

—Ha dicho que opera en dos niveles.

—El segundo nivel es donde está el dinero real. Si pasa a la página 7, verá una factura de una empresa llamada Meridian Arts Logistics, con sede en Dubái. Supuestamente, se encarga del transporte y el seguro de obras de arte para exposiciones de la fundación. Las facturas son impecables: detallan embalajes especializados, seguros, permisos de exportación. Cientos de miles de euros en facturas por un servicio que nadie cuestiona. Pero Meridian Arts Logistics es una *shell company*, una cáscara vacía. No tiene empleados, ni oficinas ni flota de transporte. Es un buzón postal conectado a una cuenta en las islas Seychelles.

—¿Y quién es el propietario de esa empresa?

—Ahí está la elegancia del diseño si me permite la expresión. El propietario registrado es un testaferro local. No tiene conexión aparente con el señor Sahim. Rastrear el dinero desde Meridian hasta su destino final nos obligó a atravesar cuatro jurisdicciones diferentes con distintos niveles de cooperación judicial.

Thorne hizo una pausa.

—Lo que ha conseguido el señor Sahim es notable en su perversidad: en una auditoría tradicional, por exhaustiva que sea, este esquema pasaría completamente inadvertido. Solo un análisis forense especializado, con acceso a bases de datos de identidades sintéticas y capacidad para operar en múltiples jurisdicciones, puede desentrañarlo.

Robert apartó la vista. La mandíbula se le tensó visiblemente. Nash lo vio respirar profundamente una vez, despacio, antes de volver a hablar.

—Hace tres meses —dijo— hubo un envío de Meridian. Recuerdo el nombre porque el señor Newman me lo comentó al ver la factura. Le sorprendió la cantidad. Dijo que era mucho dinero para el traslado de tres cuadros.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—Entonces, el señor Newman empezó a sospechar.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Nash.

—Si pasa a la página 12, verá el consolidado. Entre las becas fantasma y las facturas de Meridian, el señor Sahim ha desviado aproximadamente seis millones de euros en los últimos dos años.

El silencio en el despacho se volvió denso. Robert estudiaba su expresión, muy serio. Ella lo miraba fijamente, sin verlo, mientras su cabeza construía una pregunta que no quería terminar de formular. ¿Qué haría alguien con una mente capaz de elaborar un sistema tan codicioso y maquiavélico si sospechase que Newman estaba cerca de descubrir el engaño? ¿Habría sido capaz de poner en marcha un plan para destruirlo?

Nash calculó el impacto antes de lanzar su pregunta.

—Necesito entender cómo empezó todo. El abogado del señor Newman había revisado las auditorías anuales y no había detectado nada irregular. ¿Por qué sospechó Newman de Karim?

—El señor Newman se interesó por el trabajo de uno de los estudiantes becados. Un chico que había escrito un ensayo sobre criminología victoriana. Se puso en contacto con él personalmente.

—¿Y?

—El estudiante le dijo que empezaba a pensar que estaba en un mundo paralelo, o que todo era una estafa. Había intentado hablar con los otros becados a través de las direcciones publicadas en la web de la fundación, y nadie le había contestado. Como si fuesen fantasmas.

Nash sintió la carga de la revelación.

—¿Fantasmas?

—Correos que no existían. Perfiles que no correspondían a personas reales. Fue entonces cuando el señor Newman nos contrató. Lo que encontramos... Bueno, ya sabe el resto. Quedamos a la espera de las decisiones que suponemos que tendrá que tomar —continuó Thorne—. Entendemos que emprenderán acciones legales contra el señor Sahim. Estamos a su disposición para cualquier procedimiento judicial que requiera nuestro testimonio pericial.

Nash agradeció a Thorne su ayuda y colgó.

El silencio que siguió fue denso, cargado de todo lo que acababan de escuchar. Robert seguía de pie junto a ella, el sobre encima de la mesa, la mandíbula apretada.

—Lo he tenido delante todo este tiempo, Nash, en todos estos meses. Algunas mañanas Benedict se quedaba mirando la taza de café como si no recordara para qué servía. En alguna ocasión le pregunté si se encontraba bien; me contestaba que estaba algo preocupado, nada más, y cambiaba de conversación. No se lo comenté a nadie.

Levantó la vista hacia ella.

—Tú eres psiquiatra. ¿Crees que toda esta tensión que Karim le ha ido creando en silencio puede haber sido lo que le provocó el ataque?

Nash tardó en contestar. No porque no tuviera respuesta, sino porque la tenía desde el instante en que Robert había hablado de la taza de café.

—No lo sé, Robert. Con honestidad. Clínicamente no se puede afirmar que la tensión provoque por sí sola un episodio así. Pero sí sabemos que, en pacientes con cuadros preexistentes, un aumento sostenido de presión, de soledad, de carga emocional, puede desencadenar episodios indeseables. Si la mente estaba ya fracturada por dentro, algo así es como una grieta que se abre en una pared ya cedida.

Robert asintió muy despacio sin apartar la mirada de la de Nash. Estaba personalmente ofendido, podía verse.

Nash sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Pensó en Newman cerrando la puerta del despacho para hablar con un auditor

suizo. En las noches cocinando platos que después se tiraban. En las novelas guardadas como copias de seguridad en pendrives escondidos en el escritorio. En la soledad exhaustiva de sostener solo algo tan grande; ¿sería esa la pauta de su vida?, se preguntó.

Miró de nuevo las cifras en su teléfono mientras negaba suavemente con la cabeza.

—Karim —dijo, y la palabra sonó como una acusación—. Desde el principio. Intentó manipularme desde el primer momento. Intentó ponerme en contra de...

Se detuvo. Miró a Robert, que le sostenía la mirada con aquella intensidad oscura que ella aún no sabía interpretar del todo.

—De ti —completó—. Intentó ponerme en tu contra.

Robert asintió.

—Y supongo que yo no te lo he puesto fácil. Nunca he ocultado que mi lealtad está con Newman —dijo. En su voz había una gravedad propia de los asuntos de honor que resultaba demodé, y a la vez le producía fascinación—. Pero ahora siento que también está contigo. Es muy importante para mí que sepas que en ningún momento fue mi intención mentirte ni ocultarte nada. Solo quiero proteger a un hombre, que es una excelente persona, y que ahora está muy enfermo.

Hizo una pausa, como si buscara las palabras exactas.

—En el tiempo que hace que le conozco, solo me ha dado razones para ganarse mi respeto y mi admiración, y eso es mucho decir de alguien para quien trabajas. Entiendo que tu posición es muy difícil; Newman ha llegado a tu vida en su peor momento, y a mí no me conoces de nada; no soy quién para pedirte que confíes en mi palabra. Pero si le he protegido como lo he hecho ha sido únicamente porque creo que la situación es muy injusta para él, y ahora no puede defenderse, y porque me duele que sospeches de él. Estoy seguro de que, si le conocieras como yo, no tendrías ni la más mínima duda, como no la tiene Margot, como no la tiene Mitchell.

Nash lo escuchaba sin interrumpir, sintiendo cómo algo se aflojaba en su interior, una tensión que llevaba días cargando sin ser del todo consciente.

—Quiero ayudarte —continuó Robert—. Siempre que tú priorices buscar ayuda para Newman y probar su inocencia. Estoy de tu parte si tú estás de parte de Newman.

Nash se apoyó contra el escritorio, dejando que el borde de la mesa sostuviera parte de su peso. Clavó en Robert su mirada más profesional.

—Karim me dijo que ni siquiera eras inglés.

Robert bajó la cabeza. Cuando volvió a alzarla, sus ojos —aquel azul que a Nash le parecía imposible llamar azul— brillaban con algo que podría haber sido vulnerabilidad.

—Nash, acabo de darte mi palabra de que no te mentiré ni te ocultaré nada, y lo haré aunque eso suponga ponerme en una situación difícil.

Sacó su teléfono del bolsillo y tecleó algo en el buscador. Le mostró la pantalla: la página web del Colegio Kensington de Mayordomos, con su escudo heráldico y su aire de tradición centenaria. Pulsó el número de teléfono y puso el altavoz.

—Buenos días, quisiera hablar con el director Ashworth —dijo con un acento británico impecable—. Dígale que soy Robert Hetfield.

Unos segundos de silencio. Luego, una voz cálida al otro lado.

—Mi querido Robert, es un placer escucharte. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Clayton, estoy aquí con la doctora Nash Elizondo. Es la hija de mi señor, Benedict Newman. Tiene dudas sobre mi procedencia y nacimiento.

Al otro lado de la línea se oyó un suspiro grave y a continuación la voz templada del director:

—Es un placer saludarla, doctora Elizondo. Soy Clayton Ashworth, director del Colegio Kensington de Mayordomos. El señor Robert Hetfield nació en Southampton, cursó estudios de Ciencias Políticas en la Universidad de Durham y entró en nuestra academia con unas credenciales impecables...

Robert le interrumpió.

—Clayton, querido amigo, te lo agradezco. Pero Nash Elizondo es alguien importante para mí. ¿Recuerdas que una vez lo hablamos? Llegaría alguien que sería importante de verdad. Clayton, ella me

importa de verdad —dijo sin apartar los ojos de los de Nash—. Así que, tal y como teníamos pactado, te autorizo a que le cuentes la verdad.

Nash intentó sosegarse mientras sentía que el suelo perdía solidez bajo sus pies. No estaba preparada para aquello.

Varios segundos de silencio se extendieron al otro lado del teléfono.

—¿Estás seguro, Robert? —preguntó el director con un tono distinto, en el que Nash percibió una suerte de duda y emoción.

—En mi vida he estado más seguro de nada —contestó él.

La voz de Ashworth cambió de registro, volviéndose más grave, más íntima.

—Doctora Elizondo, Robert Hetfield nació en Newark, Nueva Jersey, en Estados Unidos. En el seno de una familia trabajadora. Su madre falleció cuando él era muy joven. Trabajó duramente para pagarse sus estudios y llegó a mi academia con una seguridad y una decisión que me impactaron. Se formó con nosotros durante cuatro años y es uno de los mejores mayordomos que ha salido de esta institución.

Robert no apartó la mirada; Nash tampoco.

El director hizo una pausa.

—No le será ajeno que el concepto de mayordomo muy a menudo va ligado al origen inglés. Esto no es un impedimento para la formación; tenemos excelentes mayordomos japoneses, holandeses, italianos, españoles. Pero tampoco es raro que el cliente exija que sea británico. Es el caso de su padre, el señor Newman. Sin embargo, había tantas exigencias respecto a la formación, el carácter y la edad del perfil que buscaba, y Robert encajaba tan perfectamente, que incluso aceptó hacerse cargo de aspectos adicionales de su formación con tal de que fuera él. Decidimos obviar el hecho de que no había nacido en las islas británicas y, por su acento, nadie lo dudaría.

Robert cerró los ojos y se llevó las manos al rostro en un gesto que Nash nunca le había visto; se presionó los ojos con las puntas de los dedos. Como si quisiera ocultarse.

Otra pausa y un ligero cambio de tono, quizá preocupación en la voz del director.

—Me consta que Robert se ha esmerado para ofrecer el mejor servicio a su padre durante este tiempo. Espero que este pequeño detalle no sea la razón para que prescinda de sus servicios.

Robert dio las gracias a Clayton y colgó. Sus ojos buscaron los de Nash.

—Ahora mi carrera, mi vida están en tus manos. Puedes despedirme como ha dicho Clayton. Pero el borrón que supondrá en mi currículum será irreversible. Pocos señores de la categoría de Benedict Newman contratarían a un mayordomo que ha mentido en su currículum. La veracidad en cada uno de los actos de alguien que trabaja como yo es primordial.

Nash lo miraba sin parpadear. Compuso un gesto de absoluta extrañeza.

—¿Por qué lo has hecho, Robert? Podrías haberlo negado. Te habría creído. ¿Por qué has llamado a Ashworth? ¿Por qué te has expuesto así?

Él la miró con una intensidad que a Nash le cortó la respiración.

—Ya sabes por qué —dijo—. Porque tú me importas.

Ella tenía los ojos clavados en los de él, entonces le parecieron todavía más oscuros, más profundos, como un mar de invierno. Nash levantó una mano y con un gesto de dos dedos le indicó que se acercara.

Toda la contención de movimientos que siempre había visto en Robert, los gestos comedidos, la delicadeza estudiada, desapareció en un instante. Avanzó un paso largo hacia ella, le tomó el rostro entre las manos y la besó profundamente en la boca.

Nash lo rodeó primero con los brazos hacia la nuca mientras aspiraba el aroma primario de su piel y notaba su saliva fresca en sus labios. Después con las piernas, para atraerlo más contra su cuerpo. Él respondió apretándola contra sí, y ella sintió la fuerza contenida de sus brazos, el calor que irradiaba a través de la camisa impecablemente planchada. Deslizó las manos por sus hombros hasta sus manos, las tomó y las llevó a sus labios para besarlas mientras reparaba en los gemelos dorados que había tomado por

coronas de laurel y que eran realmente unos pequeños uróboros. Sonrió mientras susurraba: «El ciclo eterno», y se separó de él lo suficiente para volver a mirarlo, para ver el deseo reflejado en aquellos ojos imposibles. Después lo atrajo de nuevo contra su cuerpo y hacia su boca. Notaba sus brazos ciñéndola contra su pecho mientras aspiraba el olor a piedra limpia y a lima que desprendía su piel, y lo deseó.

Él se detuvo para mirarla, sonriendo por primera vez sin reservas. Deslizó una mano suave, lenta, por su pelo, y el lazo con el que se lo había recogido resbaló por su melena. Robert lo tomó entre los dedos.

—Este lazo...

Nash parpadeó.

—Estaba en el despacho de Newman. ¿Lo habías visto alguna vez?

—Sí. Alguna vez mientras trabajaba, solía tenerlo entre los dedos. Pero no sabía que lo conservase. Hacía mucho tiempo que no lo veía.

—Estaba dentro de su caja fuerte.

Sin soltarse del abrazo de Robert, Nash volvió la mirada hacia el abultado sobre blanco que seguía sobre la mesa, a su lado.

—¡Lo has encontrado!

Estiró la mano y lo levantó ante sus ojos. En el sobre, el logo del Centre Médical du Léman.

Se soltó de sus brazos, sacó las placas del interior y fue a la ventana para verlas a contraluz. Las radiografías mostraban el cerebro de Benedict Newman en cortes transversales, con las zonas afectadas marcadas por el radiólogo. Los informes adjuntos estaban escritos en francés.

—El ataque fue real —murmuró Nash mientras los leía, más para sí misma que para Robert—. Tuvo mucha suerte, no fue un ictus como el de mi madre —dijo con mucha tristeza—. Debió de ser providencial la ayuda de Margot, que lo trasladó inmediatamente; ellos tampoco están seguros de que fuera un ictus, pero en algún momento se produjo un gran apagón. En los TAC posteriores se ve que no le quedó rastro.

—¿Qué significa eso? —preguntó Robert acercándose.

—Significa que mis razonamientos sobre lo que le está pasando a Newman pueden estar equivocados. Sufrió un terrible ataque, una especie de cortocircuito, y por Margot sabemos que durante unos minutos disoció antes de fundir a negro, después se recuperó. Puede que ahora le esté ocurriendo lo mismo.

Entonces reparó en algo en lo que no se había fijado hasta aquel momento.

Algo en la placa le había llamado la atención: una pequeña hilera de caracteres impresos en la esquina superior derecha. Su cerebro, ocupado todavía en traducir los datos clínicos y en la voz de Robert junto a ella, no había terminado de procesarlo.

Bajó la placa muy despacio. Cerró los ojos.

Y la imagen vino con la nitidez que no se pide.

El recibidor del piso de su madre. La puerta abierta. Natalia tendida sobre la alfombra, descalza, con el vestido largo desplegado como si alguien lo hubiera preparado para un retrato. El teléfono descolgado junto a su mano. Y al otro lado, caído, abierto, el álbum de crónicas donde durante décadas había ido pegando recortes de periódico. Los últimos años, le había contado después Enri, ya no los pegaba. Los doblaba y los metía entre las páginas. Por eso ese día estaban desparramados alrededor del cuerpo como una baraja que alguien hubiera arrojado.

El álbum abierto por la última página. Su madre metiendo un recorte nuevo.

Un recorte de esa misma mañana.

Nash abrió los ojos y volvió a mirar la placa a contraluz.

La fecha estaba ahí, impresa con la frialdad administrativa de los hospitales. Repetida en cada placa. Repetida en cada informe.

Uno de agosto.

El aire abandonó sus pulmones como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—La fecha —susurró.

—¿Qué ocurre? —Robert se había acercado preocupado por el cambio en su expresión.

Nash no contestó. Tomó su teléfono y marcó el número de Margot con dedos que de pronto le temblaban.

—¡Nash! Tengo que contarte un montón de cosas. La novela de Newman va como un tiro, es el número uno en medio mundo, las ventas están...

—Margot, escúchame. —La cortó con una urgencia que hizo callar a la editora al instante—. Esto es muy importante. Me dijiste que estabas con Newman cuando tuvo el ataque.

—Sí, ya te lo dije. Él estaba desayunando y yo llegué al comedor.

—Tienes que decirme qué estaba haciendo exactamente. Desayunaba, ¿y qué más?

Margot se tomó un segundo.

—Desayunaba..., leía la prensa, como siempre. Está abonado al menos a seis diarios. Los ojea mientras desayuna, tiene esa costumbre.

Tapó el auricular del teléfono y preguntó:

—Robert, ¿a qué periódicos está suscrito Newman?

Él los enumeró. Nash lo escuchaba sin mirarlo. A medida que los nombres caían uno tras otro, su cabeza iba cruzando cada uno con la hemeroteca mental que ya tenía: en qué diario había aparecido la fotografía del fardo recuperado en la playa. La encontró en el tercero que Robert nombró.

Se volvió a apoyar en el borde del escritorio como si necesitara algo firme contra lo que sostenerse.

Y entonces, ante sus ojos, nítida como si la tuviera delante, surgió la imagen del fardo de lona azul. El cuerpo envuelto como un regalo obsceno. La fotografía que había aparecido en al menos uno de los periódicos que Newman leía a diario. El mismo día. La misma fotografía. Benedict Newman en Ginebra desayunando, Natalia Elizondo en Donostia clasificando recortes. Y cada uno, al ver aquella imagen, había visto algo que solo ellos dos podían reconocer. A ella le había reventado una arteria y la había dejado sin habla. A él lo había fundido a negro de un modo que, quizá, no había terminado.

Aunque oía de fondo las preguntas de la editora, Nash colgó sin despedirse.

La misma fotografía que su madre estaba recortando cuando sufrió el ictus.

—¿Qué haces?, ¿qué pasa?, ¿estás bien?

Volvió a meter las placas en el sobre con movimientos mecánicos. Robert la observaba con expresión alarmada.

—Robert, tengo que irme. —Se dirigió hacia la puerta con pasos rápidos, el sobre apretado contra el pecho—. No puedo acercarte a la mansión. ¿Crees que podrás volver solo?

—Claro, no te preocupes por mí —intentó sonreír—. Pero ¿qué pasa? ¿No vas a decírmelo?

Ella se detuvo en el umbral y se volvió a mirarlo. Sereno, con su mirada azul y profunda, una sonrisa apenas insinuada en los labios. No tenía respuesta; eso era precisamente lo que iba a buscar. Pero fue consciente de que todo había cambiado entre ellos.

—Todavía no lo sé, Robert, pero la fecha que aparece en el ingreso de Newman en esa clínica es el 1 de agosto.

Él la miró encogiéndose de hombros.

Nash sintió que el aire de aquel despacho era insuficiente, tomó todo el que pudo mientras a su mente acudía de nuevo la imagen de su madre tirada en el suelo, rodeada de todos aquellos recortes, la fotografía del fardo azul que Scott Sherrington había recibido en su teléfono, aquel recorte que estaba entre el contenido de la bolsa que Enri intentó destruir por encargo de su madre. No podía decirle todo aquello, pero tenía razón, tampoco podía dejarle sin respuestas, así que añadió:

—El 1 de agosto es la fecha en la que mi madre sufrió el ictus.

Nash oyó su propia voz y de pronto el argumento que sonaba tan poderoso en su mente le pareció vano.

—¿Y no crees que sea casual? —dijo Robert.

—Aún no lo sé, pero lo averiguaré.

Iba a cruzar la puerta cuando él la alcanzó, la tomó de nuevo entre sus brazos y la besó en la boca, atrayéndola contra su cuerpo, resistiéndose a dejarla ir. Nash le devolvió el beso con una intensidad que la sorprendió a ella misma, y durante un instante el mundo entero se redujo a aquel contacto, a aquel calor, a aquella promesa de algo que tendría que esperar.

Le sorprendió su ruego:

—Nash, no harás nada que le perjudique, ¿verdad?

Ella se separó un paso.

—Ya te dije que solo busco la verdad.

—Lo sé, pero Benedict es un hombre enfermo y, además, es tu padre.

Ella se separó otro paso.

—Disculpa si no lo veo así. Es un padre que nunca estuvo, que nunca formó parte de mi vida, al que no conocía y al que no conozco.

Ahora fue Robert el que retrocedió dos pasos. Tomó aire y apretó los labios un par de segundos antes de decir:

—Acabas de escuchar a Clayton explicar mi origen, la historia humilde de mi familia, el enorme sacrificio de mi madre para sacarme adelante. No ha mencionado a ningún padre, ¿y sabes por qué? Mi padre nos abandonó cuando ella estaba embarazada, jamás volvimos a tener noticias de él, ni siquiera sé si está vivo. Nash, desconozco lo que ocurrió entre tus padres y por qué razón decidieron que él se mantuviera al margen, pero lo que sí sé es que nunca dejó de cuidar de ti. El día en que vio la esquela de tu madre en el periódico me mandó a buscarte, ¿lo recuerdas? Te dio la opción de conocerle o no. Luego las cosas se precipitaron con su enfermedad, y es verdad que ahora no es el mismo, pero ese hombre me mandó a buscarte, y eso es más de lo que yo he tenido nunca.

65

Noche en Ciudad

Nash condujo hasta Donostia con el pie hundido en el acelerador y la mente en blanco. No pensaba. No podía pensar. Solo conducía mientras el informe médico de Benedict Newman ardía en el asiento del copiloto como si fuera a prender fuego al cuero.

La misma fecha.

El mismo día.

La misma imagen.

Llegó a Donostia cuando la noche ya había caído por completo sobre la ciudad. Se detuvo en doble fila frente al edificio de la calle Urbieta. Estaba a punto de arriesgarse con la multa o con la grúa cuando vio que un coche salía dos plazas por delante. Empujó la pesada puerta del portal y aspiró el calor acumulado del día y el olor familiar del regreso a casa. El ascensor estaba ocupado; podía oír el ronroneo del motor mientras subía. En otro momento habría esperado. Adoraba ese ascensor: la cabina de madera pulida, los botones de cobre, el asiento tapizado de terciopelo rojo y el recuerdo de su privilegio. Pero esa noche no podía esperar. Se dirigió a la escalera y comenzó a subir los peldaños de dos en dos.

Al llegar a la segunda planta se detuvo frente a la puerta del piso de su madre. Hacía pocos días que había estado allí, y sabía que cada vez que regresara la echaría de menos de un modo salvaje y doloroso al que nunca se acostumbraría. Abrió la puerta. La recibió de nuevo el aroma a libros y al perfume de su madre, como una presencia fantasmal. Accionó el interruptor y dejó que la presencia retrocediera hacia las sombras. Miró el recibidor y recordó, con una

claridad que le cortó la respiración, cómo habían encontrado a su madre tirada allí junto al teléfono de la entrada.

Su álbum de crónicas en el suelo a su lado. Un montón de pequeños recortes de artículos de periódicos. El tacto de su piel: húmeda, pálida, fría. Los labios secos y agrietados entre los que asomaba una nube de espuma. Los pies descalzos, tal como a ella le gustaba andar por casa. El vestido extendido. Y el cabello —que siempre había llevado largo pero que en los últimos años apenas rozaba sus hombros, y que su peluquero seguiría manteniendo rojo hasta el final— desparramado como una orla alrededor de su cráneo.

Nash apartó la mirada dejando atrás el doloroso recuerdo y cruzó el rellano. Llamó al timbre de la puerta de enfrente.

Primero se abrió la rejilla de bronce que funcionaba como mirilla. Después, la puerta, y Nash vio a Enri ajustándose la mascarilla.

—Ah. Hola, Nash.

Lo dijo de ese modo, como quien de pronto se enfrenta a algo que se ha postergado pero se sabe inevitable.

Nash se volvió hacia su propia puerta.

—Ven a casa. Voy a hacer café.

Se detuvo y volvió a mirarla.

—Sigues tomando café, ¿verdad?

—Desde hace años, descafeinado. Pero no te preocupes. De cualquier modo, hoy no dormiré.

Diez minutos más tarde, Nash dispuso el café sobre la mesa del despacho de su madre y, mientras lo hacía, observó a Enri sentada en el sofá de terciopelo que no lograba seducirla con su comodidad. Permanecía erguida, sin tocar el respaldo, con las manos juntas y cruzadas sobre el regazo. Miraba alrededor, como si entre las sombras crecientes del despacho de Natalia Elizondo hubiese señales que solo ella podía ver.

Nash le tendió la taza y se sentó frente a ella.

—Enri, he venido a que me cuentes qué pasó el día del ictus.

—Ya sabes lo que pasó. La llamé y no abría. Sabía que estaba en casa, me preocupé y te llamé a ti. Entramos juntas.

—Cuando regresé al día siguiente para coger el neceser, los camisones, las cosas de mi madre, tú ya habías organizado el

desorden. Lo que arrastró al caer. El teléfono, los recortes de periódico, los envoltorios de sueros y agujas que usaron los de la ambulancia. Recuerdo que me sentí agradecida.

Enri bajó la mirada solo un segundo antes de volver a clavar en ella sus ojos.

Nash continuó.

—Enri, he conocido a alguien. Un viejo amigo de mi madre. En un momento fue su paciente, pero también colaboraron en un caso. Era a él a quien mi madre llamaba mientras sufría el ictus. Dice que mi madre comenzó a explicarse, atropellada, temblorosa, hasta que sus palabras se hicieron ininteligibles. La comunicación se cortó. Llamó repetidas veces, pero ya sabemos por qué ella no contestó.

Hizo una pausa. Enri no se movió.

—Un tiempo después esa persona abrió un correo que le había llegado de una dirección que no tenía registrada. Y resultó ser una foto de la página de un periódico. Una foto que le envió mi madre aquel día. La foto de un fardo que después se supo que contenía un cadáver. Pero en aquel momento era solo un fardo hallado en la playa. Y su visión, Enri, alteró tanto a mi madre, le causó tal terror, que mientras llamaba a su viejo amigo sufrió el ictus.

Enri cerró los ojos y encogió los labios, mordiéndolos desde dentro.

—Pero eso no es lo más alucinante —continuó Nash—, Benedict Newman —se preparó mentalmente antes de decirlo—, mi padre, también fue víctima de un ataque, de otra índole, mucho menos severo que el de mi madre, pero fue el mismo día. Ocurrió mientras hojeaba la prensa durante el desayuno, y creo que vio la misma foto que ella.

Enri se llevó una mano a la boca, como si quisiera contener lo que guardaba allí, y después volvió a cruzarla con la otra sobre su regazo.

—Nash, siento que tu madre tiene que estar revolviéndose en su tumba. Se lo prometí...

«Confía en mí», oyó Nash en su recuerdo, pero lo desdeñó.

—Haces lo correcto, Enri. Tienes que contármelo.

Enri movió negativamente la cabeza, aunque a la vez comenzó a hablar, como si lo que hacía y lo que deseaba hacer entraran en profundo conflicto.

—Lo primero que tienes que saber es que yo no lo sé todo. Probablemente, soy la persona que mejor conoció a tu madre, pero sabes que Natalia era... inabordable. Solo sé lo que ella me quiso contar.

—Pues va siendo hora de que me lo cuentes a mí.

Enri tomó aire.

—Llevaba poco tiempo con la consulta abierta cuando comenzó a tratar a Newman. Se enamoraron enseguida. Se casaron. Para entonces ella lo había derivado a otro psiquiatra, un amigo suyo.

Nash asintió.

—El doctor Muniategui —susurró.

Enri continuó.

—Un día el psiquiatra llamó a tu madre y le dijo que sospechaba que el nombre que usaba Newman no era su verdadera identidad. Tu madre ya suponía que tenía un pasado truculento, y esa era la razón por la que necesitaba terapia. Pero entonces ya estaba embarazada de ti, muy avanzada, a punto de dar a luz. Cuando me lo contó, yo misma le aconsejé que aclarase las cosas. Ya sabes cómo era. Mientras él estaba fuera, ella hizo un registro a fondo de sus pertenencias.

Se detuvo, como si le costara continuar.

—Nash, nunca me contó qué fue lo que encontró. Pero se disgustó terriblemente. Me dijo que no podía enfrentarse a él, que se iba unos días fuera, a pensar, a decidir qué hacer.

—¿Te dijo a dónde iba?

—Se lo pregunté. Me contestó que iba «a casa».

Nash frunció el ceño.

—Cuando él volvió, ella ya se había ido. Por supuesto, llamó a mi puerta. Y yo le dije que no sabía nada. Estuvo fuera dos días. La siguiente noticia que tuve fue que había regresado, que estaba en el hospital y que acababa de dar a luz. Fui a verla y él estaba allí con vosotras. No pudimos hablar. No pude preguntarle.

Enri apretó las manos sobre su regazo.

—Cuando os dieron el alta del hospital y regresasteis a casa, no parecía haber problemas entre ellos. Pensé que quizá no era tan grave y se habían reconciliado. Pero esa misma noche tu madre llamó a mi puerta. Cargaba contigo. Todavía estaba convaleciente; era la misma imagen de la debilidad, pero además estaba desolada. Te puso en mis brazos y me pidió que te cuidara, que no dejara que nadie más se te llevara. Me hizo jurarlo. Me dijo que no podía explicármelo, pero que tenía que irse y que volvería muy pronto.

La voz de Enri se había vuelto más tenue.

—Cumplió su palabra. Estuvo fuera menos de doce horas. Yo te cuidé lo mejor que pude. Él no apareció por aquí. Cuando tu madre regresó, me dijo que todo entre ellos había terminado. Que no volvería a verlo jamás. Que había descubierto algo terrible sobre él. Nunca me explicó qué. Estos días he visto en la tele que puede que sea un terrorista irlandés...

Nash se había inclinado hacia delante sin darse cuenta. Quizá porque la voz de Enri se iba extinguiendo, como si le faltasen fuerzas.

—Yo me asusté mucho, por supuesto —continuó Enri—. Le pregunté si estaba segura de que no volvería para hacerle daño. Ella me dijo que tenía un seguro. Un sistema de seguridad por el que todo se haría público si él volvía a acercarse.

—¿Qué sistema?

—No lo sé, Nash.

—¿Te dijo en qué consistía? ¿A dónde había ido? ¿Qué había estado haciendo?

Enri fue negando cada una de sus preguntas.

—Enri, tú tienes que saberlo. Tú misma lo has dicho: eres la única persona en la que confiaba. Te hizo guardiana de sus secretos. Debió dejarte alguna señal. Al menos cómo se activaría su sistema de seguridad.

Enri asintió despacio.

—Me dijo que había barajado la posibilidad de dármelo a mí. Pero habría sido lo más obvio, y no quería ponerme en peligro si alguna vez pasaba algo. Solo debía recordar que las pruebas las tenía su familia.

Nash se quedó mirando a Enri y abrió la boca como si fuera a decir algo, pero después la cerró mientras negaba muy despacio con la cabeza.

—¿Sus tíos de Pamplona?

No era una pregunta. Solo era la extrañeza ante el hecho. ¿Llevaría su madre las pruebas de algo terrible a los tíos que la habían cuidado cuando quedó huérfana? Nash calculó que entonces rondarían los cincuenta años. Ahora estaban muertos. Si le parecía impensable poner a Enri en peligro, ¿lo haría con su única familia?

Enri la miraba en silencio, como si también se hubiera hecho esa misma pregunta mil veces y nunca hubiera encontrado respuesta.

Nash se puso de pie. La taza de café seguía intacta sobre la mesa.

—Gracias, Enri.

—¿A dónde vas?

Nash ya estaba en la puerta. Miró a su vecina de toda la vida y sonrió antes de contestar con las palabras de su madre.

—A casa.

—Nash, es muy tarde. Son más de las once de la noche.

—Lo sé. Pero no puedo quedarme aquí.

Enri se levantó del sofá con aquella gracia suya. La rigidez parecía haberla abandonado, y por un momento Nash la quiso mucho, por todas las meriendas y las tardes de deberes, por todas las ocasiones en las que la había cuidado mientras su madre trabajaba. Había sido lo más parecido a tener una tía y, como si lo fuera, Enri le dijo:

—*Kontuz ibili, maitia*.

Nash asintió y salió al rellano. Bajó las escaleras sin esperar el ascensor y salió a la noche de Donostia con una sola certeza: su madre no había llevado las pruebas a Pamplona.

Las había llevado a Elbete.

A su verdadera familia.

66

La sala de autopsias del Instituto de Medicina Legal tenía esa luz blanquecina de los hospitales que hacía que todo, las paredes de azulejo, las mesas de acero inoxidable, la piel de los vivos, adquiriera un tono grisáceo y enfermizo. El inspector Barezzi se ajustó la bata desechable y se puso los guantes de goma mientras observaba el cuerpo que yacía sobre la mesa. El subinspector Ruano ya había ocupado su lugar de «aparcamiento» habitual junto a la pared del fondo. Barezzi no tenía fuerzas para echárselo en cara, y menos después de lo que había ocurrido en la anterior autopsia.

La doctora Cánovas levantó la mirada cuando él se acercó.

—Buenos días, inspector.

—Doctora.

El cuerpo era muy distinto al de Sofía, la víctima anterior. Este había pasado días expuesto a la intemperie, tal vez cuatro, calculaba Cánovas, en una zona boscosa cerca de una carretera secundaria. Como si lo hubieran arrojado desde un coche parado al borde del camino, sin más ceremonia. La descomposición ya había comenzado su labor, y también los animales: roedores pequeños, pájaros carroñeros. Barezzi apartó la mirada de las zonas donde la carne había sido mordisqueada y se concentró en el rostro. Pelirroja. Joven. Unos veinticinco años. El bolso había aparecido días antes, tirado en una esquina sin documentación, así que aún no habían podido identificarla. No había nadie esperando en la sala contigua esta vez, ningún padre al que tener que mentirle después.

—¿Causa de la muerte? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

—Estrangulamiento —dijo Cánovas mientras examinaba el cuello con una linterna—. Igual que la anterior.

Barezzi sintió que algo se le contraía en el estómago.

—¿Repetido?

—Igual. Cinco o seis veces. Primero con las manos. La estranguló hasta que estaba a punto de perder el conocimiento, la dejó respirar y volvió a empezar. Una y otra vez. Después, cuando ya estaba muerta o casi muerta, le puso esto.

Señaló las marcas más profundas en el cuello, donde el cordel de tender la ropa había dejado su surco definitivo.

—Cordel.

—Sí. Pero el daño principal es anterior. Del mismo modo que con la otra víctima, el cordel es... casi decorativo.

Barezzi apretó los dientes. Decorativo. Como si el asesino quisiera firmar su obra con un detalle específico, una referencia que solo algunos podrían comprender.

—¿Algo más?

Cánovas señaló la zona pélvica con un gesto profesional que no lograba disimular del todo su disgusto.

—No hubo penetración, aunque la puesta en escena era la de una violación. Tenía la menstruación en el momento de la agresión; quizá eso le cortó.

—¿Está segura?

—Completamente. Y hay algo más... que es idéntico. Los de Rastros me lo han dicho. Tampones. Tirados alrededor del cuerpo, o quizá debemos empezar a decir colocados alrededor del cuerpo. Como en el caso anterior.

—Gracias, doctora.

Salió de la sala de autopsias con Ruano pisándole los talones mientras se deshacía de la protección plástica. El aire del pasillo, aunque cargado del olor a desinfectante, le supo a gloria después del ambiente claustrofóbico de la sala. Ruano carraspeó.

—¿Qué hacemos ahora, jefe?

—Tú vete a comisaría. Yo tengo algo que hacer.

Ruano asintió y se alejó por el pasillo sin hacer más preguntas. Barezzi salió del edificio y caminó por las calles con las manos hundidas en los bolsillos de la americana. Las imágenes del cajero le rondaban la cabeza como una letanía obsesiva: la víctima anterior, Sofía, caminando por la calle a las once de la noche. Y unos pasos

detrás, su perseguidor. Un hombre alto, delgado, que caminaba como un hombre joven. Traje oscuro, camisa blanca sin corbata. No se le veía la cara. Complexión media. La mitad de la población masculina.

Llegó a la calle Capuchinos y se detuvo frente a un portal viejo con la pintura desconchada. No había ascensor. Subió hasta el tercer piso. El aroma a brócoli hervido y a ropa tendida se filtraba por las ventanas abiertas que daban a los patios interiores y le recordaba todas las razones por las que había jurado no acabar como su padre. No se molestó en llamar al timbre. Usó su propia llave.

El televisor estaba encendido en la pequeña salita, proyectando su luz parpadeante hacia el pasillo oscuro. Todas las persianas estaban bajadas. Barezzi entró directamente en la sala y las subió con un gesto brusco, dejando que la luz del sol iluminara regueros de polvo en suspensión.

—¿Por qué tienes todo cerrado?

—Porque es mi puta casa y la tengo como me sale de los cojones —respondió una versión de Barezzi con treinta años más y un par de siglos de amargura.

Barezzi se volvió a mirar a su padre. Era tan delgado como él, todavía iba vestido con el pijama de rayas azules que probablemente llevaría puesto el resto del día. Su salud estaba bien, solo estaba cabreado. Llevaba así desde que su madre, harta de vivir con un «vinagres» —así lo llamaba ella—, se lio la manta a la cabeza y pidió el divorcio el mismo día en que él se jubilaba. «Cariño, si he conseguido aguantarle todos estos años es porque se pasaba dieciséis horas al día fuera de casa. O me voy, o un día salimos en los papeles», le había dicho su madre. Y lo peor es que sabía que tenía razón. Ahora ella vivía en Mijas; Barezzi la veía cinco o seis veces al año. En su casa no había televisor, olía a salitre y siempre entraba el sol.

—Se nota que has dormido bien. Estás de buen humor —le dijo mientras apartaba del sofá tres o cuatro prendas y un envase de comida para llevar.

—No estoy para hostias. ¿Qué quieres?

—Tranquilo, que acabo enseguida y te dejo a gustito como un cerdo en su cochiquera. Es por un caso.

Barezzi se abrió la amplia americana y sacó un informe que había enrollado en forma de tubo. Lo dejó en las manos huesudas de su padre, que bajó el volumen del televisor sin apagarlo mientras se ponía las gafas para leer.

Ojeó las primeras páginas. El viejo lobo alzó las cejas, tan grises y peludas como las de su hijo.

—Háblame de Noah Scott Sherrington —pidió Barezzi.

Su padre se volvió hacia él con expresión de sorpresa.

—Pensaba que querías hablar de un caso.

—Y eso es lo que estamos haciendo. Háblame de Scott Sherrington.

El viejo siguió revisando los papeles durante unos segundos. Cuando pareció que no iba a decir nada, comenzó a hablar.

—Es... un «poli estrella de los cojones», ya sabes. Hasta aparece en los libros de criminología. O mejor dicho, de victimología —dijo imitando las comillas con los dedos—. Una puta mierda. Creó un método que consistía en hacer una lista de posibles víctimas y las iba catalogando y descartando para obtener así el radio de acción de un depredador. Según su versión, llegó a atraparlo, pero, ¡oh, fortuna!, un infarto lo fulminó justo en ese momento y el tipo huyó. Si quieres mi opinión, no me creo una puta mierda.

Hizo una pausa para quitarse las gafas y limpiarlas con el borde del pijama.

—Llegó a Bilbao en los ochenta. Un poco antes de la gran inundación de la ciudad. Según él, vino persiguiendo a su asesino mítico. Lo acorraló y volvió a atraparlo justo en el momento en que el río se desbordaba y arrasaba la ciudad, liberando todos los cadáveres que su asesino mítico había ido almacenando en una especie de cobertizo junto al puerto. Y, ¡oh, fortuna de nuevo!, volvió a caer fulminado. Según él, abatió al asesino mítico, que el que luego fue su socio identificó como un tipo que trabajaba en el puerto.

—¿Y?

—Oficialmente, nunca nos creímos nada. El tipo del puerto que apareció muerto era eso, un trabajador del puerto, y no se pudo establecer ninguna relación con unos cadáveres que aparecieron flotando. Conclusión: pues sí que había alguien matando mujeres en Bilbao en esa época. Las envolvía en fardos de lona y las tiraba al río. Comparamos todo lo que teníamos con la policía escocesa. El *modus operandi* no tenía nada que ver con el asesino mítico. En resumen: pamplinas.

El viejo lobo se quitó las gafas y las dejó colgando del cuello mientras miraba a su hijo con los ojos entornados, calibrando el efecto de lo que iba a decir.

—Lo que yo creo, que al fin y al cabo es lo que has venido a escuchar: el poli estrella de los cojones puede que idease un método, pero luego se obsesionó; les ha pasado a muchos, quieres atraparlos, no puedes, pasan los años, la obsesión se transforma en enfermedad... Es lo mismo que esos bomberos que se vuelven incendiarios. Necesitas acción, y si el panorama criminal no te la da, la creas.

Barezzi miró a su padre mientras pensaba en cómo podía ser que su propio padre le cayera tan mal.

—¿Y con lo que hay en ese informe?

El padre se volvió a poner las gafas y ojeó el informe forense que la doctora Cánovas acababa de emitir.

—Nada que ver. Pero nada de nada. Al menos las víctimas de Bilbao se correspondían con el perfil de víctima que el asesino mítico elegía en Glasgow. Estas ni siquiera eso. Pelirrojas. Y esto de la estrangulación repetitiva... John Biblia, que así es como se llamaba el mítico, lo hacía con un cordel. En alguna ocasión, también con las medias o con los cinturones que llevaban las chicas, pero después empezó a llevar cuerda de tender. Las violaba, y posteriormente dejaba tirados alrededor del cuerpo los tampones y las compresas. Porque todas, y esta es la guarrada que prueba que estaba como un puto cencerro, todas tenían la berza cuando las violó y las mató.

Barezzi lo miró incrédulo.

—¿La berza?

—No me jodas, inspector. Sí, joder, la berza. El tío del pueblo, la maldición.

Barezzi le mantuvo la mirada muy serio.

—La menstruación, joder.

—Te había entendido —murmuró Barezzi.

Su padre no lo oyó.

—Entonces, ¿no crees que pueda ser él?

—En primer lugar, tiene que ser un viejo. Y para todas estas mierdas sexuales, con los años se va desgastando el ímpetu en la misma medida que no se les levanta el pito.

El viejo lobo se quitó las gafas y se echó hacia atrás mirando fijamente a su hijo.

—Sí que tiene algo que recuerda a John Biblia —reconoció—. Pero no es un imitador haciendo un homenaje; de serlo, elegiría chicas morenas.

Barezzi miró a su padre y asintió lentamente antes de hablar.

—Los dos primeros cadáveres aparecieron flotando, el primero hace casi un año, el otro, hace unos días, aunque había desaparecido justo antes del confinamiento. Envueltos en lonas azules, con unos nudos que recuerdan mucho a los de Bilbao. He visto los informes. Las otras dos: una en un parque, la otra a un lado de una carretera boscosa. Estranguladas con las manos, como pone el informe, pero después por encima les puso cordel de tender.

Barezzi dejó caer la voz, consciente de lo que venía.

—Había tampones alrededor de los dos cuerpos. Con la primera ni lo pregunté, y la forense tampoco lo mencionó; supongo que le pareció casual. Pero acabo de salir de la autopsia de esta y sí que lo he preguntado. Las dos tenían la regla. Con las primeras no hay modo de saberlo; el forense no lo mencionó y los cadáveres estaban en muy mal estado.

El viejo lobo frunció el labio superior, dejando a la vista su afilado colmillo.

—¿Dónde está Scott Sherrington?

—Salió del país hace unos días. Por lo visto, está escribiendo un libro sobre el asesino mítico, sobre John Biblia.

El viejo lobo lo miró durante varios segundos.

—Pues ahora la pregunta es: ¿qué te ha dicho ese cadáver?
Barezzi sostuvo la mirada de su padre.
—Dice lo mismo que tú estás pensando.

67

> Hay personas que construyen su carácter sobre el agravio. Es una cimentación sólida, pero envenena los cimientos.
>
> BENEDICT NEWMAN, en *Los que paran*

En ocasiones, un hombre tiene que tomar las riendas de su destino. Y cuando ese hombre es además un detective privado, debe hacerlo todo el tiempo, aunque suponga llevarle la contraria a su cliente. Nash Elizondo me había pedido que colaborase con los páter y, además, yo era consciente de mi situación legal después de mi segunda fuga del hospital y del confinamiento obligatorio al que habían sometido al padre de mi cliente. Pero los días resbalaban encima como agua sucia por un canalón, y echaba de menos los ojos de color whisky de mi doctora favorita, así que aquella mañana tomé una decisión.

Por tercer día consecutivo me desperté con un dolor de cabeza de todos los demonios, y sin haber tocado una gota de alcohol. O quizá debido a eso. Lo cierto es que ni en un millón de años pensé que mi propuesta fuera a ser tan bien acogida por el páter.

—Escuche, Sarasola, no es que pretenda entender muy bien su trabajo, y no es algo que deba ofenderle. Me consta que usted no comprende el mío. Pero creo que ha llegado el momento de que me permita participar más activamente en lo que está haciendo o no podré seguir dedicándoles mi tiempo. Estoy pensando en sacar a mi chica a cenar.

Sarasola miró al padre Tadeo y me invitó a sentarme.

—Explíqueme, detective.

—Mi propuesta es clara. Usted está investigando lo mismo que yo desde otro punto de vista, pero, si hay algo en esas sesiones a las

que somete a Newman que pueda ser revelador para el caso que estoy investigando, deberíamos colaborar.

Sarasola es un tipo acostumbrado a mandar, se le nota, pero también a delegar, y reconoció la categoría de la oferta que le hacía. Enseguida vi un brillo en el fondo oscuro de sus ojos y estuve seguro de que aceptaría.

—¿En qué consistiría exactamente?

—Bueno, el otro día los escuché cuando hablaban con la doctora Elizondo. Ella ahora no está, y yo podría tomar su lugar. Le pido poder asistir a las sesiones. Le prometo que estaré calladito, pero puede que haya algo que Newman diga que tenga una interpretación para mí distinta de la que tiene para usted. A fin de cuentas, los dos buscamos lo mismo: ayudarlo.

—Déjeme que lo aclare. ¿Está proponiendo asistir a las sesiones de hipnosis en las que indago en la mente de Newman?

—Exactamente. Oí que le decía a la doctora Elizondo que solo usted habla, y que cualquier pregunta debería pasársela por escrito. Le prometo estar callado, pero puede que haya alguna pista en lo que dice. Y estoy seguro de que la clase de preguntas que usted hace y las que haría yo no tienen nada que ver.

Sarasola estuvo inmóvil mirándome durante unos segundos. Después asintió lentamente.

—Puede ser muy interesante. ¿Qué le parece, padre Tadeo?

—Estoy de acuerdo con usted, padre. Puede ser muy interesante.

—Una cosa más —les corté.

—¿Sí?

—Deberíamos hacerlo en mi oficina.

Para mi sorpresa, Sarasola estuvo de acuerdo.

Así que aquí estamos. Me siento cómodo de nuevo en casa. Mi oficina tiene adosado un cuarto de baño con ducha, una minicocina suficiente para hacer café, una cama plegable, mi despacho y la sala de espera. Todo lo que un hombre puede necesitar.

En cuanto llegamos, el padre Tadeo desplegó su material técnico ocupando buena parte de mi mesa. Me costó algo más de tiempo conseguir que Sarasola se sentara: recorría la estancia murmurando «fascinante» ante cada detalle, como si hubiera entrado en un

museo. Tuve que hacerles una llamadita de atención sobre el precioso tiempo que estábamos perdiendo y el recordatorio de que cobro por horas para que se pusieran a trabajar.

Tuve que armarme de paciencia y un par de tragos de whisky mientras Sarasola y Tadeo cuchicheaban como dos viejas los pormenores de la sesión.

—Señor Star... Colt Star. ¿Son dos nombres de armas? —preguntó Sarasola.

—Un revólver y una pistola.

—Dada la peculiaridad de esta sesión, es importante que empecemos por usted. Pondremos esa música que le gusta, John Coltrane, y es importante que me escuche siempre con atención. —Sarasola hizo una pausa—. Detective Star, le autorizo a estar presente en esta sesión, a escuchar todo lo que en esta sala se diga, a presenciarlo sin participar directamente. Si tiene alguna pregunta, puede escribirla en la libreta que hemos dejado sobre la mesa. Después deslícela hacia el padre Tadeo y él me pasará la nota cuando sea conveniente. Recuerde que está aquí como observador. No puede intervenir ni interrumpir. No debe hacerlo porque podría causar un gran daño al paciente. ¿Lo ha comprendido?

Asentí.

—Ya se lo dije en otra ocasión, padre, pero tiene una voz realmente hipnótica.

En los siguientes minutos me concentré en Coltrane. Era como la sirena de un coche de policía en una callejuela oscura: te ponía los pelos de punta, pero te mantenía alerta ante cualquier peligro. Sus notas eran como las huellas de un delincuente en la escena del crimen: difíciles de seguir, pero imposibles de ignorar. Estuve sumido en el fabuloso caos de su sonido hasta que volví a oír la voz de Sarasola.

—Buenos días, Carcelero. Soy el doctor Sarasola y solicito su permiso para hablar con Kevin.

—El Carcelero siempre me deja salir. Digamos que somos buenos colegas.

—¡Joder, pareces un robot cuando hablas con él! —se burló una voz que no era la de antes—. «Solicito su permiso.» No tienes que

ponerte tan serio.

—Hola, Kevin. Buenos días. Es muy interesante eso que has dicho, porque tengo entendido que hace relativamente poco que sales. Quiero decir que durante mucho tiempo el que ha estado al frente ha sido el escritor.

—Ah, bueno, eso es porque el escritor lo hace todo muy bien. Escribe historias, es rico, es famoso, es un tipo muy fino. Durante mucho tiempo lo llevó todo perfectamente, y yo estaba a lo mío. Hasta que todo comenzó a desmoronarse.

—Fue en comisaría, cuando le enseñaron esas fotos —dijo Sarasola.

—Menos mal que también estaba el detective. Ese sí que es un tipo duro. Es más como yo, un hombre. Él supo llevar la situación.

Asentí para mis adentros. Al menos alguien lo reconocía.

—Kevin, quizá puedas ayudarme —continuó Sarasola—. En mi conversación con el Carcelero, me dijo que Newman no es el anfitrión.

Kevin no contestó. Sarasola continuó:

—¿Significa eso que hay otro anfitrión?

Kevin se encogió de hombros.

—¡Vamos, Kevin! Soy un experto en sistemas. El vuestro es complicado, pero siempre siempre hay un anfitrión. El que estaba primero. Hemos establecido que lo denomináis «el Imperdonable», pero ese no es su nombre. Ese no puede ser el nombre de nadie. Tengo algunas sospechas sobre quién puede ser, pero puede que, si siempre lo habéis llamado así, no sepáis de verdad cómo se llama. Y aquí es donde entras tú, Kevin.

El chico se sorprendió genuinamente.

—¿Yo?

—Sí, Kevin. Te di mi palabra de que jamás pasaría sobre ti, de que reconozco tu autoridad y el papel que haces cuidando al niño. Pero creo también que el niño quiere expresarse, y debe hacerlo. Y que desde su pureza y su sensibilidad puede ayudarme a entender muchas cosas.

Kevin iba a replicar, pero Sarasola lo interrumpió.

—Kevin, te estoy pidiendo permiso. Quiero tu autorización. Y del mismo modo que ocurrió en la otra sesión con el Carcelero, reconozco tu autoridad para interrumpirme si crees que el niño va a empezar a llorar. Te prometo que tendré muchísimo cuidado. ¿Qué me dices?

—Me quedaré aquí escuchando. Y si le haces llorar...

—En cuanto empiece a llorar, lo paras.

Kevin asintió.

Entonces ocurrió algo que no esperaba. Kevin retrocedió en la silla, y donde había estado sentado un adolescente ahora había un crío. Nunca he sido bueno para calcular las edades de los chavales, pero le eché cuatro, quizá cinco años. Miró alrededor sorprendido, con los ojos grandes y brillantes, anegados de algo que aún no era llanto.

—Hola, pequeño —saludó Sarasola—. ¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos en el hospital, el día que te pusieron a conducir. Yo soy el que te dio las ceras de colores.

El pequeño sonrió.

—Hoy las he traído también. ¿Te gustaría dibujar?

El niño se removió, impaciente. Sonrió un poco. El padre Tadeo puso ante él un montoncito de folios en blanco y un estuche lleno de ceras de colores. El crío cogió la azul y comenzó a dibujar.

—El otro día me dijiste que no sabes escribir.

El pequeño negó.

—Pero quizá sepas poner tu nombre. Muchos niños que no saben escribir saben poner su nombre.

El niño negó de nuevo.

—Bueno, no te preocupes.

Sarasola se inclinó para mirar lo que el crío estaba dibujando. Estaba cubriendo de azul buena parte de la superficie de la hoja.

—¿Es agua? —preguntó Sarasola.

El niño asintió.

—Es preciosa. ¿Tú ves el agua?

Asintió.

—¿La ves desde tu casa?

Asintió.

—¿Te gusta?

Asintió.

—Me dijiste que tenías cinco años.

El crío levantó una mano mostrando los cinco dedos.

—Cinco años. Seguramente hasta entonces todo había ido bien. Pero algo cambió cuando cumpliste cinco años.

El pequeño se detuvo un momento. Tomó otra pintura, esta vez verde. Y siguió pintando.

—Hay algo que debes saber. Aquí estás a salvo. Soy un médico muy importante, igual que el doctor Tadeo. Estamos aquí para cuidar de ti. Puedes venir siempre que quieras.

El niño se detuvo, miró a su alrededor y sonrió.

—Es un buen lugar. Si vienes aquí, siempre estarás a salvo. Nadie te hará daño. Es un sitio especial: es el despacho de un detective. Él es un tipo muy duro. Quizá lo conozcas. Ni él ni ninguno de nosotros dejará que nadie vuelva a hacerte daño. ¿Qué te parece? ¿Hay trato?

Sarasola le tendió la mano. El niño dudó unos segundos, pero finalmente estiró su manita hacia la del sacerdote como un hombrecito. El páter dejó que pintara durante unos segundos más y después le dijo:

—Pero para que podamos protegerte, para que el detective sepa a quién no debe dejar entrar, debes decirnos quién te hizo daño.

El niño se detuvo en seco.

—No tienes nada que temer. Kevin está aquí, a tu lado.

Descartó la cera verde y cogió una roja. Apartó el primer dibujo y miró la hoja en blanco, como si pudiera ver en ella algo que los demás no alcanzábamos a vislumbrar.

—¡Vamos, pequeño! ¿Vas a dibujarlo?

El crío asintió muy lentamente, pero ya no estaba bien. Se notaba a la legua, hasta para un tipo como yo que no entiende de críos. Tenía la boca entreabierta y los ojos vidriosos. He visto a muchos hombres con esa expresión, la de quien libra una batalla entre lo que debe hacer y lo que puede soportar.

La cera roja se partió entre sus dedos.

Abrió la mano y comprobamos que parte de la cera se había derretido en su palma manchándola de rojo. Por un instante, el terror se dibujó en sus ojos.

—Escucha, pequeño —dijo Sarasola llamando su atención—. ¡Mírame!

El crío levantó la vista.

—No pasa nada —dijo cuando captó de nuevo su atención—. No es nada. Ahí detrás hay un lavabo. Te acompañaré a lavarte. Solo es una pintura de cera, nada más. No tiene importancia. Tenemos muchísimas más y, cuando estas se acaben, te compraremos otras.

El niño asintió y se puso en pie. Siguió a Sarasola hasta el panel que ocultaba la pequeña cocina americana. Oí cómo abría el grifo.

—Ahí tienes jabón.

El crío comenzó a lavarse quitándose la cera derretida que se deshacía con el jabón.

Entonces levantó las manos y vio que el interior de las uñas se había teñido de rojo.

Comenzó a llorar.

Al principio fue un gemido quedo, propio de un niño muy pequeño. Las lágrimas anegaron sus ojos y empezaron a rodar por su rostro. Había algo contenido, enfermizo, en el modo en que lloraba. Tanto llanto, tantas lágrimas, sin emitir ningún ruido.

Y, sin previo aviso, levantó las manos y comenzó a frotar las puntas de sus dedos contra la pared, en los lugares donde entre los ladrillos se concentraban las juntas de cemento rugoso y vivo. Frotó adelante y atrás, adelante y atrás. Sarasola lo observaba sin intervenir, mientras el cemento se iba tiñendo de rojo con la sangre de las heridas que volvían a abrirse en sus manos.

68

La burocracia siempre había sido el mayor enemigo de Noah Scott Sherrington. No los criminales, no los asesinos en serie cuyas mentes había estudiado durante décadas, sino los formularios, los permisos, las firmas que debían obtenerse de entidades superiores. La pandemia lo había empeorado todo. Lo que antes de marzo de 2020 habría sido un simple permiso de invitado para acceder a los archivos policiales se había convertido en una maraña de autorizaciones que el capitán Gibson había tenido que gestionar en las más altas instancias.

Habían pasado la jornada anterior en las dependencias de la central de policía de Glasgow, tras vencer todos los reductos burocráticos. El caso de la niña Cross se había tratado en su momento como un accidente, no como una desaparición dolosa dentro del marco de un delito, lo que hacía imposible acceder a él desde los registros criminales habituales. Había sido necesario buscar en los archivos de sucesos, en las hemerotecas digitalizadas, en los registros civiles de defunciones.

Pero finalmente habían dado con ella. Con la pequeña Lucy.

Noah releía las notas que había tomado mientras Mildred, la esposa de Gibson, recogía los platos del desayuno con esa eficiencia silenciosa de las mujeres escocesas de su generación. Lucy Cross. Doce años. Desaparecida en la primavera de 1961 en la zona boscosa de los *glens*, cerca del lago Katrine. Era una zona inundable donde de un día para otro podían surgir regatas, arroyos, pequeños riachuelos, o desaparecer bajo las aguas como consecuencia de las lluvias. Su cuerpo nunca se encontró. Pero sí su mochila escolar, de grueso cuero, que había sido arrastrada por la furia de la tormenta y apareció enganchada en un árbol junto a un torrente.

Las primeras pesquisas los llevaron a conclusiones desoladoras. Los padres de Lucy habían fallecido hacía años. Era hija única. Existían tíos, primos lejanos que siempre habían vivido en otras poblaciones, pero no era la clase de relación que pudiera haber tenido conocimiento íntimo de la vida de una niña dada por muerta casi sesenta años atrás.

En su momento no hubo sospechosos. La zona era tranquila, no había delincuentes y los niños jugaban en las calles, en los lagos. Pescar y nadar eran prácticas habituales. Pero en primavera, cuando las tormentas eran frecuentes y estallaban en cualquier momento, los niños tenían prohibido acercarse a los lagos crecidos y a los lodazales.

Lucy Cross había desobedecido esa norma. O eso decía el informe.

Noah cerró el cuaderno y miró a Gibson, que terminaba su segunda taza de té.

—Necesitamos a alguien que la conociera —dijo Noah—. Alguien que recuerde cómo era, quiénes eran sus amigos, y si pudo tener alguna relación con John Clyde cuando era pequeño, incluso si pudo ir a la escuela con él.

—Podemos llamar al Ayuntamiento de Killin —dijo Gibson—, pero con Clyde todo se difumina hasta casi desaparecer. En su momento ya lo investigamos, y ni siquiera en los primeros años es fácil establecer la edad del chico. Se sabe que era un chaval listo y en la escuela pudieron adelantarle algún curso, con lo cual los registros escolares no son fiables. En aquellos tiempos las inscripciones de nacimiento se hacían en las parroquias, y ya sospechamos que el nacimiento de John pudiera ser lo que por entonces se llamaba «vergonzoso» para su madre. Nos confirmaron la pertenencia de toda la familia a la parroquia, pero desgraciadamente los registros bautismales se perdieron en un incendio que asoló la iglesia a consecuencia de un rayo. Los datos volvieron a tomarse en el ayuntamiento atendiendo a las declaraciones de los vecinos, pero dejaron de ser fiables. Ya en la investigación de 1983 encontramos al menos tres referencias distintas para la edad de John Clyde.

—Y estoy seguro de que al menos en las de su vida adulta él fue directamente responsable de borrar esa huella —dijo Noah.

La llamada la hizo Gibson. Noah escuchó cómo explicaba la situación con esa mezcla de autoridad y cortesía que solo los policías veteranos dominan. La funcionaria que les atendió fue amable y eficiente. Hasta que Gibson mencionó el nombre.

—Lucy Cross —repitió Gibson—. Desapareció en 1961, en la zona de los lagos.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Después, la voz había cambiado de tono:

—¿Por qué están interesados en ese caso?

Gibson miró a Noah antes de responder.

—Estamos investigando a una persona que quizá ella conoció.

Otro silencio. Más largo.

—Lucy Cross era mi hermana.

Noah se inclinó hacia delante. Gibson frunció el ceño.

—Disculpe, debe de haber un error. Según los datos que tenemos, Lucy Cross era hija única. Desapareció en los lagos hace aproximadamente cincuenta y nueve años.

—Mis padres se quedaron desolados tras la muerte de Lucy —dijo la voz al otro lado—. Yo nací seis años después. No conocí a mi hermana, pero he vivido con su recuerdo, tan presente como si cada día hubiera estado en mi casa.

El viaje hasta Killin les llevó algo más de una hora. Gibson conducía en silencio mientras Noah observaba el paisaje que se abría ante ellos: colinas verdes salpicadas de ovejas, bosques de abedules y pinos, y de vez en cuando el destello plateado de un lago entre los árboles. Era fácil imaginar cómo habría sido ese lugar en 1961. Aislado. Hermoso. Y peligroso para una niña de doce años.

Mhairi Cross vivía en una casa de piedra gris en las afueras del pueblo, tenía un pequeño jardín delantero donde crecían rosas silvestres. Les abrió la puerta antes de que llamaran, como si hubiera estado esperándolos junto a la ventana. Era una mujer de algo más de cincuenta años, menuda, con el cabello castaño recogido en un moño sencillo y unos ojos que parecían haber visto demasiado.

—Capitán Gibson. Señor Scott Sherrington. —Les tendió la mano a ambos—. Pasen, por favor. Tengo un rato ahora, mi marido ha ido a

llevar a nuestros hijos a la estación, acaban de retomar las clases tras la pandemia. Han sido tres meses muy raros teniéndolos todo el día en casa, y ahora me va a costar más a mí que a ellos volver a la rutina. —Les indicó el sofá—. Peter regresará en un rato, así que...

No terminó la frase, pero el mensaje estaba claro.

La sala de estar era pequeña y acogedora, con muebles que parecían heredados de otra época. Había un stick de hockey junto a la chimenea apagada, una consola PlayStation aún conectada al televisor, mandos inalámbricos sobre la alfombra, un balón de rugby en una esquina. En las paredes y sobre la repisa de la chimenea había fotografías: Mhairi junto a un hombre de expresión afable y tres chicos entre dieciocho y veintitantos que debían de ser sus hijos. Noah se fijó en que, entre las fotos familiares, había otras más antiguas, en blanco y negro, que mostraban a una niña diferente.

Mhairi siguió su mirada.

—Lucy —dijo como si hiciera una presentación—. He preparado té.

Se sentaron en el sofá tapizado de flores mientras ella servía con movimientos precisos.

—Cuando llamaron esta mañana al ayuntamiento —comenzó, acomodándose frente a ellos—, supe que este día llegaría. Siempre lo supe.

—¿Por qué? —preguntó Noah.

Mhairi sostuvo la taza entre las manos sin beber.

—Porque cuando se suspendieron las búsquedas y se dio por muerta a Lucy, mis padres no dejaron de buscar. No en los lagos, sino en sus propias cabezas. Intentando entender qué había pasado. Y yo crecí escuchando sus preguntas.

—Usted nació seis años después —dijo Gibson.

—Sí. Mis padres ya eran mayores cuando me tuvieron. Pero, como mi propio nombre indica, siempre me sentí muy amada. —Sonrió levemente. Mhairi, «amada» en gaélico—. Dormí en la habitación de Lucy, usé su ropa cuando era pequeña, viví siempre con su presencia. Siento que, de alguna manera, hasta que murieron mis padres me esforcé por ser la sombra de Lucy. Y no me arrepiento de ello.

Noah intercambió una mirada con Gibson antes de hablar.

—Señora Cross, estamos investigando a un hombre que creemos que pudo conocer a su hermana. Se llamaba John Clyde.

Mhairi frunció el ceño.

—¿Se refiere a ese John Clyde? ¿El que se sospechaba que podía ser John Biblia?

—Sí.

Mhairi negó lentamente.

—Años después de la muerte de Lucy, cuando empezó a correr esa historia sobre John Clyde, mis padres se preguntaron lo mismo. Pero ese chico ni siquiera vivía en el pueblo. Vivía en una casa en las afueras de Killin. No tengo constancia de que se conocieran y creo que él era algo mayor.

Hizo una pausa, como si algo hubiera acudido a su memoria.

—Aunque... —Se detuvo—. En los diarios de Lucy había un chico que le gustaba. Lo llamaba simplemente J. Es una práctica habitual en las chicas cuando escriben sus diarios: poner solo las iniciales, por si en algún momento llega a leerlos alguien que no debiera.

Noah se inclinó hacia delante.

—¿Podríamos ver esos diarios?

—De acuerdo, si esperan un momento...

Se disculpó y fue hasta el fondo de la casa, entrando en lo que parecía un dormitorio. Regresó al cabo de un instante con una caja de cartón que depositó sobre la mesa de centro. Apartó la tapa y comenzó a sacar objetos: cintas de algodón desteñidas, una pulsera de cuentas, un pequeño espejo de mano con el marco de plata ennegrecido.

—Guardo algunas cosas de ella —explicó—. Me crie leyendo sus diarios. Antes de cumplir la edad que tenía Lucy cuando desapareció ya los había leído mil veces.

Sacó tres cuadernos pequeños con tapas cubiertas de rosas gastadas, que a Gibson le recordaron las flores descoloridas de los cementerios.

—¿Me permite...? —preguntó Noah con delicadeza.

—Claro. Pero no pueden llevárselos. De cualquier modo, puedo hacerles un resumen.

Noah tomó uno de los diarios con cuidado. La caligrafía era redonda, infantil, con letras grandes y bucles exagerados. La tinta azul se había desvaído en algunas páginas. Pasó las hojas muy despacio buscando las entradas donde aparecía la inicial.

—Todo lo que dice sobre J. es que le gustaba —continuó Mhairi—. Era algo muy inocente. Le parecía guapo, le encantaba cómo sonreía. Él era amable con ella. Se conocían desde pequeños; probablemente, se veían en la escuela, aunque no parece que estuvieran en la misma clase. Pero a esa edad ella comenzó a sentir otro tipo de interés por él. Ya saben, las chicas maduran antes. Y daba a entender que J. no había madurado tanto. En su momento pregunté a mis padres, pero recordaban a varios niños de más o menos su edad llamados Jake, Jason, Jude o Jarlath, incluso había un Séamus, al que podrían llamar James.

—¿Algo más?

—También menciona que nadie debe enterarse. Que a sus padres no les habría hecho gracia. Parece que J. no respondía a las pretensiones románticas de ella. —Mhairi se encogió de hombros—. No hay nada más.

Noah cerró el cuaderno y se lo devolvió.

—Pero como le digo —añadió Mhairi—, J. es una inicial muy común por aquí. Mis propios hijos se llaman Jude, James y Jeremy.

Noah asintió. No insistió.

—¿Tiene alguna fotografía de ella?

Mhairi indicó una de las fotos sobre la repisa y sacó un álbum de la caja.

—A pesar de la época, mis padres tenían documentada la vida de Lucy. Se puede imaginar, una hija única. —Hizo una pausa—. ¿Sabe que casi no hay fotos mías?

Abrió el álbum y lo giró hacia ellos. La mayoría de las fotografías eran en blanco y negro: un bebé en brazos de una mujer de expresión seria, una niña de tres o cuatro años junto a un perro, la misma niña algo mayor montada en una bicicleta.

Las últimas fotos del álbum eran viejas Polaroids en color que se habían apagado con el tiempo. Mhairi pasó las páginas hasta llegar casi al final.

—Una de las últimas fotos es más grande y en color. Es la que se utilizó para los pasquines cuando desapareció.

Noah aspiró profundo y sostuvo el aire unos segundos.

Era un primer plano, una foto de estudio. Una niña de ojos claros y pelo rojo como el de una princesa escocesa sonreía a la cámara. Aunque aún se apreciaban sus dientes algo desiguales, propios de la edad, se adivinaba que habría sido una mujer preciosa. Llevaba el largo cabello recogido en lo alto de la cabeza con un lazo rojo.

—Era pelirroja —murmuró Noah.

—Sí, sorprendentemente pelirroja. Mis padres tenían el pelo castaño, como yo. Pero nuestra abuela Mirta tenía el pelo rojo.

Mhairi señaló el lazo.

—Siempre llevaba lazos rojos. Decía que quedaban bien con el cabello rojo. Tenía docenas. —Sonrió con cierta melancolía—. Fue la única cosa de mi hermana que nunca usé. En mi pelo no quedan bien.

Noah apenas la escuchaba. Miraba la fotografía de Lucy Cross, sus ojos claros, su cabello rojo, la forma del rostro. Aunque él no había conocido a Nash Elizondo cuando tenía doce años, incluso ahora que era una mujer, el parecido era asombroso.

69

> La narrativa interna no es introspección narcisista. Es el mapa sin el cual no existe orientación posible. Y un hombre sin mapa no sabe a dónde va, pero tampoco sabe de dónde huye.
>
> BENEDICT NEWMAN, en *Los que paran*

Les llevó un rato conseguir que el crío se calmara antes de volver a sentarlo en la silla. Después, simplemente enmudeció. Esperé prudente hasta que el padre Tadeo terminó de hacerle las curas, vendándole las manos de nuevo como en los días anteriores. Entonces intervine.

—Padre, me va a perdonar, pero creo que esto se nos ha ido de las manos. Y nunca mejor dicho.

Sarasola me miró con interés.

—He estado escuchando como me han pedido, pero ese Kevin... Creo que se están equivocando con él. Ese chaval es un suicida de libro, y no se le puede hablar así, por muy duro que él se crea. Ya sé que usted es psiquiatra, pero se equivoca al pedirle tantos permisos. Con esa clase de chico, eso no funciona.

Sarasola me miraba con interés creciente.

—¿Ah, no? ¿Qué sugiere? Parece que usted lo tiene claro.

—No hay más que verlo. Las palabrotas, el tipo de lenguaje que emplea e incluso su postura corporal. ¿Se ha dado cuenta del modo en que abre las piernas, como si exhibiera sus genitales? Su postura habla de respeto a lo masculino. Levanta los hombros como un gallo hinchado; quiere aparentar ser mayor de lo que es. Ese crío solo le tiene respeto a la hombría, y perdóneme, pero, con un psiquiatra que además es sacerdote, no lo va a tener. Y si ha estado atento,

habrá notado que siente admiración por mí. No es raro: encarno una figura masculina, el tipo de referente para un adolescente.

—Ilústreme —contestó Sarasola algo suspicaz.

—Sé que es usted el que tiene que hablar con él, pero ¿qué le parecería si yo le indico las preguntas? Dígale que las respuestas son para mí, para el caso que estoy investigando.

—A ver si me queda claro. Lo que usted pretende es pasarme una lista de preguntas y que yo las lea de su parte.

—Prístino, páter.

—De acuerdo. Escríbalas. Las revisaré.

Me llevó cosa de diez minutos garabatear las preguntas, aunque le advertí al páter de que lo mejor sería pasárselas según sus respuestas. Después volví a mi lugar.

Para mi sorpresa, Kevin no estaba tan cabreado como cabía esperar, aunque chasqueó la lengua al escuchar cómo Sarasola le pedía disculpas.

—Kevin, lamento mucho lo que ha pasado con el niño. Te doy mi palabra de que se descontroló de pronto. No le hicimos llorar, fue algo relacionado con la pintura. Quizá puedas explicármelo.

—Usted no tiene la culpa. Lo hace siempre. En cuanto se acuerda.

—¿En cuanto se acuerda de qué?

—De que tiene sangre en las manos. Que, por más que se las lave, siempre tiene sangre en las manos. Bajo las uñas. Intenta sacarla de ahí y lo único que consigue es hacerse daño.

Alcé las cejas tratando de llamar la atención de Sarasola. Estábamos perdiendo el tiempo con el pequeño: aquel crío era demasiado joven y estaba demasiado traumatizado. Había que centrarse en Kevin.

—Escucha, Kevin —continuó Sarasola—, el detective Star está llevando un caso bastante complicado y cree que podrías serle de ayuda.

El chaval se irguió perceptiblemente, armando los hombros en aquel gesto de niñato con ínfulas.

—¿Yo?

Noté que le encantaba. Se arregló la ropa y hasta se pasó una mano por el cabello para colocarse el flequillo.

—Sí. Me ha dado una lista de preguntas que debo hacerte.

—Dispare, padre.

Sarasola leyó la primera y pareció sentir la necesidad de aclarar:

—Que conste que es el detective Star el que dice: «Escucha, chaval. Sé lo que es estar en el fondo del pozo, con la soga al cuello y sin un puto lugar al que agarrarse. Pero los hombres de verdad se levantan, se sacuden el polvo y siguen adelante, sin importar las cicatrices. ¿Entiendes lo que te digo?».

Kevin asintió con parsimonia.

—Sí... Sé lo que dice, señor Star. Al menos su trabajo. Quizá algún día me gustaría hacer algo así.

Escribí mi respuesta en la libreta que tenía delante y la deslicé hacia el padre Tadeo. Sarasola la leyó:

—«¿Quieres ser detective, eh? Pues deja de actuar como un crío malcriado. La primera lección de este oficio es aprender a controlar tu propio genio. Si no eres capaz de dominarte a ti mismo, ¿cómo pretendes desentrañar los misterios de los demás? Piénsalo».

Y pareció genuinamente que el chaval se lo pensaba. Después asintió sin decir nada.

Me llevó unos minutos escribir la nota que le pasé a Tadeo.

—«Necesito tu colaboración, chaval. Si quieres demostrarme que eres un hombre de verdad y no un crío engreído, tendrás que ayudarme a resolver este caso. Sé lo que estás haciendo, y lo respeto. Pero si quieres ser mi ayudante, tendrás que aprender a confiar en mí. Los secretos solo hacen que las cosas sean más difíciles, y al final nadie sale ganando. Así que si sabes algo que pueda ayudarme a resolver este caso, será mejor que me lo cuentes. ¿De acuerdo?»

Kevin contestó con voz firme:

—Soy un hombre. Estoy preparado.

Al decirlo le salió un gallo. Tuve que contener la risa.

Escribí la siguiente nota y la deslicé a Tadeo.

—«Un hombre no puede pasarse toda la vida cuidando de un crío, ni siquiera si es suyo. Tiene que enseñarle a defenderse solo. Tienes que dejar que otros te ayuden y seguir adelante con tu vida. Deberías ayudar al cura para que este ayude al pequeño. Pero a mí

no me importa el crío. A mí me interesa ese tipo al que el Carcelero tiene encerrado. Ese del que nadie quiere hablar. Ese del que ni siquiera sabemos el nombre. Tiene un mote, ¿verdad? El Imperdonable. Y ese nombre deja las cosas claras: es un malnacido. Pero ¿quién es en realidad y qué hizo para que nadie quiera nombrarlo?»

Kevin se quedó en silencio durante unos segundos. Cuando habló, su voz había perdido parte de la fanfarronería.

—Hay un par de cosas que no entiende, jefe. La primera es que no está encerrado solo por lo que hizo, sino por lo que volvería a hacer si lo dejamos salir. Y la segunda es que él lo sabe. Por eso estamos aquí todos nosotros: para evitarlo. No hay un solo carcelero. Todos nosotros, el niño, Newman, la Santa, usted y yo, somos sus carceleros.

70

Nash despertó en Elbete, en casa de las Mitxelena. Amy dormía tumbada a su lado y sintió el ronroneo plácido transmitiéndose desde el cuerpecillo de la gata hasta sus huesos. Miró alrededor mientras se desperezaba. La blancura del edredón se extendía hacia los muebles y las paredes, con un efecto de noche islandesa, onírico y relajante. Ya estaba bien avanzado el mes de junio, pero en el interior del caserío la temperatura seguía siendo fresca, lo que permitía taparse durante la noche y conseguir esa placidez templada que Nash había descubierto en los últimos tres meses y que se había convertido para ella en el mejor sustituto de un somnífero.

El teléfono vibró sobre la mesilla de madera hueca produciendo un sonido de sierra caladora, o de insecto moribundo. Sonrió en cuanto vio el nombre en la pantalla y pensó que tenía que editar el contacto, que había guardado como «Robert, mayordomo de Benedict Newman». Todavía estaba pensando en cómo tendría que reescribirlo cuando oyó su voz.

—Te echo de menos.

La sonrisa se dibujó plena, pero abortó las palabras que pugnaban por salir: «Y yo a ti». En lugar de eso, dijo:

—Iba a llamarte en cuanto hubiera tomado un café. Acabo de despertarme.

Él contestó:

—¿Dónde estás?

Y en su tono hubo eso que hace que esa pregunta no tenga nada que ver con la ubicación.

—En Elbete. Llegué muy tarde, de madrugada. He pasado la noche aquí.

—¿Qué haces allí?

Y de nuevo la pregunta estuvo llena de ecos y sonó diferente, como si le faltasen frases que la completaran: «¿Por qué no estás aquí?».

Nash hizo un esfuerzo mental para salir de aquella resaca de olas de urgencia y de deseo. Acompañó la decisión con la postura y se irguió en la cama ahuecando las almohadas tras su nuca, lo que espantó a Amy, que la miró ofendida mientras cambiaba de postura.

La imagen del fardo de lona azul. El cuerpo envuelto como un regalo obsceno.

—Tengo algunas cosas que hacer. No te preocupes, son asuntos personales, cosas pendientes. Aún no sé ni cómo debo ordenarlas en mi cabeza antes de poder siquiera nombrarlas, como en ese poema que ahora no recuerdo ni de quién es, pero tengo muchas tareas en mi lista.

—¿También comerás naranjas?

—Oh —respondió fascinada por la caprichosa coincidencia—. Sí, la compartí con Robert y con Amy, ellos se comieron un cuarto y yo la mitad. Robert, es increíble, mi gata se llama Amy, está aquí conmigo a mi lado ahora mismo.

—Espero que el resto del día te resulte tan fácil como el de Wendy Cope.

Nash susurró el final del poema:

—«Te quiero. Me alegra existir».

Lo oyó reír, y pensó que era la primera vez. Y a pesar de oírlo, le costó imaginarlo riendo, porque tenía, ahora se daba cuenta, prendida alguna clase de tristeza.

—Son asuntos que mi madre dejó sin resolver, pero volveré pronto.

Estuvo mirando la pantalla apagada durante al menos un minuto después de colgar, consciente de que, aunque se sentía en casa, lo que experimentaba al dejar de oír su voz era añoranza.

Cuando bajó a la cocina, Beth era la única que estaba allí. Se movía entre los fogones con la gracia de una bailarina, su melena naranja recogida en un moño alto. Sobre la cocina de leña humeaban varias cazuelas.

—Buenos días, dormilona —dijo sin volverse—. Estoy preparando cordero al chilindrón. Al estilo de Baztán. En tu honor.

Nash sonrió y se sirvió café de la cafetera que siempre estaba caliente.

—¿Dónde están las demás?

—Mi madre ha ido a hacer unos recados y Eva está en el tanatorio, preparando un servicio para esta tarde. —Beth se volvió y la miró con aquella intensidad suya—. ¿Has dormido bien?

—No había vuelto a dormir tan bien desde que salí de esta casa.

—Se nota. Tienes mejor cara.

Nash bebió un sorbo de café y lo abandonó sobre la mesa.

—Voy a ir hasta el cementerio; he quedado con el marmolista.

El camposanto había mejorado desde su última visita. Alguien había cortado la hierba y, en contraste, los montones de tierra que levantaban los topos se veían más prominentes, como el trazado de un sistema sanguíneo hecho con tierra del Baztán. Nash llegó antes que el marmolista y se quedó de pie frente a la tumba de su familia, mirando las lajas agrietadas que pronto serían sustituidas.

Oyó el motor de la furgoneta antes de verla. Ángel Otaño atravesó la reja del cementerio, con cuidado de dejarla cerrada a su espalda, y caminó hacia ella con ese paso lento y medido de los hombres del Baztán. Vestía la misma ropa de mahón de la vez anterior.

—Señora Elizondo.

—Gracias por venir.

El marmolista se quedó de pie junto a ella, mirando también la tumba. Nash dejó que el silencio se asentara antes de hablar, pero él lo hizo primero.

—Aún tardaré unos días en grabarlas, pero espero que no haya cambiado de opinión; las piedras ya están cortadas.

—No, ya le dije que no cambiaría de opinión, le ofrecí el dinero por adelantado, ¿lo recuerda?

El hombre movió la cabeza con cierto aire de ofensa y murmuró:

—Eso no es necesario.

—Le he pedido que venga porque hay algo que quiero preguntarle. Cuando nos vimos, me llamó la atención que después de tantos años recordara con tanta claridad a mi madre...

Él no contestó, pero Nash vio cómo sus hombros se tensaban casi imperceptiblemente.

—Usted me dijo algo que no he podido quitarme de la cabeza. Dijo que en ocasiones, cuando alguien ha sufrido una pérdida reciente, está un poco aturullado. Que mi madre encargó el trabajo y después no volvió.

—Eso dije.

—Pero mi madre no había sufrido ninguna pérdida reciente. Sus padres y sus hermanos llevaban muertos muchos años cuando ella vino a verle.

El marmolista se quitó la gorra y se pasó una mano por el pelo canoso. Miró hacia las montañas que rodeaban el valle antes de hablar.

—Era una de las primeras veces que iba yo solo a tomar un encargo. Mi padre se había quedado en el taller. Al llegar al cementerio, la vi aquí, junto a la tumba de su familia. —Hizo una pausa—. Estaba de rodillas.

Nash esperó.

—Tenía los ojos enrojecidos. Se notaba que había llorado mucho. Estaba pálida, y en la muñeca llevaba una pulsera de hospital.

—¿Una pulsera de hospital?

—De esas de plástico. Como las que te ponen cuando ingresas.

Nash sintió que algo se movía en su pecho, algo que no sabía si era dolor o inquietud.

—¿Qué le dijo?

El marmolista tardó en contestar.

—Me dijo que había tenido un aborto y se echó a llorar. Todavía tenía el vientre bastante abultado; hasta llevaba uno de esos vestidos anchos de las mujeres embarazadas. Me dijo que legalmente no podía enterrarlo aquí, pero que por favor la ayudase. Llevaba una urna pequeña, de esas que se usan para las cenizas, como un termo. —La miró directamente por primera vez—. Me pidió que abriera el panteón.

—Usted la creyó.

—Si la hubiera visto llorar..., he visto llorar a mi madre así. También tuvo abortos. Las criaturas abortivas de menos de ciento ochenta días no se consideran cuerpos, ¿sabe? Son desechos de quirófano. En aquellos tiempos puede que aún fuera peor.

—¿Y usted lo hizo?

—Abrí la losa. Hice un nudo corredizo en una soga y ella misma metió el termo. Después volví a cerrar.

Nash miró la tumba con ojos nuevos. Bajo aquellas lajas agrietadas, junto a los restos de sus abuelos y sus tíos, estaba algo que su madre había sepultado hacía más de treinta años. En la cabecera, los nombres escritos en arenisca de los padres y hermanos de su madre, formando un párrafo desleído.

—No hay ninguna inscripción, ni siquiera una fecha.

—Es lo normal en caso de criaturas abortivas; en ocasiones los padres piden que grabe una cruz pequeñita...

—Necesito que vuelva a abrirla.

El marmolista negó con la cabeza antes de que ella terminara la frase.

—No puedo hacer eso.

—Lo hizo para mi madre.

—Era una situación especial. Ella estaba sufriendo mucho, pero los tiempos han cambiado. Necesita un permiso municipal. Y yo no soy enterrador, soy marmolista.

—Señor Otaño...

—Lo siento, señora. De verdad que lo siento. Pero no puedo ayudarla.

Se puso la gorra de nuevo y caminó hacia su furgoneta sin mirar atrás. Nash lo observó marcharse, el motor arrancando, el vehículo desapareciendo por el camino de tierra.

Permaneció un par de minutos más mirando las losas rajadas y la tumba de su familia.

—Todavía llevabas la pulsera del hospital —susurró a las piedras.

«Confía en mí», oyó en su mente la voz esforzada y anhelante de su madre en su lecho de muerte.

Pasó frente a la tumba de Andrea Dancur y se detuvo un par de segundos para apreciar las pequeñas rosas de pitiminí, que formaban una coronita, como la que las niñas llevan en su comunión, y que alguien había dejado sobre la losa.

Estaba llegando a la reja del cementerio cuando sonó el teléfono. Al ver el nombre en la pantalla, retrocedió hasta sentarse en las gradas de piedra templada por el sol, que junto al muro ascendían hasta superarlo, como una infinita e invisible escalera de Jacob.

—Doctor Sarasola.

—Doctora Elizondo, la llamé anoche, pero fue imposible hablar con usted. Lo que tengo que contarle es de máxima importancia. Hemos hecho grandes avances en la catalogación del sistema; sabemos quién es el anfitrión.

Escuchó durante casi veinte minutos en un silencio que solo interrumpió para hacer breves preguntas mientras el psiquiatra le resumía las conclusiones de la sesión. El detective Star interviniendo. El niño de cinco años. La cera roja derretida en su mano. El modo en que había comenzado a frotarse los dedos contra la pared hasta sangrar. Las vendas. Kevin explicando que el niño siempre tenía sangre en las manos, que por más que se las lavaba nunca conseguía quitársela de debajo de las uñas. Y la revelación final: el Imperdonable no estaba encerrado solo por lo que había hecho, sino por lo que volvería a hacer si lo dejaban salir. Él lo sabía. Todos ellos, el niño, Newman, la Santa, Kevin, el detective Star, solo existían para mantenerlo cautivo.

Cuando Sarasola terminó, Nash permaneció callada unos segundos.

—Entonces el Imperdonable es el anfitrión —dijo.

—Eso creo. Un anfitrión sepultado bajo un sistema de personalidades cuya única función es contenerlo. Pero sin ninguna duda lo más importante es lo último que dijo Kevin, y es que él lo sabe. El anfitrión sabe que debe permanecer enterrado en lo más hondo de la mente; es casi como si fuera un confinamiento voluntario, porque él mismo ha creado todas las demás personalidades para expiar su mal, para que sean sus carceleros.

Ese niño vio morir a sus padres, tuvo su sangre en las manos; aún sigue viéndola bajo sus uñas.

—Sería la explicación para las heridas de las manos.

—Se las causa cuando es el niño. Sufrió tanto, y durante tantos años, que hubo un momento en su adolescencia en que no pudo más e intentó acabar con su propia vida.

Nash pensó en Kevin, chulo y bravucón. Llevándose las manos al cuello, arrancándose la corbata del detective Star como si de una soga se tratara.

—Y la Santa enloquecida y febril que representa las creencias protestantes exacerbadas y delirantes contra los católicos. Y como respuesta, como parte de una educación sesgada cimentada en la venganza, algo despertó en su interior, un modo de dirigir ese horror hacia la violencia. Collin Doyle abrazó ese modo de vida como la única posible. Durante un tiempo se abandonó a la violencia, a la siembra del horror, pero algo ocurrió, algo que le hizo cambiar, probablemente salir del ámbito de influencia de la organización, pero no solo eso; de algún modo descubrió que otra vida era posible, algo le hizo tomar conciencia de lo que estaba haciendo y darse cuenta de que aquello era simplemente...

—Imperdonable —dijo Nash.

—Doctora, cuadra totalmente con la tesis que Benedict Newman expuso en su ensayo *Los que paran*. Ese libro es una especie de constitución de estatutos para el resto de su vida. Expone cómo un hombre toma conciencia del mal que ha hecho, del dolor que ha causado, pero también de las causas que lo originaron, del origen del dolor insoportable. Lo que Benedict Newman escribió en ese ensayo es un absoluto acto de contrición, el firme propósito de nunca más pecar. Pero no es una decisión huera basada en el deseo; está cimentada en el aprendizaje, en la comprensión de la naturaleza del mal.

Sarasola hizo una pausa y, con el tono medido de quien va a dictar sentencia profesional, continuó:

—Mi equipo y yo creemos que el caso Newman sentará un precedente en la historia de la psiquiatría moderna por el modo fascinante en el que habla del control de los más bajos impulsos.

—¿Y cómo explica eso que la policía le considere sospechoso de esos terribles crímenes? ¿Cómo explica eso que haya detallado en su última novela unos asesinatos de los que solo él parece tener los detalles?

—No lo sé, doctora, pero voy a decirle algo que me enseñó Amaia Salazar hace mucho tiempo: «Tendrás todas las respuestas cuando sepas formular todas las preguntas».

Nash se cubrió el rostro con la otra mano mientras negaba.

—Gracias, padre. Le llamaré pronto. —Colgó y permaneció otro par de minutos sin moverse—. Quizá no hay que hacer las preguntas si sabes dónde están las respuestas —le dijo al camposanto desierto.

Cuando llegó al caserío Mitxelena, las tres estaban en la cocina. Susana removía algo en una cazuela mientras Eva ponía la mesa. Beth cortaba pan con movimientos precisos. La escena era tan doméstica, tan cálida que Nash sintió una punzada de culpa por lo que estaba a punto de pedirles.

—Siéntate —dijo Susana sin volverse—. Tienes cara de necesitar un vino.

—Necesito algo más que vino.

Las tres la miraron. Nash se sentó a la mesa y comenzó a hablar.

Les contó lo del marmolista. La historia que él le había revelado: su madre llegando al cementerio destrozada, con la pulsera de hospital, diciendo que había tenido un aborto, pidiendo que abriera la tumba para meter un termo con los supuestos restos. Pero, ahora, él se había negado a abrirla de nuevo.

Después les contó lo que Sarasola acababa de decirle. El niño de cinco años que veía sangre en sus manos constantemente, que se frotaba los dedos hasta hacerse heridas intentando quitársela. Kevin explicando que todas las personalidades existían con un único propósito: mantener encerrado al Imperdonable. Que este era consciente de quién era y de lo que haría si salía. Que no había un solo carcelero, sino un sistema entero dedicado a contenerlo.

—Creo que mi padre es el anfitrión original —dijo Nash—. Pero un anfitrión enterrado bajo capas y capas de otras identidades creadas para mantenerlo a raya. Y creo que mi madre lo descubrió. Descubrió quién era realmente y lo que había hecho. Por eso huyó.

Por eso me tuvo sola. Por eso creó un sistema de seguridad para protegerse.

—¿Y piensas que ese sistema de seguridad está en la tumba? —preguntó Eva.

—Estoy segura. Mi madre le dijo a Enri que había llevado las pruebas a su familia. Yo pensé en mis tíos de Pamplona, pero ellos no eran su verdadera familia. Su verdadera familia está enterrada aquí.

Susana dejó la cuchara de madera sobre la encimera y se volvió hacia Nash.

—Dime una cosa, ¿Amaia sabe que estás aquí?

Nash negó con la cabeza.

—Quizá es mejor que no lo sepa, porque estoy aquí para cometer un delito. —Hizo una pausa—. Diría que la confirmación ha llegado después de hablar con el marmolista, pero en el fondo lo he sabido desde el instante en que salí de la casa de mi madre y decidí que tenía que venir a Elbete.

Las Mitxelena intercambiaron una mirada. Esa clase de mirada que solo comparten las mujeres que llevan toda la vida entendiéndose sin palabras.

—Necesito vuestra ayuda —dijo Nash—. Voy a abrir la tumba de mi madre.

71

Debían esperar a que anocheciera.

Beth sirvió el cordero al chilindrón y comieron en silencio, con la quietud que precede a las cosas importantes. Susana abrió una botella de vino tinto y llenó las copas sin preguntar. Eva puso música, algo suave, instrumental, que flotaba sobre la conversación que evitaban como una oración.

Charlaron de cosas banales, de la reapertura del curso al que Beth debía regresar, de la cantidad de gente que había muerto durante la pandemia, de los que seguían cayendo en un goteo ahora más lento, pero igual de cruel. Perdieron la cuenta de los cafés, de las bromas, de las risas intercaladas con miradas torvas, cargadas del peso de lo que iban a hacer.

Cuando la luz del día comenzó a desvanecerse tras los montes, Susana se levantó de la mesa.

—Voy a por las herramientas.

Nash la siguió con la mirada mientras desaparecía hacia la zona del antiguo tanatorio. Beth recogió las tazas y las puso en la fregadera.

Caminaron las cuatro juntas por el sendero que bordeaba el caserío, evitando salir a la carretera hasta que pasaron la gasolinera. Susana llevaba una bolsa de lona con las herramientas. Eva, dos linternas. Beth, una manta que había insistido en traer «por si acaso». Nash no llevaba nada, solo la preocupación por lo que se avecinaba.

El cementerio de Elbete aparecía entre los árboles como una promesa oscura en contraste con la única farola de luz anaranjada que no llegaba a tocar la puerta. Apenas ciento veinte metros cuadrados de camposanto rodeados por un muro bajo de piedra.

Nash empujó la cancela y el chirrido metálico rasgó el silencio. Se detuvo un instante para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. A su derecha distinguió el panteón Murrieta, soberbio tras su herrumbrosa baranda, y hasta creyó percibir la rosada presencia de las flores de pitiminí.

La certeza de que iba a volver a ver el ataúd de su madre le trajo aquella idea absurda que había tenido al verlo en la catedral del Buen Pastor: le parecía imposible que una caja pudiera contener la magnitud de todo lo que era su madre. Los abultamientos de tierra de los topos salpicaban el suelo como si alguien estuviera intentando salir del fondo de la tierra. Nash aseguraba los pasos sobre el terreno blando y húmedo como si con cada avance decidido consiguiera infundirse el valor que comenzaba a perder. Beth pareció notarlo y se puso a su lado, la sujetó por el codo y la guio hasta la tumba de la familia Elizondo.

Las lajas de distintos tamaños cubrían la fosa con esa sensación de abandono que ya conocía. En la lápida de cabecera apenas se distinguían los nombres grabados. Pronto el marmolista vendría a sustituirla. Pero esa noche, Nash necesitaba ver lo que había debajo. Aun así la angustia escapó de su boca en forma de suspiro.

—Nash, si no estás segura, podemos volver a casa.

Intentó sonreír aliviada por la percepción de aquellas mujeres, dispuestas a acompañarla pero entendiendo su dilema y la carga que suponía para ella abrir la tumba de su madre. Respiró hasta el fondo el aire terroso del cementerio.

—«Hacer lo que hay que hacer.»

Susana dejó la bolsa en el suelo y sacó una palanca de hierro; con este gesto tomó el mando, como un general.

—Habrá que mover primero las lajas pequeñas de los bordes —dijo con voz profesional, explicando un procedimiento rutinario—. Después podremos levantar la grande del centro.

Eva encendió las linternas y las colocó en el suelo formando un perímetro de luz alrededor de la tumba. Beth extendió la manta sobre la hierba húmeda, un gesto doméstico que resultaba casi absurdo en aquel contexto.

Nash se arrodilló junto a Susana.

—Déjame ayudar.

—Tú sujeta la linterna. Esto es trabajo nuestro.

No había reproche en su voz, solo la autoridad tranquila de quien sabe lo que hace. Susana introdujo la palanca bajo el borde de la primera laja y empujó. La piedra se resistió un instante antes de ceder con un gruñido sordo. Eva se acercó para ayudarla a apartarla.

Trabajaron en silencio durante casi media hora. Una a una, las lajas fueron revelando el hueco oscuro que se abría debajo. Cuando finalmente retiraron la losa central deslizándola sobre una barra de hierro, Nash sintió que el corazón le latía en la garganta mientras el sonido de metal y piedra rasgaba la noche.

Eva enfocó la linterna hacia el interior.

La tumba era como un sarcófago de cemento construido en el suelo, más profunda de lo que Nash había imaginado; recordó entonces que el día del entierro no había querido mirar dentro. Un sistema de andamiaje metálico sostenía los ataúdes en distintos niveles. El de su madre, el más reciente, descansaba en la parte superior. La madera aún brillaba un poco bajo la luz de la linterna. Verlo de nuevo le produjo una extraña sensación: de algún modo había esperado que no estuviera allí, como si el entierro de su madre se hubiera producido en una fosa insondable o en un agujero de gusano, un lugar invisible e incierto. Le rompió el corazón. Y supo con absoluta certeza por qué los panteones no son de cristal, por qué no hay una ventana para ver el interior. Eva susurró a su lado:

—No están aquí, Nash. Hace mucho que se fueron.

Nash asintió intentando interiorizar las palabras y haciendo un esfuerzo desvió la mirada del escaso brillo de la tapa del ataúd, que ya empezaba a desaparecer bajo una capa de polvo. Debajo se adivinaban otros féretros, algunos en muy mal estado, y los tableros mates, como los restos de un naufragio, carcomidos por el tiempo y la humedad.

—Creo que eso puede ser lo que buscamos —dijo Susana cuando el haz de la linterna iluminó un pequeño objeto metálico. En un rincón, apoyado contra la pared de cemento, un cilindro de acero inoxidable mantenía su brillo intacto entre una cortina de oscuras telarañas.

—Ahí está —susurró.

Susana se asomó al borde y evaluó la profundidad con ojo experto.

—Algo más que la altura de una persona. Tendré que bajar.

—Puedo hacerlo yo —dijo Nash.

—No. —Susana ya estaba sentándose en el borde, tanteando con los pies el primer travesaño del andamiaje—. Me vas a deber un favor gordísimo por esto, pero no voy a consentir que bajes ahí.

Descendió con la agilidad de quien ha pasado toda su vida moviéndose entre los muertos. Nash la observaba desde arriba conteniendo la respiración. Susana llegó al fondo, se agachó, retiró las telarañas y sus dedos se cerraron alrededor del termo.

—Lo tengo.

Se lo tendió a Nash, que lo recibió con manos temblorosas. El metal estaba frío y pesaba más de lo que esperaba. Susana trepó de vuelta por el andamiaje y Eva la ayudó a salir.

—Vamos a cerrar esto —dijo Susana sacudiéndose el polvo de los pantalones.

Entre las tres volvieron a colocar las lajas en su sitio. Cuando la última piedra encajó en su lugar, Nash miró la tumba. Nada había cambiado en apariencia. Pero todo era diferente.

Regresaron a casa caminando por el mismo sendero que las había llevado hasta el camposanto. Cuando llegaron, Susana abrió el portón de la antigua funeraria. Las cuatro entraron por allí y se lavaron las manos en el pilón metálico que durante tantos años estuvo destinado a quitarse de las uñas los restos lúgubres de los entierros. Susana roció el cilindro metálico con un espray desinfectante y, con cuidado, apartó las telarañas. Después se lo tendió de nuevo a Nash. Como si lo hubieran pactado de antemano se dirigieron a la cocina. Nash dejó el cilindro sobre la mesa y retrocedió un paso mientras lo observaba.

—Ábrelo —dijo Beth.

Nash giró la tapa. No cedió. Volvió a intentarlo, apretando con más fuerza, pero el cierre se había soldado por décadas de inmovilidad.

—Déjame a mí.

Susana tomó el termo y lo sujetó con firmeza. Sus manos, acostumbradas a trabajos más duros, giraron la tapa con un movimiento seco. Sonó un chasquido metálico y el cierre cedió.

Se lo devolvió a Nash.

—Es tuyo.

Nash volcó el contenido sobre su mano. Durante una décima de segundo pareció sentir las cenizas pálidas de aquel pequeño cadáver que su madre había inventado. No cayeron cenizas, sino dos pequeños estuches de plástico transparente que contenían rollos de película diminutos.

—¿Qué es eso? —preguntó Eva.

Nash los sostuvo ante sus ojos.

—Microfilmes. Mi madre formó parte de una comisión permanente de investigación. Es habitual en los documentalistas grabar en microfilmes. Durante años tuvo una máquina para grabarlos en casa. Después desapareció, pero sé dónde hay una para visionarlos.

El silencio invadió la cocina. Las cuatro miraban los pequeños rollos de película como si fueran reliquias de otro tiempo. En cierto modo, lo eran.

—¿Y ahora qué? —preguntó Eva.

Nash no contestó. Fue Beth quien lo hizo, con esa claridad suya que a veces resultaba casi brutal.

—Nash no dormirá hoy en casa. Tiene trabajo.

72

Antes de salir de Elbete había llamado a la doctora Kalo con la esperanza de que, como solía hacer a menudo, aún estuviese en su laboratorio. Después se despidió de las Mitxelena y de Amy y subió a su coche para conducir por la N-121-A en dirección a Irún. Las luces del salpicadero bañaban el interior del coche con un resplandor anaranjado mientras deshacía, casi a la misma hora que el día anterior, la carretera que la había llevado a Baztán.

En su mente resonaban las palabras que Sarasola le había dicho unos días antes: «El Baztán ya la ha atrapado, no suelta a quienes ya han entrado a su servicio».

Siempre se había preguntado por qué su madre había pedido ser enterrada allí cuando toda su vida había vivido de espaldas al lugar donde había nacido. Ahora, sintiendo en el bolsillo las dos cajitas de plástico que contenían los microfilmes, empezaba a entenderlo.

El teléfono sonó de pronto a un volumen exagerado. El coche entraba en el túnel de Lamiarri y la comunicación se cortó. Aun así, tuvo tiempo de ver el nombre en la pantalla. Noah Scott Sherrington. El viejo zorro aparecía de nuevo. Casi sin darse cuenta, llevó su mano hasta el bolsillo de su chaqueta, y decidió que, de momento, aquel asunto seguiría siendo privado. Cuando salió del túnel volvió a entrar la llamada.

—Noah. ¿Estás en Escocia?

—Sí.

—He tenido que enterarme por el inspector Barezzi. ¿Por qué no me lo dijiste?

Lo oyó suspirar antes de contestar.

—Nash, porque cuando vine aquí lo hice siguiendo una corazonada, como aquella que me llevó hasta Bilbao. No sé cómo

explicarlo, es un ímpetu que me obliga con gran convencimiento a hacer lo que tengo que hacer, pero eso no significa que pueda razonarlo, ni que esté seguro.

—¿Lo estás ahora?

—He descubierto algo, Nash. Algo que se me pasó por alto hace cuarenta años.

Nash apretó las manos sobre el volante. El tono de Noah había cambiado.

—Como todos los asesinos en serie, John Biblia fue sofisticando su método con cada nueva víctima, pero fue bastante eficiente desde los primeros crímenes que se le adjudicaron, los de la sala Barrowland, sus tres víctimas oficiales entre 1968 y 1969. Los testigos coincidían en describir a un hombre muy joven, y eso es lo que me llevó a sospechar que tenía que haber empezado antes. Lo hablamos cuando valoramos la edad de Newman, ¿recuerdas? Después de eso se detuvo y hubo un tiempo de silencio, pero yo estaba convencido de que simplemente había cambiado de estrategia. Un tipo como ese no se esfuma ni desaparece así como así.

—Así es como desarrollaste el método para detectar posibles víctimas entre las mujeres desaparecidas de toda Escocia.

—Debían encajar en el perfil de las víctimas oficiales de John Biblia, morenas, no muy altas. Después de aquella noche en que lo atrapé y se me escapó, la policía comprobó que las mujeres de su familia encajaban en ese perfil. Fue tu madre la que estableció que probablemente John Biblia había sido víctima de abusos en su infancia. Abusos que se habrían prolongado hasta que fue capaz de darle la vuelta a la situación.

Nash sintió una gran desazón. Sabía todo aquello, pero escucharlo de labios de Noah, conectado con su madre, le daba una dimensión nueva.

—Todas las víctimas de Bilbao encajaban en ese perfil, no muy altas, el cabello oscuro —continuó Noah—. Lo que se me escapó entonces, Nash, es un dato que establecieron en sus estudios Robert Ressler y sus amigos del FBI. Y es que a menudo los asesinos de este tipo cometen su primer crimen junto a su casa.

—¿Qué quieres decir?

—Nash, no puedo probarlo, pero creo que John Biblia mató a su primera víctima cuando solo tenía doce años. Por impulso, por el modo en que se manifiesta la psicopatía, como un afán destructor y una terrible ira.

El aire se anudó en la garganta de Nash.

—Era una niña de su misma edad, de una población cercana. Desapareció durante una tormenta y su muerte se catalogó como accidental. Su cadáver nunca apareció.

—¿Y cómo llegas a esa conclusión ahora?

—Hemos podido establecer que se conocieron. A ella le gustaba John, lo escribió en su diario. Él no mostraba interés, probablemente porque ella era bastante más madura. Hay algo más que escribió en su diario. Dos días antes de su desaparición, tuvo la primera menstruación.

Nash aspiró por la boca y tuvo la sensación de que tomaba todo el aire del interior del vehículo.

—Ya sé que puede parecer que no cambia demasiado saber cuándo comenzó —dijo Noah—. Lo que importa es por quién comenzó. Había muchas cosas que no me cuadraban con el crimen de la princesa escocesa y las víctimas pelirrojas, con esa especie de *remember* por el que el asesino ha ido mezclando distintas puestas en escena, como las de Bilbao, como las de Glasgow. Pero las víctimas no encajaban. Esa belleza escocesa, esas melenas rojas...

Nash notó cómo algo se movía en su pecho.

—Voy a mandarte la foto de Lucy Cross. Tienes que verla, Nash.

El teléfono emitió un sonido que indicaba la llegada de un mensaje. La carretera serpenteaba entre las colinas oscuras y necesitaba ambas manos en el volante.

—No puedo verla ahora, Noah, estoy conduciendo.

—La niña era pelirroja —dijo Noah—. Como las víctimas actuales. Creo que es él, y no ha cambiado. Por alguna razón está volviendo a sus inicios. Nash, creo que Benedict Newman es John Biblia.

El silencio que siguió fue tan denso que Nash podía oír su propia respiración por encima del potente motor.

—¿Nash?, ¿sigues ahí?

—Sí —dijo finalmente—. Estoy aquí.

—El conocimiento del detalle de los crímenes que muestra en *Todas las noches, todas las ciudades* solo puede proceder del mismísimo John Biblia, o de alguien que le conoció íntimamente. ¿Qué opinas tú?

—No lo sé, Noah. Sarasola sostiene que Benedict Newman solo es una personalidad creada para ser funcional. Coinciden algunos elementos: el niño traumatizado, el adolescente rebelde y un anfitrión «imperdonable» que estaría encerrado por propia voluntad. Ellos creen que se trata de Collin, y todo cuadra, Noah: vio morir a sus padres acribillados por el ejército, se crio con su hermana en un clima de odio y venganza, y llegó a ser uno de los dirigentes principales del IRA, hasta que se le pierde el rastro en Bilbao.

—Nos consta que Collin y John Biblia se conocieron —admitió Noah—. Pero ¿por qué, si Collin consiguió crearse una vida nueva, ser respetado y admirado como un escritor famoso, pondría todo ese equilibrio ahora en peligro? Primero contando los crímenes de John Biblia en una novela, y después ¿llevándolos a cabo? ¿Con qué fin?

Nash sopló.

—Hablé con una escritora que me contó que existen varios casos de autores que terminaron narrando en sus novelas los crímenes que habían cometido, aunque eso implicara que los atraparan. Y Sarasola ha documentado una personalidad destructiva, una que conoce toda su verdad y lo sabotea, creo que esa personalidad fue la que nos drogó. Y creo también que pudo ser quien informó a la prensa. Está saboteando el sistema, pero no se detendrá ahí, está preparada para matarlo, ya lo ha intentado.

—¿Qué quieres decir? ¿Te crees lo de las personalidades?

—Lo que trato de decir es que no lo tengo tan claro como tú, Noah. No sé si es Collin contando los crímenes de John Biblia, no sé si es John Biblia buscando su autodestrucción, o una farsa de proporciones extraordinarias. No sé lo que se puede llegar a hacer por vender libros. Y hay algo más. La hermana de Collin Doyle, su único familiar vivo con el que podría compararse el ADN, ha desaparecido. Su casa ha ardido hasta los cimientos, y la policía irlandesa no sabe dónde está.

—Y crees que se ha ocultado para evitar que identifiquen a su hermano.

—No lo sé, pero sí sé a dónde se dirigía el detective Star cuando se fugó del hospital; lo interceptaron bien entrada la mañana en el interior de un túnel. Iba, o quizá regresaba, del aeródromo en el que Newman tiene su avión privado. El empleado dice que días antes se recibió la orden de llenar el depósito, y ahora está completamente seco.

—¿Y?

—Y nada, Noah, no tienen registro de ningún vuelo, pero con ese combustible y ese avión habría tenido autonomía y tiempo suficiente para volar hasta Irlanda y regresar en poco más de cinco horas.

Sonó la señal de una llamada entrante.

—Seguí tu consejo, Noah. Encontré las pruebas del ataque que sufrió Newman: ocurrió el 1 de agosto del año pasado, el mismo día que el de mi madre. Creo que lo que lo causó fue lo mismo: vio en la prensa esa foto que mi madre te mandó. Los dos reconocieron lo que estaban viendo, pero ¿por qué la visión de esa imagen aterraría a Newman si él era el autor?

—Nash...

—Ahora no puedo explicarte más, Noah. Tengo que hacer algo. Te llamaré mañana.

Colgó antes de que él pudiera responder.

Apenas había pasado un segundo cuando la voz de Kalo llenó el habitáculo.

—¿Estás cerca?

—A cinco minutos.

—Date prisa. He trasladado el lector de microfilmes a mi laboratorio. Pesa un huevo, he tenido que traerlo en un carrito de la biblioteca. El vigilante acaba de empezar la ronda en el otro edificio, pero no tardará más de veinte minutos en volver.

—Voy.

—No aparques en el parking principal. Ven por detrás, tienes que entrar por la ventana.

Nash pisó el acelerador.

El edificio de la Facultad de Medicina se alzaba en la oscuridad como un gigante dormido. Nash rodeó el parking principal y condujo hasta la parte trasera. Aparcó el Mustang tras los contenedores de basura. Apagó el motor y salió del coche.

La ventana del primer piso estaba abierta. La silueta de Kalo se recortaba contra la luz del interior.

—Date prisa —susurró.

Había una pequeña cornisa inclinada a unos sesenta centímetros del suelo, en la pared. Nash trepó sin pensarlo, sintiendo que el mortero rugoso arañaba sus manos. Kalo la ayudó a entrar.

El laboratorio olía a una mezcla de desinfectante y café. Las encimeras estaban cubiertas de probetas y microscopios, y en una esquina zumbaba una nevera industrial. Nash miró alrededor buscando la máquina lectora.

—La he llevado a la cabina acristalada, ¿recuerdas dónde procesamos el hueso de tu momia? No te preocupes, está higienizada, hace semanas que no tocamos huesos. Y ahí estarás tranquila y segura, el vigilante suele detenerse en mi puerta, pero no entra.

Nash se sintió trasladada a unos meses antes, cuando la doctora Kalo la había ayudado a procesar la primera muestra de hueso hallada en la sima de Legarrea. La estancia era pequeña, pero suficiente para contener el triturador de huesos, las limas y los esmeriles bajo su campana de vacío, un contenedor de nitrógeno y un microscopio electrónico. Pero lo que captó la atención de Nash fue el aparato que descansaba sobre un carrito de madera en el centro de la sala: una máquina de visionado de microfilmes, antigua pero funcional, con una pantalla de cristal esmerilado y un carrete vacío esperando.

—Ni siquiera sabía que la universidad tuviera uno de estos cacharros, y resulta que hay tres. Me he decidido por este porque es el más moderno, está dotado de sonido —dijo Kalo—. Y parece que funciona. Ya lo he enchufado.

Nash sacó los microfilmes del bolsillo de su chaqueta. Dos pequeños estuches de plástico. Suspiró intentando aliviar la carga emocional que la abrumaba.

—Te dejo sola —dijo Kalo—. No sé cuánto tiempo te llevará, pero aquí no viene nadie hasta las seis, cuando cambia el turno del vigilante. Cuando termines mándame un mensaje al móvil, le entretendré invitándole a un café en la máquina de la sala de profesores para que puedas salir sin problema.

—Gracias.

Kalo le puso una mano en el hombro.

—Buena suerte. Te quiero, reina. Ni te imaginas cuánto.

—Y yo a ti.

Después salió y cerró la puerta tras ella.

Nash se quedó sola en el laboratorio. El silencio era casi total, roto únicamente por zumbidos que no pudo identificar y el latido de su propio corazón.

Se sentó frente a la máquina. Abrió el primer estuche y extrajo el rollo con dedos temblorosos. Lo colocó en el carrete, ajustó la lente y encendió la luz.

La pantalla cobró vida.

Y allí estaba su madre.

Joven. Mucho más joven de lo que Nash la había visto jamás. Demacrada. Llevaba el pelo rojo suelto, notablemente más largo de lo que nunca se lo había visto, partido en dos guedejas que le bajaban por los lados del rostro, acentuando su palidez. Parecía agotada, con ojeras profundas y petequias rojas, que casi parecían pecas. En la muñeca llevaba una pulsera de plástico del hospital y un vestido hippy de corte suelto y estampado paisley, rematado a la altura de las clavículas con dos cintas de cuero trenzado. Sus ojos, arrasados por las lágrimas, miraban directamente a la cámara.

Nash sintió el impulso de tocar la imagen, levantó su mano hacia ella.

Y entonces su madre comenzó a hablar.

73

La voz de su madre llenó el pequeño cubículo acristalado.

«A la atención del señor juez o de la policía. Hago esta grabación consciente de la gravedad de lo que voy a contar, y de mi implicación personal en esto al no denunciarlo directamente ante las autoridades por las razones que expongo a continuación.»

Nash observó la imagen en la pantalla. Su madre hizo una pausa y se llevó una mano al rostro para apartar un mechón de pelo rojo que le caía sobre los ojos. Le temblaban los dedos.

«Mi nombre es Natalia Elizondo, soy doctora en Psiquiatría, miembro de la comisión permanente de investigación de la conducta criminal de la Universidad de Deusto y tengo consulta privada en San Sebastián. Hace aproximadamente dos años y medio comencé a tratar a un paciente que se presentó bajo el nombre de Benedict Newman. Era un hombre joven profundamente traumatizado. De nuestras sesiones extraje el perfil de alguien que había sufrido una infancia terrible marcada por una educación religiosa férrea y la influencia de las personas que le criaron cuando quedó huérfano. Nunca tuve datos concretos, no conocía su historia con detalle, el paciente era reticente; pero mis deducciones me llevaron a concluir que se trataba de alguien que había pasado de una infancia muy traumática a una adolescencia más activa en la que se sintió más fuerte, y en la que alternaba periodos de euforia con depresión, coqueteando con el suicidio.»

La doctora Elizondo hizo otra pausa. Tragó saliva y continuó:

«Todo esto le llevó a una vida adulta en la que ejerció violencia. Pero una circunstancia le alejó del foco de su educación y de su sociedad. Su traslado a España ocasionó en él un tremendo cambio en el que se interesó por el origen de sus instintos violentos, y

comenzó a replantearse una vida sin violencia. En mi opinión, estaba ante un paciente muy evolucionado y maduro, consciente del adoctrinamiento que había sufrido, decidido a dejar esa vida atrás, pero no sin antes entenderla y curar sus traumas».

Nash vio cómo su madre cerraba los ojos un instante, como si necesitara reunir fuerzas para lo que venía.

«Fue precisamente eso, su madurez, el darme cuenta de que estaba ante un hombre que había aprendido, que había dejado atrás las balas de su primera juventud, y que ahora evolucionaba hacia un individuo que rechazaba profundamente aquella vida. Un hombre que tomaba conciencia de la manipulación y del adoctrinamiento que había vivido, y de lo que eso puede llegar a hacer a un ser humano.»

La voz de su madre se quebró ligeramente.

«Me enamoré de mi paciente. Nos enamoramos. Entonces, lo derivé a otro profesional. Nos casamos y me quedé embarazada.»

Nash sintió una presión en el pecho. Era extraño escuchar aquello, la historia de su propia concepción narrada con la frialdad clínica de un informe y la fragilidad de una confesión.

«Cuando estaba cerca el momento del parto, el colega al que había derivado el caso se puso en contacto conmigo. Me dijo que sospechaba que la identidad de Benedict Newman no era auténtica. Yo ya había llegado a esa conclusión. No era tan extraño que alguien que había tenido que huir de su pasado tomase una nueva identidad para ser un hombre nuevo, para renacer. Pero ya me había casado con Benedict Newman. Benedict Newman era el padre de la criatura que llevaba en mis entrañas.»

Su madre se detuvo. Miró hacia un lado, como si recordara algo doloroso.

«Pero lo que me dijo mi colega se me quedó clavado. Me habló de algo más oscuro. Durante días pensé en aquello. Finalmente, unos días antes de dar a luz, aprovechando un momento en el que él no estaba en casa, registré todas sus cosas.»

Nash congeló la respiración en sus labios.

«Encontré pruebas irrefutables de algo que ya había presentido, pero ahora confirmaba. Benedict Newman era Collin Doyle. Un

terrorista. Un soldado del IRA. Alguien responsable no solamente de haber matado, sino también de haberlo ordenado. Collin Doyle era uno de los dirigentes más sanguinarios e idealistas del IRA.»

Su madre rompió a llorar en la pantalla. Se cubrió el rostro con las manos durante unos segundos. Cuando volvió a mirar a cámara, sus ojos estaban enrojecidos. Nash lloraba con ella.

«Sentí un ataque de pánico y una gran incapacidad para enfrentarme a él. Hace cuatro días salí de mi casa hacia el único lugar donde podía ir. Pasé dos días en Baztán, el pueblo donde nací. Dos días que dediqué a pensar, a valorar, a decidir qué iba a hacer con mi vida.»

Nash pensó en Elbete, en las ruinas del viejo caserío Elizondo.

«Amaba a aquel hombre. Llevaba a su criatura en el vientre. Y saber lo que ahora sabía no cambiaba ese hecho. Saber que era Collin Doyle solo confirmaba algo que había sospechado desde el principio: que aquel hombre había vivido adoctrinado en un ámbito de violencia extrema y de religión exacerbada. Pero, si me había enamorado de él sabiendo eso, ¿qué cambiaba que ahora tuviera la confirmación? Tenía un nombre, tenía una historia, tenía una educación, una familia y las manos manchadas de sangre. Pero también seguía siendo el hombre que había renunciado a todo aquello, que había dejado esa vida atrás. El amante gentil. El hombre tierno. El emergente escritor. La persona de la que me había enamorado. Si había podido tener piedad con mi paciente, si había admirado su decisión de ser un hombre libre de aquel terrible pasado, ¿podía dejar de dársela solo porque ahora sabía su nombre?»

Su madre hizo una pausa. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

«Estuve dos días alojada en una pequeña pensión, sola. Y entonces comenzaron los dolores del parto. Me subí a mi coche y conduje hasta San Sebastián. Directamente a urgencias del Hospital Provincial. Cuando en medio de los dolores de parto me preguntaron si quería que llamaran a alguien, contesté que no.»

Nash sintió que algo se rompía dentro de ella. Su madre había parido sola, y no se refería a entrar sola al paritorio, sino a saber

que no tenía a nadie en el mundo.

«Pasé las siguientes doce horas sola, sintiendo cómo mi cuerpo se abría, llorando de un dolor que no era solo físico. Y cuando al fin tuve a mi hija en brazos, pedí a la enfermera que llamara a mi marido. Necesitaba volver a verle para saber qué hacer, para convencerme.»

La voz de su madre se suavizó al recordar.

«Cuando entró en la habitación, hace dos días, su rostro reflejaba tanto dolor como el mío. Me miró con un desasosiego que no había visto nunca. Se acercó a mí y, sin decirme nada, hundió su rostro en mi pecho y rompió a llorar. Ninguno de los dos habló. Compartía el cuarto con otra paciente y en esos días no tuvimos ningún momento a solas.»

Nash escuchaba con el corazón encogido. Sabía que lo que venía sería peor.

«Hoy me han dado el alta del hospital. Al llegar a casa la he encontrado limpia, ordenada, la habitación de mi bebé lista. Y entonces por fin hemos podido hablar.»

Nash notó el cambio en la voz de su madre. Ya no hablaba de algo lejano. Hablaba de algo que acababa de ocurrir.

«Le he dicho: "Sé que no eres Benedict Newman. Sé quién eres. En el fondo siempre lo he sabido. Que tuviste una infancia de violencia, dolor, sangre y sometimiento. Y una adolescencia de fanatismo religioso, una educación sesgada y cimentada en la obligación y el pecado".»

Su madre respiró hondo antes de continuar.

«Entonces él me ha contestado: "Nunca en mi vida he pasado tanto miedo como estos días. No quiero perderte. Me moriré si te vas. Me moriré de verdad porque no podré vivir, pues soy el hombre que soy por mí, pero lo soy para ti y para nuestra hija. Si me dejas, mi vida quedará sin sentido. Otra vez. Nunca te oculté mi dolor. Que tú pudieras verme como soy de verdad era parte de mi acto de contrición. Que tú entendieras lo que me había pasado, lo que me había empujado, el modo en que me utilizaron, en que abusaron de mí, en que me rompieron cuando era solo un niño. Si alguien como tú podía amarme a pesar de mi pasado, suponía que de verdad tenía

una oportunidad. Que yo pueda perdonarme pasa por que me absuelvas tú".»

Nash vio cómo su madre se llevaba una mano al pecho.

«He sabido que decía la verdad. Había comenzado siendo mi paciente. Sabía bien que tenía un pasado tormentoso y aun así le acepté. Y entonces le he dicho: "Te creo. Si me enamoré de ti, si me casé contigo, es porque siempre creí que habías renunciado a ese pasado, que fuiste una víctima de las circunstancias. Y lo hice bajo la premisa primera de mi trabajo, de mi oficio como psiquiatra, que pasa por reconocer que el daño mental puede llevar a alguien a actuar de un modo en que jamás lo haría de tener control sobre sí mismo".»

Su madre hizo una pausa.

«Él me ha preguntado: "¿Dónde has estado?". Pero yo le he contestado: "Lo que he descubierto me muestra tu verdad. Quién eres y lo que hiciste. Necesitaba alejarme para decidir si puedo vivir con eso".»

Nash observó cómo el rostro de su madre se ensombrecía al recordar.

«Se ha quedado en silencio mirándome fijamente y después me ha dicho: "Estoy en tus manos. Haré lo que tú quieras". Después, me ha preguntado: "¿Qué has decidido, amor mío?". Y yo he contestado: "Estoy aquí, ¿no?". Nos hemos fundido en un abrazo llorando los dos.»

La expresión de su madre cambió entonces. Algo se torció en su rostro, como si el recuerdo que venía fuera demasiado pesado para sostenerlo.

«Y entonces me ha dicho: "Nunca os haría daño ni a ti ni a Lucía. Aquellas mujeres... Rezo por ellas cada día, pido perdón a Dios por lo que hice. Pero te juro, mi vida, que no era yo, que era un monstruo innombrable, una abominación cargada de odio que vivía en mí y que se fue diluyendo, desapareciendo, perdiendo sentido en cuanto me alejé de aquel lugar. Apenas recuerdo lo que ocurría mientras lo hacía. Era como un animal furioso escondido en algún lugar dentro de mí, y cuando él salía, yo ya no estaba. Ocurrió algo.

Una mujer..., la vi en la trasera de mi coche, creía que estaba muerta, pero no lo estaba. Y aunque lo intenté, no pude matarla".»

Nash vio cómo su madre palidecía en la grabación.

«"¿De qué hablas?", le he preguntado aterrada, sin entender una palabra de todo lo que estaba diciendo. Él ha continuado: "Fue como si me hubiera partido en dos. Lo que era antes quedó atrás, y el nuevo hombre ya no sentía esa furia, ya no tenía esa hambre y esa sed. Él la atacó, él intentó matarla. Y yo me encontré con sus consecuencias, pero no la maté, Natalia, no pude. Y entonces supe que ya no era él, que había otra vida, que ya no tenía por qué ser él. Que aquella sería la última de todas aquellas mujeres".»

Su madre rompió a llorar de nuevo. Se apartó las lágrimas del rostro con gesto brusco.

«Mientras escuchaba, iba tomando conciencia de lo que decía. No estaba ante un guerrillero, ante un soldado criado entre el odio como tantos combatientes en el mundo. Estaba ante otra cosa. Entonces sus palabras, todas las que había dicho antes, han cobrado un nuevo sentido: "Que tú pudieras verme como soy de verdad era parte de mi acto de contrición. Que tú entendieras lo que me había pasado, lo que me había empujado, el modo en que me utilizaron, en que abusaron de mí, en que me rompieron cuando era solo un niño".»

Nash sintió náuseas.

«Me he sentido desfallecer, no le he mentido cuando le he dicho que estaba muy cansada, que necesitaba tumbarme, descansar. Él tenía que salir, debía ir al registro civil a inscribir a nuestra hija, Lucía, con el nombre que él mismo ha elegido para ella, y un montón de encargos en la farmacia, en un supermercado. En cuanto ha salido de casa, he dejado a la bebé con mi vecina y he venido aquí a grabar esto.»

Su madre miró directamente a la cámara. Sus ojos, a pesar de las lágrimas, tenían una determinación feroz.

«Señor juez, Benedict Newman no es Collin Doyle. Benedict Newman es el asesino en serie John Biblia.»

Nash dejó de respirar.

«Conocí al inspector de la policía escocesa Noah Scott Sherrington en verano de 1983, hace casi cuatro años. Le ayudé con el proceso de la terrible enfermedad que sufría entonces, y comencé a colaborar en el caso que le había traído a Bilbao: la persecución de un asesino de mujeres conocido en Escocia como John Biblia. Creíamos que Biblia había muerto durante la gran riada que asoló la ciudad ese verano.»

Su madre negó lentamente con la cabeza.

«Está claro que sobrevivió. Que se obsesionó con el hombre que lo había perseguido desde su pasado, y seguramente con todos los que estuvimos implicados en la investigación de su caso. No sé cómo llegó hasta mí. Ese año cerré mi consulta en Bilbao y la abrí en San Sebastián. No conocí a Benedict Newman hasta un año después. Seguramente, el tiempo que tardó en localizarme.»

Su madre volvió a llorar amargamente.

«La única razón que le trajo hasta mí fue su vanidad, su narcisismo. "Que tú pudieras verme como soy de verdad. Que tú entendieras lo que me había pasado, lo que me había empujado, el modo en que me utilizaron, en que abusaron de mí, en que me rompieron." Mi análisis de su pulsión se había convertido en una confirmación para todo lo que él quería creer.»

Se secó las lágrimas y miró a la cámara con expresión desolada.

«No puedo creer que esté aquí ahora mismo. Que hace solo unas horas estuviera dispuesta a admitir a mi lado a un guerrillero, a un soldado del que me sentía capaz de justificar sus acciones. Pero me equivocaba. No puedo justificarlas todas. Quizá hubiera podido con las de un soldado enardecido de odio, adoctrinado en la venganza. Pero no puedo con un asesino. Con el psicópata infame que se llevó por delante la vida de tantas mujeres.»

Hizo una pausa.

«Y aun así le creo. No tendría sentido que fuera capaz de entender que un terrorista decida parar y no le dé la misma credibilidad a otra clase de asesino. Y es que en eso tiene razón: yo lo vi, yo lo comprendí, yo entendí lo que le habían hecho, cómo lo transformaron, lo confundieron, lo volvieron un monstruo. Me casé con este hombre y lo hice padre de mi hija.»

Nash vio cómo su madre respiraba profundamente, tomando una decisión.

«Que esté grabando esto y no contándolo en una comisaría de policía ya debería darle una dimensión de lo que voy a hacer. Creo que ha parado. Creo que él quiso parar, y además creo que lo consiguió. He amado a ese hombre y es el padre de mi hija. Voy a darle una oportunidad, aunque no sea a mi lado. Voy a sacarle de mi vida y de la de mi niña. Voy a darle la oportunidad que no dio a sus víctimas. Voy a dejarle vivir.»

Su madre miró directamente a la cámara.

«Y voy a convertirme en su carcelera. Si alguna vez tengo noticia de un crimen que se asemeje ni remotamente a los que John Biblia cometió, o si algo llega a ocurrirme a mí o a nuestra hija, he dejado instrucciones para que encuentren esta grabación y llegue hasta el juez.»

Hizo una última pausa.

«Señoría, espero no tener que arrepentirme nunca de lo que estoy haciendo hoy.»

La pantalla quedó en negro.

Nash permaneció inmóvil durante un tiempo que no supo calcular. Las palabras de su madre resonaban en el silencio del laboratorio. Carcelera.

Lucía.

Su padre la había llamado Lucía. Un nombre con el que nunca se sintió identificada, que dejó de usar en la adolescencia y que cambió legalmente en cuanto fue mayor de edad. Siempre le había parecido curioso que su madre no se hubiera opuesto ni mínimamente.

Buscó el teléfono con dedos torpes. Abrió el mensaje de Noah. La fotografía llenó la pantalla.

Una niña de doce años la miraba desde el pasado. Ojos claros, pelo rojo como el fuego recogido en lo alto de la cabeza con un lazo también rojo. Sonreía a la cámara con esa inocencia de quien no sabe lo que está por venir. Nash metió la mano en el bolsillo de su pantalón. Sus dedos encontraron la cinta de raso. La sacó y la sostuvo ante sus ojos.

Un lazo rojo.

Miró la fotografía. Miró el lazo en su mano.
Una niña que podría haber sido ella con doce años.
Una niña que se llamaba Lucy. Como ella.

74

El depósito de pruebas de la central de la policía en Glasgow olía como un osario.

La luz blanquecina y empobrecida parpadeaba desde el techo. Noah alzó la cabeza y vio que la sala todavía se iluminaba con antiguos tubos fluorescentes, obsoletos y venenosos, que expandían su influjo mortecino sobre las estanterías metálicas que casi llegaban hasta el techo. En distintos puntos de la sala algunas de las barras parecían dudar entre mantenerse encendidas o apagarse definitivamente, con aquel zumbido de cebador estropeado que siempre le había recordado a una polilla moribunda, y que lo trasladó como por ensalmo cuarenta años atrás.

Hacía frío allí. Y se percibía cierta humedad, a pesar de la media docena de deshumidificadores repartidos por el depósito.

No había podido dormir después de hablar con Nash Elizondo. Se había pasado la noche entera pensando, repasando cada detalle de lo que había dicho ella y de sus propias palabras. Lucy Cross. El principio. La primera víctima, la que marcaba el patrón original, la que explicaba por qué las mujeres que estaban muriendo ahora eran pelirrojas y no morenas. Había perseguido a John Biblia durante décadas buscando el perfil equivocado, y la respuesta había estado siempre allí, en una niña de doce años que desapareció junto a un lago en 1961.

Pero había algo más. Algo que no había podido averiguar entonces y que seguía sin poder explicarse. Un cabo suelto que llevaba cuarenta años tirando de él sin encontrar respuesta.

Había una sección entera dedicada a John Biblia. En ella se almacenaban, además de las pruebas judiciales, la ropa que se había rescatado de las víctimas y los objetos que aparecieron alrededor de

los cadáveres; todo lo recogido en Harmony Cottage: los libros, el contenido de los armarios, las pertenencias de John y las pocas cosas que su madre, sus tías y su joven esposa habían dejado atrás en su huida tras la identificación y posterior fuga de John Biblia.

Noah abrió una de las cajas. Encontró aquel bolso de Vivienne Westwood que perteneció a una de las víctimas y que John le regaló a su tía. Ahora sabía por qué lo hizo. Natalia Elizondo se lo había explicado entonces, en Bilbao, antes de que la riada se lo llevara todo: John Biblia proyectaba en las mujeres de su familia la intención de matarlas, y por eso les regalaba objetos de sus víctimas. Un recordatorio constante de lo que era capaz de hacer. Un modo de someterlas sin necesidad de levantar la mano.

Abrió otra caja. Docenas de sobres en los que se había enumerado y descrito el contenido de un joyero hallado en aquel granero que John utilizaba como estudio, y en el que había ido guardando pendientes, pulseras, relojes, baratijas, la mayoría sin valor, de las que despojaba a sus víctimas antes de enterrarlas.

En otra de las cajas encontró la fotografía que recordaba haber visto cuarenta años atrás. Una novia posando sola, sin novio, con un vestido blanco de encajes baratos. Maggie Davidson. Miraba a la cámara con una sonrisa que no llegaba a sus ojos. En las orejas llevaba unos pendientes que Noah reconoció: habían pertenecido a una de las víctimas de John Biblia.

Tuvo que abrir cuatro o cinco cajas más, etiquetadas simplemente como «ropa», antes de encontrar el vestido de novia.

No lo habían conservado bien. Alguien, seguramente con buena intención, lo había metido en una bolsa de plástico transparente. Los encajes baratos y las perlas de fantasía se habían pegado al plástico, y, cuando Noah tiró de él para sacarlo de la bolsa, parte de los adornos quedó adherida al interior.

Le había dicho a Nash que cuarenta años atrás se había dejado un cabo suelto, y había tenido modo de despejar su duda entonces. Su cabo suelto era aquel vestido de novia de talla tan grande. El descubrimiento de que unos meses antes de su detención John Biblia se había casado con una muchacha de aquella población que

no encajaba en absoluto con el perfil de mujeres que le atraían, que buscaba, que mataba.

Durante estos años había pensado millones de veces qué razón tendría para haber obrado así. Un hombre que odiaba a las mujeres. Que había conseguido dominar a su entorno femenino. Que llevaba una vida hedonista y complaciente. Que cuando se acercaba a una mujer era para violarla y matarla. ¿Por qué se casaría con una chica que no se parecía en nada al perfil de mujer que él elegía? ¿Había diferencia entre las que le atraían y las que mataba? Quizá. Pero aquel matrimonio seguía sin tener sentido.

Lucy Cross había sido el principio. La niña pelirroja que había desaparecido junto al lago. La primera víctima. «En mi fin está mi principio.» Y ahora, cuarenta años después, las mujeres que estaban muriendo volvían a ser pelirrojas. Como si John Biblia estuviera regresando al origen. Pero este vestido de novia, este matrimonio inexplicable, era otra pieza del puzle que no encajaba.

—¡Gibson! —gritó proyectando su voz hacia el otro extremo de la sala.

El capitán se había quedado junto al mostrador de la entrada hablando con el responsable del depósito.

—¡Voy para allá! —respondió a lo lejos.

Tardó casi un minuto en encontrarlo y, cuando lo hizo, exclamó:

—Joder, qué mal huele aquí.

Noah no le prestó atención.

—¿Qué me dices de esto?

Sostenía el vestido de novia ante él. Gibson lo miró con expresión de hastío.

—Pues no gran cosa. Lo que supimos entonces: que Maggie Davidson era una chica huérfana de la zona de los lagos. Solo tenía un hermano, marino de profesión, autorizó la boda porque ella era menor, no tenían relación, parece que para él fue un alivio librarse de la responsabilidad. Ni siquiera estuvo en la boda.

Noah dijo, casi para sí mismo:

—Nunca he podido explicarme por qué se casó con ella.

—Yo mantengo lo mismo que entonces: como coartada. Un tipo casado es menos sospechoso. Y en cuanto a su aspecto,

probablemente le daba igual. Recuerda que cuando fuimos a su casa comprobamos que ni siquiera dormía con ella. La novia compartía habitación con la madre y las tías.

Noah negó lentamente con la cabeza. No era suficiente. Un hombre como John Biblia no hacía nada sin un propósito. Y casarse con una chica menor de edad, huérfana, sin conexiones, no encajaba en ningún patrón que pudiera reconocer.

—¿Y su hermano? Creo que se llamaba David —preguntó Noah.

—En su momento conseguimos contactar con él a través de una naviera en la que trabajaba. El tipo no sabía nada de su hermana. Se hizo algún seguimiento con la policía de allí, pero no dio frutos.

—¿Y no conseguisteis contactar con algún otro familiar aquí?

—Sí, una prima lejana. Pero apenas tenían relación.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

Gibson resopló.

—Pues claro que no, Noah. ¿Qué cojones te crees que soy, el Trivial Pursuit?

Noah rio a pesar del cansancio.

—Seguro que puedes encontrarla.

—Seguro que sí —respondió el capitán Gibson, dirigiéndose hacia el ordenador de la entrada.

Edna Davidson vivía en Callander, a poco más de una hora de Glasgow. Condujeron en silencio por la carretera que serpenteaba entre las colinas de los Trossachs, bordeando lagos que brillaban bajo el sol de media mañana. Noah miraba el paisaje sin verlo, con la fotografía de la novia solitaria en el bolsillo interior de su chaqueta.

La casa de Edna era un *cottage* pequeño y descuidado en las afueras del pueblo. Cuando abrió la puerta, faltaban diez minutos para el mediodía y ya se notaba que estaba borracha. Tenía cincuenta y cuatro años más o menos, la misma edad que habría tenido su prima, pero aparentaba muchos más. Los ojos acuosos, la piel enrojecida, el temblor en las manos.

—Pasen —dijo, haciéndose a un lado.

El interior olía a tabaco rancio y a alcohol. Edna se dejó caer en un sofá hundido y cogió un vaso que descansaba sobre la mesita. No les ofreció asiento, pero Noah y Gibson se sentaron de todos modos.

—Nos veíamos mientras íbamos a la escuela juntas —dijo Edna sin que nadie le preguntara—. Íbamos al mismo colegio, aunque en distintas clases. Maggie y su hermano eran la parte pobre de la familia. Mi madre nunca estimuló la relación entre los primos.

Bebió un trago largo.

—La pobre Maggie se esforzaba. No recuerdo si nos invitó a la ceremonia. Entonces era mi madre la que tomaba esas decisiones, la vieja bruja. Si lo hizo, no lo sé. De cualquier manera, nos mandó un recordatorio de su boda.

Noah se inclinó hacia delante.

—¿Todavía lo guarda? Quizá en el recordatorio aparezcan datos como en qué iglesia se ofició.

Edna soltó una carcajada amarga.

—Por supuesto que no lo tengo. Era una foto horrible. Quemé todas las cosas de mi madre el día en que murió. Saqué todo al patio y le prendí fuego. —Hizo una pausa y bebió otro trago—. Pero la recuerdo perfectamente. Estaba muy cambiada, distinta de como la recordaba. Había engordado muchísimo, se había cortado el pelo. Estaba feísima. Mi madre puso la foto sobre el aparador y estuvo semanas burlándose de ella.

—¿Burlándose de ella? —preguntó Noah.

—Inspector, lo que tiene que entender es que mi madre era una hija de puta. Los que tenemos madres horribles no sabemos que lo son hasta que nosotras mismas tenemos hijos. Y mi madre era una madre horrible.

Noah pensó que ella tampoco debía de ser muy buena madre, pero no dijo nada.

Sacó la fotografía que llevaba en el bolsillo y se la mostró.

—¿Era esta?

Edna la miró con sus ojos legañosos y acuosos de borracha.

—Si no era esa, se parecía mucho.

—¿Recuerda lo que decía su madre de su prima?

La mujer rio amargamente y bebió otro trago.

—Pues cosas agradables y bonitas, en su línea. Que parecía una vaca vestida de novia. Que debería darle vergüenza haber posado para una foto con aquella pinta. Y que era una cerda que probablemente estaba preñada.

Noah volvió a mirar la foto. Recordó el tacto del enorme vestido en el depósito. Pensó en su propia hija, Noa, en el modo en que había acumulado líquidos durante el embarazo, en sus quejas constantes de que tenía que llevar ropa cuatro tallas por encima de la suya.

Edna se había levantado y había ido a trompicones hasta una estantería que se tambaleó cuando la tocó. Volvió con un cuadernillo en la mano.

—Pero la verdad es que la vieja bruja tenía razón —dijo, poniendo ante Noah un anuario escolar—. Lo he buscado cuando me han llamado antes para decirme que querían hablar de mi prima. La foto es mala porque es esa que nos hacían en el patio de la escuela cada curso, a toda la quinta junta.

Abrió el anuario y señaló con un dedo tembloroso.

—Esta soy yo —dijo, indicando a una chica que resultaba casi invisible entre el grupo—. Y esta es Maggie. Se la ve bastante bien.

Noah miró donde señalaba. Una chica delgada, no muy alta, de cabello largo y oscuro. En aquella foto sí que se parecía al perfil de las víctimas de John Biblia.

—¿Esa es Maggie?

—¿Ve a lo que me refiero? Se puso feísima.

Noah se levantó. Gibson hizo lo mismo.

La fotografía de la boda siempre había sido un misterio. Una novia posando sola, sin novio. Tenía que hablar con la persona que la había hecho.

75

El ronroneo grave del motor del Mustang vibraba bajo sus pies, a través del asiento, en sus manos aferradas al volante. Era lo único que la mantenía anclada. Había reducido la velocidad y notaba cómo los vehículos la rebasaban, pero no le importaba. Aquel sonido, aquella vibración constante, era el único lugar donde se sentía a salvo. El único sitio que reconocía en un mundo que había dejado de tener sentido.

Había pasado toda la noche visionando los microfilmes. Llevaba las dos copias en el bolsillo de su chaqueta, junto al lazo rojo.

Recordó las palabras que le había dicho a Amaia Salazar días atrás: «No conozco a nadie más que sea hija de un asesino». Lo había dicho convencida de que podía manejarlo, de que podía admitir que aquel desconocido que casualmente era su padre también pudiera haber hecho cosas terribles. Pero entonces Benedict Newman era solo eso: un desconocido. Un extraño que acababa de aparecer en su vida. A través de las palabras de su madre, aquel asesino había dejado de ser un concepto abstracto para convertirse, por primera vez, en su padre.

Las imágenes de los microfilmes seguían reproduciéndose en su mente como una película que no podía detener: el rostro demacrado de su madre, la pulsera del hospital, aquellas palabras que habían cambiado todo lo que creía saber sobre su vida. Benedict Newman era John Biblia. Su padre era un asesino en serie. Su madre lo había sabido desde poco después de que ella naciera y había cargado con aquel secreto hasta el momento de su muerte.

En su mente volvía a ver la imagen de su madre en la pantalla. Joven. Más joven que ella misma ahora. Demacrada. Con el rostro marcado aún por las petequias del esfuerzo del parto, los ojos

enrojecidos, la voz quebrada. Y las últimas palabras que le había dicho mientras moría, reuniendo todo su aliento, todas sus fuerzas, en la magia del momento místico de la claridad terminal.

«Confía en mí.»

Nash sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se le escapó un murmullo que apenas reconoció como su propia voz. Ahora entendía lo que había ocurrido aquel día de agosto. Su madre había abierto el periódico y había visto aquella fotografía, el cuerpo envuelto en lonas, la firma inconfundible de John Biblia. Y lo había reconocido. Después de casi cuatro décadas vigilando, coleccionando recortes, asegurándose de que no volvía a matar, Natalia había visto la prueba de que todo había sido en vano. De que el monstruo había regresado. El peso de aquella culpa, la certeza de haberse equivocado, de haber confiado en quien no debía, había sido demasiado para su corazón y para su cerebro.

—Lo siento, *ama*. Lo siento. Perdóname. Debí hacerte caso.

Condujo sin rumbo durante un tiempo que no supo calcular. Cuando detuvo el coche y alzó la vista, se dio cuenta de que estaba frente a la comisaría de policía. No recordaba haber tomado la decisión de ir allí, pero allí estaba.

Esperó dentro del coche. No sabía cuánto tiempo pasó hasta que vio la figura del inspector Barezzi acercándose por la acera. Entonces abrió la puerta y salió, casi cuando él llegaba a su altura.

Barezzi la miró con sus ojos grises de depredador, esos ojos fríos de cazador que todo lo registraban. Nash sabía que estaba en *shock*, pero también que su aspecto exterior no lo reflejaba. En ocasiones, cuando alguien está hirviendo por dentro, su apariencia es de inmovilidad absoluta, una extraña calma que parece casi sonambulismo.

—¿Quieres pasar? —preguntó él señalando la comisaría.

Había una cafetería justo enfrente.

—No —dijo Nash—. Mejor allí.

Cruzaron la calle. El interior del local estaba casi vacío. La mañana era templada a pesar de ser primera hora, y la mayoría de la gente seguía reticente a entrar en espacios cerrados. Fueron hacia una

mesa del fondo. Tenían que llevar las mascarillas puestas, aunque podían retirarlas lo suficiente para tomar el café.

Nash quería contarle todo. Los microfilmes. La confesión de su madre. Benedict Newman. John Biblia. Tenía un torbellino de pensamientos y cosas que decirle, pero no encontraba las palabras. Una y otra vez buscaba la manera de empezar, pero no podía. Le temblaban las manos y las escondió bajo la mesa para que él no pudiera verlas.

«Confía en mí.»

Antes de que Nash se decidiera, el inspector habló primero.

—Tengo que contarte algo. Mis sospechas han cambiado completamente de dirección.

Nash lo miró sin decir nada. En su mente, la voz de su madre seguía resonando.

—Noah Scott Sherrington —dijo Barezzi—. John Biblia cometió tres crímenes entre 1968 y 1969, y después se esfumó. Se organizó la mayor operación de búsqueda de un hombre de toda la historia de la policía escocesa, pero no sirvió de nada. Scott Sherrington era uno de tantos inspectores obsesionados con cazar al mítico John Biblia. Estuvo años tras su pista. Es conocido que desarrolló un método victimológico para cribar a las mujeres desaparecidas. Todo apunta a que dio con él, que consiguió llegar hasta el hombre. Pero, cuando iba a detenerlo, sufrió un ataque y Biblia huyó, desapareciendo de nuevo. Oficialmente, sigue desaparecido.

Nash sintió que le temblaban las piernas. Se obligó a mantener la compostura.

—Scott vino a España siguiendo un pálpito —continuó Barezzi—, tras la pista de un tipo que creía que era John Biblia. Cuando llegó aquí no se puso en contacto con la policía. Según él, lo persiguió, lo cercó y fue abatido en un tiroteo. Su cuerpo cayó al río y fue arrastrado por las aguas mientras se producía una de las mayores inundaciones de la historia reciente de nuestro país. Días después se recuperó un cadáver que su futuro socio identificó como el tipo que habían estado persiguiendo. Él nunca llegó a verlo, porque entonces estaba en un hospital, y no salió hasta casi un año después.

El inspector clavó sus ojos grises en los de Nash.

—Lo cierto es que la policía española nunca tuvo constancia de que John Biblia hubiera estado aquí. Es verdad que aparecieron varios cadáveres flotando en el mar, envueltos en lonas y atados con unos nudos característicos. Pero ese no era el *modus operandi* de John Biblia. La policía de la época admitió que en algún momento había habido un asesino activo y muy violento en la ciudad, pero, a pesar de que se compararon los *modus operandi* con la información que llegaba desde Escocia, no se estableció que pudiera ser John Biblia. Y así, el gozo de Noah Scott Sherrington quedó en un pozo. Lo que sí se pudo establecer es que Collin Doyle, un dirigente del IRA, estaba en la ciudad en aquella época.

«Confía en mí.»

—Personalmente, creo que John Biblia nunca vino a España —dijo Barezzi—. No tengo claro cómo Benedict Newman llegó a describir esos crímenes en su novela. Quizá, como tú dijiste, lo leyó en la prensa, o se documentó sobre la historia de ese asesino mítico. Muchos escritores lo hacen. Quizá lo que ocurrió en comisaría aquella noche solo fue un ataque de pánico al enfrentar a un hombre de letras a la crudeza de un crimen real.

Barezzi se inclinó un poco hacia ella antes de continuar, bajando la voz.

—Lo que sé es que desde ese momento Noah Scott Sherrington ha reaparecido como si hubiera resucitado. Sostiene que él mismo escribe un libro sobre John Biblia. Lo localizamos merodeando por el escenario en el que apareció una de las víctimas. Ya te lo había contado. Su obsesión con John Biblia le ha llevado a salir del país y a viajar en un momento en el que la entrada en Escocia supone quince días de cuarentena. Y aunque hemos tratado de localizarlo, no aparece registrado en ningún hotel.

Nash escuchaba mientras luchaba por controlar el temblor de sus manos bajo la mesa.

—¿Qué es lo que me estás diciendo? ¿Ahora sospechas que Noah Scott Sherrington es...?

—Nash, tú eres psiquiatra. Sabes que en ocasiones hay profesionales que llegan a obsesionarse tanto con un caso, con hacer bien su trabajo y con la gloria que eso supone, que cometen

delitos solamente para recuperar la sensación de tenerlos. Noah Scott Sherrington quedó frustrado cuando seguramente había atrapado a uno de los asesinos más míticos de la historia de la criminalidad. Creo que nunca lo superó. Vino a España siguiendo una pista errónea. Y ten en cuenta que no negamos que hubiera habido un asesino activo en aquel momento en Bilbao. Pero no era John Biblia. Y eso no es suficiente para el gran Scott Sherrington.

—Espero que tengas algo más que argumente lo que estás diciendo —dijo Nash—. Porque, según tú, se supone que Noah Scott Sherrington estaba fuera del país antes de que se cometiera el último asesinato.

—No. Estaba fuera del país cuando apareció el bolso de la última víctima. Pero recuerda lo que te dije: hacía un par de días que no llovía y, sin embargo, el bolso tenía notables marcas de agua, agua de lluvia reciente. A diferencia del otro, no estaba en una zona concurrida. Lo pudieron dejar a posta allí para que apareciera más tarde. Lo mismo con la víctima. La forense ha establecido que llevaba al menos cuatro días a la intemperie cuando la encontraron. Pudo perfectamente haber sembrado su escenario antes de salir del país.

—Me parece algo bastante traído por los pelos.

—Pero es que hay algo más. El avión de Noah Scott Sherrington hizo escala en el aeropuerto de Derry, en Irlanda, veinticuatro horas antes de que la policía detectase que Annie Doyle estaba desaparecida.

«Confía en mí.»

—¿Y crees que él tuvo algo que ver con su desaparición?

—Piensa esto. No hay ADN de John Biblia. Las pocas muestras que se recogieron hace casi cuarenta años se han perdido en los diversos intentos comparativos con los sospechosos que han ido capturando en este tiempo. Creo que Benedict Newman es Collin Doyle. Creo que Noah Scott Sherrington lo conoció hace cuarenta años. Y creo que Annie Doyle era la única prueba que lo confirmaría. Desaparecida Annie, y su casa y cualquiera de sus pertenencias calcinadas, era imposible probar su relación con Collin. El único cabo suelto que podía estropear el plan de Scott Sherrington de aparecer

glorioso cuarenta años después, de poner punto final a la historia de su vida capturando a John Biblia.

Nash se obligó a colocar las manos sobre la mesa. Le temblaban visiblemente. Barezzi extendió la mano y tomó una de las suyas entre las de él. Clavó sus ojos grises en los de ella.

—Siento mucho todo lo que ha pasado —dijo—. Creo que Newman es Collin Doyle. Pero no tenemos ninguna manera de probarlo. Y creo que hay alguien muy interesado en que sea así.

Nash reunió el valor para hablar.

—Newman tiene un avión privado. Está en un aeródromo a unos ochenta kilómetros de aquí. Creo que iba, o quizá regresaba de allí, el día que lo encontrasteis en el túnel. El empleado me dijo que recibieron una petición de llenar el depósito hace unas semanas. Pero anteayer fui allí. Y está vacío. Creo que el avión tiene autonomía para llegar hasta Irlanda. Y creo que también hubo tiempo suficiente.

Barezzi le apretó suavemente la mano.

—Gracias por contármelo. Pero ya lo sabíamos. No hay constancia de ese vuelo. Aunque la policía irlandesa habla de varios pequeños aeródromos cerca de Derry donde podía haber aterrizado. Y quizá convenció a algún operario de hacer un repostaje que no constase, pagando en mano. Si es así, no tenemos ninguna prueba. De lo que sí la tenemos es de que Scott Sherrington hizo escala en Derry antes de viajar a Escocia. Si es que es allí donde está.

Nash atendía mientras en su mente seguía oyendo la voz de su madre.

«Confía en mí.»

Acababa de escuchar a su madre diciéndole en una grabación que Benedict Newman era John Biblia. La pregunta era si dejó de serlo. Si realmente alguien había vuelto desde el pasado para desenterrar a los muertos, para reclamar una gloria pasada. Y si realmente Sarasola tenía razón en que lo que tenían ante ellos era alguien profundamente traumatizado que había enterrado en el fondo de su alma al hombre que fue, prisionero hasta el punto de crear un ramillete de personalidades que ejercían como carceleros, y que se autodenominaba «el Imperdonable».

¿Y si su madre no se había equivocado? ¿Y si su madre había decidido bien? ¿Y si su madre sabía que aquel hombre nunca volvería a matar? Otra cosa era que no quisiera, que no pudiera estar a su lado. Pero la doctora Natalia Elizondo estaba convencida de que aquel hombre, el que había cometido aquellos horribles crímenes, había cambiado. Era otra persona. Ya no era él.

Quizá su madre tenía razón. Y quizá Sarasola también tenía razón. Benedict Newman fue John Biblia. Pero ya no lo era. Hacía mucho tiempo que por propia voluntad había encerrado en el fondo de su alma a una parte de sí mismo a la que no podía perdonar. Había creado esa suerte de personalidades para mantenerla sometida. Y quizá, como decía el inspector, alguien había venido del pasado a desenterrar a los muertos en busca de gloria.

—Tenemos los resultados de las autopsias —continuó Barezzi—. En las dos primeras, las que aparecían en los fardos como en los crímenes de Bilbao, era más difícil identificar las lesiones por el estado avanzado de descomposición de los cuerpos. Pero en las dos últimas, la forense ha establecido que fueron asfixiadas repetidas veces y de modo manual. Se requiere muchísima fuerza física. Y después terminó los crímenes usando un cordel, casi como si buscara emular los crímenes originales de John Biblia. La propia puesta en escena: los dos primeros, los crímenes de Bilbao en 1983; los dos últimos imitando a los crímenes de John Biblia en Glasgow. Los cadáveres expuestos, desnudos, con tampones esparcidos a su alrededor. Todas las mujeres tenían la menstruación en el momento en que fueron atacadas. Como todas las víctimas de John Biblia.

—No puede ser Scott Sherrington —dijo Nash.

—Todavía no puedo afirmar que lo sea. Pero lo que tengo claro es que se trata de un imitador.

«Confía en mí.»

Nash se levantó. Dio las gracias al inspector y salió de la comisaría sin haber dicho nada de lo que había ido a contar. Las imágenes del cajero automático que Barezzi le había mostrado seguían grabadas en su retina, aquella silueta borrosa persiguiendo a la joven, algo en su postura, en el modo de inclinar la cabeza, le había resultado extrañamente familiar. Y entonces había recordado la grabación que

la doctora Duval le había mostrado, la voz del visitante nocturno en el hospital preguntando al detective Star: «¿Me recuerdas?». La teoría de Barezzi sobre un imitador obsesionado encajaba de pronto con una precisión inquietante.

Se detuvo junto a su coche y se quedó inmóvil, con las llaves en la mano.

Noah le había dicho que interpretó la pregunta de su madre como una confirmación de que John Biblia seguía vivo. «¿Estás seguro?» Pero su madre ya lo sabía. Llevaba treinta y tres años sabiéndolo. Viviendo con aquel secreto. Vigilándolo. Siendo su carcelera.

Lo que Natalia preguntaba era otra cosa: «¿Estás seguro de que ESTO es obra de John Biblia?».

Su madre había visto aquella fotografía en el periódico y había reconocido algo. O al contrario: había visto algo que no encajaba. Algo que la había aterrorizado tanto que no había podido soportarlo.

«Confía en mí», resonó la voz de su madre.

Y una nueva idea irrumpió con fuerza desoladora en la mente de Nash. ¿Y si su madre nunca había dudado de Newman? ¿Y si hasta el final había estado segura de que él había parado? ¿Quién estaba, entonces, matando como John Biblia? Solo podía hacerlo alguien que lo conocía bien. Alguien que sabía exactamente cómo lo hacía.

Nash abrió el coche y se sentó al volante sin arrancar. Necesitaba pensar.

76

La residencia de ancianos de Tarbet estaba a orillas del lago Lomond, en un edificio victoriano rodeado de jardines que en otro tiempo debieron de ser espléndidos. Gibson aparcó junto a la verja y ambos se acercaron a la entrada. Un cartel les recordó que las visitas estaban restringidas por las medidas sanitarias.

Una enfermera salió a recibirlos. Hablaron a través de la valla metálica.

—El señor Brodie los está esperando. Pero les advierto que siempre tiene hambre. Se le olvida que ha comido.

—¿Está lúcido? —preguntó Noah.

—El pasado lo recuerda perfectamente. Es el presente lo que se le escapa.

Los condujo hasta un banco en el jardín, al otro lado de la valla. El anciano ya estaba allí, envuelto en una manta a pesar de que la mañana era templada. Tendría unos ochenta años, el rostro surcado de arrugas profundas y unos ojos azules que conservaban cierta viveza.

—Señor Brodie, estos señores quieren preguntarle por una de sus novias —dijo la enfermera.

—Siempre quieren preguntarme por las novias —respondió él con una sonrisa desdentada—. He fotografiado a miles.

Noah sacó la foto de Maggie y se la mostró a través de los barrotes.

—¿Recuerda esta?

El anciano guiñó los ojos y acercó la imagen a su rostro. Tardó unos segundos.

—Claro que la recuerdo. Solo hice esa foto. Una única foto. De la novia sola.

—¿El novio no vino?

—Ni a tomarse la foto ni a acompañarla. Fue uno de esos matrimonios forzados. Por la situación. —Hizo un gesto elocuente señalando su vientre—. Estaba claro que, aunque el novio había accedido a reparar su falta, no la quería. La chica era bastante patética. Daba mucha pena.

Noah sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿La acompañó alguien?

—Unas urracas. Las tías del novio, creo. Mujeres horribles, vestidas de negro, con cara de malas pulgas. La pobre chica estaba hinchada como un globo. Le hice la foto sentada porque de pie el vestido reventaba. Tuve que desabrochárselo por detrás. Ni siquiera tenía ramo. Posó con unas flores de plástico que yo tenía en el estudio.

—¿Está seguro de que estaba embarazada?

El anciano soltó una carcajada seca.

—Joven, he fotografiado a miles de novias. Siempre se me dio bien reconocer a las que se casaban embarazadas. Y esta lo estaba. Bastante avanzada, diría yo. Aunque, como estaba tan gorda, era difícil saber de cuánto.

Noah guardó silencio un momento. El anciano miró hacia la residencia.

—¿Ya es la hora de comer?

—Acaba de desayunar, señor Brodie —dijo la enfermera con paciencia.

Noah le dio las gracias y se alejó de la valla junto a Gibson. Caminaron en silencio hacia el coche. Cuando estuvieron dentro, Gibson arrancó el motor.

—¿Y bien?

Noah miraba el lago a través de la ventanilla. Todo encontraba su lugar. John Biblia se había casado con aquella chica porque estaba embarazada. Y después, cuando él fue identificado y tuvo que huir, su madre, sus tías y su joven esposa desaparecieron. Se esfumaron.

Pero el bebé. El bebé habría nacido.

—John Biblia tuvo un hijo —murmuró Noah.

77

Cuando Nash llegó a la mansión, se quedó dentro del coche, detenida frente a la entrada, sin fuerzas para salir. Le pesaban los párpados, le pesaban las manos sobre el volante, le pesaba el cuerpo entero como si durante la noche se hubiera convertido en piedra. Vio que Elisa se asomaba por la puerta principal con expresión preocupada. Por un momento pareció que iba a dar un paso hacia el coche, y Nash no tenía energía para eso. No ahora.

Rodeó la casa con el Mustang y aparcó junto al jardín trasero. Subió la escalinata flanqueada por balaustradas sintiendo cada peldaño como una pequeña montaña y entró en el despacho de Newman por la puerta que daba al jardín.

El abogado Owen Mitchell estaba dentro con tres personas. Había carpetas abiertas sobre la mesa, ordenadores portátiles, cajas de documentos que cubrían casi toda la superficie disponible. Cuando la vio, se puso en pie inmediatamente, caminó hacia ella y le estrechó la mano con gesto profesional.

—Nash. Me pongo a tu entera disposición. Te prometo que vamos a desenmarañar todo lo que ha ocurrido. Me siento en parte responsable de que esto haya llegado tan lejos.

Tenía ojeras profundas y el aspecto de alguien que cargaba con un peso enorme sobre los hombros.

—El auditor forense me dijo que el sistema era muy sofisticado —respondió Nash—. No te tortures. Parecía difícil de detectar.

Pero él seguía pareciendo torturado.

—¿Dónde está Karim? —preguntó Nash.

—Cometí un error. Le llamé. Creo que de alguna manera he espantado la liebre. Cuando he llegado esta mañana, ya no estaba. Robert y yo hemos entrado en su apartamento. Se ha llevado la

ropa, sus cosas. También falta su coche. Se ha ido. Supongo que a estas horas ya estará en un barco rumbo a Turquía.

Nash le miró con una desolación que no intentó disimular.

—Parece que había comenzado una relación íntima con una de las enfermeras —continuó el abogado—. Virginia Tomás. Ella tampoco está.

Nash asintió lentamente. Había visto a Virginia entrar repetidas veces en casa de Karim. Sabía que estaban juntos. Pero la enfermera llevaba unos días prestando servicio en aquella casa. No conocía a Karim de antes. No le parecía raro que tuvieran una aventura, pero no tenía mucho sentido que huyera con él tras un desfalco, a menos, claro, que no lo supiera.

Cuando salió del despacho, vio a Robert que venía hacia ella. Se estaba poniendo la chaqueta apresuradamente, ajustándose los puños para dejar a la vista los gemelos en aquel gesto tan suyo, casi como si hubiera sido pillado en falta. Nash sonrió ante su pulcritud.

—No te preocupes —dijo—. Estás muy guapo.

Él se detuvo al llegar a su altura, terminó de arreglarse la chaqueta y le devolvió la sonrisa. Una luz cálida se reflejó en sus ojos azul oscuro.

—Nash... Has vuelto.

Le tendió la mano con naturalidad y ella la tomó. La condujo suavemente hacia la biblioteca. La estancia había recuperado el orden perfecto de la primera vez que Nash había estado allí, aquella elipse de madera noble y libros antiguos que olía a cuero y a papel. Habían desaparecido la mesa plegable, las sillas, los micrófonos, las cámaras. Como si las sesiones de hipnosis nunca hubieran tenido lugar.

—Pensaba que estarían aquí —dijo Nash.

—No. Por lo visto la sesión de ayer fue un éxito. Han decidido que la llevarán a cabo en el despacho de Star. Margot propuso que podía ser buena idea que trabajaran allí. Y Sarasola sugirió que si Star creía que ella era su secretaria, lo lógico era que ella estuviera también.

Robert la miró detenidamente, reparando en las marcas de cansancio bajo sus ojos, la palidez de su rostro, el temblor casi

imperceptible de sus manos. Levantó los dedos y los llevó suavemente hasta el contorno ensombrecido en su mirada.

Ella no habló, y de pronto se sintió perdida.

—Pobrecita —dijo con una ternura que desarmó a Nash—. Voy a tener que cuidarte mucho.

Nash le miró y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Todo el peso de la noche, de los microfilmes, de la voz de su madre joven y rota hablando a una cámara, de las revelaciones que habían pulverizado todo lo que creía saber, todo eso pugnaba por salir.

—No he dormido en toda la noche. Hay un montón de cosas que ahora sé. Robert, mi madre..., creo que... ella creía que... Creo que tenía razón. Pero no sé por qué he dudado de ella. Esta mañana he conducido hasta la comisaría, convencida de la culpabilidad de Benedict, pero tú tenías razón, Newman es un buen hombre. Es un nuevo hombre, y yo estaba equivocada. Todo ha cambiado, Robert, todo ha...

Él le acarició el rostro con una delicadeza que la hizo callar antes de que sus dedos llegaran a sus labios. Después la besó. Un beso largo y profundo que sabía a promesa.

—Tienes que descansar —murmuró contra su boca—. Todo va a arreglarse. Yo te ayudaré.

—No puedo descansar. Tengo que ir a la sesión. Tengo que ir.

—Estás agotada.

—Llévame tú —rogó.

—Claro. Por supuesto.

Salieron por la puerta principal hacia el coche de Robert, que estaba aparcado en la entrada.

—¿No prefieres que vayamos en tu coche? —preguntó él.

—No. Mejor vamos en el tuyo. Estoy demasiado cansada para conducir.

—Déjame conducirlo a mí.

—Lo siento, norma de la casa, nadie conduce mi coche, demasiado nervio para alguien acostumbrado a la estabilidad de un tanque como este. —Nash sonrió por primera vez en horas, observando su reacción—. Quizá algún día haga una excepción, pero para que te dé mis llaves aún te quedan muchos méritos por hacer.

Él asintió con una media sonrisa y le abrió la puerta del copiloto del Volvo. Nash se dejó caer en el asiento mientras Robert rodeaba el coche y se ponía al volante. Cuando arrancó, ella cerró los ojos y dejó que el movimiento la meciera.

Nash metió la mano en el bolsillo y sus dedos encontraron el lazo de raso roja. Lo acarició mientras en su mente resonaba el mensaje de su madre.

«Confía en mí.»

Su madre había sido una profesional. Sí, en el momento en que tomó aquella decisión era una joven traumatizada que acababa de dar a luz, con las hormonas alteradas y los nervios rotos. Pero el hecho era que había mantenido esa decisión el resto de su vida. Y aquella mujer no era solo una joven asustada: era una de las mejores psiquiatras forenses del país. Y no se había equivocado.

Se había mantenido firme en su promesa de convertirse en la carcelera de Newman. Pero él también había cumplido su parte. Aquel lazo guardado como una reliquia. El ensayo *Los que paran*, dedicado a ella. Y el modo en que había confinado en lo más profundo de su mente a aquella parte de él a la que no podía perdonar, a la que no perdonaría jamás. Todo eso era la prueba.

Natalia Elizondo había sido la primera en dibujar el perfil perfecto de aquel monstruo. Conocía sus impulsos, la raíz de su dolor, su evolución. Lo conocía como nadie.

Cuando llamó a Noah Scott Sherrington aquel día, no estaba preguntando si John Biblia seguía vivo. Estaba señalando un *copycat*, y quizá hasta al autor.

78

Elisa estaba sola en la cocina. El aroma del estofado que llevaba horas cocinándose a fuego lento llenaba el espacio con una densidad reconfortante, y el vapor que ascendía de la olla empañaba levemente los cristales de la campana extractora, que resultaba inaudible. Consultó el reloj de pared y calculó que aún faltaba una hora para que la carne alcanzara el punto exacto de ternura que al señor Newman tanto le gustaba. Tomó un trapo y secó las gotas condensadas sobre el cristal.

Dobló el paño con cuidado y entró en la despensa a buscar las especias. Fue entonces cuando lo notó. Algunos botes y paquetes estaban fuera de su sitio, como si alguien hubiera zarandeado la estantería. Frunció el ceño. Ella conocía cada centímetro de aquella despensa; cada lata y cada tarro ocupaban un lugar preciso en su memoria, y aquel desorden le produjo una irritación instintiva y se puso a colocarlos de nuevo en su posición correcta.

Mientras reubicaba un paquete de harina, lo oyó. Un murmullo. Un sonido sordo y apagado que parecía provenir de algún lugar por debajo de ella. Por un instante, hasta llegó a pensar en la presencia de un roedor. Le aterraban las ratas, rogó que no hubiera ninguna mientras un escalofrío de asco recorría su espalda. Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración, y el sonido volvió a repetirse: un gemido, o quizá un roce, algo que se arrastraba.

La lavandería.

Elisa caminó hasta el fondo de la despensa, donde la puerta escamoteada, casi invisible entre los estantes, daba acceso a las escaleras que descendían al sótano. Presionó el panel, pero la puerta apenas se movió unos centímetros. Algo la bloqueaba desde el otro lado.

Empujó con más fuerza, sintiendo cómo la madera cedía contra un peso blando que ofrecía resistencia. Forcejeó durante unos segundos que se le hicieron eternos hasta que por fin consiguió abrir lo suficiente para asomar la cabeza.

Lo que vio le arrancó un grito que se le ahogó en la garganta como un gorgoteo.

Karim estaba desplomado en los primeros peldaños de la escalera, con el cuerpo en una posición grotesca y antinatural, como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. La sangre que manaba de su cabeza había formado un charco oscuro que se extendía lentamente por la piedra.

Elisa se llevó las manos a la boca, incapaz de moverse, incapaz de pensar.

Y entonces Karim levantó el rostro.

Tenía los ojos abiertos, vidriosos, cubiertos por una película de sangre que le resbalaba desde la frente. Sus labios se movieron, apenas un temblor, y de ellos salió un susurro tan débil que Elisa tuvo que inclinarse para oírlo.

—Llama a la policía.

79

Mientras se acercaban al garaje de la calle Mayor, Nash vio a través del parabrisas al padre Tadeo y a Margot que salían del edificio. Entraron en el Starbucks de al lado. Robert también lo vio, pero no dijo nada.

El garaje del edificio estaba casi vacío. Robert aparcó en el mismo lugar en que lo habían hecho Margot y ella en la ocasión anterior, junto al ascensor. Se quedaron quietos por un momento, las manos entrelazadas. Nash se inclinó hacia él y lo besó suavemente. Él le devolvió el beso, bastante más apasionado. Ella sonrió mientras se separaba.

—En cuanto esto acabe, prometo dedicarte tiempo —murmuró mientras abría la manija de la puerta.

Salió del coche y caminó hacia el ascensor. Iba a pulsar el botón de llamada cuando oyó una voz a su espalda.

—Disculpe, amigo, ¿podría echarme una mano?

Se volvió. Cinco o seis plazas más allá, un hombre forcejeaba con una baca que intentaba instalar sobre el techo de su vehículo. Robert intercambió una mirada con ella e hizo un gesto de asentimiento.

—¿Me das un minuto?

Nash asintió y lo observó alejarse mientras pensaba en lo bien que le sentaba el traje azul marino, tan oscuro como sus ojos. Volvió a sonreír. Pulsó el botón del ascensor y comprobó la placa luminosa. Descendía desde uno de los pisos más altos. Buscó con la mirada la puerta de la escalera, planteándose si subir andando.

Entonces lo vio.

El extremo de algo blanco asomaba por el maletero del coche de Robert. Una bolsa de plástico, o quizá un trozo de tela. Como si lo

hubiera pillado al cerrarlo.

Más allá, Robert sujetaba la baca mientras el hombre apretaba los tornillos.

Nash se acercó al coche y accionó la manija del portón.

Una mano blanca cayó hacia el exterior. Contuvo el grito mientras, de modo automático, miraba a Robert, que seguía ayudando al vecino. Empujó hacia dentro la mano que estaba helada mientras reconocía la cuidada manicura francesa.

De entre los dedos inertes resbaló un pequeño objeto dorado, que quedó vuelto bocarriba brillando bajo la fría luz blanca del garaje. Uno de los gemelos de Robert. La serpiente mítica que se muerde la cola, que se devora a sí misma. Un uróboro.

Robert se despedía del hombre.

Nash bajó el portón sin hacer ruido. Junto a la rueda trasera brillaba el objeto que había caído.

El ascensor emitió un pitido.

Robert venía hacia ella.

Nash deslizó el gemelo bajo el coche con la punta del zapato.

El ascensor se abrió justo cuando él llegaba a su altura. Le puso una mano en la cintura y entraron juntos. Nash pulsó el botón de la entreplanta y las puertas se cerraron.

El teléfono vibró en su bolsillo. Lo sacó y vio que era de nuevo una llamada de Noah; la silenció y apretó el teléfono contra el muslo intentando contener el temblor de su cuerpo. Aspiró lenta y profundamente tratando de serenarse y percibió el olor de sudor por estrés que comenzaba a emanar de su piel. Se preguntó si él también podía olerlo, si podía notar el miedo que le salía por los poros.

—¿No vas a responder? —preguntó Robert.

—Se cortaría. Aquí no hay cobertura.

Cuando el ascensor comenzó a subir, Robert le tomó de nuevo la otra mano. Nash bajó la mirada a la camisa blanca, impecable; la manga asomaba los dos centímetros de rigor, lo suficiente para que el gemelo quedara a la vista. Pensó en cómo lo había visto al llegar a la mansión, colocándose apresuradamente la chaqueta en el pasillo, ajustándose la ropa. El modo en que se había resistido cuando ella

insistió en que fueran en el coche de Robert, no en el Mustang. En el Volvo aparcado en la parte trasera de la casa, junto a la lavandería, una ubicación que nunca habría llamado la atención de no ser porque Nash se había dado cuenta ahora de que no era ropa sucia lo que había en el maletero...

El abogado le había dicho que Karim había huido, que también faltaba la enfermera. Y ahora que ya sabía dónde estaba ella, se preguntó si Karim también estaba en el amplio maletero del Volvo.

Nash notaba el pulso en las sienes, en el cuello, en las muñecas. Estaba segura de que él podría sentirlo palpitando en sus manos. Fijó la vista en las puertas metálicas. El reflejo del hombre que tenía a su lado, distorsionado junto al suyo propio, y el modo en que su cabello rojo refulgía iluminado por la luz del ascensor.

El inspector Barezzi tenía razón. No era John Biblia. Era un imitador. Aunque se había equivocado al pensar que era Noah Scott Sherrington. Y Noah también se equivocaba al creer que Newman era John Biblia redivivo, que las víctimas pelirrojas tenían que ver con aquella niña que había desaparecido en el lago Katrine hacía décadas. Y en ese instante, de alguna manera, Nash supo que tenía que ver con ella, con el color de su pelo, con el color del cabello que había heredado de su madre, con el nombre que su padre le puso al nacer, y que siempre le pareció ajeno.

Sonó la señal de un mensaje.

Separó el teléfono de su muslo y lo inclinó sin levantarlo para leerlo.

«John Biblia tuvo un hijo o una hija. Ten cuidado.»

Se contuvo para no cerrar los ojos bajo el peso de lo que aquello significaba.

«Fue un hijo, Noah, está aquí a mi lado —le contestó mentalmente — y mi única posibilidad es que no sepa que lo sé.»

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

—Después de ti —dijo él, extendiendo el brazo hacia el panel para mantener las puertas abiertas.

Nash salió. Y mientras lo hacía, alcanzó a ver el puño impecable de su mano izquierda extendido hacia el panel de mandos del

ascensor, y el lugar vacío que debía haber ocupado el gemelo con un pequeño uróboro.

Fue un instante, una porción de segundo, y supo que había sido un error casi mientras lo hacía. Porque, aunque siguió caminando con fingida naturalidad y Nash no necesitó volverse para mirarle, se dio cuenta de que él había seguido la trayectoria de sus ojos hasta el puño. Estuvo segura cuando lo oyó tomar aire profundamente y suspirar. Nada más, después solo sus pasos pausados, tranquilos. A mitad del corredor, Nash se detuvo frente a la puerta de la oficina del detective Star. Llamó suavemente y entró.

80

Noah marcó el número de Nash. El tono sonó una, dos, tres veces, y saltó el buzón de voz. Colgó sin dejar mensaje y volvió a intentarlo. El mismo resultado.

Gibson permanecía en silencio junto a él, apoyado en el coche. El anciano fotógrafo había entrado hacía unos minutos, arrastrado por una enfermera hacia un comedor que olía a sopa de verduras. A través de las ventanas de la residencia se veía el brillo del lago Lomond bajo el sol de mediodía.

—¿Cómo se nos pudo pasar? —murmuró Gibson.

Noah no respondió. Buscó otro número en su teléfono y pulsó la llamada.

—Socio —dijo en cuanto Lizarso descolgó—. John Biblia dejó embarazada a su joven esposa antes de que salieran del país. Necesito fotos de todas las personas, hombres o mujeres, entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años, que formen parte de la camarilla de Benedict Newman.

—Me llevará un rato —respondió Mikel Lizarso—. Pero te las enviaré en cuanto las tenga.

—Date prisa. Creo que Nash está volviendo a esa casa.

Colgó. Alzó la vista hacia Gibson, que le miraba con una mezcla de admiración y desconcierto, y volvió a marcar el número de Nash.

81

Noah era incapaz de subirse al coche. Daba vueltas alrededor de él. Nervioso, tan alterado como uno de esos perros que intenta morder los neumáticos cuando pasas por un despoblado, y aunque una suave llovizna había comenzado a caer y su amigo el capitán Gibson había abierto las puertas intentando que se resguardara y con intención de sentarse en el interior, al final optó por quedarse fuera, observando las idas y venidas de Scott Sherrington, que miraba desesperado la pantalla de su teléfono mientras la lluvia iba calando en su pelo.

Una señal auditiva delató que habían llegado varios mensajes. Los abrió mientras Gibson se colocaba a su lado intentando ver algo.

—Maldita sea —exclamó Noah.

Esperó a que las fotos terminaran de descargarse y las fue abriendo una a una. Karim. Margot. Owen Mitchell. Hasta que llegó a la de Robert.

Era un retrato en escorzo, elegante. Miraba al objetivo serio, pero accesible. Noah sacó las gafas, que casi nunca usaba, del bolsillo interior de su americana, se las puso y usó dos dedos para aumentar la fotografía hasta que los ojos de Robert ocuparon toda la pantalla.

Azul oscuro. Profundos. Aquella mirada.

El olor del lodo volvió a él. El olor del lago. El golpe de la pala contra sus piernas, la caída, el peso de John Clyde sobre su pecho, la pala cruzada contra su cuello. Había liberado la mano derecha y golpeado con el puño cerrado aquel rostro hasta que cayó de lado como un muñeco. Recordaba haberse sentado a horcajadas sobre él, retorcerle los brazos, el chasquido del grillete cerrándose sobre su muñeca. Lo había puesto de rodillas para que pudiera respirar mientras la lluvia amainaba y los cadáveres del cementerio particular

de aquel monstruo comenzaban a salir a flote, liberados por la fuerza de la tormenta. Y entonces había necesitado respirar. Inhaló profundamente, y esa fue la última vez que lo hizo. El infarto lo fulminó con la misma velocidad con que brilló el rayo que cruzaba el cielo en ese mismo instante.

Pero antes de caer, antes de morir por primera vez, había visto aquellos ojos. El lodo y la lluvia habrían sido suficientes para enturbiar el rostro de aquel hombre, pero nunca aquella mirada. Nunca aquellos ojos. Los había llevado clavados en los suyos durante los últimos cuarenta años.

Ahora no iba a parársele el corazón. Tenía en su pecho el de un campeón.

Entonces respondió a la pregunta que él mismo le había hecho a Newman aquella noche, cuando fue a verlo al hospital, cuando antes de emprender su viaje al pasado necesitó ver los ojos de aquel hombre para estar seguro.

«¿Me recuerdas?»

Y ahora, mientras miraba aquellos ojos en la pantalla, él mismo contestó:

—Te recuerdo.

82

El detective Colt Star se sentaba tras una mesa. Alguien había bajado la persiana a su espalda. Sobre uno de los ficheros metálicos, un pequeño trípode sostenía la minúscula cámara, y en la mesa se veían dispuestas las grabadoras. De no haber estado tan nerviosa, de no haber tenido tanto miedo, quizá se habría fijado en las manos del detective, apoyadas sobre los muslos, la posición inmóvil. Y en que, aunque tenía los ojos abiertos, estaba en trance. Pero no lo hizo, a pesar de que mientras atravesaba la salita de espera ya había oído la voz persuasiva y dominante del padre Sarasola en una fase de relajación. Antes de llegar a la altura de su mesa, dijo:

—El Imperdonable.

El doctor Sarasola la miró sin comprender y saludó, amable como siempre:

—Doctora Elizondo, no la esperábamos, pero sea bienvenida.

Nash apenas le prestó atención. Se dirigió directamente hacia el detective Star.

—Detective, creo que he encontrado a su viejo enemigo. El Imperdonable está aquí.

Star no reaccionó. Seguía inmóvil junto a la ventana, con la mirada perdida.

—¿Detective Star?

Sarasola se había puesto en pie.

—No puede oírla, doctora Elizondo. O mejor dicho, sí que puede oírla, pero ahora está bajo hipnosis. El detective Star es un invitado en esta sesión, como en días anteriores. En cuanto el padre Tadeo regrese, intentaremos ver quién se siente hoy animado a hablar.

Entonces se fijó en su rostro contenido, casi como si aguantase la respiración. Robert había entrado tras ella, y Nash y Sarasola oyeron

perfectamente cómo accionaba la llave que había en la puerta y echaba el pestillo.

Aun así, Nash intentó disimular a la desesperada.

—Padre Sarasola, lo lamento muchísimo, no deberíamos haber interrumpido la sesión, ignorábamos que había comenzado ya, nos vamos, podemos hablar después —dijo atropellada.

Mientras hablaba, pareció que el padre Sarasola la interrumpiría y contestaría que no tenía de qué preocuparse, que por supuesto era bienvenida, pero había detectado algo extraño en su voz. Sus ojos se habían desplazado hacia Robert, que avanzaba ya hacia la mesa.

—Qué lástima —dijo Robert, girándose para encararlos—. Iba todo tan bien —añadió con el mismo tono que si la lluvia hubiera interrumpido un pícnic en el campo.

Nash empezó a murmurar:

—Robert...

Él la cortó.

—Te doy mi palabra de que no había pensado que fuera así.

Sarasola había comenzado a desplazarse sutilmente en dirección a Nash, de ese modo tan propio de él en el que se posicionaba cuando elegía bando.

Robert extendió la mano hacia el enorme cenicero de cristal verde, aquel monumento a Bette Davis, y lo tomó al vuelo y lo estrelló contra la frente de Sarasola. El borde del cristal abrió una brecha bajo el nacimiento del pelo y la sangre brotó de inmediato y se derramó por el rostro del sacerdote como en un crucificado medieval. Abrió la boca, pero no emitió ningún sonido y se desplomó de lado.

Nash gritó, pero el grito le salió ahogado, como cuando gritas en un sueño. El hombre al que estaba besando apenas cinco minutos antes la tomaba ahora del cuello con ambas manos y la hacía retroceder hasta que sintió el marco de la puerta clavándose afilado en su cráneo. En algún lugar muy lejos oyó sonar su teléfono.

—Robert —consiguió decir.

—Llámame John. Así es como me llamó mi madre.

Se giró levemente hacia Newman, que seguía catatónico con la vista perdida en el vacío.

—Igual que mi padre.

Con los ojos anegados en lágrimas, Nash negó con la cabeza.

—No.

—Sí. Casi se me para el corazón cuando te vi con el lazo puesto. Estabas preciosa. Y tengo que reconocer que la idea del incesto me parecía un remate perfecto.

Comenzó a apretar de una manera constante pero contenida. Nash aspiró el aire con todas sus fuerzas y sintió cómo un hilo de vida entraba en ella emitiendo un sonido atascado y urgente que le trajo a la memoria el de su propia madre mientras moría.

Él disminuyó la presión un poco.

—¿Sabes por qué Caín mató a Abel? —dijo—. Por culpa de Dios. Dios fue el culpable. Dios debería amar a sus hijos por igual.

Volvió a apretar. Y Nash sintió cómo la presión hacía vibrar sus tímpanos con el zumbido ensordecedor que precede al desmayo.

—Él sabía de mí igual que sabía de ti. Tú con tu madre. Yo con esos demonios. No hay ninguna justificación, porque él sabía lo que ellas me harían. Y me dejó allí. Dejó que lo hicieran.

Cedió de nuevo. Nash jadeó desesperadamente.

—¿Qué clase de Dios hace eso?

El padre Sarasola se había arrastrado hasta el fichero metálico, alejándose del lugar donde lo había derribado el golpe, escondiéndose, por puro instinto de protección, o quizá buscando un ángulo de visión del sillón donde Newman permanecía inmóvil, ajeno. Nash vio que el sacerdote se llevaba la mano al rostro ensangrentado y la miraba sobrecogido.

Robert aumentó la presión.

—Tanto dinero para una niña que ni siquiera lo necesitaba, mientras que yo sobrevivía en la indigencia recortando cupones. ¿Qué clase de Dios hace eso?

Sarasola los observaba, pero Nash era consciente incluso en ese momento de que apenas los veía, con los ojos cubiertos de sangre y la expresión vacua, como la de un pequeño animal atropellado que agoniza sin saber siquiera lo que le ha pasado, por qué grotesco capricho del mundo su vida se estaba terminando.

Robert aflojó un poco mientras se volvía levemente hacia Newman, que permanecía estático con la vista en el vacío.

—¿Qué clase de Dios le da a uno de sus hijos el cielo y al otro lo olvida? Ni siquiera recibí el odio de mi padre. Pero yo no dejaré que me olvide.

Volvió a apretar. Nash había alzado las manos y las colocaba sobre las de él, pero sabía que era inútil.

Apretó con más fuerza. Nash supo que se iba a desmayar. Entonces la dejó respirar un poco, y el aire al entrar en su tráquea volvió a sonar igual que su madre mientras moría.

«Confía en mí», la oyó.

Sarasola palpaba con manos torpes y ensangrentadas los bolsillos de su chaqueta infructuosamente mientras continuaba arrastrándose, como si pretendiera esconderse detrás de la mesa. Nash pensó que buscaba el móvil. Y también que eso no iba a servirle de nada. Cuando acabara con ella, Robert lo remataría a él. Y cuando Margot y Tadeo regresaran con los cafés, creerían que había sido Newman. Un hombre catatónico sería el único testigo. No habría nadie más para contar la historia de lo que había pasado allí.

La pechera de la camisa de Sarasola se volvía brillante por la sangre y lo oyó respirar jadeando de ese modo irregular de lo que se apaga. Nash supuso que se estaba muriendo y casi a la vez supo que ella también.

Entonces el sacerdote alzó una de sus manos y le hizo una señal. O eso creyó ella, porque ya no veía bien.

Nash alzó las manos hacia el rostro de Robert y lo tocó muy despacio, casi lo acarició, con la misma delicadeza con que se toca lo que ya no se puede salvar, un preciado objeto que se te ha roto entre los dedos. Nash ya no tenía voz. No tenía aire. Solo tenía eso: las manos sobre aquella cara, y la palabra *no* formándose en sus labios sin que ningún sonido saliera de ellos. No era una súplica; era su última llamada.

Él la contempló casi con sorpresa, como si intentase encontrar en lo profundo de sus ojos una respuesta. Después sonrió con aquella sonrisa encantadora suya y apoyó sus labios en los de ella, sellando el paso del poco aire que podía entrar.

Entonces Nash oyó la voz de Sarasola. Había perdido algo de fuerza, pero nunca había sido tan imperiosa en su orden.

—¡Vuelva, detective Star!

83

> Los que paran son los que, en el momento decisivo, tienen suficiente historia propia para saber que lo que están a punto de hacer no forma parte de ella.
>
> BENEDICT NEWMAN, en *Los que paran*

Aquella mañana me desperté temprano para ver el amanecer sucio sobre las colinas de Ciudad. Me duché, me afeité y me vestí con un traje azul que no recordaba haber comprado y que iba perfecto con mis ojos. El sol del inicio del verano había conseguido disipar la capa de niebla, y, aunque la contaminación persistía como un recuerdo turbio flotando sobre la urbe, no había sido suficiente para oscurecer el hermoso recuerdo que mi doctora favorita me había dejado la noche anterior.

Al final, lo que había planeado como una cena romántica había estado a punto de convertirse en una pesadísima sesión de casos médicos narrados por unos y por otros. Pero a la hora de los postres tomé a mi doctora por la cintura e hicimos mutis por el jardín. Nos besamos bajo un magnolio que olía a gloria, y en ese momento pensé que estaba deseando resolver el caso para que, una vez terminado el peligro, Newman volviera a casa, yo regresara a mi apartamento y recobrara mi libertad de movimientos. No era fácil seducir a una dama con dos curas mirando.

Pero quince minutos después Sarasola me recordó que al día siguiente habíamos quedado para repasar el caso en mi despacho. Tuve que admitir que tenía razón. Y, al fin y al cabo, para eso me pagaban. Y eran espléndidos. Aunque de haber sabido que tenía que renunciar a tanto, habría pedido una prima. Quizá todavía estaba a tiempo.

Acompañé a mi chica hasta su coche y ella volvió a besarme antes de irse. Muy turbio se tendría que poner el día para borrarme la sonrisa y el recuerdo de aquel beso.

Bajé a desayunar y apuré mis habituales tres huevos, dos lonchas de beicon y una porción de alubias que Elisa cocinaba como los ángeles. Me sentía generoso, así que se lo dije mientras terminaba de engullir la segunda tostada. Sería lo único que echaría de menos cuando regresara a mi apartamento.

Salimos para mi oficina hacia las nueve. Íbamos a empezar a exponer el caso y los avances que había tenido hasta el momento cuando a los curas se les antojó tomar café. Nunca digo que no a un café, a menos que la otra opción sea un whisky. Reconozco que dediqué casi un minuto a valorar la posibilidad de abrir el cajón donde guardo la botella y el revólver, pero decidí que quizá no sería tan buena idea.

El padre Tadeo no conocía el barrio, así que mi Sylvie se ofreció a acompañarle.

Sarasola y yo nos quedamos en silencio, como les ocurre a menudo a los hombres cuando se quedan solos, o al menos a los que pertenecen a mundos tan diferentes. A mí no me importaba. Lo vi deslizar entre sus dedos las cuentas de un rosario.

—Con permiso —se disculpó, aunque no hacía falta.

Giré mi silla hacia la ventana y me incliné hacia delante, separando con los dedos las lamas de la persiana para poder contemplar los tejados de la ciudad mientras hacía un repaso mental del estado del caso. Las piezas encajaban, pero faltaba algo. Siempre faltaba algo.

—¡Vuelva, detective Star!

La voz de Sarasola sonó con una fuerza que no le había oído nunca. Me giré sin entender. ¿Volver de dónde?

Y entonces lo vi.

Un hombre estrangulaba a una mujer contra el marco de la puerta. La mujer tenía el rostro enrojecido, los ojos cerrados. Sarasola estaba en el suelo, la frente abierta, empapado de sangre. Newman seguía en su sillón, inmóvil, ausente.

No hubo tiempo para pensar. No hubo tiempo para preguntar.

Abrí el cajón. El Colt estaba donde siempre.

84

> El nombre que llevas no es tu identidad. Tu identidad es la historia que eres capaz de contarte sobre el hombre que lleva ese nombre.
>
> BENEDICT NEWMAN, en *Los que paran*

Dos movimientos. El cajón abierto y con la punta de los dedos rozando la tapa del cofre que guarda mi Colt. Salté sobre mi maltrecha mesa, que crujió bajo mi peso amenazando con desmoronarse. No lo hizo, aunque su crujido se fundió con mi grito al Imperdonable.

—¡Suéltala!

Me posicioné para que pudiera verme mientras sujetaba el Colt con ambas manos. Se giró un poco, lo suficiente para comprobar que lo apuntaba con un arma. Pero cuando me vio, sonrió. Y apretó con más fuerza.

No tuve ni una duda. Disparé.

Sentí el retroceso del arma en todo el cuerpo mientras el cañón se desviaba hacia el techo. El estruendo me dejó sordo y mi pequeño cubículo se llenó con el olor picante de la pólvora. Mi viejo enemigo se desplomó arrastrando a la doctora Elizondo con él.

Me arrodillé junto a ella buscándole el pulso. El cuello hinchado, rojo y caliente, palpitó bajo mis dedos. Gracias a Dios. Le levanté los párpados. Casi a la vez, ella comenzó a toser mientras jadeaba y abrió los ojos.

—No hable, querida. Todo ha terminado.

Como por ensalmo, y aunque no debería extrañarme, oí las sirenas de la policía que llegaba. Tarde, como siempre.

Me volví a mirar a Sarasola, que a pesar de su maltrecho estado había conseguido ponerse en pie. Más por pundonor, supuse, que

por otra cosa.

Entonces noté un roce en mi mano. Mi viejo enemigo trataba de asirse a mí. Tenía los ojos muy abiertos, y, aunque habría jurado que para ese momento ya no podía haber nada, permanecía un rastro de vida en ellos. No por mucho tiempo. Un denso charco de sangre y algo blanco que no supe ni quise identificar se expandía lento pero inexorable alrededor de su cabeza.

Entonces dijo:

—Padre..., padre.

La voz le salió temblorosa y algo aguda, como la de alguien muchísimo más joven.

Miré a Sarasola, que no me quitaba ojo, y le hice una señal para que se acercara. El páter asintió, entendiendo que tenía trabajo. El desgraciado volvió a apretar mi mano y repitió:

—Padre..., perdóname. Perdóname.

Sarasola se había arrodillado a nuestro lado y lo vi santiguarse.

—Te equivocas de padre, yo no soy el cura —le dije mientras me sacudía su mano como si hubiera tocado una rata y le cedía mi lugar a Sarasola—. Inténtalo si quieres, pero no creo que haya absolución para el Imperdonable.

Me incorporé. Las sirenas sonaban cada vez más cerca. La doctora Elizondo tosía aún en el suelo, pero respiraba. Sarasola murmuraba algo en latín sobre el cuerpo del hombre que acababa de morir en mi despacho.

Guardé el Colt en el cajón, recogí mi cenicero del suelo y encendí un cigarrillo. Mis manos no temblaban. Nunca lo hacen.

85

El teléfono de Nash no había dejado de sonar; vibraba de nuevo en su bolsillo mientras ella permanecía sentada en el suelo y apoyada contra el marco de la puerta, el borde afilado hería su cráneo. Vio cómo el padre Sarasola ponía sus dedos ensangrentados sobre los ojos de Robert y los cerraba como si bajara un pesado telón.

Nash sacó el teléfono con manos temblorosas y se lo llevó al oído mientras sentía cómo el volumen de su garganta aumentaba por dentro, constriñendo sus cuerdas vocales.

—Nash, Dios mío, ¿estás bien? —La voz de Noah sonaba desesperada.

Ella murmuró un «sí» apenas audible.

—Robert es el hijo de John Biblia. No digas nada. La policía va hacia allí; he avisado a Barezzi.

—Está muerto —susurró Nash antes de volver a toser.

Cerró los ojos y sintió cómo sus brazos perdían toda la fuerza. Y aunque no llegó a soltar el teléfono, oyó el golpe contra el suelo.

Después, los gritos.

—¡Policía! ¡Abran! ¡Policía, vamos a entrar!

Lo siguiente que oyó fue cómo rompían el cristal de la puerta donde estaba escrito el nombre del detective Star. Aunque desde donde estaba no podía verlo, lo visualizó con claridad: los fragmentos de vidrio cayendo, el nombre desintegrándose.

De pronto, la pequeña oficina se llenó con un tropel de policías de asalto con uniformes oscuros y botas militares que entraron gritando «¡Policía!» mientras apuntaban con sus armas a todos los presentes.

Nash levantó la mano en la que todavía tenía el teléfono móvil y señaló el cuerpo inerte de Robert.

Un policía pasó sobre él pisando el charco que ahora orlaba por completo su cabeza. Avanzó por el despacho mientras dejaba huellas indelebles que eran tampones de sangre sobre el suelo de roble.

Nash miraba los rastros fascinada, casi arrobada por su belleza y por la infinita tristeza que le producía, como si no hubiera nada más en el mundo, hasta que alguien la llamó por su nombre mientras sentía los dedos largos y fríos de Barezzi aliviando el calor en su cuello.

Intentó girarse, pero el dolor que sintió en la nuca hablaba de una lesión cervical.

Barezzi se posicionó frente a ella para que pudiera verlo y le tomó la mano. Nash la percibía fría y fuerte, como una amarra a puerto.

—Ya viene la ambulancia. Vas a estar bien, Nash. Te vas a poner bien.

Nash quiso hablar, pero según pasaban los segundos su garganta se iba inflamando. Percibía la presión bajo su piel tan rápido como si le hubiera picado una avispa. Intentó llevar la mano hasta allí.

«Robert», dibujó con los labios.

—Lo sé —respondió el inspector—. Scott Sherrington me ha llamado desde Escocia.

Hizo una pausa mientras valoraba el estado de Nash.

—Estábamos llegando a la mansión Newman. Elisa oyó ruidos en la despensa; cuando abrió la puerta, encontró a Karim herido, apenas consciente. Por lo visto el secretario sorprendió a Robert trasladando el cadáver de Virginia, Robert lo atacó y lo dio por muerto. Creo que le interrumpiste cuando llegaste a casa. Tengo un equipo registrando la mansión buscando a la enfermera.

Nash susurró con el último hilo de voz que le quedaba:

—En el coche de Robert.

Sin soltarla de la mano, el inspector se sentó en el suelo, a su lado, y después tocó suavemente a Nash en el rostro. Nash cerró los ojos y se dejó caer hasta apoyar su cabeza en el hombro huesudo del policía. A lo lejos oyó las sirenas de las ambulancias acercándose.

86

Sentada en la cama del hospital, Nash miraba el techo, las paredes desnudas y los focos de luz blanca. Y aquel techo, aquella luz, la devolvieron sin permiso a la primera vez que había abierto los ojos en aquella habitación.

Había despertado varias veces durante las primeras horas, y otras tantas había vuelto a hundirse en el sopor espeso del calmante, sin saber muy bien qué era real y qué pertenecía a esa duermevela poblada de pesadillas. Pero hubo un momento en que abrió los ojos y supo que no estaba sola.

Sarasola se encontraba de pie junto a su cama. La mirada de Nash regresó desde el reflejo que la ventana le devolvía de ella misma para posarse en el sacerdote. En algún momento había sustituido la ropa ensangrentada por uno de sus impecables trajes y un alzacuellos impoluto. Excepto por el vendaje que le cubría parcialmente la cabeza, presentaba el aspecto de autoridad y control que era firma indiscutible de su carácter. La había tomado de la mano inclinando la cabeza sin decir nada; solo después de un rato Nash se dio cuenta de que estaba rezando.

Nash soltó la mano para llevársela a la garganta antes de hablar.

—Doctor, ¿cómo...? Usted me salvó al llamarle, al hacerle volver. ¿Cómo supo que reaccionaría?

—Nash, él era el único que podía ayudarla. Creo, de hecho, que esa personalidad fue creada para tal efecto: era el único funcional, el único capacitado para afrontar la violencia a ese nivel.

—Pero ¿cómo sabía que esa sería su reacción? —insistió ella.

—Porque desde el primer momento asumió una actitud protectora hacia usted, de algún modo paternal. La presentó como su clienta, se adjudicó su protección, aceptó su caso y cuidó de usted en todo

momento. Me gustaría poder decir que estaba absolutamente seguro de cómo reaccionaría; de hecho, eso será lo que mantendré en las convenciones de psiquiatría. —Sonrió beatífico—. Pero ante usted puedo admitir que fue una medida desesperada. No tuve tiempo de pensarlo demasiado; estaba aturdido por el golpe, la visión nublada, la conmoción por la pérdida de sangre. Sin duda Dios cuidó de nosotros.

—¿Cómo está? —logró susurrar mientras levantaba la mano para señalar el vendaje de su cabeza.

—No es tan grave como aparatoso; me curarán debidamente en casa. De hecho, vengo a despedirme, salimos para Pamplona inmediatamente, y tenemos que hablar de Newman.

Nash se tocó de nuevo la piel magullada como si con el gesto pudiera acompañar su voz.

—¿Está...?

—Es una manera de hablar, Nash. No, no está: ni Benedict, ni el detective Star, ni Kevin, ni la Santa. El sistema entero se originó en un niño muy pequeño, y me temo que ha tornado al punto de partida, a un lugar a salvo, antes de que el mal lo copase todo. —Hizo una pausa, como si midiera cuánto podía soportar ella en ese momento—. Habrá tiempo de hablar de todo esto con calma. Hoy solo necesito que sepa lo esencial, y que tome una decisión.

Nash cerró los ojos un instante y los apretó con una fuerza que tensó todo el rostro.

—Su padre habita un mutismo acinético, y tengo dudas de que vaya a ser temporal. Y esa es, además de comprobar cómo se encuentra usted, la razón de mi visita. Lo estamos preparando para viajar. Nash, necesito que autorice su traslado a una de nuestras clínicas en Navarra. Su abogado está de acuerdo en que en nuestro centro protegeremos mejor su privacidad que en este hospital. Créame, es lo mejor para él.

Entre la nebulosa del potente calmante, recordaba haber garabateado su firma.

—Piense, Nash, piense mucho. Y si tiene alguien de verdadera confianza, cuénteselo: quizá la inspectora Salazar, o alguna de esas tres mujeres que esperan en el pasillo. Hablar ayuda a entender.

Pero por lo menos no olvide contárselo a usted misma, ya sabe, para la intrahistoria.

—«Me llamo Íñigo Montoya» —dijo Nash mientras componía algo parecido a una sonrisa—. No esperaba esto de usted; habría jurado que me recomendaría pasar página, dejar de pensar, tratar de olvidarlo.

Sarasola tomó aire de modo audible y suspiró antes de hablar:

—Crear un sistema de personalidades es, de una manera primigenia, eso mismo: sirve para parapetarse tras un escudo, para no afrontar una realidad. En ocasiones, sobre todo cuando el trauma se produce en la infancia, es el único recurso que tiene la mente infantil. Pero cuando somos adultos debemos tomar conciencia de que crear una de esas personalidades es como invitar a vivir en tu casa a un inquilino que no paga la renta y que hará reformas sin pedir permiso, convirtiendo tu hogar en algo totalmente diferente: una pequeña cabaña oscura en mitad del bosque tenebroso, o un magnífico palacio veneciano. En ocasiones puede parecer tentador dejar a otro al mando, no pensar, no afrontar, pero se corre el riesgo de terminar siendo desahuciado de tu propia casa.

Nash asintió repetidamente y, mientras sentía cómo los ojos se le arrasaban en lágrimas, sin poder evitarlo, sus labios formaron un puchero casi infantil.

Antes de salir de la habitación, Sarasola volvió hacia la cama, como si hubiera olvidado algo. Le tomó la mano de nuevo y, por primera vez desde que se conocían, la tuteó.

—Te pondrás bien, Nash. Vamos a rezar mucho por ti.

Aquel recuerdo se deshizo despacio, como se deshacen las láminas de luz sobre el agua, y Nash volvió a la mañana, a la habitación de hospital vacía y al sonido lejano de las voces de las Mitxelena riéndose de algo en el pasillo. Pensó que era el mejor sonido del mundo.

87

La camiseta llevaba impresa la cara de un rapero que estaba muerto. Beth le había dicho que era Canserbero, Nash no tenía ni idea, pero la camiseta negra y grande no le recordaba a nada, que era exactamente lo que necesitaba. El chándal, una donación de Eva, que le sacaba diez centímetros y los tenía todos en las piernas, así que el dobladillo se le abolsaba sobre las deportivas, que también eran prestadas.

Después de pasar el médico y darle el alta, una auxiliar había entrado en la habitación y le había dicho que podía vestirse. Antes de salir, y sin pedir permiso, había encendido el televisor. Mientras buscaba el mando para apagarlo, Nash había abierto la puerta del estrecho ropero. Dentro, la ropa colgaba de la percha como un objeto extraño, y había decidido que no, no podía volver a ponérsela, habría sido como envolverse en la mortaja que el destino había elegido para cuando estuviese muerta. Decidió que todavía no, que quizá en otro momento, otro día, en otra versión de sí misma que aún no existía, pero no hoy.

Por suerte las Mitxelena eran expertas en mortajas y en vestir muertos, ya habían sido sus proveedoras de ropa durante los meses de confinamiento que pasó con ellas en Elbete y, como si hubieran adivinado cómo se sentiría con la ropa con la que había estado a punto de morir, le habían procurado una distinta. Fue Beth la que le tendió la bolsa.

—Toma —dijo—. Ropa de emergencia.

—¿Otro rapero? —preguntó mirando la cara del fulano.

—Otro no, Canserbero. «No se muere quien se va, solo se muere el que se olvida» —recitó la chica.

Nash se detuvo y bajó la mirada mientras pensaba en el significado de sus palabras.

—Lo siento, Nash —se disculpó pesarosa Beth—. Quizá no sea el verso más acertado para hoy.

Nash la miró.

—Tú siempre aciertas, Beth, hasta cuando crees que te has equivocado.

—Me haré tarjetas de visita con tu frase —dijo inclinándose hacia Nash y dándole un beso breve en la cabeza—. Y una camiseta, hasta puede que haga tazas... Me voy a forrar —dijo mientras salía.

Se sentó en el borde de la cama y su mirada a través de la ventana se posó en un hermoso sauce que por su tamaño debía de haber resistido durante decenios las remodelaciones urbanísticas en torno al hospital. Se sintió agradecida. Siempre le ocurría con los sauces, como si se hallase ante un templo que invitaba a entrar, a buscar alivio entre sus nervios de xilema. La reminiscencia de su mente celta, o druida, suponía.

Las Mitxelena esperaban fuera a que terminara de vestirse. Habían llegado la misma tarde del ataque. Nash no recordaba exactamente cómo, ni quién las había llamado, ni cuándo habían aparecido, pero en algún momento en que había abierto los ojos las había encontrado allí. Las tres, con ese modo suyo de ocupar el espacio sin estorbar que solo tienen las personas que han pasado mucho tiempo en los lugares más difíciles del mundo, junto al lecho de los que acaban de morir, junto al ataúd que guarda sus restos o en los bordes abisales de una sepultura. Habían negociado con las enfermeras. Habían traído sustento de fuera, porque la comida del hospital, le había explicado Beth con total seriedad, era un insulto a la dignidad humana. Y ahora habían venido a llevársela a casa.

Sobre la mesita, junto a la cama, los vasos de café solo que Nash había ido coleccionando casi como pruebas tangibles de cada visita seguían desprendiendo, aun fríos, su olor oscuro y penetrante. Susana se había ofrecido a tirarlos, pero el aroma lograba anclarla a la realidad y a la vez la transportaba a la presencia de aquella máquina de café que la había acompañado la noche en que murió su madre, convirtiéndose en eco uterino y lugar de descanso que, lejos

de deformarse en un recuerdo asociado a la muerte, seguía actuando en su mente como un áncora de cordura y vida. Como si el dolor tuviera un aroma universal y hubieran decidido combatirlo con ese.

Susana entró con un ramo abundante de margaritas de colores, preparado con cuidado, ni tan caro como para significar algo, ni tan simple como para ser solo flores. Lo dejó a los pies de la cama.

—Las ha traído el inspector —dijo—. Me las ha dado en el pasillo, justo antes de entrar. Como si lo hubiera pensado mejor, pero al irse me ha pedido que te las diera.

Nash miró el papel de seda, rasgado en el lugar donde había llevado prendida una tarjeta que a última hora Barezzi no se había decidido a entregar.

—Parece que le gustas bastante —añadió Susana observándola con esa atención sin prisa propia de ella—. ¿Le llamarás?

Nash cerró los ojos, cerró los labios y negó suavemente con la cabeza.

Susana no insistió. Era la clase de mujer que no necesita que le expliquen lo que ya ha entendido.

Entró Eva con su hermana, traían nuevos cafés. Repararon de inmediato en la lata sobre la mesilla.

—¿Y estas galletas?

—Las trajo Margot, la editora de Newman —dijo Nash.

Eva cogió una.

—Pues están muy buenas.

—Menos mal que traía galletas —dijo Nash—. No sabía qué decirme, supongo que todavía está decidiéndose entre el entusiasmo ante el gran éxito de ventas de los libros de Newman y asumir que se ha quedado sin autor. —Nash quedó en silencio pensando que estaba siendo cruel con ella de un modo gratuito y añadió—: Y sin amigo.

—Putada —comentó Eva—. Pero buenas galletas.

Nash sonrió y, de pronto, el nombre de Newman desde la pantalla del televisor le robó la paz recién conquistada.

Apretó los labios; todo el mundo hablaba de Newman. La prensa hablaba de Newman, cada una de sus visitas quería hablar de

Newman, y a ella le llegaba el rumor del éxito de sus libros como un oleaje lejano y ajeno, al mismo tiempo que la certeza, esa sí íntima y sorda, de que el hombre que le había escrito una carta cada 12 de febrero no iba a volver. Las dos cosas convivían sin tocarse, la euforia de fuera y la orfandad de dentro.

Las Mitxelena emprendieron una frenética e infructuosa búsqueda del mando del televisor. Ya sabía que no lo encontrarían, así que se puso en pie y las dejó allí buscando mientras se refugiaba en el baño.

Por la mañana temprano ya había dedicado un rato a mirarse al espejo. El camisón azul del hospital era áspero y estaba arrugado, y las cintas de la espalda que a duras penas lograba mantener atadas se le clavaban en la piel con esa insistencia callada y sin importancia de las molestias pequeñas. Estaba pálida. Los ojos habían adquirido un azul tan profundo y quieto que por momentos le recordaba a las profundidades abisales del océano que había visto en los de Robert. Se tocó el cabello y lo desplazó hacia delante dejándolo caer a ambos lados del cuello. Le gustaba así. Cubría las marcas. Ahora, vestida con la camiseta que llevaba impresa la cara de un rapero muerto, volvió a enfrentarse a su imagen. Sabía con la misma certeza con la que sabía cualquier otra cosa de su oficio que había que hacerlo. Que evitar el espejo tras un episodio de violencia no era pudor ni coquetería: era el primer paso hacia la disociación, el modo en que la mente empieza a construir una distancia entre lo ocurrido y quien lo vivió, entre el cuerpo dañado y el que no quiere reconocerlo. Lo había explicado muchas veces en aulas y en consultas y en informes periciales, con la frialdad clínica de quien describe un mecanismo ajeno. Ahora lo sabía también desde dentro, con esa diferencia brutal entre conocer una cosa y habitarla.

Así que se miró. Se miró con la misma atención metódica con que habría mirado a cualquier paciente recién salido del horror: el color de la piel, la calidad de la mirada, si los ojos respondían o se habían retirado a algún lugar más seguro. Los suyos respondieron. Estaban ahí, profundos y quietos, cargados de algo que no era exactamente miedo ni exactamente tristeza, sino la mezcla de ambas cosas cuando llevan varios días sedimentando. Los reconoció. Eso era lo

que importaba: que se reconociera. Que Nash Elizondo siguiera siendo Nash Elizondo al otro lado del cristal y no una figura borrosa a la que habría que ir a buscar.

Pensó en Benedict Newman. En todos sus discursos sobre la narrativa interna, sobre la necesidad de saberse, de nombrarse, de no vivir pegado a identidades adhesivas que tapan la herida en lugar de sanarla. Y se preguntó si él lo había hecho alguna vez. Si en algún momento de su vida extraordinariamente construida se había detenido frente a un espejo, solo, sin la pantalla, sin el traje, sin el perfume en la muñeca, y había mirado a los ojos al hombre que había al otro lado sin apartar la vista. Si había tenido el valor, o si justo porque sabía mejor que nadie lo que eso significaba había dedicado toda su inteligencia y toda su disciplina a no tener que hacerlo nunca. A construir en su lugar un sistema tan perfecto, tan habitable, tan brillantemente articulado que la huida pareciera arquitectura.

Pensó en Robert. Robert nunca había tenido el discurso. Nunca había tenido las palabras, ni el concepto ni a nadie que le explicara que mirarse era un acto de supervivencia y no de vanidad. Lo que Benedict Newman había logrado construir con décadas de trabajo y una inteligencia excepcional, Robert lo había heredado como ruina. El mismo punto de partida, ninguna de las herramientas. Y las consecuencias de no mirarse, para los dos, habían sido las mismas: tarde o temprano, el espejo te encuentra.

Era un acto pequeño. Clínico, casi banal. Y, sin embargo, le costó más de lo que esperaba.

Pero Nash era hija de la doctora Elizondo. Y, como había dicho el padre Sarasola con aquella sonrisa que no era del todo una sonrisa, era también una mujer de Baztán. Sabía lo que había que hacer.

Lo hizo.

Cuando salió del baño, las Mitxelena ya esperaban en la puerta. Nash se acercó una última vez a la ventana. El árbol seguía ahí, bailando con la brisa, sin deberle nada a nadie. Pensó en los decenios de remodelaciones que había resistido, en todo lo que habían levantado y derribado a su alrededor mientras él seguía

echando hojas, y le dedicó en silencio algo que se parecía a una despedida y también a una promesa.

Cogió la bolsa vacía.

Era hora de volver a casa.

88

Gibson detuvo el coche en el camino polvoriento sin preguntarle nada, estaba seguro de que en buena parte la razón de que su amistad hubiese durado cuarenta años tenía que ver con que hacía mucho tiempo que había renunciado a preguntar. Desde allí todavía se veía el tejado de Harmony Cottage, gris y hundido bajo el peso de los inviernos y del olvido, asomando tras el talud parcialmente derrumbado, como si el barro y la vegetación que había crecido sin control durante décadas hubieran decidido tolerarlo, pero solo apenas. Consultó el reloj, sobraba tiempo para llegar al aeropuerto y el escaso equipaje de Noah estaba en el maletero.

Gibson había dado por hecho que entraría en la casa, y de algún modo también había decidido que él no lo haría. Noah lo supo por el modo en que su amigo acomodó los brazos sobre el volante con la paciencia de quien se prepara para esperar. Gibson ladeó la cabeza para observar a su amigo testarudo bajar firme por la vereda pedregosa. Le sorprendió: Noah pasó de largo ante el camino que conducía a la puerta y tomó el sendero que descendía hacia la orilla, entre el brezo y la hierba alta y húmeda que le empapó los bajos del pantalón antes de que hubiera dado diez pasos.

El lago tenía esa quietud ambigua de las aguas que han guardado secretos desde hace mucho tiempo, una calma que no era paz, sino la superficie de algo que había aprendido a simular quietud. En algún lugar bajo esa agua fría e inmóvil, en el lodo que ninguna tempestad había removido del todo en aquellos años, pensó, quizá quedaba algún vestigio de los huesos de Lucy Cross.

La niña del lago. La primera. La única a la que John no había elegido, una víctima propiciatoria escogida por la pulsión, por el descontrol, con algo que en aquella mente enferma debía de

parecerse al amor, si eso podía llamarse así. Imaginó el cataclismo interior al matarla, al revelarse como un monstruo, al descubrir lo que habían sido capaces de hacerle a un niño, hasta qué punto lo habían convertido en lo que era, y el horror de ese descubrimiento lo empujó a intentar acabar con su propia vida. Fracasó.

Y en ese fracaso encontró una señal: no debía morir, tenía una misión. Viró su odio en la dirección acertada, hacia las verdaderas responsables, las sometió, las esclavizó bajo su tiranía y las mató una y otra vez identificándolas con cada una de sus víctimas. Les reveló lo que hacía, involucrándolas en su barbarie y obligándolas a cargar, como sambenitos que señalaban su pecado, los trofeos que arrancaba a sus víctimas en la muerte.

Por eso las víctimas de Robert no encajaban.

Lo supo desde el instante en que vio la imagen de aquella princesa escocesa: no era John Biblia. Cuando un depredador se ha especializado tanto no cambia de presa. Ese pensamiento había estado ahí desde el principio, incómodo y sin nombre, y fue necesario volver hasta aquí para ponerle palabras: Robert repetía la liturgia del padre, pero con su propia pulsión: el pelo rojo de la doctora Elizondo, el de Nash.

Noah se tocó el pecho. Treinta y siete años atrás se había embarcado hacia Bilbao siguiendo una corazonada en un viaje que creía sin vuelta, y treinta y siete años después había tenido que regresar, y ahora no podía dejar de torturarse con la certeza de que durante ese tiempo había sido consciente en todo momento de aquella grieta que había quedado abierta.

La joven esposa. Nunca había sabido dónde cuadraba. Recordaba las palabras de Gibson: para un hombre como John Biblia tomar una esposa era comprar problemas. La esposa que no encajaba, la joven chica del pueblo de al lado, de cabello corto, tímida y bobalicona, robusta y perezosa. La novia solitaria en sus fotos de boda. La recién casada que dormía en un camastro junto a la madre y las tías de John. ¿Por qué?

Era probable que John la hubiera conocido en las proximidades del Bay Tarbet Hotel donde su madre y sus tías habían trabajado media vida, y donde la chica a veces hacía horas los fines de semana.

Imaginó el terror de sus tías al verle rondarla, no porque les importara demasiado la vida de la pobre chica, sino porque eran conscientes de que estaba demasiado cerca y de que no habían transcurrido tantos años desde la desaparición de Lucy Cross como para que, si volvía a desaparecer otra mujer cerca del lago, no tuvieran a la policía más pronto que tarde en la puerta de la casa. Sabían que John no iba a renunciar; John era un cacique encaprichado.

Así que hicieron lo único que podían hacer: traerla a casa, convertirla en la novia formal, presentarla en sociedad, transformarla, convencerla de cortarse el pelo y cebarla como un cerdito. Y John perdió todo el interés en cuanto la transformación comenzó porque ya no era lo que él buscaba, porque ya no era el blanco que su mente enferma necesitaba. La pusieron a salvo para ponerse a salvo ellas, y no dejaron de vivir dentro de su propia jaula. Noah no podría confirmar esa teoría nunca del todo, pero era lo más parecido a la verdad que iba a encontrar.

Empezó a llover.

Primero unas gotas sueltas, casi tibias, golpeando la superficie del lago con una delicadeza que contradecía todo lo que Noah recordaba de la lluvia en este lugar. Después más. Una llovizna fina y continua que fue haciéndose más densa sin prisa, como si el cielo estuviera decidiendo. Noah no se movió.

Años atrás, cuando llegó a Bilbao siguiendo las huellas de John Biblia, tomando sin ningún criterio una medicación que era puro veneno y soñando que moría cada vez que se dormía, no podía soportar la lluvia, apenas podía tolerar el agua de la ducha en su rostro: le devolvía al instante en que murió con una fidelidad que ningún recuerdo habría alcanzado. Tenía que ducharse de espaldas al chorro, girando la cara, protegiéndose de algo que ya no estaba. Aquellos terrores habían desaparecido como por ensalmo cuando despertó con el corazón de Rafa latiendo en su pecho; roto de dolor y agradecimiento, le había hecho a Icíar, la madre de Rafa, la promesa más difícil de su vida.

Renacer es aceptar que has sido redimido con sangre nueva, con un nuevo corazón. Un corazón limpio que borró los malos sueños, el

peso de todo lo oscuro que Noah había arrastrado durante años, el miedo a morir sin haber amado, sin que todo el amor que tenía en el pecho tuviera un destino. Y entonces, una de aquellas corazonadas, uno de aquellos pálpitos tan inexplicables como cargados de certeza, se instaló de nuevo en su alma: cuando sintió el corazón de Rafa en su pecho por primera vez supo, sin poder explicarlo, que algo seguía sin terminar. No se lo había dicho a nadie, ni a Maite, ni a Lizarso ni a su cardiólogo.

Hasta que Natalia le visitó por segunda y última vez durante el año que permaneció ingresado y, entonces sí, porque Natalia era Natalia y porque con ella las cosas que no se decían a nadie encontraban el modo de salir. Le confesó que seguía teniendo el pálpito. Que no sabía cerrarlo.

Ella le escuchó sin interrumpirle. Después le dijo:

—Se llama efecto Zeigarnik. Las tareas inconclusas pesan más que las terminadas porque el cerebro no las archiva, Noah, se queda trabajando en ellas, esperando la oportunidad de cerrarlas. No es una obsesión, y no es una corazonada. Es arquitectura.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Pero lo que tú sientes no es solo eso. Es el eco exacto de lo que ocurrió: lo atrapaste, Noah, lo detuviste, lo esposaste, y en el momento en que creías que había terminado se te escurrió entre los dedos. No porque fallara tu trabajo, sino porque tu propio cuerpo te traicionó. Y ahora llevas ese instante grabado en algún lugar que la razón no alcanza, esa sensación de manos vacías, de final que no llegó a ser final. Es algo que ocurre a menudo en las personas que no pudieron ver al perseguido detenido, o muerto, o confirmado. La historia que no cierra deja una deuda. Y el cerebro no descansa hasta que la salda o la convierte en perpetua y corrosiva incertidumbre y aprende a vivir con esa tortura.

Los ojos de Noah se llenaron de lágrimas, y un grueso suspiro atravesó la mascarilla de oxígeno sobre su boca, llenando de vaho la mampara de cristal que había junto a su cama y que los separaba.

—Lo has atrapado, Noah. Lo has detenido. Da igual si nadie en el mundo se entera: Lizarso y yo sabemos lo que ocurrió allí, el altísimo precio que has pagado. Sacaste a un monstruo de escena, pero el

destino ha querido que en la representación final volviera a escapársete entre los dedos, que no pudieras ir a reconocer ese cadáver junto a Lizarso, terminar de una vez, cerrar el capítulo, verlo con tus propios ojos. Por eso sigues instalado en el pálpito, en la sensación de algo inconcluso, en la urgencia de lo que queda por hacer. Pero ya has terminado, Noah. Ciérralo. Vive. Pocas veces se tiene una segunda oportunidad, y tú has tenido dos. Recuerda lo que le prometiste a Maite y hazlo.

Recogió su bolso del respaldo de la silla.

—Me voy de Bilbao, Noah. Esta ciudad está destruida mucho más allá del lodo que puede baldearse con un cubo y las piedras que pueden palearse. Yo también quiero un nuevo corazón, quiero renacer. Ya he tenido mi porción de efecto Zeigarnik, y el mío tiene que ver con salir a tiempo de las casas que se derrumban. He cerrado la consulta y empaquetado mis cosas, me voy esta tarde. Pero no me voy de tu vida, amigo. Te escribiré cuando tenga un número en el que puedas localizarme.

Y así, entre la desolación por su partida, había intentado entenderlo, había intentado razonarlo. La había comprendido, y aun así había seguido sin poder cerrarlo durante cuarenta años. Siempre supo que Natalia Elizondo acertaba en el diagnóstico, pero ninguno de los dos tenía entonces toda la información.

Ahora Noah levantó el rostro hacia el cielo y dejó que la lluvia le mojara la cara por completo. El agua fría le recorrió las arrugas de la frente metiéndose en las comisuras de los ojos, corriendo por el cuello hacia el interior de la chaqueta. El mismo lago. La misma lluvia escocesa que, como la de su amado Bilbao, no pide permiso. Y, sin embargo, no era lo mismo, y eso era exactamente lo que había venido a comprobar: que podía estar aquí con la lluvia en la cara y que el cuerpo no recordara el instante en que murió, sino simplemente el frío del agua, lo que siente cualquier hombre bajo la lluvia de Escocia.

—Tres de tres, querida amiga —susurró mirando al lago, sabiendo que estuviera donde estuviera su mensaje le llegaría—. Quizá tenías razón y no se puede ir contra el destino, y de alguna manera estoy

condenado a atraparlo sin atraparlo, a que se me escurra entre los dedos una y otra vez.

No habría juicio. No habría condena. No llegaría la mirada frente a frente que Noah había imaginado muchas veces sin reconocerlo como lo que era: la necesidad de que el monstruo supiera que habías ganado. No había ganado de esa manera. Lo que había al otro lado del lago esta mañana era simplemente la ausencia del peso, la piedra en el suelo, los hombros descubriendo que podían aliviar la carga.

El motor del coche de Gibson se puso en marcha. No para irse. Para que Noah supiera que era hora.

Se quedó todavía un momento con la lluvia en la cara y el corazón de Rafa tranquilo en su pecho, ese corazón que iba a seguir latiendo en un mundo al que pronto llegaría su nieta. Sacó el móvil del bolsillo y leyó una vez más el mensaje de Maite en el que le decía que su hija estaba ya en el hospital y la bebé nacería en las próximas horas. Brindó mentalmente por aquella niña que todavía no sabía nada de lagos, ni de años, ni de lluvia escocesa, y solo debía saber que la amaban, que el mundo era grande, desconocido y suyo.

Bajó el rostro, se pasó la mano por la cara empapada y caminó de vuelta al coche.

89

La cocina del caserío Mitxelena era un corazón, pensó Nash, vivo, cálido, siempre en movimiento, como si la corriente del río Baztán atravesase la casa, invisible y constante. Susana y Eva se habían sentado en torno a la mesa. Del televisor que alguien se había dejado encendido brotaba una musiquita comercial y lejana. Beth puso una bandeja con patatas fritas sobre la mesa y se sentó mirando a sus comensales como si pasasen examen.

Nash observó los aromáticos trozos de carne en su plato.

—Esto lo reconozco. Es cordero al chilindrón, lo que comimos la otra noche, antes de...

—Sí —respondió Beth—, el otro día no lo disfrutamos, y no sé si fue porque estaba tensa, pero no me quedó tan bien como es habitual, así que lo he repetido. Cordero al chilindrón al estilo de Baztán, plato oficial de las profanaciones de tumbas.

—¡Joder! —rio su hermana.

Nash esbozó una leve sonrisa. Mientras miraba a Beth negando ante su franqueza salvaje, la sonrisa le subió a los ojos.

—Muy punki, Beth.

—Pero no demasiado. A ver, Nash, si lo piensas, no es la primera vez que profanas una tumba, sacaste a Andrea de la sima de Legarrea y después a la momia andarina que todavía me da escalofríos.

—Protesto —rebatió Eva—. No hay ninguna prueba de que anduviese sola por ahí.

Beth tomó una copa de vino y la alzó como si señalase con ella a su hermana y a un tribunal imaginario.

—Eva, si yo te comprendo —dijo Beth como si en efecto lo hiciera —. Si yo me dedicase a lo mismo que tú, no querría dar cabida a la

posibilidad de que los muertos se levanten, pero no podemos olvidar que tenemos antepasadas que fueron condenadas por el inquisidor De Lancre. En mis meninges cabe perfectamente la posibilidad de que los muertos caminen. En las adecuadas circunstancias —añadió puntualizando para acallar las protestas y las cejas alzadas de su madre y su hermana.

Eva rio a carcajadas antes de contestar.

—Beth, paleta, en las meninges no hay pensamiento.

—En las mías sí. Tengo anatomía de bruja, en mi cuerpo son conscientes hasta las uñas de mis pies.

Nash intervino sonriendo:

—No sé si me gusta el título de alimento oficial de las profanaciones de tumbas, pero está muy bueno. Y tienes razón, el otro día no lo disfruté, y está buenísimo.

—¿Te ha gustado en serio? —preguntó Beth mimosa.

—Desde hoy, uno de mis platos favoritos.

—¿Lo veis? Ingratas —dijo Beth mirando a las demás con fingido desdén.

La voz salía del televisor como un rumor de fondo al que nadie prestaba demasiada atención, hasta que una frase se abrió paso por encima de las demás: «... y en las últimas horas no se ha vuelto a tener noticia alguna sobre el estado de salud del aclamado escritor internacional Benedict Newman, cuya última novela continúa...».

Eva se levantó sin decir nada, apagó el televisor y puso música no muy alta. Algo suave, instrumental, que, sin serlo, a Nash le recordó a Coltrane y al detective Star. La cocina volvió a ser la cocina: los aromas a madera, a verde, a lino y a leña, el fuego de la cocina económica que habían encendido por costumbre más que por necesidad y que hacía rato que habían dejado de alimentar, porque el calor del incipiente verano entraba por la puerta entreabierta, junto con un retazo de sol que se derramaba sobre las baldosas. Amy dormitaba en el regazo de Nash, que le acariciaba el lomo con un movimiento lento, casi maquinal.

Las tres la observaban en silencio. Había bajado la mirada hacia la gata.

Fue Beth la que habló, con esa manera suya de ir directa al grano, sin rodeos ni cautelas.

—¿Crees que Benedict Newman sabía que Robert era su hijo?

Susana y Eva la miraron alarmadas.

Beth levantó las dos manos.

—¿Qué pasa? Todas nos hacemos esa pregunta.

—Beth..., hija —dijo Susana con un tono entre el reproche y el reconocimiento, mezcla de qué bruta eres y tienes razón.

Eva intervino buscando la mirada esquiva de Nash.

—Nash, no tienes que contestar si no quieres, aunque en algún momento tendrás que hacerlo, para nosotras o para ti, pero tendrás que hacerlo.

Ella levantó la cara, las miró y empezó a hablar.

—No lo sé —dijo despacio—. Y no saberlo es lo que más me cuesta. —Hizo una pausa, los dedos quietos sobre el lomo de Amy—. En todo el tiempo que estuve en aquella casa, en todas las sesiones, en todos los silencios que aprendí a leer como un idioma nuevo, el escritor no apareció ni una sola vez, amigas. No conocí a Newman. Al niño sí. Kevin, con su rabia de adolescente. La Santa. El Carcelero. Hasta la sombra del Imperdonable, contenida. Y Colt Star, sobre todo Colt Star. Pero Benedict Newman, no.

Eva sirvió un poco más de vino en la copa de Nash sin preguntar.

—Solo regresaba de madrugada —continuó Nash—. Para cocinar, como tú, Beth —dijo dedicando una sonrisa a la chica, que le guiñó un ojo—. Se levantaba en mitad de la noche, preparaba platos elaborados, disponía los ingredientes con el orden de quien sabe exactamente lo que hace, y después lo dejaba todo y regresaba a la cama. Era el único momento en que volvía. Solo, de noche, sin testigos. —Apretó los labios—. Y he pensado mucho en Robert observándolo desde las sombras. Guardando esos regresos para él, atesorándolos, viéndolo cocinar durante horas y volver luego solo a su cama. Limpiando después toda huella de que había estado allí.

Susana se había sentado frente a ella, con los codos sobre la mesa.

—Y por eso te preguntas si lo sabía —dijo en voz baja.

—Me pregunto si en algún momento, detrás de aquellos ojos azules y aquella educación impecable, Benedict reconoció algo en el hombre que contrató. Un rasgo. Una manera de sostener la mirada demasiado tiempo. O si simplemente vivió años con su hijo sirviéndole la mesa, bajándole el equipaje del coche, sin saberlo, mientras Robert contaba los días.

—Muy heavy —murmuró Beth.

—Sí —estuvo de acuerdo su hermana.

Nash tomó un trago de su copa.

—Y lo peor es que las dos posibilidades son igualmente monstruosas.

—Horrible, Nash —dijo Susana.

Nash continuó mientras asentía lentamente.

—Si lo supo, encontró el modo de convertir en servidumbre lo que le debía en filiación. Te doy trabajo, te doy un lugar en el mundo, y a cambio no existes. La crueldad que no necesita levantar la voz, la que no deja marcas, la que hasta puede parecer generosidad.

—La peor clase —sentenció Eva.

Nash acarició a Amy.

—Y si no lo supo, entonces Robert pasó casi dos años esperando una mirada que su padre era incapaz de darle porque ni siquiera sabía que la tenía.

—Dos niños con la misma historia de base —dijo Susana.

—Dos niños destrozados antes de serlo —asintió Nash—. Dos infancias truncadas. Newman creó personalidades enteras para contener al monstruo que habían fabricado dentro de él. Robert no tuvo esa suerte: se convirtió en él. El mismo punto de partida, ninguna de las herramientas. Y entre los dos, décadas de silencio, de espera.

Se quedó un momento mirando el fuego apagado, el rescoldo último que ya no daba calor.

Beth alargó la mano por encima de la mesa y robó un sorbo de la copa de Nash.

—Es una puta salvajada en cualquier caso —dijo—. Tanto si lo supo como si no. Y tú vas a tener que vivir con eso, Nash. Porque

creo que las dos personas que lo sabían se lo han llevado a la tumba, cada uno a su manera.

Y Nash se encontró pensando que, de algún modo, dicho así, con esa brutalidad sin filtro que era la forma que tenía Beth de querer a la gente, pesaba un poco menos.

Afuera, el retazo de sol se había desplazado por las baldosas hasta tocar las patas de la mesa. Amy se removió en el regazo de Nash, buscó una postura mejor y se durmió de nuevo. Nash siguió acariciándola. No dijeron nada más, volverían a hablarlo muchas veces, porque ellas eran así. Susana se levantó y fue hasta el equipo de sonido.

—¿Fiesta o siesta?

Nash dejó salir un grueso suspiro que quería ser alguna clase de resistencia, pero las chicas ya se habían puesto en pie. Eva estaba abriendo otra botella de vino, y desde el equipo de música atronó: *Hey, hey baby!, I wanna know if you'll be my girl.*

90

Por culpa de las novelas de la Redondo, la mayoría de la gente creía que siempre llovía en Baztán, pero lo cierto es que en verano había días muy calurosos, y este pasaría a la historia como uno de los más cálidos. El bosque atlántico concentraba toda su humedad en nubes rosadas que se posaban sobre las copas de los hayedos, la temperatura subía con ínfulas tropicales, se despejaban los cielos con los vientos que llegaban desde el Cantábrico, y en ocasiones se producían cuatro o cinco días seguidos de más de treinta y cinco grados con un nivel de humedad tan alto que el verde refulgía como una esmeralda; las potokas pastaban solitarias y calmosas, y las ovejas, liberadas de su lana, correteaban como no lo harían el resto del año. El río Baztán descendía tranquilo bajo Txokoto, y en estos días era posible ver a los niños de Elizondo bañándose en la presa cerca de los patos, y a los turistas haciendo fotos desde el puente. En días como este, Baztán no parecía Baztán.

Nash atravesó la cancela del cementerio de Elbete asegurándose de cerrar la reja a su espalda. Por el camino se había inclinado varias veces junto a la senda para recoger las diminutas florecillas con las que compuso un ramo: zapatitos del Niño Jesús, azules y minúsculos, y pasmo belarra, con su color coral y el recuerdo de su amargor infusionado para siempre con las anginas de la infancia y con las manos de su madre, que administraba el remedio con la misma indiferencia clínica con que habría recetado cualquier otra cosa.

Caminó hasta el mausoleo de mármol donde estaba enterrada Andrea. Dividió el ramito en dos y dejó unas pocas flores sobre la losa, componiendo una breve sonrisa al ver la coronita de rosas de pitiminí que alguien había dejado.

Avanzó sobre la tierra abierta e irregular, tejida por los topos como cordones en relieve, hasta llegar a la tumba de su familia. Leyó los nombres de sus muertos. Y reparó entonces en que abajo a la derecha, casi invisible por efecto del brillo del sol, el marmolista había tallado una pequeña cruz. Nash se agachó para tocar la textura de la talla con la yema de los dedos.

La había añadido sin que ella se lo pidiera, siguiendo una costumbre baztanesa tan antigua que ya nadie recordaba exactamente cuándo había empezado: una cruz anónima por los niños que morían sin bautizar, por los niños que morían sin nombre, por los que se iban antes de que el mundo supiera que habían estado. Nash se preguntó por qué lo habría hecho. Quizá por costumbre, de la misma manera en que se hacen las cosas que se llevan haciendo tanto tiempo que ya no necesitan razón. O quizá en honor al recuerdo de aquella mujer que, llorando ante la tumba, le había contado que tenía que enterrar a una criatura. Al principio Nash no había entendido; incluso le había parecido cruel que, pocas horas después de parirla, aún con la pulsera del hospital ceñida en su muñeca, hubiera sido capaz de decirle a aquel hombre que tenía que enterrar un aborto. Ahora lo entendía. Eso era exactamente lo que habían enterrado. Su corazón abortado.

Entornó los ojos, molesta: el mármol nuevo brillaba demasiado bajo el sol, blanco, pulido y reciente, con esa honestidad un poco brutal de las cosas que no han tenido tiempo de adquirir pátina. Volvió a pasar los dedos por la cruz.

Entonces oyó el crujido de los neumáticos sobre la grava suelta del camino. Después, las puertas de un coche. Nash no se volvió; ya sabía quién era. Se irguió solo cuando oyó el gemido de la cancela. Vio a Maite, que se había detenido en la entrada y la saludaba con una leve inclinación de cabeza mientras Noah avanzaba hacia el interior del camposanto. Nash notó la mirada fugaz de Noah hacia la tumba de Andrea, un instante antes de que llegara a su lado. No llevaba mascarilla y, cuando estuvo a su altura, antes incluso de mirar la sepultura, abrió los brazos. Nash, sin pensarlo, se fundió en ellos.

Noah era alto y fuerte; su abrazo fue firme y cálido, y Nash hundió la nariz en su americana mientras aspiraba el aroma e intentaba contener la emoción.

—Qué bien hueles —dijo arrobada.

Él se separó un poco, pero evitando hacerlo del todo, y le tomó la mano.

—A pura vida —exclamó mirando alrededor—. Quizá este no sea el lugar más indicado para dar esta clase de noticia, pero esta madrugada ha nacido mi nieta. Venimos directamente del hospital. Huele a galletas de mantequilla. Es mi cuarta nieta, Nash, y nunca deja de sorprenderme lo bien que huelen.

—Felicidades, Noah. Sin duda no puede haber un lugar más indicado para dar esa clase de noticia. A mi madre le habría gustado saberlo.

Él miró la tumba sin soltarle la mano, y Nash supo que, del mismo modo que ella, estaba leyendo los nombres. Permaneció un momento en silencio y después se giró de nuevo hacia ella.

—¿Cómo estás, Nash? —No era una cortesía.

Ella lo miró a los ojos.

—Estoy bien —dijo soltándose de su mano.

—¿Estás segura?

—Sí, Noah. Estoy segura. —Se dio cuenta de que no parecía convencido. Se volvió para mirar por encima del muro hacia los montes—. Es este lugar, ¿sabes? El padre Sarasola me dijo que yo pertenecía a este sitio, que Baztán me había elegido y que de modo inevitable volvería. En aquel momento me pareció una perogrullada, pero resulta que es verdad. Supongo que ahora vivo aquí.

—¿En casa de tus amigas? Creía que tenías tu casa en Donosti.

—Sí, yo también lo creía. He vuelto un par de veces a ese piso, y ahora casi no puedo entender cómo podía vivir allí. No es una casa, Noah. Es Islandia. Blanca, preciosa y llena de luz, con una aspiración de vacío que resulta sobrecogedora. Pero ya no es mi casa. De momento vivo con las Mitxelena, aunque lo cierto es que me estoy planteando reconstruir el caserío de mi familia.

Noah alzó las cejas.

—¿El que se quemó?

—Sí. Mi madre me dejó el solar y los terrenos en su testamento, la casa de Donosti, y otra en Zarautz. —Sonrió señalando la tumba—. Y también soy la orgullosa propietaria de un panteón familiar y un sitio para que escriban ahí mi nombre. Además, soy la administradora de todas las propiedades de Newman, así que será por casas. Y, sin embargo, solo aquí siento que está mi lugar.

Estuvieron callados un rato. El sol de verano caía vertical, y el mármol arrancaba destellos que hacían daño a los ojos. Noah comenzó a reírse, y ella se volvió a mirarle. Él señaló la losa.

—¿Es esta la tumba que abriste? —dijo meneando incrédulo la cabeza mientras miraba alrededor, como constatando que era un cementerio.

—Sí, bueno. Hace unos días tenía otro aspecto, digamos más accesible.

Noah redobló sus carcajadas.

—¿En serio?

Ella también sonrió.

—Fue en plena noche y tuve algo de ayuda —dijo tomando conciencia de pronto y cubriéndose el rostro con ambas manos mientras los dos reían a carcajadas—. Aún no puedo creer que lo hiciera.

—¿Que lo hicieras tú, o que lo hiciera ella?

Nash se quedó en silencio. Y lo que Noah dijo a continuación se le clavó en el pecho.

—Sois muy parecidas.

—¿Tú lo crees?

—Digna hija de tu madre. Ella tuvo los redaños de tomar una decisión tremenda en un momento muy difícil, y tú la replicaste de modo casi idéntico cuando te tocó a ti.

Nash pareció pensarlo.

—¿Crees que de alguna manera también seré digna hija de mi padre?

Noah inclinó la cabeza hacia un lado mientras la miraba.

—Leí su ensayo. *Los que paran*. Quizá la lección más importante que se puede extraer tanto de lo que escribió como del modo en que vivió es que uno no puede elegir quién es, pero sí quién quiere ser y

cómo quiere vivir. Y cuando ese convencimiento es total, no para contárselo a los demás, no para que nadie lo sepa, independientemente de lo que todos opinen, puedes ser quien quieras. Y a menudo la persona más importante que puedes elegir ser eres tú mismo.

Nash cerró los ojos y suspiró con fuerza.

Noah asintió despacio y no añadió nada más sobre el asunto. Conocía la relación que había habido entre ellos y no era hombre que se recreara en el dolor ajeno. Solo después de un silencio, cuando vio la forma en que a Nash se le había quedado la mirada fija en la tierra, preguntó:

—¿Y respecto a Robert?

—Bueno..., pensé que me afectaría más, pero en el fondo no tiene tanta importancia.

Noah la miró analítico.

—¿Llegaste a sentir algo por él?

—Sí, supongo que de algún modo. Pero no tienes que preocuparte, Noah, vivo con tres psicólogas punks. Me hacen terapia a diario.

—¿Punk?

—Sí. Punk, *destroyer* y anarquistas, como una letra de Sex Pistols.

—No será tanto. —Rio.

—Lo son y funciona. Ayudan a relativizar. El drama no les va más de cinco minutos; después ponen música y abren vino. Así que he tenido que admitir que en realidad no fueron más que un par de besos, y sin duda he pasado por rupturas más duras.

—Bueno..., nunca me habría atrevido a decirlo así, pero ya que te va la terapia punk: intentó matarte.

Nash tomó aire y sopló vaciando los pulmones.

—Eso es verdad —admitió—. Pero tampoco es la primera vez que alguien lo intenta: mientras sacaba la momia de la sima de Legarrea me dispararon en plena noche. Y mi anterior novio me despidió por no dejarle apropiarse del hallazgo y, antes de eso, estuvo años firmando mis artículos científicos con su nombre.

Noah asintió repetidamente con una cadencia rítmica mientras los labios se apretaban en un rictus de concesión.

—Vaya... Tengo que reconocer que la terapia punk funciona. Pero que esas amigas tuyas no se la apropien: la doctora Natalia Elizondo ya aplicaba esa terapia mucho antes de que todas vosotras nacierais. Ella fue la que me habló del peso de los muertos.

—¿El peso de los muertos?

—Va en la línea de lo que has dicho antes, lo de tener un lugar reservado junto a los tuyos. Me dijo que hay personas que de pronto se ven atrapadas por la atracción que ejerce el peso de los muertos: cuando tienes a más de ese lado que de este —dijo señalando los nombres en la lápida—, o cuando has muerto y has regresado y crees que no hay nada al otro lado, solo el frío oscuro, la piedra helada y las telarañas.

Nash cerró los ojos mientras volvía a ver en su mente el interior oscuro de la tumba y el ataúd de su madre.

—Siempre la he oído en mi cabeza, ¿sabes? Con su terapia punk, la oía siempre en momentos críticos, soltando su perla. Estuve sin escucharla unos días, justo cuando Newman me hizo llamar. De pronto, un día regresó, pero ahora ha vuelto al silencio. No me habla.

—Tu madre estuvo mucho tiempo callada, pero el día en que tuvo algo que decirme, encontró el modo de hacerlo, aunque estuviera sufriendo un ataque devastador. Volverá a hablarte cuando tenga algo que decirte, te lo prometo.

—Ella nunca dejó de confiar en ti, Noah.

—¿Y tú?

Nash se volvió a mirarlo, sorprendida.

Noah metió las manos en los bolsillos y miró un momento hacia el muro antes de decir:

—He hablado con Barezzi. Me llamó para hablarme del caso, y para pedirme disculpas: el inspector llegó a pensar que el asesino podía ser yo. Un bombero incendiario, dijo: uno de esos policías que se obsesionan tanto con un caso que terminan cambiándose de bando, convirtiéndose en lo que persiguen.

Nash lo miró.

—Como psiquiatra te digo que es raro, pero no imposible. Se han dado casos. No te lo tomes a pecho.

Noah sonrió.

—No, si no me ofende, y menos viniendo del Lobo. —Hizo una pausa—. Pero ¿y tú? ¿Llegaste a pensar que podía ser yo?

Nash le sostuvo la mirada.

—En ningún momento, Noah. No te voy a decir que no me molestara darme cuenta de que me estabas ocultando partes de la investigación, pero nunca creí que fueras tú cuando me lo planteó.

—Bueno, no se lo reprocho. Todos tenemos tendencia a pensar mal. —Se encogió de hombros—. Conocí a su padre cuando estaba en activo, un perro de los malos. Pero Barezzi es un buen policía. Esta mañana ha vuelto a llamarme, hay algunas novedades sobre Robert. El apellido Hetfield lo tomó de la familia que primero le acogió y después lo adoptó cuando tenía catorce años. Quedó solo después de que un incendio arrasara la casa en la que vivía con su madre, obesa y encamada durante años, su abuela y sus dos tías abuelas. Todas murieron. Se abrió una investigación, pero no se pudo concluir la participación del chaval. Así llegó al sistema. Las buenas personas que lo adoptaron se dieron cuenta enseguida de que algo no iba bien, le buscaron ayuda. El psicólogo que lo trató dejó constancia de que probablemente había sufrido abusos toda su infancia, pero no pudo ser concluyente: el chico se negaba a hablar. Nash, creo que le hicieron lo mismo que a...

Nash había permanecido con la mirada en el suelo, escuchándole. Levantó una mano, como si ya no pudiera más.

—Lo sé, Noah. Lo sé. —Tomó aire—. Barezzi vino a verme al hospital, y me llama así, cada día, con las novedades.

—Lo siento —dijo Noah sinceramente.

Nash meneó la cabeza como si quisiera deshacerse de un pensamiento obcecado. Y siguió hablando, aunque Noah supo que lo hacía para no tener que volver sobre aquella parte.

—Hoy me ha dicho que la policía irlandesa tiene la declaración de un operario de un aeródromo cercano a Derry que aceptó cinco mil euros por un repostaje de madrugada que no aparecía en los registros. Y que Annie Doyle sigue sin aparecer.

Noah asintió despacio y no añadió nada, estaba claro que haría falta algo más de terapia punk. Pero lo que dijo a continuación lo

sorprendió:

—He vuelto a leer las cartas, Noah —dijo Nash bajando la vista hacia los nombres en la losa—. Muchas veces. Y he vuelto a ver la grabación del microfilm un montón de veces también. Cuando estaba en el hospital pensé que no podría hacerlo. Pero lo he hecho.

Noah no la interrumpió. Esperó.

—Las cartas las había leído ya antes. Cuando falleció mi madre las encontré en su casa, aunque por los pelos: le pidió a su vecina que las quemara —dijo sonriendo—. Había un montón para mí, una por cada día de mi cumpleaños; había otro montón para ella, las había leído, aunque está claro que nunca las contestó; hablaban de mujeres del pasado, sombras que no habían significado nada, fantasmas. Yo llegué a la conclusión de que mi padre había sido un mujeriego, creí que esa había sido la causa del fin de la relación entre mis padres.

Hizo una pausa.

—Ahora todo cuadra. De una manera muy cruel.

Noah inclinó la cabeza.

—No eran amantes —dijo Nash en voz baja—. Eran víctimas.

Estuvieron callados un instante.

—Y hay algo más en el microfilm —siguió Nash—. Algo que mi madre estableció con una claridad que todavía me deja sin aire. Newman no llegó a ella por casualidad. La siguió desde Bilbao. Sabía que ella lo había estudiado, que había trabajado contigo, que había entendido lo que le había pasado. Necesitaba conocer a la única mujer que había sido capaz de leerlo por dentro. Fue a buscarla.

Noah respiró hondo. Asintió despacio antes de hablar:

—Tu madre hizo en días lo que la policía no hizo en quince años. Los investigadores fueron incapaces de entender cómo distinguía John Biblia a las mujeres que tenían la menstruación, ni mucho menos por qué las mataba precisamente entonces. Solo con la tercera víctima empezaron a sospechar que esa coincidencia tenía algún significado. Imagínate, ni siquiera había mujeres en la policía. Cuando años después yo retomé el caso, sabía que la menstruación era un disparador para él, pero no entendía por qué. Estaba tan perdido como los primeros investigadores. Fue tu madre, Nash. Fue

Natalia la que estableció cómo y de dónde provenía el dolor, qué le habían hecho en aquella casa, qué habían hecho aquellas mujeres a un niño. Validación criminal. Me ayudó a entrar en su mente, a entender su pulsión para poder adelantarnos un paso a él.

Hizo una pausa breve, como si midiera lo que venía.

—Una cosa es cierta, Nash: creo que nadie llegó a conocer a ese hombre como Natalia, ni lo que había sido capaz de hacer, ni lo que era completamente imposible que él hubiera hecho. Creo que eso era exactamente lo que trataba de decirme cuando me llamó el día que sufrió el ictus. Que lo que había dentro de aquel fardo, por más que se pareciese, no era obra de él.

Nash sintió que algo se le aflojaba debajo del esternón, en el mismo lugar donde días atrás, en el hospital, algo se había abierto sin nombre.

—Fascinación —dijo en voz baja, casi como si necesitara oír la palabra fuera para reconocer que había estado dentro—. Llegó a ella por fascinación, ¿verdad?

Noah la observó un momento antes de responder.

—Sí.

Nash se fijó en el muro. Las potokas pastaban a lo lejos, distantes y perezosas.

—No fue amor. No al principio. Fue otra cosa. Era la fascinación que ejerce sobre alguien quien ha visto en él algo que ni él mismo sabía nombrar. Una pulsión cognitiva, no afectiva. —Hizo una pausa —. Después se convirtió en amor, lo sé, lo cuenta ella misma. Pero el origen no fue amor. Fue reconocimiento.

Noah asintió con esa calma suya.

—Y eso es lo más perturbador —continuó Nash—. Y a la vez lo más bello. Y por eso es tan real. Mi madre se enamoró de un hombre que vino a ella porque había sido entendido. Y él se quedó porque ella siguió entendiéndolo cuando creyó saber lo que había hecho. Él se lo decía en sus cartas: «Que tú pudieras verme como soy de verdad era parte de mi acto de contrición».

Estuvieron callados un momento.

Y entonces Nash sintió que el frío se le instalaba en otro lugar. Porque la palabra *fascinación* no se quedó solo en su madre y en

Newman. Bajó por dentro hasta encontrar a Robert.

Noah pareció leerlo en su cara, porque preguntó:

—¿Qué?

—Robert también vino a mí por fascinación —dijo Nash, y la voz le salió más baja todavía—. Pero al revés. En una versión grotesca y depredadora. No me buscaba a mí.

Noah no dijo nada, pero Nash vio que apretaba la mandíbula.

—La misma palabra ata las dos generaciones, Noah. Newman vino a mi madre porque ella lo había entendido. Robert vino a mí porque su padre me había amado, porque había amado a mi madre. Una fascinación se convirtió en amor, la otra se convirtió en odio. Pero las dos empezaron en el mismo sitio: en alguien queriendo ser visto. En un niño abandonado a su suerte.

Noah se quedó muy quieto. Después sacó una mano del bolsillo y la apoyó suavemente sobre el hombro de Nash. No dijo nada durante un rato.

—¿Qué sentiste al leer las cartas de Newman, las que te escribió a ti?

—Todavía no lo sé. Eran las cartas de un desconocido que me deseaba feliz cumpleaños y que me fueran bien los estudios. Quizá esperaba otra cosa. O quizá habría sido distinto si las hubiera leído cuando era niña. Cuando las encontré fue como encontrar escondidos los regalos de Navidad de tu infancia: hace ilusión saber que estuvieron ahí, pero no compensan todas las Navidades sin juguetes.

Cuando Noah habló, su voz sonó animada de nuevo.

—Me has hablado de este lugar, de tu madre, de Newman y de tus sesiones de psicoterapia punk, pero no me has dicho cómo te sientes al haber perdido al detective Star. Tú misma has dicho que no llegaste a conocer al padre que te escribía, pero sí conociste al detective, me consta que teníais una relación especial.

Nash no contestó.

—La prensa habla de Newman. La policía habla de Newman. Todo el mundo habla de Newman. Pero Sarasola, tú y yo sabemos que Newman nunca existió más que como una personalidad funcional. El

que estuvo, el que te acompañó, te guio y te protegió, el que te salvó la vida, fue él. ¿Cómo te sientes con eso?

Nash estuvo un momento más en silencio. Miró el mármol que brillaba demasiado, decidió que no le gustaba.

—Era más real que ninguno de los demás —dijo al fin, con una voz que había bajado un poco—. Eso es lo que más me cuesta entender. El más inventado de todos era el más real. El único que estuvo allí de verdad.

Noah asintió.

—Los mejores personajes siempre se escapan de las páginas.

Nash pensó en el despacho con el nombre en el cristal. En el sombrero golpeando el muslo. En su voz diciendo: «No hable, querida. Todo ha terminado». Pensó que había perdido a alguien a quien no sabía muy bien cómo llamar porque no había nombre para lo que era: no era su padre, no era un paciente, no era un personaje. Era algo más raro y más difícil de nombrar, y probablemente más suyo que ninguno de los otros.

No dijo nada de eso. Pero Noah, que llevaba toda la vida aprendiendo a escuchar los silencios de la gente, lo oyó igual.

Maite alzó una mano desde la verja y sonrió serena.

Nash miró de frente a Noah.

—Debéis iros. Aún tenéis horas de carretera, y una nieta nueva os está esperando. Te acompaño a la salida; quiero saludar a Maite y darle la enhorabuena.

Esta vez fue Nash la que abrió los brazos. Noah la besó suavemente en la cabeza, miró por última vez la tumba de su amiga y después se volvió hacia Nash.

—No va a contestarte, porque no está aquí. Ve a la vida, Nash, y te hablará.

Caminaron juntos hacia la verja.

Maite la recibió con las dos manos tendidas.

—Noah no debería abrazar a nadie por el covid, ni irse a Escocia sin contármelo, ni hacer el loco en plena pandemia, pero no hago carrera con él, así que supongo que da igual —dijo estrechándole las manos.

—Enhorabuena, Maite. Acabo de enterarme de lo de vuestra nieta.

—La cuarta —sonrió Maite—. Una no se cansa nunca de esto, te lo aseguro.

—Tenéis cara de no haber dormido.

—Ni una hora. Y mírale —dijo señalando a Noah con la barbilla—, está más feliz que un crío.

Charlaron un momento, de la niña, del calor de aquel verano que no parecía Baztán, del largo camino que les esperaba de vuelta. Fue entonces cuando oyeron el crujido de otros neumáticos sobre la grava. Un coche se detuvo en paralelo al de Noah, en el camino. Nash reconoció el de Amaia Salazar, que, al ver a sus acompañantes, permaneció dentro, discreta, hasta que Nash le hizo una señal para que bajara.

—Amaia, ven —dijo—. Te presento a unos amigos. Noah y Maite.

Hubo saludos breves, manos estrechadas, las fórmulas cálidas y rápidas de quienes se conocen por un instante en mitad de un sendero. Después Maite y Noah subieron al coche. Noah se volvió hacia Nash un instante antes de cerrar la puerta, la saludó con una inclinación breve y esa sonrisa amplia tan suya. Nash levantó la mano para despedirlos y los vio recorrer lentamente el camino hacia la carretera general.

Amaia se había quedado apoyada contra su coche con los brazos cruzados, pero no miraba a Nash. Miraba al vehículo que se alejaba con una expresión concentrada, como quien intenta ubicar algo que no termina de encajar.

—Ese hombre, Noah —dijo sin apartar los ojos del camino—. Tiene un acento. ¿Es inglés?, ¿escocés? ¿Es amigo tuyo?

—Supongo que sí, ahora es amigo mío —dijo Nash sonriendo—. Era amigo de mi madre. Y sí, es escocés. Se llama Noah, y es uno de los mejores detectives del mundo.

Amaia se volvió a mirarla.

—Noah Scott Sherrington —dijo mirando a Nash asombrada—. ¿Es él de verdad?

Nash asintió divertida.

—¿Lo conoces?

—¡Noah Scott Sherrington! —exclamó Amaia Salazar sonriendo—. ¡No me jodas!

Epílogo

La mañana había sido de esas que se quedan pegadas a la piel y a la memoria, como los días tropicales del estío en Baztán, como las cruces sin nombre grabadas en la piedra. Nash volvió al caserío cuando las Mitxelena ya se habían rendido a la siesta y la casa respiraba ese silencio denso y particular de las tardes de verano. Intentó leer, pero terminó quedándose dormida en el sofá y despertó repuesta y agradecida por no tener pesadillas. Aunque las marcas del cuello comenzaban a difuminarse, aún se estaba recuperando de otras heridas, esas de las que les había hablado solo a sus amigas. Dos veces, mientras aún estaba en el hospital, se había despertado sintiendo las manos de Robert en torno a su cuello, y ni siquiera al abrir los ojos pudo borrar la sensación, que perduró unos minutos. Pero desde que había regresado a casa de las Mitxelena no había vuelto a tener pesadillas. Hacía tiempo que había descubierto que la mejor fórmula para exorcizar los malos sueños era bajar a la cocina a contarlos.

La peor pesadilla de Nash la sufría despierta. La rancia dama de los reproches presentándose en los espejos, en los reflejos de los cristales y en el brillo de sus ojos cuando se despistaba y se encontraba con ellos, con su vieja y retórica pregunta: «¿Cómo pudiste ser tan tonta?». Una noche se lo contó a las Mitxelena. Susana disertó durante una hora sobre el daño que nos hace ser tan crueles con nosotras mismas. Eva la abrazó. Y Beth le dijo: «¿En serio, Nash? Me descojono», y lo dijo de aquel modo que denotaba que no lo hacía en absoluto.

Se sentó en la cocina con la puerta abierta a Elbete y dedicó preciosos minutos a observar a la gata Amy dormitando al sol y a

remover un café que no llegó a beberse. Las Mitxelena no parecían ellas en días como ese, como si no estuvieran hechas para tantas horas de luz: se desplazaban por la casa silenciosas, densas y lentas como niebla, sin apetito ni mucha conversación, luego dormirían hasta que estuviera a punto de ponerse el sol, y solo entonces volverían a ser ellas. Nash estaba deseando que llegara ese momento. Pensó que quizá Noah estaba en lo cierto: la vida estaba fuera. Solo había que saber cuándo salir a buscarla. Se preguntó cuándo estaría lista de nuevo.

En este tiempo Barezzi había llamado muchas veces y no todas para hablar del caso. En la última ocasión le pidió a Susana que contestara por ella. «Dile que estoy fuera y que no suelo llevarme el móvil», le dijo. No era del todo mentira, y tampoco era del todo la razón. Sabía que Barezzi ocupaba un lugar en su vida, pero no había decidido cuál. Las últimas semanas la habían precipitado dentro de una obra en la que nadie le había preguntado si quería actuar. Había aprendido que ciertas preguntas terminaban contestándose solas si se les daba el tiempo suficiente.

Cuando el teléfono sonó y vio que era Owen Mitchell, cerró los ojos un instante antes de descolgar. A él tenía que cogerle el teléfono.

—Nash —dijo Mitchell—. Hay algunas novedades. No quiero molestarte, pero es mi trabajo.

—Claro, Owen. Cuéntame.

—Karim ha solicitado su libertad bajo fianza. El juez se la ha denegado. Creo que pronto tendremos fecha para la primera vista del caso. Te lo comunicaré con tiempo, pero tendrás que venir.

Nash no contestó, pero suspiró profundamente.

Mitchell continuó:

—Ya sé que no quieres saber nada sobre esto, pero Margot me ha dicho que ha estado llamándote y que no le coges el teléfono.

—No sé cómo decirte que no...

—Sí, ya lo sé. Te da igual. Pero creo que esto deberías saberlo. Acaban de vender los derechos cinematográficos de *Todas las noches, todas las ciudades*. La novela sigue yendo como un tiro en

todo el mundo. Y ha sido desbancada en el número uno por el ensayo de Newman, *Los que paran*.

Nash no contestó, dejó salir el aire hastiada, el abogado parecía el eco de los programas de televisión.

—Estoy seguro de que a Newman le habría gustado saberlo. —Mitchell hizo una pausa—. También hay que decidir qué hacer con la mansión. Elisa continúa allí con el resto de los empleados de mantenimiento. ¿Quieres cerrarla?, ¿quieres venderla? Ya sé que no te va a hacer gracia, pero Margot ha hablado de que no sería tan mala idea abrirla al público.

Nash resopló.

—Eso no va a pasar, Owen. Dile a Margot que no.

Se subió al coche y condujo apenas veinte minutos hasta el parking del hospital Virgen de las Nieves. El calor del asfalto distorsionaba el aire en ondas temblorosas.

El padre Sarasola la esperaba en el vestíbulo. El hospital no parecía un psiquiátrico. Era una construcción de piedra y cristal y rejas enclavada en el valle, rodeada de bosque. Cuando la vio llegar, se puso en pie.

—Nash. Gracias por venir.

La condujo hasta una sala de visitas que daba al jardín. Era una sala pensada para contener el dolor de las familias, con ese mobiliario deliberadamente neutro que intenta no añadir tristeza a la que ya traen los que llegan. Se sentaron frente a frente. Sarasola la miró durante un momento antes de hablar, como si estuviera calibrando algo.

—Antes de que lo vea, hay cosas que debe saber.

Nash apoyó las manos en las rodillas y esperó. Había estado muchas veces en salas como aquella, al otro lado de esa conversación, siendo ella quien calibraba y quien medía las palabras antes de soltarlas. Saber lo que venía no amortiguaba nada.

—Creemos que lo que le ocurre a Newman es definitivo. Irreversible. —Se detuvo un momento, como si pensara el modo de continuar—. En estos días hemos intentado de muchas maneras

acceder a él, sin resultado. Lo que nos hace creer que el sistema entero ha colapsado. Seguiremos intentándolo, por supuesto. No vamos a rendirnos.

Nash asintió despacio. «Mutismo acinético», pensó.

La terminología llegaba sola, como un reflejo. Lo que tardó más en llegar fue el resto: que eso significaba que el hombre que le había enviado una carta cada 12 de febrero durante treinta y tres años estaba sentado en algún lugar de ese edificio sin saber que ella estaba allí.

—Ha recibido algunas visitas —continuó Sarasola—. La prensa ha solicitado acceso en varias ocasiones. Por supuesto, no se ha permitido ninguna. —Hizo una pausa breve—. Su editora vino una vez. Solo pudimos permitirle verle a través del cristal. No hubo reacción. —Juntó las yemas de los dedos antes de continuar—: La doctora Duval llama todos los días. Ha venido dos veces, y a ella sí le hemos permitido entrar. Tampoco hubo reacción.

Nash pensó en Patricia Duval caminando del brazo de Colt Star en el juzgado, en la sonrisa que ella misma había catalogado con tanta frialdad profesional hacía apenas unos meses. Pensó en lo que significaba volver dos veces a una habitación donde nadie te ve.

Sarasola la observó un instante.

—Quizá en otro momento deberíamos valorar usted y yo qué ocurrió entre la doctora Duval y el detective Star —dijo con esa precisión suya que nunca era casual—. Pero hoy no es el momento.

Nash no contestó. No era necesario.

—Porque hay algo que tiene que entender —continuó Sarasola, y su voz adquirió la cadencia particular de quien va a decir algo que ha medido mucho—: el anfitrión, el verdadero anfitrión, era el Imperdonable. Y el Imperdonable ha muerto. O el sistema al menos así lo cree. El detective Star lo ha matado, y la existencia del resto de las personalidades que fueron creadas para contenerlo ya no tiene sentido.

Sarasola alzó dos dedos y rozó suavemente su alzacuellos.

—Creemos que en alguna parte solo permanece el niño, el origen del trauma, pero el niño no habla, ¿lo recuerda? Todas las personalidades han desaparecido y sin Kevin ni siquiera podemos

saber si el niño sigue ahí. En ocasiones, cuando se logra salir del trauma, estas personalidades infantiles revierten hasta un punto previo al trauma, y hay que tener esperanza de que haya sido así.

—¿Quiere decir que el trauma habría desaparecido?

—Doctora, la sanación no siempre implica necesariamente que el recuerdo desaparezca, sino que desaparece la respuesta emocional negativa. Pero, con las personalidades infantiles, a veces se produce ese pequeño milagro y retroceden hasta un tiempo previo a lo que causó el trauma.

—¿Y ese es el caso?

Sarasola la miró con algo que en otro hombre habría sido compasión, pero que en él era simplemente la capacidad de ver lo que hay.

—¿Sabe lo que es el silencio de radio en el ámbito militar, doctora?

—¿Cuando no se emite para intentar no ser detectado?

—Exacto. Se suspenden las comunicaciones por radio por parte de una unidad para evitar ser detectada por el enemigo. Al mantener el silencio, la unidad oculta su presencia, su movimiento, sus intenciones, y consigue una ventaja táctica. Pero no significa que no estén ahí.

Nash suspiró. Notó el peso del aire al salir.

—¿Qué quiere que haga?

—Nada. Solo entre ahí, deje que la vea, y lance su mensaje de radio.

La habitación podría haber sido incluso bonita si una se limitara a mirar solo hacia fuera, o si alguien hubiera usado una bola de demolición con ella. Había dos camas y nada más. Las dos estaban hechas, con las sábanas y las colchas estiradas. En la más cercana a la ventana, sentado con la espalda algo encorvada, se encontraba Newman. Miró hacia la puerta cuando la vio entrar, no hizo ninguna señal de reconocerla y volvió a concentrarse en la ventana. Le pareció que su cabello estaba un poco más largo que habitualmente y empezaba a notarse la falta de aquel tinte que cada quince días le había aplicado Elisa durante los últimos años. Vestía un chándal y Nash sintió cómo se le encogía el corazón al verlo. Ella nunca había tratado con Newman, pero sí lo había hecho con el fabuloso

detective Star, y podía imaginar lo que diría de haberse visto con aquellas pintas.

Dos toques en la puerta y un auxiliar entró con una silla que colocó junto a la ventana, se despidió y se fue. Nash la movió de lugar hasta colocarla frente a Newman. Había estado muchas veces en instituciones como aquella, acompañando a pacientes, visitando a internos que ella misma había ingresado, y nunca había sido tan consciente de la desolación, del vacío, del frío institucional de aquel lugar que era capaz de competir con el calor bochornoso del verano en Baztán y ganar. Newman miraba hacia fuera, hacia el esmeralda de los árboles que exudaban calor y olor verdoso de la tierra húmeda, el olor terroso del musgo absorbiendo la humedad del aire.

—Hola —dijo Nash.

La voz le salió aguda, inconsistente, de niña pequeña.

Ni una reacción.

Nash suspiró profundamente, notó cómo las manos le transpiraban, las apoyó en las rodillas y sintió que la humedad calaba la suave tela de su vestido de verano.

—Hola —repitió.

No hubo ninguna reacción.

Nash miró al hombre que era una sombra del hombre que había conocido. La ropa le colgaba como de una percha y estaba mal rasurado. En la comisura de los labios tenía una especie de costra que después de un rato identificó como puré de zanahorias seco.

—Háblame —dijo sin convicción.

Ninguna reacción.

—Háblame —repitió—. Háblame. —Notó cómo la voz se le rompía —. Háblame... Por favor.

Entonces todo el miedo, todo el dolor, las pesadillas, las manos apretando fuerte en su cuello, el afilado canto del marco de aquella puerta que casi podía sentir como una hendidura invisible que hubiera quedado para siempre dibujada en su cráneo, el tacto de las manos de aquel hombre tomando las suyas, toda la ciencia psiquiátrica del mundo, todas las huidizas miradas que la acosaban desde los espejos, desde el reflejo de los cristales, desde el fondo de sus ojos, susurrando reproches con voz femenina, con una voz

ahogada, una voz que ahora sabía que era la suya, hicieron su labor y fueron suficientes, porque allí, en la habitación de un psiquiátrico, ante un viejo catatónico y en aquel desierto de desesperanza, Nash rompió a llorar. Y lloró por sus manos vacías, y por las mujeres que paren solas, y por las madres que guardan secretos, y por las niñas sin padre, y por los padres sin niñas; por los niños abusados y la sangre seca bajo las uñas que solo se ve cuando se cierran los ojos. Lloró mucho, mucho rato, y ni siquiera se cubrió el rostro ni enjugó sus lágrimas, porque aquel era el lugar adecuado, el lugar en el que se exhiben las vergüenzas y en el que nada humano es ajeno.

Después el llanto cesó, y sintió un cansancio y un vacío exagerados y supo que necesitaría comer y beber y bailar y follar para llenar aquel vacío. Y supo también que jamás volvería a ese lugar.

Se puso en pie y caminó hasta la puerta, giró el pomo y entonces oyó la voz. De niño. De niño pequeño. De niño pequeño que casi no sabía hablar.

—¿Volverás otro día?

Nash soltó la manilla y regresó sobre sus pasos. La mirada de Newman seguía tan fija como antes en algún punto entre los árboles y el horizonte.

—¿Quieres que vuelva? —le preguntó.

No dijo nada, pero asintió repetidamente, como lo hacen los niños. Incluso sonrió un poco.

Nash caminó de nuevo hasta la puerta, pero antes de abrirla se giró y le dijo:

—Lo haré. Te lo prometo.

Y antes de salir de la habitación se juró que lo haría. Alguien tenía que romper aquel cruel ciclo de niños abandonados.

Nash abrió la puerta y de la habitación contigua salió a la vez el padre Sarasola.

—Magnífico, doctora.

Nash lo miró incrédula.

—¿Estaba escuchando?

—Doctora, lo estaba viendo. Debemos documentar cada avance. Y usted no solo ha logrado que el niño esté presente, además ha

hecho un grandísimo esfuerzo. Ha hablado. Se ha comunicado para evitar que usted se fuera.

—No me advirtió de que nos estaría observando.

—Por el amor de Dios, doctora, no se preocupe. Nadie más verá esas imágenes. Además, ¿por qué se tortura? Ha vivido una situación terrible. Su reacción no solamente es normal, sino que además su emotividad ha forjado el puente gracias al cual ha sido posible comunicarse con él.

—No vuelva a hacerlo —dijo con la dignidad que le quedaba. Se dio la vuelta mientras murmuraba—: Puto clero.

El padre Tadeo se asomó a la puerta.

—Doctora, tiene que volver.

Nash se detuvo.

—¿Qué pasa ahora? —contestó enfadada.

—Tiene que volver a entrar. Está hablando. La está llamando.

Nash abrió la puerta.

El hombre que estaba sentado en la cama no era el niño. Ya no era el niño.

Se incorporó. La espalda recta, los hombros cuadrados. Con una mano se apartó el pelo de la frente en un gesto rápido y casi inconsciente, como quien recobra un hábito antiguo. Con la otra se limpiaba la comisura de la boca con el dorso de la muñeca, sin prisa, con esa parsimonia de quien sabe exactamente el efecto que produce y no tiene ninguna intención de apresurarlo. Quedaba aún un resto de puré en el cuello de la camisa, pero él no lo sabía o no le importaba. Sus ojos, que hacía apenas unos minutos habían sido los de un niño asustado, ahora recorrían la habitación con aquella mirada de inventario que Nash ya conocía: clasificando, midiendo, decidiendo quién mandaba en ese espacio.

Cuando llegaron a ella, se detuvieron.

Nash no se movió del umbral.

Hubo un silencio de tres segundos que ninguno de los dos llenó. Ella notó que algo se aflojaba en algún lugar de su pecho.

No sonrió. Pero tampoco apartó la mirada.

Fue él quien habló primero.

—Y así es mi ciudad, ninguna buena acción queda sin castigo. Quitas del medio a un asesino, ¿y quién acaba en el trullo? El detective. —Hizo una pausa calculada, con ese punto de hastío divertido que era su modo de decir que estaba bien—. Espero que pueda pagarme la fianza, querida. Y la próxima vez que venga, tráigame mi ropa y un paquete de cigarrillos.

Agradecimientos

Al doctor Diego Rodríguez, su asesoramiento ha sido indispensable para desarrollar las primeras fases de esta novela. Neurólogo clínico, neuroinmunólogo, investigador y docente, pero sobre todo la persona con la que puedes sentarte a hablar y que hará lo posible por mejorarte la vida.

Al periodista Antón Castro, por ser puente indispensable para conocer a Diego.

A mi amigo, y es un honor poder decirlo, Manuel Anguita, eminente cardiólogo y asesor imprescindible en cada novela desde *Esperando al diluvio*. Gracias.

A la Policía Foral de Navarra, la casa de la inspectora Amaia Salazar y la de todos los navarros. En el momento en que escribo estas palabras la Policía Foral vive un duelo por cinco de sus policías fallecidos en el desempeño de su labor. Dolor al que me uno con todo el afecto para sus familias y todos los que los conocieron.

A la Clínica Universitaria de Navarra, a la que le di un jefe de Psiquiatría muy peculiar y un exorcista implacable. Creo que andamos necesitados de ambos. Gracias por vuestra amabilidad, por ser los mejores, además de verdad, y por no perder el norte, ni la fe.

A mi agente María Cardona, porque los mejores aliados son los que, en realidad, nunca se fueron. Gracias por llevar cuidando de mi obra mucho más de lo que nadie sospecha.

A mi editor Emili Rosales y a todo el equipo de mi editorial Destino, Planeta, que confió en *El guardián invisible* en 2013, y que, desde entonces, no me ha soltado de la mano. Gracias por tantos años de lealtad, por apostar sin reservas, y por seguir creyendo en mí.

A mi editora francesa Marie-Caroline Aubert por tantos años de confianza y por el inmenso logro de reunir mis novelas en la mejor editorial de Francia, Gallimard. Grabo a fuego en mi memoria tus palabras y consejos. Los autores componemos la partitura, tenerte como editora es el equivalente a que Mozart dirija la orquesta.

Escribo por primera vez una novela sin escenario, por eso mi agradecimiento a todas las ciudades que por un instante han sido la mía, y a todas las noches en las que soñé despierta vivir este día.

A mi aquelarre. Alba, Silvia, Ester, Sonia, Sabrina y Paz. Si es posible quereros más, lo haré.

A la diosa Mari. Es lo justo, soy su cronista.

El sello Sine Machina certifica que la invención, la trama y la resolución de esta obra provienen exclusivamente de la emoción y el intelecto humanos. Representa mi compromiso inquebrantable de emplear la tecnología solo como asistencia técnica y documental, sin delegar jamás la creación literaria a ninguna inteligencia artificial. Es una defensa de la autoría humana que garantiza al lector una novela con alma, cuyos aciertos y errores son el reflejo honesto de nuestra naturaleza.

Todas las noches, todas las ciudades
Dolores Redondo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Dolores Redondo Meira, 2026
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

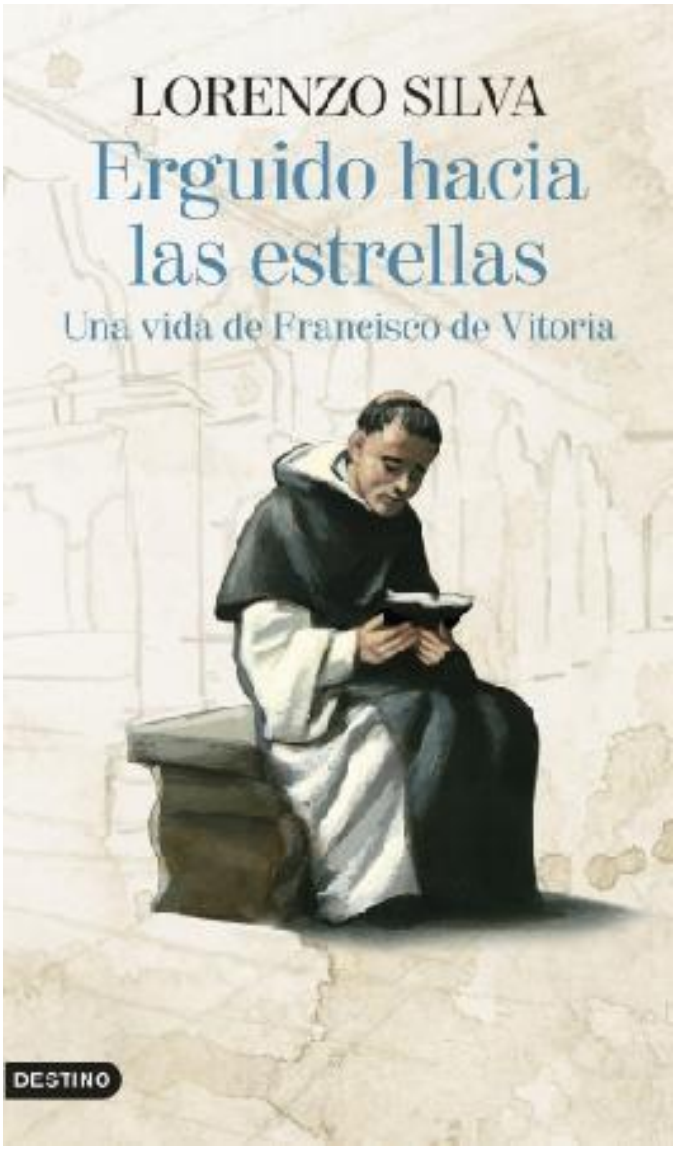
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la cubierta: Aitor Martín Redondo
Diseño del sello Sine Machina: © Thauma Visuals

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-233-7073-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Erguido hacia las estrellas

Silva, Lorenzo
9788423370924
192

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Mientras otros conquistaban territorios, Francisco de Vitoria dio a España un lugar en la historia del pensamiento.

¿De dónde es un hombre: de la ciudad donde nace o que le da apellido, o del horizonte que ensancha con su pensamiento? ¿Qué vocación lleva a un joven coetáneo de conquistadores a empuñar no la espada, sino la palabra?

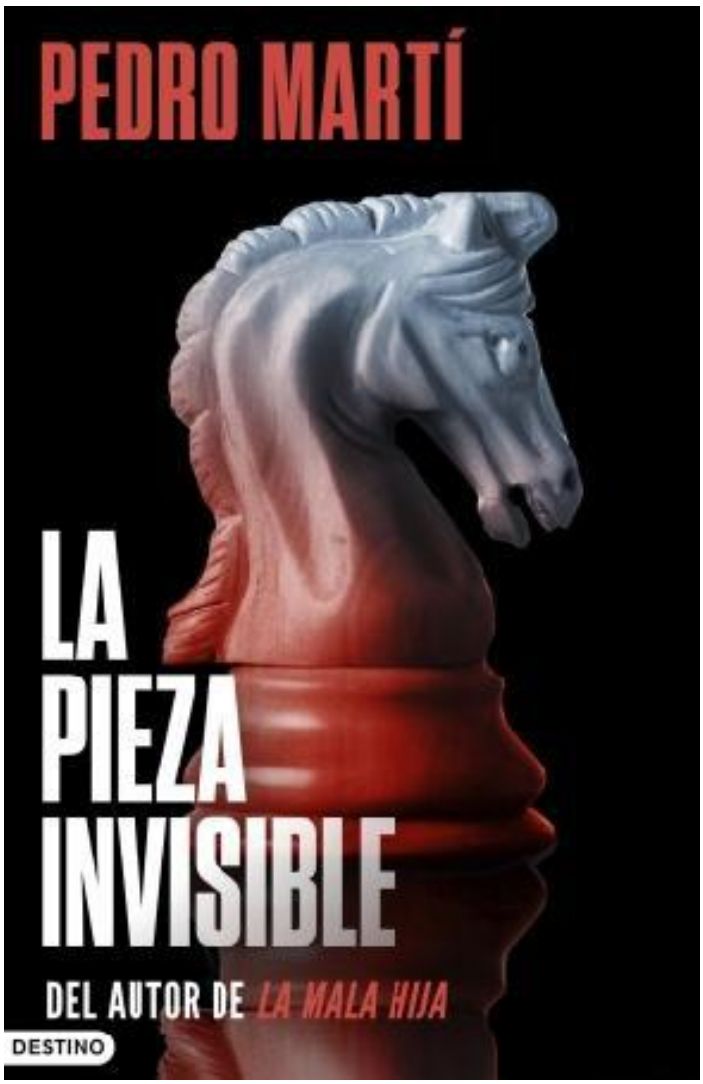
En esta biografía narrativa, Lorenzo Silva reconstruye la vida de Francisco de Vitoria (c. 1483-1546) como la aventura intelectual y espiritual de quien eligió el estudio como destino y como la manera de servir a Dios y a sus semejantes. Desde su infancia en Burgos y su ingreso en la Orden de Predicadores hasta su formación en el París humanista de comienzos del XVI, asistimos al despertar de una mente excepcional, abierta al espíritu renacentista sin renunciar a la tradición escolástica.

Su regreso a España y su magisterio en Salamanca marcaron una profunda renovación del pensamiento teológico y jurídico. En sus lecciones —más pronunciadas que impresas— tomó forma una nueva manera de pensar la ley, la justicia y los límites del poder. En pleno auge del imperio, Vitoria recordó que ni el poder civil ni el eclesiástico —ni el emperador ni el papa—, estaban por encima de la razón y la dignidad humana, y sentó las bases de una reflexión sobre la comunidad de las naciones que resonaría en toda Europa y más tarde en el mundo.

Lorenzo Silva no sólo ilumina así la trayectoria de un fraile apasionado por las humanidades y la enseñanza, sino que también toma el pulso de una época decisiva: el tránsito a la modernidad, la crisis de la cristiandad, la expansión española y el debate entre fe y razón. Conocer a Francisco de Vitoria es comprender mejor qué representó aquel tiempo para España y su irradiación en Europa y en el Nuevo Mundo. En la dimensión intelectual y moral que en el norte encarnó Erasmo de Rotterdam, Vitoria fue, desde el sur de Europa,

una figura de estatura —como poco— comparable: un humanista cristiano que supo renovar la tradición sin romperla y ensanchar, con la fuerza de las ideas, el horizonte de su tiempo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La pieza invisible (Bilogía César Giralt, 1)

Martí, Pedro
9788423370900
162

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La primera novela de Pedro Martí da inicio a esta oscura bilogía sobre la culpa, la venganza y los monstruos que se niegan a morir.

Celia Rivas está convencida de que su marido no se ha suicidado. Cuando acude a César Giralt, un inspector marcado por el asesinato de su hermana, este se niega a intervenir: el caso no le pertenece y, además, está cerrado. Pero pocos días después, César recibe una noticia que le sobrecoge: Celia también se ha suicidado.

A partir de ese momento, el inspector Giralt se ve obligado a inmiscuirse en una investigación que no le corresponde, a ser incómodo, a ver lo que nadie quiere mirar y a adentrarse en una red de secretos que se extiende más de lo que cabía esperar.

Junto a la subinspectora Dalia Torres, antigua compañera del marido suicida, César tendrá que buscar la verdad en una partida de ajedrez mucho más peligrosa de lo que jamás podría haber imaginado.

«César miraba a los ojos a la pieza que nunca pensó que podría existir. Ahí mismo, delante de él, donde siempre había estado. Por fin podía ver la pieza invisible.»

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La mala hija

Martí, Pedro
9788423367351
656

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

EL THRILLER REVELACIÓN DEL AÑO ¡16.ª edición! Súmate al fenómeno de La mala hija. Pedro Martí se afianza como

uno de los más destacados relevos generacionales en la novela negra de nuestro país.

«Trama hipnótica, personajes turbios. Pedro Martí ha escrito una novela explosiva» CARMEN MOLA

«La novela que a todo autor le habría gustado escribir. Perfecta y desgarradora. ¡Imposible de soltar!» ROBERTO LEAL

«Salvaje y adictiva. Pedro Martí ha llegado para quedarse.» SANTIAGO DÍAZ

«Buenísimo. Una de las mejores novelas del último año, con muchísima diferencia. Librazo.» JUAN GÓMEZ-JURADO

A veces hay que hurgar en el pasado para que todo vuelva a empezar.

A sus dieciséis años, Belén Villalba es carismática, inteligente y, por supuesto, buena hija. Pero una gélida noche de enero desaparece en Almansa, una apacible localidad manchega. La capitán de la UCO Alma Ortega, una mujer reservada y meticulosa que está pasando por uno de los momentos más difíciles de su vida, se ve obligada a abandonar Madrid y regresar a su pueblo natal para coger las riendas de la investigación. Ahí tendrá que trabajar codo a codo con la teniente al cargo del caso, su hermana mayor, con quien guarda una relación de rivalidad llena de heridas sin cicatrizar. También conocerá a Irene, la mejor amiga de Belén, una *hacker* adolescente con serios problemas sociales; y a Diego, un ácido periodista en paro decidido a sacar tajada de la situación.

En Almansa, todo el mundo parece esconder algo y, mientras la verdad se disipa entre sus frías calles y sus retorcidos viñedos, Alma deberá enfrentarse a los demonios de un pasado que creía enterrado.

Con un estilo literario oscuro y afilado, *La mala hija* es una historia desgarradora sobre la complejidad de las relaciones familiares y las distintas caras del poder.

«A la altura de las mejores series policiales.» **PAUL PEN**

«Una novela que te atrapa y que te da algo que siempre busco: literatura. Se queda contigo mucho después de haberla terminado.» **MÁXIMO HUERTA**

«Magistral. Una novela que te eriza el vello. Un autor a tener muy en cuenta.» **BENJAMÍN PRADO**

«El Twin Peaks manchego que reinventa los clichés de la novela negra.» **LA SEXTA**

«Ambiciosa y muy oscura.» **ZENDA**

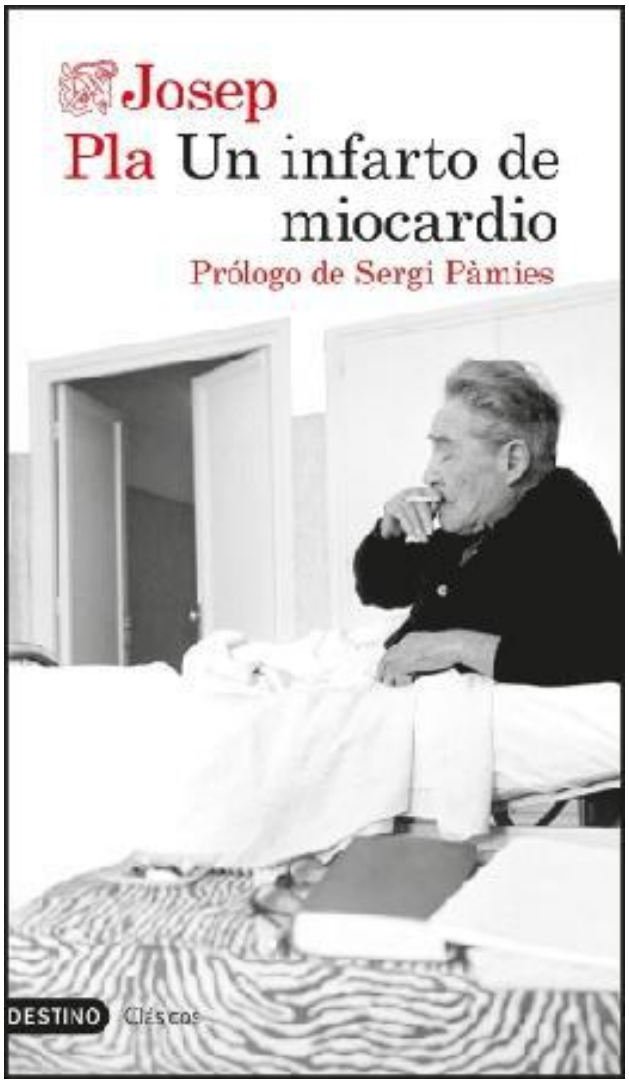
«No he podido, ni he querido salir de Almansa durante unas horas… me he olvidado completamente de mi vida real.»

Susana Santaolalla, LIBROS DE ARENA, RNE

«Pedro Martí ha iniciado una singular y promisoria serie de novelas. Su protagonista, compleja y atrayente, se adentra en lo más torturado de la adolescencia.»

Lilian Neuman, LA VANGUARDIA

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un infarto de miocardio

Pla, Josep
9788423370962
128

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El testimonio extraordinario de un Josep Pla vulnerable e inmenso, que transforma una experiencia límite en una obra

maestra de lucidez literaria.

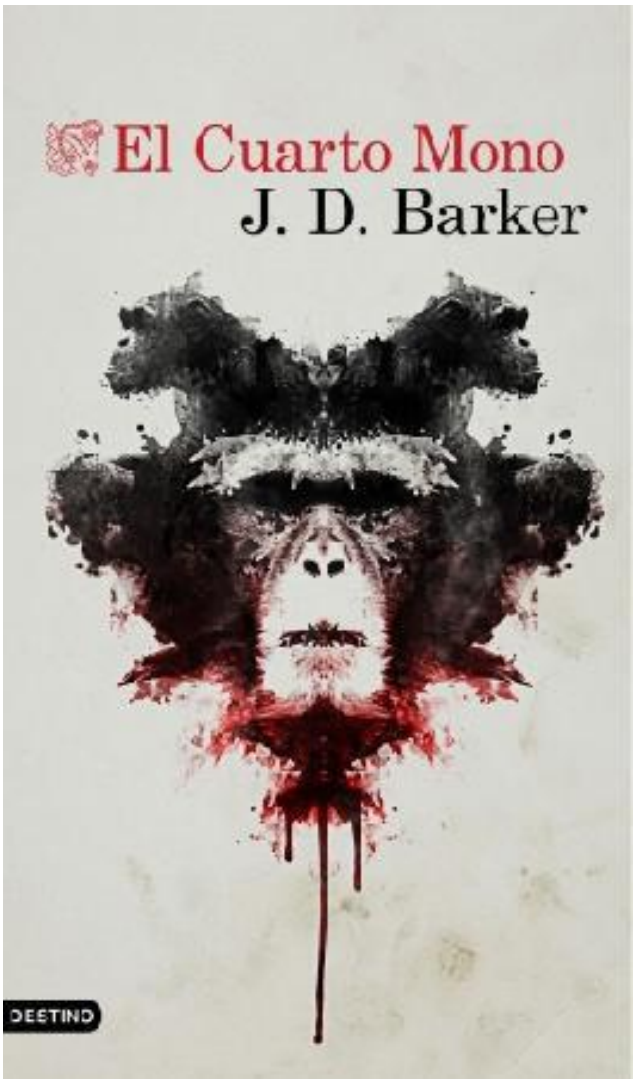
La noche del 17 al 18 de agosto de 1972, Josep Pla sufre un infarto de miocardio mientras está solo en la masía de Llofriu. Tiene setenta y cinco años. El dolor, el sudor, el miedo y la conciencia de la muerte lo acompañan durante horas interminables hasta que, al día siguiente, puede avisar al médico.

Años después, Pla convierte aquella experiencia extrema en un relato magistral: preciso, sobrio, irónico y profundamente humano. Sin dramatismo ni sentimentalismo, escribe una de las piezas más íntimas y sorprendentes de toda su obra.

Este volumen recupera un texto extraordinario que había quedado oculto dentro de la *Obra Completa* y lo acompaña de tres artículos sobre la enfermedad escritos en los años cuarenta y de un prólogo espléndido de Sergi Pàmies, que reivindica la modernidad y la fuerza literaria de este Pla vulnerable, lúcido e inmenso.

Un libro breve e intenso que confirma que los grandes escritores pueden transformar incluso el miedo a morir en literatura.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El Cuarto Mono

Barker, J.D.
9788423354207
560

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

LA NOVELA MÁS INTELIGENTE, DIABÓLICA E IMPREVISIBLE DE LOS ÚLTIMOS AÑOS. PREPÁRATE PARA EL CUARTO

MONO. UN SERIAL KILLER DIFÍCIL DE OLVIDAR. «J. D. Barker es puro entretenimiento trepidante.» Dolores Redondo «Me ha obsesionado, me ha hechizado, y ante un final tan potente no me queda más que admirar a este maestro de los giros.» Eva García Sáenz de Urturi «El rey del thriller palomitero.» La sexta

Sam Porter, detective de la policía de Chicago, investiga el caso de un hombre atropellado, pues todos los indicios en la escena del crimen apuntan a que se trata del Cuarto Mono, un asesino en serie que lleva años aterrorizando la ciudad. Su *modus operandi* consiste en enviar tres cajas blancas a las familias de las víctimas que secuestra y mata: una con una oreja, otra con los dos ojos, y la última con la lengua, para finalmente abandonar el cuerpo sin vida en algún lugar. El hombre atropellado llevaba una de esas cajas blancas. Empieza así una frenética carrera contrarreloj para encontrar a la víctima antes de que sea demasiado tarde. Pero lo que parece una simple operación policial se acaba convirtiendo en algo mucho más oscuro, porque no todo el mundo dice la verdad…

Lo que dicen de J.D. Barker…

«Si algo caracteriza los libros de J.D. Barker es que la tensión siempre va a más confirme avanza la trama.» Lara Gómez Ruiz, *La Vanguardia*

«Una intriga trepidante, tan emocionante y adictiva como todas las novelas de J. D. Barker». Lluís Fernandez, *La Razón*

«Este hombre que nos ha hecho sudar tinta con la trilogía de El Cuarto Mono.» Rosa Martí, *Esquire*

«Un zarpazo de adrenalina directo al corazón, un impactante *thriller*. Inolvidable.» Pablo Bonet, Librería Muga

«*El Cuarto Mono* combina una velocidad endiablada con un desconcertante rompecabezas. Tiene un ritmo de muerte.» *The New York Times*

«J.D. Barker es un autor único y eso es raro y especial. Me hace pensar en Stephen King o Lee Child. Todos únicos. No se pierdan nada de lo que escribe J.D.» James Patterson

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)